

CAROLINE MARCH

24 besos



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1. Pero ¿qué has hecho, Álex?

Capítulo 2. Grita

Capítulo 3. La vida es puro teatro...

Capítulo 4. ¿Cuánto tiempo?

Capítulo 5. Si te dan una oportunidad, aprovéchala

Capítulo 6. London calling

Capítulo 7. Explicando algo que no tiene explicación

Capítulo 8. Una boda y... un funeral

Capítulo 9. La maldición egipcia

Capítulo 10. Te quiero, no te quiero... Te dejo, no te dejo...

Capítulo 11. Cómo matar al amor

Capítulo 12. En un lugar de la playa, de cuyo nombre no quiero acordarme...

Capítulo 13. No lo entiendo, Álex, no lo entiendo

Capítulo 14. Cuando todo se complica...

Capítulo 15. ¿Quién dijo eso de que nunca me fallaría?

Capítulo 16. Burdeos no es sólo un color...

Capítulo 17. Decir sí... sí es sencillo

Capítulo 18. Respirar a través de ti

Capítulo 19. La verdad

Capítulo 20. Ni tú, Álex, sabes lo que has supuesto para mí

Capítulo 21. Nuestro pequeño lugar escondido en Londres

Capítulo 22. ¡Peligro: Navidad!

Capítulo 23. De cómo sentirte idiota y, además, serlo

Capítulo 24. El día que comprendí que no existían los finales felices

Capítulo 25. Trescientas sesenta y cinco formas de decirte «te quiero»

Capítulo 26. Dime algo, lo que sea, pero dímelo

Capítulo 27. «Oh, Cecilia, you are breaking my heart»

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Referencias a las canciones

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Álex es inconformista, reaccionaria, soñadora y una aventurera incansable hasta que sucede algo terrible y tiene que cambiar la perspectiva con la que ve su futuro. Cuando piensa que ya no hay salida, una descabellada propuesta trastocará su existencia.

Un viaje a Londres, una familia metomentodo y el reencuentro con un antiguo amor provocarán que Álex decida recuperar con más ahínco lo que creía que ya había perdido, y aunque continúe tropezándose una y otra vez con la misma piedra, se enfrenta a la adversidad con mucho humor...

24 besos nos recuerda la importancia de vivir el presente sin pensar en el mañana.

24 besos

Caroline March

Esencia/Planeta

*Para las tres personas que llenan mi vida de besos,
mi madre, María Isabel, y mis hijos, Leyre y Gael.
Por considerar que veinticuatro no son suficientes
y multiplicarlos por infinito.*

Capítulo 1

Pero ¿qué has hecho, Alex?

(Ana)

Londres, 28 de diciembre de 2016

Entré en su habitación con verdadera furia. Mi respiración, agitada e intermitente, me obligó a detenerme en el centro de la estancia para tomar aliento. Aproveché para pasearme por el dormitorio con ojos inquisitivos, buscando una pista de dónde podía encontrarse ella en ese momento.

—¡Alex! ¿Qué has hecho esta vez?

El silencio me respondió con el suave eco de mi propia voz.

No quería rendirme. Se lo debía.

En los siguientes minutos me apresuré a revisar su armario y los cajones de las mesillas. No había dejado ningún rastro, algo típico de ella. Una vez que huía, sólo quedaba una estela indeleble en el tiempo, aquel aroma tenue de un perfume que perdura en las prendas antiguas. Me senté en la cama, vencida.

—Alex, ¿dónde estás? —musité creyendo que las paredes huecas podrían responderme.

Me froté la frente buscando un indicio, una frase encerrada en el cúmulo de conversaciones fútiles, una simple señal. Nada. En uno de los cajones abiertos a mi lado vislumbré un dibujo realizado a carboncillo y conservado en una funda de plástico. Cuando reconocí al retratado, lo apreté entre mis

manos y la congoja aprisionó mi garganta.

Aunque ella se empeñaba en negarlo, aquel dibujo expresaba su anhelo hacia una única persona. La forma que tenía Álex de comunicarse con el mundo era a través de sus creaciones. Era su manera de fotografiar la vida que la rodeaba. Puede que no tuvieran una técnica excelente, inusual, o que no impresionaran por su belleza, pero sí te retorcían el alma, abrían una grieta a lo que ocultaba.

Suspiré hondo y nos recordé a las tres juntas, abrazadas. La imagen se me representó al igual que un negativo sin revelar. Álex destacaba por su alegría intrínseca, esa que no se puede ocultar al objetivo, aunque también por algo que ella desconocía que tuviese. Esa cualidad que provocaba que todos a su alrededor quisiéramos estar todavía más cerca. Nunca la había visto realmente enfadada. Solía decir que perder el tiempo en algo así no merecía la pena. «Matarlos a besos» era su filosofía vital. Y era lo que envidiábamos de ella. Su incansable optimismo, su lengua afilada y burlona, su empatía social.

Una no elige a quién amar, y yo la quería. La quería con todas las consecuencias. La quería con una intensidad que me lastimaba el corazón. Porque con ella todo era más sencillo. Podías otorgarle tu confianza, incluso poner tu vida en sus manos y saber que la protegería por encima de la suya. La quería, joder, sí que la quería.

Agaché la cabeza, ya con lágrimas en los ojos.

Ella no se merecía lo que le habíamos hecho. Y no nos había dado tiempo a decírselo.

Oí voces en el piso de abajo y me acerqué a la puerta, pero no llegué a tiempo de abrirla. Lo hizo Roberto, su hermano. Entró con el teléfono en la mano, gesto serio y, también, ostensiblemente cansado. Lo miré interrogante. Su piel dorada, propia de aquellos que pasan varios meses junto al mar, había adquirido un color cetrino. Sus ojos oscuros se veían ahora opacados por la tristeza.

—¿La han localizado? —pregunté con voz ronca.

—Sí —murmuró.

—¿Y?

A veces es necesario un valor considerable para pronunciar una única

sílaba.

Él negó con la cabeza.

En ese momento la odié con toda la intensidad que pude reunir. Me asustó sentir algo así contra una persona. Esa oscuridad que te cubre y emponzoña tu corazón hasta convertirlo en una dura piedra.

Y la odié por un solo motivo: nadie debe morir antes de que los demás se hayan despedido.

Capítulo 2

Grita

Madrid, dos años antes

Hay amores que queman, que lo destruyen todo a su paso y, aun así, no puedes evitarlos. Lo amé desde que tengo uso de razón. ¿Él me amó? Al principio lo creí, después dudé, y terminé afirmando la negación. Si me amaba, ¿por qué había hecho aquello?

Sin embargo, en ocasiones, mi corazón, debilitado por los golpes, con moratones y magulladuras, se rendía. Cerraba los ojos y sujetaba con fuerza el carboncillo antes de posarlo sobre la blancura prístina del papel. Mi debilidad me llevó a dibujarlo aquella noche. La última noche antes de que un accidente automovilístico cambiara por completo mi vida y la convirtiera en un infierno.

Era una tarde oscura de invierno, con el único reflejo lumínico que se filtraba de las farolas de la calle por el amplio ventanal. Había empezado a llover tímidamente. Las gotas de agua iridiscentes, al ser alcanzadas por la luz artificial, destellaban como diminutos diamantes helados cuando tocaban el suelo.

Comencé haciendo trazos sesgados con el carboncillo sobre la cartulina. Un esbozo de su cuerpo de espaldas, inclinado sobre el ordenador. Oscurecí

su pelo largo y lo ató en una pequeña coleta. Di forma a su perfil apolíneo y conformé su marcada mandíbula cuadrada. Bajé con firmeza para crear su cuello musculoso, apenas visible bajo aquel jersey de lana gris.

Después levanté la vista y suspiré. No quería mirarlo. No era capaz de delinear su semblante. Había conseguido estar siete años sin dibujarlo y, pese a haber transcurrido tanto tiempo, continuaba sin atreverme a vislumbrar su rostro a través del lienzo. Cada vez que pensaba en él, sentía un dolor pesado y profundo. Era como perderlo una y otra vez. Sin descanso.

Me enfrenté a mi propia imagen recortada en el cristal, opacada por la lluvia que se deslizaba por él hasta formar un pequeño charco en el alféizar. Quise gritar. Gritar hasta que él oyese mi dolor golpeando el pecho. Pero mis gritos siempre eran acallados por el silencio. El silencio de una pregunta que nunca se hizo, de una respuesta que nunca llegó. El silencio de su voz y de la mía entremezcladas. El maldito silencio.

A veces soñaba con él. No lo recordaba durante semanas y, de repente, una noche cualquiera aparecía para convertirse en un fantasma que me rondaba durante las horas de luz sin que pudiera deshacerme de su presencia.

De todas formas, intenté ser realista. Ya no tenía sentido seguir recordándolo. Ni pintándolo. Ya no existía para mí, así que guardé el retrato bajo un montón de diseños, en un cajón. Eché un vistazo al reloj y me di cuenta de lo tarde que era. Casi no quedaba gente trabajando, excepto en la planta baja, desde donde el rumor de las máquinas surgía monótono. La nana que había estado oyendo desde mi infancia. Cogí el abrigo, el bolso, y cerré el despacho. Me metí de prisa en el coche, con la mente volando a los preparativos que me quedaban por hacer antes de comenzar el fin de semana tanto tiempo antes planeado.

Me reafirmé con el volante en la mano. Mi vida había continuado después de él, y continuaría. Exactamente igual que la suya.

No obstante, tras arrancar el coche, me detuve un momento a observar las estrellas, que, en aquel lugar apartado de Madrid, podían verse brillar jugando al escondite con las nubes.

Me pregunté si él estaría mirando el mismo cielo.

Me pregunté si él alguna vez pensaba en mí.

Capítulo 3

La vida es puro teatro...

22 de septiembre de 2016, en la actualidad

«¿Cómo me he metido en este lío?» No era la primera vez que me lo preguntaba en las últimas semanas, y sabía la respuesta. Era algo necesario para salvar a la empresa de una previsible quiebra. Sin embargo, seguía recriminándomelo mientras repasaba el programa y caminaba dando los últimos toques al escenario.

En ese momento se apagó la luz. Me tambaleé buscando un apoyo que fuera el tercer peldaño de la escalera que desembocaba en el pasillo central del teatro, pero no lo encontré. Los papeles volaron en todas direcciones y manoteé como un bebé arrojado por primera vez al agua. Me torcí el tobillo, mascullé una maldición, caí sin gracia alguna hacia atrás y bajé los cinco últimos escalones con el trasero en vez de con los pies. Aterricé con un claro gesto de estupor mientras lo acompañaba de un grito agudo, más propio de una película de terror que de una función infantil.

—¡Host...! —Me interrumpí al comprender que estaba rodeada de madres con niños, tíos con sobrinos y abuelas con nietos—. ¡Oscuridad! —dije finalmente, cambiando el sentido y la ortografía de la palabra, dejando que un padre se acercara con el teléfono y me iluminara para que pudiera levantarme.

Se lo agradecí alargándole la mano, que él sostuvo para ayudarme.

—¿Está usted bien? Ha sido un buen golpe.

En la platea sonaron unas risas disimuladas.

—Sólo me he roto el coxis, de ésta sobrevivo —contesté sonriéndole levemente.

Fruncí los labios cuando me volví, inclinándome sobre el micrófono inalámbrico, y le susurré con furia al técnico de sonido:

—¡Charlie! ¿Qué se supone que ha pasado?

—Nada, guapa, un pequeño fallo técnico.

Desde el refugio de bastidores, adonde llegué cojeando, me asomé entre las cortinas de terciopelo rojo y comprobé que el «fallo técnico» estaba sentada sobre la mesa de sonido con las faldas levantadas. Resoplé con frustración y me enfrenté al caos que se ocultaba tras de mí.

«Pero ¿cómo coño me he metido en este lío?»

Grupos de niños a medio vestir corrían de un lado a otro perseguidos por sus madres. La bruja Piruca se estaba recolocando el turbante, en el que refulgía un diamante falso del tamaño de un puño. Diana, mi amiga y fotógrafa del evento, sonreía con displicencia. Me rasqué sin disimulo alguno la parte golpeada y suspiré con cansancio: «“A lo hecho, pecho”, como decía el abuelo Braulio, experto en frases adecuadas para cada momento».

Todo había comenzado cuando había tenido la brillante idea de estudiar Bellas Artes, lo que finalmente hice, pese a la oposición de mis padres, con más o menos fortuna. En realidad, con menos fortuna, pero, una vez le demostré al mundo que nunca llegaría a triunfar como pintora, recurrí al ofrecimiento del abuelo y empecé a trabajar de ayudante en el Departamento de Diseño de su empresa, dedicada a la fabricación y la venta de ropa infantil y juvenil. Descubrí que era feliz diseñando ropa para niños, que ir a trabajar no me suponía ningún esfuerzo, ya que era algo que adoraba. Cuando el director de proyectos —mi abuelo, que parecía querer sostener él solo el sistema de Seguridad Social español— se jubiló por fin a los ochenta y siete años, yo ocupé su puesto, y el primer cambio que hice fue en el nombre y el diseño del logotipo de la empresa, que pasó a llamarse Poppy.^[1] También modifiqué el estilo de la ropa, empezando a crear nuevas líneas llenas de

color y alegría, porque era eso lo que me transmitía la infancia. Cada año dedicaba una pequeña línea a algo especial, como las imágenes que conservaba de Menorca, llenas de luz, de sol, del azul del Mediterráneo, o me volcaba en diseñar algo que evocara el mundo de los cuentos infantiles o la selva amazónica. Lo que fuera con tal de darle ese punto único y especial a la prenda.

—Recuérdame de nuevo por qué me he metido en esto —insté a Diana, ya que necesitaba una voz cuerda que le diera sentido.

—Porque adoras a los niños, nadie más que tú se implica en la empresa y...

—¿Y?

—Estás más loca que una cabra.

Una mujer de unos setenta años pasó trotando frente a nosotras con un cartel que rezaba «vaca», un gran cencerro colgado al cuello y mugiendo. Ambas nos quedamos mirándola espantadas.

—Bueno, puede que otras estén aún más locas que tú —afirmó Diana mientras sacaba su cámara y disparaba una ráfaga.

—Son del grupo de teatro aficionado de la asociación de vecinos. Van a representar el cuento *Jorgito y los animales de granja* —la excusé yo, aunque me pregunté por enésima vez si aquello no acabaría en un desastre descomunal.

Mi amiga puso los ojos en blanco y, después, meneó la cabeza.

—No quiero conocer a quien hace de Jorgito.

—¡Míralo! Ahí lo tienes —dije señalándolo con el dossier de la presentación enrollado.

El chico, de unos veinte años, al que reconocí porque trabajaba en una empresa de mensajería que solía repartir paquetes en Poppy, se acercó a saludarnos. Sus *piercings* y su cresta habían desaparecido y, en su lugar, llevaba una gorra abierta con una especie de ventilador de plástico en la frente. Lo habían vestido con un peto vaquero de pantalón corto, calcetines blancos hasta la rodilla y zapatos negros. Mi estudiada frialdad frente a lo antiestético sufrió un sofoco.

—Hola. No sabía que fueras actor —murmuré cuando lo tuve frente a

nosotras.

Diana seguía muda de asombro y ni siquiera había sacado la cámara para inmortalizar el momento.

—No lo soy. Mi madre, aquella que va vestida de león..., pues *naaah...*, que...

Dirigió la mirada hacia una mujer mayor con el pelo teñido de rubio y cardado que llevaba unos guantes rosas de fregar en los que había pintadas una especie de garras con tinta negra y que estaba ensayando el rugido con gran pasión.

Diana y yo nos tapamos los oídos a la vez, y su hijo hizo una mueca resignada.

—*Naaah...*, que me pilló una china de *marijuana* en el cajón de los calcetines, y éste ha sido su castigo.

—¿Eh? —pregunté desconcertada.

—Una piedra de maría, Álex, que a veces parece que naciste en otro siglo —apostilló Diana, mirando con algo más de interés el esperpento que tenía delante.

—De hecho, nací en otro siglo —musité, despistándome de nuevo cuando una madre me agarró del brazo y lo sacudió.

—¿Dónde está el baño? Coque se está haciendo pis.

—Está ahí detrás.

—Ése está ocupado por unas mujeres medio desnudas. No puedo dejar que mi hijo entre ahí, sufriría un trauma de por vida.

—Son las de danzas exóticas. En algún lugar tendrán que vestirse, digo yo.

—Dirás que en algún lugar tendrán que desvestirse. No me parece adecuado que salgan así en un espectáculo infantil. ¡Qué va a pensar el AMPA!

—Dirá el *hampa* —me susurró Diana, y a mí me entró la risa nerviosa.

Alguien tiró entonces de la manga de mi blusa y me volví sin reconocer en un primer momento a la persona.

—¡Mamá! —exclamé al fin—. ¿De qué vas vestida?

Ella giró sobre sí misma y varias hojas de parra revolotearon alrededor de su cintura. Observé su pelucón pelirrojo y el sujetador de lentejuelas negras con bastante estupefacción.

—Vamos a bailar el *hula* de Bombay.

—¿Bombay? ¿Eso no está en la India? —interrumpió Diana.

—Dirás Hawái, mamá.

—Pues eso es lo que he dicho.

—Ya.

—Es buenísimo para fortalecer los músculos pélvicos —afirmó contoneándose obscenamente.

El repartidor la miró con ojos desorbitados.

—¿Qué músculos dice, señora?

—Los de aquí —respondió mi madre señalándose el pubis.

Diana soltó una carcajada y el actor que interpretaba a Jorgito se quedó mudo mientras las orejas se le coloreaban de rojo como en un dibujo animado.

—Mamá, que igual no deberías ir dando tantas explicaciones —susurré entre dientes.

—¡Anda que no! Si supieras qué vigor han alcanzado. Lo que entra aquí no sale si yo no lo dejo —me confió.

Diana continuó riéndose a mandíbula batiente, y el actor en ciernes se alejó balbuciendo una disculpa.

—No le hagas caso a tu hija, Manoli, y tú explícame eso mejor, que creo que me voy a apuntar a tu clase —aseguró Diana entrelazando su brazo con el de mi madre para alejarla de mí.

Se lo agradecí con una sonrisa y me agaché para recoger varias prendas de repuesto por si había algún imprevisto. Al levantarme, noté un molesto dolor al final de la espalda.

—Ya tengo otro hueso roto en el cuerpo —murmuré a nadie en particular.

—No creo. —Diana me dio un pellizco en una nalga, regresando a mi lado —. Está mullidito como un cojín.

La miré sin lograr enfadarme con ella.

—Deja de tocar, que te veo venir.

Ella me lanzó un beso y me guiñó un ojo, lo que hizo que yo le correspondiera con una sonrisa sincera. Diana era la mejor fotógrafa de la zona norte... del barrio de Malasaña. Nuestro presupuesto era más que ajustado, y se había ofrecido a trabajar gratis, gracias a que una vez había sido

novia de mi hermano. Yo me preguntaba si eso era lo que le había hecho descubrir que, en realidad, le gustaban las mujeres.

—¿Va a venir tu prima Almu? —inquirió con interés.

Negué con la cabeza, perdida en un nuevo tumulto. Después de unos instantes, me volví hacia ella.

—No, ya sabes que, tras el accidente, se ha desentendido bastante de lo que sucede en la empresa. Pero Ana me ha mandado un GIF de apoyo —le dije enseñándole en la pantalla del teléfono las imágenes de Rihanna cayéndose por la escalera de un escenario—. Creo que tiene algún espía aquí que se lo ha contado —mascullé ante las carcajadas de Diana.

Ana y Almudena eran mis primas hermanas. Nacimos en tres días consecutivos de un caluroso mes de agosto, lo que provocó que a partir de aquel año brotara en nuestra familia la imperiosa necesidad de trasladarnos en la época estival a Menorca. Ana nació a las once y cincuenta y siete minutos, Almudena lo hizo a las doce y tres minutos del día siguiente. Nadie recuerda exactamente a qué hora nací yo. Mi madre dice que estaba demasiado agotada y sedada para darse cuenta de algo, y que sólo deseaba, palabras textuales, «Que me sacaran de su cuerpo, aunque fuera con una sierra mecánica». Mi tío no daba abasto con sus dos nuevos vástagos, y mi padre es incapaz de recordar el día que nació él. Mi hermano Roberto nos llamaba «el trío calavera». Las tres AAA, de «audaces, auténticas y anárquicas». Ana era la inteligente, Almu la dulce, y yo... era yo. Tenía poco de todo, porque todo se lo había quedado mi hermano, incluida su lengua viperina cuando había que buscar motes. Y yo era su preferida a la hora de recibir la mayoría de sus dardos envenenados.

Con un poco más de ánimo, carraspeé, levanté la voz y me dirigí a los pequeños modelos, esos monstruitos egocéntricos que no paraban de revolver el atrezo entre bastidores, empujando a los demás participantes. Nada me gustaba menos que organizar desfiles o presentaciones de moda.

—¡Hola! Soy Álex Torres —saludé con una gran sonrisa.

—¿Álex Torres? —preguntó un niño—. Eso es un nombre de jugador de fútbol, y tú no lo eres.

Resoplé y sonreí de nuevo.

—No, no lo soy. Soy la que ha diseñado la ropa que hoy vais a presentar.

—¿Nos vais a pagar? —me interrumpió una madre, y yo la fulminé con la mirada.

—Os podéis quedar con la ropa con la que desfiléis —expliqué.

—¡Pues vaya mierda! —exclamó el niño.

—¡Coque! —le gritó su madre.

—Yo no salgo ahí si no es por la nueva PlayStation.

—Ni lo sueñes —murmuré.

—¿La Wii?

—No.

—¿Un móvil?

—Oiga, ¿cuántos años tiene su hijo?

—Cuatro.

—Pues qué adelantadito a su tiempo está, ¿no? —intervino Diana, salvándome.

Miré alrededor con miedo. Aquello se me estaba yendo de las manos. Lo que había surgido como un proyecto solidario que patrocinábamos podría convertirse en el baile de graduación de *Carrie*. Era un festival infantil de cuentacuentos y danza. Mi hermano era uno de los cuentacuentos, y yo también intervenía en el papel del hada Marala. Había conseguido convencer al grupo de danza del gimnasio de mi madre. Y ella, por su parte, había traído a la bruja Piruca, que en su vida real era una ejecutiva que, tras un viaje a la India, reconsideró que sus chacras necesitaban un reajuste y puso un consultorio como pitonisa. Los del grupo de teatro aficionado se apuntaron *motu proprio*.

Y en medio de todo aquel jaleo estaba Poppy. La crisis también se había cebado con nosotros, la llegada de los productos Disney y, sobre todo, la importación de China nos había dado un duro golpe. Cada día era una lucha para seguir manteniendo la calidad de los diseños y el personal de la empresa.

Y ésta fue una de mis propuestas: «Una prenda, una entrada». El aforo, de quinientas personas, estaba lleno, y hasta era probable que salváramos parte del trimestre con ese acto. No obstante, yo llevaba más de dos meses peleándome con ayuntamientos, concejalías y madres que querían convertir a sus hijos en estrellas para conseguir sacar adelante la función.

Mi hermano entró como una exhalación, todavía vestido con uno de los trajes de Hugo Boss que solía llevar en su trabajo. Se fue quitando la americana y desabotonándose la camisa a medida que se acercaba a mí. Lo miré enfadada.

—Llegas tarde.

—Llego justo a tiempo. ¿Dónde puedo cambiarme, *Calamity Jane*?

—No me llames así. ¡Lo odio! El baño está ocupado, busca un lugar apartado y...

Antes de que terminara la frase, Roberto ya estaba bajándose el pantalón, con lo que consiguió más de una mirada de soslayo de las madres que nos acompañaban —aunque ninguna protestó por el improvisado desnudo— y un silbido por parte de Diana. Su tatuaje en letras chinas destacaba en su cintura cuando se irguió, sólo en ropa interior. Le lancé una túnica.

—¡Tápate! Me estás revolucionando al personal.

Una de las madres se acercó y le sonrió de forma seductora.

—Bonito tatuaje, ¿qué dice?

Diana y yo pusimos los ojos en blanco.

—«Fuerza», ésa es la traducción —contestó Roberto sonriéndole, sin apreciar otra cosa más que interés.

—Mentiroso —susurré—. Le hice una foto y lo pregunté en un estudio de tatuajes. Me dijeron que significaba «aguas fecales». Bonito, ¿eh?

—Serás capulla. ¿Me sacaste una foto?

—Sí, estaba harta de que presumieras tanto de ese famoso tatuaje que te hiciste con tu amiguito.

—Con Matthew. Tiene nombre, aunque tú pareces haberlo olvidado —masculló él con enfado.

¿Olvidarlo? ¿Yo? Lamentablemente, jamás podría olvidarlo.

—Estás pensando en él —afirmo mi hermano sin despegar la mirada de mi rostro.

—No.

—Ahora la que mientes eres tú. Se te nota demasiado cuando piensas en él.

—¿Ah, sí? Y ¿por qué? ¿Acaso se dulcifica mi gesto?

—No, más bien parece que acabas de chupar un limón agrio.

—No me distraigas, tengo mucho trabajo —repliqué dándole la espalda.

Él, sin querer apreciar mi incomodidad, se asomó al escenario y oteó entre los espectadores.

—Mira, ahí está el abuelo.

Me volví para espiar con él.

—Vaya, si ha venido con sus compañeros del mus. ¿Ves cómo les ponen ojillos a las bailarinas exóticas? ¡Anda! Si uno de ellos se ha traído hasta los prismáticos —exclamé viendo a mi abuelo octogenario teclear en el móvil. Y así supe quién había avisado a Ana.

—Joder, ni que vinieran a cazar patos... —musitó Roberto.

—No te metas con él, por lo menos ha venido —repliqué.

Hubo un silencio de unos segundos.

—¿Y Martín? —preguntó entonces mi hermano.

—Dice que tenía mucho trabajo. Lo veré en casa.

Aunque intenté no darle importancia a la frase encogiéndome de hombros, sé que Roberto dejó escapar un suspiro nada alentador.

En Poppy, había conocido también a Martín. La empresa donde él trabajaba como director financiero había quebrado debido a la crisis provocada por la burbuja inmobiliaria, y se presentó a la ronda de entrevistas que había convocado el Departamento de Recursos Humanos. Tenía un currículum impresionante para ser tan joven, y su carta de recomendación y su seriedad a la hora de responder a las cuestiones planteadas convencieron a mi padre para otorgarle su confianza.

Para convencerme a mí sólo necesitó un par de cervezas y una cena en Santceloni. No es que fuera una mujer fácil de convencer, de hecho, únicamente había tenido dos o tres relaciones que duraron apenas unos meses, pero sí había llegado a saber con certeza que la parte de mi corazón que había ocupado Matthew jamás podría volver a llenarse porque ahora era una tierra tan árida y huera como el desierto. Me conformaba con poder llegar a un entendimiento cómodo con la persona que eligiera para compartir mi vida. Porque Martín era así, como un viejo sofá orejero en invierno. Sus cualidades más significativas eran la templanza, la lealtad inquebrantable y el sosiego que

me transmitía. Era sencillo quererlo. De lo que no estaba tan segura era de que fuera tan sencillo quererme a mí.

Descarté esos funestos pensamientos y me centré en la representación. La hora se aproximaba y aquello seguía siendo un caos. Desde la platea comenzaron a oírse conversaciones en alto y quejas por el retraso, así que respiré hondo y me dispuse a salir.

—¿Cuál es el santo patrón de los actores? —le pregunté a Diana.

—Ni idea. ¿Molière, tal vez?

—¿El de la mala suerte y el amarillo? ¿Estás segura?

Y en ese instante, la bruja Piruca extendió una capa de un colorido amarillo refulgente y se cubrió con ella. Oí jadeos, y una de las madres hasta se santiguó.

—¡Hostia! —Fue finalmente Diana la que pronunció la palabra que yo había procurado ocultar minutos antes.

Algunas madres taparon las orejas a sus hijos y la fulminaron con la mirada. Ella se mantuvo impasible y me dio un pequeño empujón hacia el escenario.

—Esto se hunde... —murmuré antes de enfrentarme a los focos.

Y entonces, el león rugió...

* * *

A las siete en punto terminó el acto, sin más incidentes que reseñar que mi caída por la escalera. Me encontraba en un estado de sobrecarga de endorfinas, excitada y deseando ir a celebrarlo con unas copas en cuanto lo recogiéramos todo. Sin embargo, como ya solía ser habitual en mi vida, nada resultó como pretendía. En cuanto encendí el teléfono comprobé que tenía tres llamadas perdidas de mi neurólogo y un mensaje de voz. Me instaba a que acudiera a su consulta antes de las ocho. Maldije en silencio y me acerqué a Roberto.

—¿Te importa hacerte cargo de esto? —Extendí una mano señalando el desorden, la ropa acumulada y el atrezo sin recoger.

—Me gustaría más tomarme una cerveza. Se me ha quedado la boca seca

después de tanto hablar —contestó él con una sonrisa de súplica.

—Me lo debes. —Levanté un dedo acusador—. Casi me da un infarto al ver que no llegabas.

—Pero al final he llegado...

—Roberto, es importante. Me ha llamado el doctor Antúnez.

—¿Para qué? —Su gesto se volvió pétreo.

—Me imagino que no será nada, ya sabes que tenía la revisión después del alta provisional al año. Querrá darme el alta definitiva, sólo eso.

—Pero ¿estás bien?

—Sí, me encuentro perfectamente —lo tranquilicé saliendo ya por la platea, ahora vacía de forma desconsoladora de risas y personas.

Crucé los dedos. Sólo eso.

Que fuera sólo eso.

Capítulo 4

¿Cuánto tiempo?

Cogí el primer autobús que me acercaba al centro y caminé varias manzanas hasta llegar al edificio del barrio de Salamanca donde tenía la consulta el doctor Antúnez. Percibí que la gente me miraba con curiosidad y sonreía a mi paso, pero no le di importancia. Empezaba a sentirme cansada y tenía ganas de que aquel día terminara por fin. Descarté con un golpe de pensamiento los malos presagios que sentía. El abuelo Braulio, que era el que decía conocerme mejor que nadie, solía coger mis mejillas mofletudas con dedos ásperos y cabecear: «Nenuca, eres igualita que tu abuela, con rostro de ángel y ojos de bruja». Quería, desesperadamente, que se equivocara, pero él, ya fuera por la edad, la experiencia o la certeza que también encerraban sus ojos, no solía hacerlo con frecuencia.

Me abrió la puerta la enfermera, una joven bajita con el rostro redondo y simpático, vestida todavía con la bata blanca. Las luces del piso estaban apagadas y no se oía más que el teclear furioso de una persona al fondo.

—¿Soy la última?

—Sí, el doctor te está esperando. Por cierto, ¿vienes de una fiesta de disfraces?

En ese momento me vi reflejada en el espejo del recibidor y comprobé que todavía iba caracterizada como el hada Marala. Avergonzada, saqué un

pañuelo del bolso y, estrujándolo contra mi piel, apenas conseguí otra cosa que emborronarme el maquillaje de colores.

—Vengo de una función infantil —expliqué.

—Tranquila, busco unas toallitas húmedas y te las llevo a la consulta.

Sonreí y caminé los escasos pasos que me separaban del despacho de mi médico. Llamé con suavidad a la puerta semiabierta y entré al oír su voz.

—Buenas tardes —saludé.

—Buenas tardes, Alexandra, ¿cómo estás? —Se incorporó y me tendió la mano.

—Bien, gracias. ¿Qué era eso tan urgente que tenía que comentarme?

Si soy sincera, que me llamaran por mi nombre completo siempre me ponía nerviosa, aunque intentaba aparentar tranquilidad. Más tarde me di cuenta de que la vida es una traidora que permanece agazapada para asestar el golpe que hará que toda tu existencia se tambalee definitivamente.

—Han llegado los resultados de tu última tomografía craneal.

—¿Y? —Apreté en las manos el pañuelo manchado y mi voz me traicionó con un agudo digno de una soprano.

—Verás, he descubierto algo. —Se interrumpió y desvió la vista hacia la puerta—. ¿Has venido sola?

—Sí.

—Quizá deberías llamar a tu hermano o a Martín. Puedo esperar un poco más.

Eso disparó todas las alarmas. El hecho de que mencionara que iba a necesitar a dos de las personas que más quería en el mundo hizo que mis manos se cubrieran de sudor y empaparan el pañuelo, hecho ya un guiñapo.

—Prefiero saber qué sucede antes de contarles nada —dije de forma cortante, defendiéndome con la única arma que contaba: la indiferencia.

—Está bien —concedió él, y creí percibir una mirada resignada.

Se levantó y encendió la luz de la pantalla que ocupaba parte de la pared posterior. Allí estaba mi cerebro, refulgiendo en la oscuridad. Con un puntero láser señaló una minúscula mancha blanca.

—¿La ves? —me preguntó.

—Sí —mentí. Sólo veía un conjunto de luces y sombras sin sentido.

—Es un aneurisma. Muchas personas los tienen sin saberlo; a otras se les forman debido a la erosión de las venas, y otras, como creo que es tu caso, vienen como consecuencia de un trauma.

Hablaba en un tono académico, el mismo que tendría de estar impartiendo una clase de anatomía. Lo miré extrañada, sin entender todavía demasiado.

—¿Un trauma?

—Sí, el accidente.

Esas palabras fueron las definitivas. Agaché la cabeza e intenté pensar con calma, pero mi mente había caído en un abismo de oscuridad. Me sentí embotada y bloqueada como si estuviera en un limbo sin colores, sin vida, al igual que en los meses posteriores a mi accidente de tráfico dos años atrás.

—¿Se puede operar? —balbuceé finalmente, perdiendo la poca compostura que me había sostenido.

—Ahora no, resultaría peor la reparación que el daño en sí mismo. No obstante, es pequeño, hay que vigilarlo y estar pendiente de las señales.

En ese instante entró la enfermera y se sentó a una mesita accesoria. Vi que en una mano llevaba un paquete de toallitas húmedas sin abrir. No me lo entregó. Yo no se lo pedí.

—¿Qué señales?

—Dolores de cabeza, mareos, pérdida de visión, adormecimiento de un lado del cuerpo, dificultad al hablar...

—Lo entiendo —interrumpí, porque no quería seguir escuchando.

Levanté la cabeza y los observé a los dos. El médico, de unos sesenta años, corpulento, casi calvo, con un rictus severo en el rostro. La enfermera, frunciendo los labios y apretando en su mano las toallitas. Y deseé ver algo de compasión. Eran personas, al igual que yo. Y estaban dictando mi sentencia de muerte. El aire se tornó irrespirable y cerré los ojos. No me di cuenta de que lloraba hasta que sentí la humedad en los labios.

Lloré lágrimas de purpurina.

—¿Cuánto me queda? —pregunté con el resto de voz que todavía permanecía inmune en mi cuerpo.

—Es imposible de predecir. Meses, años, quizá toda la vida. Nunca se sabe.

¿Tenía que ser tan sincero? Sin duda, habría agradecido que matizara la cuestión.

—¿Cuántas posibilidades tengo de sobrevivir si... —se me trabó la voz— explota?

—Nunca me gusta dar cifras porque no son fiables.

—¿Cuántas? —exigí levantando con firmeza la cabeza.

—Más del cincuenta por ciento.

—Ya, lo que quiere decir que tengo casi el cincuenta por ciento de posibilidades de morir en cualquier momento.

El abuelo Braulio me habría regañado: «Debes empezar a ver el vaso medio lleno, no medio vacío». Pero el abuelo no estaba allí para sostenerme. Ambos se quedaron callados e intercambiaron una mirada cargada de circunstancias. Finalmente, la enfermera alargó una mano y me tendió una toallita húmeda. Me limpié los restos de maquillaje brillante, corazones y estrellas que adornaban mi rostro y me sentí hueca, arrancándome también el alma con ese acto de purificación. Casi sin fuerzas, me levanté de la silla.

—Espera, Alexandra, me gustaría darte una serie de recomendaciones, así como recetarte un medicamento para la tensión. También deberías decírselo a tu familia.

Me quedé de pie, como un tentetieso al que se le golpea y se tambalea, pero nunca llega a caer.

—No, no diré nada. Ya han estado bastante preocupados desde el accidente. Esto es algo mío —contesté con obstinación.

El doctor frunció los labios y me tendió la receta y un folio con indicaciones de lo que debía evitar, dietas y algo más que no me molesté en leer. La enfermera me acompañó a la salida y allí, sin que el médico nos viera, me apretó el brazo con suavidad.

—Álex, hay grupos de apoyo. Si quieres te doy el teléfono de alguno de ellos.

Me revolví como un animal cazado por un cebo, soltándome con brusquedad.

—¿Ah, sí? ¿Grupos que se reúnen en alguna parroquia a cantar y tocar la guitarra? ¿Tendré también un padrino, como en Alcohólicos Anónimos? ¿Me

dará una medallita por cada mes que sobreviva? Y ¿cómo debo presentarme? «Hola, me llamo Álex, hoy estoy aquí, pero mañana puede que ya no.» —Me interrumpí al ver su gesto de estupor y comencé a llorar de nuevo.

La tristeza había vencido a la ira.

—Lo siento —susurré—, tú no tienes la culpa.

—Tú tampoco, Álex —contestó la enfermera.

—Sí la tengo.

—¿Por qué? —inquirió ella sorprendida.

—Porque maté a una persona y ahora estoy pagando por ello.

Y, sin decir nada más, cerré la puerta tras de mí.

El accidente. El maldito accidente en el que no morí, aunque deseé haberlo hecho.

Caminé sin rumbo por varias calles. Llegaba a una intersección y giraba sin saber adónde me llevaba, cruzaba los pasos de cebra en una nube y sin darme cuenta de que en cualquier momento podía ser atropellada. Iba observando los rostros de la gente, fijándolos un instante en mis retinas hasta hacerlos desaparecer cuando quedaban tras de mí.

Era una noche cálida de finales de septiembre, el sol se ocultaba tras los rascacielos, aunque el asfalto todavía guardaba su calor. Todo era exactamente igual que el día anterior y, sin embargo, había cambiado por completo. Numerosas terrazas adornaban las aceras y la gente conversaba de manera relajada. Se reían, bebían y vivían. ¿No percibían nada extraño en mí? Sentía como si mi cabeza hubiera crecido hasta alcanzar un tamaño de proporciones incalculables. Me pregunté qué hacer a partir de ese momento, y decidí, sin lugar a dudas, que guardaría el secreto. Hay secretos que guardas porque son demasiado preciados para compartirlos, otros no tienes a quién confesárselos, y de otros te avergüenzas. Mi secreto sería ocultado para proteger a mi familia.

Rememoré lo sucedido tras el accidente. Las reuniones familiares se espaciaron y acabaron por desaparecer. El espectro de aquella muerte nos cubrió a todos con una especie de oscuridad nebulosa y modificó nuestra conducta definitivamente. A mí me dejó secuelas físicas, unas casi imperceptibles escarificaciones en la mejilla izquierda y una ligera cojera que

se acentuaba cuando el tiempo cambiaba de forma repentina. Todo ello era ínfimo si lo comparaba con las secuelas psicológicas. Comprendí que el dolor pesaba, que no era algo etéreo, que podía ser consistente y traicionero. Aunque se esforzaron porque llegara a creer que no había sido culpa mía, nunca lo sentí así y me martiricé durante los dos últimos años pensando que, si no hubiera pasado un semáforo en ámbar o no hubiera decidido parar a tomar un café y repostar en aquella gasolinera, podría haber evitado el accidente. La teoría de que el vuelo de una mariposa puede cambiar el mundo. Mi mariposa no voló aquel día, o quizá voló demasiado deprisa para poder alcanzarla.

Seguí caminando y caminando sin descanso hasta que llegué a las inmediaciones de mi casa cuando ya era más de medianoche. No me apetecía entrar, encontrarme con Martín. No quería ver a nadie, aunque tampoco tenía a donde ir. Con un suspiro, subí la escalera hasta el primer piso. Nada más abrir la puerta, supe que aquella noche mis deseos de soledad se iban a cumplir. Últimamente Martín pasaba muchas horas en el trabajo, intentando levantar la empresa que lo había acogido como si fuera uno más de la familia. Lo compaginaba con un máster que estaba haciendo en Londres, donde tenía que viajar muy a menudo, así que no me extrañó.

También era conocedora del cambio que había experimentado mi carácter después del accidente, y no lo culpaba porque necesitara alejarse de vez en cuando. Si yo hubiera podido, también me habría alejado de mí misma. Me di una ducha rápida y me acosté en la inmensa cama, que parecía todavía más amplia en soledad. Abracé la almohada y lloré de nuevo con libertad. Comencé a pensar en todo aquello que me perdería si fallecía, en todo aquello que nunca llegaría a saber, en todas aquellas personas que ya no conocería. No dudé ni un solo instante de que el médico, de forma cáustica e impersonal, había suavizado los datos, y tenía que ir preparando mi final. Sin embargo, no pude hacerlo. Me negué a rendirme con tanta facilidad, así que opté por enterrar ese secreto como había hecho con otros anteriormente. Como había hecho con el recuerdo de Matthew, reduciendo así cada día que pasaba el dolor de su abandono. Siempre había pensado que lo único que había marcado mi vida había sido conocerlo y, después, odiarlo. Dos años antes tuve que sumarle una cosa más: haber matado a una persona a la que quería en un

accidente de tráfico.

Lloré con más intensidad, sabiendo que quizá ya no tuviera tiempo de volver a verlo. Nunca podría preguntarle mirándolo a los ojos el porqué de su traición. Y fueron sus ojos claros bajo el cielo de un verano que ya agonizaba los que me acunaron hasta que caí en un sueño lleno de turbulencias cuando el sol ya asomaba por la ventana.

Capítulo 5

Si te dan una oportunidad, aprovéchala

Abrí los ojos de repente y un grito ronco murió antes de ser pronunciado. «Matthew.» Siempre él. Parpadeé confundida antes de librarme de la inconsciencia del sueño. Estaba empapada en sudor y aferraba la sábana blanca de hilo con desesperación. Esperé unos instantes a que los restos de la pesadilla se diluyeran y me levanté con lentitud. Comprobé la hora en el despertador y corrí hacia la ducha. Iba a llegar tarde.

Quince minutos después, estaba en la puerta poniéndome las bailarinas mientras me recogía la melena en un moño alto y, a la vez, intentaba cubrir mis ojeras con maquillaje mirándome de reojo en el espejo del pasillo, algo que no habría conseguido ni aplicando cemento armado.

Perdí el autobús y tuve que esperar al siguiente. Bajo la marquesina, rebusqué en mi bolso y encontré la receta del médico. Eché un vistazo detrás de mí, donde la farmacia ya abría sus puertas, y rompí el papel. Creía que el destino de una persona ya estaba fijado de antemano antes de nacer, por lo que empezar a tomar unas pastillas que no sabía qué efectos secundarios tendrían o qué beneficio podían suponer me pareció una idea inútil.

Llegué bastante más tarde de lo habitual a la empresa. Al pasar mi tarjeta identificativa por la ranura se abrieron las puertas acristaladas de Poppy y sentí una súbita nostalgia, como si en cierto modo ya me estuviera despidiendo

de aquel lugar. Me detuve en el descansillo para sacar un café de la máquina y, con el vaso de plástico en la mano, me dirigí a mi despacho, situado en el primer piso. Entré y cerré la puerta. De forma mecánica, colgué el bolso y el *blazer* en el perchero y me puse la bata decorada con numerosas manos infantiles en infinitos colores: mi uniforme de trabajo. Me senté frente a la amplia mesa de dibujo, sin necesidad de encender ninguna luz, ya que el día era completamente soleado.

Llevaba en la misma posición cerca de una hora cuando Martín entró de improviso. Di un respingo y el vaso de café, frío y todavía lleno, se derramó sobre los folios blancos. Me levanté de un salto y él corrió a ayudarme a recoger el desastre.

—Espero que no fuera nada irrecuperable —dijo arrojando los folios a la papelera.

—No lo era —musité, ya que había sido incapaz de trazar una sola línea, y eso que ya me estaban presionando con la colección del próximo verano.

—Pareces distraída, ¿sucede algo? —inquirió mirándome con sus ojos del color de la tierra húmeda bajo las gafas metálicas.

—Nada. ¿Dónde estuviste anoche? —le pregunté recordando que no había dormido en casa.

—Me quedé aquí hasta tarde, así que preferí dormir en el sofá de mi despacho para no despertarte.

—Podrías haber llamado, al menos —añadí con algo de resquemor.

—Lo hice, tenías el teléfono apagado.

—¿Ah, sí?

—De hecho, lo sigues teniendo: te he llamado también esta mañana. No sé qué es lo que te mantiene en el plano abstracto, pero te aseguro que no es nada tan urgente como lo que te espera.

Lo miré frunciendo los labios; la gente siempre tiende a juzgar a los demás sin saber toda la historia.

—¿Qué es eso tan urgente? —mascullé.

—La junta de accionistas. Si no nos vamos ya, llegaremos tarde, aunque tú ya lo has hecho esta mañana —apostilló sin perder la sonrisa.

—Puedes descontarme la hora de mi próxima nómina..., ya sabes, la que

no voy a cobrar de ninguna de las formas.

—Álex, recondúctete, que esta vez es serio.

—No sabes tú cuánto —murmuré saliendo con él del despacho.

Se oía una discusión acalorada detrás de las puertas de madera cerradas de la sala de juntas. No me extrañó; como empresa familiar, en ese tipo de juntas solían tratarse asuntos empresariales que después derivaban hacia temas de diversa índole. La empresa la fundó el abuelo, que empezó en un pequeño bajo en el centro de Madrid como sastre. Mi padre y mi tío entraron de aprendices y pronto se hicieron cargo de diversas áreas, decidiendo ampliar el negocio y trasladarse a las afueras. No obstante, el capital social seguía perteneciéndonos, así como la toma de decisiones.

Entré en silencio y ocupé mi silla, a un lado de Roberto. También habían acudido mis tíos y mis padres. El abuelo me saludó desde un sillón situado en una esquina. Decía que la empresa ya no era suya, pero seguiría siéndolo siempre. De hecho, no había día que no se trasladara para «ver qué se cocía en los talleres». Ana y Almudena no habían vuelto desde hacía dos años, ambas por motivos diferentes. La primera se mudó a Londres porque le ofrecieron un trabajo imposible de rechazar; la segunda, porque no me perdonó nunca lo sucedido en el accidente. Su padre tenía el poder notarial de las dos sobre la mesa. Martín saludó a todos y se encaminó al frente, donde había preparado una pequeña exposición acompañada de diapositivas realizadas en PowerPoint. Lo examiné con detenimiento y lo noté inusualmente nervioso. La americana de su traje había desaparecido, se había aflojado la corbata y recogido las mangas de la camisa en los codos.

Desvié la vista hasta la pizarra y me detuve en una serie de gráficos que reflejaban la situación económica de la empresa. No comprendí ni uno solo de ellos, para mí suponían una sucesión de líneas de color sin significado alguno, excepto que todas marcaban una tendencia descendente. Me esforcé en escuchar con atención.

—¡Todavía estamos pagando los dos camiones que compré hace tres años!
—expuso mi tío, un hombre rubicundo y rubio, dando un puñetazo sobre la mesa de madera de cerezo maciza.

—Lo sé, y también llevamos un retraso en el pago de más de tres nóminas

a los empleados. En cualquier momento nos van a empezar a llover demandas por despido improcedente y nos veremos obligados a responder —continuó mi padre con gesto cansado.

Mi madre le cogió la mano y se la apretó. Roberto y yo nos miramos con gesto serio.

—¿Tan grave es? —expresé en voz alta, estudiando a todos los socios presentes.

—Estamos al borde de la quiebra. La cuenta de resultados muestra que en cualquier momento nos pueden plantear un concurso de acreedores, debemos más de quinientos mil euros a los proveedores y casi doscientos mil a los trabajadores. Por no hablar de las empresas externas que trabajan como subcontratas para nosotros. Nos estamos manteniendo a base de créditos. Todos los meses tengo que hacer malabarismos para traspasar dinero de una cuenta a otra y evitar así un mal mayor —explicó Martín.

—¿Cómo... cómo hemos llegado a esta situación? —balbució mi hermano.

—A nosotros nos deben más de seiscientos mil, entre empresas que han quebrado y otras de las que estamos pendientes de ejecutar crédito en el juzgado. Pero no tengo muchas esperanzas de que se vayan a hacer efectivas, por lo menos en el próximo año —resumió Martín de nuevo.

—¿No os ayudó la indemnización que cobré del accidente? —inquirí sabiendo que ese tema solía ser tabú en las reuniones familiares.

—Ayudó, pero no es suficiente. Dudo que podamos devolvértelo —contestó Martín con gesto cansado.

—No era necesario, de todas formas...

—La crisis. La maldita crisis, que se ha convertido en la banda sonora de este país —explotó mi tía echándose a llorar.

—Seguimos teniendo propiedades. Los apartamentos de Menorca, las antiguas oficinas en el centro, este edificio, nuestras propias casas —dije buscándole el sentido a algo que no lograba entender del todo.

—Está todo hipotecado, hija —declaró mi padre con voz derrotada, como si no le quedaran fuerzas.

—No lo entiendo —asumí finalmente—. Nuestra ropa gusta, se vende. Tenemos varias tiendas diseminadas por el país, e incluso estábamos

planteándonos exportar al extranjero.

—Es una cadena. —Martín me miró a los ojos—. Si se rompe un eslabón, caemos todos detrás.

—¡Joder! —Esta vez fue mi hermano el que golpeó con furia la mesa.

—Pero no todo está perdido. Por eso estamos aquí. —Martín se levantó y señaló un nuevo gráfico que apareció en la pantalla.

Todos nos volvimos hacia el colorido tapiz, y creo que todos lo examinamos minuciosamente sin llegar a entenderlo, excepto quizá mi padre y mi tío, que cruzaron una mirada de comprensión.

—Y ¿cuál es la solución? —exclamé.

—Tú. —Fue Martín quien habló.

—¿Yo? —pregunté desconcertada—. Y ¿qué puedo hacer yo?

—Hay una empresa, un holding chino que está interesado en comprar nuestros diseños. Parte de la explotación se trasladaría allí y eso abarataría costes. Además, están dispuestos a adquirir un paquete de acciones por una gran cantidad de dinero. Pero ponen una condición.

—¿Cuál? —inquirí entornando los ojos.

Había empezado a dolerme la cabeza, y no sabía si era un reflejo de la noche tan corta o de lo que me había comunicado el médico, despertando algo dormido en mi cerebro... ¿Quizá el temporizador?

—Quieren que la diseñadora principal sigas siendo tú.

—Bueno, eso no es problema —contesté con demasiada rapidez, olvidándome de lo que había oído en la consulta.

—Dentro de tres días tienes una reunión con ellos en Londres. Según cómo propongamos y vendas la próxima colección, ellos entrarán en el negocio o no.

—¡¡¡¿Qué?!!! Yo no sé negociar, sólo sé diseñar. Eso siempre se le ha dado mejor a mi hermano.

—Sí, pero yo sé vender casas, no ropa —masculló Roberto.

—¿Cómo llevas el inglés, hija? —inquirió mi padre.

—Eso también se le da mejor a mi hermano —farfullé.

—Si no hubieras odiado tanto a Matt, quizá ahora no hablarías inglés como un niño de primaria —atacó él.

—El odio era mutuo —dije como única defensa, porque en realidad tenía

razón.

Había tenido decenas de oportunidades de aprender el idioma tal y como lo había hecho mi hermano, con estancias en casa de Matthew y viajes a Inglaterra, pero yo siempre me había negado. Ésa fue la primera vez que me arrepentí de veras.

—Te prepararé esta misma noche un discurso y trataremos los temas de cortesía durante dos días. Espero que sea suficiente —declaró Martín, aunque no se lo veía nada convencido.

Todos suspiraron a la vez y percibí que nadie estaba convencido de que aquello saliera bien. Yo era su clavo ardiendo, su última oportunidad. Y yo misma era mi última oportunidad, como si una metáfora maléfica hubiera decidido voltear mi vida.

—Lo haré lo mejor que pueda —dije con voz temblorosa.

—*I'll do my best* —puntualizó Roberto.

—¿Cómo? —Me volví hacia él—. *¿Yo haré mi mejor?* ¿Es que no saben decir nada con sentido?

—Ésa no es la actitud, hija —se quejó mi padre.

—Pues es la única que tengo. ¿Cómo se dice eso en inglés, Roberto?

—*I'll do my best* —repitió él triunfante.

Asomaron algunas sonrisas de apoyo, y yo levanté el dedo corazón dirigiéndome a él.

—Esto no hace falta que me lo traduzcas.

—No lo haré, sólo te recordaré que en Inglaterra las peinetas se hacen levantando los dedos índice y corazón. Ya sabes, un consejito callejero por si lo necesitas —añadió guiñándome un ojo con sorna.

—¿Queréis comportaros? —pidió mi padre algo cabreado.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —Mi tía no paraba de darle codazos a mi madre.

—Yo no veo nada —contestó ella fulminándonos con la mirada.

—Está bien. —Levanté las manos en señal de rendición—. Quemaré todos los cartuchos que nos quedan.

—Sólo nos queda uno, Álex, así que da en el centro de la diana. —La voz ronca del abuelo, sentado en un butacón en una esquina, fue la que puso el punto final a la reunión.

Después me guiñó un ojo, al igual que había hecho mi hermano, y sonrió de medio lado acomodándose la boina.

Capítulo 6

London calling

Dos días más tarde, cuando me desperté, durante unos segundos fui completamente libre. Invasión todavía por una sensación onírica en la que no había recuerdos desagradables, sino esa levedad del ser que se desprecia activando todos los sensores, no existen secuelas de accidentes automovilísticos, aneurismas que amenazan con reventar ni empresas a punto de quebrar.

Después, todo regresó de golpe, haciendo que me costara un poco más levantarme, provocando que asimilase con rapidez en qué se había convertido mi vida y qué podía hacer para solucionarlo. Suspiré y, sabiendo que estaba sola en la cama, salí de ella sin una mirada atrás. Caminé hasta la cocina americana y me preparé un café, a la vez que consultaba los correos electrónicos en el móvil. Con él en la mano, me dirigí al despacho y me apoyé en la jamba de la puerta, vestida todavía con el camisón. Observé a Martín en silencio mientras repasaba unos papeles con gesto concentrado. Habían sido dos días duros, de intenso aprendizaje, en los que había tenido que repetir las mismas frases más de mil veces con el fin de lograr la pronunciación correcta. No obstante, dudaba muchísimo de que lograra alcanzar el objetivo, rompiendo las esperanzas que la empresa había depositado en mí. Martín habló, ahuyentando así los pensamientos funestos:

—¿Ya te has despertado?

—Sí.

—He estado escribiéndote el discurso. Además, he añadido un dossier con algunas expresiones de cortesía y frases sobre direcciones, comidas..., ese tipo de cosas que creo que vas a necesitar.

—Gracias. No podías dormir, ¿verdad? —pregunté haciendo una mueca.

Lo extraño era que yo aquellos días no había perdido esa capacidad, como si mi cuerpo, agotado de todo lo que la jornada le había arrebatado, buscara con furia en el sueño recuperar las energías.

—No. Últimamente está siendo difícil —masculló él, y se frotó la nuca con gesto cansado—. ¿Algo importante? —inquirió mirando el teléfono en mi mano.

—Sólo mis padres, dándome los últimos consejos. Mi madre dice que lleve minifalda y escote, que me pinte los labios de rojo y sonría mucho, aunque no demasiado —maticé—. No quiere que parezca una fulana. —Martín sonrió y yo puse los ojos en blanco—. Sí, ha utilizado esa palabra. Ni siquiera sabía que siguiera existiendo —añadí.

—¿Y tu padre?

—Oh, mi padre ha sido más vehemente y directo. Quiere que me vista con un traje pantalón y me muestre seria y concisa. Me escribe que nunca se rio con el programa *Humor amarillo* y que, por tanto, para él los chinos no tienen sentido del humor. En la postdata añade que debería llevar bufanda porque en Londres hace mucho frío —expliqué.

—Y ¿a quién piensas hacer caso?

—Obviamente, a ninguno de los dos —aseveré recorriendo el pequeño espacio para sentarme sobre la mesa—. ¿En qué me estoy metiendo? —Suspiré hondo y busqué su apoyo.

—No lo sabemos todavía —respondió de forma enigmática—. Vamos —continuó al ver mi semblante serio—, será mejor que sigamos practicando un poco más.

* * *

Veinticuatro horas después me encontraba de pie con Martín junto al control de pasajeros. Al fin había elegido un vestido con cuello *baby* negro, un bolero de manga francesa y unos *peep toes* con un tacón kilométrico que me alzaban hasta tener sus ojos marrones frente a los míos.

—¿Lo llevas todo? —inquirió él con visible nerviosismo.

Revisé mentalmente el contenido de mi maleta de mano, mi bolso y mi maletín negro de piel.

—Todo.

Me entregó los pasajes en un sobre cerrado.

—Se han disculpado porque no han encontrado asiento en *business* a la ida, pero sí a la vuelta.

—¿Ahora es más fácil encontrar vuelo en turista? —exclamé sorprendida.

—Por lo visto, sí. Los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres.

—¿Y la clase media?

—Ésa va a desaparecer. Recuerda por qué estás aquí.

Reprimí un escalofrío. Estaba aterrorizada y no lograba disimularlo.

—Por lo menos podré emborracharme en el regreso si no lo consigo.

—Tienes que conseguirlo —aseveró—. Recuerda el saludo, no tartamudees, muéstrate siempre segura de lo que dices y, sobre todo, conquístalos.

—Y ¿cómo se supone que tengo que hacer eso?

—Con tu sonrisa los desarmarás.

Solté una carcajada y mi pelo moreno y rizado se agitó, cubriéndome parte del rostro.

—Claro.

—En serio, no hay nada que Álex Torres no pueda conseguir —afirmó Martín con total seguridad.

Lo miré buscando la confirmación en sus ojos, pero únicamente vi la sombra de la duda. Tragué saliva con fuerza y le cogí una mano.

—Martín, ¿por qué nunca lo hemos hecho?

—¿El qué? —preguntó desconcertado.

—Ya sabes, dar el paso definitivo. Vivimos juntos, pero nos vemos menos

que cuando cada uno tenía su propio domicilio. A veces tengo la sensación de que nos estamos alejando y no logro entenderlo.

—Álex, no surgió, no hay que darle más vueltas.

—Pero... —Me detuve sin saber cómo continuar—. Nos queremos, quiero decir, tú y yo...

Esperé que él hablara, lo que hizo como si le costara un gran esfuerzo pronunciar las palabras exactas.

—Sí, te quiero.

—Entonces ¿por qué no lo hacemos? No necesito una gran boda, un gran vestido, doscientos comensales. Hace mucho que dejé de soñar, sólo los íntimos en un juzgado.

—¿Crees que éste es el momento para plantear algo así? —Su desconcierto y también su nerviosismo iban en aumento.

—No he encontrado otro momento, Martín. Éste es tan bueno como cualquier otro —insistí, sin darme cuenta de que estaba declarándome en medio de un aeropuerto.

—Álex, ahora no hay tiempo para otra de tus elucubraciones mentales, tienes que concentrarte en tu presentación.

—¿Elucubraciones mentales?! —A mi pesar, había elevado la voz y él parecía todavía más incómodo.

—Sí, eres incapaz de focalizar. Éste no es un buen momento, como tampoco es el lugar indicado.

—Y ¿cuándo lo será, Martín? —pregunté sintiéndome profundamente dolida—. ¿No has pensado que quizá la vida no sea eterna?

—Álex, déjame pensarlo.

—¿Pensarlo? —Ahora mi propio desconcierto era patente.

—Cuando regreses hablaremos.

—Creo que ya está todo dicho —afirmé con la dignidad que me quedaba, y me volví para dirigirme al control policial.

Él me detuvo sujetándome la muñeca con firmeza, aunque sin insistencia.

—Lláname para decirme cómo ha ido la presentación.

—Lo haré —musité, pese a que no tenía intención de hacerlo.

* * *

Era una idiota. A nadie en su sano juicio se le habría ocurrido plantear una proposición así cuando ve que lo único que cree seguro en su vida se le está escapando sin entender muy bien el porqué. Era como atrapar el aire con una red. Inútil.

Continué pensando que era una completa estúpida las dos horas siguientes, en las que me olvidé de estudiar el dossier con toda la información recogida por Martín. Al fin, decidí relegar a una esquina de mi cerebro lo que acababa de hacer y me puse a repasar una y otra vez las frases indicadas, consiguiendo mitigar el recuerdo de la bochornosa escena del aeropuerto.

Las luces que indicaban que debía atarme el cinturón y la brusca sacudida del aparato vinieron acompañadas del nudo en el estómago que me provocaba el encuentro con aquellos desconocidos que tenían el futuro de mi familia en sus manos. Guardé la documentación y miré por la ventanilla, a través de la cual contemplé una masa de nubes grises aposentadas sobre la inmensa urbe, protegiéndola o queriendo ocultarla de la vista. Me invadió una repentina sensación de tristeza y me pregunté cómo Ana era capaz de vivir en una ciudad tan oscura.

Cuando crucé de nuevo todos los controles y pasé por las puertas opacas, me detuve algo despistada intentando leer los carteles que portaban los chóferes o los guías. Ninguno llevaba escrito mi nombre, y presentí que aquello no iba a salir bien. No quise ser agorera y me alejé unos pasos con la intención de esperar un rato más. Conecté mi teléfono y un escalofrío me recorrió la espalda antes de sentir un soplo de aire cálido que me desconcertó. Levanté la vista y vi a un hombre caminar con firmeza hacia mí.

«Mierda. Nononononononono...»

Si el David de Miguel Ángel se hubiera convertido en un hombre de carne y hueso, sin duda habría sido él. Sus pasos destilaban fuerza y sensualidad, como si en sus genes se hubieran mezclado la elegancia sajona y la brutalidad normanda. Era alto, quizá más de un metro noventa, su pelo moreno corto y peinado de forma alborotada le confería el aspecto de un diablo peligroso y decadente. Portaba en una mano una funda de traje, que se balanceaba con su

paso erguido. Una bandolera de piel le cruzaba el pecho cubierto por una camiseta blanca informal bajo una chaqueta de cuero negro. Los vaqueros claros marcaban cada músculo de sus largas piernas y no contribuían mucho a ocultar su anatomía perfecta. Varias personas se giraron para mirarlo con atención, dándose codazos.

En Londres viven más de ocho millones de personas. Con toda seguridad, unos cuantos miles debían de estar en ese momento transitando por Heathrow. ¿Qué probabilidad existía de que me encontrara con la única persona que no deseaba volver a ver en mi vida? Mi abuelo habría dicho que, si se perdía una aguja en un pajar, sólo tenía que sentarme en el suelo y me pincharía el trasero.

«Mierda. Nononononono...»

Instintivamente, me alisé el vestido, solté la maleta y me atusé el pelo, inclinando la cabeza para ofrecerle mi sonrisa de conquista. Me había jurado hacía ya nueve años que jamás dejaría entrever mi debilidad ante él. Que nunca le daría la oportunidad de comprobar todo el daño que me había hecho. Que no sería vulnerable a su magnetismo. Que le mostraría la mentira de que su abandono no había tenido efecto sobre mi persona. Que no había pisoteado mi corazón ni humillado mi alma de tal forma que había tenido que desaparecer para intentar recomponer lo que él había destrozado en una sola noche.

Tendría que convertirme en otra persona para conseguirlo.

Él se detuvo a escasa distancia y, como si se tratara de un león a punto de asestar la dentellada mortal a su presa, sus ojos claros recorrieron mi piel en una caricia que provocó que mis mejillas se tiñeran de rojo. Sonrió de forma sesgada, mostrando una dentadura perfecta, y su voz grave tuvo el mismo efecto en mí que un viaje al pasado. Tragué la saliva que, de improviso, se había atorado en mi garganta.

—¡Álex Torres! ¿Eres tú?

—No. Soy su gemela malvada.

«Así no, Álex —me dije—, así lo único que demuestras es lo que te sigue doliendo. *I'll do my best, pero my very, very best.*»

—Hola, Matthew, ¿cómo estás? —añadí sin el entusiasmo que pretendía.

Le tendí la mano en un acto cortés, pero me arrepentí al instante.

Él la miró un momento enarcando una ceja, se inclinó hacia mí y, sujetándome por la cintura en un gesto claramente íntimo, me dio un beso en la mejilla. Aspiré su olor y contraje el estómago en respuesta. Me descubrí a mí misma deseando que el contacto de sus labios fuera más intenso y busqué aire boqueando de forma absurda. Su aroma era diferente, podía intuir su esencia bajo la capa de aquel perfume obscenamente caro. Me resultó extraño y desconcertante. Lo examiné sin disimulo alguno, buscando al joven desgarrado, tímido e incluso histriónico que mi cerebro había construido en aquellos años, sin encontrarlo.

—Muy bien. ¡Qué sorpresa encontrarte aquí! ¿Vacaciones?

—Tortura, ahora confirmada. Y, sí, es una sorpresa..., hummm..., sorprendente.

Se rio, y su risa retumbó en mis tímpanos en forma de recuerdo compartido en su compañía. No obstante, permanecí impasible, algo ocasionado por los nervios más que por mi carácter habitual.

—Estás preciosa, no has cambiado nada. ¿Cuántos años han pasado? ¿Cuatro, cinco?

«Ocho años y trescientos treinta y dos días, para ser exactos. Tampoco es que lleve la cuenta.»

—Más o menos, no lo recuerdo. Aunque tú sí que has cambiado —mascullé finalmente.

Él enarcó ambas cejas en un gesto divertido y, a la vez, sugerente.

—Quiero decir —me expliqué enrojeciéndome de nuevo— que has cambiado bastante.

—Casi nueve años son mucho tiempo, Álex.

Sentí un pellizco en el corazón por su tono de voz tan sumamente cálido y la precisión en recordar la última vez que nos habíamos visto. Entorné con suspicacia los párpados.

—¿Has recobrado de repente la memoria?

—A diferencia de ti, yo nunca lo he olvidado.

Me mordí el labio con tanta fuerza que me hice sangre. Claro que no lo había olvidado. Me esforcé un poco más en mostrarme todo lo indiferente que podía, dadas las circunstancias.

—Para algunos, esos años han pasado mejor que para otros.

—¿Por qué lo dices? —Parecía interesado en conocer los motivos.

Lo rodeé frunciendo los labios. Él cruzó los brazos sobre el pecho, no supe si en defensa al escrutinio o para atestiguar que estaba en plena forma.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el amigo de mi hermano? ¿Te lo has tragado? —inquirí recurriendo al sarcasmo como defensa.

Él echó la cabeza hacia atrás, mostrando su fuerte cuello y el nacimiento de la barba oscura descuidada propia de dos días, estallando en una rotunda carcajada.

—Sigo sin saber los motivos que demuestran mi cambio.

—No estás calvo, ni gordo, ni se te han caído los dientes.

—No —contestó todavía sonriendo.

—Tenía esa esperanza —musité pesarosa.

Y entonces hice algo estúpido: le tiré del pelo.

—¿Qué haces? —preguntó él, extrañado por primera vez.

—Compruebo que no es una peluca.

—No lo es.

—Ya lo he visto, gracias.

Lo examiné de nuevo, detenidamente.

—¿Bótox?

—No.

—¿Ácido hialurónico?

—Ni siquiera sé lo que es eso.

—¿Blefaroplastia?

—¿Cómo?

—Sigues teniendo la nariz torcida.

—Cierto. Es lo único que siempre he querido arreglar.

—Y ¿por qué no lo has hecho?

—Quería recordar por siempre que tú fuiste la causante de ello.

Me quedé mirándolo con la boca abierta y él volvió a reír a carcajadas. ¿Cuándo el amigo *loser* de mi hermano se había convertido en un adonis? ¿Mi cerebro había sido tan astuto de modificar cada rasgo de su cuerpo, ocultando cómo había terminado de esculpirse en un hombre que atraía las miradas como

un fuego fatuo?

—¿Has acabado ya de examinarme? —inquirió cogiendo aire para expulsarlo luego con lentitud.

Pero ¿cómo había desarrollado esa enorme capacidad pulmonar? ¿Tomaría esteroides?

—Sí —murmuré.

—Bien. ¿Ya puedes contarme, entonces, qué haces en Londres?

—Tienen que venir a buscarme unos chinos.

—¿Qué?

Estaba claro que su presencia también había afectado las pocas neuronas de mi cerebro que todavía permanecían indemnes a su encanto.

—Quiero decir que tengo una presentación para una empresa china —aclaré—. Deberían haber enviado a alguien a buscarme.

—El tráfico a esta hora es horrible, es posible que se hayan retrasado.

—Ya —contesté sin poder apartar la mirada de su rostro, y sin estar todavía concentrada.

El sonido del teléfono terminó por espabíllarme del todo y me apresuré a cogerlo. Era Martín.

—El recibimiento chino con flores y pancartas no se ha producido. ¿Qué sucede? —pregunté viendo que Matthew se alejaba unos pasos para darme intimidad.

—He recibido un correo electrónico mientras estabas en pleno vuelo. Les va ser imposible ir a buscarte; por lo visto, han tenido un retraso debido a una tormenta en Hong Kong y el director general ha quedado atrapado en el aeropuerto. Te esperan mañana a las nueve en la sede de la empresa. Lo siento, Álex.

—No lo sientas. —Levanté la vista, observé a Matthew y añadí—: Ya lo siento yo.

—Llevas la dirección del hotel que te han reservado en el maletín. Coge un taxi y que te lleve directamente allí —me indicó.

—Quizá sea mejor que llame a Ana, hace mucho tiempo que no la veo y...

—Álex, te conozco. Sé que, si llamas a Ana, la tarde se convertirá en noche, ésta en madrugada y todavía no habrás encontrado el maldito hotel —

barbotó—. Haz el favor de hacer las cosas bien por una vez en tu vida o todos perderemos mucho.

Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula.

—Está bien —susurré con voz ronca por el esfuerzo, y colgué el teléfono golpeando la pantalla tan fuerte que estuve a punto de resquebrajarla.

Matthew se acercó cuando vio que lo guardaba en el bolso.

—¿Algún problema?

—Me han dejado plantada, lo que no es buena señal —mascullé.

No me gustaba el plan, no me gustaba lo poco que había podido averiguar sobre esa misteriosa empresa de dudoso capital. No me gustaba estar en Londres y, mucho menos, estar en Londres en compañía de Matthew.

—¿Tienes dónde alojarte? —preguntó solícito.

—Sí, un hotel cerca de Victoria Station —contesté sin apenas mirarlo.

—Puedo acompañarte, si lo deseas —ofreció.

—No es necesario, cogeré un taxi. Tengo órdenes precisas de la empresa.

—¿Y cuándo Álex, con «A» de *anarquía*, ha obedecido alguna orden?

Por primera vez sonreí de forma sincera al ver que también recordaba aquel dato.

—¿Sabes? Tienes razón.

Él me devolvió la sonrisa.

—No es un halago —añadí, y torcí la boca.

—No te preocupes, no me lo he tomado como tal.

—Eso espero.

—De todas formas, ¿qué caballero no acompañaría a una dama en apuros?

—Y ¿quién te ha dicho que tú seas un caballero y yo una dama en apuros?

—Soy un caballero y veo que estás completamente perdida.

—No lo eres y no estoy perdida. De hecho, pensaba llamar a Ana. Ahora vive aquí, ¿la recuerdas?

—Tu prima. No lo sabía. Y, sí, soy un caballero, lo fui hace nueve años y sigo siéndolo.

—Te aseguro que respecto a eso tenemos opiniones diferentes —apostillé con dureza.

—Me encantaría que me las contaras mientras cenamos —sugirió algo

molesto.

—No pienso ir a cenar contigo. No tenemos nada de que hablar. —Mi réplica sonó a enfurruñamiento infantil.

—No pienso dejarte sola en Londres, Álex. Lo quieras o no.

—¡Vete a la mierda! —solté de improviso, pero él ni se inmutó.

Me cogió de la mano y tiró de mí hacia la salida.

—Ahora sí empiezo a reconocer a la Álex que recordaba —musitó.

—Suéltame la mano. ¡No soy ninguna niña! —exclamé apartándome de él.

—Como quieras —asintió con un gesto de la cabeza acompañando la afirmación.

Posó una mano firme en la parte baja de mi espalda, lo que me produjo el mismo efecto que tener una llama incandescente sobre mi piel. Enrojecí y lo miré de reojo. Lo vi sonriendo triunfante y eso fue infinitamente peor que me cogiera de la mano.

—Invitas tú, y asegúrate de que haya ingentes cantidades de alcohol —dije rindiéndome.

—Siempre tan amable —murmuró y, con un leve empujón, me dirigió hacia la salida.

Una vez dentro del taxi, me puse el cinturón, me separé todo lo que pude de la ventanilla y me obligué a respirar con normalidad.

—Ponte el cinturón —lo insté viendo que él se había arrellanado junto a la ventana contraria y miraba con demasiada concentración el fluido tráfico de la hora punta.

—A sus órdenes. —Me sonrió levemente y sus ojos se pasearon por mis manos apretadas en un puño y, después, se posaron en mi mejilla izquierda.

Estaba acostumbrada a las miradas de compasión y a las falsas palabras de conmiseración, pero había terminado por odiarlas. Hice una mueca y miré al frente.

—Lo sabes. Mi hermano te lo contó, ¿no?

—Sí. ¿Estás bien? —Su tono no era condescendiente, sólo mostraba preocupación.

—Ahora estamos empatados. Te rompí la nariz y yo llevo cicatrices en el rostro —dije con un tinte de amargura implícito en la voz.

—Apenas son perceptibles, Álex. —Su tono se suavizó, y yo apreté los dientes.

—Sí lo son.

—No estoy seguro de a qué cicatrices te refieres.

Suspiré hondo y por un instante deseé que su mano cogiera la mía, cosa que no sucedió.

—A todas.

—Podría haberle sucedido a cualquiera. —Su voz seguía siendo aterciopelada.

—Sí, pero me sucedió a mí —mascullé, y con eso di por finalizada la conversación.

* * *

Casi una hora después, el taxi nos dejó en una concurrida avenida con el imponente edificio de Victoria Station a nuestra espalda. A pocos metros, vi un restaurante japonés.

—¿Japonés? —Mi voz agonizó.

—Sí, creo recordar que el sushi es una de tus comidas favoritas —dijo Matthew con amabilidad.

—Tienes muy mala memoria —aseveré.

Aparte de la sopa de miso, no había nada que me gustara de la comida japonesa. No obstante, entré delante de él, empujada por su mano persistente en mi espalda.

Lo saludaron como si lo conocieran, y parecieron indicarle un reservado que debía de utilizar a menudo.

—Suelo trabajar para las empresas de la zona y vengo a comer de forma ocasional —me explicó mientras nos dirigíamos hacia nuestro destino.

Una vez allí, abandoné la maleta, el bolso y el maletín en una esquina y procedí a imitarlo, arrodillándome. La postura era hartamente incómoda, así que dejé los pies a un lado. Después me retorcí en una posición imposible y acabé sentada sobre un costado con los tobillos cruzados en el tatami. Lamenté no haber seguido los consejos de mi padre y me arrepentí de llevar un vestido tan

corto, viendo cómo él tenía la mirada fija en mis piernas desnudas. Debería haber cogido también una bufanda, de ocho metros, a ser posible. Mientras yo efectuaba equilibristas dignos del Circo del Sol, Matthew ya se había colocado frente a mí con una habilidad que no era propia de un hombre de su tamaño. Cuando nos trajeron la carta, le hice un gesto con la mano indicándole que pidiera él por los dos. Era inútil que la estudiara, no iba a comprender una sola palabra.

El restaurante era sofisticado pero tradicional. El *kikisake-shi* apareció con la intención de ofrecernos la recomendación respecto al menú elegido. Oí a Matthew murmurar: «*Jukushu*», y meneé la cabeza mordiéndome la lengua para no soltar: «¡Qué repelente! ¡Y, encima, habla japonés!». La *tokkuri*, o jarra decantadora, elegida, fue recogida por Matthew, que acompañó con un «*domo*» perfectamente pronunciado. Dejé que me llenara la *sakazuki*, o la taza de sake, sujetándola con la mano y poniendo la derecha como base, mientras me entretenía en observar la decoración en blancos y negros. Una suave música que provenía del hilo musical, convenientemente escondido, daba al reservado una intimidad propia de parejas enamoradas. Di un sorbo al sake esquivando los ojos de Matthew y, después, olvidándome del protocolo, bebí el resto. Sentí un súbito mareo, acompañado del aroma de unas gruesas velas que adornaban la mesa y que desprendían un agradable olor a vainilla especiada, lo que me permitió relajarme lo suficiente como para sentirme medianamente cómoda en aquel espacio que parecía llenar él.

—Bueno, cuéntame qué tal están todos. Hace semanas que no hablo con Roberto —comenzó Matthew.

—Bien.

—¿Y la empresa?, ¿qué es esa presentación de la que hablabas antes? ¿Tenéis pensado expandiros al resto de Europa?

—No.

—¿Es acaso un secreto de Estado?

—No.

Bebí la segunda taza de sake, sintiendo el fuego atravesar mi garganta hasta aposentarse como un ladrillo en el estómago. Ni siquiera había logrado probar los exquisitos platos expuestos frente a nosotros. Cerré los ojos y dejé

que la falsa languidez del licor me calmara.

—Sólo pretendo ser amable. Si lo prefieres, terminamos y te acompaño al hotel —asumió él al final.

Levanté la vista y lo encaré buscando... ¿Qué buscaba? Ni yo misma lo sabía.

—¿De verdad te interesa? —inquirí con demasiada brusquedad.

—Por supuesto. ¿Has traído tus diseños?

—Sí.

—¿Puedo verlos?

—Claro, pero..., en serio, no creo que sepas nada de este tipo de asuntos.

—¿Sobre diseño? Te equivocas. Últimamente he descubierto que me interesan mucho.

—¿Y eso por qué? —pregunté bastante desconcertada—. ¿Qué tiene que ver la moda con la informática?

—Tengo dos trabajos. Uno es mi pasión, y el otro, mi oficio. Y, en ocasiones, ejerzo de modelo —afirmó sin dejar claro cuál era la pasión y cuál el oficio.

Me quedé muda. Pero mi silencio duró sólo un instante. Solté tal carcajada que hasta los paneles del reservado temblaron.

—¿Tú? —jadeé entre risas, secándome las lágrimas—. Y ¿de qué eres modelo? ¿De zapatos?

No podía imaginarme al Musaraña, por muchas horas de gimnasio que hubiera invertido en esos años, en una profesión tan exigente como la de modelo.

—No: de ropa deportiva. Es algo que surgió por mi pertenencia al Middlesex. ¿No lo sabías? —Su pregunta sonó como una acusación en toda regla. Parecía molesto y algo enfadado.

—Pues no. Roberto no lo había mencionado. Lo último que supe de ti es que habías montado una empresa informática de apps para móviles. —Entorné los ojos con suspicacia—. De ahí debe de provenir tu exceso de musculatura gimnástica..., ¿no? Y ¿qué anuncias? ¿Chándales y cosas así?

La tercera taza de sake desapareció en mi boca, y él resopló con indignación.

—No son precisamente chándales, como los llamas tú. Y no voy mucho al gimnasio, si es eso lo que te preocupa. En realidad, prefiero los deportes al aire libre.

—No me preocupa en absoluto.

—Ya veo. Pertenezco a un equipo de críquet —aclaró.

Contuve la risa a duras penas.

—¿Modelo? ¿Críquet?... ¿También juegas al bridge con la asociación vecinal, querido?

—Pues sí, y se me da bastante bien. Y, como te dijo tu hermano, no he dejado aparte mis estudios de ingeniería informática. No son apps para móviles. Es una empresa de seguridad informática que monté hace ocho años con dos socios.

—Eso te pega mucho más. Por cierto, ¿eso del críquet sigue existiendo?

Me miró con enfado mal reprimido.

—Mi equipo, el Middlesex, fue el campeón del año pasado de la County Championship —pronunció de forma tirante.

—Pero ¿eso no lo juegan en la India?

«Y los abuelitos ingleses.» Aunque eso no lo dije en voz alta.

Matthew meneó la cabeza con consternación.

—Se practica en todos los países que forman la Mancomunidad Británica de Naciones, aunque sí que es cierto que en la India es muy popular.

—Es que hasta para eso eres raro. No podía darte por el fútbol como a todos. No, el *british* tenía que salirnos friki hasta para golpear una pelota. Porque se juega con una pelota, ¿no?

—Sí, una pelota bastante maciza y del tamaño de una de tenis, pero también utilizamos bates y...

—Ah, ya, y unos arquiteos de madera en el suelo por los que tenéis que pasar la pelota; parecido a la petanca, vamos.

—¿Pentanca?

Matthew casi se atragantó con la palabra, y yo no pude reprimir un asomo de sonrisa. Para mí era tan absurdo imaginármelo jugando al críquet como posando a lo Jon Kortajarena. Aunque ahora que lo miraba con detenimiento, hasta se le parecía un poco. Sólo un poco. En el pelo, quizá. O en la mandíbula

marcada. O tal vez fuera su abierta sonrisa.

—Será mejor que me dejes ver esos diseños —masculló enarcando una ceja ante mi escrutinio y extendiendo una mano, ofendido.

—Nada, que también nos ha salido sensible —murmuré, y me volví a buscar la carpeta con los diseños.

Se la entregué y quedé a la espera. La verdad es que creí que no apreciaría ni entendería los dibujos. Él pasó las páginas una a una, despacio, deteniéndose en cada uno como si los estuviera analizando.

—Son realmente magníficos. Roberto me dijo que eras buena, pero no sabía que tuvieras tanta imaginación. Llenas de color a los niños, de alegría, en definitiva —dijo mirándome con una grata sonrisa. Parecía haber olvidado parte de su enfado.

—¿En serio? Gracias —balbuceé, y la cuarta taza de sake se vació misteriosamente.

—¿Cuál es el motivo, entonces, de la reunión con esa empresa china? —inquirió con interés.

Supongo que el sake me había ablandado el cerebro y había liberado mi lengua con descaro.

—La empresa está casi al borde de la quiebra. Necesitamos su dinero.

—Aunque a ti no te convence —asumió él.

—No. No me gusta. Parte de la producción se trasladará a China, la calidad disminuirá, y seguro que se pierden varios puestos de trabajo. Los empleados para mí son como mi familia. Prácticamente he crecido entre los talleres y los despachos.

—Pero no tenéis otra opción.

—No. Necesitamos una inyección de dos millones de euros como mínimo. Los bancos ya no nos proporcionan más créditos. Todas las propiedades están hipotecadas, hasta el apartamento de Menorca, ¿lo recuerdas?

Sonrió de forma sesgada y sus ojos se volvieron soñadores.

—Sí, a la perfección.

—Pues ahí tienes el resumen. Tengo que conquistarlos para vender todo lo que amo por dinero.

—Ya, entiendo —dijo rascándose la barbilla cubierta por esa barba que

me obligaba a no despegar los ojos de él.

Bebí con rapidez la quinta taza de sake. Estaba empezando a ver su contorno borroso, aunque eso también me permitía olvidar por unos instantes dónde me encontraba, con quién y, sobre todo, por qué. Era buena gente, eso fue lo que me enamoró de él. Hasta sus ojos almendrados lo mostraban. Una mirada directa y franca. El deseo de abrazarlo para protegerlo y a la vez ser abrazada por él para sentirme segura. La contradicción de ser mujer, en una palabra.

—¿Y si yo te diera el dinero? —dijo de improviso.

No escupí el sake porque ya había conquistado mi estómago, pero mi boca abierta debió de ser muy elocuente.

—No es ninguna broma. Puedo hacerlo —asintió con seriedad.

Lo miré suspicaz. Se me olvidaron todos los consejos de Martín, ni sonreí ni intenté conquistar. Desconfiaba. Había llegado el momento de negociar y tenía que espabilarme.

—¿Qué quieres a cambio?

—Un año de tu vida.

Y lo dijo así, con un tono indiferente, sin una sílaba más alta que la otra, como si estuviera comentando una noticia de la televisión.

—¿Por qué quieres tú un año de mi vida? —pregunté estupefacta.

—Porque me lo debes.

—¿Que te lo debo?

—Sí, el año siguiente a tu dieciocho cumpleaños. Me robaste aquel año y quiero que me lo devuelvas.

—¿Que yo te lo robé? —Hablaba a borbotones, expulsando toda la ira acumulada en aquel tiempo—. ¡¿Cómo puedes ser tan cínico y tan falso?!

—Lo hiciste, y eso quiero si tú accedes —afirmó con terquedad.

—Y ¿cómo piensas hacerlo?

Seguía sin creer que estuviéramos manteniendo esa conversación sin llegar a las manos, ya que, por fortuna, los palillos de madera eran un arma muy poco contundente.

—Casándome contigo.

—¡¡¡¿¿¿Qué???!!!

—Álex, estoy seguro de que te han oído hasta en la calle. —Sonrió divertido.

—¿Te has vuelto loco? ¿Para qué narices quieres tú que me case contigo?

—Digamos que tengo un plan.

—Un plan, ¿para qué?, ¿para volverme loca con tus tonterías?, ¿para encerrarme en un psiquiátrico?, ¿para asesinarme en nuestra noche de bodas con un cuchillo jamonero?

Comenzó a reír a mandíbula batiente, que no era precisamente lo que quería provocar en él, y yo, en respuesta, me atraganté con mi sexta taza de sake. ¿O era ya la séptima?

—Dios, había olvidado eso de ti.

—¿El qué?

—Lo que me hacías reír. Pensaba que lo recordaba todo: tu forma de ladear el rostro y guiñarme un ojo cuando creías que nadie nos veía; tu forma de sonrojarte y suspirar cuando te besaba; tu voz cuando...

—Calla —le pedí.

—Y tus gemidos cuando llegabas a...

—¡Cállate!

Me froté la frente intentando despejarme. Sin conseguirlo.

—Perdona, Álex, no quería molestarte.

«No lo has hecho, sólo me estoy desangrando, pero eso tú nunca podrás verlo», pensé. Carraspeé y le pregunté de nuevo a qué plan se refería.

—Un plan para reconquistar a una persona —respondió con seriedad.

—Pues déjame decirte que casarte con otra no es un buen plan.

—Lo es, estoy convencido. Llevaba pensando en ello mucho tiempo, y tú has llegado en el momento justo.

Lo miré de nuevo con detenimiento mientras paladeaba otra taza de sake. Contrariamente a lo que suele suceder, el alcohol no me había provocado ni un ápice de locura ni de alegría, sin embargo, me estaba haciendo analizarlo todo desde diferentes puntos de vista. Hasta que encontré la verdadera razón.

—¡Joder! ¡Eres gay!

Él, entonces, sí se atragantó con su bebida y tosió sin disimulo.

—No —negó con rotundidad.

—¿Estás seguro?

—Al cien por cien.

—Vaya, eso habría explicado muchas cosas. Por ejemplo, tu extraña afición al perfume que marea, tu gomina en el pelo, tu ropa de marca pegada al cuerpo y, sobre todo, que juegues al críquet y sepas hablar japonés. ¿También sabes hacer la ceremonia del té? —Obvié su gesto de estupor y continué con mi diatriba—: ¿Lo sabe mi hermano? Puedes contar con mi apoyo de todas formas, yo soy progay, o probanderita arcoíris, proderechos humanos y supersuperhippy *happy flower power*. Siempre participo en la semana del WorldPride —aseveré haciendo el signo de la victoria con una mano, claro que no recordé que allí su significado era el contrario y en realidad lo estaba mandando a tomar... viento fresco.

Matthew se pasó la mano por el pelo, revolviéndoselo, y por un instante me olvidé de lo que acababa de decir y sentí la irrefrenable tentación de hundir mis dedos en él y comprobar si era tan suave y maleable como parecía. Su carcajada me arrancó de mis ensoñaciones.

—¡Joder, Alex! ¿Algún día aprenderás a medir tus palabras? Te estoy diciendo que no soy gay. Creo que no tengo nada que explicarte. —Su tono se volvió duro y brusco.

—¿En serio? —insistí.

—Pero ¿cómo es posible que seas precisamente tú quien me pregunte eso? —exclamó enfadándose.

—Pues porque tengo información de primera mano —contesté con demasiada rapidez.

Él resopló e hizo un amago de levantarse. Luego pareció pensarlo, se mesó el pelo de nuevo y suspiró con cansancio.

—Te estoy diciendo la verdad. Piénsalo con calma. Si te conozco en algo y, sí, te conozco, sé que no terminas de fiarte de ese extraño acuerdo con el holding chino. Yo te ofrezco algo diferente. La producción seguirá estando en vuestras manos, el diseño también y, por supuesto, no perderéis ningún puesto de trabajo. Nadie tiene por qué saberlo. Necesitas el dinero. Después de un año, cada uno por su lado con los problemas resueltos. Te considero una mujer inteligente, sé que elegirás de forma correcta. Sabes que Roberto es como un

hermano para mí. ¿Crees que haría algo que pudiera perjudicarlo?

Me quedé de nuevo en silencio y bebí el sake que, de forma milagrosa, llenaba de nuevo mi taza. Me pregunté si pretendía emborracharme.

—¿Cuánto dinero?

—Estoy dispuesto a daros un millón y medio de libras. No será un contrato de préstamo, sino una entrega trimestral sin condicionantes. Únicamente estará sujeto a que tú sigas siendo la diseñadora de la empresa.

—¿Tienes tanto dinero? —Mi voz destilaba incredulidad.

—Lo tengo.

—¿Sexo?

—¡No! ¿Crees que pagaría tanto dinero por acostarme contigo?

Hice un gesto como si me clavara una lanza en el corazón. En realidad, me sentí exactamente así. Lo miré con fijeza, con gesto adusto. Al fin y al cabo, en su día yo le salí bastante más barata. Casi de saldo, podría decirse. Si quería herirme, lo había conseguido con tan sólo una pregunta. Al ver que continuaba callada, insistió:

—Nunca he necesitado pagar para acostarme con nadie.

—Aunque alguna sí que pagaría por acostarse contigo.

«Hablar sin pensarlo primero puede dar lugar a muchos malentendidos», otra sentencia de mi abuelo que podría aplicar a la situación.

—Alguna sí que ha habido... —Dejó la frase en suspenso y sonrió. Sonrió con amplitud, con suficiencia, con chulería.

—Eres un engreído, ¿crees que yo querría acostarme contigo? —contesté, reprimiendo la acidez del sake en mi boca.

Su rostro cambió en un instante. Se inclinó y lo situó a unos pocos centímetros del mío.

—¿Aceptas? —dijo ignorando mi pregunta y lanzando la definitiva.

Un año entero con Matthew. Trescientos sesenta y cinco días. Ocho mil setecientas sesenta horas. Quinientos veinticinco mil seiscientos minutos. Para mí, toda una vida. Pero, si lo pensaba con calma, lo que él me ofrecía tenía muchas más ventajas para mi familia que hipotecar el futuro de la empresa en otra de la que no terminaba de fiarme.

—No —respondí al fin, retándolo.

Sus ojos se entornaron hasta parecer dos afiladas líneas brillantes en su rostro serio y, también, sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque no. No tengo que darte explicaciones. —Como vi que iba a comenzar a hablar, me adelanté—: Bueno, te las daré: no quiero pasar mi últi..., un año contigo. No me gustas; en realidad, te detesto, me caes mal. Sigo pensando que eres un gay reprimido y, además, un hipócrita y un mentiroso.

—¿Eso piensas de mí? —Su voz denotaba una pizca de dolor y mucha desilusión.

Fruncí los labios. Lo pensaba, sí. Me había esforzado en pensarlo durante nueve años para poder soportar su abandono, y no iba a claudicar ahora como si fuera la protagonista de *Una proposición indecente*. Y encima, sin sexo. Era mi vida, no una película.

Pero sus ojos me observaban sin ambages, directos y sinceros, y comencé a replantéármelo. ¿Había una súplica oculta en su mirada?

—Tengo que consultarlo, no sé, es demasiado precipitado para...

—Es ahora o nunca. Esta oferta expira en cuanto salgamos del restaurante —sentenció con dureza.

—Y ¿cuál es mi papel?

—Serás mi esposa de cara al público. Tampoco te pido una exposición mediática que no puedas controlar. Me acompañarás a algunos actos públicos, el resto del tiempo puedes pasarlo trabajando o como quieras.

—Suena a contrato de esclavitud —murmuré sin fuerza.

—Álex, no. No dejaré que reduzcas esto a algo miserable. Es un negocio. Un negocio rentable para ambas partes.

—Para una más que para la otra.

—Álex, no te estoy pidiendo que renuncies a tu vida. Sólo te pido un maldito año a mi lado. ¿Tanto es?

—Para mí, demasiado.

—Piensa en tu familia.

—Eso es un golpe bajo.

—Piensa en la empresa, esa empresa que adoras. Piensa que esto es un pequeño sacrificio para disfrutar de las rentas el resto de tu vida.

—Ja, el resto..., dices.

—Hablo completamente en serio. Decídate ya, Álex.

—Es una locura —mascullé frotándome la frente.

—Es un acuerdo comercial —contradijo él—. Es obvio que esto no se lo puedo pedir a una desconocida, sino a alguien que...

—Que esté desesperada por conseguir el dinero —terminé la frase por él.

—Quiero ayudaros, Álex. Sabes que no encontrarás otra opción mejor —añadió bajando la voz, que se convirtió en un susurro tiznado de ternura. Había cambiado la estrategia de exigir a convencer.

—Sé que me arrepentiré toda mi vida...

—Pero...

—Acepto —escupí, y me dolió cada sílaba que pronuncié.

—Bien, vamos a celebrarlo entonces —dijo, y cogió la *tokkuri* de sake—.

Vaya, te la has bebido toda, pediré otra —añadió agitándola.

—Pide también una daga sacramental.

—¿Para qué quieres algo así?

—Para hacerme el haraquiri... Muy propio, ¿no?

—Joder —murmuró, y por primera vez lo dijo pesaroso—. Creo que esto va a ser más difícil de lo que parecía.

—Dicen que el matrimonio es lo más parecido al infierno.

—¿No dicen también que el infierno es mucho más divertido que el cielo?

Me sonrió de tal forma que lo adiviné. Su gesto, la dilatación de sus pupilas cuando yo vacilé un momento antes de quedar atrapada definitivamente. Quería un año de mi vida para culminar la venganza que había iniciado una tórrida noche de verano en Menorca. Me toqué la cabeza en un acto reflejo, donde creía que tenía alojada la bomba, que en ese instante activó el temporizador.

«Un año, ¿eh, Matthew?»

Esta vez sería yo quien ganara la apuesta.

* * *

Cuando abandonamos el restaurante había comenzado a llover, esa lluvia

incómoda que cae con lentitud, empapándote. El aire cortaba hasta el extremo de arrancarme lágrimas de los ojos. Matthew se quitó su cazadora y me la puso sobre los hombros. Habría protestado, pero mi supervivencia al hostil clima inglés me obligó a mantenerme callada. Inconscientemente, aspiré el olor que la prenda atesoraba. Me tambaleé y tropecé con un adoquín. Él sonrió, como si apreciara el efecto que tenía en mí, y me sujetó por el codo.

—Vamos, *my fiancée*. El hotel está cerca, apenas a dos manzanas.

—¡Oye! A mí no me insultes. —Lo miré indignada.

Aquella palabra con reminiscencias a novelas victorianas de amantes pertrechados tras cortinajes de terciopelo me había golpeado los oídos como una bofetada.

—*Fiancée* significa «prometida». ¿No lo sabías? —Su sonrisa se hizo más amplia.

—¡Qué mal suena en boca de aquel a quien no quieres oírse! —mascullé apretando el paso.

Sus zancadas pronto me alcanzaron.

—¿Cómo sabes dónde está el hotel? —inquirí ceceando un poco.

—He visto cuál era cuando has sacado el dossier de la presentación —contestó sin más explicación mientras balanceaba mi maleta rosa en su enorme mano. Maleta que pesaba con exactitud quince kilos y medio, ya que me había asegurado escrupulosamente de «casi» cumplir el reglamento del equipaje de mano en los aviones. Así era yo, me gustaba el riesgo.

De improviso, se detuvo y me tambaleé de forma vergonzante. Elevé la vista y enarqué las cejas con sorpresa.

—¿Es aquí? —pregunté.

—Sí, entremos.

El edificio victoriano, con una inmensa arcada en piedra por la cual se podía acceder en coche, nos dio la bienvenida. Apenas pude ver parte del patio empedrado, que estaba rodeado de parterres con peonías en flor, antes de que un botones uniformado nos abriera la puerta acristalada situada a nuestra izquierda.

—*Sir, madam...*

Con paso decidido, Matthew se encaminó a la recepción. Yo me detuve a

medio camino observándolo todo con expresión extasiada. El techo era una sucesión de arcos abovedados, lo que contrastaba con la sobriedad y la elegancia del entorno. Las paredes, cubiertas de antracita, dejaban caer una cortina de agua que susurraba al llegar a un estanque estrecho cubierto por nenúfares que circundaba toda la estancia. Unos sillones en piel negra frente a unas pequeñas mesas y música ambiental que brotaba de altavoces ocultos lo convertían en un lugar fascinante y acogedor. Carraspeé y me dirigí a los mostradores de mármol travertino. Matthew ya estaba solicitando mi habitación.

Me perdí en los derroteros de la conversación sin apenas entender más de dos palabras. Pero sí comprendí que nos habían tomado por una pareja al uso. Dejé mi bolso de mano sobre el mostrador con un sonoro golpe.

—¡No! —Miré a Matthew como si se hubiera convertido en algo sumamente desagradable y, después, encaré al atribulado recepcionista—. *He and me...* —Me detuve sin recordar cuál era la palabra para definir «entre», di un manotazo y lo solucioné a la española—. *He and me, nothing* de *nothing*.

Otro recepcionista se acercó presto en ayuda de su compañero. Me miró asombrado y la comisura de su labio se elevó arrugando su nariz inglesa.

—*He... far far away* —añadí recordando un cuento infantil.

El recepcionista ayudante pareció sufrir un espasmo que derivó en un tic nervioso en el ojo.

—*Forever and never of ever* —continué, ya imbuida en el idioma inglés por completo.

El recepcionista ayudante enarcó ambas cejas y el tic en el ojo se acentuó.

—*Are you entertaining me?* —pregunté algo molesta.

Matthew suspiró y miró al joven que nos atendía reprimiendo una sonrisa.

—Tranquila, señorita Torres, yo la *entretengo* perfectamente —dijo éste con deliberada calma, aprovechando que su compañero ayudante inglés había iniciado una compulsiva cuenta de facturas en una esquina—. Es un placer que haya elegido nuestro hotel para hospedarse. Le estaba ofreciendo al caballero un refrigerio, ya que el restaurante está cerrado. No obstante, tenemos un servicio de habitaciones que funciona durante las veinticuatro horas del día. Pueden pedir lo que deseen —continuó sin respirar, todo seguido. Después,

me miró sonriente.

Me fijé con atención en el nombre que indicaba su placa dorada: Rubén Ramírez.

—¿Eres español? —inquirí abochornada.

—Concretamente, de Cuenca.

—Bonitas casas colgadas —murmuré.

—¿Casas colgadas? —Matthew se mostró intrigado.

—Investiga en Google, que para eso está.

—Y ¿de dónde cuelgan? —prosiguió él, alargando mi vergüenza.

Lo miré directamente, reparando en su sonrisilla sarcástica.

—De tu cuello, si me dejas —mascullé.

Rubén carraspeó con disimulo, interrumpiendo nuestro feroz intercambio de miradas y frases con dinamita. Me volví hacia él.

—Bien, pues ahora que todos nos hemos presentado, le confirmo que la reserva está sólo a mi nombre y que no tengo ningún tipo de relación con él..., con este que me acompaña.

—De acuerdo —contestó Rubén sin perder la apostura—. Aquí tiene la llave de su *suite*. Si necesita cualquier cosa, no dude en llamar. Marque el cero en el teléfono y tendrá acceso directo con recepción. Piso primero a la derecha del ascensor. No tiene pérdida.

—Gracias —musité y cogí la tarjeta imantada, girándome hacia los ascensores.

Matthew me siguió, murmurando entre dientes.

Me volví enfurecida.

—¿Qué es lo que estás mascullando?

—*Who, me? Nothing de nothing* —contestó de forma inocente, para sonreír después con burla.

Apreté los dientes, respiré hondo y me metí en el ascensor, deteniendo su avance.

—Sé llegar por mí misma a la habitación.

—Permíteme dudarlo —respondió con formalidad.

—Permíteme asegurarlo. —Enarqué una ceja dando fuerza a tal afirmación.

—Está bien, Alex, conozco tu terquedad. Tienes mi teléfono por si me necesitas, aunque estaremos en contacto. —Se inclinó y me dio un suave beso en la mejilla—. Ha sido un placer.

—Por desgracia, no puedo decir lo mismo.

El pequeño triunfo que había conseguido con mi despedida a la actriz del Hollywood de los años cuarenta, aunque me faltó el golpe de melena, desapareció cuando percibí una sombra fugaz de dolor en sus ojos. El remordimiento me duró un piso exacto, y lo olvidé una vez me vi incapaz de localizar la dichosa habitación. Durante más de media hora vagabundé por los pasillos sin seguir un rumbo concreto. Atravesé un pequeño puente acristalado, me interné en un salón de reuniones, saludé cortésmente a los reunidos con una profusa reverencia; encontré el gimnasio, que crucé lo más rápido que pude huyendo de un entrenador bastante interesado en que yo fuera su próxima víctima; descubrí las cocinas, donde sonreí a los últimos pinches que recogían y, finalmente, llegué hasta el restaurante cerrado. Giré, volví sobre mis pasos y acabé entrando de nuevo en la recepción por la puerta de servicio.

—Hola —saludé a mi compatriota.

—Señorita Torres, ¿de dónde ha salido?

—No tengo ni la más remota idea. Si su hotel es un laberinto, deberían premiarme al menos por haber encontrado la salida. Seguro que todavía andan buscando a algún cliente que desapareció de forma misteriosa allá por la década de los setenta.

—Yo mismo la acompañaré —aseguró, y habló en un rápido inglés con su compañero, que seguía mirando la puerta de servicio y a mí como si no lograra encontrar una explicación razonable.

Rubén cogió mi maleta, subimos al primer piso y giramos a la derecha. La tercera puerta era la habitación 132, la mía.

—¿Es una broma? ¿Han recolocado los números? ¿Es algo así como el castillo de Hogwarts, en el que aparecen y desaparecen los pasillos? —inquirí todavía ceceando un poco.

—No. Esto era una antigua fábrica de cerveza. Creo que usted cogió el camino de la izquierda y pasó a la otra ala. Igual está un poco cansada...

—¿Cansada, dices? ¿Eso es un eufemismo para decirme que estoy como si me hubieran metido en una cuba de la cerveza que fabricaba este hotel? ¡Qué mono! Anda, déjate de monsergas, que estoy borracha, pero no para tanto.

Él frunció los labios evitando reírse.

—Está bien —concedió—. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme. Pero esta vez baje por la escalera de los clientes.

—Lo intentaré —le dije antes de cerrar la puerta—. Y, si no, puede que hasta encuentre las mazmorras del castillo.

Con el sonido amortiguado de sus pasos sobre la moqueta, di la luz y examiné la *suite*. Era amplia y moderna, de lujo accesible para no sentirse demasiado incómoda. Me desvestí tirando la ropa sobre una silla y me arrebujé en el nórdico. Cogí el teléfono móvil y me conecté a la red wifi del hotel. Busqué en Google «Matthew LongCock Velasco» y Google me respondió: «Quizá quisiste decir: Matt Cock». Solté un bufido y dejé el teléfono en la mesilla. Es que ni Google lo conocía, y eso que Google lo conoce todo, hasta lo que no quieres que se conozca. Menudo farsante. ¡A mí me iba a engañar! «¿Modelo y campeón de críquet, eh? ¡Qué más quisiera él!», pensé antes de quedarme profundamente dormida.

* * *

Desperté con el martilleo de la lluvia golpeando los cristales, clavándose en mi cabeza como la escarcha. Di un alarido que hizo que por arte de magia se encendieran todas las luces de la habitación y el hilo musical, por el que comenzó a sonar música clásica. Sentándome en la cama como un resorte, recordé todo lo sucedido la noche anterior. Me apreté las sienes intentando con ello contener las campanas de una catedral resonando en mi cerebro. Comprobé la hora en el teléfono y anduve a trompicones hasta el baño, donde me di una ducha rápida sin detenerme en los productos de cortesía de la marca Hermès de los que estaba haciendo uso. Me sequé el pelo con una toalla de rizo americano y descubrí mi rostro tremendamente pálido frente al espejo. Corrí hacia la maleta y busqué desesperada el maquillaje a la vez que sacaba la ropa para la presentación.

—No voy a llegar a tiempo —mascullé, y volví a coger el teléfono. Deslicé mi dedo por la agenda de contactos sin encontrarlo—. La «M», la «M»... ¡Maldita sea! ¡¿Dónde está la «M» cuando más se la necesita! —grité perdiendo el control.

Finalmente la localicé y pulsé el botón de llamada. Me di cuenta de que estaba a punto de sufrir un ataque de nervios y exploté cuando oí su voz al otro lado de la línea.

—Buenos días, Álex.

—¡Aborta la misión! ¡Aborta la misión!

—¿Álex? —preguntó Matthew algo desconcertado.

—¡Claro que soy yo! ¿Quién iba a estar gritándote a las ocho y media de la mañana «¡Aborta la misión!»?

—Demasiado tarde —contestó con calma.

—¡¡¡¿Qué?!!!

—Mi abogado ya se ha puesto en contacto con la empresa china para explicarles que no estáis interesados.

—Pero... ¿y ahora qué voy a hacer? —inquirí desinflándome como un globo.

—Casarte conmigo el próximo 15 de octubre.

—¡Aarggg...!

Localicé con la mirada una papelera metálica y me arrodillé ante ella. En mi garganta se aglutinaron las náuseas, mil preguntas por hacer y mil preguntas por responder.

—Tranquila, Álex, todavía quedan tres semanas, tiempo suficiente para prepararlo todo. Mi abogado, esta misma mañana, ya ha comenzado a presentar los papeles necesarios. Nosotros, me refiero a LongCock, Donaldson & Miller, nos haremos cargo de que en Poppy no sospechen nada. Hemos creado una cuenta falsa por la que haremos entrega del dinero de forma periódica. A cambio, se ha redactado un contrato por el que se supone que tú te comprometes a trabajar para ellos durante un año —continuó él ajeno a mi estado anímico.

—¿Trabajar para ellos? ¿Para quiénes? —balbuceé recuperando la voz.

—Se supone que para la empresa china, aquí, en su delegación de Londres.

—¿Tengo que trasladarme aquí? —pregunté ahogándome en mis propias palabras.

—Está claro, las relaciones a distancia nunca funcionan —respondió él con rotundidad.

Me levanté con lentitud y el espejo situado sobre el escritorio me devolvió una mirada tiznada de desesperación. Las decisiones que se toman arropadas por la bebida, la noche y la influencia de alguien que nunca debería haber aparecido en tu vida se ven de diferente forma en cuanto amanece y analizas la situación desde otra perspectiva. La perspectiva real. Hice una rápida lista mental de pros y contras. En los pros estaban resumidos mi familia, mi empresa, mi trabajo, el trabajo de mi familia, y seguro que había cosas que en ese momento no recordaba. En los contras, una sola palabra en mayúsculas: MATTHEW, y debajo ya podía añadir otra igual de luminosa: LONDRES.

—¿Estás ahí? —Su voz hizo que diera un respingo involuntario.

—Sí, estoy —respondí con un hilo de voz.

Empezaba a pensar que toda aquella locura se estaba convirtiendo en algo cierto, y seguía sin creerlo.

—¿Estás bien?

—No, no lo estoy —murmuré—. ¿Cómo voy a explicarle esto a mi prometido?

—¿Estás prometida?!

—Casi.

—¿Lo estás o no lo estás?

—Casi lo estoy. Es complicado. Martín, él..., yo..., nosotros... —Me froté la frente y la descubrí cubierta por una pátina de sudor helado.

—Ayer no lo mencionaste. —Sonó acusatorio.

—¡Porque se me olvidó! —Y en ese instante me di cuenta de que realmente me había olvidado de Martín.

—¿Cómo puedes olvidarte de tu prometido?

—Me emborrachaste, ¿recuerdas?

—¿Quién? ¿Yo?

—¿Ves?, ya estamos discutiendo y ni siquiera nos hemos casado aún.

—No estamos discutiendo.

—Eso, tú sigue negando lo evidente.

—Pero, Álex...

—Ni Álex ni nada. Te dejo, que tengo muchas cosas en que pensar. Adiós.

Colgué sin esperar respuesta. Dos no discutían si uno no quería, y estaba claro que no iba a darme ni siquiera ese placer.

Me acerqué con lentitud a la ventana y descorrí los estores. La lluvia londinense, junto con el cielo cubierto por nubarrones negros, me dio los buenos días. Me fijé en la tarjeta que había dejado el hotel pronosticando el tiempo para el día: «*Cloudy*», y me entraron ganas de llorar. Así veía yo mi futuro: nuboso y gris. ¿Era todo tan malo como imaginaba? Quizá Matthew tuviera razón y me estuviera ofreciendo una salida digna. Podía llegar a Madrid con mi trofeo ganador. Podía demostrar que no era simplemente la hija del jefe, que no había encontrado otro trabajo mejor que aquél. Podía demostrar a mi familia que era capaz salvar la empresa. Con trampas, pero podía. Al fin y al cabo, me consideraba heredera de la picaresca española. ¿Quién no ha sido alguna vez un poco Lazarillo de Tormes? Sin permitirme el desaliento, me vestí con rapidez, cogí el teléfono y marqué «0». Al oír una voz masculina hablando en inglés, me di cuenta de que toda la información que me había proporcionado Martín había volado con el dossier y la tenía Matthew. Me quedé un momento en silencio y, después, elevando la voz para que se oyera clara, pronuncié una simple frase en el idioma patrio:

—*Me... want... breakfast.* —Ya estaba lanzada, sólo me había restado acompañarla de un sonoro «hunga, hunga» para parecer una completa neandertal.

—¿Señorita Torres?

—Rubén, ¿eres tú?

—El mismo.

—Menos mal. —Respiré con considerable alivio—. He visto que ya se ha cerrado el restaurante. ¿Puedo pedir algo al servicio de habitaciones?

—Sí, claro. ¿Qué es lo que desea?

—¿Qué tienes que se lleve la resaca de un plumazo, las mortificaciones mentales y sirva para celebrar un compromiso?

Vaciló un instante, aunque adiviné que estaba acostumbrado a peticiones

mucho más estafalarias que la mía.

—Una botella de Dom Pérignon sería una buena elección.

Repasé mi anecdotario inglés y encontré un refrán que podía hacer honor a la situación: «*If it's free, it's for me*».[2]

—Perfecto. Acompáñalo también de algunas frutas y... —vacilé unos instantes— bombones de chocolate.

—De acuerdo. Dentro de unos minutos se lo entregarán.

—Gracias.

Un rato más tarde, llamaron a la puerta con eficiencia y puntualidad británicas. Cuando la abrí vi al propio Rubén, ya sin el uniforme de recepcionista.

—¿Eres también el camarero? —inquirí.

—No. Mi turno termina ahora y no me costaba nada subírselo, señorita Torres.

—¡Bah! Llámame Álex, y pasa, anda, que dicen que no es bueno beber en soledad.

Él sonrió, dando algo de luz a su rostro apagado por la noche en vela.

—También dicen que no es de mujeres decentes invitar a un hombre a la habitación —replicó con un poco de timidez.

Solté una carcajada y lo examiné con más atención.

—¿Tú también tienes un abuelo Braulio?

—No, tengo una abuela Remedios.

—Prometo guardar tu virginidad —aseguré.

Fue su turno de reírse y se mostró más relajado.

—Me encantaría, pero no me está permitido.

Lo cogí de un brazo y lo arrastré dentro de la habitación.

—Si tú no se lo cuentas a nadie, yo tampoco lo haré.

Dejamos el carrito y me dirigí al baño para coger un vaso impoluto. Él, mientras tanto, abrió la botella y sirvió el fresco y aromático champán francés en la copa. Se sentó en la silla del escritorio y yo en el borde de la cama. Parecía algo incómodo y supe que no sabía cómo iniciar una conversación. Por un instante, atisé en sus ojos la tristeza del emigrado y me avergoncé de lamentarme como lo hacía, habiéndolo tenido todo al alcance de mi mano.

Levanté la tapa y descubrí una fuente con fruta fresca ya pelada y preparada con exquisito cuidado, y al lado, otra con bombones Pierre Marcolini. Se los ofrecí con una sonrisa y él cogió uno.

—¿Te gusta vivir aquí? —pregunté.

—Estudié Turismo y hablo con fluidez alemán, inglés y francés. No tuve otra salida.

—No has contestado —le recriminé.

Él se recostó en la silla y se relajó después del primer sorbo de champán.

—No me disgusta, pero preferiría estar en España. ¿Por qué lo preguntas? ¿Tienes intenciones de trasladarte a Londres?

—Digamos que no tengo otro remedio —musité.

Fue su turno de examinarme con atención.

—¿Qué estamos celebrando exactamente? —inquirió.

—Que el hombre del que estoy enamorada no quiere casarse conmigo y al que odio con toda mi alma sí.

Él se atragantó y lo disimuló dando un largo trago a la bebida.

—¿El hombre al que quieres es el que te acompañaba anoche?

—No. Ése es al que odio.

—Vaya.

—Vaya, ¿qué?

—Nada. Y ¿por qué, si puedo preguntarlo, te vas a casar con él?

—Por dinero.

Se atragantó de nuevo y yo me levanté para darle unos golpes en la espalda.

—No pienses que soy una *escort* ni nada parecido —aclaré.

Y como lo vi bastante confuso procedí a contarle toda la historia, a ver si con eso conseguía creérmela yo también.

—Así que dices que él quiere vengarse y por eso se casa contigo —dijo después de un buen rato y, también, de vaciar la botella.

—Sí.

—No lo entiendo. Si yo odiara a una persona, lo último que haría sería casarme con ella.

—Ya. Yo también, y aquí me ves. No obstante, creo saber la verdadera

razón. Él dice que tiene un plan para recuperar a una persona, y creo saber quién es esa persona.

—Y ¿quién es?

—Un hombre —susurré como si confesara un secreto de Estado.

—No lo creo —se apresuró a decir él.

—Créeme. Tengo un sexto sentido para estas cosas. Un radar que me avisa de los gais que hay a mi alrededor. No se me escapa uno.

—¡Qué extraño! Yo juraría que no es homosexual.

—Tú no posees el radar que tenemos nosotras, las mujeres.

—Será que es porque soy hombre —asumió él terminándose la fruta y todo el chocolate.

Miré la hora en el reloj y me levanté con rapidez, aunque algo tambaleante una vez que estuve en posición vertical.

—Creo que tengo que irme o perderé el avión de vuelta. Ha sido un placer tener esta conversación contigo, Rubén.

—Lo mismo digo, Álex. Es una pena que no vayamos a vernos más.

—¿Quién sabe? Voy a vivir aquí el próximo año.

Él esbozó una sonrisa triste.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —le pregunté.

—Cinco años. Vine para seis meses, pero la situación en España me ha obligado a permanecer más tiempo.

—Lo siento.

—Tampoco es tan malo —dijo sonriendo—. Yo, por lo menos, no he tenido que casarme con nadie.

* * *

Dos horas después estaba cruzando la pasarela de embarque, todavía algo mareada por los efectos del extraño desayuno. La azafata cogió mi billete y me guio hacia *first class*, señalándome un asiento junto a la ventanilla y ofreciéndome algo de beber. Pedí champán, no era bueno mezclar. Tenía casi tres horas de completo disfrute y relax con pantalla de televisión privada, una magnífica selección de música y la suavidad de la piel nacarada de los

asientos. Y también de completo malestar mental. No quería pensar, pero debía hacerlo. Una dicotomía difícil de digerir.

A mi lado se situó un hombre de unos cincuenta años vestido con traje de tweed. Se peinaba el escaso pelo cano hacia atrás y llevaba unas gafas redondas y metálicas. Su atuendo gritaba «inglés» por los cuatro costados. Le faltaba el bombín y el bastón. Me sonrió y habló en castellano, lo que me sorprendió.

—¿Viaja a Madrid por placer o por negocios? —preguntó.

—Regreso a casa después de firmar un contrato.

—Negocios —asumió él.

—Desgracia —negué yo.

—¿Cómo dice? —inquirió con interés.

Y me dejé llevar de nuevo. Lo consideré mi tabla de salvación, pues era incapaz de concentrarme en algo que no fuera mirar por la ventanilla con gesto pensativo. Creí que si le contaba la historia a un completo desconocido podría calibrar las repercusiones que tendría en un futuro si llegaba a saberse. Era una forma de valorar si yo terminaba de creérmela y, así, reafirmarla antes de enfrentarme a mi familia. Él escuchó atentamente y se rio en algunos momentos. De hecho, parecía estar disfrutando bastante. El periódico del día que le habían ofrecido ni siquiera había sido abierto. De vez en cuando me obsequiaba con todos los adjetivos ingleses que comienzan con «A»: *awesome*, *amusing* y *amazing*.^[3] También hubo algún *surprising*.^[4] Pero ningún *terrifying*,^[5] que es lo que habría sido apropiado.

Y, de repente, dejó de hablar y de reírse.

Detuve mi diatriba y lo observé, alertada por su silencio. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y los labios separados, como si hubiera querido pronunciar algo que no había llegado a brotar de su boca. Sus ojos abiertos de forma abrupta estudiaban el techo del avión con demasiado interés.

—¿Oiga? —pregunté.

Como vi que no me contestaba, y dudando todavía de que no se hubiera quedado dormido, lo zarandeé levemente y él cayó hacia el pasillo. Me levanté de un salto y quise alcanzarlo antes de que se golpeará con el suelo, pero no llegué a tiempo. Me arrodillé junto a él y varios pasajeros más se

levantaron al percibir el revuelo.

—¿Me oye? ¿Está usted ahí? —inquirí acercándome a su oído.

Silencio. Después, unos gritos. Después, unos pasos. Después, alguien me apartó cogiéndome por las axilas. Después, mi voz:

—¡Ay, madre! ¡Que se me ha muerto!

Capítulo 7

Explicando algo que no tiene explicación

—Muerto. Así, sin más... —dijo mi padre con voz ronca.

—Sí —musité.

—Pero algo harías para que sucediera, ¿no? —Esta vez fue mi madre, con voz aguda.

—No.

Levanté la vista observando al comité de crisis que se había reunido en el salón del adosado donde vivían mis padres. Ellos, mi hermano y Martín. Todos de pie. Yo sentada en el sofá de piel tostada, básicamente porque no me sostenían las piernas. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta allí.

—Cuarenta y siete minutos y treinta y dos segundos estuve sentada al lado de aquel hombre muerto —musité con la mirada fija en un punto indefinible de la pared.

—¿Cómo es que no intentaron reanimarlo? —intervino mi hermano.

—Lo hicieron, llamaron a un médico.

—¿No había ningún médico en el avión? —preguntó Martín.

—Había cinco. Y cuatro enfermeras, dos matronas, tres fisioterapeutas y un veterinario que se acercó por si podía ayudar en algo.

—Ah, ya... —murmuró Martín.

—Es la consecuencia de la crisis, Alfonso —afirmó mi madre,

dirigiéndose a mi padre—. Se nos fugan los cerebros y luego tienen que regresar a coger fuerzas con unas buenas lentejas cocinadas por su madre.

—Pero ¿y no había otro sitio donde dejarlo? —inquirió mi hermano.

—Normas de aviación civil —contesté con voz monótona—. Si no hay otro sitio libre, ocupa el que tenía.

—Ah, ya... —musitó de nuevo Martín, que no estaba siendo precisamente de mucha ayuda.

—Creo que te mereces que recupere tu antiguo apodo: Calamity Jane —apostilló mi hermano con una sonrisa sardónica.

Sólo necesité fulminarlo con la mirada para que dejara de reír.

—¿Qué le sucedió? —preguntó mi padre pasándose la mano por el pelo canoso como si no se creyera nada de lo contado.

—Un *heart attack*.

—Y eso, ¿qué es?

—Un jamacuco, Alfonso, ¡por Dios, qué inculto eres a veces! Cómo se nota que no ves Discovery Channel como yo —explicó mi madre.

—Por lo menos conseguiste el contrato con los chinos, ¿no? —quiso saber mi padre, todavía mirando algo enfadado hacia mi progenitora y situado frente a mí. El inquisidor general.

Y en ese momento, comencé a llorar. De forma histérica, sin poder controlarme. Me tapé el rostro con las manos y sollocé hasta que me quedé ronca. Esperé por si alguno se acercaba a consolarme, aunque creo que tenían miedo hasta de tocarme.

—¡Que no lo ha conseguido! —asumió mi padre, yendo siempre un paso por delante. Aunque no siempre en la dirección correcta.

—Tranquilo, Alfonso, tengo toda la documentación en el despacho. De hecho, están gratamente impresionados por su trabajo, al que califican de inspirador e imaginativo. «Un revulsivo contra la moda clásica infantil», fueron sus palabras exactas —confirmó Martín.

Y casi dejé de llorar. Y si no hubiera odiado tanto a Matthew, incluso se lo habría agradecido.

—¡Si es que soy gafe! ¡Una ceniza! ¡Todo lo que toco se me muere! ¡Hasta las plantas! ¿A que sí, Martín? Que ni el cactus que me regalaste para ponerlo

junto al ordenador ha sobrevivido —lloriqueé ante un nuevo ataque de histeria.

—¡Ay, Señor! ¡Que la niña está en *shock*! —aseveró mi madre, y huyó del salón hacia la cocina.

Mi padre caminó hasta el armario de los licores y se sirvió una gran cantidad de coñac francés en una copa. Se la bebió de un trago y, después, dándose cuenta de que había más gente con él en la habitación, nos ofreció, quizá creyendo que la rechazaríamos. Ninguno lo hizo.

Estaba balanceando la copa tallada en mis manos, intentando evitar que no se me notara cómo temblaban, cuando mi madre regresó y depositó en la mesita de centro una fiambarrera. La abrió y pude ver la gran cantidad de blísteres de pastillas que contenía.

—Necesitas tranquilizarte, hija: Orfidal, Lexatin, Noctamid, valeriana, hierba de San Juan, Valium de diferentes graduaciones... —Fue enumerando a medida que las sacaba y dejaba sobre la mesa—. Creo que será mejor un Trankimazin.

La miré de forma incrédula.

—¿Cómo es que tienes este cargamento de drogas escondido en la cocina?

—Cielo, siempre has sido propensa al nerviosismo.

—Pero yo nunca...

Y ahí vi el gesto de culpabilidad de mi madre.

—¡Mamá! ¿No me dirás ahora que me has estado drogando a escondidas?

—Una o dos..., quizá más veces. ¡Hija, es que he sufrido tus continuos sobresaltos, tu incomprensible búsqueda de ti misma, tus proyectos locos y desafortunados, tu...!

—Accidente —musité, y cerré los ojos sintiéndome profundamente engañada.

—Toma —me dijo dándome un Trankimazin—. Ahora lo necesitas, y yo también —añadió tomándose un trago de coñac.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! Si es que soy como la tumba de Tutankamón, que me tocan y, ¡hala!, todos muertos. ¡No os acerquéis! —grité.

Pero Martín sí lo hizo, el tiempo justo que le costó coger la pastilla, metérmela en la boca y obligarme a tragarla con coñac. Después se levantó y

se quedó en la misma posición.

—¡Si es verdad! Si ni siquiera tú —escupí en dirección a Martín— quieres casarte conmigo.

Se formó un pequeño revuelo en el tribunal inquisitorial.

—¿Cómo que no quieres casarte con mi pequeña? —exclamó mi padre.

—Es cierto que a veces puede exasperarte, pero, Martín, que lleváis viviendo juntos no sé cuánto tiempo ya. Que va siendo hora de convertir a mi hija en una mujer decente —explotó mi madre.

—¿Mujer decente? —preguntó en cambio mi hermano, y se echó a reír.

—¿Crees que es el momento adecuado para hablar de eso, Álex? —inquirió Martín mirándome fijamente.

—¡Tú! ¡Tú y tus momentos! Todo es porque me llamo Alexandra Torres y este nombre está maldito. Tienes miedo, cobarde —apostillé algo mareada.

—En realidad, te llamas Alexandre —interrumpió mi madre.

—¿Qué?! —barboté con sorpresa—. Eso es un nombre masculino.

—Sí, es que queríamos tener un varón y todo indicaba que lo ibas a ser —aclaró mi padre—. Menudo embarazo le diste a tu madre. Y además naciste así, tan rechonchona y morena. Parecías un pequeño monito. Roberto y Alejandro. Queríamos la parejita. Roberto deseaba mucho tener un hermano.

—¿Y? —balbuceé yo, más confusa que nunca en mi vida.

—Hubo un error con el funcionario del registro. En la partida de nacimiento constas como Alexandre, y en el DNI, como Alexandra. Por eso todos te llamamos Álex, para no confundirnos —dijo mi madre.

—De ahí que se perdiera misteriosamente mi partida de nacimiento y nadie recordara cuándo nací —musité, sintiendo que había vivido una vida de mentira—. Y ¿cómo se supone que tendría que llamarme? —inquirí con un hilo de voz.

—Cecilia —contestó mi padre.

—¿Cecilia? —preguntó mi hermano.

—¿Cecilia? —preguntó Martín.

—¿Cecilia? —pregunté yo, cada vez más desconcertada.

—Cecilia —aseguró mi madre a todos.

—Tú. —Miré esta vez a mi hermano, con su estatura de metro ochenta y

cinco, su piel color caramelo, sus labios mullidos, su nariz recta, su hoyuelo en la barbilla y sus ojos almendrados cubiertos de espesas pestañas. Una belleza casi angelical, acompañada de un pelo rizado moreno que le llegaba sobre los hombros.

—Yo, ¿qué?

—¡Tú te quedaste con toda la genética familiar y a mí me dejaste sólo las sobras! —grité roncamente.

—Creo que esto se ha convertido en un asunto privado. Aquí ya no me necesitáis. Estaré en el despacho —dijo Martín cogiendo su chaqueta del traje y emprendiendo la retirada.

—Cobarde —siseé a la copa de coñac, que acababa de ser rellenada de nuevo.

—Al final conseguirás que se case con otro —soltó mi hermano acompañándolo a la puerta

Y ahí comencé a reír a carcajadas. Miraba a uno y a otro y, después, volvía a examinarlos y no podía parar de reír.

—Manoli —interrumpió mi padre, dirigiendo una mirada de circunstancias a mi madre—, dale otro Trankimazin, que creo que con uno no es suficiente.

* * *

Desperté varias horas después en lo que había sido mi antigua habitación. Tenía un tremendo dolor de cabeza y la boca pastosa, como si hubiese estado limándome la lengua. Bajé a la cocina a buscar un vaso de agua y comprobé que estaba sola. Subí la escalera de nuevo, de dos en dos, sabiendo que era un momento perfecto, y llamé a mi hermano al despacho de arquitectura donde trabajaba.

—Oficina de objetos perdidos. Lo sentimos, señorita Torres, aquí no han entregado su suerte. Pruebe un poco más tarde —me contestó su secretaria, Rosa, poniendo una voz metálica.

—Muy graciosa, Rosita... ¿Está mi hermano?

—En estos momentos está indisponible.

—Y ¿eso qué significa?

—Que está en el baño. Y ha cogido el bote de gomina, así que tardará una media hora más o menos.

—¡Rosa! ¡Te estoy oyendo! Cuelga ya ese teléfono —abroncó mi hermano desde la otra línea.

—¡Huy! Que veo que el jefe hoy está de mal humor. ¿Desea, señor Torres, que juguemos al «torres más altas han caído»? —propuso ella, ignorando que yo escuchaba toda la conversación.

—Rosa..., ahora no. Pero antes de la reunión con Márquez tengo veinte minutos libres.

—¿Sólo veinte minutos? No sé si me dará tiempo a construir y derribar — continuó ella.

—¿Hola? —interrumpí—, sigo aquí, por si lo habéis olvidado.

—Vale, vale, ya cuelgo —rio Rosa, pero asumí que había tapado el auricular y seguía escuchando.

Rosa había sido su novia durante un par de años de universidad y, al igual que Diana, mantenía una formidable amistad con mi hermano. Ésa era otra de las extraordinarias cualidades de Roberto: no había mujer ni novia que se le resistiese. Incluso después de romper, cosa que solía hacer él, ellas seguían perteneciendo a su círculo de allegados.

—¿«Torres más altas han caído»? ¿Qué es eso? —le pregunté a Roberto.

—No quieras saberlo. Es una respuesta para mayores de edad.

—Hace tiempo que lo soy.

—Una hermana pequeña siempre es menor de edad.

—¿Es que has vuelto con Rosa?

—Hummm..

—Vale, entendido.

—¿Qué se te ofrece, Alexandre? ¿O Alexandra? ¿O Cecilia?

—¿Quieres que te llame Robertito?

—No.

—Pues deja de tocarme lo que no tengo.

—Por el nombre, nadie lo diría... —replicó, y supe que estaba sonriendo.

Bufé y miré al techo, pidiendo paciencia. Finalmente, lo solté:

—Lo sabes.

—Claro que lo sé. Entre Matt y yo nunca ha habido secretos. Me llamó esta mañana para contármelo todo. ¿Sabes tú el lío en el que te has metido?

—No he tenido otra opción. —Me sorprendí a mí misma defendiéndolo con bastante ímpetu—. En realidad, nunca llegué a creer demasiado en esa misteriosa empresa china que quería comprar parte de nuestras acciones. Así, por lo menos, consigo que Poppy siga en manos familiares y que la plantilla no se vea afectada.

—A cambio de un año de tu vida. Eso es mucho tiempo.

—No te creas que es tanto —murmuré yo haciendo un rápido cálculo de las opciones que me había ofrecido el neurólogo—. Me ha dicho que es porque tiene un plan para reconquistar a alguien y me necesita a mí, ¿sabes quién es ese misterioso alguien?

—Sí, siempre lo he sabido.

—Vaya, secretitos, ¿eh? Y ¿no podrías decírmelo ahora que me voy a casar con él?

—No. Eso es algo que le corresponde a él contártelo.

—¿Sabes? Os odio cuando os ponéis así. Siempre excluyéndome de todo.

—¿No has pensado, Álex, que quizá seas tú la que se excluye?

—Vale, Roberto. Ya lo he pillado, y te aseguro que con los dos días que llevo no tengo ganas de perder el tiempo para descifrar vuestros mensajes crípticos.

—Y yo tampoco tengo mucho tiempo, tengo una cita.

—Sí, lo sé, con el señor Márquez.

—No. Con Rosa. Hablamos, enana.

Colgó sin esperar respuesta y yo me mordí el labio elucubrando sobre quién sería esa persona tan misteriosa de la que estaba enamorado el Musaraña. Tampoco le di mucha importancia, pues sabía que dentro de pocos días podría averiguarlo, una vez me casara con él. Lancé un gemido al aire. Sí, me había metido en un buen lío. Pero todavía no era realmente consciente de ello.

Oí voces en el salón y bajé cuando oí que me llamaban. Mi madre y su amiga Piruca, *la bruja Piruca*, estaban tomando un combinado frente al televisor.

—¿Sí? —pregunté plantándome a su lado.

—¿Ves? —le dijo mi madre a su amiga, que esta vez había dejado su estrafalaria indumentaria en casa y vestía un chándal color fucsia.

—Lo veo —contestó de forma enigmática Piruca, y se levantó para abrir una caja de madera con dibujos geométricos que había sobre la mesa.

—¿Qué se supone que ha visto? —inquirí sintiéndome ignorada.

—Tu aura, querida, es negra como el carbón. Hay que depurarla.

Se acercó a mí y me tocó con sus dedos largos de uñas pintadas de rosa.

Entornó los ojos y después musitó una especie de oración en un idioma incomprensible, que podía ser desde sánscrito a élfico.

—Pero, por favor...

—Ni por favor ni nada. Álex, es una situación de emergencia. Piruca sabrá lo que hacer, que a mí ya se me están acabando las reservas de tranquilizantes.

—¡Mamá!

Piruca puso un dedo en mis labios y me ordenó callar. Se apagaron las luces y encendió velas de diferentes colores alrededor de mis pies. Después inició una danza india. Pero no de la India, sino india cheroqui, por lo menos. Durante unos minutos sólo salía de su boca: «*Huaa, huaa, huaa...*». Estaba tan sorprendida que me olvidé de reír. De improviso, se detuvo y me miró fijamente. Prendió un palo de alguna hierba aromática y me roció con el humo.

—Los chacras, querida, no están alineados. De hecho, están desperdigados, perdidos, confusos...

—Pues igual deberían ir a un psicólogo —apostillé.

—Querida, ése no es el camino —replicó frunciendo el ceño.

—¿Cuál? ¿El mío o el de los chacras?

—Álex —intervino mi madre—, que esto es muy serio.

Le saqué la lengua como toda contestación y Piruca me instó, cogiéndome de la barbilla, a que la mirara.

—Siento una gran confusión en tu interior. Una lucha de poder. Deberás ser muy fuerte para superar las pruebas que la Gran Diosa ha dispuesto para ti.

—Y ¿quién es ésa?

Me observó con algo de desprecio y meneó la cabeza.

—Para que funcione, hay que creer.

—Si ya te lo decía, Piruca, que mi hija es una descreída.

—¡Mamá!

—Asiente con la cabeza, Álex —me pidió Piruca.

Y yo lo hice.

—Bien, bien...Ya está penetrando la esencia de la diosa en ella.

—Pues yo sólo huelo a quemado —dije.

—Es que no tienes remedio —me reprendió mi madre.

—De verdad. Sólo huelo a quemado —repetí.

Y de repente, la diosa hizo manifestación de todo su poder y la manta sintética que estaba sobre el sofá comenzó a arder, emitiendo una llama vibrante y colorida. Ambas mujeres profirieron un grito y yo corrí hasta la cocina, donde cogí el cubo de fregar y lo lancé sobre el sofá. Apagué las llamas, pero se quedó flotando en el aire un olor extraño y nauseabundo.

Piruca estaba desconsolada, y mi madre miraba el sofá como si no terminara de creérselo.

—Tienes razón, Manoli, lo de tu hija es un caso imposible. Fuerzas sobrenaturales la rodean, y es imposible que yo, con mi poder, pueda hacer frente a ellas —sentenció Piruca de forma pesarosa.

—¡Toma! Y ahora, ¿qué soy? ¿La niña de *El exorcista*?

Mi madre sujetó con mucha fuerza el Cristo de Medinaceli que llevaba al cuello y yo la miré haciendo una mueca.

—Mejor me voy. Creo que la diosa se ha enfadado conmigo.

—Sí, será lo mejor, así podré depurar la casa de la energía negativa —aseveró Piruca.

Mi madre asintió y noté que su mirada me acompañaba con tristeza hasta la puerta.

Cogí el primer autobús que me acercaba al centro. Una vez sentada, comencé a pensar de nuevo en lo sucedido en las últimas veinticuatro horas. Siempre había sido una niña fantasiosa y soñadora. Quizá demasiado. Había querido ser exploradora en el Amazonas, misionera en África, hacer el rally París-Dakar, vivir una y mil aventuras. Nunca creí ser la culpable de lo que sucedía a mi alrededor, algo que conformó mi aura de gafe graciosa. ¿Tenía yo la culpa de que justo la semana que había estado de visita en Roma se muriera

el papa Juan Pablo II? ¿Era la culpable de que el viaje que había planeado a Budapest acabara con un rescate debido a un tornado que arrasó la ciudad? ¿Sería yo la consecuencia de que la barcaza en la que disfrutaba de un tranquilo paseo por la laguna de Venecia acabara hundiéndose debido a una tormenta repentina atraída por los lejanos montes Dolomitas? Hasta ahora habían sido coincidencias extrañas, sucesos que contar en una cena de amigos y reírte de que de todas hubiese salido indemne. Pero desde que había sucedido el accidente, algo había cambiado. No conseguía remontar el vuelo. Empecé a creer que, si algunos nacen con estrella, como era el caso de mi hermano, yo había nacido estrellada. Y, cuanto más lo creía, más real se hacía. Un bucle interminable de ocasiones perdidas que nunca había conseguido recuperar.

Las emociones me vencieron, y no me di cuenta de que unas gruesas lágrimas se deslizaban por mis mejillas hasta que la señora que iba sentada a mi lado carraspeó algo incómoda. Me levanté musitando una disculpa y me bajé en esa misma parada. Tuve que caminar más de media hora para llegar al pequeño apartamento donde vivíamos Martín y yo. Mi espíritu de autocrítica tuvo un respiro, y el paseo contribuyó bastante a relajar mi estado de ánimo. O puede que fuera el efecto tardío de dos Trankimazin acompañados de dos copas de coñac.

Entré en el vacío apartamento y lo sentí todavía más vacío sin su amigable presencia, aunque presumía que seguía algo enfadado por los súbitos cambios de planes y mi pedida de mano tan fuera de lugar. Sin nada más emocionante que hacer que la colada que se amontonaba en el baño, en ese momento recibí un mensaje salvador en el móvil:

Calamity Jane, ¿cómo es que vienes a Londres y no me llamas? Conéctate. Ya.

Sonreí de forma inconsciente. Era Ana. Hablábamos a menudo por teléfono, pero sólo nos habíamos visto una vez en dos años, justo cuando ella se trasladó a Londres. Mi amiga, más que una hermana. La perfecta Ana, reina de los colores pastel, los trajes de chaqueta a media pierna, zapatos de punta redonda y tacón bajo, la melena del príncipe de Blancanieves y pendientes de

perlas. La única que contrarrestaba mi carácter y, aun así, me comprendía más que cualquier otra persona. La única, también, que cuando abría la boca te preguntabas dónde había dejado los modales de colegio privado de monjas. Me senté a la mesa del pequeño despacho, despensa y sala de plancha que teníamos en el apartamento, y me conecté a Skype. En un minuto la tuve frente a mí, una versión parecida de mi rostro, sólo que con el pelo rubio, lacio y ojos marrones, tan inquisitivos como los de una ardilla. Me llevé la mano al cuello de la impresión. Su mirada estaba acentuada por sombras negras, llevaba un pendiente con un anticristo que le colgaba hasta el hombro y se había puesto una cinta de lana con tres flores verdes haciendo las veces de diadema, sujetando varios mechones de color violeta.

—¿Ana?

—La misma que viste y calza. ¿Qué pasa? ¿Necesitas gafas?

Se repantigó en la silla y se puso a comer patatas fritas con sabor a cebolla y ajo.

—¡Puaj!

Ella examinó la bolsa.

—Tampoco voy a besar a nadie esta noche, así que...

—Has... cambiado —acerté a decir.

—¿Yo? ¿Por qué lo dices?

Se miró de arriba abajo y se encogió de hombros.

—Eh..., por nada. Déjalo, no tiene importancia.

—Anda, céntrate y explícame cómo es que mis padres me han dicho que has estado en Londres y no me has llamado.

—Oye, ¿te has puesto un *piercing* en la nariz? —pregunté todavía despistada.

—Sí. Y contesta, que tienes un arte para la evasión...

—¿Te dejan ir así a trabajar? Con lo rancios que son los ingleses...

—Que sí, pesada. ¡Y contesta ya!

Resoplé y la enfoqué.

—Estuve sólo una noche, era una reunión de negocios. No hubo tiempo.

—¿Ni para una copa?

—Ni para eso —mentí flagrantemente.

—Pues saca lo que tengas a mano, que nos vamos a resarcir.

—Ana, por Dios, que no sabes todo lo que me ha pasado.

—Con alcohol, todas las historias son más divertidas —rebatí ella, y me mostró una botella de ginebra.

Abandoné un instante el ordenador, pero como todavía arrastraba algo de abotargamiento desde el cóctel que me había suministrado mi madre, sólo cogí una botella de agua fresca y un vaso de chupito para fingir que la acompañaba. Ambas nos mostramos la bebida, hicimos un brindis virtual y bebimos al mismo tiempo. ¿No decían que daba mala suerte brindar con agua? Yo juraría que se lo había oído decir a mi abuelo Braulio, pero, en fin, en ese momento no pensé que más mala suerte pudiera afectarme. No pensé con karma, y el karma me lo haría saber unos días más tarde.

—De Mazo a Mazo, lingotazo —dijo ella dejando el vaso con un golpe sordo sobre la mesa—. Y ahora, cuenta, Alexandra Torres Mazo.

Sí, nuestras madres también eran hermanas, algo que siempre había provocado bromas por la tendencia endogámica que tenía la familia, pero eso nos había unido mucho más.

Lo pensé un segundo y no lo dudé. Necesitaba contárselo a alguien que quizá lo entendiera y que fuera de mi absoluta confianza. Crucé los tobillos sobre la silla y apoyé el mentón en una rodilla.

—Me caso —solté de improviso.

Se quedó muda un instante y por su rostro pasaron infinidad de expresiones sin que se decidiera a conservar ninguna.

—¿Así que Martín se ha lanzado? Cuéntame qué dijo —pidió, y se sirvió otro chupito de ginebra. Noté que la mano le temblaba ligeramente.

—No dijo nada.

—¿Es una adivinanza?

—No. Él no se lanzó.

—Fuiste tú.

—Sí, pero me rechazó —murmuré, quizá pensando que igual debía tomarme un chupito de tequila sólo para amortiguar el pinchazo de dolor que me provocaba recordar aquel momento.

—No entiendo nada. Entonces ¿con quién te casas?

—Con Matthew LongCock, el amigo de mi hermano.

Y lo único que vi fue el chorro de ginebra transparente que salió de su boca y empañó la cámara.

—¡Joder! Espera, que limpio esto.

Desapareció durante un minuto y volvió con un paño y un secador con el que se afanó en desintoxicar las teclas de su ordenador. No pude evitar un ataque de risa al verla enchufándome el aparato con cara de circunstancias.

—Y ¿por qué te casas con ése? ¿Lo habéis dejado Martín y tú?

—No he tenido más remedio. Es por dinero. La empresa..., ya sabes la situación en la que está. Me ofreció un acuerdo al que no pude negarme — musité, pensando que no resultaba tan sencillo contárselo a alguien que no fuera un extraño—. ¡Pero no se lo digas a nadie! ¡Es un secreto! Se supone que sí he conseguido el contrato con los chinos.

—Y ¿a quién se lo voy a contar? Nadie me creería. ¿Te paga por acostarte con él, con el Musaraña? Ya hay que tener estómago... —afirmó con calma, apagando el secador y centrándose en la cámara.

Levanté la mano, deteniendo sus pensamientos.

—No habrá nada de sexo, lo ha prometido.

Sus carcajadas me llegaron claras y sonoras.

—Siempre te pierdes lo más divertido...

—Ha cambiado..., para mejor —le aclaré.

—Así que el friki de los *computers* se ha convertido en un *macho man*.

—No lo lames así —rebatí indignada.

—Vale, el adicto a las redes...

—No, me refiero a *macho man*.

De nuevo, sus carcajadas sonaron atronadoras.

—Ya veo que tú no has cambiado. —Todavía conservaba la sonrisa.

—Además, tengo que irme un año a trabajar fuera —continué con desconsuelo.

—¿A China? Si tú no sabes nada de China. Como mucho, que el té es originario de allí.

—Pero ¿no era el té inglés?

—¿Ves?, ni eso sabes. Eres una cateta conceptual.

—Y tú, una pija repelente con pintas de neogótica. Y me traslado a Londres, que lo sepas. Un año, así sí que tendremos oportunidad de estar juntas.

Su reacción fue extrañísima. Se quedó con la boca abierta y comenzó a balbucir algo como que ella no tenía sitio en su casa, que compartía piso con una pareja de italianos, que vivían muy alejados del centro, en un barrio al que ni siquiera llegaba el metro, y que tenía que caminar un kilómetro hasta el Sainsbury's más cercano.

Arrugué el entrecejo y me acerqué a la cámara.

—¿Estás bien?

—Sí, yo..., es que todo esto me ha pillado desprevenida.

—No te preocupes, ya tengo sitio. Si me caso con Matthew, tendré que vivir en su casa. —Hice una pausa, ya que ese tema todavía no lo habíamos hablado—. Supongo.

—Y ¿qué opina Martín?

—Es obvio que no se lo he dicho. Ni pienso hacerlo. Es un acuerdo comercial. Ya pensaré cómo contarle que me mudo a Londres..., total, va a ser sólo un año.

Le expliqué someramente en qué iba a consistir el acuerdo con Matthew.

—No creo que lo entienda. Yo, por lo menos, no lo entendería.

—No me lo pongas más difícil, Anita, que en menudo jardín me he metido.

—Ya, si siempre lo hemos dicho todos: «Lo que no le pase a Álex...».

—Precisamente. Es por mi nombre, ¿sabes que en realidad tendría que haberme llamado Cecilia? Pero mis padres querían un niño. Hasta en eso fracasé.

—¿Cecilia? Bueno, comprende que nacimos tres niñas en tres días y eso igual los sobrepasó un poco.

—Sí, Cecilia. Cecilia es un nombre perfecto. Cecilia Torres. Es hasta literario. Imagina mis diseños firmados con ese nombre...

—Sólo que ahora te vas a llamar Álex Gallo Orguloso. ¿O quizá seas la señora Gallina?

—¿Eing?

—¿Es que no sabes que es la traducción del apellido de Matthew? Aunque

vulgarmente *long cock* se traduce como «polla grande» o «larga». Poético, ¿a que sí? Pegaría mucho con tu nombre ficticio literario: Cecilia Polla Larga.

Ahí sí que me arrepentí de veras de no tener una bebida alcohólica en la mano.

—No. ¡Ay, qué chungo! ¡Qué chungo! Con ese nombre me van a hundir...

Sus carcajadas me apuñalaron. Ya estaba yo fantaseando con poder cambiarme el nombre por el de Cecilia, con convertirme en una mujer sofisticada como el nombre indicaba, con poseer el glamur de... Dejé de soñar, ya no me quedaba tiempo para sueños. Cambié el tono de voz a uno que intentó ser alegre y le pregunté:

—¿Y tú? ¿Qué tal en el museo?

Había conseguido una beca para trabajar en el Museo Británico poco después de terminar la carrera de Historia, algo casi imposible de alcanzar para un español, pero no para ella, que contaba con un expediente deslumbrante y que contribuía a incluir en la categoría de vergonzante el mío si era comparado con el suyo.

—Bien, creo que me van a dar el puesto de directora adjunta de la exposición de Boudica. Aunque, de momento, me tienen en el sótano, clasificando una y otra vez todas las piedras que han robado a otras culturas.

—No lo digas muy alto, no vaya a ser que te despidan, y más con el Brexit en curso.

—Es verdad —se dio un golpe con la palma abierta en la frente—, que ahora que vienes tú a Londres...

—No creerás tú también que soy gafe...

—Álex, se te ha muerto tu compañero de viaje, que ya me lo han soplado. Eso no es tener muy buena suerte, que digamos.

—Hinca el cuchillo, que todavía no me ha llegado al corazón.

—Tranquila, ¿qué puede pasar más?

—Si yo te contara...

Pero *eso* me había prometido no contarlo. A nadie.

Nos despedimos con la promesa de que la avisaría para que estuviera presente en el evento, dícese mi falsa boda, y desconectamos la cámara.

Intenté esperar despierta a Martín, pero no lo conseguí. Tenía la sensación

de que estaba evitándome, y nos debíamos una larga conversación. Cansada, me acosté, cerré los ojos y me olvidé de todo.

* * *

Al día siguiente, la cama continuaba vacía y fría. Me volví, sin querer levantarme, y comprendí que sí, que Martín me estaba evitando. No sabía si enfrentarlo o esperar a que él diera el paso. Estaba confusa: ¿qué había cambiado? Él desconocía que me iba a casar dentro de varios días, eso no podía ser, aunque habría sido una razón de peso para ignorarme, enfadarse y enfurecerse..., lo que no había sucedido. Era como si se hubiese impuesto una barrera invisible que me impidiera acercarme a él. Antes del accidente ya estábamos haciendo planes, o quizá era yo la que hacía los planes de futuro y él se limitaba a secundarlos. Ya no lo tenía nada claro. Y seguía dándole vueltas a la cabeza, lo que mi hermano denominaba el *runrún*. Y yo era muy de runrunear. Me sentía agotada. Agotada de tener que explicar algo que no entendía, de no entenderme ni yo misma. Acumulaba muchas locuras en mi vida, pero ésa era irremediabilmente la mayor. Sin embargo, de manera sorprendente, ya no albergaba dudas, no demasiadas. Después de una larga temporada viendo el cielo oscuro, éste se había abierto de improviso para mostrar el arcoíris más hermoso en el cielo *cloudy* de Londres. Sabía que estaba haciendo lo correcto. Sabía que no había otra solución. Estaba ofreciendo a mi familia el último regalo que podía darles. Tenía frente a mí un futuro raquíutico, aunque iba a aprovecharlo al máximo.

Y el futuro comenzó con más de diez correos electrónicos de Matthew. No abrí ni la mitad, ya que casi todos eran para pedirme algún tipo de documentación para formalizar el acuerdo nupcial. Que una iba a casarse, pero tampoco quería dárselo todo hecho. El último era una notificación empresarial comunicándome una nueva junta esa misma mañana para explicar mi trabajo el próximo año. Y ¿en qué iba a consistir mi trabajo el próximo año? Tenía que representar el papel de esposa de Matthew, ¿y eso qué significaba? ¿Asistir a las cenas de empresa, a los partidos de críquet y a las sesiones de fotos? Y ¿cómo iba a explicárselo a la junta? Aquélla sería mi primera prueba de fuego;

si conseguía su credibilidad, lo demás vendría rodado. Demostraría que podía fingir en cualquier situación. Al menos, eso pensé mientras me preparaba para asistir al primer acto de mi nueva vida. Es obvio que debía de tener aún los chacras desperdigados, confusos, y puede que alguno incluso borracho, porque no salió tal y como lo había esperado...

—¿Por qué hemos tenido que enterarnos por los chinos de que te vas un año fuera? —inquirió mi madre frunciendo los labios.

—Yo... —comencé.

—¿A China? —preguntó mi tía.

—Pero, hija, ¿tú sabes hablar chino? —quiso saber mi padre.

—Yo...

—¡Cómo va a saber chino, si ni siquiera ha conseguido aprender inglés! Alfonso, ¡qué cosas tienes! —interrumpió mi madre.

—Yo...

—Y entonces ¿adónde te vas? —Habló mi tío.

—Yo...

—A Londres. —La voz fría y serena de Martín los dejó a todos en silencio cuando arrojó un puñado de papeles sobre la mesa—. Está todo ahí. Un contrato por un año en su delegación de Inglaterra.

—Yo...

—¡Como Ana! —Mi tía aplaudió entusiasmada, y después pareció pensarlo mejor—. Yo creía que eso sólo les pasaba a los que son *cum laude*, como nuestra hija.

—Yo...

—Sí, la que tenemos becada en el Louvre —explicó mi tío, como si fuera algo que los demás desconociésemos.

—No, Benito, que está en el Museo Británico —replicó mi tía disgustada.

—Y eso está en Londres, ¿no? —inquirió él algo confuso.

—¡Pues claro que sí! ¡Que parece que no sabes ni dónde está tu hija ahora!

—Es que eso es lo que pasa con los ingleses, que tienen mucho en muchos sitios..., vete tú a saber —se defendió mi tío.

—Yo... —intenté interrumpir, aunque fue inútil.

—¿Estás tratando de decir, Juani, que mi hija no es lo suficientemente

buena como para trabajar para una empresa extranjera? —Mi madre se encaró con mi tía y comenzaron a saltar chispas.

—Yo...

—Manoli, que si fuera Roberto, lo entenderíamos, pero es Álex y todos la conocemos.

—¿Qué pasa con mi hija? —preguntó mi padre.

—Pues que la niña es muy buena con los dibujos y todo eso, pero ya sabemos que vive en su mundo de colorines. Y la vida real es muy real. Que no digo que no sea una bellísima persona, y como sobrina la quiero muchísimo, pero poner todo el futuro de la empresa en sus manos...

—Yo... —intenté defenderme, aunque fui interrumpida de nuevo.

—Álex es perfectamente capaz de desempeñar este trabajo. De hecho, es la única condición *sine qua non* que han puesto. Si no va ella, no hay trato —exclamó Martín sentándose al otro extremo de la mesa, alejado tanto de los cuatro socios principales como de mí y de mi hermano.

Y, aunque odiaba a Matthew, si lo hubiera tenido frente a mí en ese instante, le habría propinado un beso de película.

—Sigo sin verlo claro —musitó mi tío.

—Sí, además, ahora ya no aceptan extranjeros, que he visto en la tele que van a construir un muro —destacó mi tía cruzándose de brazos.

—Ése es Trump —resopló Roberto.

—Pues lo mismo da, ¿no hablan el mismo idioma? Que los quieren echar a todos del país. Menos a Ana, que Ana es un portento y no la van a dejar escapar —añadió sin dar su brazo a torcer.

—Yo os quería expl... —Alcé un poco la voz, pero hasta ahí llegó mi alegato, antes de ser aplastada por otras voces.

—Pues mi hija más, que mira cómo la quieren los chinos —me defendió mi madre.

Roberto se atragantó murmurando: «Sí, sí, los chinos...», y acabó tosiendo por el codazo que le propiné.

—Álex, si hubieras puesto un poco de empeño en aprender algo de inglés por lo menos —apostilló mi madre pesarosa, imagino que comparándome con Ana. Porque ese aspecto era indefendible por muchas vueltas que le dieran.

—Hija, ¿es que no piensas decir nada? —finalizó mi padre.

* * *

Dos horas después, Martín vino a buscarme al despacho. No estaba creando, físicamente hablando; mentalmente ya era otra cuestión. Creaba cosas sin sentido en mi cabeza, que seguía girando como una noria. Y así me encontró él, frente a la ventana, con la mirada perdida en el aparcamiento como si de repente aquello tuviese un interés excesivo.

—Así que es aquí donde te escondes —pronunció con suavidad.

Me volví hacia él conteniendo las ganas de llorar.

—No me escondo, más bien creo que es al contrario: el que se esconde eres tú.

—Yo he estado aquí todo el tiempo.

—Ya.

Suspiró y se acercó. Yo me alejé.

—Álex, ¿por qué no has hablado en la junta?

—¿Crees que he tenido opción? Todos opinan que soy demasiado voluble, fantasiosa o infantil para hacerme cargo de ese trabajo. Todos piensan que voy a fracasar.

—Tienes que entenderlo, para ellos es el trabajo de toda una vida puesto en la cuerda floja y a prueba durante un año. Es difícil de entender para todos.

—¿También para ti?

—Álex, ¿por qué no me dijiste que te ibas a Londres?

—No me has contestado.

—Tú tampoco.

—No te lo dije porque no tuve tiempo. Todo sucedió demasiado deprisa y parecías estar huyendo de mí.

—Para mí no.

—Para ti no, ¿qué?

—Creo que es una oportunidad realmente brillante en tu carrera y que no deberías desaprovecharla. Y no creo que vayas a fracasar, de hecho, estoy convencido de que será al revés.

—Gracias. Pero ¿por qué?

—Álex, ¿necesitas reafirmarte a través de los demás? Eso es algo que no logro entender. Eres buena, empieza a creértelo.

—Gracias. Pero ¿por qué tú no te lo crees?

—¿Cómo? Acabo de decirte todo lo contrario. No me digas que ahora empiezas a tener problemas para entender también el castellano —dijo sonriendo.

—Empiezo a tener problemas para entenderte a ti. —Yo no sonreía.

—Todo esto es por la boda.

Mi corazón pegó un brinco que ahogué con un carraspeo incómodo.

—Sí, no has vuelto a mencionarlo. Sé que quizá no fuera el momento, pero ¿cuándo lo va a ser?

Y ahí me detuve. «¿Qué estoy haciendo? ¿Me he vuelto loca? Dentro de varios días me caso con otra persona y estoy prácticamente suplicándole que se case conmigo.» Caminé hasta la mesa del ordenador y me senté en el sillón cogiéndome la cabeza entre las manos.

—Álex. —Su tono admonitorio y la forma en que tuvo de sentarse en la silla de invitados frente a mí no me gustó en absoluto—. Para ti todo tiene que ser ahora y sí o sí. No tienes término medio.

—Martín. —Utilicé su mismo tono y lo miré con fijeza—. Nos conocemos desde hace cuatro años y llevamos dos viviendo juntos, ¿cuándo se supone que va a ser un buen momento?

—Desde luego, ahora no, ya que te vas fuera un año.

«¡Maldita su lógica!»

—¿Y si no me fuera?

—Pero te vas.

—Ya. Y este viaje ha llegado en el momento perfecto, ¿verdad?

—No intentes poner palabras en mi boca, Álex.

Me rendí. Ya no podía seguir luchando con alguien que no quería seguir luchando junto a mí. Sólo me quedaba una última pregunta: «¿Me sigues queriendo?». Y no me atreví a hacerla porque me temía que la respuesta iba a ser «no».

—Déjalo, Martín, cuando... cuando estés dispuesto a hablar, lo

hablaremos.

Él se levantó y se acercó a mí. Sus fuertes brazos me rodearon y me levantaron de la silla. Apoyó su frente contra la mía y suspiró hondo.

—Álex, nunca lo entenderás, ¿verdad?

—¿El qué?

—Eres demasiado.

—¿Demasiado?

—Sí. Demasiado.

* * *

Doce días después, me encontraba de nuevo en Barajas frente a la fila de control de equipajes. Me había despedido de amigos y familiares con anterioridad, y sólo Martín vino a acompañarme. Nuestro aislamiento había sido mutuo, y ya empezaba a verlo como a alguien ajeno. Habían sido unos días extraños, llenos de dudas, llenos de correos electrónicos de Matthew, los cuales me esforcé en ignorar, y llenos también de angustia. Tenía pesadillas en las que me veía en la ciudad de Londres vacía de gente, gritando, haciéndome entender sin conseguirlo, porque no había nadie alrededor. Me despertaba enrollada en las sábanas, demasiadas noches en soledad, ya que Martín aducía tener muchísimo trabajo para prepararlo todo y prácticamente dormía en la empresa. No sabía a lo que me enfrentaba y, sin embargo, estaba deseando hacerlo, huir, empezar de nuevo, o comoquiera que se llame esa época en la vida en la que tu mundo comienza a hacerse demasiado pequeño para que puedas respirar.

Miré a Martín, que me observaba con cautela.

—No pienso pedirte de nuevo matrimonio. No tienes nada que temer —le dije con una sonrisa que pretendió ser valiente.

—No es eso, Álex. Es..., te echaré de menos. —Exhaló y me devolvió la sonrisa.

—¿Estás seguro?

—Sí. Eres como ese compañero de estudios que siempre revolucionaba la clase. El día que no asistía, todo el mundo lo añoraba. Ahora la vida será

mucho más aburrida.

—Sí, pero más tranquila también.

—Cierto.

Y ahí llegó mi momento de debilidad.

—¿Me prometes que no me olvidarás?

—Nunca podría hacerlo, aunque lo intentara. —Sonrió con dulzura.

Quizá esperaba otra respuesta o una proposición loca. Pero no llegó nada de eso, porque, de los dos, la loca era yo, sin duda alguna. Y en ese momento tuve el extraño presentimiento de que nuestra historia se estaba acabando.

—Un año es mucho tiempo —dijo sosteniendo mi rostro con la mirada.

—Para algunos, mucho más que para otros —contesté, y me alejé hacia la gente que ya esperaba impaciente.

Capítulo 8

Una boda y... un funeral

Nadie me pagó el viaje esta vez y, a pesar de que mi cuenta estaba en números rojos, haciendo un alarde de ostentación, reservé tres pasajes con Ryanair. Sí, tres. Lo hice porque no quería que ningún pasajero se me muriese esta vez. Y, por suerte, el avión no iba completo, así que nadie se sentó junto a mí. Conecté el iPod a gran volumen y cerré los ojos intentando ignorar el barullo de los asistentes de vuelo que anunciaban loterías y perfumes.

Cuando aterrizamos en Stansted, estaba lloviendo, lo que parecía un tópico y, realmente, no lo era. El aeropuerto, moderno y pequeño, me pareció más acogedor que Heathrow. Recogí la maleta y al salir me tropecé con un chófer que esperaba con un cartel que llevaba mi nombre. No recordaba si Matthew me había enviado a alguien o no, y como aquel hombre sólo hablaba inglés, lo seguí sin pronunciar una palabra hasta el aparcamiento.

Una vez en el automóvil, miré por la ventanilla y respiré hondo. Me atraganté y tosí. Sentía los dedos de las manos rígidos y la columna tensa. Empecé a notar un calor abrasador y una fina pátina de sudor cubrió mi frente. ¿Era así cómo se sentían todas las mujeres el día previo a su boda? Recordé la sensación de estar al borde del puente, la tirantez de las correas, la cuerda elástica recogida a un lado, el viento azotando mi rostro y el vuelco al corazón una vez que saltaba. La levedad del cuerpo volando ingrávido y el golpe

rotundo a unos metros del suelo. La subida potencial de adrenalina posterior y el grito de júbilo. Era eso con exactitud, igual que hacer *puenting*. Sólo que ahora iba cómodamente sentada en un coche a una velocidad más que razonable y por una carretera sin curvas. El estómago se me encogió en un nudo doble y el cuello me dolió por lo rígido. Sentí unas irrefrenables ganas de abrir la puerta y arrojarme al asfalto, o salir gritando y agitando las manos. No lo sabía con certeza. Respiré hondo de nuevo y emití un gemido angustiado.

—Pare —murmuré.

El chófer, que iba tarareando una canción de la radio, no pareció oírme.

—*Stop!* —aullé, y el frenazo hizo que me volcara hacia su asiento.

Solté el cinturón con manos temblorosas, abrí la puerta y vomité sobre el asfalto.

Era así cómo se sentían todas las mujeres el día previo a su boda, ¿verdad?

* * *

Estábamos llegando a Londres cuando sonó mi teléfono móvil. Revolví, todavía temblando, los objetos de mi bolso y tanteé, encontrándolo por la vibración. Se me cayó dos veces al suelo del coche antes de que pudiera contestar la llamada.

—¿Sí? —dije con voz entrecortada.

—Álex, ¿dónde estás?

—Hola, Ana. Voy hacia el hotel.

—¿En cuál te hospedas?

—En..., no lo recuerdo, lo reservó Matthew. Espera, que lo tengo apuntado en un papel —contesté mientras hurgaba de nuevo en el bolso—. Creo que es algo de chino mandarín.

Y durante un brevísimo instante entorné los ojos con suspicacia: ¿chino? No recordaba que Matthew tuviera ese curioso sentido del humor. Bueno, que tuviera sentido del humor alguno.

—¿El *Mandarin Oriental*? —inquirió Ana con un perfecto acento inglés.

—Sí, ése. ¿Por qué? —pregunté en un susurro.

—Yo ahí no te dejo sola toda la noche —aseguró.

—¿Es tan malo? —barboté sintiendo retortijones.

—Ufff..., espera y verás. —Y, diciendo eso, colgó dejándome todavía más preocupada.

* * *

La habitación, si es que podía llamársele así, ya que tenía el triple de tamaño que mi apartamento en Madrid, estaba decorada en tonos topo, violetas y cremas. Había cuatro ventanales franceses con vistas a Hyde Park, cubiertos por cortinas de pesado brocado color canela, y recogidas con hilo de oro. Frente a mí pude apreciar un salón con dos sofás Chester de terciopelo lila con varios cojines de diferentes tamaños. En el centro, una pequeña mesa de cristal con un servicio de té dispuesto alrededor de una fuente de tres pisos con variada repostería. A un lado, un escritorio estilo Luis XVI con una cesta de fruta cerrada con celofán y un lazo de cinta roja de satén como detalle de bienvenida. Junto a ella, una cubitera por la que asomaba el cuello de una botella, supuse que de champán, y dos copas talladas acompañándola. Y, en el extremo oriental, una cama tamaño *king size* cubierta por un nórdico blanco y un cubrecama de color granate junto con varios cojines más.

—¡Una *suite* con vistas al parque! —gritó Ana a mi espalda—. ¡Joder, con el amiguito de Roberto! Sí que debe de ganar pasta con la informática. ¿Sabes lo que cuesta una habitación así? ¡Más de tres mil libras por noche!

En ese momento dejé mi bolso resbalar por el brazo y caer al suelo enmoquetado en gris perla. Me había detenido nada más traspasar la puerta sin saber cómo reaccionar a lo que estaba viendo. No recordaba cuánto tiempo había pasado en esa posición hasta que oí el chillido agudo de Ana, que me circundó como si fuese un molesto obstáculo en el camino, cogió un pequeño brownie, se lo metió entero en la boca y se lanzó en plancha sobre la cama.

—¡Es como estar en el cielo! —farfulló girando sobre sí misma para mirar la araña que colgaba del techo y brillaba con la luz de decenas de diminutas bombillas.

—Es perfecto —musité yo, sin dar crédito a lo que me mostraban mis ojos.

Si me hubieran dado la oportunidad de escoger una habitación nupcial entre un millón, habría elegido aquélla. Tenía exactamente el lujo decadente y sofisticado para convertir en inolvidable el comienzo de una luna de miel. Pero no la había elegido yo, había sido Matthew, y seguía sin poder creérmelo.

—Álex, ¡espabila!

—¿Qué?

—¡Guau! Mayordomo privado las veinticuatro horas del día, carta de almohadas..., ¿las has probado? Yo creo que voy a pedir una visco...

Ana se había sentado en la cama con un folleto informativo y me iba relatando todos los servicios a los que teníamos derecho.

—¿Quieres que reservemos en el *spa*? Creo que un masaje nos vendría bien a las dos...

—¿Qué?

—Álex, ¿se puede saber qué te pasa?

—No lo entiendo. ¿De dónde ha sacado tanto dinero en estos años? ¿Crees que la empresa de seguridad informática es una tapadera? ¿Y si en realidad se dedica al tráfico de drogas? ¿O de armas con los rusos?

—¿Has bebido?

—No. ¿Y si trae escondidos en los aparatos electrónicos diamantes de Sierra Leona?

—¿Te has tomado algún psicotrópico de esos de tu madre?

—No. ¡Ay, Dios...! ¿Y si se dedica a la trata de blancas?

—¿Trata de blancas? ¿Crees que es esclavista?

—En serio, Ana. Tú misma lo has dicho. Conozco a sus padres, ella es ama de casa y él es un policía jubilado. No es posible que haya acumulado tanto dinero en tan poco tiempo con un negocio limpio.

—Creo que lees demasiada novela negra.

—No leo novela negra.

—Pues deberías hacerlo, a ver si así se te aclaran las ideas.

—Ya —dije yo, y seguí elucubrando posibilidades.

—Voy a pedir —dijo ella cogiendo el teléfono—. ¿Qué prefieres?,

¿ginebra o tequila?

—Estamos en Londres —contesté de forma mecánica, porque en realidad mi mente estaba muchísimo más lejos.

—Ginebra, entonces.

—Tequila.

—Eso, tú siempre llevando la contraria.

—¿Eh?

Vi, como si se tratara de una película, a Ana hablar en inglés y después levantarse para seguir investigando. Abrió un enorme armario empotrado en la pared y lanzó una exclamación. Eso me hizo moverme con lentitud, sintiendo que mis extremidades me habían convertido en una marioneta de madera.

—Tienes que ver esto, Álex. —Su tono serio contradecía la sonrisa resplandeciente en su cara.

—¿Qué? —pregunté asomándome a las profundidades del armario de Narnia.

No pude decir nada, absolutamente nada. Colgado de una percha de seda tenía el vestido de novia. El vestido de novia con mayúsculas. El vestido de novia que habría elegido alguna granjera de la América profunda asesorada por Karmele Marchante. Mangas abullonadas, una exagerada profusión de lazos, un fajín de encaje, y todo ello coronado por intrincados bordados en color oro. Era un espanto. Un espanto que creí reconocer de algún sitio, pero no lograba recordar de dónde.

—¡Ay, no...! Yo no me pongo eso.

—Y ¿qué piensas ponerte? —preguntó Ana echándole una mirada de reojo a la etiqueta que colgaba de un extremo. Abrió los ojos de forma desmesurada.

—Había comprado un traje de chaqueta en color crema. Discreto. Funcional. Quería comprarlo en negro, pero no me pareció adecuado.

—¿Sabes lo que cuesta este vestido? Está hecho a medida en una de las boutiques más prestigiosas de la ciudad.

—Con muy mal gusto —aseveré, y volví a mirarlo con atención. ¿Dónde había visto yo antes ese diseño?

—Supongo que Matthew se decepcionará si no te lo pones. Además, piensa en las fotos del álbum. Cuando pasen algo así como doscientos veinte

años, podrás mirarlas sin vergüenza.

—Mira que eres cabrona.

—Oye, que te prometo que no las publicaré en Instagram sin tu permiso.

—Como si pudiera creerte.

—En serio, no quiero hacerle daño a Martín. —Su tono de voz cambió y se puso súbitamente seria.

—Gracias.

—Pero verte así vestida no tendrá precio, me guardaré una gran colección de instantáneas para poder utilizarlas a corto plazo.

—¿Por qué dices eso? Sabes que esto no podrá saberse nunca. Arruinaría mi vida —musité al borde del llanto.

—Eh, vale, vale... Cuánto tardan en traer las bebidas, ¿no? —preguntó dejando de sonreír y acercándose para pasarme una mano por los hombros.

Suspiré hondo, secándome las lágrimas. No podía evitarlo, aquello era demasiado para mí. Ya no me parecía tener las cosas tan claras.

—¿Te... te costó mucho adap... adaptarte cuando viniste a vivir aquí? — Aunque lo intenté, no pude más que tartamudear.

—No tuve otro remedio —contestó ella.

La miré con sorpresa. Aparte de su aspecto, que seguía desconcertándome, había una sombra en sus ojos que antes no tenía.

—Claro que lo tuviste, podrías haberte quedado en Madrid.

—No, no podía.

—¿Por qué?

Sentía verdadera curiosidad. Cuando ella se mudó, yo todavía no había salido del hospital y apenas recordaba nada con claridad.

—Porque tuve que hacerlo y punto —dijo. Iba a replicar, pero ella continuó—: Cuando le coges el puntillo a Londres, no es tan malo.

—Y ¿cuándo le cogiste el puntillo?

—Me costó más de un año.

Al oír eso, los ojos se me llenaron de lágrimas de nuevo. Ana chasqueó la lengua y murmuró:

—Dios, Álex, estar contigo es como subir a una montaña rusa una y otra vez. ¿Cómo puedes sobrevivirte?

Sonreía con ternura. Sé que pretendía animarme, aunque pocas cosas podían hacerlo en ese momento. Ambas nos volvimos cuando sonaron unos suaves golpes en la puerta, y Ana corrió a abrir. La oí mascullar por el camino entre dientes: «Menos mal». Un camarero uniformado dejó un carrito con lo que habíamos pedido e hizo una pequeña reverencia al recibir la propina que Ana sacó de mi bolso, el cual seguía en el suelo, junto a la entrada. Me senté sobre la cama, súbitamente agotada, y ella extendió mi mano, arrojó sal sobre ella, me obligó a chupar, después me tendió un chupito de tequila, me obligó a tragar y me pasó una rodaja de limón que me obligó a meter en la boca.

—¿Mejor? —preguntó.

—Ajá —farfullé.

—Me imagino que la idea del *spa* la dejamos para otro día...

—Ajá —dije chupando con fruición el limón mientras ella me ofrecía otro chupito que engullí en un segundo.

—Y tampoco te apetecerá salir a disfrutar de una noche loca...

—Ajá. —Asentí y me metí otro trozo de limón en la boca reprimiendo un escalofrío.

—Pero quizá bajar al restaurante y...

—No.

—Entendido —asumió ella finalmente.

—¿Qué estoy haciendo? —le pregunté con los ojos llorosos.

Ya estaba de nuevo, la bajada de la montaña rusa.

—La peor despedida de soltera en la historia de las despedidas de soltera —afirmó, y tomó un largo trago de tequila.

Dos horas más tarde, y dos botellas después, había conseguido mitigar los efectos del viaje y ambas nos reíamos de forma absurda viendo lo que emitía el televisor Bang and Olufsen tiradas sobre la cama, cuando volvieron a llamar a la puerta. Por fortuna, el alcohol me había atontado lo suficiente como para no darme cuenta de lo que estaba a horas de cometer. Me levanté con dificultad y trastabillé hasta llegar a la manija, que insistía en moverse en círculos. Tiré de ella con fuerza y casi me caigo hacia atrás del impulso. Me reí de nuevo, y después disimulé viendo al hombre de pelo largo y moreno apoyado en el quicio de lado, con una mano metida en el pantalón de traje y

mirándome de forma chulesca.

—Y yo que pensaba que los mayordomos ingleses eran más viejos y feos...
—musité.

Él sonrió mostrando una dentadura reflectante y entró sin esperar invitación.

—¿Quién de las dos hermosuras es la afortunada novia? —preguntó en castellano con acento portorriqueño.

—¡Ella! —exclamamos al unísono Ana y yo, señalándonos mutuamente.

—Vamos, preciosa —dijo él girándose hacia mí para sentarme con suavidad en un butacón de terciopelo dorado.

Me agarré a los apoyabrazos con fuerza y miré a Ana mientras él manipulaba el equipo de música oculto en un pequeño armarito, del que empezó a sonar la banda sonora de *Nueve semanas y media*. ¿Había algo más cutre en tres galaxias a la redonda?

—¿Se puede saber qué has hecho? —inquirí dirigiéndome a Ana.

La americana voló entonces por los aires con un giro del bailarín y acabó en uno de los sofás Chester.

—¿Yo? Nada de nada —ceceó ella.

—¿Has contratado un *boy*?

—Un Grey.

—¿Eing? ¿Dónde quedaron los policías y los bomberos con música algo más movidita?

El *boy* danzador efectuó un salto quedándose de rodillas frente a mí y se arrancó la camisa mostrando un pecho perfectamente depilado, confirmando así su adicción a los rayos uva.

—¿Tú crees que lo habrían dejado entrar en el hotel vestido de bombero? Además, ahora se llevan más los mister Grey.

—¿Me va a poner en la postura de la cruz y me va a azotar?

El bailarín se volvió y me ofreció una vista preferente de su trasero oscilando al son de la música.

—Sólo si se lo pides —aseveró ella, que se aproximó tambaleándose para darme otro chupito de tequila.

Miré su musculoso culo y me entró la risa nerviosa.

—¡Disfruta, coño! ¡Que me ha costado una pasta! —gritó Ana, girando en su mano la camisa del *boy*, animándolo.

Y él, aprovechando la cadencia de la canción, se puso frente a mí y se quitó el pantalón. Lo que hizo que yo riera todavía con más ganas. Y más aún cuando vi que lo que se escondía debajo era un minitanga de piel de leopardo.

—Creo que, en vez de un Grey, te ha salido un *Pasión de gavilanes* —farfullé mareada y sin poder posar la vista en ninguna parte de su anatomía porque todas parecían destellar por la purpurina.

—Eso es, preciosa —dijo él, ajeno a nuestro intercambio verbal y sujetando mis manos sobre la cinta de su tanga—. ¡Arráncamelos!

Y yo, obediente que soy, tiré con fuerza del elástico y él profirió un grito agudo que sonó muy poco masculino. Pegó un salto hacia atrás y se tapó con una mano la parte de su anatomía lesionada.

—*Fuck!* ¡Que tiene dos presillas!

—Ah..., no las había visto. —Me disculpé sin poder parar de reír.

—Ya lo hago yo, tranquila.

—Será lo mejor. Que una no está acostumbrada...

Cogí otro chupito y me lo tragué. Casi lo escupí al ver el tamaño del miembro de aquel bailarín.

—No lo comprobaste, ¿verdad? —le pregunté a Ana, que había tenido que entornar los ojos para acomodar la vista.

—En la foto parecía más grande —murmuró ella echándose a reír de nuevo.

—Es más grande, preciosa, sólo necesita animarse un poco —aseguró el *boy*, y procedió a acariciárselo con firmeza a la vez que extraía de uno de los bolsillos un bote de nata en espray.

Lo miré con curiosidad y él comenzó a esparcísela por el pecho y por su miembro, que ya se había izado como una bandera.

—Al final no era Photoshop —determinó Ana sin perderse detalle.

Él se balanceó con sensualidad y me obligó a poner mis manos de nuevo en su trasero, pegajoso a causa de toda la pasta de purpurina y la nata, que se derretía formando pequeños charquitos a su alrededor.

—¿Te apetece probarla? —inquirió con un golpe de melena.

No pude evitar carcajearme y eché la cabeza hacia atrás. Él empujó y la punta de su miembro cubierto de nata me golpeó en la barbilla. Ambos proferimos un pequeño quejido.

—¡Joder! ¡Qué pollazo te acaba de meter! —aulló Ana dejándose caer en la cama y rodando sobre ella, disfrutando mucho más que yo del espectáculo.

—¿Interrumpo?

La voz grave y gutural de Matthew hizo que los tres miráramos a una al hombre que acababa de entrar en la habitación con su propia llave. La canción terminó, y el ambiente se tensó tanto que podía cortarse con un cuchillo.

—Nadie me había dicho que esto iba a ser un trío —dijo el bailarín, agitando de nuevo la melena.

—No lo es —afirmó Matthew fulminándome con su mirada azul cobalto.

—No es lo que parece —murmuré, y me pregunté por qué siempre que se dice eso es exactamente lo que parece.

—¿No estás a punto de comerte la polla de ese tío?

—Quiero decir, sí, pero no.

—Y ¿por qué no lo sueltas entonces?

Miré mis manos, que parecían no pertenecerme y seguían fuertemente agarradas al trasero del bailarín. Me aparté con cautela y me las sequé en el pantalón vaquero.

Ana se había levantado y, situada a un par de metros, observaba con excesivo interés a Matthew.

—¿Éste es el traficante de armas? Pues yo lo recordaba como más flacucho y bastante más feo.

—¿Traficante de armas? —inquirió Matthew lanzándole a Ana otra de sus miradas cargadas de un potente rayo láser.

—¡Eh, que yo no quiero problemas! Mejor me visto y me voy —determinó el bailarín.

—Será lo mejor —corroboró Matthew.

—¿Tan pronto? —inquirió, en cambio, Ana.

El bailarín se puso los pantalones y me miró sonriendo.

—A no ser que la novia haya decidido contratar un nuevo servicio.

—¿Nuevo servicio? —pregunté sin entender, porque desde que había

entrado Matthew en la habitación no podía despegar la vista de su cuerpo, vestido con un traje a medida. Y tampoco de su rostro, serio y a la vez teñido con una pincelada de diversión que se esforzaba en ocultar pasándose la mano por la nariz como si toda la situación lo superase.

—Pero ése lo pagas tú, guapa —dijo Ana.

—Mejor será que te vayas —le contesté al *boy*, entendiendo el servicio que me ofrecía.

Esperamos en un incómodo silencio hasta que abandonó la *suite* minutos después.

—¿Has venido a espiarme? —inquirí levantándome con torpeza para situarme frente a Matthew, haciendo uso del método «la mejor defensa es un buen ataque».

—No. He venido a comprobar si estabas bien. No quería dejarte sola esta noche. Había pensado dar un pequeño paseo y cenar en un restaurante tranquilo.

—No tengo hambre —refunfuñé.

—Pues nadie lo diría: tienes toda la boca rodeada de nata.

Me pasé con rapidez una mano para limpiármela y lo encaré.

—No tienes por qué ser amable conmigo.

—A mí no me importa que lo seas —terció Ana.

Y los dos la miramos con furia.

—Vale, vale —masculló ella—. Esperaré en el baño.

Y tropezó con mi maleta antes de llegar siquiera a la puerta, pero al fin consiguió entrar.

—Estaba preocupado —murmuró Matthew con suavidad y sonrió.

¿Cuándo se había convertido en un hombre tan considerado?

—No es necesario que te preocupes. Estoy perfectamente. —Y, al decir esto último, me tambaleé y él me acogió en sus brazos antes de que cayera.

Aspiré su fragancia masculina y ronroneé. Me aparté antes de que él pudiera sentirlo y oírlo.

Pero lo sintió y lo oyó.

—¿No quieres que me quede?

—Ya tengo compañía.

—No quiero dejarte así; de hecho, no me gusta verte así.

—¡No está sola, y te aseguro, vendedor de esclavos, que no pienso sujetar ninguna vela esta noche ni pienso dejar esta habitación! ¿Es que no puedes esperar unas horas? Mañana será toda tuya —gritó Ana desde el baño.

Sentí que enrojecía, aunque era difícil sentir nada en el estado etílico en el que me encontraba, y evité su mirada sobre mí.

—¿Vendedor de esclavos?

—*Naaah...*, cosas tuyas, que tiene mucha imaginación.

—Ya. Bien, Alex, espero que descanses. Mañana pasaré a buscarte a las diez de la mañana.

—De acuerdo —dije acompañándolo a la puerta.

Cerré cuando vi que se volvía. No sabía si era para darme un beso o decirme algo. Ninguna de las dos cosas me interesaba en ese momento.

—Ana, sal —grité girando sobre mí misma.

Aunque no salió. Así que entré a buscarla. Y allí, dentro de la bañera con patas de bronce en forma de garra, acurrucada como un gato y abrazada a la botella de tequila, la encontré profundamente dormida. La zarandeeé para despertarla y ella me pegó un manotazo. A duras penas la saqué y la dejé sobre la cama. Me tumbé junto a ella y encendimos de nuevo la televisión mientras dábamos cuenta de todos los pasteles de té.

—Es un deportista de élite. Eso dice él. Aunque no sé si el críquet puede considerarse un deporte —reflexioné para mí misma—. Parece ser que juega en el *Mediosexo* y ha ganado la copa de los *Country Clubs*.

Ana comenzó a reírse a carcajadas.

—¡Ya sé quién es! —exclamó como si tuviese la respuesta final del Trivial Genius—. Una compañera de trabajo lo estaba comentando el otro día. El Middlesex es el campeón de la County Club. La copa de los condados.

—¿Ah, sí? ¿Es verdad? También me dijo que tenía unos considerables ingresos porque había hecho una campaña de ropa deportiva como modelo.

Sus carcajadas aumentaron.

—Te vas a casar con el chico de los calzoncillos.

—¿Eh?

—El Beckham del críquet. Me dijeron que había unas fotografías

circulando por ahí de él con una especie de pantalones cortos que bien podían ser calzoncillos. Por lo visto, todas quieren tenerlo como fondo de pantalla.

—Hasta para eso tengo mala suerte. ¿No podía ser el Beckham verdadero?

—Creo que ése está pillado.

—Sigo sin creérmelo. ¿Cómo ha hecho para cambiar tanto en nueve años? ¿Ha vendido su alma al diablo? No, tiene que haber otra razón lógica que demuestre por qué tiene tanto dinero. Y creo que lo he adivinado.

—¿El qué?

—De dónde sale todo su dinero.

—¿De dónde?

—Creo que es prostituto. Me voy a casar con un hombre que vende su cuerpo para acostarse con otras por dinero. Un gigoló. Es que no se puede caer más bajo... —lloriqueé.

Ana resopló y me miró sin decidirse por una sonrisa o un gesto de reproche, lo que, con su carácter, equivalía a un tortazo.

—Pero mira que dices idioteces.

—Si mencionó algo en nuestra primera conversación sobre eso. Ahora no recuerdo con exactitud qué era, si era de acostarse con mujeres a cambio de dinero o mujeres que le ofrecían dinero a él. Pero ya verás como tengo razón..., que yo no doy puntada sin hilo —la amenacé.

—Tú lo que deberías hacer es coserte la boca —afirmó con un tono que no daba lugar a más disquisiciones.

De la tele brotaba el estribillo repetitivo de una canción: «*I'm too sexy*».

Sonreí tontamente.

Y, por fortuna, ya no logro recordar más.

* * *

Alguien roncaba a mi lado cual camionero. Era Ana, tendida de espaldas y todavía vestida, al igual que yo. Le propiné un pequeño empujón y ella se volvió para acurrucarse junto a mí. Emitió un pequeño gemido y siguió durmiendo. Yo intenté abrir los ojos y a duras penas separé mis pestañas cubiertas de rímel. Me volví hacia el otro lado y comprobé, entornando los

ojos, el estado en que había quedado la habitación. Había varias botellas desperdigadas por el suelo, los muebles desordenados y la moqueta manchada de los restos de la despedida de soltera. Suspiré con fuerza, y la tamborrada de San Sebastián retumbó en mi cabeza. Me tapé los oídos como si el sonido fuera exterior y lo único que conseguí fue un zumbido que me aturdió.

—¡Ana! ¡Ana! ¡Que hoy me caso! —murmuré, aunque creí que lo había gritado.

—Pues levántate, es de mala educación llegar tarde a una cita tan importante —contestó con los ojos cerrados.

—¡Que no quiero! ¡Que esto es un despropósito! —Esta vez sí grité, y me tapé con la almohada para amortiguar el efecto en mi cerebro.

—Ya..., que necesitas un pequeño empujón —resumió ella.

—Yo...

Y caí espatarrada sobre el suelo debido al «pequeño empujón» que me dio con ambas piernas. Farfullé algo ininteligible comiéndome la moqueta, y me volví para ver que ella estaba asomada por el borde de la cama riéndose. Me tendió una mano para ayudarme a levantarme.

—No era necesario ser tan explícita —apostillé una vez que estuve en posición vertical, aunque levemente inclinada hacia la derecha por la gravedad.

—Date una ducha, anda. Será lo mejor. Despiértame cuando termines. —Y, diciendo eso, se giró y se tapó con el edredón para seguir durmiendo.

Hice lo que me indicó y, bajo el agua fría —ya que no conseguí entender y, por tanto, regular el mecanismo para templarla—, me espabilé del todo. Utilicé todos los productos de Ormonde Jayne cortesía del hotel y, oliendo a perfume y cubierta por un albornoz blanco y una toalla en la cabeza, salí a la habitación. Ana ya se había levantado y estaba degustando varios platos sobre la mesa de centro, en el salón.

—De parte del novio —me informó con la boca llena.

Me acerqué y sólo pude servirme una taza de café de lo cerrado que seguía teniendo el estómago. Sentándome frente a ella, la vi zamparse casi todo el contenido de los platos.

—¿Dije alguna tontería? —inquirí recordando la noche anterior.

—¿A quién? ¿A mí, a Kevin o a Matt?

—¿Kevin?

—Míster Grey.

—Ah, el de *Pasión de gavilanes*.

—Eh, que me costó una pasta y no supiste aprovecharlo..., todo el rato riéndote.

—Es que la luminiscencia de su piel me deslumbró. —Puse los ojos en blanco y ambas nos echamos a reír.

—A mí me dijiste muchas tonterías, y a Matt no lo sé. Recuerdo que tuve que meterme en el baño. ¿Me quedé dormida en la bañera? —preguntó algo meditabunda.

—Sí, lo hiciste. ¿Dónde quedó mi prima *la Cum Laude*?

—Álex, vamos, que yo secundaba siempre tus locuras. La única cuerda es Almu, mi hermana.

—Sí, y yo la *descuerde* —musité con pesar—. ¿Está bien? ¿Sabes algo de ella?

Ana me miró con dulzura y dejó una tostada en el plato.

—Le costó superarlo, pero ya lo ha hecho. Tú, en cambio, no.

Me removí nerviosa en el sofá y me tapé con un cojín utilizándolo de escudo.

—No —acepté finalmente.

—Pues deberías hacerlo, porque sigues siendo la única que se culpa de aquello.

—Ya.

Di un sorbo al café, que cayó como un ladrillo en mi estómago.

—Voy a ducharme —dijo ella levantándose—. Por cierto, ha llamado tu prometido. —Arrugué la nariz ante el calificativo—. Se va a pasar por aquí dentro de media hora. Necesita que le firmes unos papeles.

—Y ¿cuándo ha llamado? —inquirí viéndola desaparecer en el baño.

—Hace media hora. Ya te lo he dicho.

Lancé una maldición y me levanté para recoger lo mejor que pude el desastre de la noche anterior. Estaba de rodillas, con medio cuerpo metido debajo de la cama mientras intentaba recuperar una botella vacía, cuando oí un

carraspeo masculino. Me asusté y me golpeé la cabeza al incorporarme. Rascándome la coronilla por encima de la toalla, escondí la botella detrás de mí, me erguí y lo miré.

—No tienes que recoger. Tienen servicio de habitaciones.

No contesté. No, al menos durante los segundos en que mis ojos quedaron presas de los suyos. Después, bajaron acariciando el traje a medida negro, con el chaleco en tonos metálicos que lo completaba, el cual aclaraba su mirada hasta hacerla casi transparente. Jadeé de forma inconsciente y me arrepentí de inmediato de mi propio aspecto. Tiré a un lado la botella, me crucé más el albornoz para no parecer un Teletubbie y hablé:

—Tú dirás.

—Te he traído el contrato. El verdadero, para que lo firmes.

—Ah, ya —musité, y alargué la mano para cogerlo.

—¿Cómo estás, Álex?

Pero no lo escuché.

—¡Está en inglés! ¡Y por lo menos son diez hojas!

—Soy inglés, ¿en qué idioma pensabas que iba a estar? —preguntó extrañado.

—Necesito un traductor.

—¿No te sirvo yo?

—No. Tú seguro que me mentirías.

Se echó a reír y me cogió el contrato para acercarlo al escritorio, donde tuvo que apartar la cubitera, en la que todavía flotaba la botella de champán.

—¿Quieres que te lo lea? Es un contrato típico.

—¡Claro! Seguro que hay un montón de gente que se casa por dinero. Ahórrate la parte contratante de la primera parte, que ésa ya me la sé.

—Está bien —dijo, y empezó a leer.

Pasó una página y no logré comprender nada. Pasó la segunda y seguí igual. Se lo arrebaté de las manos e intenté descifrarlo por mí misma. En realidad, sólo quería averiguar una cosa.

—¿«Sexo» en inglés sigue siendo *sex*?

—Sí, aunque también tiene otros nombres —rio él.

—No creo que en un contrato legal ponga *follar*.

—Obviamente, no, pero puede poner *sleep with her, have sex, get laid*, y mi preferida...

Se acercó hasta quedar justo a mi espalda y su voz me susurró al oído: «*Fuck*». Y sonó sucio y tremendamente excitante. El tono ronco hizo que reverberara cada fibra sensible de mi cuerpo y mi respiración se volvió agitada. Se apartó, tal y como se había acercado y, atusándose el alfiler de diamante de la lazada de su pañuelo con gesto descuidado, negó con la cabeza.

—No pone nada de eso, Álex. ¿Te gustaría que sí lo pusiese?

Me volví y lo examiné con detenimiento. Su gesto de falsa inocencia y su sonrisa de *enfant terrible* me hicieron entornar los ojos con suspicacia.

—No —repuse—. ¿Te gustaría a ti?

Cogió el contrato, ya firmado, aunque no supe lo que firmaba, y se alejó hacia la puerta.

—Me habría encantado —murmuró, y cerró la puerta.

—¿Eso ha sido lo que creo que ha sido? —preguntó Ana, de pie junto a la cama y envuelta en un albornoz igual que el mío.

—¿Eh?

Me volví hacia ella completamente despistada.

—Álex, Matt está metiendo fichas. Vamos, a juzgar por lo que nos rodea, yo creo que se ha asegurado de comprar el casino y a todos los crupieres por si acaso...

—Eso es imposible. Siempre nos hemos odiado.

—Ya, ¿no has oído nunca eso de «los que de pequeños se pelean de mayores se desean»?

—Y seguimos odiándonos —aseveré.

«Al menos, yo.»

Ella meneó la cabeza con resignación y se acercó a la puerta al oír una nueva llamada. Esta vez era un equipo completo de estilistas.

Mi prima le indicó algo a la peluquera, que sonrió a la inglesa, es decir, levantando sólo medio labio.

—¿Qué le has dicho?

—Que te haga tirabuzones, estarás guapísima y acorde con el vestido —se carcajeó sentándose en la silla donde la iban a maquillar a ella.

—Ni lo sueñes —siseé a la joven que había comenzado a peinarme.

Y ella respondió con otra sonrisa a la inglesa. Había que reconocerlo, eran los genios de la diplomacia. Jamás sabría lo que pensaban por mucho que los estudiara.

Todavía meditando las extrañas atenciones de Matthew, y vigilando de reojo mi peinado, me dejé hacer, y Ana se dejó *disfrutar*, como ella lo llamaba. Dos horas después, vestida, maquillada y con el espejo devolviéndome una imagen irreconocible de mí misma —por lo espantosa—, ella salió del baño con su traje de madrina.

—Pero ¿se puede saber dónde has dejado tus trajes de chaqueta y tus vestidos hasta la rodilla? —estallé.

—«Allá donde fueres, haz lo que vieres» —contestó ella dignamente.

—Eso, tú sigue con los refranes. ¿Te has quedado en la época de los Sex Pistols? Porque estás a punto de que te nombren «chica Almodóvar».

—Mira quién fue a hablar, si pareces Ana de las Tejas Verdes. ¿Te traigo un cayado para guiar a las ovejas?

—Bruta.

—Envidiosa. Si sé que te encanta cómo voy vestida. Ya te gustaría cambiármelo.

En eso tenía razón, pero no se lo dije. Aunque mi sorpresa era comprensible: llevaba una falda tutú en gasa negra sobre medias de rejilla, a juego con un corpiño palabra de honor con lentejuelas verdes. Le habían cardado el pelo y sujeto con un broche en forma de calavera. Como colofón, calzaba botines de cuero remachados en acero.

Nuevos golpes en la puerta interrumpieron nuestra discusión acerca de la moda nupcial. Abrió ella de forma desganada. Yo, en cuanto vi al nuevo visitante, me recogí el vestido, mostrando mis zapatos forrados en seda de tacón de aguja, y eché a correr a sus brazos.

—¡Roberto! ¡Has venido!

—¡Hostia puta!

Me quedé quieta a medio camino. Tan tiesa como un palo. Y él recompuso el gesto.

—Estás preciosa, Álex..., pese al vestido —remarcó.

—¿Tan malo es?

—Peor —terció Ana.

Roberto nos miró a la una y a la otra sin saber qué decir. Él, precisamente él, a quien nunca le faltaban las palabras. Comprendió que no convenía arrojar más leña al fuego.

—Estás preciosa, enana, a Matt se le va a caer la baba en cuanto te vea.

—Y la mandíbula —apostilló Ana.

Me di la vuelta y me dirigí a la maleta con decisión.

—Me cambio ahora mismo. Yo no salgo así de aquí.

Miré mi falda, con tantos frunces que parecía una cortina dieciochesca. Roberto se acercó y me puso las manos sobre los hombros, apartando el cuello isabelino.

—Álex, este vestido significa mucho para Matt.

—¿Lo ha heredado de alguna abuela que detestaba a las mujeres de la familia?

—No, lo ha elegido expresamente para ti.

—Pues ahora sí que me parece cierto eso que dices de que te odia —murmuró Ana a mi espalda—. Un poquito, al menos.

Me incliné sobre la maleta y Roberto me detuvo. Nos enfrentó a Ana y a mí.

—Chicas, no empecéis...

—Ha empezado ella —refunfuñé cruzándome de brazos.

—Venga, Álex —recoló Ana—, si tú misma dices que es una boda falsa, qué más te da ir vestida de fallera.

—¿Lo ves? —intenté mostrar mi enfado, pero con ese vestido era imposible demostrar seriedad alguna.

—Que, por todo el despliegue, no lo parece —terció Ana, cediendo—. Una boda falsa, me refiero. Y calla, Roberto, que Álex es de lágrima fácil y no veas lo que le ha costado a la maquilladora reconstruir su cara.

—Pero mira que eres exagerada —balbuceé con los ojos húmedos.

—Y tú moñas —rebatió ella.

—¡Chicas! ¡Ya está bien! —nos amonestó Roberto pasándose la mano por el pelo como cientos de otras veces a lo largo de su convivencia con nosotras.

—Que sí, que sí... —claudicó mi prima.

Y, cogiendo su bolso con los labios de los Rolling Stones, o de Miley Cyrus (cualquiera se atrevía a preguntarlo), nos instó a que abandonáramos el hotel.

Aparcado en la puerta nos esperaba un Rolls-Royce. Ana se puso a dar grititos e insistió en ir acompañando al conductor. Yo me introduje con bastante dificultad junto con mi hermano en el asiento de atrás. Desde fuera sólo podía intuirse que yo era un inmenso merengue con lazos. Intenté apartar las capas de tela hasta que me tropecé con una caja redonda de cartón color crema.

—Es un regalo de Matt —me dijo Roberto al notar mi extrañeza.

La abrí con cuidado, mientras nos internábamos en el tráfico de media mañana en Londres, y ahogué un gemido al ver lo que contenía: el ramo de la novia. Un precioso ramo con una docena de amapolas en flor rodeadas de un engranaje de ramas verdes que las protegían. Miré desconfiada hacia mi hermano.

—¿Tú sabías que eran mis flores favoritas?

—¿Yo? Ni idea —contestó él algo confuso.

—Pero... ¿cómo es posible que él...?

No me dio tiempo a pensar más, ya que el chófer avisó de que llegábamos a la iglesia. «*The church*», sí, eso lo entendí perfectamente.

Y sufrí el primer ataque de histeria del día.

—¿Una iglesia? ¿Cómo pretende que nos casemos en una iglesia?

—Y ¿por qué no ibas a casarte en una iglesia? —inquirió mi hermano.

—¡Nunca conseguiré la nulidad!

—Y ¿por qué ibas a querer tú la nulidad? —preguntó esta vez Ana, asomando su rostro entre los asientos.

—Para... para casarme con... —Y las palabras se ahogaron en mi garganta.

El Rolls-Royce se detuvo frente a la escalinata. Vi la mirada que cruzaron mi hermano y Ana y negué con la cabeza.

—¡Que no! ¡Que no me caso! ¡Que yo soy atea por la gracia de Dios!

—Pero ¿no decías que querías casarte con...? —intentó replicar mi hermano, pero Ana lo silenció.

—Creo que Martín ahora no debe ser mencionado —dijo.

—¡Pues tú lo has hecho! —la acusé.

—¡Y tú estás histérica! —rebatí ella.

—¡Sí! ¡Estoy en todo mi derecho, que es mi boda!

—Chicas, que el chófer está esperando —murmuró Roberto intentando calmarnos.

Ana salió dando un portazo y yo lo hice también, pero mi portazo quedó deslucido porque junto con la puerta atrapé un pedazo de tela de la falda. O, más bien, varios, incluido algún que otro lazo.

—¡Ay, mierda! ¡Que ahora se me van a ver las bragas! —me lamenté intentando darme la vuelta.

—Pero ¿es que con este vestido no van incluidos los pololos? —se burló Ana, y abrió de nuevo la puerta del coche.

Los tres nos asomamos a comprobar los daños. El vestido se había rasgado y mostraba parte del miriñaque. Ambos intentaron deshacer algún lazo para disimular el desastre y soltaron más frunces, lo que convirtió a la falda en un absoluto desastre. Parecía que me habían arrastrado por el suelo cientos de metros.

—¡Que yo me vuelvo al hotel y me pongo el traje de Zara! —grité girándome para subirme al coche.

—De eso nada. Apenas se ve, ¿verdad, Ana? —intervino mi hermano con voz serena.

—Seguro que ya le están sacando fotos desde un satélite de la NASA, pero vamos, que tampoco es para tanto —musitó ella, y yo quise estrangularla.

—Venga, deben de estar esperándonos —insistió Roberto, tirando de mi brazo.

Y de repente levanté la vista y vi a varios grupos de gente observándonos con curiosidad en las escalinatas de la iglesia.

—¿Por qué van todos de negro si es una boda? —murmuré.

Roberto empalideció y miró a Ana.

—¿Qué sucede? ¿Qué dicen? No me entero de nada —exclamé antes de quedarme muda al ver que cuatro hombres salían portando un féretro de madera noble.

El chófer se había encendido un cigarrillo y nos observaba con una expresión de incompreensión en el rostro. Me dirigí a él en mi perfecto inglés:

—*What are they singing?* [6]

—*Singing?* —preguntó con extrañeza—. *Nothing.*

—*Saying* [7] —me corrigió Ana.

—¿Qué? ¿Tú los has entendido?

—*A man... plane... heart attack... a few weeks... autopsy* —dijo el chófer.

Bueno, en realidad, su discurso fue bastante más largo, pero yo sólo alcancé a entender esas nueve palabras, y me sirvieron. Me sirvieron para gritar y volverme hacia el coche de nuevo.

—*Open the door!* [8] —aullé sacudiendo la manija como una histérica.

—Mira qué bien se expresa cuando quiere —masculló Ana.

Roberto me soltó las manos y me atrajo hacia él.

—Tranquila, Álex.

—¿Tranquila? ¿Estás loco? ¿Cómo quieres que me case en la misma iglesia donde acaba de celebrarse el funeral del hombre que me cargué? ¡Que se nos va a caer el techo en cuanto entre! ¡Que Dios, ya lo decían los curas, es muy vengativo! ¡Que nos va a mandar las cuatro plagas!

—Diez —me corrigió Ana de nuevo.

—¡Las que sean! ¡Que no, que no y que no!

Mi hermano rebuscó en un bolsillo de su pantalón y, después, en el interior de su americana. Destapó una pequeña petaca metálica, me cogió la barbilla, me depositó una pastilla en la lengua y me obligó a tragarla con el líquido que contenía la petaca, algo con mucha graduación alcohólica. Me atraganté y tosí, pero me repuse lo suficiente para asestarle un pequeño puñetazo en el pecho.

—¿Estás conchabado con mamá? —barboté con indignación.

—No. Se las robé anoche. No tengo ni idea de lo que te he dado, pero espero que sirva por lo menos hasta que acabe la ceremonia; luego, ya es problema de Matt lo que haga contigo. Mi labor es llevarte hasta el altar, y te juro, Álex, que lo voy a hacer —me amenazó.

—Traidor —musité viendo que los asistentes al funeral se dispersaban y desaparecían dejando libre la escalinata de piedra.

—Y ahora, sujétate a mi brazo y sonríe, que te vas a casar —dijo con

firmeza.

—Eso, tú alégrame el día —mascullé cogiéndole el codo.

Cuando entramos, el *hall* estaba vacío. Había *hall*, eso fue lo primero que me extrañó, y también dos capillas independientes. En una acababa de celebrarse el funeral, en la otra se celebraría... otro funeral. Perdón, quería decir *boda*.

—Mira qué listos son estos ingleses, si hasta tienen dos capillas por si se les acumula el trabajo —murmuró Ana caminando detrás de nosotros.

Me alisé el vestido de forma mecánica y comprobé que temblaba como una hoja. Por lo visto, el tranquilizante que me había facilitado mi hermano todavía no había hecho efecto. Creí que hasta las paredes de piedra devolvían el eco del repicar de mi corazón. Sentía la sangre latir golpeando mis oídos como latigazos, y aquello me aturdió tanto que tuve la sensación de caer por un agujero a velocidad vertiginosa. Oímos murmullos en la capilla principal, situada a la derecha, y éstos se interrumpieron en cuanto aparecimos nosotros.

Dicen que las novias no recuerdan nada del día de su boda. Mentira. Yo puedo describir hasta la grieta con forma de salamandra que adornaba la pared izquierda, justo al lado de una imagen de la Virgen algo deteriorada y con un pequeño enganchón en el manto de un tono azul descolorido.

Me quedé paralizada en la entrada, junto al pequeño grupo de músicos, que a una orden silenciosa comenzó a tocar la marcha nupcial de Mendelssohn. Los miré con inquina y ellos se interrumpieron. Creo que preguntaron si prefería otra melodía, y yo contesté:

—El *Réquiem* de Mozart es más apropiado.

Obviamente, sólo entendieron *Réquiem* y Mozart, y el que tocaba el violonchelo se quedó con la mano alzada sin decidirse a continuar. Ana les dijo algo en un rápido inglés, ellos me miraron, sonrieron entre sí y empezó a sonar la alegre marcha nupcial.

Di un paso, dos, tres, varios más sobre la alfombra roja del centro sujeta del brazo de mi hermano, a la vez que observaba a la gente reunida para la celebración. Gente que me era totalmente desconocida, pero que me ofrecían sonrisas amables. Los hombres. Las mujeres, bastante desconcertadas, no repararon en mi rostro, pero analizaron mi vestido al detalle. Y sentí que me

hundía en arenas movedizas. Debería haber estado haciendo aquello, pero haciéndolo bien. Con otra persona, para ser exactos. Con mi familia, incluso. Con otro vestido, por supuesto. A medio camino, me quedé paralizada. Era incapaz de dar un paso más.

—¿Qué te sucede? —preguntó en un susurro Roberto, inclinándose hacia mí.

—No puedo —mascullé entre dientes.

Me dolía la cara de sonreír, de no sonreír, de fingir.

—Debería haberte dado algo más fuerte —murmuró, y tiró de mí como si fuese una niña que no quiere entrar al colegio.

Caminé a trompicones y acabé siendo recogida por los brazos de Matthew, que esperaba en el altar junto con un hombre que no reconocí, y Ana, que no dejaba de observarme como si en cualquier momento pudiera ponerme a gritar.

Me conocía bien.

Levanté la vista y el rostro de Matthew me tranquilizó. Fue su gesto de muda comprensión, de ternura. Sus ojos brillantes y sus brazos fuertes sujetándome para no caer. Lo achaqué al tranquilizante, que ya debía de estar produciéndome efecto, y me aparté para situarme a su lado. Me cogió la mano derecha y me la apretó con fuerza. Sí, él también estaba nervioso, aunque lo disimulaba mucho mejor que yo. En ese momento reparó en mi atuendo y parpadeó con una pizca de espanto a la vez que tragaba saliva, aunque continuó sujetando mi mano.

Comenzó la homilía y eso me dio pie para distraerme en observar lo que me rodeaba. La cúpula gótica de piedra ennegrecida, las amplias vidrieras que adornaban la pared exterior. Los dibujos de colores que dejaban entrar una luz que producía pequeños destellos sobre los invitados. El altar, sencillo, con una mesa de mármol y la imagen de Cristo crucificado al fondo, rodeado de ángeles protegiéndolo.

Me pregunté en qué época concreta habría sido construida, me pregunté si el manto de la Virgen que había visto a la entrada sería de terciopelo o una tela más adecuada al clima y al desgaste, me pregunté si las vidrieras habrían resistido los bombardeos de la segunda guerra mundial o bien serían posteriores, me pregunté si realmente el cáliz de oro sería una antigüedad o

no, me pregunté por qué tenían dos capillas, me pregunté cuál habría sido la empresa que había adornado con tantas flores blancas la iglesia, me pregunté si los frescos de la cúpula serían recientes o restaurados, me pregunté por qué el sacerdote tenía pintas de haberse bebido para el desayuno media botella de whisky, me pregunté si llegaría esa noche a tiempo al hotel para llamar a Martín, me pregunté si deberíamos estar toda la ceremonia de pie o nos dejarían sentarnos en algún momento, me pregunté si la manicura permanente me duraría una o dos semanas, y me pregunté tantas cosas absurdas que olvidé prestar atención a lo realmente importante, hasta que oí el silencio como banda sonora y sentí las miradas de todos puestas en mi persona.

—¿Qué? —susurré en dirección a Matthew.

—¿Podrías centrarte un poco en lo que estamos haciendo? No has parado de girar la vista, de murmurar, y creo que hasta has hecho cálculos con los dedos —me pidió.

—Oh, sí. Lo intentaré.

—Bien, porque es tu turno.

—Mi turno, ¿de qué?

—Tienes que decir «sí, quiero».

Y ahí sufrí el segundo ataque de histeria del día.

—¡Ah, no! Tú primero.

Matthew resopló con incalculable paciencia y, sonriéndole al sacerdote, se volvió hacia mí, cogió mis manos entre las suyas y comenzó a hablar:

—Álex, prometo amarte, cuidarte, serte fiel, protegerte y hacerte feliz hasta que sólo me quede un aliento de vida. Prometo conseguirte las estrellas si es eso lo que me pides, prometo despertar cada día a tu lado, prometo decirte una y otra vez que eres lo más bello y lo máspreciado de mi existencia. Prometo no provocar tus lágrimas y, si yerro, secarlas con prontitud. Prometo que habrá risas, abrazos y besos, millones de besos. Prometo serlo todo, y sólo para ti.

El mundo se quedó en silencio cuando él terminó su pequeño discurso, el pequeño mundo del interior de la iglesia y el gran mundo exterior, aunque supuse que nadie, excepto tres personas, lo habíamos entendido. Creo que en aquella ocasión lo vi por primera vez. Porque hasta entonces ni siquiera lo

había mirado. Y no supe qué decir o qué hacer. Matthew sonrió levemente y enarcó una ceja en mi dirección. Yo abrí los labios, parpadeé y no conseguí pronunciar palabra alguna.

—¡Será mamonazo! —masculló Ana junto a nosotros—. Matt, si ella no quiere casarse, yo ocupo su puesto con mucho gusto.

Eso me hizo reaccionar y me volví hacia el sacerdote.

—*Now?* [9] —inquirí, y él asintió con la cabeza—. Sí —dije, pero resultó un agudo «Síííí». Carraspeé y lo intenté de nuevo sin soltar las manos de Matthew—: *Yeah*, digo..., *yes*.

Y, finalmente, como todos seguían esperando un discurso parecido al que había pronunciado él, lo único que hice fue soltar sus manos y levantar los dedos pulgares demostrando que estaba conforme. Me pareció oír varios suspiros de alivio provenientes de los invitados, pero ya empezaba a estar algo desubicada debido al tranquilizante y a la sensación de leve aturdimiento que me había ocasionado Matthew.

—*Perfect* [10] —susurró él, y se inclinó para darme un suave beso en los labios que cerró nuestro trato y nuestro falso matrimonio.

* * *

Dos horas después, me encontraba sentada a la mesa presidencial. Sus padres, mi hermano y Ana nos acompañaban. Apenas pude degustar nada del menú que había elegido, y lo único que hice fue beber el vino que un camarero dispuesto y siempre atento a que yo vaciara la copa volvía a rellenarme. Estaba escondiéndome tras una botella, como lo definiría Ana. Y era cierto. No quería enfrentarme a ninguna conversación incómoda, y más con sus padres, que eran los únicos que entendían el idioma. No sabía qué podía haberles dicho su hijo, y temía verme expuesta por algún comentario bienintencionado.

Cuando trajeron los postres, el padrino, que según me explicó Roberto era uno de los mejores amigos de Matthew y, además, su abogado, por lo que estaba al tanto de toda la función, se levantó para pronunciar su discurso. Obviamente, no conseguí entender más que una o dos palabras, pero ocasionó

ovaciones y más de un silbido. Cuando finalizó, Matthew me atrajo hacia él. Pensé que era para susurrarme con algo de intimidad. Me equivoqué.

—¿Sí? —inquirí mirándolo fijamente.

—El beso —contestó él con voz grave y ronca.

Y ahí sufrí el tercer ataque de histeria del día.

—No —musité, intentando sonreírle al fotógrafo, que se había posicionado frente a nosotros.

—Sí —rebatí él.

—¡Te he dicho que no! —mascullé entre dientes.

—Sí —replicó él de forma firme.

—Me habías prometido que no había sexo en el contrato —indiqué convirtiendo mi sonrisa en una mueca.

—Esto no es sexo, Álex. Es un beso —repuso.

Lo siguiente que sentí fue que me internaba en un túnel a gran velocidad. Todo el vello de mi cuerpo se erizó y la piel hormigueó impaciente. El mundo desapareció y únicamente quedó él, llenándolo todo. Sentí hambre, sed, ansiedad y la irrefrenable percepción de que iba a estallar en diminutas luces iridiscentes. Lo que sentí fueron sus labios sobre los míos.

No fue sólo un beso.

Nunca lo es.

Cuando abrí los ojos, seguía sujetando su nuca y no sabía cómo mis manos habían llegado hasta allí. Él me observaba en silencio con una expresión entre torturada y desafiante, concentrado como si yo fuese su pequeña obra de arte recién pintada.

—Álex —murmuró tragando saliva.

—No.

—Álex, por favor...

—Lo... lo siento —balbuceé, y me levanté como un resorte impulsando hacia atrás la silla, que cayó al suelo con un brusco golpe.

Corrí hasta esconderme en el baño. Entré en un cubículo vacío y, tras bajar la tapa del inodoro, me senté y escondí el rostro entre las manos. ¿Qué había hecho? ¿Por qué tenía que arruinar mi vida de nuevo? Él no me amaba. Nunca me había amado, y yo... yo me había esforzado en no quererlo durante nueve

años. Nueve años tirados a una alcantarilla. ¿Qué estaba pasando? No. No lo amaba. Ya no era la niña tonta subyugada por su encanto. Era una mujer adulta que tomaba sus propias decisiones. Una mujer que jugaba con ventaja.

No, no lo era. Con él sólo podía ser Álex.

Quería gritar, llorar, hincarme las uñas en la piel hasta hacerme sangrar. El corsé de varillas se convirtió en una cárcel que me impedía respirar. Oía el ronco sonido del aire intentando acceder a mis pulmones, sibilante. Y únicamente pude permanecer en esa posición, inmóvil, ahogándome sin llegar a la superficie.

—¿Estás bien? —Era la voz de Ana, y sonaba preocupada.

—No —resollé a través de la puerta.

—Y ¿borracha?

—Tampoco. Y desearía estarlo —contesté con poco más que un murmullo.

—Creo que la pastilla de tu hermano no ha funcionado. Para mí que ha robado una valeriana, y tú necesitas por lo menos Valium —determinó.

Me levanté despacio, sintiendo dolor en cada una de mis articulaciones, y abrí la puerta. Ella estaba apoyada de forma indolente sobre el mármol que sujetaba la estructura de cinco lavabos.

—¿Quién es toda esa gente, Ana? —pregunté llevándome la mano a la frente para secarme el sudor frío que la cubría.

—Supongo que los amigos y familiares de Matt —contestó ella evaluándome con la mirada.

—No conozco a nadie. Me siento como un extra en una película húngara. Su padre no ha dejado de mirarme con una sonrisa perenne en el rostro, y su madre parece estar al borde de las lágrimas, como si todo esto le hiciera inconmensurablemente feliz. Durante toda mi vida he tenido la sensación de que no encajaba en el conjunto, ahora más que nunca.

Ana humedeció una pequeña toalla blanca y me la ofreció. La cogí con manos temblorosas y me la puse en la nuca, reprimiendo un súbito escalofrío.

—Tengo que deshacer este entuerto —afirmé algo más serena—. Hablar con Matthew y conseguir el dinero de otra forma. Le diré, le diré... —vacilé un instante y suspiré hondo—, le diré que trabajaré para él las horas que sean, que le venderé mis acciones, que convierta todo este embrollo en un préstamo

vitalicio. Lo que sea necesario, pero no puedo continuar con la farsa.

—¿Por qué? —inquirió ella con suavidad.

—Porque lo único que deseo en este momento es que siga besándome. Siempre —murmuré agachando la cabeza, completamente vencida.

Ella se acercó y me cogió la barbilla para levantarme el rostro.

—Tienes un año por delante para seguir haciéndolo.

—¡No lo entiendes! —exclamé separándome—. ¿Has oído lo que ha dicho en la iglesia? ¿Cómo puede ser tan hipócrita?

—A mí me ha parecido bastante sincero —replicó ella sin inmutarse.

—Ha tenido nueve años. ¡Nueve malditos años para decírmelo! No vino a por mí. ¡No vino a por mí! —grité perdiendo el control.

—¿Quién te ha dicho eso? —Ana entornó los ojos con una pizca de diversión.

La miré con incredulidad.

—Está claro que no quiso encontrarme.

—¡Eso es porque ninguno de nosotros tuvo nunca ni puta idea de dónde estabas! —estalló con ira contenida, que fue recibida en forma de una bofetada de aire caliente en mi rostro. No supe qué me extrañó más, si su vocabulario o toda la furia vertida en una simple frase.

—¿Sabes acaso lo que me hicieron? —pregunté con un hilo de voz, sin fuerzas para defenderme.

—No. No lo sé porque no lo contaste. Ni lo contaste, ni pediste nuestra ayuda. Hiciste lo que haces siempre que algo te hiere: esconderte.

Los labios me temblaron y los ojos me escocieron de contener las lágrimas.

—Daría todo lo que tengo por poder retroceder en el tiempo —le dije con tanto dolor en la garganta que éste se transmitió a mi tono ronco por el esfuerzo.

—Te has olvidado de la «X» de la ecuación —musitó ella apretando los labios.

La miré de forma interrogante, sujetándome al borde del mármol para no caer. Ana se encogió de hombros y, apoyándose en la repisa con ambas manos, dio un salto y se sentó sobre ella cruzando los tobillos y balanceando las

piernas.

—¿Retrocederías en el tiempo si supieras qué es lo que te espera en el futuro? —resumió.

Asentí con la cabeza. El nudo en la garganta me impedía hablar.

—¿Hasta dónde retrocederías exactamente, Álex?

—Hasta hace dos años.

—Ya —murmuró.

—No es lo que piensas, Ana. Soy consciente de que maté a una persona y tendré que vivir toda la vida con ello en mi conciencia. Lo que me aterra es volver a ser feliz, porque sé que, cuando todo parece funcionar, la vida te arrebatara lo que más deseas. No podría soportarlo de nuevo.

—¿Estás intentando decir que tienes miedo a sentir lo que sientes?

—Durante meses, después del accidente, fui incapaz de mirarme a un espejo. No me importaba ver mis cicatrices, pero sí tenía terror por ver mis ojos de nuevo. Por no poder reconocer a la persona en que me había convertido.

—¿Qué te hizo mirarte de nuevo? —inquirió ella con dulzura.

—Martín. Fue él. Fue su infinita paciencia. Estuvo a mi lado cada minuto, cada hora, cada día. Nunca me culpó. Nunca mencionó nada del accidente. Nunca me juzgó, y no permitió que yo lo hiciera. Él fue mi isla desierta cuando me sentía náufraga.

—¿Y?

La miré directamente al rostro, con furia, con dolor.

—¿Cómo voy a presentarme ahora ante él? ¿Cómo voy siquiera a poder mirarlo a los ojos sabiendo lo que he hecho? ¿Cómo voy a poder mantener el engaño durante un año si no ha pasado un día y ya estoy destrozada?

—Álex...

Supe que no sabía qué contestar. Por primera vez en toda mi existencia, había dejado en sólo unas horas a mi hermano y a mi prima mayor sin palabras.

—Tú lo quieres —afirmé con convicción.

Ella empalideció y desvió la mirada.

—Ana, no te estoy acusando de nada. —Meneé la cabeza ante su turbación

—. Me refiero a que sé que siempre lo has apreciado. Él es una persona mucho mejor que yo, en todos los aspectos. Desde que lo conocí, todo el mundo alrededor me ha estado diciendo la suerte que tengo de haberlo encontrado. ¿Sabes qué es lo peor de todo?

—¿El qué? —preguntó recobrando la voz.

—Que lo he traicionado. Estoy engañando a lo único bueno que había conseguido conservar a mi lado.

—Joder —musitó.

—Ana —la llamé y ella levantó el rostro hacia mí—. ¿Te ha dicho algo?

—¿Sobre qué?

—¿Te ha dicho algo sobre mí? Tú lo has estado viendo este último año prácticamente cada fin de semana. Sé que algo cambió en nuestra relación después del accidente, pero siempre pensé que era yo la que me estaba alejando de él. Ahora no sé qué pensar. ¿Lo has notado extraño? —inquirí con un hilo de voz.

—No. Apenas lo he visto dos o tres veces —murmuró.

—Ana, ya dudo hasta de seguir enamorada de él. ¿Cómo puedo amarlo si me acabo de casar con otra persona? —pronuncié, esperando que ella me diera una respuesta que no estaba en su mano.

—A veces, las personas tomamos decisiones con el corazón y no con la cabeza, Álex. Ésta es una de ellas. —Suspiró hondo y se dejó caer al suelo. Sus tacones provocaron un eco que reverberó en las paredes vacías de adornos. Se irguió y sonrió levemente—. Te has casado por un motivo. En realidad, un motivo de un millón y medio de libras. Además, con un hombre por el que muchas venderían a su propia madre por hacerlo —dijo recuperando poco a poco su ánimo.

—Es una locura, ¿no lo ves? Esto no puede acabar bien —afirmé.

—Acabará —susurró ella—. Tiene que hacerlo. Todos cometemos locuras.

—No una tan grande como ésta. Pero ¿en qué estaría yo pensando? Sucedió todo tan rápido que no me dio tiempo a reflexionar. Por un momento lo vi claro, una excusa laboral, salvar el futuro de la empresa y... —Me interrumpí porque no sabía si llegaría a conseguirlo.

De forma ausente, me masajeeé la cabeza y me eché a temblar.

—Álex, ¡mírate! —exigió ella, y me volvió para ponerme de frente al amplio espejo que cubría toda la pared—. Es tu boda, aunque sea una falsa boda. Sólo será un año. Piensa en ello. Creo que hemos hecho cosas más estúpidas a lo largo de nuestras vidas.

—¿Ah, sí? ¿Como cuál? —inquirí cerrando los ojos porque me negaba a verme.

—No me hagas recordarlo, que gracias a ti tengo antecedentes penales —replicó Ana.

—No seas exagerada, que al final todo quedó en una multa.

—Sí, una multa que aún estoy pagando a mis padres. —Puso los ojos en blanco—. Todavía no sé cómo lograste librarte tú.

—Ehhh..., mejor no te lo cuento. —Enrojecí profundamente.

Ella me examinó como si pudiera leerme la mente y suspiró hondo, dando el tema por zanjado.

—Toda tu vida has sido así, aunque ahora no lo recuerdes. Tú planeabas, nosotras ejecutábamos y mi hermana se chivaba. Siempre tenías una idea loca en la cabeza, un nuevo plan, una nueva historia. Éramos las ovejas negras de la familia y estábamos orgullosas de serlo —continuó.

—Pero es que tenemos una familia que puede protagonizar su propia serie en versión cañí: *Spanish Horror Story*.

—Sí, lo sé, la compartimos, ¿recuerdas? Lo extraño es que hayamos llegado a la tierna edad de veintisiete sin estar encerradas en un manicomio.

Sonreí con sinceridad, aunque seguía sintiéndome desubicada, desorientada en una situación que yo había provocado y que, aun así, me superaba. El desconcierto, el miedo y el imperativo deseo de huir se reflejaron en mi rostro demudado. Ana reaccionó con rapidez y me abrazó de improviso. Dejé caer la cabeza sobre su hombro con un suspiro y reprimí de nuevo las lágrimas.

En ese momento llamaron a la puerta y una cabeza masculina se asomó.

—Espero no interrumpir ninguna escena rollo-bollo —dijo mi hermano al vernos entrelazadas.

—Idiota —farfullé yo.

—Además, sería incesto, gilipollas —contestó Ana.

—Venga, que esperan a la novia para el baile.

—Pero ¿es que también va a haber baile? —pregunté atemorizada por volver a enfrentarme a la pequeña multitud que me aguardaba en el salón.

—¡Claro! Es una boda, ¿qué esperabas?

Mi hermano me observó con la duda bailando en sus ojos castaños.

—¡Yo no sé bailar el vals! —exclamé con un deje de pánico.

—Pues espero que Matt sí sepa —finalizó él llevándome consigo hasta el centro de la improvisada pista de baile, donde me esperaba el flamante novio.

Matthew me sujetó por la cintura y me examinó con detenimiento.

—¿Has estado llorando, Alex? —inquirió con suavidad.

Asentí con la cabeza; de súbito, el nudo en la garganta había regresado.

—¿Es por mí? ¿Tanto dolor te provoca casarte conmigo? —preguntó tragando saliva.

Negué con la cabeza. Empezaba a parecerme a un muñeco de esos que se ponen en la bandeja trasera de los automóviles, asintiendo y negando.

—Alex, relájate.

—No creo que pueda.

—Hazlo y escucha la canción —murmuró mientras acercaba mis manos a sus hombros y la luz se atenuaba para dejar un único foco que nos iluminó.

Entonces, la música comenzó a sonar. No era un vals, sino Otis Redding cantando *These Arms of Mine*. Cerré los ojos y me dejé llevar por su cuerpo y sus manos, que guiaban cada movimiento. Y entendí parte de la letra, porque hacía más de nueve años la habíamos bailado y él me había estado susurrando al oído que sus brazos estaban anhelando amarme. Me pedía que fuera su mujer, que lo fuera todo para él.

Cuando finalizó, apoyé la frente en su pecho y aspiré su olor. De nuevo me sentía al borde de un abismo. Levanté la vista y sus ojos me miraron con intensidad, suplicantes y, a la vez, escondiendo la furia de tantos años odiándonos.

—¿Podemos irnos?

—Cuando tú quieras —indicó él, y me dejó junto a la barra para despedirse del resto de los invitados.

No fue buena idea. Pedí un whisky y lo balanceé en mi mano, deseando olvidar, deseando retractarme, deseando volver atrás. Lo bebí de un sorbo y pedí otro. Al ver que se aproximaba, me lo terminé de la misma forma y, algo tambaleante, me sujeté a su cintura. Caminábamos hacia la salida cuando oí a Ana gritar.

—¡El ramo! ¡Álex, que has olvidado lanzar el ramo!

Miré mi mano izquierda como si no me perteneciera. Allí llevaba fuertemente sujeto mi ramo nupcial. Observé al pequeño grupo de mujeres reunidas, expectantes. Me di la vuelta y tiré el ramo hacia atrás. Oí algún gruñido aislado y un aullido de triunfo. Acerté a ver a Ana saltando y empujando a mi hermano, que había sido el verdadero receptor del objeto volante. Ambos cayeron al suelo. Ana se incorporó sobre él agitando el ramo en la mano vencedora.

—¡Matt, cuando te divorcies ven a buscarme, que soy la siguiente! — exclamó.

Un coro de risas nos acompañó hasta la calle. Se apagó en el Rolls-Royce, cuando nos recibió la noche londinense llena de luces. Los dos hicimos el trayecto en silencio, cada uno mirando la calle por su ventanilla. Al llegar al hotel, recuerdo que me deshice de los zapatos lanzándolos a una esquina de forma descuidada, caminé a trompicones hasta la cama y me dejé caer sobre ella.

Y, afortunadamente, ya no recuerdo nada más de lo ocurrido por segunda noche consecutiva.

* * *

Desperté cuando aún no había amanecido. Estaba tapada con el edredón y Matthew dormía a mi lado. Me giré sobre mí misma y observé la postura imposible que tenía él, de espaldas al techo, con una mano bajo la almohada y otra sobre la cabeza, como si quisiera aislarse del mundo. Comprobé, algo desconcertada, que yo llevaba una camiseta blanca que no era mía y que todavía guardaba su aroma. El vestido, el corsé y las medias habían desaparecido. Me levanté en silencio y me asomé a uno de los ventanales que

daban a Hyde Park, iluminado apenas con alguna farola que se intuía entre la neblina del alba. Me llevé un puño a la boca y ahogué un gemido. Caminé de vuelta a la cama y la rodeé hasta sentarme en una silla tapizada en crema frente al rostro de Matthew dormido. Apoyé los codos en las rodillas y me sujeté la barbilla. Me quedé así, simplemente observándolo, largos minutos.

Era un hombre guapo. Hermoso..., aunque ese calificativo siempre me había parecido femenino. No obstante, no había nada femenino en él. Incluso dormido, con los ojos cerrados y las gruesas pestañas formando un arco perfecto sobre sus pómulos altos, con el pelo corto, negro como el petróleo, revuelto. Con la boca entreabierta, respirando acompasadamente. Sentí el tímido hormigueo en los dedos previo al comienzo de un nuevo dibujo. Me abstraje hasta llegar al lugar recóndito de mi interior en el que él se escondía. Dolió. La atracción, la energía que percibía en ondas que llegaban hasta mí, no se había disuelto con el transcurrir del tiempo. «Joder —maldije en voz baja —, no me puede estar sucediendo de nuevo. Ahora no.» Ya no quedaba ningún rasgo del joven desgarbado y tímido que había conocido en el pasado. ¿Habría sido siempre así o yo no había querido verlo? También advertí que era un consumado actor. Recordé el apasionado discurso de amor con que me había obsequiado en la ceremonia y no pude por menos que esbozar una mueca dirigida a mí misma. En mis recuerdos siempre había sido un adolescente titubeante y azorado. Pero ¿en qué estaba pensando? No, una y mil veces no. No podía permitirme flaquear con él. Tajantemente, no. Sin embargo, tuve que reconocer mi debilidad y, rindiéndome, entorné los ojos y me concentré todavía más en su rostro, intentando analizar qué había tras él.

De improviso, un tímido rayo de sol incidió por la ventana situada a mi espalda y azotó el rostro que tanto me interesaba. Él gruñó y se frotó el pelo de forma descuidada, para después abrir los ojos y mirarme con fijeza.

—¿Álex? —inquirió roncamente.

—Son grises —musité.

—¿El qué? —preguntó algo adormilado.

—Tus ojos. Creí que eran azules como el cielo de verano, pero son grises. Son grises como una tormenta, casi transparentes cuando la luz los ilumina. Son... fascinantes.

—¿Estás bien?

—Ya no llevas gafas —le dije, ignorando su pregunta.

—Me operé hace años. ¿Por qué? ¿Es eso lo que te preocupa?

—No. Tenemos que hablar —aseveré irguiéndome en la silla mientras me percataba de lo absurdo de la conversación, como si él pudiera adivinar mis pensamientos anteriores.

Estaba decidida a mostrarme firme y contundente. Desafiante, si llegaba el caso. Cruel, si lo requería la situación. Vamos, que tenía que ser un genio de la interpretación si pretendía ganar algo.

Él resopló y se incorporó. Puso una almohada apoyada en el cabecero y se recostó sobre ella cruzando los brazos. No llevaba pijama ni nada que le cubriese el torso. Se le marcaban todos los músculos que pueden marcársele a un ser humano: los bíceps, los oblicuos, los pectorales, los cuádriceps..., no. Ésos, para el alivio de mi respiración, estaban escondidos bajo el edredón. Ignoré la sonrisa divertida que me ofreció ante mi escrutinio y fruncí los labios.

—Pensé que esa frase me la dirías pasados al menos unos meses —repuso.

—¿Puedes explicármelo? —Mi tono era serio y brusco.

—¿Qué quieres que te explique?

—La boda. Todo ese despliegue. El vestido. No consigo entenderlo. Creí que era un acuerdo, algo que firmaríamos en la intimidad, en un juzgado, no en una iglesia frente a decenas de personas.

—Quería hacerlo lo más creíble posible.

—Y ¿no pensaste que yo podía no estar de acuerdo con eso? ¿Sabes que es casi imposible conseguir la nulidad eclesiástica? No sé qué planes tienes para conquistar a esa misteriosa persona, pero yo tenía algunos para mi futuro. Y tú... —me atraganté y respiré hondo— los has tirado por la borda.

Él frunció el ceño y me observó durante varios segundos antes de responder:

—Estaba todo en el contrato.

¡Bum! Con una simple frase, me había desarmado. Casi le doy un puñetazo. Para no hacerlo, me levanté y comencé a pasear de forma furiosa por la habitación.

—¡Un contrato que sabías que no iba a entender! ¡Eres..., joder, no quiero decirte lo que eres! ¡Tú ya lo sabes!

—No, no lo sé, ¿puedes ser más clara al respecto? —inquirió con calma enarcando una ceja.

Me acerqué a trompicones y apoyé ambas manos sobre el colchón, aproximando mi rostro de forma peligrosa al suyo.

—¿Qué es realmente lo que te propones con todo esto, Matthew? —susurré con brusquedad.

—Ya te lo dije la primera vez. Me debes un año de tu vida y hoy empiezas a pagar la deuda.

Me aparté mirándolo con odio.

—Renuncio —dije con voz cansada—. No voy a consentir que sigas utilizándome de esta forma.

—Está bien, Álex, si es eso lo que quieres... —dijo mientras se levantaba para dirigirse al baño—. Exijo que me sean devueltas las trescientas cincuenta mil libras que han sido transferidas esta misma mañana a la cuenta de tu empresa.

—Maldito hijo de la gran...

Antes de que me diera tiempo a formular lo que estaba pensando, su dedo índice se posó sobre mis labios.

—Cuidado con lo que dices, Álex. Puede que te arrepientas —musitó, y nuestras miradas chocaron como dos trenes de mercancías.

Le sujeté la muñeca y apreté con fuerza. Él sonrió con descaro y se inclinó para darme un leve beso donde antes había estado su dedo.

Me quedé inmóvil, todavía con la mano cercando su muñeca, y observé su cuerpo cubierto sólo por un bóxer negro. Sentía tanta furia que creí que podía arder en combustión espontánea.

—No te emociones. Me levanto así todas las mañanas, es una cuestión fisiológica —manifestó examinándose con calma.

Me giré sobre los talones, dándole la espalda, y oí su carcajada cuando cerró la puerta del baño. Oí el agua de la ducha correr y deseé que se ahogara. Deseé una y mil muertes cruentas y dolorosas para él. Si había pensado hacía unos minutos que era una persona diferente de la que recordaba, comprobé que

me había equivocado por completo. Y eso me enfureció todavía más, porque comprendí que había caído en su red como la mosca atrapada por la araña.

Salió un rato más tarde, tapado con una pequeña toalla que circundaba su cadera y frotándose el pelo húmedo, esparciendo pequeñas gotas de agua a su alrededor. Sin mirarlo, pasé a su lado y me encerré en el baño. Gradué la temperatura del agua con más habilidad que el día anterior y dejé que se llevara parte de mi furia y que ahogara los sollozos que brotaban de mi garganta. Retrasé todo lo que pude el regreso a la habitación. Incluso me maquillé. Lo único que no pude hacer fue vestirme, así que me puse un albornoz y, dejándome el pelo suelto, finalmente salí.

Matthew estaba sentado en uno de los sofás Chester. Se había vestido con un pantalón vaquero claro y un jersey negro de cuello de pico por el que asomaba una camiseta blanca. Llevaba también zapatos deportivos negros y desayunaba mientras leía el periódico con gesto concentrado. Ni reparó en que yo estaba allí, así que cogí algo de ropa de mi maleta y me escondí de nuevo. Me puse unos vaqueros y una blusa informal. Volví a salir y me encontré con su mirada, que me estaba esperando.

—He pedido un completo para ti. No creo que se haya enfriado todavía.

—No tengo hambre —mascullé.

—Deberías estar hambrienta. Anoche no cenaste nada y... —hizo una pausa considerablemente larga— bebiste demasiado. Lo que no sé si debe preocuparme, ya que los tres días que te he visto has mostrado una ebriedad considerable.

Gruñí por toda respuesta y me senté en el sofá de enfrente. Levanté la tapa de mi plato y los huevos fritos, el beicon y las salchichas hicieron que se me revolviara el estómago. Cogí una tostada y la unté con mantequilla mientras examinaba las jarras.

—También he pedido chocolate. Recuerdo que no te gustaba demasiado el café.

—Últimamente es lo único que me mantiene consciente —mascullé, aunque no tuve más remedio que servirme chocolate.

Sorbí en silencio mientras él volvía a su lectura.

En ese momento me fijé en que había dos maletas iguales, una negra y otra

de color ciruela, abiertas sobre la moqueta. La masculina estaba ordenada con precisión matemática, y la otra, vacía. Sin levantar la vista del periódico ni una sola vez, Matthew volvió a hablar.

—Tienes media hora para hacer la maleta, Álex.

—¿Ah, sí? ¿Nos van a echar del hotel?

—No.

—Por cierto —comencé acordándome de la cuestión principal—, ¿de dónde has sacado tanto dinero? Me imagino que el vestido, la habitación, el banquete y todo lo demás te habrá costado bastante.

—Ya te lo dije. —Y esta vez sus ojos grises se asomaron por el borde del periódico—. Soy deportista, acabo de conseguir un importante contrato de modelaje y, además, la empresa de seguridad informática tiene contratos con varias multinacionales que...

—Sí, ya te oí la primera vez —lo interrumpí—. Pero ahora, en serio, ¿me vas a contar la verdad o estás esperando a que vengan a detenerme a mí también para confesar?

—¿Por qué habrían de detenerte? —inquirió con curiosidad, y dobló el periódico dejándolo a un lado—. Nunca he hecho nada ilegal.

—Aparte de un falso matrimonio.

—No es un falso matrimonio.

—Claro. Y ¿por qué entonces tengo que hacer la maleta antes de media hora?

—Porque nos vamos de luna de miel, ¿no te lo había dicho?

El trozo de pan con mantequilla que estaba pasando por mi garganta se quedó atorado y tosí, casi sin respiración. Él se levantó con rapidez y me dio varios golpes en la espalda. Todavía con los ojos llorosos y la voz ronca, me encaré a él:

—¿Luna de miel? Eso no estaba en el contrato.

—Sí lo estaba. Lo único es que tú sólo buscabas una palabra en concreto, ¿te la recuerdo?

Abrí la boca, la cerré. Cogí un vaso de agua y bebí un largo trago.

—Y ¿adónde se supone que nos vamos? —pronuncié casi sin voz.

—A Egipto.

—¿Egipto?!

Capítulo 9

La maldición egipcia

Si decirle a una mujer que hiciera una maleta para un viaje de ocho días en menos de media hora ya constituía como mínimo una causa eximente para la comisión de asesinato, el que me confesara que íbamos a Egipto hizo que no sólo deseara matarlo, sino después también desmembrarlo y arrojar sus restos al río Támesis. Esta vez, sin atenuantes. Odiaba ese país por un millar de cuestiones. Si quería fastidiarme, lo había conseguido con un único golpe de globo terráqueo.

El viaje hasta el aeropuerto fue silencioso. Como también lo fue la estancia en la sala vip de Heathrow, donde dispusimos de un refrigerio y la comodidad de estar aislados del resto de los pasajeros. Sentada en uno de los sillones, mientras él se dedicaba a llamar y a contestar llamadas, paseándose a lo largo de toda la estancia, atrayendo las miradas femeninas de admiración y las masculinas de envidia, tuve un pequeño rato para estar a solas con mi mente. Lo que no me convenía demasiado.

Di un profundo suspiro y aproveché el interludio, y el wifi gratuito, para enviarle un escueto mensaje a Martín comunicándole que ya me había instalado en la nueva empresa y que durante esa primera semana no podría llamarlo, ya que estaba intentando aclimatarme al horario, la ciudad y las normas. Me contestó que me lo tomara con calma y que disfrutara de todo lo

que iba a aprender en ese tiempo. «Si supiera dónde me encuentro en este momento...», pensé con amargura. Guardé el teléfono y Matthew se acercó para ayudarme con la maleta de mano, ya que nos habían avisado para embarcar en nuestro vuelo. Caminé detrás de él como si me dirigiera a una penosa prisión con una condena que yo misma había buscado y me lamenté de que, nuevamente, había perdido el tiempo que necesitaba para pensarlo todo con calma.

Volamos en primera. En dos cómodos y amplios asientos de piel. Pedimos champán y éste burbujeó en las copas.

—¿Un brindis? —propuso Matthew.

—No tengo nada que celebrar —dije, y me bebí la copa de un trago—. ¿Por qué a Egipto?

Me miró con extrañeza.

—Porque siempre has querido visitarlo. Le pregunté a tu hermano y me dijo que no habías estado.

—¡Lógico! ¿No te parece, tal y como está el mundo?

—Ahora es el mejor sitio para viajar, es muy seguro.

—Ya. Pero, vamos, que yo no necesito ninguna luna de miel. Y que, si la necesitara, me conformaba con una semana en las Maldivas o una tarjeta *platinum* en Harrods. Lo que prefieras.

Sonrió, pero permaneció callado. Maldito fuera. Decidí concentrarme en mi libro electrónico, ignorándolo.

Él suspiró y apagó su móvil. Una vez despegamos, cerró los ojos y pensé que se había dormido. Teníamos por delante varias horas de vuelo. El resto lo desconocía. No quería preguntar ni quería que me lo explicara. No quería nada más que regresar, acostarme en una mullida cama y que al despertar todo hubiera sido una pesadilla.

Sin embargo, finalmente me quedé yo también dormida y, cuando desperté, la pesadilla se hizo realidad. Estaba apoyada en el pecho de Matthew, agarrada a su jersey con los puños cerrados, como si él fuera mi tabla de salvación y no la persona que estaba intentando ahogarme. Me quedé quieta porque noté que él, desconozco si de forma inconsciente o no, me acariciaba el pelo con una mano. Su tacto era suave y tranquilizador, casi una nana sin

palabras. Se detuvo cuando comprobó que yo estaba despierta. Me aparté y me acomodé mejor en mi asiento. Sonrió y sus ojos brillaron con la luz artificial del avión.

—¿Queda mucho? —farfullé.

—Una media hora. Te has vuelto a perder la comida. ¿Quieres que pida algo para ti?

Negué con la cabeza y me centré de nuevo, bostezando, en el libro electrónico.

Cuando aterrizamos, comprobamos por las ventanillas que ya había anochecido. No tuvimos que esperar largas colas y, en poco rato, con los pasaportes debidamente sellados, salimos al exterior del Aeropuerto Internacional de El Cairo. Me quedé sin aire, al igual que si hubiera metido la cabeza en un horno industrial. Boquéé sintiéndome un pez fuera del agua intentando recuperarme y de reojo vi que Matthew se reía.

—¿Qué te hace tanta gracia? —barboté.

—Que tú seas española y estés así. Imagínate lo que es para un inglés.

—Pues no pareces muy afectado.

—Estoy acostumbrado a viajar a menudo a diferentes partes del mundo con variados climas.

Y eso, si soy sincera, fue lo que hizo que recuperara el aire. Si viajaba a menudo, quería decir que no lo vería en ese tiempo, y quizá mi condena de un año se viera considerablemente reducida.

Nos esperaba una furgoneta blanca antigua, con cortinas cubriendo las ventanillas de los asientos traseros. Una furgoneta de las que suelen utilizar los vendedores ambulantes, los que llevan la cabra y hasta los alijos de droga. Empecé a ponerme nerviosa, sin entender nada y siendo obligada a sentarme en unos asientos de piel resquebrajada por la que sobresalían varios muelles oxidados. Desde luego, el marco no parecía el más apropiado para una luna de miel. Quizá se había gastado todo el dinero en alquilar la habitación del hotel y comprar el horrible vestido nupcial. Podría haberse ahorrado el viaje, se lo habría agradecido.

El conductor emprendió la marcha y a la vez conectó la radio, que emitió una animada canción árabe. Matthew iba concentrado en recuperar la señal de

su teléfono móvil y yo concentrada en no marearme, con tanto giro y bache en el camino de tierra por el que transitábamos. Me asomé temerosa al exterior, descorriendo una de las cortinillas de flores, para descubrir que estábamos atravesando una especie de asentamiento con casas de adobe y tendidos al aire libre, donde los hombres, ya que no vi ninguna mujer, tomaban té y fumaban en *shisha* conversando en voz alta. Cerré la cortinilla con fuerza y lo miré.

—Matthew.

—¿Hummm? —preguntó él distraído.

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo?

—¿Por? —inquirió sin despegar la vista de su teléfono.

—¡Ay, madre! Matthew, pero tú ¿has oído hablar de la Primavera Árabe?

—Sí, claro. Pero el circuito es seguro, no vamos a estar cerca del peligro en ningún momento.

—¿Peligro? —Me ahogué con esa palabra—. ¿Estás loco? ¿No ves las noticias? Que esta gente va en serio, que no se andan con tonterías. Que arrojan por las azoteas a los gais..., y tú, tú tienes todas las papeletas, vamos, que eres un rato metrosexual. Que ahora lo que se lleva son las barbas y los moños..., y tú, ¡ay, joder!, que eres de lo más gay que pueda ver esta gente por aquí, con tanta gomina y ropa de marca. Si ya deben de estar preparando la sogá al oler tu perfume. Y, además, inglés. ¡Anda que no os guardan rencor los egipcios a los ingleses! Que todo está muy reciente, que apenas han pasado sesenta años desde que os echaron de su país. Que todavía debe de haber ancianos que estén pensando cómo freíros para la cena. Por no hablar de lo que les habéis robado, todas las obras de arte, toda su cultura. Si tenéis Londres lleno de Obeliscos, ¡por Dios! ¡Pero si sólo os ha faltado plantar la pirámide de Keops en Piccadilly Circus como atracción turística!

—Álex. —Me miró con paciencia y algo de diversión—. Tranquilízate. Lo tengo todo controlado.

—¡Ja! A otra con ese cuento. Eso es lo que dicen todos los que no tienen nada bajo control. —Hice una pausa dramática—. Por lo menos, yo me pongo un burka y puedo pasar desapercibida. Soy morena, con un poco de maquillaje aquí y allá... Pero ¿qué digo? Me moriría debajo de tanta tela, y el calor, ¡ay, el calor!, que si ya no puedo respirar con la boca destapada imagínate con ese

capisayo negro mortuorio. Ni dos días sobrevivo. Ni dos. Te lo digo.

—¡Álex!

—¿Y si nos secuestran? —pregunté con un nudo de terror en el estómago recordando fatídicas imágenes televisadas—. Que mi familia está en la ruina, y la tuya..., ¿tienes suficiente dinero para que nos salven a los dos? ¿Contactos con la mafia? Sí, eso será mejor, ya que en cuanto los gobiernos internacionales intervienen acaba siendo una catástrofe...

—Álex... —Matthew se mordió el labio reprimiendo la risa.

—Que yo no estoy hecha para que me lleven a una montaña y me encierren en una cueva. No lo resistiría ni un día, sin comida, sin agua, sin camas, sin baños. ¡Qué vergüenza! Haciéndolo detrás de una zarza o una roca, porque por allí no hay vegetación, ¿no? ¿Y animales salvajes? Pero ¡qué va a haber animales salvajes! Los habrán matado todos para comérselos, que son así de cafres, que lo he visto en la tele..., unas imágenes, Matthew, unas imágenes... Lo confesaría todo, hasta el asesinato de Kennedy, y sólo tendrían que amenazarme con quitarme el champú para rizos rebeldes... —Lo miré con indignación al ver que ya sonreía ampliamente—. ¡Lo digo en serio!

—Álex... —repitió con un tono paternalista que me hizo rechinar los dientes.

—¿Qué?! —estallé.

—Va a ser un viaje inolvidable, ya verás. Tú confía en mí.

Sí, en eso fue en lo único que no se equivocó. Fue un viaje inolvidable. No lo olvidaría en toda mi vida.

* * *

La furgoneta nos dejó en un embarcadero y se alejó trotando, porque iba trotando como un torpe caballo y hundiéndose en todos los socavones posibles. Matthew cargó con las dos maletas y cruzamos la pasarela de embarque hasta el barco adornado con luces de bienvenida donde nos esperaba un hombre sonriente de tez oscura y unos brillantes ojos verdes. Se presentó como nuestro guía, Hassam, y nos acompañó al camarote. Éste tenía una cama de matrimonio bastante diminuta para nuestro tamaño y un simple

escritorio, junto a un pequeño armario por todo mobiliario. Sobre la cama había una curiosa escultura de un camello realizada con toallas en color canela. Miré incrédula a Matthew.

—¿Aquí es donde vamos a dormir? —pregunté, porque yo pensaba que habría tenido la decencia de reservar un camarote con dos camas, pero él no lo entendió, o simplemente quiso incidir un poco más en mis reparos.

—Supongo que lo habrás hecho en lugares peores. Tú, toda una aventurera, que haces *puenting*, paracaidismo, la Ruta 66 en moto...

Mi rostro mostró toda la desconfianza acumulada en cuarenta y ocho horas.

—¿Cómo sabes tú eso?

Vaciló un solo instante antes de atacar con otra pregunta:

—¿Olvidas que te conozco desde que eras una niña?

Nos desafiamos un momento con la mirada. Suspiré con lentitud, más bien resoplando resignada. Estaba demasiado desanimada como para enfrentarme a él.

—Está bien. Además, lo hacía. Ya no practico ningún deporte de riesgo.

—Creí que nada podía vencerte, Álex.

El tono con el que lo dijo me hizo observarlo con atención. Estar casada con él iba a ser más complicado que aprender a dormir sobre una cama de espino.

—Que hayas ganado una batalla no te hace ganador de la guerra —mascullé, y de reojo lo vi sonreír.

—No quiero luchar contra ti, sino contigo —afirmó.

—Pues es una lástima que yo ya me haya retirado del combate —murmuré sin querer seguir el juego dialéctico—. Vamos, será mejor que acudamos a la recepción, cuanto antes lo hagamos, antes podremos acostarnos.

Enarcó las cejas en un gesto tan sensualmente explícito que enrojecí.

—Acostarme. A dormir. Tú puedes hacer lo que quieras —aclaré saliendo al estrecho pasillo sin una sola mirada atrás.

El guía estaba de pie esperándonos junto a una mesa rodeada de asientos de cuero carmesí en el salón de baile. Casi todas las luces estaban apagadas y sólo quedaba un silencioso camarero en la barra, el cual, cuando nos vio acercarnos, sirvió dos vasos de líquido pardusco que nos entregó con una

pequeña inclinación de cabeza.

—Pruébelo, señora LongCock —incitó Hassam con una sonrisa complaciente, indicándonos que nos sentáramos frente a él—. Es *karkadé*, un cóctel de bienvenida típico de este país.

Pegué un respingo, no por el cóctel, ni porque me hablara en castellano, sino porque era la primera vez que me llamaban señora LongCock. Sin pensarlo más, lo probé y, al comprobar que su sabor era dulce y dejaba una nota de acidez en el paladar, me lo terminé en lo que él resumió cuáles iban a ser nuestras visitas y nuestro trayecto. Su espíritu incansable y la pasión con que hablaba de su país contribuyeron a que yo fuera perdiendo todas las reservas que tenía al respecto y comenzara a emocionarme. Bastante más animada, regresamos al camarote. Matthew parecía haberse relajado al ver mi entusiasmo, y comencé a verlo todo con una luz nueva. No tenía por qué preocuparme, simplemente disfrutar de la oportunidad que me ofrecía la vida.

* * *

Cambié de idea varias horas después.

Gemí de forma entrecortada, envuelta en la sábana que nos tapaba. Estaba cubierta por una capa de sudor, aunque el aire acondicionado resollaba sobre nuestras cabezas refrescando el camarote. Matthew dormía sólo con un bóxer, en otra de sus posturas impracticables, entrelazando una pierna con las mías. Me giré doblándome sobre mí misma y gemí de nuevo llevándome la mano al estómago.

—Álex, ¿estás bien? —preguntó él con voz ronca a la vez que encendía la luz de la mesilla.

—Creo... creo que estoy algo mareada —murmuré cerrando los ojos con fuerza.

Me sentía como si, en vez de ir en un crucero lento y calmado sobre un río, estuviese en una goleta en medio del océano rodeada de una tormenta. Intentó volverme hacia él y yo me retraje subiendo más las piernas hacia el pecho.

—No tiene pinta de ser un mareo —susurró, y se incorporó de un salto para acuclillarse a mi lado.

Me levantó el párpado del ojo derecho y yo protesté. Me tocó la frente y le di un manotazo. Me tapó con una manta y yo me destapé sintiendo, de súbito, un calor abrasador.

—¿Quieres que pida algo de comer? —sugirió irguiéndose.

Ésa fue la palabra mágica. *Comida*. Me incorporé con rapidez y, tapándome con una mano la boca, corrí de forma desesperada hasta el baño, donde vomité el cóctel de bienvenida y todas mis buenas intenciones. Matthew se arrodilló a mi lado y me sujetó la cabeza.

—Vete.

—No.

—Vete, por favor. Me da vergüenza que me veas así —musité casi sollozando.

—No me importa verte así —aseguró.

—Pero a mí sí —dije atropelladamente, poniéndome en pie con su ayuda.

Me refresqué la cara y bebí un poco de agua embotellada que él me ofreció después de lavarme los dientes.

Cinco minutos después, vomité el agua sobre sus pies. Ni siquiera me dio tiempo a llegar al baño. Él me sujetó con fuerza y me tendió en la cama. Posó su mano en mi frente y yo jadeé doblándome sobre mí misma.

—¡Joder! —exclamó—. Estás ardiendo.

Creo que me quedé dormida o, por lo menos, inconsciente. Desperté con el sonido de unos golpes en la puerta. Abrí los ojos e intenté enfocarlos en Matthew, que estaba vestido con unos vaqueros claros y una camiseta negra. Oí voces, pero no alcancé a ver con quién hablaba. Regresó al cabo de unos minutos.

—Era el guía, deberíamos partir ya si no queremos perder el avión hacia Abu Simbel.

Recordé las explicaciones de Hassam sobre nuestra primera visita y las fotografías tan impactantes que nos había mostrado sobre el templo de Ramsés II excavado en una montaña.

—Ve tú —murmuré.

—Ya le he dicho que no vamos a ir.

—Estoy bien, sólo necesito descansar un poco. No te pierdas la visita por

mí —le pedí.

—Álex —dijo acercándose tanto a mi rostro que lo vi desdibujado, o quizá fue la fiebre—, no pienso dejarte sola ni un instante, ¿entendido?

Cuando se hizo de día, tuvo que llamar al médico del barco. La fiebre no había remitido y seguía con náuseas. Me pusieron suero y, a falta de dónde sujetar la bolsa, la dejaron colgando de una de las lámparas de las mesillas. No lograba entender nada y tampoco cooperé demasiado, ya que me quedaba dormida a cada instante, como si mi cuerpo se negara a despertar por completo.

—Álex, el médico pregunta que de qué te has vacunado.

Oí la voz de Matthew como si me llegara amortiguada a través de una pared de cemento, aunque estaba a mi lado.

—¿De qué tenía que vacunarme? —balbuceé.

—¿No leíste mis correos electrónicos? —preguntó con incredulidad.

—Casi ninguno, en todos me pedías cosas —me defendí.

—¡Joder! —repitió con bastante frustración, y yo ya no oí más.

Durante tres días permanecí en estado de semiinconsciencia. Matthew solicitó que le llevaran su comida al camarote, pero eso contribuía a empeorar mi estado. El olor especiado me mareaba sin remedio, así que optó, después de que le vomitara otro de sus impolutos vaqueros, por acudir al restaurante. Eran visitas cortas, que no duraban más de quince o veinte minutos. Siempre regresaba con expresión angustiada y me observaba con detenimiento hasta asegurarse de que no hubiese sucedido nada en su ausencia. Ese hecho me enterneció, y comencé de nuevo a preguntarme si no estaría equivocada en cuanto a él.

El cuarto día tuve fuerzas suficientes para ducharme, aunque aquello me dejó exhausta y me volví a acostar, con el pelo húmedo y tiritando. Era noche cerrada cuando el sonido del metal chirriando, a la vez que el fuerte tirón del barco, me despertó. Asustada, me volví hacia él y, sin pretenderlo, busqué su cobijo. Matthew se giró y me abrazó pasándome la mano por la espalda con lentitud.

—Estamos atravesando la esclusa del río, será sólo un momento. Tranquila, que no nos vamos a hundir.

—Eso espero, porque lo único que me falta es ser el desayuno de los *crocodiles* del Nilo.

Él rio, lo que motivó que yo le devolviera la sonrisa.

—Estás mejor —dijo, y en su voz pude notar un gran alivio.

—Sí, lo estoy —afirmé.

Pero me equivoqué de nuevo. Al dormirme, el sonido metálico y el brusco movimiento trajeron como recuerdo algo que nunca había llegado a olvidar.

—¡Álex! ¡Álex! ¡Por favor, despierta! —Una voz llamándome, pero cubierta por unos armónicos graves completamente diferentes de los de Martín.

—¡No! ¡No! —mascullé hundiendo el rostro en la sábana empapada de sudor.

—Es una pesadilla. Sólo una pesadilla —murmuró él y, aunque intenté impedirselo, me arrastró hasta rodear mi cuerpo. Dejé caer mi rostro sobre su pecho y sollocé sin control.

Durante meses, las pesadillas habían sido incontrolables. Llegué a odiar el momento de acostarme y lo retrasaba todo lo posible. Si estaba despierta, podía cubrir mi dolor con los múltiples sonidos, personas y luces exteriores. En el sueño, estaba indefensa. Cuando me despertaba, a veces sin respiración, otras acobardada sujetándome a la almohada como si fuese mi tabla de salvación, no esperaba a que llegara la calma. Me levantaba a trompicones de la cama y corría hasta el salón; conectaba la televisión y me sentaba en el sofá, mirándola fijamente. Me daba igual qué sucediera en la pantalla, sólo quería oír algo que no fuera el ruido de mi propia sangre golpeándome en los oídos, ver algo que no fuera la blancura inmaculada de la nieve rodeándome, sentir algo que no fuera el viento helador que se colaba por la ventanilla rota. Quería dejar de sentir y no lo conseguía, pero el eco de las voces y las imágenes sin sentido me atontaban hasta el extremo de caer en un estado de trance hipnótico. Aunque me esforzara por deshacerme de las pesadillas, éstas seguían persiguiéndome durante el día, un rescaldo de llamas sin apagar, una piedra negra, oscura y brillante de maldad en mi cerebro. Llenaron mis días de tristeza hasta que se fueron espaciando. Apenas las sufría ya si no eran provocadas por alguna situación de estrés o agotamiento extremo.

Matthew dejó unos minutos para que me relajara y me ofreció una pequeña botella de agua. Bebí como si con eso pudiera disolver el sabor metálico de la sangre en mi boca. Después, me recosté sobre él.

—¿Quieres hablar de ello? —me preguntó, acariciándome la melena.

—No —musité.

Él se mantuvo en silencio y su presencia fue el mayor consuelo que había tenido desde el accidente, como si sólo él pudiera entender en toda su magnitud mi profundo dolor. Empecé a hablar con voz ronca y balbuciente:

—Era febrero, había preparado un estupendo fin de semana en Baqueira Beret esquiendo con Martín, Almu y Lucas, su marido. Coincidió con San Valentín, y yo creía que Martín me propondría matrimonio allí, que en su maleta debía de haber un precioso anillo de diamantes esperando el momento idílico de nosotros dos frente a una chimenea encendida. No podía estar más feliz, ni más ilusionada. Almudena y Lucas se habían casado hacía pocos meses, nunca conocí a una pareja tan compenetrada, ni tampoco le conocí ninguna otra pareja. Ella siempre ha sido la más seria, la más contenida de las tres, y probablemente la más cabal. Sin embargo, Lucas era todo alegría a su lado. La pareja perfecta. Se conocieron en la universidad, terminaron la carrera y, al poco de conseguir un trabajo, se compraron un piso. Ana y yo hacíamos apuestas de cuándo nos sorprenderían con la noticia de que esperaban un hijo —pronuncié con la voz rota.

Suspiré hondo, controlando un sollozo, y el silencio de Matthew me animó a continuar.

—Martín estaba fumando. Todavía recuerdo el olor del cigarrillo en la fría mañana, en la puerta de casa de Almu y Lucas. Dejó de fumar después del accidente, nunca me dijo por qué... —Volví a suspirar y me armé de valor—. Almu estaba tardando demasiado y Lucas la disculpó diciendo que se había quedado recogiendo unas cosas antes de salir. Comprobé el estado de las carreteras en el móvil y la previsión del tiempo. Quería llegar antes del anochecer, amenazaba nieve y temía conducir en aquellas condiciones.

—¿Martín no conduce? —inquirió Matthew con voz suave.

—No, no le gusta. Siempre prefirió que lo hiciera yo. Además, a mí sí que me gustaba. No sé si lo has sentido alguna vez, esa sensación de libertad frente

a una carretera vacía, la tensión del tráfico, la adrenalina de los adelantamientos, la fuerza que imprime el controlar una curva cerrada. Aquello me encantaba.

—Entiendo.

—Ahora lo odio. No puedo dejar de pensar que, si no hubiera sido yo la que llevaba el coche, no habría habido accidente alguno.

—Tu hermano me dijo que fue imposible de evitar, aquel automóvil prácticamente os arrolló. No tenías margen de maniobra.

—Sí, eso lo sé, aunque no cambia nada. Me asaltan miles de preguntas sin respuesta. ¿Y si no hubiera decidido parar donde lo hice? ¿Y si hubiera retrasado un poco más la salida, o adelantado...? ¿Y si hubiera reducido la velocidad kilómetros antes...?

—Dijiste a todo el mundo que no recordabas nada.

—Mentí. No quería provocarles más dolor, ya tenían suficiente. El médico los informó de que era muy probable que no lo recordara, que era normal en esos casos sufrir una amnesia temporal. No tuve esa suerte, o fui afortunada. Quién sabe.

—¿Qué sucedió en realidad, Álex?

—Cuando salí de Madrid y llegué a la E90, me relajé y puse música. Al aproximarnos a Huesca, el tiempo empeoró: fuertes rachas de viento y remolinos de nieve. Podía ver las placas de hielo iridiscente sobre la carretera ante el reflejo de los focos, y me concentré en no perder el control del volante. Ellos se habían quedado dormidos. Martín a mi lado, y Almu detrás de mí. Lucas se había movido para que ella se recostara sobre su hombro. Ocurrió de improviso. Estábamos subiendo un puerto de montaña, tenía un camión delante de mí, así que intenté superarlo por el carril de adelantamiento. Otro coche que venía en dirección contraria a gran velocidad invadió nuestro carril y nos embistió de frente. —Tuve que hacer una pequeña pausa para recobrar la compostura y evitar que me temblara la voz—. En una fracción de segundo, pensé en multitud de acciones..., girar, frenar, desacelerar para meterme de nuevo tras el camión. No lo logré, no pude reaccionar a tiempo. Después del impacto, sentí que nos empujaba una fuerza brutal. Quedamos atrapados contra la pared de piedra de la montaña. No conseguía

respirar, hasta que me di cuenta de que el airbag había saltado y apenas alcancé a girar la cabeza. Notaba un intenso y lacerante dolor en la mejilla y tanteé con la lengua varios fragmentos de cristales que habían atravesado mi piel, desgarrándola. Desperté, aunque nunca perdí el conocimiento, al oír la voz de Martín llamándome por mi nombre. No podía moverme. No sentía la mitad del cuerpo, como si estuviese atrapada. Tenía la pierna rota por dos sitios, pero parecía no pertenecerme. Quería saber qué había sucedido con los demás, aunque no podía hablar. Era una sensación angustiada, de intenso terror. Las manos agarrotadas gesticularon y dejé escapar un agudo chillido que quedó acallado por el grito de Almu. Su dedo señalaba un punto frente a nosotros.

—Álex...

—Ni siquiera lo reconocí, Matthew —pronuncié entre sollozos—. Ni siquiera lo reconocí... Me había reído de él porque llevaba un grueso gorro de lana cubriéndole lo que él llamaba su *pista de aterrizaje*. Lucas no quería que el tiempo le ganara la batalla y había decidido raparse el pelo para disimular su incipiente calvicie. Pero hacía demasiado frío para no cubrirse la cabeza. Y estaba allí, frente a nosotros, tirado en el suelo, inmóvil. Ya no llevaba el gorro de lana, y su cabeza... su cabeza estaba abierta. Sangraba y todo lo cubría la sangre. La nieve acumulada se había convertido en un charco oscuro. Y Almu no dejaba de gritar y gritar, y yo no podía hacer nada más. Nada. Aunque lo había hecho todo...

Se me quebró la voz y comencé a llorar, expulsando algo que llevaba ocultando demasiado tiempo. Y lo hice con él, con la persona que creía odiar, con la que en ese momento me estaba mirando con una intensa compasión en sus ojos grises y tormentosos.

—¿Quién más lo sabe? —murmuró sin dejar de acariciarme el pelo.

—Sólo tú.

Y, acunada por su cuerpo, volví a dormirme. Esta vez sin pesadillas.

* * *

Aquel mismo día llegamos a El Cairo. Una nueva furgoneta de transporte

nos dejó en el Hilton. No podía comer nada sólido, pero me habían suministrado varias bolsas de suero y batidos de proteínas que, por lo menos, me mantenían estable. Teníamos reservada una *suite* nupcial en el piso diecisiete, desde el que podía verse la ciudad iluminada por el anochecer y los numerosos minaretes que llamaban a la oración con potentes altavoces. El ocaso sobre aquella urbe tenía algo mágico; el sol que iba cubriendo de sombras los edificios y el canto de los almuecines rodeándola de misticismo le otorgaban la apariencia de ser atemporal.

Me alegré de salir del claustrofóbico barco, aunque desde que le había confesado a Matthew uno de mis mayores secretos me sentía débil, como si aquello fuese lo único que quedaba de la muralla construida para protegerme y un terremoto la hubiera destrozado. No obstante, él no volvió a hacer comentario alguno al respecto y, pese a que puede parecer extraño, empecé a confiar en él de una forma diferente. Siempre había sabido que para mi hermano era el hombre más honorable del mundo, ¿lo sería también para mí?

La habitación era amplia y acogedora. Sin deshacer la maleta, me dejé caer con gesto cansado en uno de los butacones dispuestos frente a una pantalla de plasma mientras veía a Matthew retirar los pétalos de rosas que habían esparcido sobre la cama.

—¿Te encuentras bien? —preguntó mirándome preocupado.

—Sí, de hecho, ahora mismo me comería una hamburguesa del McDonald's.

—Estamos en el Hilton, podemos pedir cualquier cosa.

—Eso es lo único que me apetece.

—A veces creo que estoy viajando con tu hermano.

—Mi hermano es mucho más guapo que yo. Y, además, te habrías hartado de follar durante todo el trayecto. Menudos sois los dos —sonreí sin pretenderlo.

—Te equivocas —musitó él con el semblante de súbito serio.

—¿En qué?

—En las dos afirmaciones —concluyó, y se dirigió a la puerta sin darme tiempo a replicar.

Con un suspiro de resignación, me recosté en el butacón intentando

alejarme emocionalmente de Matthew —como si eso fuera posible—, concentrándome en la cadena árabe que emitía vídeos musicales hasta el punto de dejar la mente en blanco. De improvviso, una sombra se cernió sobre mí.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! ¿No ibas a por comida?

—¿Sabes? —dijo él rascándose la barba descuidada con gesto pensativo—. Contigo nunca tuve el sentimiento de protección.

—¿Protección? —inquirí con curiosidad, sin entender qué camino tomaba su mente—. Pero mira que eres nenaza...

—Sí, aunque tú no lo creas, es una sensación inherente al ser humano, al hombre en realidad.

—Vale, vale, que ya lo pillo. Los hombres cazadores, las mujeres recolectoras. Los hombres son de Marte, las mujeres de Venus. ¡Pero qué topicazo!

—No, no es un tópico, es algo... primitivo. Si os protegemos, sentimos que somos útiles.

—No necesito que me protejan. —Lo miré a los ojos.

«Aunque desearía tu protección mi vida entera.» Sólo lo pensé, obviamente no lo dije.

—De eso ya me he dado cuenta. Lo que quiero decir es que siempre te vi como un igual, alguien a quien conquistar para mantenerme a tu altura.

—¿Conquistar?

Vaya, eso me gustaba más que proteger, para qué negarlo.

—Aunque de lo que de verdad tenía ganas era de follarte hasta dejarte sin sentido.

Lo miré con los ojos muy abiertos a causa de la impresión. Lamentablemente, eso me gustaba mucho más.

—Sobre todo, si sigues mirándome con esa cara.

Ni parpadeé ni moví un músculo ni una pestaña se me cayó.

—Así que será mejor que me vaya a comprar comida para no caer en la tentación —murmuró girándose.

Desapareció en tres segundos y sólo quedó el tenue sonido de la puerta al cerrarse.

Seguí varios minutos mirando el espacio vacío, inmóvil.

—Para una vez que no me hubiera importado que cayeras, que te estrellaras, más bien, que te estamparas, para ser exactos... —musité y, con lentitud, volví mi atención al televisor.

* * *

Regresó media hora más tarde con dos bolsas marrones grasientas y una gran sonrisa. Como él pareció no dar muestras de recordar la conversación, yo hice lo propio, olvidándola. Bueno, intentando olvidarla o, por lo menos, disimulando. El olor tan familiar a carne quemada y pan tostado me hizo recuperarme. Cogí la hamburguesa y la mordí con ansia, a la vez que tragaba una patata y lo refrescaba todo con Coca-Cola. Suspiré con deleite y él me sonrió cómplice.

—Tengo que llamar a Martín. Seguro que está preocupado al ver que no doy señales de vida. Le dije que iba a estar muy ocupada, pero me conoce lo suficiente como para notar algo extraño. Ni siquiera le he enviado un wasap. Habrá llamado un montón de veces, ¿no?

Matthew se levantó y despacio dejó los restos de bolsas y cajas en la papelera.

—¿Qué? —pregunté.

—Yo avisé a tu hermano para que no estuviese preocupado.

—Mi teléfono no ha sonado en todos estos días, ¿verdad?

—No, no lo ha hecho.

—¿Ni una sola vez? —inquirí con un hilo de voz—. ¿Ni mi madre? ¿Ni mi padre? ¿Ni siquiera los de la compañía telefónica a la hora de la siesta? ¿Los del banco? ¿Los que venden seguros? ¿Enciclopedias? ¿Aspiradoras? ¿Nada de nada?

Él negó con la cabeza. De repente, la hamburguesa perdió su sabor y la Coca-Cola su frescura. Las deposité en la pequeña mesa de centro redonda.

—Álex. —Matthew se acercó y se acuclilló junto a mí.

—No digas nada, por favor. No lo digas —le pedí.

Dejé la mirada perdida a través de la ventana y me pregunté qué habría sucedido. ¿Tan pronto me habían borrado del mapa? ¿O había sido yo la que

me había aislado tras el accidente y me daba cuenta en ese instante?

¿Y Martín? Tenía una horrible sensación de angustia en la boca del estómago, y esta vez no era ningún virus maligno egipcio, era el conocimiento de que, además de estar separados de forma física, también lo estábamos de forma personal. ¿Cuándo había comenzado? ¿Había sido a raíz del accidente o antes? ¿Había estado siempre ahí y yo no había querido verlo?

La voz grave de Matthew interrumpió mis disertaciones.

—¿Te encuentras lo suficientemente bien como para una pequeña excursión?

—Creo que ahora no soy buena compañía para nadie, mejor ve tú solo, o con alguno de los otros integrantes del viaje —musité con un nudo en la garganta que apenas me dejó hablar.

—Si tú no vas, yo no voy —expuso con terquedad.

Suspiré con cansancio, no queriendo darle motivos para que hurgara en la herida. Nada me apetecía menos que explorar la ciudad. Toda la seguridad en mí misma que había intentado mostrarle el día que nos reencontramos había desaparecido. Insistió de nuevo, cogiéndome la mano. Sonrió. Su sonrisa era irresistible, jamás pude luchar contra ella.

—Está bien. Voy —cedí de forma reticente.

—Te aseguro que va a ser fantástica —aseguró él levantándose de un salto.

Y nuevamente no se equivocó. Fue fantástica para el camello... Perdón, que me estoy adelantando.

Vestida con unos *shorts* vaqueros y camiseta de tirantes negra, lo seguí a través de los pasillos enmoquetados del hotel hasta la salida, donde contrató uno de los coches privados a servicio de los clientes. Con rapidez, nos internamos en el caótico tráfico de El Cairo, en el cual se guiaban por el sonido del claxon, aunque no llegué a averiguar qué pitido significaba cada cosa. Después de una media hora de camino, ya lejos de los rascacielos y los bloques de edificios sin terminar debido al alto grado de impuestos, el automóvil se detuvo junto a una tienda de souvenirs en una estrecha callejuela repleta de pequeños comercios.

—¿Aquí es? —pregunté saliendo a la bochornosa y polvorienta acera de tierra.

—Sí, aquí llega nuestro compañero de viaje —dijo él sonriendo, y un camello giró la esquina y se plantó frente a nosotros.

—No lo entiendo —murmuré.

—Vas a poder dibujar las pirámides al anochecer —afirmó sacando de su bandolera de piel un enorme cuaderno de dibujo y varios lápices.

—Y ¿para qué quiero yo hacer eso, con lo cómodo que es sacar una fotografía? —Lo miré de forma incrédula, y él empalideció levemente.

—Porque siempre lo has querido.

—¿Yo? ¿Es acaso otra de las recomendaciones de mi hermano?

—No..., esto... —Se pasó la mano por el pelo con gesto concentrado—. Porque es tu pasión. El dibujo. Te has pasado la vida con un bloc en la mano retratando todo lo que te rodeaba. Ya verás como pronto lo vas a entender.

Fui a protestar, pero no me dio tiempo, ya que el camello nos esperaba arrodillado junto a nosotros. Matthew montó y me ayudó a subirme detrás. Ni siquiera me sujeté, desoyendo las advertencias del dueño del animal. Lo entendí cuando se levantó. Sí, solamente hizo falta que se irguiera para que yo gritara. Se inclinó tanto hacia delante que casi besé el suelo, aunque en realidad me di un golpe en la nariz contra la espalda de Matthew. Lo rodeé con los brazos y la fuerza centrífuga hizo que ambos nos arrojáramos hacia atrás con un gran impulso.

—Álex, me estás estrangulando —murmuró él conteniendo la risa.

—Y ¿quién te ha dicho que no es eso lo que pretendo? —mascullé a su espalda.

No llevábamos más de cinco minutos en el infierno que suponía ir sobre ese animal, aferrada a Matthew como una garrapata e intentando no resbalar hacia los lados, cuando empecé a sentir que me ahogaba. Al principio pensé que eran los nervios, que me habían cerrado la garganta debido a la cercanía con su cuerpo firme y seguro sobre el camello y, ante todo, su aroma, que perduraba aun cuando el calor era tan intenso que el sudor nos cubría a ambos. Pero al empezar a oír un silbido que provenía de mis pulmones y que no auguraba nada bueno me asusté, y eso contribuyó todavía más a obstruir mis bronquios. Me di cuenta de que no era una situación mental, sino física. Y también descubrí que jamás había sentido nada igual con anterioridad.

Tosí, jadeé y ya empezaba a verlo todo con puntitos brillantes frente a mí cuando Matthew se dio cuenta de que algo no iba bien. Lo percibió al tener que sujetarme de una mano porque caí inconsciente a un lado del camello.

Desperté en el hotel. Había un hombre desconocido a mi lado aplicándome una mascarilla de oxígeno. Aguardó un par de minutos más, al ver que estaba consciente, y después la retiró. Matthew me explicó que me había desmayado y que me habían transportado —no quise preguntar cómo— hasta el hotel, donde el médico había determinado que había sido un ataque de asma agudo ocasionado por el pelo del camello. Se fue, dejándome de recuerdo el pinchazo del antihistamínico, un fuerte dolor en el hombro y el espray que tenía que aplicarme si volvía a sufrir una crisis.

Matthew pasó las siguientes horas de la noche paseándose por la habitación en un estado de considerable nerviosismo. Cuando conseguía mantener los ojos abiertos más de unos segundos, podía verlo moviendo los labios en silencio, mesándose el pelo y mirando fijamente el ventanal con vistas al oscuro cielo egipcio.

—Será mejor que te acuestes —dije. Pero debido a la ronquera, mi voz sonó amenazante.

Él se volvió hacia mí y, por primera vez, me ofreció una sonrisa triste.

—Prefiero estar despierto. Me quedo más tranquilo si no te pierdo de vista.

Cerré los ojos después de observarlo un instante más y, al fin, me quedé dormida.

* * *

El puñetazo que deseaba darle desde que me había anunciado nuestra idílica luna de miel se lo di aquella mañana. Me volví en sueños y golpeé algo duro con la mano cerrada. Oí una maldición y abrí los ojos asustada. Lo vi frotándose la frente con gesto de cansancio. Se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el colchón, junto a mi cuerpo. Tenía el pelo revuelto y la barba, que le había crecido durante la noche, le confería un aspecto sensualmente descuidado.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Algo atontada, pero mejor —contesté incorporándome y dándome cuenta de que todavía iba vestida con la ropa de la tarde anterior —. ¿Y bien? ¿Qué planes tienes para hoy? ¿Visitar el Valle de los Reyes y arrojarme a alguna tumba abierta?

Lanzó una carcajada al aire y yo sonreí sin pretenderlo.

—Eso es lo que más me gusta de ti.

—¿El qué? —inquirí enarcando las cejas.

—Tu forma de ser. Eres incapaz de filtrar el pensamiento antes de pronunciarlo.

Me quedé pensando si eso era en realidad un halago o una crítica, pero le di las gracias. Él se levantó, estirándose como un gamo, y me miró de nuevo antes de meterse en el baño.

—¿Quieres que pida algo para desayunar o prefieres bajar al restaurante?

—Pide lo que quieras —susurré, pendiente de cada uno de sus movimientos.

Una vez cerró la puerta, me levanté con rapidez y cogí mi bolso para buscar el móvil. Descubrí, de nuevo con decepción, que no había ninguna llamada de Martín, ni de ninguna otra persona. Oí el agua de la ducha y la voz grave de Matthew acompañando la cadencia líquida. Algo no terminaba de cuadrar en mi mente, como si hubiera llegado tarde a una sala de cine y me hubiera perdido media película. La luna de miel estaba siendo una tortura, y también un viaje al centro de mí misma. Sentía que él quería probarme, llevarme al límite. No lo entendía, y empecé a sospechar. Tenía que contárselo a alguien o acabaría volviéndome loca, así que decidí llamar a Ana.

—Hola, tortolita —me saludó ella desde el frío Londres.

—¿Tortolita?

—Sí. ¡Qué callado te lo tenías! Crucero por el Nilo, hotel de cinco estrellas en El Cairo, el calor, la poca ropa, la magia de la danza del vientre..., ¿has aprendido ya?

—Aterriza, Ana, que te has ido a viajar por un cielo de purpurina.

—Bueno, si no quieres contar lo interesante, cuéntame lo aburrido. ¿Qué has visto?

—Un camarote, una bolsa de suero, una habitación, un camello y una mascarilla de oxígeno.

—Pues sí que has sido productivo el viaje, vaya que sí... —murmuró.

—Ana, en serio, que tengo poco tiempo —dije de forma apresurada.

—¿Qué? —preguntó ella, ya con toda su atención puesta en mí.

—Esto es incomprensible. El vestido, la boda, la luna de miel... Nada tiene sentido si no es con un propósito. Y un propósito nada bueno.

—A ver, ¿qué propósito es? —Suspiró de forma elocuente, aunque yo no me desanimé.

—Creo que quiere asesinarme —susurré, espionando por si dejaba de oír la voz de Matthew en el interior del baño.

—¿Estás loca?

—No. Estoy más cuerda que nunca. Que me he casado con un Dexter de andar por casa. Un *London psycho*. Creo que me envenenó nada más llegar y que, como no pudo deshacerse de mí, lo ha vuelto a intentar en El Cairo.

—¿Es que acaso no avisó a un médico? ¿Eso no te parece algo lógico? —resopló ella.

—Eh..., bueno, quizá quiso encubrir el crimen al ver que no funcionaba —musité, empezando a dudar.

—Tú lo que has cogido es la típica gastroenteritis del turista y... lo del camello no lo entiendo..., ¿intentó asesinarte contratando un camello? ¿Es un animal o uno de esos tíos que pasan droga?

—Un animal. Resulta que soy alérgica al pelo de camello.

Sus risas tiraron por el suelo todos mis argumentos lógicos.

—¡Que no te rías! ¡No sé si regresaré viva!

—Pero si mañana estás aquí, ¿qué más te puede pasar? Además, no te has dado cuenta de lo más importante: ¿para qué iba a querer asesinarte si es él el que tiene el dinero? ¿No debería ser al revés?

Rumié la respuesta, aunque yo seguía desconfiando. Era imposible que todo fuera casualidad.

—Que me odia, Ana. Que lo nuestro va a tener un final trágico, de esos en los que la vecina dice a todo el mundo: «Pero si parecía un chico muy majete». Que no creo en las casualidades, ya no.

Ana se carcajeó y yo me enfurecí.

—Mira que te quiero, pero estás comportándote como una niña tonta. Y ¿si es tan sencillo como que está enamorado de ti?

Fue mi turno de reírme.

—Lo digo en serio —replicó ella copiando mis palabras.

—Sí, yo también. Sólo te estoy avisando. Si no vuelvo, ya sabes quién es el culpable —sentencié, y colgué el teléfono furiosa porque no me creyera.

Matthew salió justo cuando yo dejaba el móvil sobre la mesilla. Di un respingo, como si me hubiera pillado haciendo alguna barbaridad, no sé, por ejemplo, acusándolo de intento de asesinato a través del teléfono. Pero me recompuse con prontitud, elevando los labios en una falsa sonrisa y desviando los ojos a lo largo de su cuerpo. Llevaba puesto lo que ya era habitual: sólo un bóxer, esta vez blanco.

—¿Te gusta pasearte en calzoncillos? —inquirí mientras me levantaba.

—No tengo ningún problema con mi desnudez. ¿Lo tienes tú? —Sonrió con picardía mientras buscaba ropa en el armario.

—¿Con mi desnudez o con la tuya? —pregunté a mi vez.

—Yo con la tuya, ningún problema, Álex —murmuró roncamente sin girarse antes de que yo me metiera en el baño para darme una ducha.

«Será capullo», pensé al cerrar la puerta del aseo. Y durante la larga ducha, mi mente no dejó de trabajar ni un instante, analizando cada situación y cada punto de vista. Algo seguía sin cuadrar, y no lograba encontrar qué era.

Salí una media hora después con el pelo mojado y vestida con un peto corto de lino negro. Seguía desconfiando, e hice varios comentarios tratando de destapararlo en un descuido, pero él se había cerrado en banda y no mostraba más que una política cordialidad esperándome para desayunar, obsequiándome con una precaria tregua. Me senté frente a él y cogí un yogur. No me atrevía a consumir nada que no estuviese precintado. Él dio buena cuenta de su desayuno continental.

—¿Te apetece que vayamos al Museo Egipcio? —sugerí.

Me parecía un lugar seguro y rodeado de gente. Mucho más seguro que estar los dos solos en la habitación. No ocultó su sorpresa ante la propuesta.

—¿En serio quieres aventurarte más lejos de estas cuatro paredes?

—Bueno, llevaré el inhalador, y es nuestro último día. Por lo menos podremos decir que hemos visto las momias.

Desde luego, no aparentaba que le molestara la sugerencia. Igual, por ese día, no había trastocado sus maléficos planes.

—Me parece una idea perfecta.

Sonrió y se terminó su té con rapidez, antes de que yo cambiara de parecer.

De nuevo alquiló un coche privado y nos internamos en el caótico y desconcertante tráfico. Yo iba atenta al sistema del claxon, cada vez más intrigada, hasta que nos detuvimos frente al edificio clásico y fuertemente custodiado por el ejército del museo. Matthew le dio una generosa propina al conductor y, con ello, se aseguró de que estaría esperándonos a nuestro regreso.

Salimos del frío interior del vehículo para recibir la, ya acostumbrada, bofetada de aire áspero y ardiente en el rostro. Sin más demora, traspasamos los controles militares y entramos a un recinto con el mismo calor y bastante más claustrofóbico. Estaba repleto de turistas de todas las nacionalidades que pululaban sin control y sin prestar demasiada atención a las obras de incalculable valor que se exponían, la mayoría de las veces, sin la debida protección.

—¿No te recuerda un poco a un almacén de trastos viejos? —inquirió Matthew cogiéndome la mano.

Miré su mano, entrelazada con la mía, después lo miré a él, que observaba una estatua de Ramsés II con inusitada concentración, y comprendí que no había sido un acto premeditado. Me relajé y empezó nuestra visita.

—A mí me recuerda a un almacén lleno de tesoros. Ya sabes, como cuando subes al desván de la casa de tus abuelos y empiezas a sacar piezas de coleccionista enterradas en cajas —exclamé emocionada cuando salíamos de la exposición de las momias.

Unos pasos más adelante, me quedé fija examinando un busto de Nefertiti, la reina más bella.

—¿Sigues llevando el bloc y los lápices? —le pregunté.

—Toma —contestó, y por fin pude ver alegría en sus ojos grises.

Él tomó asiento en un banco algo alejado y yo me quedé de pie,

dibujándola. Sólo quería esbozar el contorno, las formas, porque de improviso se me había ocurrido incluir algo egipcio en la nueva colección de Poppy. Nefertiti refulgía presidiendo la escalinata principal, y yo me aislé del mundo por plasmar su esencia milenaria en el papel.

Había unos niños alemanes jugando alrededor, los miré con ternura y continué con mi trabajo. Uno de ellos empujó al otro, el otro se revolvió, le devolvió el empujón y acabó cayéndose sobre el pedestal de la efigie. Solté el bloc y el lápiz e intenté sujetar la escultura. El padre de los niños se acercó corriendo intentando ayudar, pero resbaló y sus pies golpearon los míos. Vi cómo Matthew se levantaba para socorrerme, pero no le dio tiempo. Nefertiti y yo caímos al suelo con un brusco golpe. Todavía seguíamos abrazadas cuando Matthew se agachó para comprobar que no me hubiera hecho daño.

—¡Álex! ¿Estás bien? —preguntó.

Me incorporé y le sonreí triunfante.

—Las dos estamos perfectamente. ¿Tú crees que me darán una medalla por salvar una obra de tanto valor? —exclamé sujetando la escultura como si hubiera hecho el *touchdown* ganador de la Super Bowl.

—Álex...

Y en ese momento me fijé mejor en el busto que sujetaba. Busto sin cabeza. Cabeza que rodó por la escalera principal y golpeó cada uno de los escalones para acabar aterrizando justo a los pies de un vigilante orondo y sudoroso que me miró con expresión de profundo horror.

—¡Ay, Dios! ¿Esto puede considerarse delito?

A Matthew no le dio tiempo a responder, ya que nos rodearon varios intendentes del museo y, también, personal del ejército. Nos llevaron a una sala cerrada y nos obligaron a sentarnos en dos sillas de madera contiguas frente a un escritorio cubierto de tantas montañas de papeles que era casi imposible descubrir al hombre enjuto y moreno que se escondía detrás. Matthew tuvo que contestar a mil preguntas, realizadas en un tono bastante amenazador del hombrecillo que debía de ser el director del museo. Hice un movimiento involuntario, o no tan involuntario, y sentí que algo frío me empujaba el hombro para que detuviera mi presunta huida. Matthew silenció su discurso y se volvió para sujetar con el puño el cañón del fusil con el que

el soldado presente en el interrogatorio pretendía intimidarme. Huelga decir que lo consiguió.

Por un instante olvidé el miedo a una represalia contundente y lo miré con admiración, como si fuera el héroe protagonista de una película de acción que se enfrenta, armado sólo con su cinturón, unos clips y una grapadora, a un ejército de doscientos sicarios bielorrusos..., o algo parecido. Pero la histeria me pudo. No iba a ser tan fácil rescatar a la chica en apuros...

—¡Lo siento! ¡Lo siento! —grité perdiendo el control.

—Álex, déjame solucionarlo a mí —esgrimió Matthew previendo mi estallido.

—Que soy licenciada en Bellas Artes. Lo que he hecho para mí es como cometer un magnicidio. ¡Ay, madre! Si hubieran sabido esto antes, no me habrían dejado ni graduarme. ¡He asesinado a Nefertiti! ¡Una antigüedad de incalculable valor! Que de esto me quitan el título. ¡Qué digo el título! ¡Me excomulgan y me prohíben la entrada a cualquier museo! ¿Tú crees que nos expulsarán del país? ¡Seguro! ¡Joder, que yo ya tengo un expediente policial que a mi padre le costó una pasta enterrar para que me admitieran en la universidad! Que, digámoslo en voz baja, soy una delincuente reformada. Tú págales lo que te pidan, hasta en carne si es preciso, que ya veo que el director te está haciendo ojitos. No te cortes, que yo te cubro. ¡Y prometo no contarle nunca! —exclamé sin poder detener mi verborrea.

—Álex —pronunció entre dientes Matthew, y me cogió la mano izquierda, aunque primero tuvo que deshacer el nudo que había hecho con su compañera, y la acarició intentando calmarme.

Fui a hablar de nuevo, pero una mirada suya de completa frialdad me detuvo. Cerré la boca y agaché la cabeza avergonzada y pidiéndole disculpas al fantasma de la irrecuperable Nefertiti.

Varios minutos después, Matthew se levantó y, mascullando una maldición, dejó sobre la mesa un considerable montón de libras esterlinas. Era posible que con ese dinero pudiera comprar toda un ala del museo. Sin mirar atrás, con la arrogancia que caracteriza a los ingleses, abandonamos el museo.

Una vez a salvo en el coche, me hizo una sola pregunta:

—¿Estás segura de que eres licenciada en Bellas Artes?

—¡Por supuesto! ¡Que tengo la firma del Rey para atestiguarlo! —respondí con indignación.

Él reprimió una sonrisa y yo lo miré con suspicacia.

—¿Por qué lo preguntas? —inquirí.

—Porque era una reproducción en escayola, me ha parecido extraño que te afectara tanto.

Me quedé con la boca abierta y, después, ante su carcajada, balbuceé una excusa, amparándome en que apenas había podido examinar con detenimiento la obra debido a la tensión nerviosa producida por el temor al castigo de las autoridades.

Apenas quince minutos después, entrábamos en la habitación del hotel. Él todavía mantenía la sonrisa y yo hacía tiempo que la había perdido. Totalmente desarmada por los últimos acontecimientos, me senté en la cama y comencé a llorar sin consuelo.

—Parece que me han puesto una vela negra. No hay nada que toque que no se estropee. Y yo pensando que intentabas asesinarme... —Lo miré con intensidad, los ojos brillándome entre lágrimas—. Estás vivo de milagro. De milagrito.

Se acercó con paso calmado y se sentó en una silla frente a mí.

—¿Creías que intentaba asesinarte?

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? Huye ahora que puedes, antes de que te alcance la maldición.

—¿Creías que intentaba asesinarte?

—Esto me pasa por llamarme Álex. Si desde mi nacimiento ya me marcaron a fuego. ¡Como en la letra escarlata: «A» de Álex!

—¿Creías que intentaba asesinarte?

—Debería haberme llamado Cecilia. Si me llamara Cecilia, nada de lo que me ha pasado estos últimos años habría sucedido. Nada. Cecilia es un nombre fuerte, carismático, casi sensual...

—¡Álex!

—¡¿Qué?!

—¿Me puedes explicar por qué has pensado que tenía intención de matarte?

—¿Yo he dicho eso? —balbuceé, dándome cuenta de que había abierto la caja de Pandora.

—Lo has hecho.

—Bah..., lo habrás entendido mal.

—Lo he entendido a la perfección.

—Bueno, creo que es obvio que nos odiamos. Me dijiste que te debía un año. ¿Para qué quieres ese año si no es para resarcirte?

—¿Me odias? —preguntó con un gesto de dolor palpable también en su mirada.

—¿Tú a mí no?

—Jamás he podido odiarte, y déjame decirte que he tenido numerosos motivos para ello. Empezando porque me abandonaste con una puta nota.

Comenzaba a enfadarse y no se molestó en ocultarlo.

¡Zas! La primera en la boca. Sí, fui yo quien lo dejó, aunque tenía mis motivos. Unos motivos irrefutables.

—Reconozco que no fue el polvo del año, pero ¿tan malo como para abandonarme? —continuó él todavía tenso.

«¿Que no fue el polvo del año? Fue el del siglo. ¡Qué digo siglo! ¡Fue el del milenio!»

—Tienes razón —corroboré—, tampoco fue para tirar cohetes.

—No me dejaste ni siquiera intentarlo de nuevo. Me jodiste, sin joderme.

—¿Que yo hice qué? ¿Sabes una cosa? Sólo los que no pueden aceptar su culpa culpan a los demás.

—¿Qué culpa?! —estalló—. ¿Soy acaso culpable por amarte como un completo gilipollas toda mi vida?

Pero yo ya no estaba escuchando. No quería hacerlo. No quería levantar la ampolla del dolor. Escocía. Así que me mostré lo más fría que pude.

—Me has obligado a darte un año, eso para mí es odiar a una persona.

—Sí, un año en que quería ofrecerte todo lo que no pude en el año que me arrebataste por algo de lo que, todavía, estoy esperando una explicación razonable por tu parte.

Se incorporó hasta inclinarse tanto sobre mí que me obligó a tumbarme en la cama.

Sentí la suavidad de sus labios acariciando los míos y la aspereza de su barba. La punta de su nariz rozó la mía con levedad. Lo enfoqué y sólo fui capaz de ver un inmenso océano gris con olas turbulentas. Sus ojos.

—No quiero desenterrar rencores pasados —murmuré.

—Va siendo hora de que lo hagas.

Su aliento se mezcló con el mío y apreté los párpados sintiendo el furioso tamborilear de mi corazón.

—Nunca deberíamos haber compartido aquella noche. —Lo había dicho. No era lo que pensaba, pero lo dije.

—Yo no me arrepiento absolutamente de nada de lo que pasó aquella noche —afirmó.

—Yo, en cambio, me arrepiento absolutamente de todo lo que sucedió aquella noche —repliqué con obstinación.

—¿De todo, Álex? Piensa bien tu respuesta —susurró, sujetando mis manos con fuerza.

Notaba su tensión y también la voluntad firme de mantenerme a su merced hasta que confesara.

Me había pillado. Con una simple frase. Si decía que no, me confesaba culpable. Si le decía que sí, le confesaba mi amor. ¡Maldito fuera! Hablar con él era mantener una lucha en la que sólo había un vencedor. Intenté mirarlo con odio, pero ese sentimiento ya no tenía cabida en mi cuerpo, así que mis ojos únicamente mostraron dolor.

—Matthew, que ahora no quiero discutir. —Me desquité, sintiéndome acorralada.

Me incorporé y lo obligué a hacer lo mismo.

—No estamos discutiendo —determinó él poniéndose de pie como si necesitara alejarse de mí.

—Estás intentando llevarme a tu terreno y no lo vas a conseguir.

—¿Llévate adónde?

Se volvió a mirarme con incredulidad.

—¡Que no discutas, Matthew!

—¡Pero si no estoy discutiendo!

—Pues eso. ¿Ves? Ya están las cosas claras. Voy a preparar la maleta, que

no quiero estar aquí ni un minuto más del necesario.

En ese momento, el sonido de mi teléfono, con la melodía del *Carmina Burana*, nos interrumpió con gran acierto.

Me levanté para cogerlo. Hice una mueca al comprobar quién era el que llamaba y suspiré con resignación, como si hubiera librado un combate a muerte y hubiera perdido. Que lo había hecho, aunque eso era algo que al que estaba al otro lado de la línea no podía contarle.

—Hola, cariño, ¿te tratan bien los chinos?

Por extraño que pueda parecer, era con el único que no me apetecía hablar en ese momento.

—Martín, hola —musité.

Matthew se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado y se encerró en el baño.

—No has dado señales de vida en toda una semana —le recriminé, aunque esas palabras tenían otra forma en mi cabeza e iban dirigidas a otra persona: «No diste señales de vida en nueve años».

—Me dijiste que te diera tiempo para aclimatarte —fue su explicación.

De forma inconsciente, me acerqué a la puerta del baño y apoyé la frente en la madera. Me extrañó oír sólo el sonido del agua correr, y me entristecí de repente al descubrir qué era lo que faltaba. Siempre cantaba en la ducha, lo llevaba oyendo durante una semana. Todo un repertorio de Frank Sinatra, Bing Crosby y, de vez en cuando, Dean Martin. Supe que lo había herido porque yo misma me sentía herida y lo había atacado como defensa. Deseé abrazarlo y que el tiempo transcurrido se diluyera en nuestro pasado..., pero eso nunca llegaría a suceder.

—¿Álex, estás ahí?

—¿Eh? Sí, claro, claro... —balbuceé.

—Tenemos que hablar de algo importante.

—Tú dirás.

—Te lo diré cuando te vea. ¿Puedes enviarme la dirección del apartamento que tienes alquilado?

¿De qué tenía que hablarme que no pudiera hacerlo por teléfono? Mi ritmo cardíaco se disparó con la absurda sensación de que la tan deseada, hacía

unos días, propuesta de matrimonio iba a llegar en el momento menos oportuno.

—No estoy en ningún apartamento. —Mi mirada voló por toda la habitación buscando una salida imaginaria—. ¿Recuerdas a Matthew LongCock?

—¿El amigo inglés de tu hermano?

—Sí, ése. Se ha ofrecido a acogerme en su casa, así puedo ahorrarme el coste del alquiler —me inventé.

—Qué amable. —No pronunció una sola sílaba más alta que otra, sin embargo, pude apreciar algo de suspicacia en el comentario—. Mándame la dirección y esta noche estaré allí.

No me di ni cuenta de la implicación temporal, ya que perdí la poca concentración que tenía al ver a Matthew salir del baño completamente desnudo, desprendiendo pequeñas gotas de agua a su paso, ajeno a mi mirada.

—¿Cuándo has dicho que vas..., que vienes? —pregunté algo despistada.

—Esta noche, llegaré sobre las once.

—¡¡¿Hoy?!! —grité recobrando la concentración en un instante.

Mi voz se oyó hasta en la necrópolis de Saqqara.

Capítulo 10

Te quiero, no te quiero... Te dejo, no te dejo...

Después de casi sufrir un ataque al corazón en una habitación de un hotel de lujo en el centro de El Cairo y de intentar por todos los medios que Martín retrasara el viaje, lo que finalmente hizo, tras oír excusas tan peregrinas como que la empresa china no me permitía la confraternización en días laborables, aterrizamos en Londres. Había conseguido setenta y dos horas más. Un *habeas corpus* en toda regla.

Llovía, lo que no era una novedad, pero, con franqueza, fue un consuelo después de tanto día de calor. Recuperé la respiración sin ayuda de inhaladores nada más salir al aparcamiento de Heathrow. Matthew iba de mal humor, y yo, evitando una nueva discusión o dar más explicaciones que las que debía, me mantuve en silencio todo el trayecto. Si hubieran revisado nuestros indicadores mitocondriales, a través del microscopio se podría haber leído en letras fluorescentes: «Modo hostil: ON».

El trayecto en taxi duró apenas una hora, y el vehículo finalmente se detuvo en una calle residencial flanqueada por casas victorianas a uno y otro lado.

—¿Dónde estamos? —le pregunté a Matthew mientras él entregaba la tarjeta de crédito al taxista.

—En Fulham. Vivo aquí.

Por su breve respuesta, percibí que el enfado no había remitido, así que

guardé silencio de nuevo mientras observaba a mi alrededor y él se ocupaba de pagar el taxi y recoger las maletas. Era una zona tranquila, con numerosos parques y zonas verdes, alejada del bullicioso centro neurálgico de la ciudad. Una zona burguesa y adinerada.

Subí detrás de él los cinco escalones que nos separaban de la puerta lacada en negro y él me dio paso primero. Dejó las maletas en el suelo de madera pulida y encendió las luces halógenas ocultas tras el artesonado de escayola del techo. Me guió hasta unas puertas de roble macizo con cristales biselados que corrió para que descubriera el salón principal de la casa. Abrí los ojos con muda admiración. Era una estancia amplia, donde unos grandes ventanales confluían en dar luminosidad natural al conjunto, aprovechando la forma de semicircunferencia propia de los edificios de época, compuesto por un sofá de piel negra y unas vitrinas adornadas con variados objetos y trofeos. Pegué un pequeño respingo al oír un murmullo que me hizo volverme hacia la pared principal, en la cual se estaban abriendo dos paneles que dejaban ver una televisión de plasma y varios aparatos electrónicos más. En el extremo oriental pude ver una mesa con capacidad para diez comensales y una chimenea. Cuando comprobó que había paseado la vista por cada esquina sin perder detalle, Matthew me cogió de la mano y tiró de mí para subir la escalera, rodeada por una barandilla de madera y forja. A lo largo del trayecto fui descubriendo fotografías enmarcadas de toda una vida. Sonreí al ver una de mi hermano y él cuando apenas eran unos muchachos, y me quedé clavada en un escalón al comprobar que había una de nosotros tres juntos. Nos la habíamos hecho antes de salir del apartamento de mis padres aquella noche en la que lo perdí todo. Por mi rostro sonriente y confiado, nadie habría dicho que a partir de aquel momento mi vida cambiaría por completo. Reponiéndome de la impresión, percibí a Matthew quieto en un escalón superior, observándome con intensidad. Carraspeé y seguí subiendo sin molestarme en comentar nada al respecto.

En el primer piso, en el lugar que ocupaba el salón inferior, había dos puertas. Una de ellas daba paso a un despacho. Destacaba en él la mesa con incrustaciones de nácar característica de los muebles fabricados en el siglo XVIII y las estanterías repletas de libros. Un cuadro solitario, pero

estratégicamente colocado, mostraba un paisaje expresionista de la costa mediterránea. Sonreí de forma imperceptible ante la influencia que había tenido en él aquellos veranos compartidos.

—Éste será tu lugar de trabajo —dijo Matthew, acercándose a una gran mesa blanca que se veía fuera de lugar en el entorno. Estaba situada frente al mirador semicircular y, por ello, dotada de una gran claridad. Sobre ella había colocado un ordenador, y en los cajones, que fue abriendo uno a uno, pude encontrar cualquier utensilio de dibujo que pudiese desear—. Tienes conexión directa con el servidor de Poppy, así que no será ningún problema. He intentado aprovisionarte de todo lo que he creído imprescindible, pero si necesitas cualquier cosa, no tienes más que pedirla —continuó, girando el sillón de cuero negro que iba a ocupar a partir del día siguiente.

—¿Con esto pretendes conquistarme? —pregunté, porque nunca antes había tenido un lugar tan sumamente adecuado para trabajar.

—¿Lo he conseguido? —Enarcó las cejas con algo de diversión.

—Lo conseguiste hace nueve años, pero, por fortuna, recuperé pronto la cordura —barboté ante la intensidad de su mirada.

—¿Cuándo vas a decirme por qué me guardas tanto rencor? —inquirió con dureza.

—Nunca —exclamé sin poder creer que todavía tuviera el descaro de preguntarlo.

Con un gesto de terquedad, salí de la habitación y me quedé en el descansillo, esperando a que me mostrara el resto de la casa. Matthew abrió una segunda puerta y me indicó, con voz monótona, que aquella iba a ser mi habitación. Sin estar tan profusamente decorada como las estancias anteriores, era cálida y a la vez impersonal. Los colores blancos y cremas denotaban que era la destinada a ser la habitación de invitados. La cama de matrimonio estaba situada a la derecha, junto a dos mesillas altas, todo en madera decapada blanca y tiradores de bronce mate. Frente a ella había una pequeña cómoda con un espejo ribeteado en plata.

—Tienes tu propio aseo, aunque sólo con ducha. Si deseas bañarte, podrás utilizar el mío. La puerta junto a la mesilla —se acercó para mostrármelo con detenimiento— es el armario. Es un vestidor disimulado entre las paredes.

Parte es tuyo y parte es mío. Son independientes, no tienes que preocuparte por encontrarme desnudo en él.

—Con sinceridad, verte desnudo no es algo que me preocupe —musité, oteando el interior del vestidor vacío.

Lo oí mascullar algo en inglés que no entendí y lo seguí a la siguiente habitación, que era la suya. Mucho más amplia que la anterior, su decoración era bastante parecida, pero en tonos oscuros. Muebles negros y sobrios de madera maciza. Acaricié con una sonrisa el papel gris cubierto por diminutas amapolas, lo suficientemente pequeñas como para ser masculinas y pasar desapercibidas a otros ojos.

Admiré su gusto en silencio y supe sin lugar a dudas que, aunque pareciera una casa propia de una revista de decoración, él había sido el encargado de elegir la mayoría de los muebles y los objetos. Tras cada puerta podía descubrir un rasgo particular y admirado de su carácter. Serio, clásico, amante de las antigüedades y, sin embargo, siempre a la vanguardia de lo moderno sin que llegara a ser frío. Había convertido su casa en un hogar y no en un simple domicilio.

Después de aquello, me mostró un pequeño gimnasio, que rechacé utilizar, y me señaló que en el ático estaba su lugar de trabajo, una buhardilla cubierta de ordenadores donde solía encerrarse largas horas durante el día.

—¿Y esta puerta? —inquirí señalando una que permanecía cerrada al lado del despacho.

—Está vacía.

—¿Por? —continué preguntando sin saber que estaba cayendo en una trampa.

—Es la destinada al bebé.

Tragué saliva con rapidez y aparté el sonrojo de mi rostro, a la vez que hacía desaparecer las imágenes que habían permanecido en mis recuerdos tantos años.

—¿Estás embarazado? Nadie lo diría, no se te nota nada.

Recurrí al sarcasmo como arma, lo que hacía a menudo, y le propiné un pequeño codazo en su abdomen firme y duro.

Él recogió el guante con soltura y elegancia. Me miró con fijeza y enarcó

una ceja.

—Te dejaré decorarla a ti. Nadie mejor que su madre, y, además, diseñadora de ropa infantil, para conseguir un espacio perfecto y acogedor.

Sonrió con tanta suficiencia al decirlo que me quedé sin réplica alguna.

Me giré sobre los talones y me encaminé a mi habitación.

—Necesito una ducha —mascullé y, recobrando el ánimo, proseguí—: ¿Puedes subirme la maleta?

—Por supuesto —contestó a mi espalda en el mismo tono de satisfacción irónica con el que había hablado con anterioridad.

* * *

Era cierto que el baño era pequeño, aunque la ducha romana lo compensaba, además de incluir una columna de hidromasaje. Pasé bastante tiempo descansando mis músculos bajo los chorros de agua lanzados con precisión a cada parte de mi cuerpo. Me sequé el pelo con una toalla y me vestí con unos vaqueros desgastados y una camiseta que rezaba: «El mundo está lleno de idiotas distribuidos estratégicamente para que te encuentres al menos uno cada día». Me puse unos calcetines antideslizantes y decidí bajar a la cocina.

Me detuve en la puerta y aproveché que Matthew no me había oído para admirar la estancia y, si soy sincera, también a él. Era mucho más espaciosa que cualquier cocina al uso, decorada en muebles lacados en rojo y encimera de granito negro. Había una mesa en el centro con varios taburetes con medio respaldo tapizados en cuero oscuro. Las paredes de cerámica blanca refulgían en contraste con los colores elegidos. Agradecí no ver la típica cenefa de cebollas, calabazas y apios que adornaba cualquier cocina española, ya que había conseguido darle a la estancia un tono *boho chic*.

Matthew estaba de espaldas a mí, buscando algo en el frigorífico americano. Lo cerró con el codo y, al girarse, puso un gesto de extrañeza que me confundió.

—¿Eso lo dices por mí? —preguntó señalándome con una bandeja de pimientos amarillos.

Me estiré la camiseta y resoplé.

—Fue el último regalo de Ana por mi cumpleaños. Ya ves, tiene mucho sentido del humor.

—Yo diría que más bien un particular sentido del humor.

Sonreí, todavía titubeante, y me acerqué. Él dejó la bandeja en la encimera y me ofreció una copa de vino.

—Mmmm..., ¿chianti italiano?

—Sí. ¿Te gusta?

—Sí, me recuerda un viaje a Venecia —dije con nostalgia.

Él se quedó en silencio. Habíamos compartido muchos momentos durante varios años, pero también teníamos un considerable y abismal espacio que rellenar.

—Estoy haciendo la cena. ¿Qué te apetece? —pronunció finalmente.

—Lo que quieras, no tengo preferencias.

—Está bien.

Se volvió y buscó en uno de los cajones para sacar un delantal, que se colocó con la facilidad que tenía mi abuela Jacinta, la cual creo que nació y murió con uno de esos trapos puestos, creando leyenda como el general Caster y sus famosas botas.

No pude reprimir la risa.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió volviéndose hacia mí.

—Hay cosas que nunca cambian. Sigues siendo tan meticuloso como siempre.

—¿Es que tú no te pones delantal cuando cocinas?

—No cocino a menudo, suelo comer en la empresa y por la noche pedimos comida para llevar.

—¿«Pedimos»?

—Martín y yo.

Se quedó en silencio un minuto y se dedicó a trocear los pimientos y otra serie de verduras para volcarlas luego en un wok.

—No me habías dicho que vivías con él —dijo al ponerlo sobre la vitrocerámica.

—Yo no lo llamaría vivir tampoco. —Me interrumpí porque me dio la

sensación de que me estaba disculpando por algo de lo que no era culpable—. Después del accidente, fue una época difícil. El ambiente en casa de mis padres se enrareció y necesitaba salir de allí, así que le pedí que me hiciera un hueco en su minúsculo apartamento.

—¿En serio?

Cogió su copa y bebió un sorbo enarcando una ceja en mi dirección.

—Sí, ¿te parece tan extraño?

—Siempre creí que eras del tipo de mujeres que esperan una declaración de rodillas y un diamante del tamaño de Madagascar.

—Quizá lo fuera hace mucho tiempo, pero dejé de serlo y de esperarlo hace mucho también —murmuré con algo de amargura.

Él, como todo un caballero inglés, asintió con la cabeza y, comprendiendo que necesitaba un poco de espacio, se centró en no dejar que las verduras se quemaran. Yo cogí la copa de vino y me senté en un taburete viéndolo cocinar y admirando su destreza y, sobre todo, lo bien que le quedaba el pantalón vaquero a su trasero. Después, escalé con la mirada su espalda ancha y los músculos que se marcaban tras la sencilla camiseta blanca y tuve que beber de nuevo, notando cómo la temperatura en la cocina iba en aumento.

—Tienes una casa preciosa —comenté para distender el ambiente.

—También es tu casa ahora —replicó él sin perder la concentración.

—¿De verdad? No me digas eso: corres el riesgo de que la venda y me quede con el dinero para saldar la deuda de la empresa familiar —continué, bromeando.

—¿Harías eso?

Se giró hacia mí con la espátula de madera en la mano, lo que, en vez de darle un aspecto cómico, le confería uno tremendamente erótico.

Me pregunté si el vino tendría algún componente, aparte de la uva, que provocara ese efecto en mí.

—Soy pobre, pero también honesta. Te daría la mitad de lo obtenido por la venta, por supuesto —afirmé.

Él sonrió y se acercó a indagar de nuevo en el frigorífico. Lo oí tararear una canción que me resultó familiar. Sacó una bandeja de huevos y me indicó que me aproximara. Lo hice con reparo, pues pocas veces mis experimentos

culinarios resultaban adecuados para los humanos.

—¿Puedes batir estos huevos? —me pidió.

—Claro. —Suspiré con alivio—. Eso sí sé hacerlo.

Ambos nos concentramos en cada objetivo. Me situé a su lado y comencé a marcar el ritmo de la canción con pequeños golpes en el plato.

—«*I have climbed the highest mountains*» —cantó Matthew en voz baja —. «*I have run through the fields...*» —Sonrió viendo cómo yo le seguía el ritmo.

En la siguiente frase de la canción de U2, me envalentoné y canté con él.

—«*Only to be with you*» —dijo Matthew.

—«*Only to be with you*» —repetí.

—«*But I still haven't found...*» —pronunció él con voz ronca.

—«*...what I'm looking for*» —terminé yo, y ambos chocamos nuestros instrumentos, yo el tenedor y él la espátula, como si estuviéramos en un concierto y fueran las baquetas de una batería.

—¿Tienes alguna idea de lo que has dicho? —inquirió riendo.

—Ni la más remota, ¿me la traduces? —solicité.

—No tengo ninguna intención, Álex. Ésta tendrás que averiguarla tú misma.

Su mirada pícaro y cargada de diversión me hizo desconfiar, y saqué el teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón.

—Ahora no, ya tendrás tiempo esta noche —repuso él.

—De acuerdo —asentí con un mohín que le provocó una carcajada, y continué batiendo con bastante furia los huevos.

—Creo que ya están, no es necesario que los asesines —dijo acercándose a mí.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté llevando de nuevo la conversación a un terreno neutral.

—Unas tortillas de espinacas y salteado de verduras.

—¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Llevo muchos años viviendo solo. Me he cansado de la comida para llevar.

Me miró enarcando una ceja y yo fruncí los labios.

Por un momento me maravilló que fuéramos capaces de mantener una conversación sin recriminaciones ni acusaciones.

—¿No sabes cocinar nada de nada? —Quiso saber, todavía con la sorpresa reflejada en el rostro.

—Bah..., ya sabes, hornear lasaña, freír san jacobos..., ese tipo de cosas. Su carcajada me sobresaltó y me hizo enrojecer.

—Anda, ven —pidió tendiendo su mano hacia mí.

Me situó frente a la sartén y él se colocó a mi espalda. Pude oler su jabón y su perfume impregnado en la ropa. Pude sentir su calor a través de la fina camiseta que llevaba. Cogió un bote de especias y lo agitó sobre la tortilla abierta. El suave aroma del orégano llegó a mis fosas nasales.

—El secreto —susurró inclinándose sobre mi hombro, acariciando con su aliento mi mejilla— es saber utilizar los ingredientes en su justa medida.

—Hummm.. —balbuceé, de repente bastante más interesada en otras cosas que en aprender a cocinar.

—El secreto —continuó posando una mano abierta por debajo de mi camiseta justo sobre mi estómago— es utilizar un ingrediente que realmente sorprenda al comensal.

Con su mano libre alcanzó otro bote de especias y aspiré el olor de la canela como si fuera opio.

—Ayúdame, Álex —exigió con voz ronca, y mostró su mano frente a mí.

Espolvoreé sobre ella la canela y observé con alto grado de fascinación cómo la dejaba caer en la mezcla.

—¿Sabes que la canela es un afrodisíaco? —murmuró acercándose tanto a mi piel que su barba me rozó el cuello.

Y todas las respuestas, las afirmativas, las negativas, las acertadas y las equívocas, volaron de mi pensamiento consciente. Sólo sentía su mano sobre mi piel, cómo sus dedos acariciaban de forma pausada haciendo que cada centímetro de mi cuerpo respondiera despertándose de un largo letargo. Deseé que su mano subiera y alcanzara mis pechos, que comenzaban a doler. Deseé que su mano bajara y diera calma al punzante hormigueo de mi vientre. Lo deseé con tanta intensidad que proferí un quedo gemido.

Él apartó la mano y se separó para apoyarse con la cadera a un lado.

—Lo sabías, ¿no? —inquirió observándome con expresión divertida.

—¿El qué? —pregunté yo a mi vez, sujetándome del borde de la encimera de mármol por temor a caerme al suelo.

—Que la canela es un afrodisíaco. Al menos, eso dicen, aunque no he tenido ocasión de comprobarlo.

—¿Comprobarlo? —musité sin soltar la encimera.

—Sí. Me he quedado sin albahaca, así que esto es una especie de experimento.

Con lentitud, recuperé la compostura.

—También dicen que los experimentos con gaseosa, por si acaso.

—Cierto. Pero nunca son tan divertidos —añadió guiñándome un ojo.

Sintiendo que mis articulaciones se habían convertido en gelatina, me acerqué a mi asiento y dejé que él me rellenara la copa. Tras beber un nuevo sorbo, empecé a tranquilizarme. ¿A qué estábamos jugando exactamente? ¿Él me atraía a su juego o yo lo iniciaba?

Al poco rato comenzó a hablar de nuevo, como si en realidad no hubiese sucedido nada fuera de lo común entre nosotros. Me entretuvo con sus explicaciones de dónde estaba cada cosa y las veces que venía la asistenta con la compra, a limpiar la casa y a planchar. Puso dos servicios individuales, uno frente al otro y, en el centro, la fuente de verduras. Cuando terminó de cocinar, nos sirvió a ambos y se sentó. Comimos en silencio unos minutos. La tortilla estaba deliciosa, eso no lo podía negar, fuera fruto de la canela o no.

—Álex, lo siento —soltó de improviso, limpiándose con la esquina de la servilleta de hilo los labios.

—¿Qué es lo que sientes? —inquirí con curiosidad.

—Lo del viaje. Quería que fuera especial y...

—Fue especial —lo interrumpí—, dependiendo de cómo utilicemos ese adjetivo.

—Sí, verte aferrada al busto de Nefertiti me impactó.

—¿Qué pena que al final perdiera la cabeza como Luis XVI!

Ambos nos miramos y reímos a la vez.

—Por lo menos, la boda salió tal y como se esperaba —sentenció.

Lo miré con incredulidad.

—Yo sólo recuerdo que mi hermano me drogó, que sufrí varios ataques de histeria y que acabé emborrachándome y quedándome dormida con el vestido sobre la cama.

—Sí, serán grandes anécdotas para contar a nuestros nietos —afirmó todavía con una sonrisa.

Le cogí la mano y la acaricié con suavidad.

—Matthew, no es necesario que te esfuerces en crear una apariencia real a este matrimonio. Ambos sabemos que es sólo un contrato.

—¿Es sólo eso, Álex? —preguntó mirándome con tal intensidad que por un instante pensé que podía leer mis pensamientos.

—Lo es. Intentaremos ser amigos, lo que creo que va a ser difícil, pero lo intentaremos —aseveré.

Él bajó la cabeza y se concentró en acabar la tortilla. Al poco rato lo oí murmurar:

—*Enough. For now.*[11]

—Eso lo he entendido —dije y él elevó los ojos hacia mí.

Ambos sonreímos de nuevo.

—Por cierto —comenté, auspiciada por el buen entendimiento al que parecíamos haber llegado—. No tendrás algún viaje preparado, ¿no?

—¿Para cuándo? —En su tono se filtró la desconfianza.

—Mañana.

—¿Por qué?

—Viene Martín. Me ha dicho que tenemos que hablar de algo importante y creo saber lo que es. No quiero tener secretos con él, y he decidido contarle todo este embrollo, pero también me gustaría hacerlo a solas, si es posible.

Él se mordió el labio y vi cómo tensaba la mandíbula.

—¿Crees que es buena idea contárselo? —preguntó.

—Si tú fueras él, ¿te gustaría que tu pareja te ocultara algo así? Quiero que entienda que no es nada sórdido, simplemente un amigo que ha decidido ayudarnos a cambio de...

—Vamos, Álex, ¿a cambio de qué? ¿Le vas a decir que es a cambio de casarte conmigo durante un año? —me interrumpió con brusquedad.

—Lo haré. No soporto el engaño y la mentira. Tú no lo conoces, él es un

hombre íntegro y no quiero hacerle más daño del que ya le estoy haciendo. Tengo que aclarar muchas cosas con él, no sólo ésta.

—¿Qué cosas?

—A ti no te conciernen —respondí cortante.

—Aunque no lo creas, me conciernen y me afectan. ¿Esperas una explicación también por parte de él de por qué todavía no estáis ni siquiera prometidos?

Solté el tenedor, que chocó con el plato y rebotó con ira.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Es obvio que si estuvierais prometidos no habrías dudado en ondearlo como una bandera delante de mis narices, algo que no has hecho. Más bien al contrario, o no quieres hablar de él o realmente no lo recuerdas con tanta intensidad como para tenerlo presente.

—Matthew, te rogaría que te abstuvieras de opinar de algo que no te incumbe, porque, aunque crees conocerme, no soy la que recuerdas.

—Hace días me preguntaste por qué quería un año de tu vida.

—¿A qué viene eso ahora?

—Porque una de las cosas que me propongo es recuperar a la persona que fuiste y que sé que sigue dentro de ti, aunque ahora estés tan dolida y atormentada que te escondes en las tinieblas que rodean tu alma.

—Muy poético, Matthew, aunque eso no lo conseguirás nunca.

—¿Por qué?

—Porque a esa persona la mataste tú —finalicé, y me levanté con rapidez para salir de la cocina.

Él me alcanzó justo en la puerta, sujetándome por la muñeca.

—Tienes suerte: mañana por la tarde me voy a Dublín. Regreso el domingo, ¿es tiempo suficiente? —preguntó en ese tono que odiaba en él, tan indiferente y alejado.

—Lo es —afirmé, y me solté para subir de dos en dos los escalones hasta llegar al refugio de mi habitación.

Cuando ya me había puesto el pijama y estaba acostada intentando leer un libro, mi móvil me avisó de que tenía un mensaje. Lo abrí con curiosidad y leí su contenido:

«He escalado las montañas más altas, / he corrido a través de los páramos, / sólo para estar contigo. / Pero todavía no he encontrado lo que estoy buscando.»

Por si te habías olvidado. M.

Cuando terminé, silencié el teléfono, cerré el libro y apagué la luz.

Y deseé tener también el poder de apagar mis recuerdos.

* * *

Al día siguiente no lo vi, aunque sí lo oí. Lo oí machacarse en el gimnasio con The Killers de fondo. Y lo oí tararear a Tony Bennett en el baño mientras se daba una ducha, y también oí el silencio opresivo de la casa cuando estuvo trabajando varias horas en el ático.

Después de una noche en la que no había dejado de soñar con mensajes crípticos escondidos en canciones que marcaron nuestra adolescencia, y de sentirme nuevamente sobre un camino de difícil resolución, justo en una encrucijada, aproveché para serenarme y empezar una rutina diaria. Trabajé durante toda la mañana en mi despacho y avancé bastante en los diseños de la nueva temporada. Comí un sándwich rápido en la cocina, evitando a Matthew, y por la tarde empleé todo el tiempo que me restaba en estar espectacular para recibir a Martín. Me duché, me apliqué suavizante con olor a frambuesa en el pelo y me di crema hidratante por todo el cuerpo con parsimonia, creando mi propio ritual de belleza. Vestida con un conjunto de lencería negro y medias con ligero, me pregunté qué esperaba del reencuentro. Estaba preparándome como si aguardara a mi amante, cuando en realidad tenía intención de dejar claros todos los puntos de nuestra relación. Suspiré hondo, sin saber de qué lado inclinar la balanza y, al oír ruido en el pasillo, abrí la puerta sobresaltando a Matthew, que ya arrastraba su maleta en dirección a la escalera.

—¿Puedes venir un momento? —le pedí.

Soltó la maleta y se volvió lentamente con gesto de fastidio. Sólo la leve dilatación de sus pupilas me indicó que yo estaba casi desnuda. Carraspeé, enrojecí y, después, desafiante, erguí la cabeza.

Si mi hermano hubiera presenciado la escena, ya tendría un nuevo apodo: *Álex Calientapollas* Torres. Durante un brevísimo instante, ambos nos retamos con la mirada.

—¿Qué es lo que necesitas? —preguntó él con voz ronca.

—Tu opinión de amigo —dije.

Entornó los ojos y se cruzó de brazos sobre el traje.

—¿Qué tengo que opinar?

—Más bien elegir. Mira los vestidos sobre la cama. ¿Cuál de ellos te gustaría arrancarme con los dientes si me vieras vestida con él?

Mi hermano ya me habría cambiado el apodo de nuevo: *Álex Capulla-Calientapollas* Torres. No puedo responder a por qué lo hice, sólo sentía que debía devolverle el calentón de la velada anterior, el enfado posterior, la noche en vela, y restregarle que, aunque me hubiera casado con él, iba vestida para matar a polvos a mi novio, pese a que todavía no supiera qué pasaría con Martín. Sí, debía reconocer que tenía las ideas perfectamente claras.

—¿Cómo?

Carraspeó y tosió un par de veces.

—Vamos, eso es lo que hacen los amigos.

—Los amigos gais.

—Ya.

—Por mucho que te empeñes, *Álex*, no vas a conseguir que cambie de acera. Estoy muy cómodo en ésta.

—Vale, vale. Sólo dame tu opinión de tío.

Se quedó un momento mirando los dos vestidos, evitando deliberadamente mirarme a mí. Uno era negro hasta la rodilla, con la espalda desnuda y sujeto por un hilo de cristales de Swarovski, y el segundo, rojo y provocativo.

—El negro —sentenció.

—¿Estás seguro? ¿No te parece más *sexy* el rojo?

—Si ya lo tenías claro, ¿se puede saber para qué me preguntas?

Levanté las manos ante su ataque, en señal de rendición.

—El negro entonces.

—Sí, el negro —afirmó sin dejar de observarlo como si fuera a levitar en el aire.

—¿Te vas ya? —inquirí.

—No quiero molestar —argumentó y, volviéndose con brusquedad, se dirigió hacia la puerta.

Mis ojos persiguieron su espalda hasta que desapareció. Apreté los puños con enfado y la balanza por fin se inclinó hacia un lado. Matthew me dio la respuesta que mi mente se negaba a aceptar, o, más bien, mi corazón me gritó que empezara a solucionar el problema. Debía romper con Martín. Nuestra relación se había ido enfriando, diluyéndose y resquebrajándose por el tiempo transcurrido, en vez de afianzarse. Apenas hablábamos, apenas nos veíamos, no teníamos relaciones desde..., ya ni lo recordaba. No quería que él perdiera su tiempo con alguien que ya no tenía futuro. Se lo debía, al menos le debía que recuperara su vida y pudiera rehacerla con otra mujer.

Y, reafirmandome, me puse el vestido rojo, sabiendo que el negro estaba reservado para otra persona, aunque sólo fuera en mis sueños. Me maquillé con esmero y, cuando oí un coche detenerse en la entrada, bajé a trompicones la escalera, presta a recibirlo.

Martín mostraba un gesto cansado. Venía directamente del trabajo, ya que todavía llevaba el traje, bastante arrugado, y del que había desaparecido la corbata. Aun así, me ofreció una sonrisa y alabó mi aspecto.

—Estás preciosa, Álex. Como siempre.

—Gracias.

Hice una pequeña reverencia, de repente, cohibida.

—¿No es ése el vestido que te pusiste para nuestra primera cita?

—Eh..., no. Es el que me puse para la Nochevieja en la que nos invitaron tus padres.

—Es verdad. —Sonrió él—. Bebiste tanto cava que tuve que llevarte a hombros a la cama.

—Pues yo lo que recuerdo es que en la cama nos divertimos bastante —apostillé.

—¿En serio? —Se rascó la cabeza con gesto pensativo—. Es curioso cómo el cerebro parece seleccionar algunos recuerdos y otros no. ¿No te parece?

No, no me lo parecía, aunque empezaba a verlo todo claro.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar o prefieres hacerlo fuera? —
inquirí.

—Mejor aquí, estoy algo cansado.

—¿Tomamos algo primero? ¿Un vino? ¿Cerveza? —ofrecí, porque no tenía nada pensado, ni para cenar ni para lo que viniera después.

—¿No tienes algo más fuerte?

—Creo que Matthew guarda una botella de whisky escocés en el aparador —dije, y me dirigí hacia el salón con el fin de prepararnos en dos vasos tres dedos de licor para cada uno.

Cuando terminé, él se había sentado en el sofá y estaba con los ojos cerrados.

No se había acercado a mí. No me había tocado. No había besado mis labios pintados. Parecíamos dos completos desconocidos.

Lo observé un momento, de pie en medio del salón, y él abrió los ojos y me otorgó una media sonrisa. Me senté a su lado con bastante rigidez.

—El amigo de tu hermano ha sido muy amable en cederte la casa, los alquileres en Londres son prohibitivos —comentó.

—Sí, eso es cierto —corroboré, pero no dije a cuál de las dos afirmaciones me refería.

Nos quedamos unos minutos en silencio, sin encontrar la forma de comenzar nuestra última conversación.

—Tengo que decirte algo —barbotamos los dos a la vez.

—Empieza tú.

Sonreí con timidez y también con miedo a abordar la cuestión que me temía que no iba a disfrutar de ningún preliminar cordial.

—No, hazlo tú. Las damas primero —insistió.

—Prefiero que seas tú —le dije, asumiendo que con ese acto le estaba dando el tiempo necesario para que asumiera lo que le iba a contar.

—Está bien. —Dio un largo trago al whisky y depositó el vaso sobre la mesa de centro. Me cogió ambas manos y me miró fijamente a los ojos—. Hay cosas que no se pueden decir por teléfono, hay que estar frente a frente.

Sentí un retortijón en el estómago y tragué la saliva acumulada en el grueso del paladar. En ese momento, Martín me soltó una mano y rebuscó en el

bolsillo de su chaqueta. «Por favor, no..., por favor, que no sea el anillo de compromiso que debería haber sido entregado años antes», supliqué en silencio, y mis manos se enfriaron como si las hubiera metido en hielo. Intenté sonreír y apenas conseguí una mueca. Sin embargo, de su bolsillo sacó el móvil y lo apagó. Lo miré más intrigada que disgustada.

—Álex.

—¿Sí?

—Creo que debemos dejarlo.

Si me hubieran clavado un cuchillo en el abdomen, no me habría dolido tanto. ¿Cómo era posible que tan sólo unas horas antes hubiera decidido ser yo la que terminara la relación y ahora me encontrara como si me hubiesen arrancado el corazón para hacerlo picadillo?

—¿Dejarlo? —pronuncié con un hilo de voz.

—Las cosas se han complicado. Hace mucho tiempo que venimos retrasando la decisión.

Me levanté como un resorte, soltando su mano.

—¿«Debemos»? ¿«Venimos»? ¿Desde cuándo me incluyes en una decisión que has tomado tú solo?

—Álex —murmuró él con lentitud—, no te enfades. Deberías verlo igual que yo. Hace muchos meses que no nos acostamos, apenas hablamos, salvo por cuestiones del trabajo. Y cuando estamos juntos nos evitamos.

—Eso no es un motivo para romper una relación de cuatro años.

Hasta yo misma me sorprendí de la ira que mostré en esa frase, cuando creía pensar exactamente lo contrario.

—Lo es. Llevo meditándolo bastante tiempo, y lo que me hizo reaccionar fue tu inoportuna pedida de mano en el aeropuerto. Pensé que, aunque para mí estaba claro, tú igual no lo veías de la misma forma.

—¿Me estás dando un discurso de moralidad y buenos modales? Vivíamos juntos, teníamos un proyecto de futuro en común.

¿Qué estaba haciendo? No conseguía reconocermé en mis palabras. Estaba defendiendo algo en lo que ya no creía.

—No, Álex. Lo tenías tú. Tú y todos tus planes que yo secundaba. Pero con éste no lo voy a hacer.

Tuve que disimular el temblor de mis piernas en los tres pasos que me separaban de una de las estanterías. Supe que su intención de romper no era reciente. La nuestra era una relación que venía deshaciéndose desde antes de que ambos nos diéramos cuenta. No había un solo culpable. Esa vez no. Me apoyé en la madera buscando algo en mi mente para convencerlo, conseguir que volviera a mí. De repente estaba desesperada por no sentirme fracasada, sola de nuevo. Pero el dolor, tan reconocible como un viejo compañero de viaje, me traicionó provocando que me hundiera más con la última pregunta. Sí, la pregunta que jamás debemos hacerle a alguien que nos está dejando.

—Martín, ¿tú me quieres?

Lo miré a los ojos, con los míos nublados por las lágrimas.

Él se levantó y rodeó la mesita de centro para quedar frente a mí. Su imagen era la derrota en sí misma.

—¿Que si te quiero? Me enamoré como un idiota la primera vez que te vi. Entraste al despacho de tu padre y te disculpaste sonriendo por la interrupción tras dejar un muestrario en la mesa. Ni siquiera me miraste. ¿Sabes que yo salía con otra persona en ese momento? —Lo observé con incredulidad—. Sí, no era nada serio, pero aquella mujer me gustaba mucho, muchísimo —remarcó—. Y, sin embargo, en cuanto empecé a trabajar y vi que tenía una mínima posibilidad contigo, la dejé. Nunca creí que tú pudieras haberte fijado en un tío como yo.

—¿Por qué no? —balbuceé desconcertada por el giro de la conversación.

—Porque nunca me he sentido lo suficientemente bueno para ti. Yo no era lo que tú necesitabas, no podía seguirte. Lo intenté, pero no pude. Y ya no quiero seguir haciéndolo.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Has tenido cuatro años para hacerlo.

—Por, por...

Me llevé la mano a la frente y cerré los ojos un instante.

—Por el accidente. No quisiste dejarme por ello —pronuncié con la voz rota.

—Álex —dio un paso para acercarse a mí y alargó una mano, dejándola caer a un costado de su cuerpo sin tocarme—. No deberías haberme preguntado si yo te quiero: deberías habértelo preguntado a ti misma.

—No te entiendo —murmuré.

—Sé que me has tenido cariño, pero nunca me has amado.

—¡Sí lo he hecho! —estallé.

—No podías hacerlo porque siempre has amado a otra persona.

Con esa simple frase, me desarmó. Abrí la boca, la cerré. Me llevé la mano al cuello y noté las rápidas pulsaciones en la carótida. Negué con lentitud, moviendo apenas la cabeza, negándome a reconocer la verdad.

—Creo que debo irme —asumió él, alejándose para coger su maleta.

Reaccioné.

—¿Hay otra? —le pregunté con frialdad.

—No quiero hacerte daño, a ti no —repuso girándose.

—Creo que ya lo has hecho —mascullé—. ¿Desde cuándo?

—Álex...

—¿Desde cuándo hay otra? ¿O crees que soy tan imbécil como para no darme cuenta de que si rompes conmigo es porque hay otra esperando? —rebatí, descubriendo lo que era la secuencia más lógica en aquella situación.

Todas las noches que se ausentaba, lo esquivo de su comportamiento, su misteriosa forma de evadir cualquier pregunta comprometida. Absolutamente todo confluía en que él ya estaba con otra mujer mucho antes de que yo llegara a pensarlo siquiera.

—Álex, déjalo, por favor.

—Es ella, ¿verdad? ¿Has vuelto con la mujer con la que estabas antes de conocerme?

—Sí —contestó con claridad.

Mi mirada se quedó fija, procesando la última afirmación, en una de las figuras de Matthew. Era un perro de cerámica, tan bien trabajado que parecía real. Sus ojos te miraban con devoción. Sus ojos me hicieron tanto daño como la palabra de Martín. Cogí la figura y la acaricié.

—Vete —murmuré.

Le di la espalda, sin querer verlo alejándose. Cuando oí la puerta cerrarse, tragué saliva sintiéndome engañada y aliviada a la vez. Un escalofrío me recorrió la espalda y mi mano tembló, lo que provocó que el pequeño perro resbalara de mis manos y quedara hecho añicos en el suelo.

—Mierda —musité agachándome para recoger de forma metódica los pedazos de la figura destrozada.

Los llevé a la basura y me quedé de nuevo mirando los trozos. Me parecía verlo todo desde fuera, como si espiara por un agujero. Subí a mi habitación, me quité despacio el vestido y las medidas y me puse un pijama de franela con cuadros escoceses. Me arrebujé en una bata de felpa y bajé a la cocina. Me preparé un termo de café y me encaminé al estudio de Matthew. Encendí la luz sobre la mesa de dibujo y rebusqué en los cajones. Había varios blocs, hojas, cartulinas de diferentes tamaños y toda clase de lapiceros y pinturas. Con el primer sorbo de café sin azúcar, comencé a trabajar. Cuando levanté la vista, las primeras luces del amanecer se filtraban entre las nubes cargadas de agua.

Y sólo entonces pude llorar.

Me sujeté la cabeza con las manos y sollocé, temblando todo mi cuerpo. No lloraba por la pérdida, lloraba por no haberlo previsto. Me sentía estúpida. Lloraba por dos personas que habían luchado por una relación que no tenía futuro. Lloraba porque no había sabido amarlo como él necesitaba. Lloraba porque sabía que él tenía razón. Lloraba porque odiaba que tuviese razón. Y lloraba porque ya no tenía mucho tiempo para arreglar nada. Incluso mi vida. Acariciándome la parte de la cabeza que ocultaba el temido aneurisma, un gemido amargo brotó de mis labios. No había querido verlo, tomarlo demasiado en serio, pero estaba ahí, y eso, sólo eso, era lo que iba a condicionar los meses que me quedarán de vida.

Nunca había pensado en la muerte como tal. Ni siquiera cuando falleció Lucas. No asistí a su entierro porque estaba ingresada en el hospital y no me atreví después a visitar su nicho en el cementerio. Sentía miedo. Miedo y vergüenza. Miedo y arrepentimiento. Miedo y compasión. El miedo es libre y, cuando te atrapa, no puedes escapar de él. Un miedo que creció latente en mi interior a ser la siguiente en caer sobre el asfalto, rodeada de nieve mezclada con sangre y con el líquido oleoso que goteaba del motor, con el silencio de las montañas arrojándome. Un silencio que me aterraba. Me apreté con ambas manos abiertas la cabeza, palpando el cráneo bajo el cabello, como si con eso pudiera infundirme un valor del que carecía. Deduje que, si hubiera tenido un espejo frente a mí, mi rostro se habría mostrado demudado, negando un hecho

que era cierto. Porque nadie cuando tiene poco más de veinte años piensa que la muerte puede presentarse de improviso. Ese concepto nos es lejano, quizá temido, pero distante, irreal. Me pareció que podía tocar con la yema de los dedos la diminuta vena escondida en mi cerebro, protegida por el hueso que ya no era protección suficiente. Tan leve y delicada como el aliento de un niño. Permanecí así varios minutos, tomando conciencia de mi verdadera situación. Más tarde, recompuse el gesto y, como si no hubiera sucedido nada, me levanté con cansancio y en la cocina preparé otro termo de café.

De nuevo me concentré en crear, en dibujar una colección. Mi trabajo fue mi refugio, al igual que lo fue después del accidente, porque, cuando dibujaba, nada de lo que sucedía a mi alrededor tenía suficiente importancia. Ni siquiera la muerte.

Llegó un momento en que las horas se mezclaron y perdí la noción del tiempo. Dormitaba y me despertaba al poco rato con el sabor amargo de la decepción en la boca del estómago. A veces era de día, a veces la oscuridad lo cubría todo. Me quedaba con la mirada perdida en la calle, apenas transitada de gente, o ya completamente vacía. Comprobaba el teléfono y la desilusión de encontrarlo sin llamadas o mensajes me llegó a desesperar. Ésa es la única razón que encuentro para haber hecho lo más desesperado que podía hacer en ese momento.

—¿Álex?

Contestó al primer tono. Parecía estar esperando la llamada.

Carraspeé e intenté hablar, aunque no logré más que expulsar el aire de la boca con lentitud. Oía su respiración y él oía la mía.

—Álex, ¿estás bien? Álex, mi amor...

Su tono de voz consiguió formar un nuevo nudo en mi garganta. Era incapaz de pronunciar una palabra.

—¿Quieres que regrese? —preguntó.

—¿Podrías hacerlo? Necesito contarte algo —murmuré después de otra larga pausa.

—Puedo estar allí en dos horas si es necesario —afirmó.

—¿Es que entre tus poderes está también el de volar?

Sentí que sonreía como si pudiese acariciar sus labios curvados.

—Si es por ti, soy capaz de todo.

—*Matt, sweetheart...* —oí entonces que decía alguien de fondo.

¿Cómo? ¿Quién era esa mujer?

Él tapó el micrófono y lo oí murmurar algo en inglés. Hasta yo había podido adivinar el significado de ese apelativo.

—¿Álex, estás ahí?

Colgué el teléfono. Apreté con fuerza el lápiz entre los dedos y continué dibujando.

* * *

El sonido de un automóvil deteniéndose en la acera varias horas después hizo que pegara un pequeño respingo. Levanté la vista del papel y me asomé por la ventana. Era un taxi inglés. Estaba anocheciendo y las farolas no mitigaban la tarde sombría. Mi corazón dio un vuelco cuando vi a Matthew apeándose. Esperé varios minutos a que él subiera, e, intrigada por su obstinación, bajé a buscarlo.

Del salón, envuelto en la penumbra, emergía la potente voz de Ella Fitzgerald. Había comenzado a llover con virulencia y gruesas gotas de lluvia azotaban los cristales. Caminé a tientas con cuidado de no tropezarme, hasta que lo vi. Estaba sentado en el sofá, con el tobillo cruzado sobre su rodilla y la cabeza apoyada en el respaldo. Tenía los ojos cerrados. Sin embargo, no parecía relajado, su rostro se veía tenso, y a su alrededor crepitaba la energía que de él emanaba, la cual percibía con claridad, alertándome. Sus dedos golpeaban el vaso de whisky que sostenía al ritmo de la música.

—Matthew, ¿estás bien? —pregunté.

Él abrió los ojos con lentitud y le costó varios segundos enfocarme. Nada más hacerlo, frunció el ceño y su gesto se tornó enfadado.

—Perfectamente, ¿por qué me colgaste el teléfono, Álex? ¿Querías restregarme tu fin de semana romántico y te arrepentiste en el último momento?

—Te llamé porque... —me interrumpí porque no quería decirle que le había colgado el teléfono en un impulso celoso y absurdo.

—¿Fue ahí donde lo hicisteis? ¿De pie, apoyándoos en la estantería? —

exhortó.

—No fue exactamente así —respondí con brusquedad.

—La figura del perro de Limoges está destrozada en el cubo de la basura. Me imagino que el impulso no os frenó. Dime, Álex, ¿te arrancó el vestido a mordiscos como deseabas? ¿Te arrastró después sobre el sofá para continuar vuestro reencuentro? ¿Al suelo tal vez?

—¿Estás enfadado? —inquirí con incredulidad.

—¿Enfadado? Y ¿por qué habría de estarlo? Mi mujer ha estado follando con otro durante todo el fin de semana en mi propia casa y luego me ha llamado para contármelo. No es motivo suficiente..., ¿o sí? Soy un gilipollas.

—Te estás equivocando, Matthew. —Empezaba a enfurecerme yo también.

—No, Álex. ¿No pretendes que seamos amigos? Los amigos hablan de estas cosas. Cuéntame, ¿qué fue después del sofá? ¿Un asalto en la cocina?

—Pero, Matthew... —comencé, perdiendo la ira para mostrarle lo equivocado que estaba.

Necesitaba su consuelo, contárselo a alguien, desahogarme con algo que no fuera café y dibujo. Necesitaba su abrazo, aspirar su olor familiar, sentir su corazón golpeando mi mejilla.

—He sido un completo imbécil —estalló él, de nuevo interrumpiéndome—. Creí, ¡joder!, yo simplemente creí que... Y tú, tú sigues siendo la misma niña consentida, la misma egoísta que sólo piensa en sí misma sin importarle lo que sufran los demás por ella.

Meneé la cabeza con resignación. No quería defenderme, porque él no quería escucharme. A veces únicamente ves lo que quieres ver y nada puede hacerte cambiar de idea. Lo necesitaba más que nunca, necesitaba su fortaleza intrínseca, sus comentarios cargados de ironía y sus respuestas acertadas. Su sonrisa de *enfant terrible*. Su risa contagiosa y su forma de mirarme haciéndome sentir especial para él. Soportando las lágrimas, conseguí que mi voz sonara firme.

—Después del sofá, el suelo y la cocina, terminamos la jugada en mi habitación. Hubo amor, sexo, estrellas de colores y fuegos artificiales. ¿Era eso lo que querías saber?

Bebió un largo trago de whisky y dejó el vaso con un golpe seco sobre la

mesa.

—Lo que quiero saber es si yo también puedo traer a mis amantes a casa.

Enarqué las cejas con sorpresa; no esperaba esa afirmación. Ese fin de semana me habían clavado dos dagas en el corazón, aunque sin duda alguna esta última había sido la más dolorosa.

—¿A tu *sweetheart*?

—¿Cómo dices?

—¿Crees que no lo he oído? ¿Es a ésa a la que quieres traer?

—Si no te importa...

—No —mascullé—, claro que no me importa. Lo que no logro entender es por qué me dijiste que querías un año de mi vida para darme todo lo que no habías podido darme en el año que te arrebaté. ¿Es así como piensas conseguirlo? —Mi voz se había helado como la Antártida.

—Álex, tú eres la que pone las condiciones del acuerdo. Está claro lo que has decidido; de hecho, no he querido oírlo ni creérmelo hasta este momento, en que tengo las pruebas frente a mí.

—Matthew, no tienes ninguna prueba, así que no te atrevas a acusarme de ser egoísta cuando lo único que me estás demostrando ahora es que hace nueve años no me equivoqué contigo —exploté con la rabia que me produjo el dolor de saber lo que él pensaba de mí.

Seguía sin mirarme. Su terquedad era admirable y temible a la vez.

—Sólo dime una cosa: ¿lo amas? —preguntó con voz ronca, voz que tembló al pronunciar las dos últimas palabras.

—¿Tú qué crees? —respondí obligándolo a enfrentar mis ojos, esperando que él descubriera la verdad.

—Ya me has respondido —pronunció, y desvió la mirada.

Sentí que el frío que recordaba de mi niñez en sus ausencias había regresado con la intensidad de una tormenta de invierno. Tirité percibiendo un escalofrío de profunda tristeza y soledad.

—Muy bien, Matthew —contesté sin ningún atisbo de maldad—, si es así, sólo me queda desearte que disfrutes. Buenas noches.

Y por el hilo musical, Ella Fitzgerald seguía cantando: «*dream a little dream of me*».

Capítulo 11

Cómo matar al amor

—Lo que estoy viendo no me gusta nada —exclamó Matthew a un metro de mí.

Lo miré con hastío, y también con la furia acumulada después de otra noche en vela, ya que mi mente no dejaba de darle vueltas a la ruptura y al inoportuno enfado de Matthew con la consiguiente amenaza de que iba a tropezarme en cualquier momento con alguna de sus *sweethearts*. Durante las horas más oscuras había estado preguntándome con cuántas mujeres habría estado en estos nueve años, si se parecerían a mí o a serían completamente diferentes. Mi tortura había proseguido imaginándomelo enamorado, con ese brillo que una vez percibí en su mirada clara, declarándoles su eterna devoción a imágenes desconocidas pero amenazantes. Así que había decidido, casi al amanecer, que lo mejor que podía hacer era dejar de perder el tiempo y comenzar a trabajar. Me preparé un nuevo termo de café y me encerré en su despacho.

—Lo que estoy viendo no me gusta nada —repitió, esta vez con más suavidad.

Me detuve unos instantes antes de contestar, examinándolo con detenimiento. No tenía aspecto cansado; por lo visto, no le afectaba el beber como a otros, o quizá no hubiera bebido tanto. Desde luego, no dejaba entrever que hubiese pasado tan mala noche como yo. De hecho, parecía un

modelo de ropa interior masculina, en concreto, pantalones de pijama de algodón azul marino y... nada más, como era su costumbre. Si no lo hubiera conocido lo suficiente, habría pensado que estaba exhibiéndose, cuando en realidad llevaba tanto tiempo viviendo solo que ésa debía de ser su indumentaria diaria.

—¿Me acabas de gruñir? —exclamó de nuevo, sobresaltándose.

Reponiéndome con prontitud, me froté los ojos con cansancio.

—Te mordería si tuviera la fuerza suficiente —mascullé.

Él rio, pero no fue una risa de diversión. Su sonrisa no alcanzó sus hermosos ojos grises, que destellaban con intensidad a la tenue luz de la única lámpara encendida sobre la mesa.

—¿Qué ha sucedido, Álex? —inquirió con tranquilidad, cruzándose de brazos y apoyándose en el marco de la ventana.

—Nada. Estoy trabajando. Tengo mucho trabajo atrasado —respondí ignorándolo y bajando la vista hasta fijarla en el último dibujo creado.

—No has dormido, sé que te has levantado antes del alba y no parece muy feliz. Sé que anoche me comporté como un imbécil, pero no quiero pensar que eso enturbió la felicidad de estar con tu novio. —Pronunció la última palabra con desagrado.

Esta vez, el gruñido sí que se oyó. Y la furia me invadió como si estuviera pasando por la primera fase del duelo, o la segunda, no lo recordaba. Tenía tendencia a olvidarlas y a saltarme las fases, como si mi estado anímico fuera rebelde hasta con algo tan sumamente serio como eso.

—¿Por qué crees que me sucede algo? Ayer parecías bastante seguro de mi supuesta felicidad.

—Estás escuchando *Possibility*; de hecho, llevas escuchándola un par de horas. He estado observándote un buen rato y ni te has percatado de mi presencia. Sólo miras hacia la ventana y muerdes el lapicero con concentración.

—*Possibility* es una canción preciosa y muy romántica. Y, además —remarqué—, a veces, antes de dibujar suelo imaginarme mis diseños.

—Lo más romántico que dice esa canción es: «Todo lo que quería se ha ido con tu mirada» —rebató él.

Suspiré con cansancio. La canción era ciertamente triste, pero también era lo que más necesitaba en ese momento: regodearme en mi propia desgracia. Lo único que lamentaba es que en aquella casa, propiedad de un aficionado a la *nouvelle cuisine*, no había encontrado más que una miserable galleta de avena con la que consolar mis papilas gustativas hambrientas de chocolate.

—Es lógico que esté un poco melancólica por la partida de Martín —expliqué.

—No te creo, Álex. Aunque tú no lo pienses, te conozco bastante bien y sé que estás ocultando algo. ¿Va todo bien entre vosotros?

Lo observé con fijeza, deseando fulminarlo con la mirada, aunque él no se inmutó. Estaba bastante concentrado en las emociones que mostraba mi rostro.

—¿Ahora quieres saberlo? Ayer no parecías muy interesado en el tema —lo acusé.

—Culpable de todos los cargos. —Hizo una mueca que pretendía ser una sonrisa—. Puede que actuara con demasiada brusquedad, pero yo tampoco he pasado muy buena noche, y digamos que he tenido tiempo para... reflexionar.

—¡Vaya! Pues debes de utilizar una crema para el contorno de ojos milagrosa. ¿Me la prestarás? —mascullé con sarcasmo.

—Tiempo muerto, Álex —expresó acercándose a mí hasta pararse justo debajo del tenue reflejo de un rayo de sol que se filtraba entre las nubes oscuras—. Me doy por aludido —continuó, y yo lo miré intrigada—. Está claro que hoy el mensaje de tu camiseta va dirigido a mí.

Agaché la cabeza ocultando una sonrisa. Puede que no me hubiera puesto la camiseta pensando en él, pero sí que en ese momento creí que la definición de idiota le venía al pelo.

—Entre Martín y yo va todo lo bien que puede ir habiéndome casado con otro y teniendo que permanecer separados un año —repliqué volviendo a un tono formal.

—Entiendo que no se lo tomó muy bien —murmuró él entornando los ojos.

Había conseguido llevarme a su terreno con bastante facilidad. Tenía que espabilarme y centrarme o conseguiría que se lo confesara todo entre lamentos. Apreté el lapicero en la mano con fuerza y deseé que fuera una cerbatana con un dardo envenenado para lanzárselo al cuello.

—Disfrutamos mucho del fin de semana, aunque la despedida, como todas, ha sido triste —expliqué sin explicar nada y mintiendo en cada sílaba.

—¿Por eso me llamaste? ¿Para que te consolara?

—Sí, algo así, aunque, bueno, tú estabas ocupado.

—Álex...

—¿Qué?

—He estado pensando, mucho, a lo largo de estas horas, y no te creo. Sé que te ocurría algo grave, pero te arrepentiste antes de decírmelo. Y yo lo agravé al comportarme como un marido celoso.

—¿Celoso?

—Terriblemente celoso.

—¿No tenías *sweethearts* suficientes para ayudarte a superar el mal trago? —ironicé.

Él suspiró y miró al techo. Un gesto que hacía a menudo Roberto.

—Álex —comenzó de nuevo—, dejemos ese tema por el momento. Lo que quiero saber es por qué me estás mintiendo ahora.

—No miento.

—Sí lo haces. Sabes que consigo leer cada cambio de expresión y cada tono de voz, *Emperatriz Infantil*.

Lo miré con bastante desconcierto, hasta que una imagen destelló como un rayo en mi cerebro.

—¡Ay! —gemí levantando los pies para posarlos en el butacón y abrazarme las piernas con los brazos—. Nadie me llamaba así desde tiempos inmemoriales.

—¿Lo recuerdas? —inquirió con ternura.

—La verdad, desearía olvidarlo. —Oculté mi rostro entre las rodillas—. No tenía ni un ápice de sentido común —murmuré con voz amortiguada—. Y es posible que siga sin tenerlo...

Él rio y consiguió que yo me avergonzara todavía más.

—Pensé, ¡ay, Dios!, pensé que, si saltaba aquel acantilado, Fujur vendría a mi rescate y podría volar sobre él. Aquel dragón blanco y peludo había robado mi corazón —continué perdida en dolorosos y a la vez felices recuerdos.

—Aunque no vino...

—No. Pero sí lo hiciste tú. —Levanté la cabeza y lo observé con la misma adoración que había mostrado siendo una niña—. Saltaste sin pensarlo un segundo después de que lo hiciera yo. Me salvaste la vida, y a partir de aquel momento siempre consideré que tú eras Atreyu, mi héroe guerrero.

—No fue ninguna heroicidad. En realidad, caíste en una balsa creada entre las rocas, no había peligro.

—No podías saberlo. Nadie podía. Sin embargo, lo hiciste. ¿Por qué?

—Porque lo haría una y mil veces más si fuera necesario —afirmó con solemnidad.

Sentí que se me humedecían los ojos y parpadeé para alejar las lágrimas.

—¿Sabes? Ahora me gustaría ser Bastian y poder vivir en el Reino de la Fantasía olvidándome de todo lo real.

—¿También de mí? —preguntó con calidez.

—Principalmente de ti. —Su rostro se cubrió de una tristeza repentina, y sentí su dolor como propio—. Aunque también de otras cosas —añadí.

—¿Qué es lo que hice mal aquella maldita noche, Alex? —inquirió aclarándose la voz.

Lo miré intentando averiguar qué pretendía haciéndome creer que yo había sido la culpable. Sólo vi un velo que oscurecía sus ojos.

—Descubrí la verdad, Matthew —confesé finalmente—. Y entonces dejaste de ser Atreyu.

Bajé las piernas al suelo y acerqué la silla a la mesa. Cogí el lapicero olvidado y me esforcé por trazar al menos un par de líneas, mostrando que daba por terminada la conversación.

Él se quedó en silencio un largo minuto y, después, se volvió para salir del despacho. Cuando estaba en la puerta, lo oí decir de nuevo:

—De todas formas, deberías descansar. Si sigues así mucho tiempo, te bloquearás y no conseguirás nada más que perder el tiempo.

—¡Mierda! —musité cuando lo vi desaparecer en el pasillo, preguntándome si se refería a mi trabajo o a mi vida.

Dejé caer el lapicero y comencé a llorar.

* * *

A media mañana, el cansancio me venció y caminé a trompicones hasta la cama, donde caí en un tumultuoso sueño. Desperté un par de horas después y, para despejarme, me di una larga ducha con agua caliente. Me vestí con unos vaqueros negros y un grueso jersey del mismo color. Al ver mi rostro ojeroso y demasiado pálido frente al espejo, procedí a maquillarme cuidadosamente para amortiguar la impresión. Cogí el único abrigo que tenía, uno negro con mangas de cuero, y el bolso. Había decidido salir de mi autoimpuesto enclaustramiento para pasar la tarde con Ana. No tenía sentido seguir dándole vueltas a un problema al que no le veía solución. Además, necesitaba desesperadamente alejarme de aquella casa y de la influencia magnética de Matthew.

Bajé a la cocina con la única intención de tomarme otra taza de café porque mi estómago no soportaba nada sólido. En cualquier momento, dado mi consumo de cafeína, mis terminaciones nerviosas iban a confluír en rayos luminosos que brotaran de mis dedos. Me sorprendí al verlo allí, ya que pensé que estaría encerrado en el ático trabajando, lo único que solía hacer en silencio. Sin embargo, estaba sentado en uno de los taburetes altos leyendo el periódico, concentrado en las noticias y bebiendo lo que mi nariz identificó como té. Carraspeó, ajeno a mi presencia, y se llevó una mano a la nuca, donde enredó en un dedo un rizo rebelde. Parpadeé cuando un *flash* acertó en el centro neurálgico de mi cansado cerebro al darme cuenta de cuántos pequeños gestos que durante años había creído memorizados de forma indeleble había conseguido olvidar. Me mordí el labio con nostalgia y me acerqué, dejando el bolso sobre la encimera. Él levantó la vista sorprendido y me sonrió, lo que contribuyó a iluminar un poco el oscuro día.

—Pareces más descansada —comentó.

—Hummm..

—He hecho lasaña, te vendría bien comer algo.

—Pareces mi madre —contraataqué sin entender por qué parecía haber olvidado el tenso intercambio de palabras de unas horas antes—. ¿No tendrás también una fiambra llena de drogas por aquí?

—¿Tu madre tiene drogas? —preguntó con incredulidad.

—Te sorprendería saber de lo que es capaz mi madre...

—De algún sitio te tenía que venir...

Lo miré con indignación.

—¿Ahora volvemos a ser amigos? —inquirí torciendo el gesto.

—Que yo sepa, nunca hemos dejado de serlo.

Se encogió de hombros con desidia y tuve unas irrefrenables ganas de asestarle un puñetazo.

—No quiero discutir —asumí, siendo igual de políticamente correcta que él.

—No lo estamos haciendo —aseveró, y vi el asomo de una sonrisa divertida.

¿Cómo demonios conseguía arrastrarme siempre a donde a él le convenía?

—¿Vas a salir? —continuó, dejando *The Telegraph* doblado a un lado de su taza de té.

—Sí —respondí de forma escueta.

—¿Quieres que te acompañe? —se ofreció.

Arrugué la nariz y lo miré con desconfianza.

—No es necesario.

—Puedes utilizar cualquiera de mis automóviles.

—¿Automóviles? ¿Cuántos *chorvimóviles* tienes?

—No tengo ni idea de lo que puede ser un *chorvimóvil*, pero si estás insinuando que utilizo alguno de mis vehículos para conocer mujeres, estás equivocada. Aunque, insisto, puedes utilizar o bien el Aston Martin o bien el Mercedes. —Seguía hablando en tono de broma, pero yo no pude por menos que imaginarme alguna escena tórrida en los asientos de cuero, y de un resoplido la relegué al olvido.

—Eso, restriégale tu opulencia a una pobre de solemnidad. —Conseguí que soltara una carcajada y me obligó a sonreír a mí también. Me puse seria al confesar lo siguiente—: No he cogido un volante desde hace dos años.

—Lo siento —musitó.

—No lo sientas, creo que es lo mejor para todos.

—No para ti.

—Matthew, no sigas por ahí, por favor —le pedí frotándome la frente ante una nueva acometida a mi pasado.

—Está bien, entonces seguiré restregándote mi opulencia, como lo llamas tú —dijo, y me entregó un sobre blanco cerrado.

Abrí el misterioso sobre, del que cayeron dos tarjetas de crédito.

—La negra pertenece a una cuenta que abrí a tu nombre para ingresarte el sueldo. Todavía no hay mucho, pero la segunda lo compensa, está a mi cargo y no tiene límite —explicó.

—Vaya, ¿un pequeño incentivo al millón y medio de libras? ¿O vas a ir descontando los gastos ocasionados por mi estancia en Londres?

Me arrepentí de mis palabras en el momento en que vi su gesto enfadado.

—No te estoy comprando, Álex —repuso con acritud.

—Perdona, hoy no soy buena compañera —me disculpé—. De todas formas, ya me has comprado —añadí sin poder evitarlo.

—¿Eso es lo que crees?

Su tono suave contradecía el gesto duro de su rostro.

—Lo que creo es que estás intentando impresionarme con tu dinero, tu enorme casa, tus coches, tus tarjetas de crédito y tu contorno pectoral.

—¿Mi «contorno pectoral»? —Enarcó una ceja con diversión.

—Habrás oído mal —mascullé.

¿Cuánto llevaba casada con él? ¿Dos semanas? A ese paso no iba a llegar ni a un mes. Sentía que toda la fortaleza acumulada en nueve años habría sucumbido ante su hechizo maléfico. Porque no había duda de que era un demonio. Un demonio de lo más atractivo, pero igual de peligroso.

—¿Y mi encanto personal? —preguntó soportando una carcajada.

—De eso no tienes. —Fruncí los labios.

—Menos mal que no soy escrupuloso, no me importa que sólo me quieras por mi cuerpo y mi dinero —contestó dirigiendo la conversación al punto exacto que yo quería evitar a toda costa.

—En eso te equivocas. —Lo miré fijamente, atrayendo su atención—. Al que yo quería era al Matthew despistado, torpe, flacucho, y que no tenía nada más que unos vaqueros desgastados y un ordenador de segunda mano.

Me obsequió con una sonrisa que iluminó todavía más la cocina. No sé si

él sabía lo que podía ahorrarse en la factura de la luz sólo sonriendo. Entorné los ojos y me mostré completamente seria.

—No le veo la gracia —murmuré.

—Acabas de confesar que me querías.

¡Mierda! De nuevo esa sonrisa lumínica.

—Tú lo has dicho. «Quería», en pasado —repliqué.

—Bueno, sólo tengo que conseguir que recuerdes lo que sentías.

Si ya lo recordaba, ya. A todas horas.

—¿Es que no puedes dejarlo? ¿Cuándo vas poner la palabra «fin»?

—Eso es lo mejor de todo, Álex, que esta vez tengo el poder de decidirlo yo. —Abrí los ojos desmesuradamente y deseé romperle todos los dientes, aunque nos sumiéramos con ello en la oscuridad más tenebrosa—. Pero no seré tan cobarde como tú. Te aseguro que no te dejaré sólo una simple nota.

—Serás...

Los dientes de Matthew se salvaron porque sonó el timbre de la puerta. Durante unos instantes nos sostuvimos la mirada, sin ser capaces de separarnos. Él fue más valiente. Se levantó despacio y se dirigió a la entrada.

—Debe de ser Jeffrey —me informó con voz átona. De nuevo había vuelto el Matthew inglés y formal.

Me quedé sentada, esperando y apretando los puños, intentando serenarme. No recordaba a ningún Jeffrey, y lo único que quería era escabullirme cuanto antes. Lamentablemente, la puerta trasera no daba a la calle. Oí murmullo de voces hablando y ambos hombres entraron en la cocina. Observé con curiosidad a Jeffrey, reconociéndolo como el padrino de la boda.

—Él es el que tiene el contrato, es mi abogado —me dijo Matthew en castellano. Luego se dirigió a él en inglés—. Y lo ha traído —me aclaró.

Jeffrey me sonrió de forma sincera y me obligó a devolverle la sonrisa. Sus ojos azules relucían de manera un tanto pícara, sin poder ocultar la diversión que le producía saberse el único confidente de nuestro entuerto.

—Hablar español yo también —pronunció con un fuerte acento inglés.

Me mordí el labio para no reír y me imaginé qué dolor de oídos les produciría a ellos oírme hablar a mí en su idioma.

—Eso es estupendo —afirmé.

Se oyó un ladrido y me asomé al otro lado de la mesa. Un setter irlandés movía el rabo en señal de saludo. Me acuclillé para acariciarle la cabeza.

—¿Tienes un perro? —le pregunté a Matthew, que me observaba con los brazos cruzados como si se dispusiera a otra discusión por si rechazaba al nuevo ocupante de la casa.

—Sí, Jeffrey me lo cuida cuando estoy de viaje. Tenemos la custodia compartida.

Pareció tranquilizarse cuando se percató de nuestro mutuo entendimiento.

—¡Es adorable! —exclamé entusiasmada, y lo cogí en brazos.

—Me gusta mí —interrumpió Jeffrey.

—Espero que te refieras a *Bruno* —respondió bruscamente Matthew.

—No. Me gusta mí la chica —dijo él guiñándome un ojo.

No pude evitar reír, y *Bruno* intentó lamerme el cuello.

—*Bruno*. No —exigió con voz imperativa Matthew.

El perro lo ignoró, y yo también.

Lo dejé en el suelo, todavía riéndome.

—*Bruno, sit down! Now!* [12] —ordenó Matthew.

Y *Bruno* se acercó a mis piernas y me mostró sus habilidades y su extraordinario apéndice.

—¡Madre mía! —exclamé—, creo que te voy a llamar *Bruno Banana*.

Jeffrey lanzó una carcajada al aire y el rostro de Matthew se tornó más sombrío.

—Ni se te ocurra —me amenazó.

—Creo que le gusto —dije.

—A mí gustar también —intervino Jeffrey.

—*Shut up!*[13] —abroncó Matthew, pero no supe si se dirigía a Jeffrey o a *Bruno*—. ¿No tenías que irte? —continuó, mirando con cierto grado de tristeza a su perro.

—¿Me estás echando? ¡Qué desconsiderado! ¿Ves, *Bruno*? Tu dueño no te merece —apostillé, y aunque no vi los ojos de Matthew, supe que estaban brillando de furia.

—Jeff, ¿podrías acompañarla? —preguntó mientras intentaba sin remedio que *Bruno* le hiciese algo de caso.

—Mi placer —contestó el aludido, lo que hizo que Matthew emitiera un pequeño gruñido parecido a los de su homólogo perruno.

—Asegúrate de que llega sana y salva donde quiera ir —insistió.

—Yo protejo. —Y ambos hombres se retaron un segundo.

Cogí mi bolso y me quedé mirando el contrato guardado en una carpeta de cartón.

—Puedes cogerlo, si quieres. Ya está formalizado —comentó Matthew al verme.

Me lo guardé en el bolso sin decir una sola palabra con intención de que, cuando encontrara a Ana, ella me lo tradujese. Matthew frunció los labios, pero se mantuvo en silencio.

Despidiéndome de *Bruno*, que me siguió hasta la puerta gimoteando, ignoré deliberadamente a Matthew, que continuaba mostrando una expresión bastante desconcertada ante el comportamiento de su perro y bastante desconfiada ante el comportamiento de su amigo.

Un BMW serie 5 azul petróleo nos esperaba en la entrada. Dentro del habitáculo todavía se podía percibir el intenso aroma a cuero repujado, propio de los automóviles de reciente adquisición.

—¿Adónde ir? —preguntó Jeffrey arrancando el motor, que ronroneó en respuesta.

—A Oxford Street —dije, y saqué un pequeño plano de Londres por si me fallaba Google Maps en el teléfono—, creo que está cerca del Museo Británico, ¿no?

—Sí, cerca. Pasar Bloomsbury y llegar. ¿Dejar en museo?

—No es necesario, me gustaría pasear un poco.

—Oh, yo permitir tú pasear, entonces —aseguró, y en pocos minutos nos habíamos internado en el intenso tráfico de Londres.

El trayecto fue relativamente corto para tratarse de una urbe tan inmensa, y la conversación amena. Jeffrey intentó no dejarla morir en ningún momento, instándome con sonrisas divertidas a que lo corrigiera cuando pronunciaba una palabra de forma incorrecta, lo que sucedió a menudo. Consiguió que me riera contándome alguna anécdota de mi hermano cuando los había visitado, y yo se lo agradecí. Conducía de forma calmada, y por un momento pensé que la mujer

que debía de haber en su vida tenía que ser afortunada. A diferencia de Matthew, que mostraba una insultante seguridad en sí mismo propia de los hombres de éxito, Jeffrey resultaba atrayente no sólo por su aspecto, sino también por la intensidad que ponía en agradar. Me recordó la torpeza que caracterizaba a Hugh Grant en alguna de sus películas y sonreí al ver por dónde iban los derroteros de mi mente.

Detuvo el coche de improviso a un lado de la calle, frente a un pub.

—Hemos llegado —dijo algo titubeante.

—¡Perfecto! —aplaudí yo, y él me ofreció otra de sus sonrisas traviesas.

Me quité el cinturón para aproximarme a él y despedirme con dos besos. Él, en cambio, alargó la mano como un educado caballero inglés.

Sólo que su mano aplastó mi pecho derecho y mis labios chocaron con los suyos. No, la coordinación de movimientos no debía de ser una de nuestras habilidades. Ambos nos quedamos inmóviles un segundo eterno, acunados por la voz de James Arthur cantando *Impossible* a través de los altavoces. Y entonces, sucedió. Su mano se tornó valiente y circundó mi pecho, yo gemí de forma involuntaria y él aprovechó para introducir levemente su lengua entre mis dientes. Nos besamos como dos desconocidos, como dos desconocidos que tenían una razón que desconocíamos. Pero nos besamos. Sí, nos besamos. Mucho. Cuando abrí los ojos, descubrí que los suyos, de un azul claro y profundo, me observaban con cautela, y que su otra mano me sujetaba la nuca y se había enredado en mi pelo como si no quisiera dejarme escapar.

Me aparté, de súbito ruborizada, y él me detuvo por la muñeca antes de que pudiera poner un pie en el suelo.

—Esto no corregir —determinó.

Lo medité lo que duró un suspiro.

—No, no corregir —contesté.

—Y ¿repetir? —insinuó con voz suave.

Me solté de su mano y no pude contestar. Antes de echar a andar, sin saber ni en qué dirección debía hacerlo, observé cómo se incorporaba al tráfico. Esta vez, su forma de conducir era bastante más brusca y rápida de lo que lo había sido con anterioridad. Miré al cielo encapotado esperando que él tuviera todas las respuestas y, después, me centré en saber en qué punto exacto

de Londres me encontraba.

No llevaba más de diez minutos andando cuando dejé atrás Oxford Street y me interné en el barrio de Bloomsbury. Los edificios altos y los comercios dieron paso a un escenario diferente, más tranquilo, reposado, acogedor. Vagabundeeé con la mirada perdida y el pensamiento confundido, hasta que, al doblar una esquina, pude ver el inmenso edificio del Museo Británico. Eran las tres de la tarde, así que tenía tiempo de realizar una breve visita y esperar a Ana a la salida. No obstante, para asegurarme, una vez que traspasé las verjas de hierro y estuve en la escalinata de piedra que daba acceso al interior, la llamé por si tenía planes para aquella tarde.

—¿Hola? —pregunté algo indecisa—. ¿Te pillo bien?

—Estoy trabajando —fue su breve respuesta.

—Y yo estoy en tu lugar de trabajo. ¿Dónde quieres que te espere? —inquirí con la sensación de que estaba comportándose de forma algo extraña.

—¡¿Estás en el museo?!

Me aparté el teléfono del oído del ímpetu.

—Sí, ¿dónde iba a estar, si no?

—Sal de ahí.

—¿Cómo?

—Dirígete a la estación de metro de Holborn, coge la línea Piccadilly, la azul oscuro, y bájate en Covent Garden. Una vez allí, ve hacia el mercado. Ni tú te perderás. Cuando salgas, lo verás a la derecha. Yo estaré esperándote en uno de los puestos exteriores a la izquierda del edificio.

—Pero ¿qué...?

No hubo contestación. Ya había colgado.

Todavía aturdida por su comportamiento inusual, por el beso de Jeffrey, por mi situación en el centro de Londres completamente perdida, giré sobre mis talones de forma mecánica y enfilé la salida. Desanduve lo caminado con anterioridad y llegué a Oxford Street. Me equivoqué de dirección y con mi inglés de *boy scout* abordé a un joven con la intención de que me indicara adónde dirigirme. Era español, ¡cómo no!, si la mitad de los españoles ya vivían en Londres... Y hasta me acompañó a la boca del metro. Agradecida, me interné en el espacio reducido y atestado de viajeros en hora punta y

compré la Oyster Card. Llegué a la escalera mecánica y, con rapidez, me situé entre la maraña de gente que sí sabía adónde ir.

Iba mirando de forma distraída los carteles promocionales del West End cuando me quedé sin sangre en las venas. Sujeté con tanta fuerza la barandilla de plástico negro que tropecé con el viajero que iba un escalón por debajo de mí. Me disculpé balbuciendo y me volví para bajar de espaldas, sin dejar de observar la fotografía que tanto me había impresionado.

Trastabillé cuando mis pies tocaron el suelo y busqué algo desesperada la traducción en Google, un mal recurso, pero imprescindible para comprender ciertas palabras. En concreto: «Desnuda al hombre». Musité varios «*sorry*» y acabé apartándome de la marabunta, quedándome frente al guitarrista con pinta de irlandés que se había tomado más de una cerveza, unos cuantos whiskies y varios pacharanes, y que amenizaba la entrada a los túneles con una voz cascada y rota. Él me sonrió, pensando quizá que me había quedado embelesada por su música. En realidad, estaba impactada, pero no precisamente por él. Giré de nuevo sobre mí misma y enfilé la escalera para subir otra vez. Busqué entre los carteles y lo encontré. No pude mantenerme en silencio. Un sonoro «¡La madre que lo parió!» brotó de mis labios. Y un no menos sonoro «¡Y el padre que lo hizo!» me acompañó en castellano, junto con un coro de carcajadas femeninas a mi espalda.

Tuve claras dos cosas: una, en Londres, la primera lengua era el castellano, así que debías tener cuidado con lo que decías en voz alta, y, dos, Google no se había equivocado al fin y al cabo.

Bajé de nuevo la escalera mecánica, ya con la mirada algo desconcertada del guitarrista irlandés, que dejó de tocar para observar mi extraño comportamiento. Matthew LongCock había tenido la culpa, como la tenía de todo, podría añadir. Acababa de comprobar que era Matt Cock y su imagen, promocionando..., ¿qué narices puede promocionar un hombre cubierto sólo por una toalla minúscula recostado en una cama? Nadie tuvo que darme la respuesta: que se exaltaran todas las hormonas sexuales femeninas, los estrógenos, la progesterona, y que llegáramos al placentero estado producido por la serotonina. Aquella fotografía, sencilla en apariencia, directa en lo visual y profundamente sensual, era inolvidable, o, más bien, recordable en

largas noches solitarias.

Hice el mismo recorrido cuatro veces, tenía que asegurarme de que era él. Lo era. Su pelo negro ondulado, su mirada gris seductora, su pose de indiferencia estudiada, su pecho musculado, la perfección de su mandíbula cuadrada y ese hoyuelo en el centro de la barbilla. Era él, y no estaba anunciando ropa deportiva. Al menos, no una que se viera. Era él y yo me sentía estúpida. Era él, pero no lo parecía. La seguridad que emanaba de aquella imagen era hipnótica, su mirada, dirigida a todos y a nadie en particular, abrumaba. Era él, y a mí también me encendió la progesterona, los estrógenos y la serotonina..., bueno, ésa no, porque deseé con todas mis fuerzas tenerlo delante en ese momento para decirle... En fin, no sabía lo que iba a decirle, lo que sí sabía es que iba a ser alto y claro, para que lo entendiese correctamente.

Y así, enfadada, porque tuve una perturbadora sensación de posesión hacia Matthew, excitada, sin saber muy bien por qué —aunque lo supiera— y engañada, pese a ser conocedora de sus fotografías promocionales, me subí al vagón. Y no me olvidé de dejarle un billete de cincuenta libras al músico por las molestias; de todas formas, era el dinero de Matthew...

Sin darme tiempo a buscar un asiento libre, lo que se convirtió en empresa imposible, ya que apenas pude sujetarme a una barra, llegué a mi parada. Cuando salí a la calle, caía una fina llovizna y había anochecido. Me puse la capucha y caminé decidida a tener una seria conversación con Ana, si la encontraba.

Me detuve un instante junto a la tienda Apple, donde varias personas se habían arremolinado en la entrada manipulando sus móviles atraídos por la señal wifi gratuita y admiré el majestuoso edificio del siglo XIX, compuesto por tres pabellones, de Covent Garden. Su arte bohemio y acogedor resultaba atrayente tanto para turistas como para londinenses. Comenzó a llover con más intensidad, y subí la escalera para internarme en el mercado. Me recibió la bella voz de una soprano cantando un aria de Verdi en el piso de abajo, y leí con una sonrisa el letrero escrito en varios idiomas situado junto a la joven rubia que amenizaba al grupo que escuchaba atento en una cafetería: «Por favor, no arrojen monedas desde el piso superior». Tras unos instantes

deleitándome con aquella voz, me dirigí a la izquierda, donde había varios puestos de artesanía.

Vagabundee entre ellos sin saber dónde me esperaba Ana. Me acerqué a uno que vendía fotografías y compré una de Piccadilly Circus al anochecer, iluminada por la caída del sol entre las fulgurantes luces brillantes. Después, continué con el puesto situado justo al lado, un puesto que me llamó la atención por la belleza de los artículos expuestos, desde camafeos hasta pulseras laboriosamente trabajadas. Cogí unos pendientes de esmalte con el diseño de una amapola, con intención de comprarlos. La mujer que atendía estaba de espaldas a mí. Su voz dulce y atenta explicaba en un inglés perfecto a una pareja el funcionamiento del cierre de un collar. Bajé la vista de nuevo a las amapolas para comprobar su precio. La voz de la mujer, esta vez hablando en castellano, me sorprendió.

—Me inspiré en ti para crearlas.

Levanté el rostro para quedarme con la boca abierta.

—Pero ¿qué haces ahí metida? —pregunté a Ana.

—Trabajar —contestó ella con una media sonrisa.

—¿No trabajabas en el museo?

—Es una larga historia. —Suspiró y comenzó a envolver en paños de terciopelo negro la mercancía.

—¿Esto lo haces tú? —inquirí de nuevo.

—Sí, son trabajos míos.

—No entiendo nada —repliqué, porque en ese instante de mi mente había volado que tenía que comentarle muchas cosas.

—Te lo explicaré cenando. Aquí al lado hay un italiano pequeño y acogedor. Sirven la mejor carbonara que he probado en mi vida.

—Ana, ¿qué ha pasado?

—No seas pesada, lo hablaremos frente a dos sidras.

Iba a replicar, pero me interrumpió de nuevo.

—Por cierto, te los regalo —dijo dirigiendo la mirada a los pendientes que seguían en mi mano—, nunca he conocido a nadie a quien le gusten más las amapolas que a ti. Aunque reconozco que se venden muy bien debido al Día del Recuerdo por los caídos en la Gran Guerra.

—¿Ah, sí? No lo sabía. Gracias.

—No sabes tantas cosas —dijo con ternura, en plan hermana mayor, y por fin sonrió.

Esperé a que cerrara el puesto a unos metros, preguntándome quién sería esa nueva persona que acababa de conocer, y que creía conocer desde que nacimos, y a qué se había referido con la última frase. Observé mientras tanto que ya habían empezado a decorar el mercado con los primeros adornos de Navidad; un reno enorme hacía las delicias de los niños que acudían al Disney Store situado en la plaza.

Ana terminó de recoger y entrelazó su brazo con el mío para guiarme. Caminamos durante varios minutos hasta llegar a una puerta minúscula de madera algo desconchada en la que se leía: «Bella Italia». Ana saludó al camarero, que debía de conocer bastante bien, y él nos ofreció un pequeño reservado en el piso superior. Pedimos, nos sirvieron la sidra y ella seguía sin hablar. Bebió un largo trago, se apoyó con los codos en la mesa, entrelazó las manos, que sujetaron su barbilla, y me miró de forma inquisitiva.

Tenía tantas preguntas que hacerle que no supe por cuál empezar, así que lo hice por el principio.

—¿Qué ha sucedido con tu trabajo en el Museo Británico?

—Nunca hubo ningún trabajo en el museo.

—¡Pero si te dieron una beca impresionante! Desde entonces, la familia te llama *la becada*.

—Bah —hizo un gesto de disgusto con una mano—, haces que suene como si fuera una rancia sociedad gastronómica de gran abolengo.

—Es que ha sido motivo de orgullo para todos —me defendí, aunque en realidad estaba defendiéndola a ella—. Y entonces ¿por qué te fuiste de Madrid?

El camarero nos interrumpió dejando los platos sobre la mesa con una cuidadosa reverencia a la que ambas respondimos sonriendo. Entonces lo comprendí, y la sidra se revolvió en mi estómago.

—Te fuiste porque maté a Lucas. Por eso no quisiste contármelo cuando te lo pregunté la última vez.

—¡Por Dios, no! Deja de pensar tonterías.

—Te fuiste justo después del accidente.

—Me fui porque tenía que irme, lo del museo fue la excusa perfecta. Todo el mundo se lo creyó y, por cierto —me amenazó con el tenedor en alto—, deberán seguir creyéndoselo.

—Yo no voy a decir nada, y lo sabes —exclamé ofendida de que dudara de mi discreción—. Además, sería un golpe bastante fuerte para tus padres.

—Lo sé. Pero ellos fueron los que más se tragaron la historia, precisamente porque era lo que querían creerse de mí. Su hija *cum laude*, una beca en Londres..., fue bastante sencillo de crear.

—No lo entiendo, ¿puedes explicarte mejor? No me has dicho qué razones te trajeron aquí.

—No quiero explicarme mejor. Me gusta trabajar con las manos, ver la alegría de la gente que compra mis obras. Así, aquí soy feliz.

Recordé cómo ni siquiera la había reconocido cuando hablaba con aquella pareja y lo que había cambiado su forma de vestir, atestiguando que anteriormente se sentía encorsetada.

—Podías haber hecho lo mismo en Madrid —reiteré, y ella, con terquedad, obvió mi insistencia.

Cambié de táctica:

—¿Lo sabe Almu?

—Sí, ha venido varias veces a visitarme, pero no debe saberlo nadie más. Y tiene que seguir así, ¿de acuerdo? No quiero que se presenten en Londres para hacerme una intervención de urgencia como si su perfecta hija hubiera sido abducida por alguna secta maléfica.

—No seas exagerada. Te quieren.

—No soy exagerada, y lo sabes. A ti te pasaría lo mismo si supieran por qué estás en realidad aquí.

—Tienes razón, es mejor que ellos no sepan nada —afirmé mordiéndome el labio.

—A veces es más conveniente mentir para que te crean.

Su tono serio y a la vez inmensamente triste me hizo mirarla con detenimiento. Sabía que sus ojos marrones ocultaban algo, aunque si ella no quería confesar, poco podía hacer yo para sonsacárselo. Cogí mi vaso y lo

choqué con el suyo, ofreciéndole mi apoyo.

—Brindemos por ello —musité, y ella borró de su rostro el velo que lo había cubierto segundos antes.

—Bueno, y ahora, ¿me vas a contar qué te pasa a ti?

Suspiré hondo y llamé al camarero para pedirle otras dos nuevas botellas de sidra. La tarde se presumía larga.

—Martín me ha dejado —solté de improviso, aunque ella ni se inmutó.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué? Agradecería un poquito de compasión, por favor.

—Si no llega a dejarte él, lo habrías hecho tú no tardando mucho.

—¿Cómo?

—Álex, que a mí no puedes engañarme. Ni a él tampoco. Tú no lo querías. Lo que te escuece es tu orgullo. Creo que nunca has estado enamorada. Desde que te empeñaste en salir con aquel profesor de taichí que te sacaba diez años en la universidad... Por cierto —hizo una pausa dramática—, nunca supiste hacer la postura de la garza, parecías una cigüeña coja, todo fue de mal en peor. Después llegó aquel roquero que siempre estaba colgado y te arrastraba a todos los conciertos de heavy metal que se celebraban en cada uno de los antros de Madrid. Posteriormente lo intentaste con el cerebrín compañero de clase, que era más soso que la comida dietética. Y al final llegó Martín, lo único normal en tu currículum amoroso.

En su discurso, me dio tiempo a beberme casi toda la botella de sidra. Cuando dejé el vaso sobre la mesa lo hice con un golpe brusco, demostrando mi enfado.

—¿Qué es lo que quieres decir?

—Que nunca has sabido lo que querías. Te limitabas a probar un estilo y después otro a ver si lograbas encajar en alguno. Ninguno encajó, y lo sabes. Buscabas a cualquiera que no se pareciera a cierta persona de la que ahora llevas su apellido. Si hubieras amado a Martín, no te habrías casado con Matt.

—Él me ha dicho lo mismo, aunque sin ser tan hiriente —remarqué—. Dice que siempre supo que estaba enamorada de otra persona.

—Y tiene más razón que un santo, el pobre —apostilló, y al ver mi rostro, su voz se tornó suave y me cogió la mano con dulzura—. Álex, lo sabes, en tu

interior, lo sabes. Sabes que Martín era el hombre que habías elegido para toda la vida porque te resignaste a perder a Matt. No lo amabas, lo estabas utilizando, y él se dio cuenta de ello.

—Te lo ha contado, ¿verdad?

—Ha cambiado su estado en Facebook.

—¿Martín tiene Facebook? —balbuceé abriendo unos ojos como platos.

—Sí. ¿No lo sabías?

No, no lo sabía. Apenas tenía tiempo de meterme en el mío, y solía olvidarme de actualizarlo. ¿Cómo era posible que no lo supiera? ¿Algo tan obvio?

—Y ¿qué ha hecho? ¿Pasar de «ocupado» a «libre como el sol cuando amanece»? —mascullé.

—Más o menos...

—¡Oh, Dios!

Me sujeté la cabeza con una mano preguntándome si conocía a alguno de los que me rodeaban.

—Todavía no lo ha tuiteado.

—¿También tiene Twitter?

—¿Tú no?

La miré totalmente descompuesta. ¿Sabía algo de la vida privada de mi expareja?

—Tiene más de veinte mil *followers*, es un hacha dando caña a los políticos.

—¿Cómo?! ¿Hablamos del mismo Martín? ¿El Martín tranquilo, sencillo, callado, circunspecto, serio, formal y cuadriculado?

—El mismo.

Abrí los ojos y la boca a la vez, sintiéndome ridícula.

—Pero, tranquila, que en Facebook lo ha publicado como información privada, sólo la hemos visto sus amigos.

—Ya, y entre ellos, ¿hay alguien más de la familia? —mencioné, recuperándome poco a poco del golpe.

Ana pareció rumiar la respuesta con demasiada concentración.

—Lo comprobaré esta noche —acabó diciendo.

La escruté sintiéndome molesta por algo que no llegaba a comprender del todo.

—Y, si ya lo sabías, ¿no has pensado que te necesitaría este fin de semana? Al menos, oír tu voz por teléfono o un triste GIF.

Creí que iba a echarme a llorar y no quería demostrar debilidad.

—Pensé que lo mejor era dejarte espacio para que reflexionaras. Pero puedo ver que no lo has hecho. Si se te mete una idea en la cabeza, no hay forma de hacerte ver que estás equivocada.

—Ana, déjalo, que no eres psicóloga.

—No hace falta serlo para comprenderte. Eres de manual, Álex. Si no hubiera sucedido el accidente, al cabo de unas semanas o meses te habrías dado cuenta de que entre Martín y tú no había lo que tenía que haber.

—Y ¿qué se supone que tenía que haber?

—Amor, Álex, amor. Tan sencillo y tan complicado como eso.

Pese a que no quería mostrarme vulnerable, los ojos se me llenaron de lágrimas. En dos días llevaba varios altercados que no le estaban haciendo nada bueno a mi tensión arterial. Ella guardó silencio y esperó paciente a que me serenara. Cuando fui a sacar la cartera del bolso, recordé el sobre con el contrato y se lo entregué.

—¿Me lo puedes traducir? Me gustaría saber si hay alguna forma de disolverlo —pedí, todavía con la tristeza nublandome el rostro.

—¿Quieres disolverlo? ¿Ya te has cansado también de esto? —espetó con enfado.

—Hazlo, por favor. Luego ya veré qué puedo hacer yo —dije comenzando a enfadarme también.

—Matt es un buen tío —insistió ella.

—También es un buen tío que está adornando todos los pasillos del metro desnudo, ¿lo sabías?

—Sí, lo investigué concienzudamente durante vuestro romántico viaje de novios. Déjame decirte que disfruté mucho en esa labor y que ahora mismo te envidio.

Hice una mueca y resoplé, suplicando paciencia.

—La investigación fue con fines científicos, tenía que saber con quién te

casabas. —La frase solemne quedó deslucida por su sonrisa triunfadora.

—Y ¿por qué no me lo dijiste?

—Porque iba a resultar mucho más divertido que lo descubrieras por ti misma. ¿No lo ha sido?

—No, puedo asegurarte que divertido no ha sido. Nunca me lo llegué a creer. Pensé que era una broma —respondí con acritud.

—Álex —murmuró mirándome con fijeza—, sólo puedo decirte que lo más divertido está todavía por llegar.

—¿Hay más? —pregunté exudando sarcasmo—. ¿No te parece suficiente con la vida de mentira que vivimos las dos?

—En eso te equivocas, Álex, como siempre. No hay nada más verdadero que nuestras vidas.

Lo medité un momento y supe que estaba equivocada, una vida repleta de mentiras nunca sería una vida completa. Así que decidí contarle lo que me había sucedido con Jeff.

—Ana, hoy he metido la pata de nuevo.

—¡Joder! No habrás denunciado a Matt porque seguías pensando que estaba metido en algo ilegal, ¿no?

—No, peor. Me he besado con Jeff.

—¿Su abogado? ¿El padrino de la boda? ¿«Me he besado»? Y ¿eso qué quiere decir? ¿Lo has besado tú o te ha besado él? Porque ninguna de las opciones me convence —barbotó como una ametralladora.

—Es que no sé ni qué ha pasado. Nos estábamos despidiendo y... surgió.

—¿Matt lo sabe?

—No.

—Es preferible que no se lo digas, creo que no se lo tomaría muy bien.

—Y ¿eso por qué? Todavía piensa que sigo saliendo con Martín y, de hecho, él me ha informado de que piensa traer a sus amantes, sí, lo dijo en plural, a casa —mascullé con ironía.

—Porque debiste de hacerle daño, simplemente por eso, Álex. Créeme.

—¿Más del que él me hizo a mí?

—Más del que tú *crees* que te hizo.

—Explícate.

—Álex, nadie sabe qué te hizo para que lo odiaras así, él es el único que tiene la respuesta.

—Pues es curioso que lo menciones, porque él piensa que soy yo quien la tiene.

—Empiezo a pensar que los dos sois idiotas de remate.

—Ni se te...

—Bueno, tú más que él, porque ahora me dirás que te has enamorado de un tipo al que acabas de conocer y que además es el mejor amigo de tu marido — me interrumpió con rapidez.

—¡No me he enamorado! —estallé—. Es... es..., no sé lo que es. Llevo tres días sin dormir, discutiendo con Matthew, reconciliándonos, me lleva a su terreno, me muestra recuerdos que creí olvidados, su ternura, y después su enfado. ¡Me está volviendo loca!

—Y luego dices que no eres de manual...

—¿Se puede saber qué tengo para que todos se alejen de mí? —pregunté haciendo un mohín.

—Que todos acaban averiguando que estás enamorada de otro.

—No es cierto. No estoy enamorada de Matthew. Ahora, menos que nunca —me reafirmé a mí misma, como si con ello pudiera creermé.

—Curioso —se rascó la barbilla con gesto pensativo—, yo no he dicho en ningún momento que sea él...

—¿Pedimos la cuenta? —balbuceé esquivando su sonrisa de satisfacción.

Salimos del restaurante en silencio y nos encaminamos a la estación de metro, cada una perdida en sus propios pensamientos. Me explicó los cambios que tenía que hacer para llegar a Fulham y nos despedimos con un beso en la mejilla bastante tirante. Pese a sus recomendaciones, descubrí que el metro de Londres era como jugar una partida de parchís, te equivocas de color y cuentas veinte más. Veinte estaciones más que tuve que pasar hasta que llegué con un gran enfado, dirigido principalmente a mí misma, a la amplia y lujosa estación de Fulham Broadway. Anduve durante unos quince minutos hasta llegar a casa de Matthew, lo que me dio tiempo a pensar con frialdad y atemperar mi malestar. Me pareció entrever la silueta de un cuerpo que cruzaba el salón de la planta baja tras las cortinas y, una vez abrí la puerta, me preparé para un

nuevo asalto.

Bruno me recibió correteando entre mis piernas.

—¡Matthew! —lo llamé—. ¿Dónde estás? Tengo algo que contarte que...

Me detuve mordiéndome la lengua. Ana había especificado que no se lo contara a nadie de la familia, pero sí podía hacerlo con Matthew, ya que no era exactamente familia y, de paso, reconducir la conversación a la fotografía de su cuerpo semidesnudo que todavía permanecía grabada en mi mente como un sello indeleble.

—¡Matthew! —insistí.

Pero nadie contestó. Observé en derredor con cautela. La puerta del salón estaba cerrada, algo extraño, y pude oír una especie de gemido entrecortado. El corazón retumbó en mi pecho y se formó un nudo en mi garganta. Cuando percibía algo fuera de lugar desde el accidente, siempre tenía tendencia a imaginarme lo peor. Y en ese momento, el terror me consumió llevándose cualquier pensamiento lógico que todavía tuviese. Un golpe contra una esquina, él desangrándose en el suelo, un ataque al corazón, un robo con un disparo en el pecho... Busqué con rapidez algo con lo que poder defenderlo y defenderme, y mi mirada reparó en un paraguas negro, grande y bastante resistente. Lo aferré con ambas manos, abrí la puerta de un empujón y entré gritando y enarbolando la atípica arma sobre mi cabeza.

—¡Tranquilo, Matthew, ya estoy aquí! —bramé como si fuera un Seal en misión secreta—. Hazme una señal, lo que sea, te encontraré. —Enronquecí mi voz a propósito, sin lograr apreciar más que sombras amenazantes—. ¿Dónde estás? —susurré tropezándome con algo tirado en el suelo.

Alguien encendió una pequeña luz y parpadeé intentando localizar su cuerpo.

—Aquí —respondió el aludido, soltando un pezón rosado y puntiagudo de sus labios a la vez que se oía un gemido de placer de su dueña.

Me quedé de pie, como una estatua de piedra y el paraguas en alto, observando la escena que se desarrollaba sobre el sofá. La mujer delgada, de pelo rubio y largo, me ofreció una sonrisa sesgada en su bello rostro aniñado. Estaba situada debajo del inmenso cuerpo de Matthew. Ambos conservaban todavía la ropa interior, al menos, la inferior.

—Per... perdón —conseguí decir con un hilo de voz.

Apreté con tanta fuerza el mango del paraguas que activé el mecanismo de apertura automática y éste se abrió con un ¡plof! Pude oír la risa de la joven rubia y una especie de maldición por parte de Matthew. Pero, por fortuna, el paraguas me impedía su visión y ocultaba mi rostro abochornado.

Trastabillé unos pasos atrás y acabé saliendo a la carrera del salón, con el paraguas abierto tras de mí como si quisiera salir volando también.

Matthew me atrapó cuando subía la escalera. Me sujetó con fuerza la muñeca y me obligó a volverme para encararlo. Casi le saco un ojo con una de las varillas del paraguas. Agradecí que siguiera teniendo unos reflejos envidiables. Intenté cerrarlo sin conseguirlo. Él me lo arrebató y, sin apenas esfuerzo, lo plegó y lo arrojó al suelo.

—¡Eres un idiota! ¡Me has asustado!

Le golpeé con ambos puños el pecho.

—¿Sólo eso? —inquirió evaluándome con sus ojos grises entornados.

Lo miré directamente al rostro, que, estando él situado un escalón por debajo de mí, quedaba casi a la misma altura que el mío.

—Sólo eso —mascullé.

—Me pareció entender ayer que no te molestaría en absoluto que trajera alguna amiga a casa.

—Yo a esa mujer no la definiría como amiga.

Soltó una brusca carcajada.

—No, en realidad no lo es.

—¿Es... tu novia? —inquirí ávida de saber algo que presumía me iba a hacer mucho daño.

—No.

—Entonces ¿qué demonios haces con ella? —espeté como si fuera su madre y lo hubiera pillado en el garaje familiar montándoselo con la vecina rubia.

—Tenía intención de follármela, hasta que has llegado tú.

—Oh, ¡vaya! No quiero interrumpir —dije con la dignidad que me quedaba y, haciendo un giro dramático, enfilé la escalera.

De nuevo me sujetó hasta volverme hacia él.

—Nunca escuchas las frases completas: hasta que has llegado tú.

—Y ¿qué pinto yo en todo esto?

Matthew se acercó hasta que nuestros labios estuvieron sólo a un suspiro.

—Durante un breve espacio de tiempo en mi vida pensé que tú y yo...

Lo detuve poniendo una mano abierta sobre su pecho, mano que ardió al contacto con su piel.

—Brevísimo —susurré.

—Un hombre jamás olvida el olor de la mujer que ama. Tú olías a sol, a salitre, a flores frescas, a libertad. Recuerdo cada aroma y el tacto de tu piel. Cada curva, cada valle, cada recoveco. Jamás olvidé aquel momento. El momento en el que creí alcanzar el cielo...

—¡Basta! —Mis manos cubrieron mi rostro e intentaron borrar aquellos recuerdos compartidos.

Él me cogió las muñecas y, con extremada suavidad, me separó ambas manos. Nuestros ojos chocaron de nuevo, reconociéndose por primera vez en nueve años.

—Álex..., quiero recuperar lo que fue mío —murmuró.

Y, después, sentí sus labios acariciando los míos. Sentí su cuerpo aproximándose al mío. Sentí sus manos rodeándome la cintura y atrayéndome más a él. Mi boca lo aceptó, rindiéndose a un pasado roto, y su lengua se entrelazó con la mía con desesperación. Apenas podía respirar, pensar..., pero el hechizo se rompió cuando oí la voz de la mujer llamándolo desde el salón.

Me separé y lo que vi en su rostro descompuso el mío. El velo de su indiferencia habitual había caído, dejando ver el asomo de una tristeza, de un anhelo, de miedo incluso. Se estaba mostrando desnudo frente a mí. Me llevé un dedo a mis labios hinchados y cerré los ojos.

Con él nunca fue un beso. Con él, un beso siempre fue mucho más. Algo que no quería recordar porque era demasiado doloroso.

—¿Cómo te has atrevido a besarme cuando hace un momento la estabas besando a ella? —esgrimí con ira contenida, abriendo los ojos.

—¿Es eso lo que te molesta, Álex? ¿Que la estuviera besando a ella o que te haya besado a ti?

—Las dos cosas.

—Si tú me dices que no quieres que esté aquí, se irá. Depende de ti y sólo de ti.

No lo pensé ni un segundo. Cuando la furia, el dolor y la ira te invaden, no eres capaz de pensar con frialdad. Únicamente de actuar, y no siempre de la forma correcta.

—Espero que disfrutes tanto como yo lo hice con Martín. Aunque me gustaría hacer una apreciación. —Vacilé un instante sin mirarlo—. Estoy agotada, ¿podrías al menos ser discretos? Buenas noches.

—Las paredes de esta casa están insonorizadas. Te aseguro, Álex, que, si eso es lo único que te preocupa, podrás dormir a pierna suelta. Yo no seré una molestia, ni ahora ni nunca.

Ya estaba dicho, y con un tono que no admitía réplica ni el inicio de una nueva discusión. Me giré sobre los talones y subí la escalera. Oí su hondo suspiro, aunque, esta vez, no intentó detenerme.

Cuando llegué a mi habitación, me puse el pijama con gesto cansado y me senté en el borde de la cama sujetándome la frente con la mano mientras sentía que mi cabeza era demasiado pesada para que la columna la mantuviera erguida. Oí sus risas amortiguadas a través de la puerta y cómo entraban en la habitación de al lado. Me apoyé en el cabecero y comencé a leer. No pude pasar de las tres primeras líneas de la página de aquel libro. Cogí la tableta y recorrí con el dedo alguno de los últimos diseños. La apagué y la tiré sobre la cama. Me levanté y empecé a caminar sin rumbo fijo. De la ventana a la cómoda, giraba y otra vez lo mismo.

Estaba siendo testigo de una película porno codificada a través de los ladrillos que se suponían insonorizados y no lo estaban para el nivel de gritos que ella profería. Lo imaginé todo. Lo sentí todo. Supe en qué momento él la arrojó sobre la cama y se tendió sobre ella cubriéndola con su cálido cuerpo. Supe cuándo comenzó a besar su piel con deseo. Supe cuándo se deshicieron de la ropa que les quedaba entre risas contenidas y supe cuándo el acto amoroso se convirtió definitivamente en sexual. Me toqué las mejillas, cubiertas de un sospechoso tono rojizo. Acaricié mis labios todavía hinchados por la intensidad de su beso. Saboreé por última vez su esencia en mi boca. Y oí un nuevo grito de placer.

En uno de mis giros, me enfrenté a mi propia imagen en el espejo sobre la cómoda.

—Tú —la increpé señalándola con el dedo—. ¡No me mires así!

—Es de mala educación señalar —me contestó ella, sacándole brillo a una uña y frotándola con desidia en el jersey del pijama.

—¡Encima dame una lección de buenos modales! ¡Lo que me faltaba! —exclamé.

—No, lo que te falta es valor. Entra ahí y encáralos. Dile lo que de verdad estás pensando y deja de ser una mojigata.

—¿Que yo soy qué? —Me mostré mortalmente ofendida—. Te pareces a mi madre. —Sabía que eso le iba a doler.

Mi propia imagen abrió los ojos de forma desorbitada.

—No soy tu madre. Soy algo mucho peor: tú.

—Me da exactamente igual lo que esté haciendo, es su vida. Me da igual que esté practicando todos los besos en idiomas desconocidos y por conocer, que haya hecho el salto del tigre desde la lámpara del techo, que...

—Vale, vale..., que ya me hago una idea. —Mi otro yo resopló con disgusto.

—Jode, ¿eh?

—No sabes cuánto. —La imagen suspiró.

—Todos son iguales. Cortados por el mismo patrón. No pueden mantener su soldadito a cubierto. Debería existir un método para asesinarlo.

—¿Ahora quieres matarlo?

Pareció asustada.

—Al amor. Debería matar al amor. Debería haber una droga que hiciera que, tomándola, borrara todos los recuerdos. No entiendo por qué las farmacéuticas no invierten más en ese campo. Imagínate el mercado de mujeres despechadas que tendrían como clientas...

—¿Nadie te ha dicho que estás loca de atar?

—Con toda probabilidad, muchos lo piensan, aunque no han llegado a pronunciarlo en voz alta.

—Deberían encerrarte. ¿No te ves? Estás deseando interrumpir la fiesta sexual que está sucediendo a un paso de tu habitación y eres incapaz de

hacerlo. En vez de ello, estás hablando conmigo como si yo fuera real.

La miré con inquina. Un nuevo gemido me desconcentró y me volví tapándome los oídos. Sin recordar ni cómo lo había hecho, me había vestido, preparado una muda y reservado un taxi a través de internet. Diez minutos después, escapé de aquella casa que se estaba convirtiendo en una cárcel que me ahogaba.

A mi espalda, mi imagen atrapada en el espejo rio de forma amarga y gritó de manera audible:

—¡Cobarde! Haz lo que haces siempre: huir.

Le di la dirección, escrita en una hoja, al taxista y me recosté en el asiento de piel negra. El trayecto fue rápido y sin apenas tráfico. En un momento dado, nos detuvimos en un semáforo junto a unos grandes almacenes. Allí, lo vi de nuevo. A él. En aquella maldita foto. Una persona que creía conocer hacía mucho tiempo y que ya no conocía de nada. La misma sensación de desubicación que había sentido horas antes con Ana. Me dolieron los dedos al soñar que podía acariciar su piel y no la pátina satinada del papel. Estaba ahí. Estaba en cualquier sitio que mirara. Y me pregunté una sola cosa: ¿qué había estado yo mirando todos esos años?

Cuando el taxi me dejó frente al hotel The Montcalm y el botones me abrió la puerta, ya tenía preparada mi estrategia para reservar habitación: dar mi nombre y entregar la tarjeta de crédito de Matthew. No fue necesario, pues el que me recibió fue Rubén. Creo que mi suspiro de alivio lo oyó hasta la silenciosa señora de la limpieza que se afanaba en sacar brillo al mármol del *hall*. Y creo que él percibió que algo no iba bien.

—¿Álex?, digo..., señorita Torres, ¿se encuentra bien?

Negué con la cabeza porque tenía un nudo en la garganta que me impedía cualquier tipo de vocalización.

—¿Una *suite* como la última vez?

Asentí levemente y le entregué la tarjeta de crédito.

—Veo que ya es la señora LongCock.

Asentí de nuevo, con lágrimas en los ojos.

—No se preocupe, dentro de un momento lo tendré todo preparado. Yo mismo la acompañaré a su habitación.

Esperé un par de minutos de pie junto al mostrador pulido, sabiendo que era observada por la inquietante mirada del compañero de Rubén y la desdeñosa de la señora de la limpieza, que había dejado de tararear y escrutaba mi rostro como si yo fuera a sufrir un ataque de histeria en cualquier momento.

Dejé que Rubén me cogiera del codo y me guiara hasta los ascensores. Una vez se cerró la puerta de acero, se volvió hacia mí.

—Álex, no quiero resultar entrometido, pero ¿qué ha pasado? —inquirió con cautela.

Lo miré sin poder contener el llanto.

—Necesito una habitación porque mi recién estrenado marido se está follando a otra en nuestra casa —barboté.

—Será hijo de puta —exclamó Rubén y, de improviso, me abrazó.

El poder de un abrazo está infravalorado. Un abrazo significa alguien en quién apoyarte. Alguien que te va a sujetar si en ese momento no puedes sostenerte.

—Yo se lo permití, Rubén —afirmé, dándome cuenta por primera vez de que mis impulsos no siempre era acertados ni coherentes con lo que en realidad deseaba.

En silencio, me acompañó hasta la habitación; me había asignado la misma que la última vez.

—Si necesitas algo, lo que sea, sólo tienes que llamarme. ¿Entendido?

—¿El minibar está lleno?

—Completamente.

—Bien, eso será suficiente. Gracias —dije, y sonreí con tristeza antes de perderlo de vista.

* * *

Dos horas después, había escuchado mil canciones en el hilo musical, había cambiado el olor del ambientador cinco veces, agotado las reservas de todas las marcas de ginebra, y me disponía a empezar con el whisky. Colocadas las botellas vacías haciendo un círculo sobre la moqueta, en el

centro se erguían las próximas a ser vaciadas, esperando sentencia. Me senté en el suelo apoyando la espalda contra la cama, cogí el teléfono y, mientras lo manipulaba, encendí el televisor. Llamé al único contacto que no me iba a colgar a esas horas de la noche.

—¡Joder, enana! ¡Que la diferencia horaria en Londres es sólo de una hora y son las tres y media de la madrugada! Dime que te has equivocado, te disculpas y te despides.

—Yo también te quiero, Roberto —balbuceé. Tal vez me hubiera equivocado en mis suposiciones.

—¿Estás borracha?

Suspiró y lo oí recostarse sobre los almohadones de su cama.

—Creo que las reservas del minibar se van a acabar antes de que lo consiga.

—¿Estás en un hotel?

—Sí.

—Y ¿qué haces en un hotel?

Juro que lo vi a través de los kilómetros que nos separaban mirar al techo de su habitación y pedir paciencia.

—¿Por qué me dejaste casarme? —inquirí yo, ignorando su pregunta.

—¿Cómo? ¿Crees que alguien puede hacerte cambiar de idea cuando algo se te mete entre ceja y ceja? Eres como un inmenso agujero negro que absorbe toda la energía de alrededor.

—Yo no soy así —me defendí, abriendo con los dientes una botella de Macallan.

—Lo eres. ¿Recuerdas cuando fuimos de fin de semana a la Costa Brava?

—No esperó mi respuesta—. Tú tenías apenas dieciséis años y me jodiste el puente. Te empeñaste en venir conmigo y mis amigos y, de paso, traerte a Ana y a Almu.

—Mamá no me dejaba ir si no era con ellas —me defendí de nuevo.

—Sí, y mamá me hizo jurar que no te dejaría «tirarte por los sitios», como lo definió ella. Y ¿qué fue lo que hiciste la mañana del primer día?

Me quedé en silencio. Lo recordaba.

—Te escapaste de la casa rural y contrataste un servicio de ala delta;

según tú, eso no se consideraba «tirarse», sino «volar». Todavía siento ganas de matarte cuando recuerdo tu sonrisa de satisfacción al aterrizar en aquel acantilado donde te esperábamos.

—Y yo todavía recuerdo la bofetada que me diste.

—Y yo la patada en la espinilla de Ana y el puñetazo de Fran intentando defenderte. Siempre estuvo algo colgado de ti...

—¿Ah, sí? Pero si nunca me dijo nada... Coño con Fran, esto sí que es una sorpresa. ¿No está casado y tiene tres hijos? —inquirí con interés.

—Sí, y también estoy seguro de que se pajea pensando en ti cuando se ducha.

—¡Argg! Esas cosas no se le dicen a tu hermana pequeña.

—Tú has preguntado y, además, todos lo hacemos.

—Eso no necesitaba saberlo.

Una imagen de Matthew me vino de pronto a la mente, cubierto de agua, excitado, gimiendo..., y la borré de inmediato con un buen trago de Macallan.

—El caso es que siempre fuiste diferente.

—Lo dices como si eso fuera malo.

—No lo es, Álex, sólo que... ¡Joder! Yo quería tener un hermano y cuando vi que eras una niña me resigné... Nunca imaginé lo que podías llegar a ser si te lo proponías.

—No te entiendo.

—Siempre creí que acabarías como una especie de teniente O'Neil, rapándote el pelo y uniéndote a la legión.

—¿Estás de broma?

—Lo digo completamente en serio. Nunca fuiste de las niñas que juegan con sus muñecas y sueñan con vivir en palacios rosas cubiertos de purpurina. Tú eras de las que querían luchar con el dragón y matar al caballero. Por ese orden. Jugabas con mi fuerte medieval y hacías carreras con mis coches teledirigidos, dejando las marcas de tus dedos cubiertos de Nocilla como prueba irrefutable.

—Siempre me gustó el chocolate.

—Estoy convencido de que incluso te sabes más páginas de porno por internet que yo.

Escupí lo que me quedaba del Macallan y decoré la pared, inmaculadamente blanca hasta ese momento, con un Miró algo desdibujado. Hummm..., no sabía que mi hermano me conociera tan bien.

—¿Es así como me ves?

—Es así como eres.

—¿Me estás echando una bronca a miles de kilómetros a las tres y media de la madrugada?

—Son las cuatro. Tú has llamado y me imagino que será para contarme algo, ¿o no?

En ese momento, una imagen en la televisión me despistó.

—¡Eh, tú! ¡Idiota!

—¿Por qué me llamas idiota? —preguntó Roberto con alto grado de crispación.

—A ti no, es a Ewan McGregor, que le está cantando a Nicole Kidman algo tan espeso como la melaza en una azotea de París —expliqué—. ¡Que no te enteras! ¡Que los finales felices no existen! —continué agitando mi dedo en dirección al televisor.

—Pero ¿se puede saber qué cojones te pasa? —El tono de mi hermano me hizo volver de forma fulminante a la realidad.

—Martín me ha dejado —musité con voz queda, queriendo con ello que mostrara un poco de empatía.

—¡Ya era hora!

—¡¿Qué?! ¿Tú también has visto Facebook?

—¿Ya lo ha publicado? No he tenido tiempo de revisarlo —murmuró él.

—¿Qué os pasa a todos conmigo hoy? ¿No podéis mostrar algo de compasión?

—Álex, despierta. Esa relación llevaba muerta meses, o incluso años, o tal vez nunca debería haber empezado. Todos lo veíamos menos tú.

—Pero, pero ¿se puede saber qué tengo yo de malo para que nadie me quiera?

—¡Ay, joder! —Lo que vino a continuación fue una sarta de maldiciones en arameo que apenas pude entender—. Álex, no es que tengas nada malo, es que no sabes elegir tus parejas.

—Está claro que todos pensáis que soy imbécil.

—No. Lo único que pensamos es que tú eres tu peor enemiga.

Me quedé momentáneamente sin habla ante esa afirmación.

—¿Has hablado con Ana? —pregunté un minuto después, desconfiando.

—No. ¿Por qué tendría que hacerlo? —respondió él algo intrigado.

—Por nada, es que ella dice lo mismo.

—Y tiene razón. Siempre eliges a hombres que sabes que no te van a hacer sombra, a los que puedas manejar a tu antojo. Sé que Martín te quería y, la verdad, me sorprende que haya tenido las agallas suficientes para dejarte. Dime que no intentaste dispararle o clavarle un cuchillo.

—No hice nada, fue una conversación civilizada de adultos, en algunos momentos...

—Álex... —Hizo una pausa en la que suspiró varias veces—. Sólo conozco un hombre que sea inmune al cataclismo que supone que compartas tu vida con él.

—¿Quién?

—Matt.

De mi boca brotó una carcajada sarcástica.

—¡Anda, si no te he contado lo mejor! ¿Sabes dónde está Matthew ahora mismo?

—¿Dónde?

—Follándose a la Barbie *Supermodel* en nuestra casa.

Y, dicho lo cual, colgué. Roberto intentó llamarme más de cuatro veces, pero no cogí el teléfono. Recibí varios mensajes y no quise abrirlos. Al fin, apagué el móvil y me recosté en el suelo mirando el millar de pequeñas luces que adornaban el artesonado del techo, deseando poder volar y escapar, deseando ser aquella que había dejado de ser, deseando... desear. Fue el último recuerdo de aquella noche.

* * *

«Ring, ring...» Ese sonido extraño que no reconocía retumbó en mi cerebro como una marcha militar. Abrí los ojos despacio y gemí de forma entrecortada

llevándome las manos a la cabeza. Me dolía todo el cuerpo de dormir en el suelo enmoquetado. Giré sobre mí misma y comprobé que lo que me atormentaba era el teléfono del hotel, cuya luz roja no dejaba de parpadear.

Me puse de rodillas con gran esfuerzo y cogí el auricular.

—¿Diga? —contesté en castellano.

—¿Alexandra?

—La misma.

—Soy Rubén, ¿se encuentra bien?

—Podría encontrarme mejor.

—Esta noche ha recibido varias llamadas de su hermano y también de su marido, el cual se ha presentado aquí cerca de las seis de la mañana a buscarla.

—¿Qué marido? —inquirí, todavía más dormida que despierta.

—Mr. LongCock.

—¡Ah! Ése...

—Les he dicho que usted había dado orden de que no se la molestara bajo ningún concepto.

—¿Que yo había...? ¿Que ellos han...? —Vacilé un instante mientras la información iba cobrando forma en mi cerebro—. Has hecho bien —afirmé.

—¿Necesita algo más? Mi turno está a punto de acabar.

—Un café muy cargado me vendría bien.

—Ahora pido que se lo suban.

—Espera, Rubén.

—Dígame.

—Te invito a desayunar, es lo menos que puedo hacer por la noche que te he hecho pasar.

—Yo no sé si...

—Está bien —dije comprendiendo sus reparos—. Contéstame sólo con monosílabos, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Dentro de media hora te espero en la esquina de Upper Berkeley Street.

—Sí.

—Perfecto, entonces.

Colgué y me dirigí al baño arrastrándome. La ducha consiguió despejarme un poco, pero mi mente seguía trabajando en lo sucedido en las últimas veinticuatro horas, en las últimas tres semanas, en los últimos dos años. Me cambié la ropa y, todavía con el pelo húmedo, me acerqué a la ventana de la habitación. Observé el cielo encapotado y las pompas que las gotas de lluvia provocaban en el adoquinado del patio. Necesitaba salir de allí, respirar aire fresco, mojarme e incluso ahogarme con la polución de Londres.

Llegué puntual a mi cita, que estaba esperando en la esquina convenida bajo un paraguas negro. Me sonrió con calidez y me ofreció su brazo para evitar que ambos nos empapáramos. Caminamos en silencio hasta llegar a un Starbucks situado a unos doscientos metros. Nuestra primera frase fue elegir el desayuno.

—Capuchino grande, pastel de jengibre y muffin de chocolate —dije examinando el mostrador.

Rubén me miró extrañado, pero procedió a pedir lo mío y un café americano para él. No lo dejé invitar, aunque sacó la cartera.

—Es el dinero de mi marido, no tengo reparos en dejarlo en la ruina —mascullé.

Cuando nos entregaron las consumiciones, él se dirigió a una mesa junto a los ventanales. Yo fui al mostrador y añadí grandes cantidades de vainilla, chocolate y canela. El aroma de esta última me recordó a la mano de Matthew sobre mi estómago acariciando mi piel y dejé caer el bote al suelo. Lo recogió un ejecutivo situado a mi lado que me dirigió una mirada preocupada.

Le sonreí para tranquilizarlo, balbuceé una disculpa y me encaminé a la mesa, donde Rubén me había dejado el sillón marrón de piel algo ajado y él se había posicionado frente a mí en una incómoda silla. Fuera seguía lloviendo cada vez con más fuerza y, de súbito, me sentí triste y enormemente cansada.

—¿Cómo te encuentras? —inquirió él dando un largo trago a su café.

—Jodida —murmuré sin mirarlo.

—Bueno, no hay nada que no pueda solucionar un ibuprofeno, agua y una cama decente.

—Realmente jodida —murmuré de nuevo.

—Pero...

Y entonces, sí, lo miré.

—¿Crees que un ibuprofeno puede hacer desaparecer un aneurisma cerebral?

Su cara de estupefacción absoluta, en la que abrió unos ojos como platos a la vez que la boca y, después, agachó la mirada para sonrojarse, me sorprendió. Hay hombres y hay amigos. Es decir, hay hombres que nada más conocerlos sabes que con ellos puede surgir una chispa en cualquier instante, y hay hombres que nada más conocerlos sabes que jamás podrás considerarlos nada más que buenos amigos. Rubén acababa de entrar pisando fuerte en mi propia *friend zone*.

—Yo, verás... —Se trabó con sus propias palabras y carraspeó—. Aquí hay muy buenos especialistas, y tu marido tiene mucho dinero. ¿Has intentado...?

—Él no lo sabe, ni quiero que lo sepa —lo interrumpí.

¿Por qué se lo conté a él y en ese momento? Ni yo misma lo entendía, sólo sabía que tener una pequeña bomba sin implosionar era lo que en verdad me producía la sensación de estar al borde de un abismo, rodeada por la niebla del desconcierto. Él no diría nada porque no tenía a quién decírselo. Pero yo sí que necesitaba de forma imperativa confesar lo que me estaba carcomiendo por dentro.

Sentía que mi vida se había convertido en una pequeña colmena en la que almacenar, en sus perfectas formas romboidales, cada uno de los secretos que acumulaba y también los secretos de los que me hacían partícipes los que me rodeaban. Pensé que, después del accidente, mi existencia se había transformado en una carrera de obstáculos a la que cada vez añadían más vallas de contención, o quizá era yo la que me las imponía. Estaba demasiado confusa como para analizarlo con claridad.

—Pero, Álex, eres muy joven.

—Y muy tonta.

Conseguí arrancarle una sonrisa y destensar el ambiente.

—También muy guapa.

Y él consiguió que yo me sorprendiera.

—Lo siento, yo... no he pensado lo que decía —balbució.

—No pasa nada —lo tranquilicé—. Creo que soy la última persona que deberías haber conocido aquí.

—En eso te equivocas. Eres la única persona en la que llevo pensando desde que te conocí.

—Rubén...

—Perdón, no quería...

—¡Oh, por Dios! Deja de disculparte a cada cosa que dices —repuse sonriendo.

—Vale, perdón.

Lo amenacé con el muffin de chocolate y él se rindió.

—Perdón, no lo diré más.

Ambos comenzamos a reír.

—Me ha dejado mi prometido —le dije poniéndome seria.

—Yo no te dejaría nunca si tú me permitieras estar contigo.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué os pasa estos días a los hombres? O me decís que me lo merezco o me asaltáis como si fuera la última mujer sobre la Tierra. La verdad, no os entiendo. ¿Han esparcido polvitos mágicos en el cielo de Londres o san Valentín está haciendo horas extras?

—Nosotros somos amebas y vosotras estáis en una escala superior de la evolución, ya habéis llegado a ser protozoos —determinó.

—¿Te han echado coñac en el café? —inquirí olisqueándolo.

—Creo que es la noche en vela, cada vez lo llevo peor —dijo frotándose la cara para despejarse.

—Lo siento. —Fue mi turno de disculparme—. Sólo te estoy entreteniendo —añadí levantándome sin haber probado apenas el pastel y dejando abandonado el muffin.

—Será mejor que volvamos a casa —asumió él siguiéndome con el café en la mano.

—Sí, estoy de acuerdo —musité ya en la calle, cubiertos por su inmenso paraguas negro.

—¿Puedo llamarte alguna vez? —preguntó mirándome con fijeza.

Nuestros rostros casi estaban a la par, rodeados por la pequeña multitud de la City que entraba y salía de la cafetería.

—Sí, claro —asentí con la cabeza.

Y no lo vi venir. Juro que no lo vi venir.

El sabor de su café inundó mi boca a la vez que lo hacía su lengua. Me quedé completamente paralizada. Nada nos unía, excepto un paraguas sobre nuestras cabezas y nuestros labios. Me despegué con un pequeño quejido de protesta.

—¿Por qué me has besado? —lo increpé con enfado.

—Por esto, Álex, no pienso pedirte perdón. —Fue lo único que dijo, y me sujetó el codo para guiarme hasta la estación de Moorgate.

Allí nos separamos, ya que él cogía un autobús para regresar a su piso compartido, y yo una combinación de varias líneas de metro. Me dio un beso más, esta vez en la mejilla, y prometió llamarme. Después se alejó tarareando algo de Extremoduro, golpeteando con los zapatos el suelo encharcado.

Al llegar a Fulham, estaba agotada y también preocupada. No había querido encender el teléfono y temía la reacción de Matthew. Caminé, cubierta esta vez por mi propia capucha de cuero, y llegué empapada al edificio victoriano.

Silencio.

Ni siquiera oí a *Bruno* ladrar cuando estuve frente a la puerta. La abrí con cautela y me quité el chaquetón para dejarlo colgado en la percha de la entrada. Sin embargo, sabía que estaba allí, sentía su presencia en el vello de mi cuerpo erizado avisándome del peligro. Creyendo que se había encerrado en la cueva de Moria a trabajar, me quité las botas empapadas y caminé en calcetines para pasar desapercibida. Entré en la cocina, cuya puerta trasera daba a un pequeño jardín, con intención de dejar allí las botas, y lo vi apoyado en la mesa central con una taza en la mano.

Esta vez sí iba vestido, con un pantalón vaquero ajustado y una camisa negra abierta en el último botón, mostrando un poco del vello ensortijado que le cubría parte del pecho. Pero fue su rostro el que me impactó e hizo que casi pegara un grito. Un rostro serio y circunspecto, enfadado y con los ojos brillantes de ira. Su pelo revuelto le confería el aspecto de un hombre preparado para la lucha..., y yo sólo quería esconderme en mi habitación, a ser posible hasta el próximo milenio.

—¿Se puede saber por qué huiste anoche? He estado bastante preocupado. La próxima vez que quieras correrte una juerga, ten la decencia de avisarme por lo menos —barbotó dejando con un golpe brusco la taza sobre la mesa.

—Y ¿por qué habría de avisarte? ¿Lo hiciste tú cuando trajiste a esa mujer a nuestra casa? —exclamé enfureciéndome yo también.

—Pues sí, lo hice, y con tu permiso, además.

¡Mierda! De nuevo pillada en la primera frase. Tenía que salir de allí lo más rápido posible. Me volví y tropecé con la aludida, que entraba a la cocina en ese momento. Ella me sonrió de forma mecánica y, vestida sólo con una camisa blanca de Matthew, se acercó a él y le dio un cariñoso beso en el cuello descubierto.

Celos. Ésa había sido la palabra utilizada por mi madre para calificar la inquina que le cogí a Matthew cuando era niña, debido a que pensó que lo odiaba por haber suplantado la adoración de mi hermano. Ahora no se habría equivocado, pero eran unos celos reales e hirientes a mis entrañas. Una emoción desconocida para mí, que me dejó paralizada y respirando con dificultad. Tenía celos de la mujer que me estaba arrebatando a Matthew. Había dejado de ser imbécil para convertirme directamente en subnormal.

—Nicoletta —se presentó extendiendo la mano hacia mí.

Se la cogí con bastante reparo.

—La de las tetas —murmuré entre dientes.

—Cuidado —me advirtió Matthew—, conoce tu idioma.

Nicoletta rio y me las mostró. Sí, se desabrochó la camisa y me mostró sus perfectos y siliconados pechos.

—¿Te gustan? —preguntó con un ligero acento italiano que la hacía todavía más seductora.

Matthew se había girado para rebuscar algo en los armarios de cocina, disimulando.

—Son muy bonitas, sí —acerté a decir.

Ella se las cogió con ambas manos y las bamboleó ante mi cara de estupefacción.

—El cirujano hizo un buen trabajo. ¿Quieres tocarlas?

—Pues no —mascullé, y descubrí a Matthew riéndose mientras cogía una

nueva taza y la llenaba de café.

—Contigo también lo hizo —apostilló Nicoletta.

Antes de que me diera tiempo a contestar, lo hizo Matthew:

—Las tuyas son auténticas.

Los tres nos quedamos en silencio. No, la conversación no discurría por donde debería haber discurrido. Pasé un pie sobre el otro sin saber muy bien qué decir ni qué hacer para alejarme de allí con rapidez.

—Entiendo. Matthew me ha contado que te conoce desde hace mucho tiempo y que mantenéis una relación especial —explicó Nicoletta.

—Sí, como la de los dinosaurios y los humanos, que no compartieron la Tierra al mismo tiempo —mascullé.

—¡Qué graciosa! ¿No has visto *Parque Jurásico*?

Pequé un respingo.

—Huy, Matthew, a ésta la has conseguido en las ofertas del Mercadona, ¿no?

—¿Cómo dices? —preguntaron los dos a la vez.

—Nada, que ya veo lo que te gusta de ella: su tremenda inteligencia y su vasto conocimiento del medio —murmuré, pero no lo suficientemente bajo.

—No —rebatí ella—. Lo que le gusta de mí son mis tetas.

Ya estaba tardando en mencionarlas, ya.

—En realidad, no es eso, me recuerdan a..., hummm..., los balones de playa. Tengo la sensación de que en cualquier momento me pueden explotar en la cara —comentó Matthew, y creo que lo hizo sin pensarlo, porque se quedó quieto con la taza en la mano y puso gesto contrito.

Nicoletta se volvió hacia él con un ligero enfado que empañaba su rostro añorado.

—Entonces ¿qué es lo que te gusta de mí?

Él pareció encontrarse entre las cuerdas, acorralado, y a mí me entraron unas irreprimibles ganas de reír. Y parecía tonta...

—Esto..., verás... —se puso frente a ella y delimitó con ambas manos una figura femenina—, supongo que... ¿todo?

¡Ay, cómo me dolió ese «todo»!

Reculé un paso y tropecé con el frigorífico.

—Yo... mejor me voy. —Miré con dureza a Matthew y con envidia a Nicoletta—. Antes de que a tu... tu..., a ésa le dé por meter los dedos en un enchufe para hacer sus ejercicios de electroestimulación.

—Álex, no... —Matthew se mesó el pelo y frunció los labios.

Nicoletta nos observaba con una concentración dispersa en sus ojos azules.

—Ya que estás ahí, ¿puedes acercarme algo fresco?

«Sí, un iceberg y te lo meto por el...»

—Claro, ¿una Coca-Cola te viene bien?

—¿Hay helado? Me apetecería recuperar algo de la energía que he perdido esta noche —solicitó, haciéndole un guiño de complicidad a Matthew.

¡Ay, cómo me dolió esa «energía»!

Dejé la mirada un minuto sobre el rostro de Nicoletta y después la fijé en Matthew, que observaba cada una de mis reacciones. Enrojecí súbitamente y abrí el congelador situado detrás de mí. Saqué un bote y se lo entregué.

—Es mi preferido —le dije con mi sonrisa de conquistar.

«Lástima no te ahogues con él, zorrasca.»

Ella lo abrió y metió un dedo, lo untó de cremoso helado para, a continuación, chupárselo con lascivia mientras observaba a Matthew. Yo gruñí de forma inconsciente y él me miró con intensidad. El momento «porno helado» no duró mucho. De improviso, ella enrojeció, o más bien le surgieron multitud de rojeces en el rostro, y balbució algo incoherente. Matthew cogió el bote y leyó los ingredientes.

—Álex, ¿lleva nueces?

—De macadamia, las mejores —aseguré.

Nicoletta se llevó una mano a la garganta y, profiriendo un sonido que venía a ser de asfixia, cayó al suelo.

Matthew corrió a acuclillarse junto a ella. Yo hice lo mismo. Estaba inconsciente y se había dado un buen golpe en la cabeza. No reaccionaba.

—Es alérgica a las nueces —me informó él, levantándose para coger las llaves de uno de sus coches—. La llevaré al hospital.

Yo no estaba tan tranquila. Había humedecido un trapo de cocina e intentaba que por lo menos abriera los ojos. Sentí un miedo atroz. Reviví la

escena del avión y creí que iba a vomitar.

—¡Ay, madre, que me he cargado a otra persona! —aullé.

Lo siguiente que recuerdo fueron los fuertes brazos de Matthew sujetándome antes de caer yo también.

—Tranquila, es una reacción alérgica, sólo eso. Dentro de unas horas estará perfectamente. Espérame aquí, tú y yo tenemos una conversación pendiente —afirmó, y cogió en brazos a Nicoletta para llevársela al garaje.

Reconocí el sonido de su Aston Martin saliendo a la calle principal y crucé los dedos con desesperación.

Bruno ladró a mis pies como si me ofreciera su apoyo.

—Lo sé, a mí tampoco me caía bien —me justifiqué a sus dulces ojos marrones—. Pero de ahí a intentar matarla...

¿Es que nada podía salirme bien? Pero ¿nada, nada?

* * *

Dos horas después, seguía bastante preocupada. Matthew no había llamado y yo ya no sabía qué hacer. No entendía el idioma y ni siquiera sabía a qué hospital la había trasladado. Estaba nerviosa, demasiado inquieta, como si el capuchino tamaño familiar se hubiera extendido por mis venas en una electrizante necesidad de expulsar adrenalina. Nunca se me había dado demasiado bien tener paciencia, y lo estaba demostrando. Incluso *Bruno*, contagiado por mi malestar, no dejó de ladrar y de solicitar mi atención correteando alrededor de mis pies. Decidí cambiarme y salir. Me puse unas mallas negras, las zapatillas de *running* y una sudadera con capucha.

Cuando abrí la puerta me encontré con él. Más bien, me tropecé de cabeza contra su pecho. Me froté la frente y di un paso atrás.

—¿Adónde crees que vas? —me increpó con más curiosidad que enfado.

—A correr.

El sonido de su carcajada me alteró hasta tal punto que tuve que cerrar los puños. Me gustaba el deporte, aunque no precisamente aquel en el que tuvieras que esforzarte demasiado, sobre todo, más allá de unas cuerdas atadas a tu cuerpo y un paso adelante.

—Lo creería si me hubieras dicho que ibas a hacer escalada, pero ¿correr?, ¿tú?

—Pues pienso hacerlo —insistí frunciendo el ceño.

—Ni lo sueñes. Y menos con esa sudadera.

—Y ¿qué le pasa a mi sudadera? —pregunté tirando del bajo para examinarla con atención.

—«*Sex Machine.*» —Fue lo único que dijo él.

—Sí, ¿qué? —exclamé poniendo un pie en la calle.

No llegué mucho más lejos. Sus brazos rodearon mi cintura y me alzaron hasta tal punto que mis piernas patearon el aire unos segundos.

—Que alguno va a querer desmontarte por piezas, Álex. Y eso es algo que no voy a permitir —declaró soltándome y cerrando la puerta de golpe.

Me volví hacia él y lo encaré.

—¿Se puede saber qué te pasa? Parece que te has convertido en un cromañón.

—Necesitas soltar toda tu energía y golpear algo.

—¿A ti? Eso no me importaría —barboté con sarcasmo.

Sonrió y soportó un pequeño empujón en el hombro sin inmutarse. Resoplé indignada.

—Lo que necesito es que te apartes. No lo entiendes —dije empujándolo con ambas manos sin conseguir moverlo—. Soy como una pandemia. Un virus mortal que afecta a todos los que me rodean.

—Yo ya sucumbí a ti hace muchos años, Álex. No me asusta —afirmó, y tiró de mí escaleras arriba.

Protesté enérgicamente, pero cerré la boca cuando me metió en el gimnasio y miré alrededor con desconfianza. Matthew se puso a un lado del saco de boxeo que colgaba de un gancho metálico del techo y lo señaló con una mirada.

—Todo tuyo —dijo con suavidad—. Pero antes —añadió— necesito que me cuentes qué es realmente lo que te sucede. Y, esta vez, no quiero mentiras ni medias verdades. Llevo mucho tiempo esperando y se me está empezando a acabar la paciencia.

—¿Que se te está empezando a acabar la paciencia? ¿Y la mía?

Se mantuvo en silencio, expectante y taladrándome con sus impresionantes ojos grises.

—¿Por qué no me dijiste que tu foto adornaba todo Londres?

Hasta yo misma me sorprendí de que esa frase brotara de mi boca. Podría haber elegido un millar, y ésa fue la que mi inconsciente, porque nunca era consciente, eligió.

—Te lo dije, varias veces —contestó con seriedad—. Te dije que había hecho una campaña para una marca de ropa deportiva, pero nunca me creíste. Nunca creíste que el adolescente que habías conocido hacía tantos años pudiera llegar a ser algo... algo que...

—¿Algo qué? —lo animé viendo que no deseaba contar nada más.

—Déjalo. Y sigue, esto se presume interesante.

Y lo pensé. Sólo un segundo, como venía siendo habitual.

—No entiendo nada, Matthew. Creí que mi vida estaba planificada y organizada matemáticamente y, de pronto —me quedé un momento en silencio tragando el nudo que tenía en la garganta—, todo desapareció: mis planes, mis deseos. Me convertí en una mujer que he llegado a odiar. No sé por qué me he casado contigo, cuando esto se está convirtiendo en una tortura. No sé por qué te empeñas en analizarme, llevarme de viaje, tenerme junto a ti, aunque sabes que no lo soporto. Me dices cosas que me provocan ternura y pienso que eres el joven que conocí y hasta llego a creer que aquella vez me equivoqué contigo. ¿Quieres volverme loca? Ah, y otra cosa, Martín me ha dejado. —Matthew levantó ambas cejas, pero siguió en silencio—. Sí, lo hizo nada más llegar, ¿sorprendido? Ya veo que no; de hecho, a todos los que se lo cuento me dicen que yo era la única que no lo veía. Estoy segura de que hasta te alegras. —Alcé la mano cuando vi que él quería interrumpir y continué—: Y Ana lleva mintiéndonos a todos más de dos años. Trabaja vendiendo artesanía en Covent Garden. Y Jeff me besó ayer. —Observé cómo fruncía el ceño y apretaba los puños, aunque no le permití hablar—. Y después, me besaste tú..., ¡joder!, y fue..., ¡no sé cómo fue! —Su gesto de sorpresa hablaba por sí solo—. Y esta mañana me ha besado Rubén. —Matthew arrugó la nariz y respiró hondo—. Y no sé por qué, y le he contado que tenía un... —Me quedé en silencio y recapacité a tiempo—. Pero ¿qué os pasa a todos? ¿No entendéis que es un

peligro acercarse a mí? Y después, después..., tú... —me trabé a punto de llorar— me dices cosas que... Y luego te encontré con Nicoletta y... me dolió —musité—. Me dolió tanto que tuve que escapar.

Comencé a sollozar quedamente. Él estaba parado a un par de metros de mí, inmóvil, con todo su cuerpo en tensión. Parecía una estatua apolínea, perfecta. Un hombre que atrae sueños en las noches hambrientas de deseo.

—¿No piensas decir nada? —murmuré.

—No me acosté con Nicoletta.

—¿Qué? ¿Por qué? —exclamé sorprendida.

—Porque no eras tú. Simplemente eso. Deseaba que su cuerpo fuera el tuyo, que sus labios fueran los tuyos, que los gemidos de su boca fueran los que una vez te provoqué yo.

—No te creo —mascullé.

—No, por lo visto, nunca lo haces.

Apreté los labios con furia y lancé un puñetazo al saco, que apenas se balanceó.

—Tú besaste a Jeff y a Rubén. Creo que estamos empatados. —Se rascó la nariz en un gesto concentrado y a la vez intensamente seductor—. Bueno, en realidad, me sacas ventaja.

—Me besaron ellos. Yo no tuve nada que ver —me defendí.

—Dos no se besan si uno no quiere.

—Ya veo que tu madre te ha inculcado la sabiduría popular.

—Mi madre sólo me ha inculcado que si te gusta una mujer debes luchar por ella, y eso es lo que estoy haciendo.

—De una forma absolutamente perfecta, debería añadir —esgrimí con ironía.

—¿En qué idioma necesitas que te lo diga, Álex? —murmuró acercándose de forma peligrosa a mí.

—Aléjate —musité, pero no lo hice con la debida intensidad.

Matthew, con un movimiento brusco, me cogió por la cintura y me apretó contra su cuerpo. Levanté el rostro y lo miré desafiante. Él me sostuvo la mirada y, cuando supo que yo estaba a punto de girar la cabeza, se inclinó sobre mis labios y los atrapó. Su barba sin afeitar me raspó la piel y su lengua

se desarrolló con soltura dentro de mi boca. Su pasión electrizante me quemó, y proferí un quejido de rendición. Me desarmó, simple y llanamente. Cuando se separó, con la misma brusquedad con que se había acercado, puso la mano derecha sobre mi pecho. Quise retroceder, pero su otra mano me cercaba la muñeca. Cerré los ojos ante la sensación de debilidad que percibí en mi cuerpo. Su aliento sopló sobre mi oído.

—Sigue estando ahí, Álex. Aunque tú no quieras verlo, tu cuerpo no miente.

Su mano se ahuecaba al ritmo del frenético latido de mi corazón.

—No —murmuré.

—Dime la verdad. ¿Algún hombre te ha besado como lo hago yo?

«No —debería haber sido la respuesta—. Nadie me ha besado como tú.» Era la absoluta verdad de mi vida entera. Pero jamás lo reconocería ante él. No, aunque él ya lo supiera. Abrí los ojos con lentitud. Los párpados me escocían. Su presencia era dañina e irremediabilmente atrayente. Eso era lo que lo distinguía, con él nunca tenía suficiente. Necesitaba de él como de una droga. Sus besos me dejaban ansiando sentir sus labios por el resto de mi piel. El contacto de la carne contra la carne. La firmeza de sus brazos rodeándome, la seguridad que encontraba apoyándome en su pecho. Él era demasiado doloroso para soportarlo de nuevo.

Su mano seguía en mi pecho y el pánico a verme descubierta me aterrorizó. Intenté respirar el aire cargado de electricidad y apenas lo conseguí. Tenía que alejarme de allí. Di un paso atrás y nuestro contacto desapareció y le siguió la ya habitual frialdad, como si me rozara una lengua de hielo. Ignoré su pregunta con deliberación y retrocedí dos pasos más bajo el hechizo de su mirada. Tropecé con algo y me agaché de forma mecánica para coger una pequeña pelota del suelo. Noté su peso y su dureza y deseé ser aquella pelota con corazón de madera.

—Álex, ¿qué te ocurre?

Su voz me llegó lejana, como un recuerdo que no quería recordar. Lancé la pelota al aire y la cogí de nuevo con la mano, sin contestar.

—Es una pelota de críquet. No tiene mucho misterio —explicó Matthew con algo de extrañeza implícita en la voz. Todavía no parecía muy seguro de

cómo reaccionar, y vislumbrar el atisbo de su debilidad supuso un ínfimo consuelo a mi herida.

Lo miré con la valentía que otorga saber que, una vez que ya has perdido el amor, no puedes perderlo dos veces. Él se mantenía tenso a unos metros de mí. Aparentaba una actitud indolente, la misma que un inquisidor que ha quebrado a su testigo.

—Nunca volveré a creer tus palabras, Matthew.

Cerré los ojos al no poder soportar más la intensidad de su mirada y el resto de mis sentidos se agudizaron. El aire se volvió pesado y cimbreado rodeándonos. Aspiré el aroma de su perfume, que me enloquecía. La pelota palpitó en mi mano y reclamó mi atención, valorándola como un arma de defensa o ataque. Todavía no lo tenía muy claro.

—¿Por qué no me crees? —Su voz rompió el hechizo de unión con la pelota y abrí los ojos.

—Porque cuando dos de las personas que más amas te traicionan y apuestan entre ellos siendo tú el premio final sin tener en consideración las repercusiones, no se lo merecen.

Lo examiné con frialdad un instante y, aprovechando su desconcierto, lancé la pelota contra su cuerpo con toda mi fuerza, con el odio, la decepción y la ira aposentada durante tantos años. Pero esos sentimientos no iban dirigidos a él, sino a mí, y no me di cuenta hasta que ya no hubo vuelta atrás. Y, si soy sincera, creí que él tendría la suficiente habilidad como para cogerla al vuelo, aunque en mi fuero interno deseé que no lo hiciera. Quise devolverle el golpe que él me propinó aquella lejana noche.

Y lo conseguí.

Concretamente, en la entrepierna, como si un diablillo vengativo hubiera dirigido la trayectoria hacia el lugar exacto. Cayó de rodillas gimiendo y maldiciendo a partes iguales. El arrepentimiento me acometió de improviso, liberado ya de la furia, y corrí junto a él.

—¿Te... te traigo hielo?

Matthew se cubrió la entrepierna con las dos manos y me mostró unos ojos ligeramente enrojecidos. Apretaba la mandíbula hasta el punto de fracturársela. Negó con la cabeza.

—¿Es el golpe que me debías desde hace nueve años, Álex? —preguntó al fin.

Medité la respuesta, quizá me conocía mejor que yo misma. Quizá había visto el brillo de mis ojos segundos antes de lanzarle la pelota. No tuve valor para pronunciarlo con palabras, pero sí asentí con la cabeza.

—¿No fue suficiente romperme la nariz, que ahora también me has roto los huevos? —masculló.

Me incorporé y me alejé con rapidez de él. Sentía punzadas ardientes en el pecho, apenas podía respirar. Lo último que oí fueron sus palabras:

—No duele tanto como cuando me rompiste el corazón.

Esa vez no hubo banda sonora, sólo el silencio que acompaña a una confesión de brutal sinceridad.

Capítulo 12

En un lugar de la playa, de cuyo nombre no quiero acordarme...

Menorca, nueve años antes

—¿Te queda mucho?! —gritó mi hermano aporreando la puerta del baño.

—¡No! —exclamé saliendo con una toalla enrollada bajo las axilas y el pelo húmedo rodeándome la cara—. Pesado, que eres un pesado —añadí, dándole paso.

Y en ese momento, me quedé inmóvil. Matthew estaba sentado en el sofá frente al televisor encendido. No sabía que había llegado a Menorca, y la sorpresa hizo que me detuviera, rodeada del calor que sentía en su presencia, esperando aquella caricia desde hacía meses. Se levantó con algo de torpeza en cuanto me vio aparecer. Había cambiado, pero no sabría decir en qué sentido. Parecía más hombre, más maduro, más serio..., más todo. Llevaba unos vaqueros desgastados con unas Converse negras y un polo azul marino que confería a sus ojos una profundidad oceánica de sueños perdidos. Se apartó el pelo que le caía en la frente y me sonrió. Le devolví la sonrisa por inercia y a punto estuve de soltar la toalla.

—Hola.

Una única palabra. Un saludo bastante insulso, la verdad, aunque consiguió

que mis piernas se convirtieran en gelatina. Las crucé con nerviosismo.

—Hola, Matthew.

Sonrió y, algo azorado, se metió las manos en los bolsillos del pantalón, como si no supiera qué hacer con ellas.

Busqué con desesperación algo en mi mente que decir y resultara atrayente.

—Has crecido.

«¡Bingo!» Si es que era un hacha, con esa frase no sólo lo había atraído: lo había noqueado.

—Eh..., sí..., bueno..., supongo.

En realidad, lo dejé bastante desconcertado.

—Y ¿te quedas mucho tiempo?

Información al poder. Tenía que conocer de antemano con cuántos días contaba para intentar seducirlo con mi atrayente vocabulario.

—Una semana.

—Ah, ya.

Mi gozo en un pozo. ¿Sólo siete días?

—Hummm..., y ¿te quedas aquí?

Desvié la mirada a lo largo y ancho del pequeño salón con el deseo de ver alguna maleta.

—No. He venido con unos amigos. Estoy en casa de mi abuela.

—Ah, ya.

«¡Vamos, Álex, piensa, piensa!»

—¡Qué guay, ¿no?!

«Tonta a la una, a las dos, a las tres... ¡Adjudicada a la señorita cubierta por una toalla!»

—Eh..., sí..., bueno..., supongo.

—Y ¿vais a salir esta noche? —Lo arriesgué todo con una última pregunta.

Pero fue mi hermano quién contestó, aullando desde el baño:

—¡No!

—¡Yo también te quiero, hermanito! —contesté frunciendo los labios.

—¡Pues yo a ti, a veces! —respondió él, lo que provocó una carcajada de Matthew.

¿Con él se reía y a mí sólo me miraba como si no supiera qué hacer conmigo? Enrojecí y retrocedí hasta mi habitación. La voz de Matthew me detuvo en la puerta:

—Sí, vamos a salir. Pasaremos a recoger a mis amigos antes. ¿Nos acompañas?

¿Que si los acompañaba?! ¿Tenía que preguntarlo? ¿Acaso la respuesta no era obvia?

—¡Sí! —exclamé con demasiado entusiasmo.

—Ni lo sueñes, enana —dijo mi hermano saliendo del baño y esparciendo agua a su alrededor como un perro.

—¿Por qué no? —Asomé la cabeza desde la habitación con bastante enfado.

—Porque te colgarás de mi brazo y me joderás la noche.

—Eres un capullo —mascullé.

—Yo me haré cargo de ella —interrumpió Matthew.

Y esa frase hizo que me salieran alitas en los tobillos y casi levitara sobre el suelo. Matthew iba a hacerse cargo de mí. Es decir, no nos separaríamos en toda la noche. Bien, puede que «hacerse cargo» no fuera demasiado romántico, pero ya se abrían ante mí un millar de posibilidades, a cuál más morbosa y caliente. Sin embargo, parecía que aún no estaba decidido. Mi hermano y él intercambiaron una mirada en la que se dijeron muchas cosas sin palabras. Finalmente, Roberto asintió con la cabeza con gesto resignado.

—Está bien, Matt, el problema es todo tuyo.

Antes de que les diera tiempo a cambiar de idea, me metí de nuevo en la habitación y revolví todo mi armario. Después de descartar varias prendas, me decidí por un vestido corto de lino blanco con unas menorquinas también de ese color. Me ahuequé el pelo, que cayó en ondas hasta mis hombros, y me apliqué un poco de brillo en los labios. Estaba inusualmente morena aquel año, y no necesité una restauración completa. Cogí una pequeña bandolera de estilo hippy y me la colgué cruzándomela sobre el pecho.

—Ya estoy lista —afirmé plantándome en el salón, donde ellos ya esperaban tomándose una cerveza.

La apuraron y, sin más comentario, nos dirigimos al coche.

En menos de veinte minutos estábamos recogiendo a los amigos ingleses de Matthew, y entonces nos dimos cuenta de que teníamos un problema numérico.

—Somos seis, uno tiene que quedarse en tierra —indicó mi hermano, y me sonrió de forma sarcástica—. Ya sabes a quién le toca.

—Ella irá encima de mí —aseveró Matthew, y dirigió una mirada de furia a Roberto, que se aguantaba a duras penas la risa—. Pagaré la multa si nos pillan.

Y así lo hicimos. Yo me senté sobre sus piernas en el asiento de atrás, justo al lado de la ventanilla. Cinco minutos después, pese al aire acondicionado del coche, el calor empezó a ser sofocante. Me revolví inquieta y noté un bulto sospechosamente duro debajo de mí. Las manos de Matthew se cernieron alrededor de mi cintura y su aliento cálido me susurró al oído:

—Quieta, Álex, por favor.

Intenté hacerlo. Lo intenté..., lo que no quiere decir que lo consiguiera. Antes de que llegáramos a un aparcamiento cercano al centro de la ciudad, sus manos me sujetaban tan fuerte que creí que podía contar cada una de mis costillas, y mi piel estaba cubierta por la misma pátina de sudor que la suya. Seguía sintiéndolo y deseaba seguir sintiéndolo, pese a sus ruegos insistentes de que no me moviera.

Cuando salimos del coche hubo risas generalizadas y comentarios subidos de tono.

—Joder, Matt, deja de pelar la pava con mi hermana, que lo único que puede darte es un buen dolor de cabeza y... —Roberto hizo una pausa examinando su entrepierna— de huevos —añadió rodeado de risas ante el sonrojo del ajusticiado.

Le golpeé un hombro y miré furibunda al resto de sus amigos, los cuales no entendían mi idioma, y yo, por supuesto, tampoco el suyo.

Poco a poco nos fuimos internando en las zonas más concurridas y la gente nos rodeó, lo que provocó que nos distanciáramos. Por un momento creí perderlos, hasta que sentí los dedos de Matthew entrelazándose con los míos. Estaba cumpliendo su promesa, se estaba haciendo cargo de mí. Nerviosa, no pude ni mirarlo. Ni tampoco pude respirar durante segundos. Sentí una

electrizante sensación de estar absorbiéndonos mutuamente, comunicándonos a través del contacto de nuestra piel. Me concentré en disfrutar del momento. De vez en cuando, se volvía hacia mí y me ofrecía una sonrisa sesgada que me estremecía como si me recorrieran la columna vertebral con una pluma.

Recuerdo con vaguedad que entramos en un pub con terraza. La música estaba demasiado alta y el alcohol empezó a surtir los primeros efectos. Un par de sus amigos ingleses desaparecieron. Poco después, lo hizo mi hermano. Matthew se mordió el labio observando la pista de baile, al parecer sin decidirse a nada en concreto, y yo pensé mil y una conversaciones para que no se arrepintiera de haberme llevado consigo. De improviso, sujetó mi muñeca y yo me tensé. Agachó la cabeza para que pudiera oírlo y susurró:

—¿Nos vamos a otro sitio más tranquilo?

—¡Ajá! —contesté yo en un prodigio del lenguaje que mostraba en su presencia.

Volvimos al coche de mi hermano y él me abrió la puerta del acompañante, empujándome con suavidad en la parte baja de mi espalda hasta que estuve dentro. Cuando retiró la mano, seguí notando su contacto como si me hubiera marcado.

—¿No se cabreará mi hermano por dejarlo tirado? —inquirí cuando él estuvo sentado a mi lado.

—Lo dudo, las llaves me las ha dado él —contestó sonriendo de forma terriblemente sensual. O, al menos, eso me pareció a mí. Tal vez fuera el calor.

No pregunté adónde me llevaba, aunque parecía saberlo. No recurrió al GPS y se concentró en mantener la vista fija en la carretera. Yo me concentré en mantener la vista fija en él para no perderme detalle de cada uno de sus movimientos. Al fin aparcó el coche cerca de una pequeña cala. Me ayudó a bajar entre zarzales hasta alcanzar la suave arena. La brisa me revolvió el pelo y suspiré con placer al sentir el frescor del agua cercana y el rumor tranquilizador de las olas lamiendo la orilla. Podía oler el salitre llenando mis pulmones, y mi corazón se aceleró igual que en el momento previo a una larga carrera.

Nos sentamos juntos. Él, con las piernas estiradas y cruzando los tobillos. Yo, doblando las rodillas y apoyando la barbilla en ellas. A lo lejos pudimos

oír algunas risas que provenían de unas rocas escondidas de miradas ajenas, y me ruboricé.

—Ya te has graduado, ¿no? —pregunté rompiendo la dulzura que parecía caracterizar aquella noche. O tal vez fuera el calor.

—Sí. Y tú, ¿has pensado ya lo que vas a hacer el año que viene? —inquirió a su vez girando la cabeza hacia la mía.

En la penumbra pude ver cómo sus ojos brillaban reflejando la palidez de la luna, que esa noche decidió brindarnos el honor de refulgir en todo su esplendor. Decididamente, el calor estaba haciéndome ver las cosas de manera... más calurosa.

—Me gustaría estudiar algo relacionado con el arte, el dibujo. Con probabilidad, haré alguna rama relativa al diseño, aunque —hice una pausa sumida en mis propios pensamientos— lo que de verdad me gustaría es tomarme un año sabático y poder recorrer el mundo: Nueva York, Tailandia, Tierra de Fuego, Canadá, las grandes capitales europeas y ver las pirámides egipcias al anochecer. A veces sueño con que publico un libro de dibujos de mis viajes. Pero bueno —me volví hacia él y lo vi completamente abstraído en los cambios producidos en mi rostro—, sólo son sueños...

Estábamos creando un halo de intimidad que jamás habíamos poseído, robándoselo a otras personas que lo merecieran más que nosotros. Nunca me había sentido así con nadie, como si a él pudiese confiarle todos mis secretos sabiendo que me sería fiel hasta la eternidad. Descubrí con sorpresa que jamás había estado tan en paz conmigo misma como con él en ese momento, y me pregunté si a él le sucedería igual.

—Contigo es diferente —musitó.

Lo miré con una mezcla extraña de expectación y miedo. Y con esa frase decidí que le entregaría mi vida entera.

Matthew se pasó la mano por el pelo algo nervioso.

—Quiero decir, me estabas mirando como... Contigo es diferente. Nunca sé cómo actuar. Lo pienso antes de verte, de hecho, llevo pensándolo muchos meses, imaginándome qué te diría cuando te tuviera frente a mí, pero acabo comportándome como un idiota al que le faltan las palabras.

—Pues de momento vas bastante bien...

Él dejó escapar un pequeño gemido que pudo ser de frustración o de satisfacción. Nunca lo supe. Lo que sí supe es que quería seguir oyendo ese sonido de su boca siempre.

—¿Te sucede a ti? —me preguntó con una expresión de anhelo que nunca olvidaré.

—Sí —dije, y agaché la cabeza con timidez.

—La imagen que guardo de ti en mis recuerdos no se corresponde con la que veo. Siempre es más opaca, no tiene el brillo y la intensidad que posees. Es como si..., ¡joder!..., es como si me estallara el pecho si sólo logro rozar tu mano. No sabes el efecto que causas en mí.

—Creo que sí lo sé.

Me miró suplicante.

Sonreí con felicidad.

—Es el mismo que tú causas en mí.

—¡Joder, gracias! —Meneó la cabeza—. Creo que ahora puedo respirar con normalidad.

—Puedo hacerte el boca a boca si te atragantas —sugerí.

Él sonrió con la misma felicidad que yo mostraba.

—A veces los sueños pueden cumplirse —murmuró.

—¿A qué sueño te refieres exactamente? —inquirí ladeando la cabeza.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Ser tú —dijo extendiendo una mano para acomodar un rizo detrás de mi oreja—. De verdad, no tienes ni idea de lo que lo que haces sin hacer nada.

—¿Qué hago?

Cogió mi mano para posarla sobre su corazón. Sentí su fuerte y acelerado latido.

—Esto —murmuró.

Cerré los ojos, concentrándome en la inexplicable subida de temperatura que acababa de experimentar mi cuerpo al sentirlo bajo mi mano.

—Me refería a dos sueños que pueden ser uno.

Abrí los ojos de forma interrogante.

—¿Quieres un compañero de viaje para tu año sabático?

—¿Vendrías conmigo?

—No me separaría de ti ni un instante.

—Es una locura, es decir, ¿no te esperan en Inglaterra?

—Acabo de terminar la carrera, estoy a la espera de la respuesta a una entrevista de trabajo, pero la rechazaría si pudiera irme contigo. ¿Qué me dices?

—Que mis padres te matarían y después me matarían a mí. Aunque preferiría morir primero para no tener que sufrir tu pérdida —determiné con una sonrisa triste.

—No si nos fugamos. Tendrían un año entero para que se les pasara el enfado. Verás..., tengo algo de dinero ahorrado y me gustaría llevarte a ver todos los lugares que has mencionado. No, me gustaría verlos contigo y, después, bueno..., después podría trasladarme a España. Convalidar mi título no sería complicado, así tú podrías estudiar lo que quisieras.

—Matthew...

—¿Sí?

—¿Estás planificando mi vida?

—¿Me dejarías hacerlo?

Me abstuve de contestar que lo dejaría hacerme todo lo que quisiera.

—Me gustaría, pero ni siquiera he cumplido los dieciocho.

La sensatez, aunque fuera por primera vez en años, tomó el mando.

—Estás a punto de cumplirlos, por eso he elegido precisamente esta semana. Por cierto, te he comprado un regalo.

Enarqué las cejas de forma inquisitiva mientras él sacaba un pequeño paquete cuadrado del bolsillo. Las mariposas de mi estómago se divirtieron torturándome.

—¿Me vas a pedir que me case contigo? —pregunté intentando bromear debido al nerviosismo.

—Todo a su debido tiempo —aseguró él entregándomelo.

Me mantuve en silencio porque su frase supuso un cataclismo sísmico en mi interior y rasgué el papel descubriendo una pequeña caja de piel. La abrí con cuidado y pude ver una cadena fina de oro con el colgante de un delfín. Era sencillo, pero a la vez hermoso. Era un detalle íntimo pero amigable. Era

perfecto. Lo saqué y le ofrecí mi nuca para que me lo abrochara. Sus dedos se detuvieron unos instantes en mi cuello y oí un hondo suspiro.

—Siempre me has recordado a los delfines. Todo el mundo se empeña en analizar su lenguaje como si realmente lo entendiera, aunque no tienen ni idea de lo que dicen. —Lancé una carcajada que rebotó en el agua y fue devuelta en forma de eco—. Son animales fieles y hasta se dejan acariciar y comparten contigo algo de su tiempo..., aunque después, después es imposible atraparlos, se deslizan de tu mano con elegancia hasta desaparecer.

—¿Es que quieres atraparme, Matthew? —susurré.

Él me miró fijamente a los ojos y sentenció:

—Quiero estar contigo mi vida entera.

Bajé la vista avergonzada y él cogió mi barbilla para que la levantara de nuevo.

—¿Estoy asustándote?

Negué con la cabeza. Llevaba años esperando aquello y, sin embargo, no estaba preparada para oírlo. Nunca creí que mi sueño pudiera cumplirse con tanta facilidad.

—¿Me permites besarte? —continuó después de una pequeña pausa.

—Nunca me han pedido permiso.

—Eso es que nunca has elegido al hombre adecuado —añadió y, sin esperar mi respuesta, sabiendo de antemano que iba a ser afirmativa, inclinó la cabeza y sus labios se posaron sobre los míos. Primero con ternura y, después, con desesperación. Jugamos a encontrarnos y a separarnos, a beber de nuestro aliento, a respirarnos y ahogarnos.

Y ése fue el momento en que descubrí que con él un beso no era sólo un beso.

Pasamos bastante rato tumbados, cubriéndonos de arena, acariciando nuestros cuerpos por encima de la ropa, con miedo a ser descubiertos, con miedo a descubrirnos a nosotros mismos, hasta que él se incorporó, colocando las manos a ambos lados de mi rostro.

—Te llevaré a casa —afirmó.

—Sólo si te quedas allí conmigo.

—¿Estás segura?

—Completamente.

El trayecto fue una mezcla de miradas, de manos furtivas sobre la pierna, de caricias robadas en un semáforo en rojo. Y, también, de besos atrapados por el deseo que amenazaba por estallar entre nosotros. Dejamos el coche en la entrada de la urbanización y corrimos a través del cemento que rodeaba la piscina vacía de gente hasta el portal. Nos besamos de nuevo y él sujetó mi cintura como si tuviera miedo de avanzar. Yo bajé directamente a su entrepierna abultada y él gimió. Me arrastró hasta la puerta del piso de mis padres, que aquel año se habían ido de vacaciones con mis tíos a Italia, y saqué las llaves del bolso. Se me cayeron dos veces antes de poder introducir las en la cerradura. Tuvo que ser él quien abriera y me diera paso dentro. Lo guie en la oscuridad hasta la habitación del fondo. Entramos envueltos en un abrazo eterno y, cuando nos separamos, de improviso, nos quedamos mirándonos con una vergüenza que nos había esquivado toda la noche. Las cortinas abiertas daban paso a la luz de la luna, cuyos destellos plateados se escondían entre las sombras.

—¿Estás segura? —preguntó de nuevo mirándome con intensidad, con un anhelo imposible de explicar.

Asentí con la cabeza y después negué con energía. Y, no sé por qué, pero en ese momento me acorde de la similitud con los delfines y la incapacidad de entender su forma de comunicarse. Me reí con timidez ante su gesto de incompreensión.

—Sí..., yo..., verás..., nunca...

Me interrumpió poniendo un dedo en mis labios hinchados de besos y pasión compartida.

—Yo tampoco —afirmó con bastante más seguridad que yo.

Abrí los ojos con desmesura y él pareció algo avergonzado. Se pasó con torpeza la mano por el pelo y resopló con frustración. Sencillamente, lo encontré tan adorable que lo habría adoptado.

—Pero ¿sabes cómo...?

—En teoría, sí, físicamente me las apañaré —concluyó, y me atrajo hacia sí sin miramientos.

La ropa fue desapareciendo con gran rapidez, como si la urgencia de unir

nuestros cuerpos hubiera nublado nuestros sentidos. Aunque las cremalleras se atascaron, el cierre del sujetador se enredó con mi pelo y su cinturón necesitó de bastantes sacudidas, caímos desnudos riéndonos sobre la cama cubierta por los vestidos que había desechado horas antes.

Se situó sobre mí y atacó mis labios indefensos y, también, rendidos a él. Bajó su lengua deslizándose por mi cuello y mi clavícula, produciéndome pequeñas descargas de placer en todas las terminaciones nerviosas. Alcanzó un pezón y lo circundó con el entusiasmo de un novato. Gemí cuando su mano rodeó mi pecho izquierdo.

—Es exactamente como me lo imaginé —suspiró al decirlo—, del tamaño perfecto para mi mano.

Reí de nuevo y él me acalló con un beso en el que enredamos las lenguas y provocó que nuestra respiración se volviera errática. Notaba su miembro erguido y duro contra mi estómago, y eso me excitó como nunca antes nada lo había hecho. Abrí las piernas esperando recibirlo, aunque él no tenía tanta prisa como demostraba yo.

—Déjame saborearte, he esperado mucho tiempo —pidió.

Abandonó mis labios y se dispuso a recorrer mi cuerpo desnudo con la boca. Me estremecí cuando llegó a mi vientre y sopló con levedad sobre mi ombligo. Luego apoyó el rostro y afirmó con reverencia:

—Algún día podré oír el latido del corazón de nuestros hijos.

—Espero que sea un día muy lejano —añadí yo riéndome—. Y, sobre todo, que sea un latido individual —continué con un leve jadeo.

Él levantó la vista y me examinó con detenimiento. No reía. Su gesto concentrado me comunicaba que hablaba en serio, y eso fue lo que me hizo amarle. En aquel instante comprendí que, si aquello no era amor, nunca averiguaría lo que suponía.

Sus dedos investigaron y yo me arqueé para recibirlo, totalmente entregada. Se aseguró de que estuviera preparada antes de continuar y hubo un pequeño forcejeo con el preservativo que provocó más risas contenidas. Sin embargo, nada hizo que disminuyera el deseo que sentíamos de fundirnos el uno con el otro. Nada lo consiguió. Se introdujo en mi interior poco a poco, con excesivo cuidado y ternura, a la vez que me iba cubriendo de pequeños

besos todo el rostro, como si estuviera venerando a una imagen sagrada. Se detuvo al notar la leve barrera y se irguió soportando su peso sobre los antebrazos. Sus ojos me enviaron una pregunta silenciosa y fui yo, con mi movimiento, quien rompí aquello que nos impedía unirnos. Proferí un quejido y él se quedó inmóvil un instante hasta que el color regresó a mis mejillas.

—Muévete —le pedí.

Lo hizo, con una cadencia sensual al principio, y con urgencia después. Apenas me dio tiempo a contener el aliento cuando estallé en un placer que me dejó exhausta entre sus brazos. Creí que él continuaría, que alargaría ese momento tan sumamente agradable. Se detuvo. Abrí los ojos y lo miré. Él abrió los ojos y me miró.

—¿Eso ha sido todo? —inquirí.

No sé qué entendió.

—Sí, te lo he dado todo, Álex —respondió dejándose caer sobre mí sólo para aspirar como si le fuera la vida en ello en el hueco de mi cuello descubierto.

—¿Todo? —repetí, y comencé a reír a carcajadas.

Él se irguió, todavía en mi interior, y me escrutó con una mirada de enfado.

—¿Te estás riendo de mí?

Volví la cabeza y la enterré en la almohada, fresca en contraste con mi acalorada mejilla, y seguí riendo. Noté cómo vibraba él en mi interior y reí con más ganas. Cuando descubrí mi rostro, lo vi riéndose a él también.

—Joder, lo siento. Me prometí a mí mismo que duraría más, pero no he podido, ha sido...

—¿Todo? —inquirí de nuevo, y ambos estallamos en carcajadas.

—Iba a decir «demasiado intenso» —farfulló cuando nos tranquilizamos un poco.

—También lo ha sido —añadí besándole la frente perlada de sudor, y aspiré su olor salado salvándome de mí misma. Robándole parte de su esencia para hacerla mía.

—Te prometo que la próxima vez será mucho mejor —aseguró.

Lo miré con seriedad. Su rostro mostraba un anhelo desesperado por conseguir que lo creyera. No hacía falta. Jamás volvería a dudar de él.

—Lo sé, de eso no he tenido nunca duda alguna —musité antes de recibir un nuevo beso.

Curiosamente, yo fui la primera en quedarse dormida. Desperté algún rato después con la apacible sensación de que había encontrado el camino que buscaba y no lograba encontrar. Era él. Mi camino, mi obstáculo, mi roca y mi perdición. Estaba recostado de lado y me observaba mientras me acariciaba el pelo y enredaba sus dedos en mis rizos con inconmensurable ternura.

—Antes no me has contestado. ¿Me darás un año de tu vida para enamorarte?

No le confesé que no necesitaba un año, que ya era suya en cuerpo y alma.

—Te lo daré si me miras siempre así —murmuré.

—¿Cómo? —inquirió él con una sonrisa.

—Como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra.

—Lo eres, Álex, para mí siempre lo has sido. Ahora y siempre.

* * *

Amanecía cuando abrí los ojos de nuevo. Estaba sola en la cama, pero pude oír el rumor de dos voces masculinas en el salón. Sonreí de forma inconsciente, con aquella felicidad que consideras inmutable al tiempo. Me levanté y me puse una camiseta con intención de salir. Sin embargo, me detuve junto a la puerta cerrada al oír mi nombre.

—Joder, Rob, ¡ten cuidado! Álex está dormida y no quiero que se despierte —siseó Matthew.

—Tío, te has perdido una noche de la hostia —aseveró mi hermano, ignorándolo y tropezándose con algo que supuse que era el sofá.

—No me he perdido nada, te lo puedo asegurar. —En la voz de Matthew percibí el asomo de una sonrisa, y no pude por menos que morderme el labio triunfante.

Mi hermano maldijo de nuevo y oí caer algo de cristal que se rompió al llegar al suelo.

—Déjame llevarte a la habitación —pidió Matthew algo crispado.

Los oí forcejear y, de repente, la voz alta y clara de mi hermano, como si

hubiera olvidado algo de suma importancia.

—¿Lo has conseguido?

Silencio. Un silencio que contenía la respuesta.

—*Congratulations, my friend!* Nunca pensé que lo lograrías. ¿Cuánto apostamos? ¿Sesenta euros? —siguió diciendo como si celebrara la Champions League.

Mi rostro se nubló ante esa demostración de alegría.

—Tómalos y así puedes llevar a cenar a mi hermana a algún sitio elegante —continuó Roberto pese al silencio de su amigo.

—Está bien, los cojo sólo por eso. Y procura no hacer más ruido, no quiero que se despierte, he preparado una sorpresa...

Dejé de escucharlos. Y creo que en ese instante dejé de creer en el mundo tal y como lo conocía. Todo se desmoronó a mi alrededor. Cada palabra había sido una dentellada de realidad. Esperé hasta que oí la puerta cerrarse y salí tropezándome yo también con el sofá para alcanzar la habitación de mi hermano. Cuando entré lo vi vestido y tumbado boca abajo en la cama. Lo zarandeé sin compasión hasta que conseguí que entreabriera un ojo y me enfocara.

—¿Una apuesta? ¿Qué apuesta? —exigí saber.

—Álex, ¿no estabas dormida?

—¡No! ¡Contesta, maldita sea!

—Una apuesta, sí —dijo él frotándose la cara torpemente con una mano.

—¿Apostaste con Matthew que...? —No pude continuar. El dolor que me estrangulaba la garganta lo hizo imposible.

—Pensé que no lo conseguiría —declaró mi hermano cerrando los ojos de nuevo—. Tuve que convencerlo durante semanas. No se atrevía, pensaba que iba a ser rechazado, pero por lo visto ha entrado por la puerta grande con honores..., ¡qué cabrón! —Y una sonrisa algo bobalicona le adornó el rostro antes de caer en un coma profundo.

Le abrí un ojo con dos dedos y él me asestó un manotazo.

—La apuesta —repetí con voz trémula—, ¿era yo?

Se volvió para darme la espalda y yo corrí hasta el otro lado de la cama.

—No te cabrees..., ¿eh?... Si has salido ganando.

Me quedé sin sangre en las venas.

—Total, dice que comparte el premio contigo...

Comenzó a roncar de una forma estrepitosa y me aparté de su lado apretando los puños hasta que me clavé las uñas en ellos. En ese momento los odié a ambos de una forma que nunca creí posible. Deseé poder hacerles todo el daño que ellos me habían hecho. No, deseé devolvérselo multiplicado por un millar. En cuestión de segundos, se me pasaron por la cabeza cientos de pensamientos de guerra, destrucción y mutilación. Al unísono, superponiéndose, logrando con eso que ahogara mi dolor para reaccionar a tiempo.

Caminé despacio hasta mi habitación. Pisé un cristal y me corté la planta del pie derecho. Ni siquiera percibí el dolor. No era capaz de sentir nada, como si me hubieran vaciado dejándome sin aire. Hice la maleta y me vestí con rapidez. Al recoger el bolso, una nota escrita con la caligrafía alargada y más propia de un médico que de un informático, cayó al suelo. La cogí casi con asco; ya todo lo relacionado con él me producía reparo y un profundo arrepentimiento.

Buenos días, mi delfín que se dejó atrapar. Te prometo que nunca te dejaré escapar. ¿Estás dispuesta a asumir el riesgo que eso supone? Te quiero. Creo que no he tenido valor para pronunciarlo con palabras, pero sí lo tengo para escribírtelo. Empieza la cuenta atrás: trescientos sesenta y cinco días y toda una vida.

La arrugué sin tener lágrimas que derramar y la arrojé a una esquina de aquella habitación, donde había aprendido lo que era perder y, también, lo que había sido amar. Cerré la puerta con cuidado y me puse las gafas de sol al llegar a la calle, todavía vacía de turistas y viandantes, ocultando la tristeza y el odio que luchaban por alzarse con el poder de dominar mi mirada.

* * *

Llegué a Madrid casi al mediodía. Mi abuelo estaba peleándose con las

cazuelas de comida que le había dejado mi madre, ya que vivía seis meses con nosotros y los otros seis con mis tíos. En cuanto vio mi cara, se acercó a mí.

—¿Qué te ocurre, polvorilla?

—Nada, he decidido regresar antes de tiempo. Voy a subir a darme una ducha, quitarme la arena y hacer una llamada.

—Nenuca, cuéntamelo. Ha tenido que suceder algo. ¿Están todos bien?

—Demasiado bien —respondí subiendo la escalera.

Si dejaba que me abrazase, nunca podría completar lo que había urdido en el avión.

Hice la llamada y también una nueva maleta. Cogí mi pasaporte, mi portátil y bajé a despedirme.

—¿Ya te vas otra vez? ¿Vuelves a Menorca?

El abuelo no podía ocultar su preocupación y me obligó a mirarlo para responder.

—No, me voy bastante más lejos. Es algo que me ofrecieron y rechacé por él. —Me atraganté y casi no pude continuar—. Ahora es la única salida.

—¿Por él? ¿Te refieres al chico inglés tan majete que conocéis en Menorca?

—Al mismo, y no es tan majete como parece —ironicé—. Y tu nieto, tampoco.

—¿Qué te han hecho? Porque yo nunca me equivoco al juzgar a las personas, y ese chico vale la pena. Y tu hermano es un tarambana, pero tiene un corazón de melaza.

—No hablaré de ello, abuelo, no insistas, por favor —le pedí a punto de romperme.

—Huir, nenuca, es una salida cobarde, y tú nunca lo has sido.

—Ahora es lo único que puedo hacer, lo único que puede ayudarme —musité.

—Está bien, ya eres mayor para darte cuenta de que la vida no se queda con nada. Todo lo devuelve, y nunca cuando lo esperas. Ten cuidado, polvorilla, y piensa bien que lo que vas a hacer es posible que no puedas deshacerlo.

—Lo sé, abuelo. Cuídate —susurré dándole un beso en la mejilla.

—No, nenuca, cuídate tú. Y vuelve valiente, tan valiente como eras antes.

—Volveré, abuelo, aunque no sé cómo lo haré.

—Dime al menos dónde te vas para no preocupar a tus padres.

—A donde él no pueda encontrarme nunca —dije alejándome por el camino de piedra que daba a la calle.

Capítulo 13

No lo entiendo, Alex, no lo entiendo

(Roberto)

Lo primero que oí aquella mañana de verano fue el timbre la puerta y los golpes que ésta recibió al retrasarme en abrir. Lo primero que vi fue una estúpida sonrisa en la cara de Matt y un ramo de rosas rojas. Lo primero que olí fueron las rosas y su colonia barata.

Sentí ganas de vomitar. Sin embargo, me arrastré hasta la cocina y conecté la cafetera eléctrica.

—¿Crees que le gustarán? —preguntó él dejando con cuidado el ramo sobre la mesa de fórmica blanca.

—Y yo qué cojones sé —respondí bruscamente.

Me dolía la cabeza como si tuviera al maldito Thor ejercitándose para una batalla, y su colonia me mareaba. Me aparté un poco de él.

—¿Todavía no se ha despertado? —inquirió mirando la habitación cerrada.

—Ni puta idea. Vete a ver —contesté sirviéndome un café solo.

Matt se acercó y golpeó con suavidad la puerta. Al no recibir contestación, la abrió y entró. Salió al cabo de un segundo con un gesto de preocupación alarmante.

—No está —dijo.

—¿Cómo que no está? —mascullé girándome para coger el azucarero.

Debajo de él había un *ticket* de la compra semanal escrito con la caligrafía redonda y algo infantil de mi hermana.

Matt me lo arrancó de las manos antes de que pudiera reaccionar.

—Se ha ido a Madrid —exclamó como si no pudiera creérselo.

—Y ¿a qué se ha ido a Madrid? —pregunté deseando que él también se fuera para volver a acostarme.

—Sólo pone eso: «He vuelto a Madrid».

Mi cerebro empezó a reaccionar con lentitud.

—¿Qué le has hecho?

Matt negó con la cabeza y me miró con incredulidad.

—¿Qué hostias le has hecho a mi hermana? —grité roncamente.

—Tengo que encontrarla. —Fue lo único que respondió, y vi que estaba a punto de desmoronarse.

—Joder —farfullé—. Espera aquí, que voy a darme una ducha, tú intenta llamarla.

Mientras me vestía, sabiendo ya que Álex tenía el teléfono desconectado, pensé que las pupilas de mi hermana siempre se movían a una velocidad desmesurada. Nunca podía mantener los ojos fijos en una persona u objeto de forma constante, como si fuera un paso por delante de todos los demás y tuviera que conformarse con esperarnos o lográramos entenderla. La melodía que todos oíamos nunca era la misma para ella. Había nacido para destrozarme la vida, para que la quisiera hasta que me doliera el alma y para odiarla también. Me temía que Matt tenía los mismos sentimientos hacia ella, aunque no precisamente fraternales.

Preparé la maleta, corté la luz de la casa y cerré la puerta, dejando como recuerdo el ramo de rosas todavía sobre la mesa, percibiendo que detrás de aquella huida inesperada había algo que desconocíamos ambos. Acompañé a Matt a casa de su abuela y esperé en la calle a que bajara con su equipaje preparado. En el aeropuerto de Mahón, devolví el coche alquilado y le presté dinero para coger el primer vuelo que saliera hacia Madrid. Matt nunca había tenido demasiado, y yo sabía que era algo de lo que se avergonzaba. Procuré no darle importancia diciéndole que con su nuevo trabajo iba a devolvérmelo antes de que acabara aquel año. Él pareció sufrir un espasmo al oír aquellas

palabras. Y, de todas las opciones que se me ocurrieron aquel día sobre absolutamente todo lo que podía haber sucedido, en la única que no me equivoqué fue en aquélla.

Pudimos llegar a Madrid la tarde del día siguiente. El dolor de cabeza había empeorado debido a las horas pasadas despiertos, y preocupados, pese a haberme tomado ya tres ibuprofenos. Matt no esperó a que lo guiara al metro cuando aterrizamos, salió por la puerta de llegadas como una exhalación y se subió al primer taxi libre. «¡Puto *british!*»

Recuerdo que el calor era infernal y que la casa de mis padres acumulaba todo en su interior porque el abuelo nunca ha sabido utilizar el aire acondicionado. También recuerdo que pensé en gritarle unas cuantas verdades a mi hermana en cuanto la pillara, sin embargo, allí no estaba. El abuelo descansaba en su sillón favorito viendo la televisión. No se extrañó al vernos, parecía esperarnos.

—No está. Se fue ayer. —Fue todo lo que dijo. Luego se encerró en sí mismo observándonos de reojo como si no se fiara de nosotros.

¡Maldita fuera! Con un simple vistazo a su habitación comprobamos que había desaparecido la mayoría de su ropa, su ordenador portátil y su pasaporte. Comencé a preocuparme en serio. No había cumplido aún los dieciocho años y era la mayor estupidez de la historia de las estupideces, y tenía muchas en su haber.

Los siguientes tres días los pasamos recorriendo Madrid y husmeando entre sus amistades sin descubrir nada. Se había volatilizado. Ni Ana, ni Almu, ni sus compañeras de instituto supieron darnos siquiera una pista.

No sé cómo pudimos sobrellevar aquellos días de incertidumbre. Supongo que vi a Matt tan destrozado que tuve que ser el fuerte para que él se apoyara en mí. El abuelo se hacía el loco y nos evitaba, culpándonos con la mirada, algo que no llegábamos a entender. En la tarde del tercer día regresaron mis padres de su viaje a Italia y nos encontraron esperándolos en casa. Sin que nos diera tiempo a explicarles lo sucedido, sonó el teléfono con una precisión matemática. Una precisión que sólo poseía Álex. Fue mi madre la que contestó, aunque no habló. Al cabo de un par de minutos, en que todos aguantamos la respiración, colgó y soltó la bomba.

—Se... se ha ido a Rusia —balbució.

—¡Rusia! —exclamamos todos al unísono, y mi madre comenzó a llorar en silencio.

—Dice... dice que estaba apuntada a un programa de voluntariado para trabajar con niños, que... que ella iba a rechazarlo pero que piensa que es la mejor decisión que podía tomar. Que... que... —mi madre no conseguía hilar una frase coherente y nosotros no entendíamos ni una sola palabra— está bien.

—¿Está bien? —repitió Matt tragando saliva y con una palidez espectral.

—Hace frío, eso sí —murmuró mi madre, y huyó a la cocina.

Aquel día descubrí que tenía una fiambarrera oculta en uno de los armarios con todo un arsenal químico de tranquilizantes. Nos los repartimos como si fueran caramelos y nos quedamos sentados en el sofá de piel con el aire acondicionado susurrando a nuestro alrededor un lenguaje incomprensible.

—Pero si ni siquiera tiene la mayoría de edad. Voy a avisar a la policía y...
Matt se apresuró a interrumpir a mi padre.

—Sí la tiene. Hoy es su cumpleaños —musitó.

Y todos nos hundimos un poco más en la desesperación que acompañó su ausencia, sabiendo que nada podíamos hacer por atraerla a casa. Nunca podíamos atraparla cuando ella no quería dejarse atrapar.

Dos días después, Matt regresó a Londres. Yo lo acompañé al aeropuerto, y fue la primera vez que mencionó algo de la noche anterior a la desaparición de mi hermana.

—Yo soy el culpable —murmuró a punto de desmoronarse.

Le di unos golpes en la espalda y sentí un nudo en el estómago extraño y aterrador porque nunca había sentido nada así.

—No fui lo suficientemente bueno para ella, la decepcioné y ahora no quiere volver a verme. Lo siento —susurró con voz ronca, y vi cómo sus ojos se llenaban de las lágrimas contenidas durante aquella infernal semana.

Me importó una mierda lo que la gente pensara de nosotros y lo abracé con fuerza. Para mí era también un hermano y no podía por menos que compartir su dolor. Se fue arrancándome la promesa de que le hiciera llegar cualquier noticia que tuviera de Álex.

Pero lo que no supe hasta bastante tiempo después fue que su dolor era

equiparable al mío. Nuestra casa se vio vacía, como si las cuatro personas que la habitáramos no fuéramos suficientes, como si ella lo llenara todo con su presencia. Las comidas y las cenas se tornaron grises y desdibujadas sin su conversación caótica y muchas veces sin sentido. Nunca llegué a entender por qué se alejó de aquel modo, y mucho menos comprender por qué lo hizo de mí. Desde que tuve conciencia de su existencia había estado colgada de mi cuello como un molesto mono. Me incomodaba e incluso le mentía muchas veces para quitármela de encima y tener tiempo para mis asuntos. Nunca creí que la añoraría tanto como para llorar a solas en mi cama esperando que ella entrara, se tirara sobre mí haciéndome un placaje y se pusiera a contarme alguna historia surrealista que le había acontecido.

Lo peor sucedió cuando fueron llegando las fotografías. Se las enviaba por correo electrónico a mi padre y él me las reenviaba a mí. Una sola instantánea en la que se la veía sonriendo falsamente a la cámara haciéndonos ver que era el sueño de su vida, porque mi hermana siempre había sido así, una eterna soñadora, una incombustible soñadora que pulverizaba lo que ansiaba una vez que lo había conseguido sin llegar a disfrutar de ello. Los mensajes eran todavía más preocupantes. Frases cortas en forma de telegrama: «Estoy bien / hace frío / calor / llueve sin parar», o lo que cojones tocara aquel día. Siempre finalizaba con: «Os quiero y os echo de menos». Jamás decía cuándo iba a regresar ni contestaba los correos de tinte desesperado que le escribía en nombre de mis padres. Y yo me encerraba en mi habitación y tenía ganas de gritarle por su egoísmo y zarandearla y preguntarle por qué no nos había dado la opción de quererla y de echarla de menos. Tenía la última palabra, y la odié por ello.

Nunca supimos con exactitud en qué lugar de Rusia estuvo; sí que, sintiendo la imperiosa necesidad de alejarse todavía más de nosotros, viajó a Laos unos meses más tarde. La fotografía que envió aquella vez me impactó de tal modo que no quise seguir viendo qué rumbo tomaba su vida. Estaba sentada sobre una piedra, se veía una frondosa vegetación de fondo, contrastando con el fular de vibrantes colores que le rodeaba el cuello. Sus brazos desnudos y demasiado delgados sostenían con ternura a un bebé. En sus ojos vi algo que deseé no haber visto nunca, una desolación tan apabullante que sentí un agudo

dolor en mi interior. Siempre fue excesivamente generosa, esparcía amor con facilidad, regalándolo como si no supusiera ningún esfuerzo para ella. Estaba intentando transmitir ese amor al pequeño bebé, negándonoslo a nosotros. Pero yo, demasiado enfadado con ella, sólo quise ver el egoísmo que escondía con esa acción, había olvidado el daño que había hecho para consolar a otros que necesitaban su ayuda. O quizá vi su propio dolor en aquella mirada y no su egoísmo. Nunca lo supe con certeza.

Trescientos sesenta y cinco días después, regresó. Estábamos en Menorca pasando el verano y ella lo sabía. Vino cargada de regalos para todos, hablando sin parar como si volviera de un puto crucero por el Mediterráneo y no de recorrer el mundo por lugares peligrosos para una mujer tan joven. Aunque la que regresó no fue mi hermana pequeña, fue una mujer que me costó meses reconocer. Una mujer más delgada que ocultaba su tristeza con una elegancia etérea y una sabiduría que antes no habíamos percibido en ella. Pensé que, a partir de ese momento, si ya había tenido encontronazos con algunos de mis amigos, especialmente con Fran, ahora iba a tener que repartir puñetazos a diestro y siniestro para controlarlos. Su aura era contagiosa y abrasiva a partes iguales. Nunca habló de cuál fue la razón de su huida y nunca se lo preguntamos, porque creo que todos temíamos que en cualquier momento fuera a hacerlo de nuevo.

Matt me comentó una noche que él creía verla como un delfín al que nunca lograría atrapar. Su afirmación me hizo reír en su momento, aunque meses más tarde comprendí que yo sentía algo parecido. Álex absorbía la vida, la devoraba en el sentido estricto de la palabra. El mundo, tal y como lo concebíamos los demás, no fue creado para ella.

Por alguna extraña razón, jamás había podido imaginármela como una anciana rodeada de nietos, percibiendo ya que iba a agotar el tiempo que nos daban en la Tierra antes que cualquiera de nosotros. Por ello me sorprendió tanto lo que dije cuando la vi cubierta de vendas y monitorizada en el hospital varios años después por un accidente de coche.

Recuerdo que había tenido una reunión complicada con el Departamento de Urbanismo del ayuntamiento y sólo tenía una idea cierta en mente. Largarme a casa cuanto antes y beberme una cerveza frente al televisor. Ni siquiera me

apetecía llamar a Diana, a Rosa o a cualquier otra mujer dispuesta a acompañarme. Fue mi padre quien me comunicó la noticia, y únicamente dijo una frase:

—Roberto, ven deprisa al hospital o no llegarás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—De despedirte de tu hermana.

Me salté varios semáforos en rojo, conseguí unas cuantas multas de tráfico y perdí un espejo retrovisor al atajar por una calle demasiado estrecha. Una vez en el hospital, corrí hasta urgencias y pude ver a través de la ventana el cuerpo de Álex. Sólo ahí me permití el lujo de volver a respirar.

—Todavía no —murmuré.

Nadie me oyó, aunque yo continué con mi soliloquio.

—Todavía no es el momento, ¿verdad, Álex?

Y desde entonces me ha perseguido la idea de que la voy a perder en el momento más inesperado, porque ella es así, impulsiva, visceral y descomunemente generosa con los que la rodean. Una mezcla difícil de digerir, pero a la que se ama con facilidad.

Llegó cuando todos esperábamos a Cecilia y se irá cuando nadie esté preparado para perder a Álex de forma definitiva.

Capítulo 14

Cuando todo se complica...

Corrí. Corrí tanto que apenas notaba las gotas de lluvia que caían sobre mí en forma de agujas de hielo. Atravesé el parque Bishop, rodeando el palacio episcopal, y me adentré en el camino de tierra que bordeaba el Támesis. Me detuve cuando choqué con la barandilla de hierro forjado. Jadeando, me incliné sobre mí misma a punto de perder la conciencia. Me esforcé en respirar de forma pausada, a golpes. Los golpes que sentía en mi autoestima y en mi corazón. Sollozando, retrocedí hasta refugiarme del agua para sentarme en un pequeño banco de piedra situado bajo la alameda. Me abracé las piernas y pude sentir la frescura y la humedad que brotaba en pequeñas volutas de niebla sobre el río. Cerré los ojos con rabia.

¿Cómo había tenido Matthew la desfachatez de decir que yo le había roto el corazón? Maldito fuera, una y mil veces. Sollocé con más fuerza y no me importó empaparme. Sesenta euros fue su premio por mi única noche con él. Ni siquiera sabía el cambio a la moneda inglesa. Dejé escapar una carcajada amarga. Ahora le había salido un poco más cara, más o menos millón y medio de libras, y por un tiempo que dudaba mucho que fuera un año entero.

Recordé la primera vez que vi a Roberto tras ese largo año, las miradas mutuas de desconfianza. Me costó un gran esfuerzo perdonarlo. Ambos sabíamos qué había ocurrido, pero nunca hablamos de ello. Cuando regresé,

yo había cambiado, él también, y nunca le pregunté por qué lo hizo y él nunca me contó por qué se comportó de forma tan vil.

Secándome las lágrimas con el furioso frotar de mi brazo cubierto por la sudadera de deporte, agaché la cabeza. Al principio había creído que podía vengarme de Matthew, que era como si el karma me diera una última oportunidad para ello, que podía soportar su presencia sin alterarme..., aunque finalmente me di cuenta de que era imposible. Éramos dos almas destinadas a estar separadas con el ansia de permanecer juntas por siempre. Dafne y Apolo. Me convertiría en árbol antes de que él pudiera destrozar me más la vida.

Con el ánimo cansado, me levanté al anochecer para dirigirme de nuevo a casa. Estaba dispuesta a hacer las maletas y regresar a Madrid, ya no tenía sentido permanecer más tiempo allí. Aunque también tenía que pensar en las consecuencias que eso tendría para mi familia. Sí, tenía mucho que pensar, y me temía que poco tiempo para ello.

Al llegar, me sorprendió comprobar que la casa estaba vacía. Encendí la luz de la cocina y *Bruno* bostezó desde su cojín junto a la puerta de salida al jardín. Arrodillándome junto a él, le acaricié las orejas y le llené el cuenco de agua. Se quedó nuevamente dormido.

Me acerqué a la encimera para prepararme un termo de café y vi que había una nota sobre la repisa. Era de él. La cogí frunciendo los labios y la leí:

Nunca me creíste, como sé que tampoco lo has hecho ahora. Sí, me rompiste el corazón, pero no fue eso lo peor que sucedió, lo peor es que fulminaste todos mis sueños y esperanzas de una vida en común contigo, la única mujer que he amado. Sé que es probable que te estés preguntando que, si tanto te amaba, por qué no fui a buscarte cuando por fin regresaste de aquel año que me arrebataste. Aunque imagino que ya sabrás la respuesta: tu hermano me avisó diciéndome que no volviste sola, sino con tu novio Paolo.

Gemí en voz alta al leer eso.

Tengo dignidad, Alex, aunque tú hiciste que casi la perdiera. Eso me

frenó y me hizo recapacitar, y me di cuenta de que jamás conseguiría alcanzar aquello que esperabas de mí. Lo he intentado durante estos años por todos los medios posibles. Tengo mil preguntas que hacerte y que espero que sean respondidas a mi vuelta de forma sincera, a riesgo de que eso nos destruya por completo. No puedes imaginar lo que es tener el corazón tan hecho pedazos que es incapaz de unirse, lo que es necesitarte hasta para respirar. Y ahora, nueve años después, intento descubrir en ti a la niña que adoré, a la joven que me enamoró, a la mujer a la que entregué mi vida entera, y no sé si lo conseguiré o sólo lograré hacerme más daño. Voy a estar de viaje una semana, sigo creyendo que por lo menos me merezco una explicación, y te doy estos días para que lo pienses con calma y decidas qué hacer realmente con esto que nos une o que quizá no nos ha unido nunca.

Con una estudiada calma, más propia de un autómatas que de una persona, llené el termo de café y cogí una taza. Salí de la cocina y subí la escalera. A medio camino, me di cuenta de que las lágrimas se deslizaban por mi rostro sin consuelo. Siempre creí que para él no quedaban lágrimas que derramar; me había equivocado de nuevo.

Después de darme una ducha caliente y de vestirme con un pijama, me recogí el pelo en una coleta alta y, con el termo y la taza, me dirigí al despacho de Matthew. Encendí el ordenador, la luz de la mesa de trabajo y conecté la música en una lista de Spotify que me pareció adecuada para mi estado anímico. La más melancólica y deprimente que encontré.

Abrí un cuaderno de dibujo y escribí el título: «Cosas que hacer antes de morir».

Por fin había decidido enfrentarme a mi verdadero problema, y el catalizador de ello había sido Matthew, como todo en mi vida, aunque no estuviera presente.

- 1.-
- 2.-
- 3.-

Dejé los puntos en blanco, pero no porque no supiera qué escribir, sino

por todo lo contrario. Tenía tantas cosas todavía por vivir, por experimentar, que me daba miedo terminar una lista que nunca pudiera cumplir.

Cerré el cuaderno con un golpe seco y me froté la frente cansada. Tomando un sorbo de café amargo, cerré los ojos y recordé la angustia previa a mi regreso a casa hacía ocho años.

Cuando finalizó mi trabajo en una pequeña aldea al norte de Moscú, no supe adónde dirigirme. Había viajado desde España con lo puesto, un bloc de dibujo y el ordenador portátil, que permaneció, a causa de la escasez de infraestructuras, la mayor parte del tiempo sin batería. Me alojé con los otros voluntarios en casas de los lugareños, en un país en el cual la noche no tenía fin. Allí comprendí que mi vida, tal y como la había estado viviendo, no tenía sentido alguno. En sus rostros macilentos, donde su mirada denotaba un profundo desencanto y resignación, supe que daba excesivo valor a aquello que no lo merecía. Me fui de aquel país sabiendo que no había hecho nada reseñable por mejorar sus condiciones, habiéndome dado ellos mucho más de lo que yo les di.

Allí conocí a Paolo, era un voluntario venido de Brasil, al que decidí seguir a Laos. Ambos conectamos con rapidez, probablemente unidos por la única cosa que teníamos en común: un desengaño amoroso. Nos reconocimos como si una sombra de completa desilusión nos precediera. Con más o menos fortuna, Paolo y yo recondujimos nuestra amistad para intentar liberarnos del pasado y comenzar una nueva etapa. Recaímos varias veces, como el drogadicto que es incapaz de dejar la heroína que ya forma parte de sus venas, pero aun así superamos los meses siguientes concentrándonos en nuestro trabajo.

Después, él voló a Brasil y yo lo acompañé. De ahí continuamos nuestro periplo haciendo algo que los dos ansiábamos desde niños. Fue nuestra única y última frivolidad antes de retomar el ritmo diario y enfrentarnos a nuestros demonios a la vuelta al hogar: viajar a Estados Unidos y completar la Ruta 66 en moto.

Un año después, me sentía lo bastante valiente como para regresar a casa, aunque Paolo, todavía percibiendo mis momentos de debilidad, insistió en acompañarme a Menorca. El regreso fue incluso más duro y doloroso que la

ida, con el miedo a reencontrarme con recriminaciones que nunca llegaron y con la certeza del sufrimiento que les había causado mi huida. El pánico inicial por volver a ver a Matthew se fue difuminando al pasar las semanas y comprender que no lo vería. Mi hermano no lo mencionó, y yo no pregunté por él. Decidí matricularme en la universidad y Paolo decidió disfrutar de la subyugación por mi hermano unos días más, aunque Roberto ignorara sus continuas atenciones.

Llegó el final del verano y con él se rompieron todas las esperanzas depositadas en un posible encuentro con Matthew. Volví a Madrid disimulando mi decepción y Paolo lo hizo a Brasil sin ocultarla. Poco volví a saber de él. De vez en cuando recibía algún correo desde países con nombres que ni siquiera sabía pronunciar, un hombre que seguía saltando de continente en continente sin llegar a encontrarse a sí mismo. Yo inicié la época de mi vida más tranquila y apacible, dándole reposo a mi corazón herido y buscando en la rutina diaria la salvación.

* * *

La tímida luz del amanecer estaba ganando a la profunda oscuridad previa al alba, y los primeros rayos de un sol mortecino conquistaron terreno en la superficie de mi mesa de dibujo. Había pasado otra noche en vela y no había sido consciente de ello. Me levanté con gesto cansado y, antes de que llegara al pasillo, sonó el timbre de la casa. Bajé a trompicones la escalera, más dormida que despierta, para encontrarme con la sonrisa madrugadora de un repartidor que me entregó una voluminosa caja de cartón. Le di una propina y subí con ella a la habitación. Al abrirla descubrí que era el muestrario de telas. Las extendí sobre la cama y las examiné con gesto pensativo, dudando cuáles elegir para cada uno de los diseños. Cuando quise darme cuenta, me había quedado dormida entre retazos de brillantes colores.

Bruno me despertó pocas horas después con largos lametazos en mi rostro y un gemido triste. Le sonreí y me desperecé para ponerle algo de comida y agua. Me cambié y bajé a esperarlo mientras me tomaba otra taza de café con tostadas. Después, me lo llevé a su paseo matutino. Como buen cachorro, no

dejó de corretear alrededor de mis pies, tironear de la correa y olisquear todo lo que no debía ser olido. Al regresar, gastadas nuestras energías, la mías mucho más maltrechas que las suyas, lo dejé dormitando en su cojín y subí a darme una ducha.

El sonido del teléfono me sorprendió secándome el pelo. Me lo ahuequé con las manos y lo cogí con algo de miedo al comprobar que era mi hermano. Pensé que el primer estallido me iba a romper los tímpanos, aunque no fue así.

—¡Hola, enana! ¿Has vuelto al redil?

—He vuelto a la cárcel —repliqué con sarcasmo.

—Desde aquí me llegan tus ondas llenas de energía positiva.

—Vamos, hermanito, ¿qué pasa? —repuse con impaciencia. No me gustaban los rodeos.

—Buh, ya veo que estamos de buen humor, ¿eh?

—Roberto, contesta.

—No pasa nada, sólo que papá y mamá están algo preocupados y quieren hablar contigo.

—Ya lo hacen —dije sorprendida—. De hecho, lo hace papá, a quien no sé en qué momento de sapiencia mental se te ocurrió regalarle un móvil táctil. La única función que conoce es la de llamada, y yo debo de ser su contacto estrella. —Su brusca carcajada me interrumpió—. ¡Es verdad! —repliqué indignada—. Cuando contesto, siempre me pregunta quién soy y qué hago llamando desde el móvil de mamá.

Sus carcajadas continuaron como toda respuesta.

—¡No te rías y solúcionalo! Si es un regalo tuyo, por lo menos asegúrate de que sabe cómo utilizarlo.

—No, si me río porque ahora quieren verte.

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Van a venir a Londres?

—No, te están esperando en el despacho de papá con el Skype preparado, y esta vez me he asegurado de que saben qué hacer con él.

—¡Mierda! Dame cinco minutos y estoy con ellos.

—De acuerdo —afirmó, y colgó.

Me vestí con unos vaqueros y una camiseta y corrí hasta el despacho de

Matthew. El ordenador estaba encendido y sólo tuve que conectarme. Lo primero que vi fue el ojo de mi padre.

—¿Está ahí? No consigo ver nada.

—Estoy aquí —dije colocando la cámara para que me enfocara a la cara.

—¡Cariño!

—¡Hola, hija! —saludó mi madre moviendo también la mano—. ¿Te tratan bien los chinos? Te veo más delgada. ¿A que no te dejan comer nada más que arroz? ¿Ves? Te lo dije, Alfonso. —Y miró a mi padre, que en ese momento suspiraba con resignación—. Tienes que descansar más, esas ojeras no las tapa ni el cemento armado..., si ya lo decía yo, que son unos explotadores, que te van a tener esclavizada, que las huelgas que hacen ellos no son de trabajar, sino de trabajar el doble...

—Eso son las huelgas a la japonesa, Manoli —interrumpió mi padre la diatriba de mi madre, o más bien las críticas sucesivas a mi persona.

—¿Estás seguro, Alfonso?

—Yo diría que sí.

—Pues yo creo que no, que en eso estoy muy puesta, ya sabes que me veo todos los documentales de la tele.

—¿No era el Disney Channel?

—¡No! El Discovery Channel. Alfonso, que no te enteras de nada.

—Es que así vivo más feliz.

Me recosté en la silla giratoria y sonreí viendo su conversación. Fue como regresar a casa. Siguieron así un par de minutos más, hasta que me hice notar.

—¡Eh, que estoy aquí! ¿Os acordáis de mí?

—¡Huy, sí, cariño! ¿Qué tal? Que no nos cuentas nada —dijo mi madre reaccionando.

—Tampoco me habéis dejado... Estoy bien, hace algo de frío, llueve muchas veces y os echo de menos.

Ambos se miraron con cara de circunstancias.

—¿Estás en Londres con los chinos? ¿No te habrás ido a algún otro lugar recóndito del mundo otra vez?

Abrí los ojos con sorpresa y me carcajeé.

—Ya estoy mayor para ciertas cosas. ¿Qué os hace pensar eso?

—Nada, nada —expresaron los dos a la vez, y se miraron algo preocupados.

—Bueno, vosotros diréis.

—¿Ves, Alfonso? Lo sabe, ya se lo ha dicho Roberto.

—¿Qué tiene que decirme Roberto? —inquirí bastante desconcertada.

Intercambiaron de nuevo una mirada y, por primera vez en años, noté una extraña tirantez en sus reacciones. Volví a sentir un nudo en el estómago, el aviso previo de que lo que iban a decirme no me iba a gustar oírlo.

—El caso es que ya tienes una edad, y Roberto también, y nosotros, bueno..., nosotros..., la casa es muy grande... —comenzó mi madre.

—¿Vais a vender la casa? —pregunté relajándome.

—Sí, es la mejor opción.

—¿No es suficiente con el dinero que hemos ingresado?

—No es eso, es que..., verás, ya sois mayores los dos —reiteró—, y nosotros todavía no somos muy mayores...

No entendía nada de lo que intentaba explicarme mi madre, hasta que mi padre le puso una mano en el antebrazo y le ordenó callar con ese simple movimiento.

—Nos divorciamos —soltó de improviso.

Mi primer impulso fue reírme. ¿Divorciarse? ¿Cuánto llevaban casados, discutiendo, recriminándose el uno al otro tonterías, y reconciliándose? ¿Mil años? Carraspeé, dejé escapar una risita nerviosa e intenté componer un gesto serio que no disimulaba en absoluto.

—Nos divorciamos —repitió mi madre, esperando una reacción por mi parte que no fuera la sonrisa que había comenzado a adornar mi cara.

—Sí, claro... —farfullé.

—¿Acaso dudas de las palabras de tus padres?

Y entonces los creí. Porque nunca se habían puesto de acuerdo en nada, salvo en esa cuestión. Un escalofrío me recorrió la columna y se desplazó hasta la garganta, que se cerró impidiéndome respirar. Mi cuerpo se tensó como una cuerda y la reacción que esperaban llegó: solté la taza de café que sostenía porque ésta no pudo soportar el temblor de mi mano. Cayó al suelo con un golpe sordo y se hizo añicos. Me arrodillé torpemente para evitar el

estropicio, jadeando como si no me llegara el aire a los pulmones. ¿Divorciarse? ¿En serio? No, tenía que ser una broma. Tenía que serlo, aunque como broma no tenía ninguna gracia. Mis padres quizá no fueran un ejemplo que seguir, pero eran mis padres. Y los padres no se divorcian cuando los hijos ya están en la treintena, con todos los años que han tenido para hacerlo... No, imposible. Era un error, un enfado gordo, un enfado pasajero. Seguro. Tenía que serlo. ¿Divorciarse mis padres? Un chiste. Un chiste de muy mal gusto.

—¿Dónde está, Alfonso? Lo veo todo oscuro —oí que decía mi madre.

Levanté la vista desde el suelo hacia el respaldo negro de cuero.

—Creo que hemos perdido la *intersección* —asumió mi padre.

—Será la *conexión* —replicó mi madre.

—Pobre hija, y ni siquiera hemos podido explicárselo en condiciones.

—Es lo mejor, Manoli, ¿cómo crees que reaccionaría si le dijéramos que llevamos más de dos años separados y que sólo nos reunimos en casa para la comida de los domingos con Martín y Roberto?

Tuve que taparme la boca para no emitir un sollozo. No, nunca hay una buena edad para contar algo así a tus hijos.

—Hay que tener cuidado de que nunca lo sepa, imagínate cómo se sentiría si llegara a adivinar que tuvimos que mantener las formas después del accidente para que ella se recuperara —afirmó mi madre.

—Con lo que tenemos que tener cuidado, Manoli, es con que no descubra que tú te has agenciado un novio que casi tiene su edad. Que ya sabes cómo es tu hija, que le da la ventolera y se nos va de misionera al Congo.

—Él me da lo que tú nunca me has dado. Aunque tienes razón: con lo frágil que es, le creamos un trauma y luego nos arruina con la cuenta del psiquiatra.

Mi padre resopló con enfado y yo apreté un trozo de loza de la taza de café hasta hacerme un corte profundo en la palma de la mano con tal de mantenerme callada.

—Lo entiendo. No se lo diremos nunca. Y añadido: eso es porque tú nunca me has querido, siempre pensé que eras frígida. Un polvo los sábados, y el resto, castigado. ¡Joder, Manoli! Si me tienen que beatificar por pasarme tantos años aguantándote.

—¡Tú hazte el bueno! Y ¿qué me dices de Piruca? ¿Crees que no sé que te acuestas con ella?

—Lo hago y lo hacía. Ella me ofrece lo que necesito, cariño en la cama y un cuerpo mullido... Además, se conoce todas las posturas del *Kama Trufa*.

—*Kama Sutra*, idiota, que siempre has sido un cateto...

—Y tú una listilla que se casó por dinero.

—¡Eso! ¡Encima, lo que tengo que aguantar, Señor! Si yo he cuidado de toda la familia estos años. Incluido tu padre, que, por cierto, te quedas tú con él. Aquí ni custodia compartida ni leches en vinagre. Ya verás qué contenta se pone Piruca cuando lo sepa...

En ese momento decidí intervenir. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y carraspeé para aclararme la voz. Sentándome con calma en el sillón, oculté la herida metiendo la mano entre las piernas y forcé una sonrisa.

—Bueno, ya estoy aquí, por lo visto la conexión se ha perdido durante unos minutos. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, que queríais divorciaros.

Ambos se miraron incómodos y después me examinaron detenidamente a través de la cámara.

—¿Estás bien? —preguntaron al unísono.

—Claro —contesté no con todo el ánimo que quería imprimir a la afirmación—. Ya sois mayorcitos para saber qué os conviene. No os preocupéis por nada, que Roberto y yo seremos siempre vuestros hijos y os apoyaremos a los dos.

¿De dónde había sacado eso? ¿De una serie americana? Me mordí el labio y sentí cómo me temblaban las piernas. No obstante, mantuve una expresión que consideré serena.

Ambos me escrutaron con claros gestos de estupefacción.

—¿Estás segura? Se te ve bastante pálida.

Mi madre se acercó de forma peligrosa a la pantalla para observarme de cerca.

—Es que todavía no se ha conectado la calefacción y comienza a hacer algo de fresco. Sólo eso —aseguré.

Sentía un sudor frío cubriéndome la frente y la tensión acumulada en el estómago, como si hubiera recibido un puñetazo. La herida de la mano emitía

dolorosos pinchazos a lo largo del brazo.

—¿Ves, Alfonso? Siempre he dicho que nuestra hija acabaría convirtiéndose en alguien adulto, una mujer madura.

—Vamos, Manoli, que siempre afirmaste que te la habían cambiado en el hospital, que una hija así no podía ser nuestra ni pintándola.

—Hola —dije de nuevo, mordiéndome con fuerza el carrillo hasta que sentí la sangre en la boca.

—Yo ya he cambiado mi estado en Facebook, igual ya lo sabías —añadió mi padre—. Soy *The Hunter*, el cazador.

—Y ¿qué pretendes cazar? —inquirí totalmente descolocada.

—Disparo a todo lo que se mueva.

Se rio de su propio chiste.

—¿Papá tiene Facebook?

Miré intrigada a mi madre, que a su vez observaba a mi padre con considerable desagrado.

—Por supuesto. Yo también lo tengo. Soy *Lady Halcón*.

—¿Quieres que te cace? —pregunté todavía más desconcertada.

—No, tonta. Es por la película. Me he puesto como foto una de Michelle Pfeiffer algo modificada y no veas la de solicitudes masculinas que me llegan todos los días. Es una forma estupenda de... conocer gente —finalizó algo avergonzada, más por mi gesto de muda consternación que por el acto en sí.

—Entiendo —murmuré sin entender y, lo que era peor, sin querer entender nada.

—Bueno, cariño, que se nos hace tarde. —Se miraron con una sonrisa que no tenía ni un ápice de complicidad—. Queremos que sepas que nos alegra mucho que lo hayas entendido y que te guste tu nuevo trabajo con los chinos en Londres —aseveró mi padre.

—Aunque haga frío —añadió mi madre.

Se despidieron lanzándome un beso, como si en realidad no hubieran lanzado un misil de asalto contra toda mi existencia dando en la diana.

Me quedé unos instantes mirando la cámara y viendo el despacho de mi padre, ahora ya vacío. De improviso, cogí la papelerera metálica y vomité el café ingerido. Estaba secándome la boca con un pañuelo cuando oí pasos y la

voz de mi abuelo.

—¿Polvorilla? ¿Estás ahí?

Me incorporé con dificultad e intenté contener el mareo. Apenas podía respirar, y lo sentía todo girando alrededor de una forma siniestra.

—Sí.

—Y ¿cómo funciona este chisme? ¿Tengo que darle a algo?

—No, sólo siéntate y enfoca la cámara.

—Ya está —dijo repantigándose en el sillón de mi padre—. Te lo han dicho, ¿no?

—Sí.

—Si ya lo decía tu abuela Jacinta: «Braulio, que nosotros no hemos sido bendecidos con los hijos más listos del mundo, pero han ido a escoger a las dos más tontas del pueblo».

—Abuelo... —le recriminé con una media sonrisa.

—Nada, nada, que estoy harto de que te oculten cosas. Que piensan que eres débil cuando yo sé que eres la más fuerte de todos. Menos mal que la abuela te conoció y conoció a todos nuestros nietos. Que no sé yo cómo de esa mezcla pudisteis nacer vosotros. Seguro que se saltó una generación.

Sonreí de medio lado.

—¿Estás bien, nenuca?

—Sí —musité, porque no era capaz de procesar más palabras.

—Y ¿te cuida el chaval inglés como debe hacerlo?

Pegué un respingo.

—¿Qué?

—Sé que os pensáis que chocheo, pero todavía tengo cuerda para rato. Y a mí no se me engaña tan fácilmente.

—¿Qué sabes?

—Que nos está ayudando a levantar la empresa. Si siempre dije que era un buen chaval. Aunque un poco atontado cuando tú estabas delante. ¿Crees que no tengo ojos en la cara? Toda su vida ha bebido los vientos por ti, como yo por tu abuela, que mira que me lo puso difícil...

Más preocupada porque no compartiese esa información con nadie que por su mensaje, lo interrumpí:

—No se lo digas a nadie, por favor.

—No lo voy a hacer. Sólo te pido que no se lo pongas tan difícil como me lo puso a mí tu abuela, que la paciencia se acaba, nenuca.

—Vale, vale —me rendí—. Y ¿ahora qué vas a hacer tú?

—Pues irme con *la Piruca*, ya verás qué contenta se pone...

Sus carcajadas me desarmaron, y comencé a reír con él.

—No seas muy malo.

—No lo soy, sólo soy viejo y eso me da muchas ventajas... Espera, que viene tu hermano. ¿Tengo que apagar el chisme?

—¡No! —gritamos al unísono Roberto y yo.

Los vi hablar en susurros y el abuelo se despidió calándose la boina y premiándome con una sonrisa desdentada. Roberto se sentó con gesto cansado en la butaca frente al ordenador.

—¿Cómo estás, Álex?

—¿Desde cuándo lo sabes? —contraataqué.

—Desde hace algunos meses. Papá a veces pasa la noche en mi apartamento, y una vez me lo encontré en el X For You —explicó con visible nerviosismo.

—¿Eso no es un club de intercambio de parejas? ¿Qué hacías tú allí? ¿Qué hacía papá? —argüí con bastante enfado.

—Mejor no preguntes —carraspeó, y desvió la mirada.

—¿Por qué no me lo habías contado? —dije con un hilo de voz.

—Álex —su tono se volvió condescendiente—, después del accidente, todo se complicó en casa. Las discusiones eran constantes, y la tensión con los tíos lo empeoró todo. Era imperativo, por tu bien, mantenerte alejada de aquello.

—Ya. Por eso Martín aceptó que me mudara con él cuando en realidad no era lo que estaba deseando —musité sintiendo renovadas ganas de vomitar.

—¿En serio estás bien? —insistió con preocupación.

—Sí, bueno, te dejo, que tengo que trabajar. Hoy han llegado las telas y quiero enviar los diseños dentro de un día o dos —afirmé, y corté la comunicación con una clara demostración de que no estaba nada bien.

Y entonces, sin cámaras ni espías, contuve las náuseas y las lágrimas se

liberaron, deslizándose de forma serpenteante por mi rostro. Lo que más me atormentaba era que no sabía muy bien por qué lloraba, si por el divorcio de mis padres, por lo que pensaban de mí, porque me lo hubieran ocultado durante más de dos años o porque el abuelo me hubiera sermoneado. Lo único que sabía es que estaba harta de sorpresas desagradables y secretos.

* * *

Un par de horas después, *Bruno* apareció alertándome con sus ladridos. Me miró compungido y me lamió la mano. Mordiéndome el labio, me limpié y vendé la herida con cuidado mientras lo veía comer, para sacarlo después de paseo. Nada mejor que la rutina diaria para conferir algo de normalidad a mi vida. Fue en vano. Ni siquiera fui capaz de ingerir nada consistente al volver. Seguía encontrándome mareada, en ese estado previo en el que crees estar incubando la gripe. Me sentía como el *punching ball* de un gimnasio que la gente utiliza para desahogar sus frustraciones. Cogí el teléfono por inercia y llamé a Ana, la única que podía entender y esclarecer un poco mis cuitas.

—Aquí, la creadora de las amapolas más famosas de todo Londres... —canturreó, consiguiendo que yo sonriera desganada.

—Necesito que me salves de mí misma —pedí con bastante dramatismo.

—¡Ni lo sueñes! No soy una suicida —replicó con energía.

—Tengo que contarte algo importante.

—¿Por fin te has acostado con Matt? —inquirió con interés.

—No. Es algo relacionado con mis padres.

—¿Están bien? —En su tono había sincera preocupación.

—Creo que ahora mejor que nunca, y eso es lo que me da miedo.

—Trabajo hasta tarde y después tengo mi clase de zumba. Puedes venir y lo hablamos. Hay un Pret A Manger justo al lado del gimnasio —sugirió, dándose cuenta de lo difícil que resultaba para mí explicarle algo que todavía no llegaba a entender.

—¿Zumba? ¿No resultará arriesgado? Ya sabes que soy de las que piensan que cuando me entran ganas de hacer deporte lo más acertado es tumbarme hasta que se me pasen... —contesté no muy convencida.

—¿Arriesgado? Y me lo dice la que le gusta saltar de los puentes... — masculló—. Sólo es peligroso si no tienes cuidado con los puñetazos o las patadas.

—¿Puñetazos y patadas? ¿No hacías zumba? —pregunté a mi vez algo desconcertada.

—Sí, en el baile. Ya sabes: «*Move your body!*».[14] Vamos, ámate, ya verás qué divertido es —insistió.

—Si tú lo dices... —respondí todavía dudando y sin verle la diversión.

—Te mando al móvil las instrucciones para que no te pierdas.

Me lanzó un beso y colgó, con la maestría que la caracterizaba tras años haciendo lo mismo.

Media hora después, me encontraba en la casilla de salida del parchís o, lo que es lo mismo, el metro de Londres. Y esa vez conquisté la casilla de llegada sin pérdida alguna, con lo que salí a la fría tarde bastante más animada. Encontré el Pret A Manger sin problemas. Entré, elegí la especialidad navideña de sándwich, un botellín de agua y me senté a una mesa de plástico blanco a esperar a Ana. Sin que me diera tiempo a desenvolver el sándwich y descubrir la curiosa forma que tienen los ingleses de mezclar la mermelada de frambuesa con el pavo, los cebollinos y el pan integral, vi aparecer a mi prima. Iba vestida con unas mallas negras y un plumífero rosa chicle. En el hombro llevaba colgada una bolsa de deporte. Se había recogido el cabello rubio en una coleta alta por la que asomaba su pelo de punta. De nuevo me sorprendió su aspecto, pero lo ignoré cuando vi su sonrisa cargada de preocupación. Me saludó y se apresuró a coger una Coca-Cola para sentarse junto a mí.

—¿Me dejarán entrar así, sin inscripción ni nada? —le pregunté evitando el tema principal.

—Ya te he preinscrito por internet. Suelo hacerlo a menudo, me conozco todos los gimnasios de Londres. Una vez que pasa el período de prueba, me doy de baja y así no me cobran —me explicó mientras ella se comía mi sándwich y yo bebía agua.

—¿Eso no es fraude?

—No. A eso se lo llama «cómo sobrevivir en Londres siendo inmigrante».

No pude reprimir una sonrisa.

—De verdad que a veces me pregunto quién eres tú y qué has hecho con mi prima.

—Todos nos hemos visto obligados a cambiar en estos años —murmuró mirando la acera a través de la cristalera. Se volvió con rapidez y me encaró.

—¿Qué han hecho tus padres? —preguntó con decisión.

—En realidad, deshecho.

Arqueó las cejas con muda interrogación.

—Se van a divorciar.

—¿¡Qué?! ¿Tus padres? Quiero decir, ¿mis tíos?...

—Sí. Por lo visto, no se soportan y hasta tienen en su haber una lista considerable de amantes.

Sentí náuseas de nuevo al recordarlo.

—Pero si llevan... llevan... siglos casados —masculló.

—Treinta y cinco años, para ser exactos.

—Toda una vida...

—¿No lo sabías?

—¿Yo? No tenía ni idea.

Me miró con total sorpresa.

—Tengo la sensación de que soy la última que se entera de las cosas. Dicen que fue para protegerme, por lo del accidente, ya sabes...

—No, no lo sé, aunque me lo imagino.

—¿Crees que yo he sido la culpable? —inquirí con un nudo en el estómago, ya que en ese momento me di cuenta de que era muy probable que yo hubiese provocado la situación.

—¿Crees que los hijos son los culpables de que un matrimonio se divorcie? Eso también es de manual, Álex. Y, no, no lo creo. Son adultos y toman sus propias decisiones. Nosotras no somos quiénes para juzgar por qué o por quién lo han hecho. De lo que sí estoy segura es de que hay muchas razones para que una pareja se rompa, y tú no eres una de ellas.

La miré con las lágrimas escociéndome los ojos.

—Álex, que a ti lo que te pasa es que tienes el corazón desafinado.

—¿Corazón desafinado?

—Sí, que tu vida ya empieza a parecerse con tanto dramón a una canción de Taylor Swift.

—¿Cuál de ellas?

—Todas son iguales.

No pude evitar una carcajada. Ana y sus extraños silogismos.

—Sólo hay que reajustarlo un poquito y empezará a sonar tu música.

—Gracias, Ana. Siento no haberte comprendido del todo el otro día, soy muy afortunada de tenerte aquí —musité.

—Espero que sigas pensando lo mismo después de la clase. A nuestra profesora la llamamos *Terminator*.

—No será para tanto.

—Prepárate para la lucha —aseveró mirando el reloj, y se levantó para salir.

La seguí y, apenas cincuenta metros más adelante, se detuvo frente a un edificio cubierto de cristales opacos.

—Parecen unas oficinas —musité extrañada.

—Que la apariencia no te engañe. Es uno de los mejores gimnasios de Londres, hasta en eso has tenido suerte. Cada piso está dedicado a una disciplina, e incluso cuenta con una piscina climatizada en la azotea.

—Oye, y ¿no será mejor que yo haga unos largos? Es que a mí lo del zumba no acaba de convencerme del todo.

—Ni de coña. Tú te vienes a zumba conmigo. Por lo menos me aseguraré de que duermes bien esta noche.

—¿Por qué? No es precisamente una clase de relajación.

—Porque vas a acabar muerta —determinó, y me sujetó del hombro para entrar, sin que a mí me diera tiempo a replicar nada.

En el recibidor me tropecé con un hombre que conversaba con un *personal trainer*. Me disculpé y él, al girarse, me devolvió una sonrisa deslumbrante que iluminaba sus ojos azules. Pero ¿eso no era Londres? ¿Cómo era posible que Jeff estuviera allí? ¿Otra coincidencia?

—Álex, ¡alegría verte tú!

—Yo también me alegro —contesté con bastante menos entusiasmo.

—Hombre, el abogado —interrumpió Ana situándose entre ambos—. Yo

soy...

—Ana —respondió Jeff con otra sonrisa.

—¿Vienes a la clase de zumba? —lo interrogó ella.

—¿Zumba? —preguntó Jeff algo extrañado—. No, no, yo venir para entrenamiento. Boxeo.

—¡Toma, y encima boxea! —exclamó mi prima, y yo elevé los ojos al cielo ante su despliegue de discreción.

Le di un pequeño pellizco en el brazo, pero me ignoró y siguió acosándolo.

—Vente con nosotras. Resultará mucho más... interesante —aseguró.

—No es necesario, Jeff. Te dejamos para que tú... —repuse.

—Será placer —asintió él interrumpiéndome, y siguió a Ana, que ya subía por una escalera metálica hasta el segundo piso.

En ese momento, miré la puerta de salida y después a ellos, y dudé de qué dirección sería mejor tomar. Ana gritó por el hueco de la escalera:

—Álex, que la clase está a punto de empezar, y estos ingleses se mosquean si no llegas puntual, ya sabes cómo son.

Agaché la cabeza, porque estaba segura de que, aparte de Jeff, que soltó una carcajada, nos habían entendido varias personas más.

Entré en la amplia sala con algo de temor. Había unas veinte mujeres, el único hombre, Jeff, aunque eso no pareció cohibirlo en absoluto. Como no habíamos tenido tiempo de dejar nuestros abrigos y nuestras bolsas en las taquillas, los abandonamos en una esquina. Y la clase comenzó. *Hello* de Dragonette resonó haciendo temblar las paredes, y la monitora empezó a mover el esqueleto, porque aquello no era un baile, ni un entrenamiento, más bien me recordaba a una clase de «descubrimiento muscular». Ana se involucró como la que más y parecía conocer perfectamente la coreografía. Jeff y yo..., bueno, hacíamos lo que podíamos o nos dejaban. Me sentía torpe y jadeaba por el esfuerzo. Jeff se lo tomó con bastante buen humor e incluso le guiñó un ojo a alguna que le mostraba su interés.

En un momento dado, cuando la música era tan estridente que enlazaba una canción tras otra sin que descubriéramos su procedencia, desde David Guetta a Calvin Harris, llegó el momento de emparejarse. Estiré los brazos para alcanzar a Ana, pero ella, con una sonrisa de suficiencia, cogió las manos de

una mujer de mediana edad embutida en unas mallas y camiseta lencera. Unos dedos golpearon mi hombro y me volví.

—¿Bailar? —me preguntó Jeff con su perenne sonrisa.

—Más bien creo que me romperé un hueso —mascullé, aunque cogí la mano que me ofrecía.

El ritmo cambió a una especie de salsa, bachata o reguetón. Ni lo conocía ni sabía cómo había que moverse. Al parecer, mi compañero tampoco. Aquello era peor que cuando ves totalmente abochornada a tu tío Manolo, ese que bebe demasiado en cada celebración familiar, y se empeña en demostrar que «en nuestros tiempos sí que sabíamos bailar», arrastrándote consigo a la pista para ejercitar la cadera con *Paquito el Chocolatero*.

Me sujetó por la cintura de espaldas a mí, balanceé mi cuerpo, nos movimos a un lado tropezando, nos volvimos a juntar para no caer y noté la protuberancia de su miembro golpeando mi trasero, con bastante ritmo habría que decir. Al llegar el momento culminante, todo se descontroló. Creo que entendí algo así como «mambo», pero lo único que hice fue imitar el movimiento de mis compañeras... Y, al parecer, Jeff no lo vio a tiempo. Me incliné sobre mí misma y mi trasero impactó de improviso y con toda la fuerza que reuní en su entrepierna. Ni siquiera fue un movimiento sexual, fue un movimiento de defensa personal que nunca se enseña en esa disciplina. Soltó sus manos de mi cintura y cayó hacia atrás sobre una colchoneta.

Lo que oí de sus labios fue una maldición en toda regla y, aunque no entendí ni una sílaba, el significado me quedó claro. La música se detuvo y todas se arremolinaron alrededor de él, que se sujetaba sus partes pudendas como si se las hubiera partido en dos. Estaba claro que lo nuestro nunca sería la coordinación.

—Me dijiste que esto no era peligroso —exclamé bastante nerviosa agarrando la muñeca de Ana, arrodillada también junto a él.

—Yo hablé de puñetazos y patadas, no de culetazos —contestó ella, y comenzó a reír a carcajadas.

Entre ambas ayudamos a Jeff a levantarse y lo acompañamos a los vestuarios. Esperamos fuera por si volvía a necesitar nuestra ayuda. Diez minutos más tarde, salió. Se había cambiado el pantalón y la camiseta de

deporte por el traje con el que debía de haber venido. Olía a jabón y a su perfume, que dejaba una suave pero intensa necesidad de aspirarlo de nuevo. Sonreía.

—¿Algún daño irreversible? —lo interrogó Ana.

Yo le pellizqué de nuevo el brazo.

—Todo perfecto —aseguró él.

Después de un pequeño intercambio de frases en inglés a la salida, me dijeron que él nos iba a llevar a casa, ya que su coche estaba aparcado en el sótano. Lo seguimos, sin que Ana dejara de hablar ni un solo instante, en inglés para más señas, y creí averiguar que con la intención de que yo no me enterara de nada, así que, una vez estuve sentada en el asiento de atrás, cogí el *London Evening Standard* que había conseguido en el metro. Lo ojeé distraída mientras oía el rumor de su conversación y la música ambiental que brotaba de la radio.

Y entonces llegó el último golpe de aquel aciago día. Supe cómo se había sentido Jeff al recibir mi culetazo, porque yo sentí un puñetazo en el estómago que me dejó sin respiración. En el periódico había un pequeño reportaje del hombre de moda con la modelo de moda. Uno era mi marido, y la otra, aquella a la que había intentado asesinar sin premeditación con un bote de helado. Parecían estar en una fiesta. Él le sujetaba la cintura con posesión, vestido con un traje impecable de alpaca negra. Ella llevaba un vestido de *paillettes* dorado hasta media pierna. Y también parecían la pareja perfecta. Intenté descubrir a qué hacía referencia el reportaje, pero sólo entendí alguna frase suelta: «presentación de nueva colección», «reencuentro de nuestra pareja favorita», «el amor está en el aire». Esta última me quedó perfectamente clara porque la recordaba de una canción. Apenas puedo describir lo largo que se me hizo el trayecto hasta el domicilio de Ana en las afueras de Londres. Con cuidado, doblé el periódico y me lo guardé en mi bolsa de deporte. Aquellas imágenes me habían dolido por lo gráficas, por lo que significaban, por los comentarios..., porque me sentía engañada de nuevo.

Una vez dejamos a Ana, Jeff intentó entablar conversación conmigo, esta vez en castellano. Le contesté con monosílabos y sonrisas forzadas. Creí que nunca iba a llegar al refugio de mi casa prestada para poder desencajar la

mandíbula y dejar fluir mis lágrimas de nuevo. Cuando finalmente vi el asomo del edificio victoriano donde vivía Matthew, abrí la puerta antes de que él consiguiera aparcar el coche junto a la acera. Esta vez no hubo coordinación ni descoordinación en nuestra despedida. Mascullé un «adiós, gracias» y entré con rapidez al *hall*. Allí, me dejé caer de rodillas e intenté recuperar algo de aire en mis pulmones. ¿Por qué me resultaba tan doloroso pese a todos los años pasados?

Mi teléfono sonó y rebusqué nerviosa entre la ropa que contenía la bolsa de deporte. Lo saqué para ver que era una llamada de *él*. Colgué. Al cabo de unos segundos recibí un mensaje:

Álex, ¿todo bien?

Fruncí los labios. ¿Por qué todo el mundo se empeñaba en preguntarme si estaba bien?

Estoy con Jeff. Todo estupendo.

Sonreí de forma maquiavélica y añadí un «jódete» en voz baja.

Después, esperé una respuesta que nunca llegó. Me dirigí a la ducha y, pese a que dicen que relaja, conmigo no funcionó. Me tumbé en la cama y miré al techo como si pudiera darme todas las respuestas. Siempre había pensado que las personas se sustentan por la estrella de cinco puntas que conforma su vida: salud, amistad, familia, amor y trabajo. Como si mi existencia se tratara de fichas de dominó que estuvieran esperando ser empujadas, todo aquello, poco a poco, fue cayéndose. Sólo me quedaba la amistad. Me volví y abracé la almohada. Ana nunca me fallaría, de eso estaba completamente segura.

Capítulo 15

¿Quién dijo eso de que nunca me fallaría?

Los tres días siguientes transcurrieron en una desapacible monotonía. Quizá fue la cantidad descomunal de café que ingerí, junto con los muffins de chocolate que compraba en una tienda cercana. Aquella mezcla decididamente no favorecía mi estado nervioso. Trabajé mucho, dormí poco y me cabreeé hasta extremos insospechables. Matthew no insistió, sino que decidió desaparecer de escena arrojado por una modelo con un minivestido dorado. Recibí varias llamadas de Jeff y de Rubén animándome a salir a cenar con ellos, el primero en plan cita, y el segundo fingiendo que sólo como amigos. Me negué con dulces palabras mentales que al decimoséptimo mensaje de WhatsApp sonaron a gruñidos, aunque decidí atenuarlos con algún emoticono simpático (la folclórica, no, que ésa ya está muy utilizada). Y los que deseaba que llamaran no lo hicieron: ni mis padres, demasiado ocupados con su nueva vida y con su secreto ya confesado, ni Roberto, que, aunque intenté contactar con él, parecía estar demasiado ocupado, ni Ana, cuyo teléfono se mostraba sorprendentemente apagado o fuera de cobertura.

Después de sacar a *Bruno* a su paseo matutino, subí a darme una ducha y a vestirme un poco más elegante. Me puse un vestido negro de punto ajustado y unos botines de tacón de aguja con hebillas, una chupa de cuero y mis nuevos pendientes de amapolas. Una vez maquillada, salí a la calle con la intención

de parar el primer taxi que viera. Estaba algo preocupada por la repentina desaparición de Ana y quería comprobar que todo fuera bien y, de paso, obligarla a que me llevara a conocer un poco la noche londinense. Algo que consideré que nos vendría bien a ambas, por aquello que dicen de que las penas se ahogan con alcohol, aunque me temía por las últimas noticias que había recibido que las mías iban a ser campeonas olímpicas de natación sincronizada.

Los mejores planes suelen surgir cuando no se tiene nada planeado. Aquella noche descubrí que, como en todos los refranes populares, siempre existe la excepción a la regla.

Había memorizado la dirección con facilidad, después de que Jeff la dejara allí noches atrás, y no tuve dificultad en transcribirla y entregársela al taxista. El trayecto fue largo, ya que abandonamos el distrito de Fulham y nos internamos en las afueras, llegando a eso de las siete de la tarde al barrio de Haggerston, en el norte de Londres. La diferencia era ostensible: si Fulham lo consideraba una zona burguesa, ésta se distinguía principalmente por ser obrera. Edificios parecidos y numerosos coches con matrículas extranjeras aparcados en las calles. El arte urbano lo invadía todo y destacaba como lo hacía en Camden. Era una mezcla de gente de todas las nacionalidades, inmigrantes recientes la mayoría. Tomé nota de que, en la misma acera, casi al final de la calle había un pub, el Cat and Mutton, por si tenía que esperar a que ella llegara de Covent Garden. Creí recordar que vivía en el primer piso y llamé imbuida por el espíritu moderno y transgresor que me rodeaba. Una profunda voz de hombre me respondió. Debía de ser uno de sus compañeros de piso.

—¿Ana Torres? —inquirí, arrepintiéndome en serio de no haber aprendido ni las mínimas nociones de conversación en inglés.

—*Yes! She's here* [15] —afirmó, y la puerta se abrió sin más demora.

Subí por la escalera, angosta y con la pintura desconchada en varios sitios. Se olía la amalgama de varios platos de diferentes culturas filtrándose por los resquicios de las puertas de madera. Me detuve ante la suya, pero, antes de que la golpeará, ésta se abrió de improviso y el hombre que me había hablado, un italiano alto y corpulento con el pelo moreno peinado con gomina hacia

atrás, vestido con unos vaqueros y una camisa de flores de hibisco, abrió los brazos y me obligó a enterrarme en ellos.

—*Cara!* —exclamó—. ¿Álex?

—Sí, soy Álex.

Sonreí ante su efusividad.

—*Who is it, Marco?* —La voz de Ana resonó desde un pequeño hueco al fondo del pasillo que debía de ser la cocina.

—Álex —contestó Marco antes de que yo pudiera hacerlo.

Ana apareció corriendo, vestida con vaqueros bajo un delantal y llevando en la mano un cuenco de lo que parecía una pasta verde. Pasta verde que le adornaba parte del atuendo. La miré extrañada y ella se quedó lívida.

—No deberías estar aquí —pronunció con severidad.

Me sentí rechazada, y a punto estuve de echarme a llorar como una chiquilla. Retrocedí un paso y ella avanzó otro con intención de cerrar la puerta. Marco nos miraba interrogante. Entonces una voz infantil nos interrumpió a ambas.

Miré hacia el nuevo inquilino que se acercaba a trompicones desde la cocina. Era un niño de unos dieciocho meses vestido con un pijama de Spiderman. La pasta verde le rodeaba la pequeña boca y sus manos parecían haber amasado la misma.

—¿También cuidas niños?

—No tengo más remedio —masculló ella.

—No lo sabía. Lo siento. —Di un paso retirándome hacia la puerta—. Había pensado que nos vendría bien salir, aunque ya veo que me he equivocado.

—¡Mami! —exclamó el pequeño, ajeno a nuestra conversación y colgándose de su delantal.

Me fijé con detenimiento en el pequeño y no reparé en la forma tan cariñosa que había tenido de llamar a Ana. Me agaché y le sonreí.

—Hola. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Álex —le dije en castellano, creyendo que era el hijo de alguna compañera española que necesitaba la ayuda de Ana.

Él se escondió tras los pantalones mi prima y, después, asomó su pequeña

cabecita con excesiva curiosidad.

—Tengo una chocolatina en el bolso. ¿Te gusta el chocolate? —pregunté.

Él asintió con la cabeza y pronunció un suave «zi».

La saqué y se la ofrecí con la mano abierta para que se acercara. Cuando lo hizo y pude verlo bajo el reflejo de la única bombilla que había en el pasillo, me quedé lívida. Creo que todo el mundo cuando tiene pareja suele fantasear acerca de cómo serán sus hijos. ¿A quién se parecerán? ¿Tendrán mi pelo moreno y mis ojos verdes? ¿Serían castaños y sus ojos color canela oscura como los de su padre? El pequeño se succionó un dedo, ya manchado de chocolate, y me ofreció una sonrisa, mostrando con orgullo un hoyuelo en la mejilla izquierda. El mismo hoyuelo que tenía su padre. Los mismos ojos color canela y el mismo pelo castaño indomable. Aunque sus rasgos todavía estuvieran redondeados por la niñez, eran los mismos que los de su progenitor. A quien yo conocía a la perfección.

Me erguí con lentitud, sin querer asustar al pequeño, que chupaba su chocolatina con deleite y placer. Sujeté el bolso contra mi cuerpo y encaré a Ana, que seguía inmóvil junto a la puerta.

—¿Cómo has podido? —musité sintiendo que me ahogaba, que las paredes del pequeño apartamento se iban estrechando hasta acabar atrapándome.

—Álex. —El tono de Ana seguía siendo firme, aunque había tamizado su brusquedad anterior—. No tenías que enterarte así.

—Y ¿cuándo tenía que enterarme?, ¿cuando me invitaras a su graduación universitaria?

Di un nuevo paso atrás sin poder despegar la mirada de aquel niño con el rostro de Martín. Ahora era yo la que necesitaba huir. Y así lo hice. Me di media vuelta y bajé la escalera a trompicones. Ana, todavía con el bol de la cena de su hijo en las manos, corrió tras de mí. Estuvo a punto de alcanzarme en el mismo instante en que me introduje en un taxi que milagrosamente pude parar en la puerta. Golpeó el cristal cerrado y yo grité en castellano:

—¡Corra!

El taxista me entendió a la primera y a la perfección. Le indiqué balbuciendo la dirección y llegué a casa de Matthew casi dos horas después. Pagué una cantidad indecente por la carrera y anduve trastabillando hasta

entrar en el *hall*. Cerré la puerta y apoyé la frente en ella. Los sollozos brotaron de mi garganta e hicieron temblar mi cuerpo como si no me perteneciera. Otro pedazo de mi vida que se rompía como el cristal que se crea a fuego y alcanza el frío antes de tiempo, estallando y clavando sus esquirlas en cada centímetro de mi piel.

El tiempo es indiferente en muchas ocasiones, a veces una situación te resulta extremadamente larga, otra no llega siquiera a satisfacerte y, como me ocurrió a mí en aquella casa, en aquel momento, el tiempo dejó de existir. El dolor, la rabia y la impotencia lo cubrieron todo con su oscuridad.

—¡Abre! —El grito de Ana al otro lado de la puerta me devolvió a un estado de realidad bastante confuso—. ¡Ábreme o estaré aquí hasta mañana! —aulló, y *Bruno* se despertó y salió a la puerta a recibirla con ladridos de alegría.

Antes de que pudiera pensarlo, abrí. Ella cayó sobre mí como si estuviera esperando un nuevo ataque sobre la puerta. La sujeté como pude y nos quedamos con la mirada fija un instante.

—Tengo que explicártelo, por favor.

Por su voz rota y sus ojos enrojecidos, comprendí que había estado llorando.

Extendí una mano y le indiqué el salón sin mediar palabra, pero ella se dirigió a la cocina, encendió la luz y abrió un armario para sacar los botes de diversos tés e infusiones que Matthew solía guardar allí.

—¿Cómo sabes dónde encontrar cada cosa? Nunca has estado aquí —le pregunté desconfiando y con la voz ronca por el esfuerzo al comprobar que también había localizado las tazas y el hervidor.

Ella se volvió hacia mí con gesto asustado.

—No es..., ¿no creerás que...? Yo... conocía a Matt de cuando pasaba los veranos con vosotros, después, yo... no lo vi...

—Déjalo. La verdad, no me importa —musité, y me dirigí al salón porque sentí que mis piernas flaqueaban.

Sentándome en el mullido sofá, me sujeté la cabeza con ambas manos. El olor de una infusión dulce y caliente llegó a mis fosas nasales sin descubrir, de nuevo, cuánto tiempo había pasado. Ana encendió una pequeña lámpara de pie

y se sentó a mi lado con otra taza en la mano.

—Toma. Es valeriana y hierba de San Juan, creo que te irá bien.

—Lo que me irá bien es una lobotomía. ¿Puedes hacérmela?

—No, pero sí querría que entendieras que nunca deseamos hacerte daño.

—¿En serio?

Volví la cabeza hacia ella con considerable sarcasmo.

—No lo buscamos, de verdad. Simplemente... sucedió. Tú fuiste una especie de catalizador.

Me mordí el labio con furia.

—Así que yo os empujé a ambos a los brazos del otro... ¡Qué considerado por mi parte! ¡Cuánta generosidad! Y eso, ¿cómo lo hice?

Ella me miró con dulzura, una dulzura que quemaba. Y entonces lo entendí todo.

—Tú eres la mujer con la que salía antes de conocerme.

—Sí, ¿quién crees que le consiguió la entrevista con tu padre? Pero entonces apareciste tú, siempre tú, con tu energía, tu entusiasmo. Y él, él... me dejó.

Suspiré hondo.

—Debiste de odiarme mucho.

—Muchísimo, aunque sabía que no tenía nada que hacer. Todo cambió cuando me di cuenta de que no lo querías, como tampoco habías querido a los otros. Sólo te sustentabas en él para no estar sola. Y él no se lo merecía.

—Ya, nunca tuvo intención de pedirme que me casara con él. Su intención era romper conmigo el fin de semana del accidente.

—Sí. Aquello lo cambió todo. No podíamos hacerte más daño. Alex, sé que no recuerdas nada del accidente, pero fue terrible y tú estuviste destrozada mucho tiempo. Habría sido cruel contártelo en ese momento.

Proferí una especie de gemido y bebí un sorbo de la tisana, que endulzó mi paladar y amargó mi carácter.

—Sólo me quedaba una salida, y era irme de España.

Y pude ver la inmensa tristeza que ocultaban aquellas frases. La vi sola, embarazada, en Londres. Lejos de toda su familia y sus amigos. Quise consolarla, pero el dolor y la traición me lo impedían, como si necesitara

encontrar algo de cordura en una situación que me estaba sobrepasando.

—Deseaba a ese niño y decidí que me vendría a Londres. Tenía algo de dinero ahorrado y... Fue muy duro, trabajé de friegaplatos antes de que el embarazo me impidiera continuar. Tuve que pedir dinero prestado a Almu, que vino todas las veces que le fue posible. Apenas unos días después de que naciera el niño, me reincorporé al trabajo. Ni siquiera tenía un permiso en regla. Tuve pesadillas continuas, sobre ti, sobre mi expulsión del país. Fue horrible.

Deseé cogerle la mano y mostrarle mi apoyo. Fui incapaz de hacerlo. Sentía su dolor con cada palabra que pronunció, pero también sentía el mío. No quería ser mezquina, aunque lo fui.

—No le dijiste a Martín que estabas embarazada —afirmé.

—No. Él lo supo meses más tarde, cuando vino a buscarme. Sólo lo sabe mi hermana, ahora tú, tu hermano, que lo supo hace poco tiempo, y Martín.

—Habéis tenido dos años para contármelo.

—Álex, los dos te queremos y hemos visto lo que has sufrido a raíz del accidente. Ambos juramos que no diríamos nada hasta que te recuperaras, y, después..., bueno..., no sé muy bien en qué situación te encuentras ahora.

—Ni yo misma lo sé.

—No nos hemos acostado desde entonces. Me gustaría que lo supieras.

—Ya. ¿Ni siquiera el fin de semana que vino a romper conmigo?

Agachó de nuevo la cabeza y percibí cómo enrojecía.

—Intentábamos protegerte —se defendió.

—¿Por qué todo el mundo intenta protegerme?! ¡Ya no soy una niña! —barboté con ira.

—Álex, tienes que entender que el accidente de tráfico supuso un punto de inflexión para todos nosotros.

La miré con consternación.

—Quizá la vida tenía pensado un rumbo muy diferente para cada uno de nosotros y tú lo cambiaste. Hiciste que todos modificáramos nuestros planes para ayudarte a superarlo. Incluso tus padres.

—¡Vaya familia de locos! ¿Qué pretendemos guardando tantos secretos? Eso no conduce a nada bueno. Somos incapaces de afrontar nuestros propios

problemas sin escudarnos en los demás, y eso, Ana, es algo que no voy a permitirte. Habéis tenido mucho tiempo para decirlo, para contarlo, y no lo habéis hecho.

—No eres quién para juzgarme, Álex —expuso con tensa serenidad—. Tú eres la primera que está ocultando la mitad de su vida y la que es incapaz de enfrentarse a su mayor problema. ¿Es que acaso no recuerdas cuando desapareciste un año entero para conocer mundo? Me dolió, ¡vaya si me dolió! Hasta ese momento éramos más que hermanas, la mitad de la otra. No confiaste en mí, no contaste por qué lo hiciste. Aunque debes saber que te habría ayudado y acompañado a donde fuera.

—Ana, me sentía tan humillada, tan avergonzada después de lo que me hicieron, que no fui capaz de reaccionar de forma coherente. Como tú, yo también necesitaba irme. Y, además, nunca te habría puesto en ese aprieto.

—Pues habría estado encantada de acompañarte, que lo sepas.

—No quiero más secretos, Ana. Estoy agotada.

Me quedé en silencio, yo misma estaba incumpliendo lo que acababa de decir. Tocándome el cráneo con suavidad, le sonreí. No podía cargarla con más de mis problemas. No habría sido justo.

Ella suspiró y pareció dudarlo un segundo.

—No más secretos —dijo al fin—. ¿Quieres que me quede contigo estos días, hasta que Matt vuelva?

—No, necesito estar sola.

Me levanté con gesto cansado y ella me siguió en silencio hasta la puerta. Allí, sujetó la manija de bronce con fuerza, como si quisiera confesar algo más. Quedé a la espera, pero salió a la fría y oscura noche de Londres sin pronunciar una sola palabra. Apreté los puños y sentí la tensión en mi cuerpo desgarrándome el alma. La observé caminar con el cuerpo inclinado, la cabeza oculta y completamente vencida. Percibí el temblor de un sollozo bajo su abrigo y no pude soportarlo.

—¡Ana! —la llamé.

Se volvió y vi sus ojos arrasados en lágrimas. Me dolió a mí tanto como a ella.

—¿Cómo se llama? —inquirí con suavidad. Con una suavidad que me

estaba arañando el corazón.

—Gonzalo —se apresuró a susurrar, y siguió caminando.

La miré durante unos instantes y corrí tras ella. La sujeté por un brazo y la obligué a girarse. Puse las manos sobre sus hombros y la examiné con detenimiento. Debía de haber sido increíblemente duro estar sola en una ciudad extraña, embarazada y sin trabajo. Todo porque yo no me enterara.

—No olvides que Gonzalo es también mi familia —le dije, y procedí a abrazarla con fuerza.

Ambas nos sostuvimos como si fuéramos azotadas por olas furiosas y cargadas de espuma cubierta de rencor. Pero nos sostuvimos. Juntas.

Después de aquello, recuerdo con vaguedad haber regresado a la casa, haber subido la escalera, haberme quitado la ropa y haberme metido en la cama. Creo que fue el orden correcto, aunque tampoco podría asegurarlo porque, cuando me desperté, estaba en el suelo, todavía llevaba las botas puestas y dormía junto a *Bruno* en la habitación de Matthew.

Miré alrededor bastante desorientada y me tendí de espaldas en la alfombra persa que cubría la tarima junto a la cama. ¿En qué momento mi vida se había convertido en un libro del tipo *Elige tu propia aventura*? ¿Había sido cuando conocí a Matthew? ¿Cuando descubrí que mi hermano y él habían apostado por mí? ¿Cuando tuve el accidente que mató a Lucas? De lo que sí estaba segura es de que nunca había sabido elegir la opción correcta. Cada una de las decisiones que había tomado había sido un error consecutivo, enredada en una tela de araña que me agitaba a merced del viento.

Acaricié la cabeza de *Bruno* con cariño y él abrió un ojo color canela para observarme antes de volver a cerrarlo. Aunque creí de nuevo que ya no quedaban lágrimas, éstas, vengativas y acechando a la menor debilidad de su dueña, volvieron a arrasar mi rostro antes de que pudiera reprimirlas.

—Quiero ser un perro. Todo sería más sencillo —afirmé—. Quiero ser un perro y llamarme *Cecilia* —reiteré con voz ronca sin dejar de acariciar el suave pelo de mi acompañante—. ¿Tú te enamorarías de una perra que se llamara *Cecilia*? —lo interrogué.

Bruno abrió los ojos como si comprendiera mis palabras, bostezó sonoramente y dejó caer la cabeza de nuevo sobre la alfombra.

Fue suficiente respuesta.

* * *

Horas más tarde, estaba ya vestida con unos vaqueros y un jersey ancho de lana, mi uniforme de trabajo. Ni siquiera me molesté en cargar el teléfono. Me preparé un nuevo termo de café y me encerré en el despacho con Imagine Dragons cantando *I Bet My Life* a toda pastilla. Oí con sorpresa unos golpes en la puerta. Miré distraída la hora que marcaba la pantalla, la una y media, y bajé desganada a recibir al nuevo visitante.

—Hola. ¿Quieres comer conmigo?

Jeff sonriendo, como era habitual, vestido de sport, con unos vaqueros y una chaqueta gris, apareció en el rellano.

—Vaya, vas aprendiendo los tiempos verbales —musité dándole paso.

Se dirigió a la cocina y dejó dos bolsas de papel sobre la encimera.

—No comer todavía, ¿no? ¿Horario español? —inquirió mirando alrededor de la cocina vacía.

—No, no he comido —dije sentándome en un taburete alto frente a él, que se entretuvo en sacar varios recipientes de plástico de las bolsas.

—Tú tener mala cara —murmuró examinándome con detenimiento.

—Gracias —mascullé.

—Perdón. Yo no querer ofender, pero tú tener mala cara —se disculpó.

—«Quiero» y «tienes». Demasiado trabajo —corregí de forma automática.

—¿Quiero demasiado trabajo? No, es sábado. No trabajo —contestó, y yo me vi obligada a sonreír.

—Vamos a ver qué has traído.

—*Mexican and Thai food* —explicó.

—Vaya, suave, suave...

—¡No! *Spicy*. ¿Cómo decir? ¿Ardiente?

—Más o menos. —Me reí—. ¿Vino? Creo que Matthew tiene una vinoteca en el sótano.

—Sí. Gracias. Yo voy preparar todo.

Lo dejé y cogí la llave que abría la puerta del sótano. Nunca había bajado,

así que al principio no localicé la vinoteca, escondida en un rincón. Me detuve examinando las botellas y elegí la que parecía ser la más numerosa, un burdeos de un profundo color carmesí.

Una vez de vuelta en la cocina, la descorché y serví dos copas. Lo saboreé antes de hablar y aprecí su textura en el paladar.

—Es muy bueno —comenté—. No me extraña que tenga tantas botellas almacenadas.

Jeff me miró un instante antes de hablar.

—Tiene..., ¿«tiene»? —inquirió, y yo asentí con la cabeza—, un negocio de viñas.

—¿También? —pregunté con sorpresa.

—Con un socio.

—Vaya, no lo sabía. ¿Os conocéis desde hace mucho?

—Creceremos juntos, en Birchington.

—Espero que no crezcáis más —musité sonriendo.

—Estudiar juntos y vivir juntos en Londres unos años —finalizó orgulloso.

Me sirvió en un plato y esperó mi reacción. Me gustaba la comida, pero últimamente todo lo que ingería me suponía un esfuerzo con sabor a serrín, así que me sorprendió apreciar la calidad de la misma.

—Está muy buena —afirmé como si él esperara mi confirmación.

Sonrió de aquella forma tan especial que tenía y que provocaba siempre que fuera correspondido. A partir de aquel momento, la conversación fue más o menos fluida. Me contó anécdotas que compartía con Matthew y cómo se desarrollaba su trabajo en la City.

—Ella sólo querer un cuadro. —Negó con la cabeza y yo lo miré con interés a la vez que llenaba nuestras copas de nuevo—. Tener casas, dinero, barco, y sólo querer un cuadro. Yo no entender, pero conseguir.

—¿Qué tenía de misterioso ese cuadro?

—Tener ocultas las claves de las cuentas en islas Caimán y documentos que probar «asuntos sucios» de exmarido. Tres días después de divorcio, volar con amante a Acapulco. Un día más y exmarido en la cárcel.

Chasqueó los dedos haciendo ver la rapidez con que se había resuelto uno de los divorcios más comentados por la prensa sensacionalista inglesa.

Reí a carcajadas.

—Una mujer inteligente.

—Y un hombre idiota —añadió él.

Me levanté para recoger los restos de comida, preguntándome si habría algo que podía ofrecerle como postre. No encontré nada, así que me volví con el hervidor.

—¿Té?

—¿Café?

—¿Te gusta el café?

—Sí, mucho, como tú.

Lo miré extrañada.

—¿Cómo a ti? —inquirió enrojeciendo.

—Tonto..., tonto..., mierda..., mierda —musité mientras preparaba el café.

Le indiqué dónde guardaba Matthew el servicio de porcelana y lo insté a que lo llevara al salón. Esperé en la cocina a que el café borboteara en la cafetera italiana, observándolo con disimulo. Caminaba con la copa de vino en la mano recorriendo la amplia librería del salón, parándose cada poco para sacar un libro y examinarlo con más atención. Llevé el café, lo serví y me senté en el sofá. Él no esperó invitación alguna y lo hizo a mi lado. Le cogí la copa para dejarla en la mesa y nuestros dedos se rozaron. Por un instante, nos quedamos quietos. Aunque sólo duró un segundo. El segundo siguiente lo aprovechó para lanzarse sobre mi boca como si fuera un lobo hambriento. Dejé escapar un gruñido y mi mano volcó la copa sobre su ropa. Nuestra coordinación continuaba siendo deplorable.

Él pegó un respingo y soltó mis labios.

—Pero ¿qué os pasa a los hombres? Cuanta menos sopa quiero, me dais ración doble —exclamé.

—¿Sopa? ¿Yo *soparte* tú? Creer que besar.

—¡Bah! —mascullé obligándolo a levantarse para examinar la mancha—. Creo que Matthew tiene en su vestidor un producto especial para este tipo de manchas. Ahora lo traigo —añadí.

Subí corriendo a la habitación y, una vez entré en su vestidor, me detuve con brusquedad. El olor de su perfume revoloteaba persistente, envolviéndolo

todo. Cerré los ojos y aparté el pensamiento que surgió de improviso. Cogí el bote y bajé todavía con su aroma flotando a mi alrededor. Una vez en el salón, me arrodillé frente a él y le desabroché el pantalón. Jeff resopló y miró al techo. Yo sonreí e ignoré su erección oculta por el bóxer negro. Espolvoreé con fuerza por toda la mancha.

—Frío —masculló él.

—Sí, pero efectivo también —señalé, y mantuve la mano por dentro de la tela para que no se impregnara también su camisa.

—¿Interrumpo? —La voz grave y profunda de Matthew en un grado de enfado considerable, aunque a mis oídos sonó como una sonata de Mozart, hizo que ambos pegáramos un respingo.

Jeff volvió la cabeza. Yo la asomé por su cintura. Matthew estaba apoyado en el marco de la puerta del salón con los brazos cruzados y el gesto pétreo. Sus ojos grises brillaban como si deseara fulminarnos.

—No es lo que parece —exclamé.

—¿No lo es, Álex? ¿Cómo tampoco lo era cuando te pillé en la misma situación la noche previa a nuestra boda?

Jeff me miró sin entender nada y yo traté de separarme. No lo conseguí, caí hacia delante y choqué con su entrepierna, de tal forma que Jeff tuvo que sujetarme la cabeza para no caer también conmigo.

—*Shit!* —murmuró él.

—Mierda —corroboré yo al comprobar que mi jersey de lana se había quedado enganchado a la cremallera de su pantalón.

—Creo que será mejor que os deje solos —afirmó Matthew.

—¡Tú! —grité—. ¡No vas a ir a ningún sitio!

Manoteé para separarme y acabé haciéndole un ocho al jersey. Me levanté con rapidez y lo encaré.

—¿Cómo se te ocurre juzgarme? ¿Tú? Precisamente tú, que has estado exhibiéndote por ahí con esa...

—¿De qué diablos hablas, Álex? —inquirió con brusquedad.

—Búscate en los periódicos, ellos te cuentan la historia.

—Sólo he estado trabajando con Nicoletta.

—La de las tetas —mascullé.

—La misma —me desafió él.

—¡Eres un mentiroso de manual!

—¿Cómo?

—¿A eso lo llamas tú trabajar?

—¿A eso lo llamas tú «no es lo que parece»?

—Ha sido un accidente, sólo intentaba que no le quedara una mancha en el pantalón. ¿Cómo explicas lo de tus fotografías?

—¿Qué fotografías?

—Vestido dorado, maquillaje excesivo, mano en la cintura, sonrisita aquí y allá...

—Era la fiesta de presentación de la colección. Ya sabes cómo son esas cosas.

—¡No! ¡No lo sé y no quiero saberlo! —exclamé—. ¡Y no me gusta, además!

—¿No te gusta? —preguntó conteniendo una sonrisa.

—No, no me gusta nada que te pavonees por ahí con otras, que Londres esté lleno de imágenes tuyas semidesnudo, que te hayas ido de viaje cuando más te necesitaba, que me dejaras sola...

Me detuve al ver su gesto de preocupación. No era eso lo que pretendía provocar en él, y me arrepentí al instante por haber dejado que mis sentimientos hablaran antes de que mi cerebro procesara la idea. *Bruno* se acercó trotando y se puso junto a mí, como si percibiera que necesitaba su ayuda. Matthew lo descubrió y, después, su gesto se tornó sorprendido.

—¿Mi propio perro me acaba de gruñir?

—Es un perro inteligente —respondí con rapidez—. Mucho más que su dueño.

—Vaya, así que ésas tenemos. —Se rascó la barbilla cubierta de rasposa barba negra, en un acto que me resultó tremendamente sensual—. Retomemos la conversación: estabas diciendo que me necesitabas —afirmó con una suavidad que no provenía del contexto a la vez que intentaba aproximarse a mí.

—No te acerques. —Puse una mano extendida como barrera—. Sí, ¡joder!, te necesitaba. Estoy segura de que Roberto te contó que mis padres se van a

divorciar y no me dijiste nada.

—Les correspondía a ellos, pero, por lo que veo, ya te lo han dicho.

Maldijo en voz baja y se pasó la mano por el pelo con gesto frustrado.

—¿Y lo de Martín? ¿Lo sabías? No me refiero a mi Martín, me refiero al Martín de Ana y al ser que han creado juntos, que es un niño encantador de casi dos años llamado Gonzalo.

—¡Joder, Álex, ¿por qué no me llamaste?! Habría vuelto antes si me lo hubieras pedido. Lo habría mandado todo a la mierda por estar contigo.

—¡Mentiroso!

—Álex —suplicó, y yo sentí que las lágrimas ya habían llegado a mis labios sin saber cómo—, estar cerca de ti me vuelve loco, y si no lo estoy me veo incapaz de soportar un día más.

—Estamos discutiendo como un matrimonio —murmuré sin escuchar sus palabras.

—Somos un matrimonio —afirmó él con seguridad.

—Eso tiene fácil solución: a mi lado está uno de los mejor abogados de familia de Londres —dije señalando a mi derecha.

Matthew me miró y se mordió el labio. Yo miré a mi derecha, después me volví y examiné el salón completo girando sobre mí misma.

—¿Adónde ha ido Jeff? —pregunté desconcertada.

—Creo que al menos esta vez, Álex, has sido completamente clara en cuanto a tus intenciones con él. —Matthew no pudo ocultar su sonrisa de triunfo.

—¡Vete al infierno! —exclamé, y pasé a su lado con toda la dignidad que el rostro cubierto por las lágrimas y el jersey roto me conferían.

Él no intentó detenerme y yo me encerré en su despacho, encendí el reproductor de música y me senté con la sola intención de olvidar lo cerca que había estado de..., ¿de qué había estado cerca? Lo único que lamenté fue no haberme subido conmigo una botella de aquel delicioso vino de Burdeos.

* * *

Unas tres horas después, apagué la música y la luz. No había conseguido

nada salvo garabatear algún dibujo incompleto, lo que me llenó de frustración acumulada. Me asomé por la puerta como un ladrón en casa extraña. No oí ningún ruido y supuse que Matthew estaría dormido después de un viaje tan largo. Me equivoqué. ¿Por qué siempre me equivocaba con él? ¿Por qué siempre erraba con todos?

Lo encontré manipulando la televisión de plasma de cincuenta pulgadas en el salón. Me di media vuelta esperando que no hubiera oído mis pasos, aunque no fui lo suficientemente rápida.

—Álex, estaba a punto de subir a buscarte —dijo, y se irguió mostrando su espectacular apostura enfundado en un traje negro a medida.

—¿Por qué? —inquirí con desconfianza.

—Porque he decidido que, como tiendes a no escucharme, esta vez lo voy a decir alto, claro y para conocimiento de todo el mundo.

—¿El qué? —pregunté bastante confundida.

—Lo que necesitas saber. Te he dejado la televisión en el canal correspondiente. Tengo una entrevista esta noche y me gustaría que la vieses.

—¿Para qué? Ya te tengo muy visto, además, no conseguiría entender nada.

—Me he asegurado de que eso no sea así y he programado subtítulos en español.

Abrí los ojos con sorpresa.

—Y ¿eso puedes hacerlo con cualquier programa?

—Sí, es bastante sencillo.

—Y ¿me lo dices ahora?

—Álex, céntrate. Lo importante no son los subtítulos, sino lo que vas a leer en ellos. ¿Entendido?

—¿Qué tipo de programa es? —inquirí mostrando un interés que por supuesto no sentía.

—Bueno, es un *talk show*. Creo que en España tenéis alguno parecido. ¿*El hormiguero*, puede ser?

—Ah, entiendo. ¿Te van a hacer preguntas comprometidas y luego te van a obligar a pasar alguna prueba absurda en la que tengas que abrirte la cabeza con un martillo? —dije, y me senté de un salto en el sofá—. Eso no me lo pierdo.

—Por cierto, te he cargado el teléfono..., no vaya a ser que esta vez sí tengas que localizarme y no puedas —añadió.

—No te preocupes, si me sucede algo..., serás el último en enterarte —contesté con resquemor.

Matthew suspiró y se acercó a la puerta. Pensándolo mejor, retrocedió y me dio un beso en la coronilla. Antes de que yo reaccionara, él ya había abandonado la casa.

Casi una hora después, empezó el programa señalado. No se parecía a *El hormiguero*. El plató de televisión era bastante más amplio, y la presentadora, una mezcla extraña entre Ellen DeGeneres y Oprah Winfrey, se presentó caminando entre el público. Después dio paso a su primer invitado ocasionando vítores y silbidos, lo que me sorprendió dado el carácter inglés, que de tan contenido parecía reprimido, y Matthew apareció bajando una escalera hasta llegar junto a ella. Se saludaron, él saludó a todos los presentes y ambos se sentaron.

—Tenemos el honor de recibir esta noche a Matt Cock, el hombre del momento, deportista y empresario que se ha granjeado el prestigio de las dos profesiones que desarrolla con una rapidez envidiable. Aunque ahora no podemos disfrutar de él por su lesión en la rodilla izquierda, sí podemos verlo más a menudo, dado que representa una de las firmas deportivas inglesas de renombre. Dime, Matt, ¿cómo llegaste a ser uno de los referentes del deporte inglés por excelencia?

Al oír, o más bien leer la pregunta, tuve que levantarme hasta el aparador a buscar el whisky y un vaso hondo. Me temía que la entrevista iba a ser larga y, para mí, desagradable. El críquet, y que nadie se atreviera a contradecirme, era, más que un deporte, un acontecimiento social aburrido, caballeresco y reiterativo. Vamos, como todo lo inglés. Me serví tres dedos y sorbí con cuidado, dejando que el líquido abrasador quemara mi esófago antes de llegar al estómago.

—Todo fue fruto de una apuesta con mi mejor amigo.

Matthew sonrió a la cámara al decirlo.

Yo escupí a la tele el whisky cuando lo leí. ¿Una apuesta?

—¿Ah, sí? —inquirió la presentadora.

—Sí. Yo era un joven desgarbado y poco dado al deporte; de hecho, estaba mucho más interesado en alcanzar la nota media que me permitiera estudiar Ingeniería Informática. Todo cambió cuando comencé a sentir algo especial por una persona que parecía no reparar en mi interés. Tenía que hacer algo para que eso cambiase. Así que, como había destacado un poco jugando a críquet en el equipo de mi instituto, pensé que sería una buena idea intentar ser fichado por un equipo nacional. Rob me retó a que no conseguiría pasar la prueba, pero perdió. Me fichó el Kent County Cricket Club. Eso fue hace ya nueve años. Le gané unas cincuenta libras, más o menos.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!... —exclamé, y me llevé la mano al pecho cual dama victoriana que está a punto de desmayarse.

—Aquello supuso el inicio de una fulgurante carrera. ¿Cómo lo compaginas con tu trabajo en seguridad informática?

—Tengo unos estupendos socios, aunque cada vez delego menos. Creo que llega un momento en la vida en que tienes que plantearte qué es lo que realmente deseas hacer con ella.

—¿Nos vas a abandonar, Matt?

Se oyó un murmullo de desaprobación por parte del público y algún «¡no!» bastante pasional.

—Acabo de casarme y deseo pasar todo el tiempo del mundo con ella. Hago una media de setenta viajes al año y paso más de doscientos días fuera de mi casa. Ya no quiero esa vida.

—¿Acabas de casarte? —Creí que a la presentadora le iba a dar un síncope—. Entonces, mis intentos de seducirte esta noche, ¿no surtirán efecto? —añadió, y se quitó la americana, tras la cual se escondía un maillot color carne con dos pezoneras de las que colgaban unas borlas negras, que empezó a mover hasta que éstas giraron como una peonza.

—¡Joder, con las inglesas! —mascullé, y tuve que servirme otro vaso de whisky.

Despistada en su contestación, no me di cuenta de que *Bruno*, a lengüetazos, se bebió todo el contenido.

—Esperemos que ésta sea la definitiva —aseveró la presentadora ante la carcajada de Matthew, que súbitamente se puso serio.

—Siempre ha sido la definitiva, aunque he tenido que esperar nueve años.

En la pantalla que estaba detrás de ellos apareció una imagen de su rostro sonriente y, al lado, un inmenso interrogante.

—¿Quién es ella? ¿Alguien que conozcamos?

—No. Ella es la chica que provocó que apostara con su hermano para que me fichara el club. Trabaja como diseñadora, pero no es una persona pública. En realidad, es la hermana de mi mejor amigo, Rob. Lo curioso es que la misma mañana que recibí el mensaje de que me habían fichado, ella me abandonó.

Sentí las ondas expansivas de odio por parte del público hacia mi persona y tuve que beber de nuevo. El vaso estaba vacío. Miré a *Bruno*, que se relamía los labios, tambaleándose ligeramente. «¡Ay, madre! ¿Los perros pueden emborracharse?» La nueva imagen que apareció en la pantalla me despistó del todo. Era yo. Una foto del día de la boda en la que se me veía sonriendo con amplitud. ¿Cuándo había sonreído yo aquel día?

Con el revuelo que su comentario y la aparición de mi imagen habían ocasionado, dejaron de aparecer subtítulos y pude oír el sonido de mi móvil. Miré alrededor confundida y lo vi junto a mí en el sofá. Comprobé la llamada y deslicé el dedo para aceptarla. Lo dejé sobre la mesa y conecté el altavoz.

—¿Los perros toleran el alcohol? —le pregunté a Ana.

—¿Es una pregunta trampa?

—No, creo que acabo de emborrachar a *Bruno*. Pero por error, ¿eh?

—Ay, Señor, perdónala, porque no sabe lo que hace —salmodió.

—Es en serio, se ha bebido un vaso de whisky.

—Joder, Álex. Si al final te van a crucificar hasta los de la protectora de animales.

—Hala, venga, anímame más.

—Si llamaba para eso, aunque no sabía si me ibas a colgar.

—Claro que no te voy a colgar. Estoy enfadada, pero sigues siendo Ana. Ahora, dime.

—Matt está en la tele.

—Lo sé. Lo estoy viendo.

—Te acaban de sacar del armario a empujones. Mañana vas a tener a un

montón de paparazis en la puerta de casa. Además, creo que Matt ha conseguido que te odien unos cuantos millones de personas en el mundo.

—No seas exagerada —contesté, todavía rumiando el tema de la apuesta.

—No lo soy, y con la afirmación de que lo va a dejar porque quiere pasar más tiempo contigo hasta es probable que alguna quiera asesinarte.

Desde luego, no era eso lo que me preocupaba en ese momento. Me serví un poco de whisky en otro vaso y *Bruno* se acercó frotándose contra mi pierna, olisqueó el whisky y ladró. Lo regañé con cariño:

—Ni un sorbito más, que te conozco.

—¿Con quién hablas? —interrumpió Ana.

—Con *Bruno*.

—Ah, claro, con *Bruno*...

—¿Tú sabías lo de la apuesta? —pregunté de pronto.

—No. Pero tú sí, me imagino.

—No, yo no.

Se quedó en silencio un instante para estallar en un grito agudo después.

—¡Joder! ¿Fue por la apuesta? ¿Te molestó que lo ficharan y por eso huiste y lo abandonaste?

—¿Crees que haría algo tan estúpido? —inquirí, dándome perfecta cuenta de que había hecho algo todavía más estúpido—. Me equivoqué en el objeto de la apuesta —mascullé sujetándome la cabeza con las manos—. Creí que yo era el premio y todo lo habían organizado entre mi hermano y él.

—¿Cómo?!

—¿Crees que esto puede llegar a verlo mi madre?

Cambié de tema rápidamente porque me temía una recriminación en toda regla.

—Imposible, ¿desde cuándo ve la tele inglesa? —respondió ella con lentitud, procesando la información anterior.

—Dice que ve Discovery Channel.

—Y ¿te lo has creído? Lo que ve es el *Sálvame*, y lo que sucede es que le da vergüenza admitirlo.

Ambas interrumpimos la conversación porque apareció otra imagen en la pantalla, justo al otro lado de la de Matthew. Era una joven con rasgos

orientales y el pelo negro brillante y liso que le caía en cascada. Era preciosa, y tenía una sonrisa dulce y comprensiva.

—Y ¿ésa quién es? —exclamé.

—¡Hostias! —respondió Ana, ya que los subtítulos no iban acordes con el sonido.

—¿Qué pasa? —pregunté bastante más alto de lo que pretendía.

Las palabras en amarillo brillante fueron apareciendo en la base de la televisión.

—¿Quieres decir Matt, que Mia Leclerc, tu exesposa, ha desaparecido de tu vida por completo?

—¡¿Esposa?! —aullé, y procedí a beberme todo el contenido del vaso de un solo trago.

—Mia fue una gran amiga que me apoyó en momentos difíciles, confundimos la amistad con el amor, y comprendimos que nunca podríamos estar juntos como pareja.

—¿Por qué? Hacíais una estupenda pareja.

—Sí, seguimos haciendo una estupenda pareja, pero de amigos. Ella siempre supo que yo amaba a otra persona, aunque en ese momento ella no me correspondiera.

—¿Hablas de ella?

—Hablo de Álex, mi mujer y mi primer amor. —Matthew sonrió a la cámara con un brillo especial en sus ojos grises que hizo que de nuevo los murmullos regresaran al patio de butacas—. Y también fue la que me rompió la nariz cuando tenía catorce años.

—¡Joder, Álex! —exclamó Ana a través del teléfono—. Ahora, además de intentar asesinarte, es posible que también quieran romperte la nariz para vengar la ofensa a su ídolo.

—¿Mia? ¿Se llama Mia? —inquirí ignorando su comentario—. ¿Te lo imaginas susurrándole en la cama: «Eres mía, Mia», y ella contestándole: «Soy tuya, tuya»?

—¡Hombre, no! Diría: «Soy Mia», que para eso ése es su nombre...

—¿Qué poco sabes de relaciones amorosas!

—¡Anda que tú!

Ambas nos quedamos calladas porque habíamos llegado a un punto de no retorno.

Colgué el teléfono, apagué la tele y me serví otro vaso de licor. Si hubiera tenido a Matthew en ese momento frente a mí, no le habría roto sólo la nariz. Puede que para otras mujeres ésa hubiese sido una declaración de amor que las dejara obnubiladas de por vida. Para mí, no. Todavía seguía digiriendo con bastante lentitud el error que había cometido con la apuesta y lo que eso había supuesto en mi vida posterior. Deseé poder alargar una mano hacia el pasado y cambiar todo lo sucedido. Lo odié por no habérmelo contado. Me odié por no habérselo preguntado. Lo odié por haberse casado con otra que, a todas luces, hacía mucha mejor pareja con él que yo. Me odié por todas y cada una de las relaciones sin fundamento que había mantenido en esos nueve años. Cuando percibí que no podía seguir odiando más, me bebí otro vaso de whisky de un solo trago.

No recuerdo a qué hora regresó Matthew, pero yo seguía sentada en el sofá, inmóvil, sin poder reaccionar. Entró, encendió la pequeña luz del aparador y se quedó parado observándome con bastante recelo. Lo miré de reojo y su rostro sereno, con la paz que da confesar un secreto que te está mordiendo el alma, deshaciéndola en jirones, supuso un revulsivo para mí. Me consideré traidora, maligna, absorbida por un pozo de oscuridad en el cual había permanecido nueve largos años, los cuales habían sido mi condena por dudar de su honestidad.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó finalmente.

—Sales muy guapo en televisión. Es mentira eso de que engorda cuatro kilos.

Él sonrió y continuó:

—¿Lo has oído todo?

—No lo he visto terminar —balbuceé entornando los ojos ante la claridad.

—¿Estás borracha?

—Me he visto impelida a ello —repliqué.

Bruno levantó la cabeza y gimoteó.

—¿Has emborrachado a mi perro también? —exclamó él con incredulidad al ver los dos vasos ya vacíos.

Intenté seguir su mirada, pero la luz era demasiado intensa.

—Me temo que se ha bebido mi vaso. Debe de haber sido igual de duro para él verte ahí, verme a mí aquí, sufriendo... —me disculpé de forma inconexa.

—¿Sufriendo?

—Me lo merecía. Todo fue por mi culpa.

—¿Culpa? Álex...

No contesté, en ese momento no podía, así que me arrastré hasta el suelo y animé con un leve codazo a *Bruno* a que me siguiera. Me arrastré porque no conseguí levantarme. Anduve a gatas acompañando a *Bruno* hasta la escalera. No podía ver el gesto de Matthew, aunque seguro que era digno de fotografiar.

—Permíteme que te ayude —pidió detrás de mí.

—Ni lo sueñes. Voy perfectamente así, cerca del suelo, como los gusanos, que es como ahora me siento. Como las cucarachas, en realidad —mascullé, y casi caí sobre el primer escalón.

Matthew no hizo ademán de cogerme, y yo, terca y testaruda, subí los treinta y cuatro escalones hasta llegar al descansillo de nuestras habitaciones, acompañada por un perro que no dejaba de gimotear.

Me detuve a punto de entrar en mi cuarto y volví la cabeza buscando su rostro.

—¿Cómo has podido hacerlo? —pregunté a punto de echarme a llorar.

—Era la única forma que se me ocurrió de decirte lo que llevas semanas intentando ignorar.

—Creo que me enamoré de ti en el mismo instante en que te conocí. —Dejé escapar un largo suspiro—. Me pasé años enteros, inviernos inacabables, esperando los veranos en Menorca. Viví sólo para aquellas semanas compartidas, creciendo, queriendo convertirme en una joven a la que miraras con los ojos con que te veía mirar a otras, y no como la infantil y pegajosa hermana de tu mejor amigo. Hasta aquella noche en la que todo cambió. ¿Recuerdas lo que te dije?

—«Mírame como si fuera la única mujer sobre la faz de la Tierra» —afirmó él con rotundidad.

—Lo recuerdas —balbuceé—. Así quería sentirme contigo, y al despertar

entendí que todo había sido una apuesta. —Él quiso hablar, pero lo interrumpí —: No puedes hacerte a la idea de lo que fue el siguiente año para mí, huyendo, alejándome de ti como si pudiera hacerlo. Nunca hubo suficientes kilómetros entre nosotros. Nunca. Te amé hasta la desesperación, y tuve que aprender a odiarte para sobrevivir. Encerré mis sentimientos en mi corazón, lo cerré con siete candados y arrojé las llaves al mar para no tener que abrirlos jamás. Y ahora..., ahora... ya es demasiado tarde.

—¿Por qué es tarde, Álex?

Matthew se acuclilló junto a mí y cogió mi barbilla temblorosa.

—Porque dueles. Tú me dueles.

—Álex...

—No, no lo entenderías. Nunca fui muy buena jugando a *Elige tu propia aventura*. Te elegí a ti y perdí.

—Álex, déjame amarte. Sabes que contigo es diferente.

Gemí profundamente y volví a sentir en mi interior la calidez de aquellas palabras a la orilla del mar.

—No. —Negué con la cabeza y me mareé—. Ya es demasiado tarde para nosotros...

Y escogí ese preciso instante para desmayarme, como si fuera una nueva versión de la Dama de las Camelias borracha.

* * *

Desperté con la claridad del día, que incidía en mis ojos clavándome cada rayo de sol que se filtraba por las cortinas de pesado satén negro. ¿Claridad del día? Abrí los ojos de improviso y los cerré gimiendo y poniéndome el antebrazo sobre ellos. Me volví en la cama y choqué con un objeto extraño que roncamente.

—¿Buena noche, mal día, Álex? —murmuró Matthew.

—Lo primero, no; lo segundo, sí. ¿Desde cuándo hace sol en Londres? Llevo varias semanas aquí y es el primer día que puedo verlo. —Me detuve pensando—. En realidad, no quiero verlo. ¿Es que vuestra educación *british* no respeta ni las resacas?

Sus carcajadas hicieron temblar el colchón, y yo sentí como si me hundiera en una barca empujada por olas hacia un rompiente de roca.

—Y, por cierto —añadí todavía sin abrir los ojos—, ¿qué haces tú en mi cama?

Sentí cómo él se movía hasta sentarse y sus manos, desconozco si consciente o inconscientemente, empezaron a acariciar mi pelo como aquella lejana noche en Menorca.

—Te desmayaste en el pasillo, no podía dejarte pasar la noche sola. He estado bastante preocupado, aunque creo que *Bruno* es el que decididamente se va a volver abstemio después de esto. Ha vomitado ya dos veces y apenas puede levantarse. Estoy planteándome llevarlo al veterinario.

—¡No! —exclamé abriendo parcialmente los párpados—. ¡Me acusarán de intentar asesinar a tu perro, y ya tengo varias causas pendientes!

Matthew volvió a reír y yo, ya más espabilada, comprobé que sólo llevaba las bragas de encaje puestas.

—¿Me has desnudado tú? —pregunté enfadada.

—No, lo hiciste tú cuando despertaste a media noche. Comenzaste a lanzar ropa contra mi persona, hasta que te detuve.

—¿Me detuviste?

—Después de eso, caíste hacia atrás en la cama y te quedaste profundamente dormida. Me gusta que me respondan cuando me acuesto con una mujer, y tú, excepto algún ronquido y alguna palabra que no logré identificar, no volviste a despertar.

—¿Anoche dije algo que...?

—Dímelo tú, Álex, ¿dijiste algo que no querías decir?

Sus ojos grises refulgían con el contraste de la luz exterior, y su pelo revuelto lo hacía más atractivo si eso era posible.

—Lo siento —musité.

Él dejó mi cabello y me ayudó a sentarme. Me tapé como pude con el nórdico ante su mirada de chico malo y lo encaré.

—No hace falta que me pidas disculpas, estoy aquí para eso.

—No, no lo entiendes. Creí... —carraspeé y cogí un vaso de agua que reposaba en la mesilla, bebiéndome casi todo el contenido—, creí que tú y

Roberto habíais apostado sobre mí.

Por las facciones de su rostro, que fueron cambiando a medida que comprendía mis palabras, supe que jamás se lo había planteado.

—¿Por eso te fuiste? ¿Te alejaste de mí un año entero y me olvidaste sólo porque pensaste que había apostado por acostarme contigo? ¿Ni siquiera se te pasó por la cabeza enfrentarte a mí y preguntármelo? —Su tono mostraba un enfado considerable, y lo comprendí.

—Se lo pregunté a Roberto y él me contestó de una forma que... Yo... os oí y pensé...

—Perdí toda mi vida por un puto error. ¿Por qué demonios no te paras nunca a pensar antes de actuar?

—Dijiste que ésa era una de las cualidades que más te gustaban de mí — me defendí.

—He cambiado de opinión —afirmó, y me miró con fiereza.

Realmente no sé qué habría pasado a continuación si *Bruno* no hubiera tenido a bien interrumpir vomitando de nuevo. Ambos nos levantamos para ayudarlo, lo cogí en brazos arrullándolo y lo llevé hasta el baño. Él me miró con sus ojos canela y me derritió. En esa mirada había una promesa silenciosa: «Nunca volveré a acercarme a ti cuando tengas un vaso en la mano». Matthew llenó la bañera de agua caliente e introdujo al tembloroso perro dentro. Yo lo acaricié y él me perdonó golpeándome con suavidad con una pata. Sintiéndome de nuevo un ser mezquino e inútil, salí a la habitación para buscar una toalla limpia.

Abrí el primer cajón de la cómoda. Sólo contenía ropa interior. En el segundo encontré las toallas. Al tirar de la primera, algo cayó al suelo.

—¿Todo bien? —inquirió Matthew desde el baño.

—Sí —murmuré sin que él llegara a oírlo, pues mi atención estaba puesta en la caja de satén granate que me hacía señales a mis pies.

La cogí con reparo, sabiendo que no debía curiosear, pero saberlo no te exime de actuar. Al abrirla, aparté una tarjeta con letras doradas que dejó ver un anillo de diamantes y rubíes engarzados en oro blanco. Apreté con fuerza la caja y arrugué levemente la tarjeta, de tal modo que vi que había algo escrito detrás con la letra de Matthew: «*Mia, it's time*». «Es el momento», mi básico

inglés me permitió entender la frase. ¿El momento de qué? Miré el anillo de nuevo y el significado penetró en mi adormilado cerebro. Sentí que me rompía un poco más por dentro, pero recompose mi gesto ante otra llamada de Matthew, y, escondiendo la caja en su lugar, caminé hasta el baño.

—Toma —dije entregándole la toalla—. ¿Cómo está *Bruno*?

—Parece que le sienta bien el baño.

Intenté sonreír y me alejé en dirección a la puerta.

—¿No te quedas? —me preguntó él intrigado.

—Creo que yo también necesito una ducha. Llámame si necesitas ayuda —murmuré, y corrí hacia mi habitación.

Me di una ducha rápida y me vestí con unos pantalones negros de pitillo y una blusa blanca holgada. Cuando bajé a la cocina, Matthew, que llevaba únicamente una camiseta blanca y unos pantalones vaqueros claros, me esperaba para desayunar. Desvié la vista con rapidez y la fijé en *Bruno*, que descansaba en su cojín habitual.

—¿Está mejor? —dije intentando aparentar normalidad mientras me acercaba a acariciar su suave cabeza.

—Sí, se ha quedado dormido después de beberse todo el cuenco de agua. Creo que las resacas son iguales en animales que en personas. ¿Ocurre algo, Álex? Pareces nerviosa.

—¿Nerviosa, yo? —exclamé, y derramé parte del café que estaba sirviéndome.

—Sí, nerviosa.

—No sabía que habías estado casado.

—Ah, ya. Eso.

—Sí, eso.

—No he sido precisamente un monje desde nuestro primer y último encuentro. Aunque me consta que tú tampoco. Empezando por tu amigo Paolo, el brasileño.

—Paolo era gay, no cuenta —mascullé.

—¿Gay?

—Sí, ¿no te lo dijo Roberto? Estaba coladito por sus huesos.

—No. Dudo que se diera cuenta.

Cabeceó y se pasó los dedos por la mandíbula con un gesto que atrajo mi mirada.

—Pues Paolo no es que disimulara mucho...

Matthew sonrió de forma sesgada y acercó una mano a la mía. Me acarició con un dedo, como si tuviera miedo de cogérmela.

—Mía fue una gran amiga y...

—Muy buena en la cama —lo interrumpí, alejándome de su contacto.

—Eso también, no tengo por qué negarlo.

—Mira —dije cogiendo mi tostada francesa en una mano y la taza de café en la otra—, no quiero discutir, me voy a trabajar.

—No estamos discutiendo, Álex.

—Eso lo dices tú —mascullé, y salí en dirección a su despacho.

Una vez allí, encendí el ordenador y me quedé inmóvil viendo la pantalla con el logo de la empresa para la que trabajaba. En vez de abrir la carpeta de archivos, cliqué en el icono del navegador. ¡Ay, qué malo puede llegar a ser Google cuando intentas descubrir información sobre una persona! ¡Y qué cruel!

Media hora después, sentía que estaba a punto de vomitar la tostada junto con el café. Había descubierto que Mia Leclerc era una artista conceptual, muy bien considerada en los ambientes de la *high society* londinense. Había rodado una película que había tenido un considerable éxito en taquilla y un gran éxito entre la crítica, lo que era doblemente sorprendente, porque lo normal era que sucediera al contrario. Repasé fotografías suyas hasta encontrar una de su boda. Vestía un diseño *vintage* propio de los años veinte y estaba preciosa. Ella y Matthew no parecían ser simplemente amigos. Después averigüé que residía en Burdeos, y aquello hizo que entornara los ojos con suspicacia. Pinché en un enlace de su propia página y averigüé que había heredado de un abuelo una plantación vitivinícola que ahora dirigía ella. Si hubiera podido vomitar el vino ingerido el día anterior y escupírselo a la cara a Matthew, lo habría hecho sin dudar.

En ese instante, él apareció en la puerta y yo cerré el ordenador como si me hubiera pillado espiando su pasado en la red. Enrojecí y él me miró extrañado.

—Vengo a despedirme —dijo.

—¿Te vas otra vez? —inquirí algo disgustada.

—Sí, tengo un compromiso que no puedo eludir, pero ya te dije que estoy intentando dejarlo.

—Por mí no te molestes, no creo que esté aquí mucho tiempo.

Mi lengua viperina se había soltado para herirlo y herirme a mí al mismo tiempo, aunque él no lo sabía.

—Está bien, Álex, ya veo que te has cerrado en banda otra vez. Cuando te apetezca solucionar las cosas, avísame.

—Lo hará mi abogado, descuida —mascullé centrándome en un punto de la ventana sin definir.

Él resopló y se volvió hacia el pasillo.

—¿Adónde vas? —le pregunté de improviso.

—A Francia —contestó suavizando el tono.

—Francia, ya.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Hay algo que quieres que te traiga de allí?

—Preferiría una guillotina antes que unos *macarons*, pero no creo que te dejaran pasarla por la aduana...

Matthew me observó unos segundos interminables para después volverse y cerrar la puerta con un brusco golpe. Ni me inmuté. Cinco minutos después, estaba de nuevo en el despacho. Lo miré con disgusto y me centré en concretar el envío a la empresa con los diseños elegidos. Él permaneció en silencio, sabiendo que eso iba a provocar una reacción en mí. Siempre me había conocido mejor que yo misma.

—¿Se puede saber qué es lo que pretendes de mí, Matthew? —pregunté dejando el lápiz a un lado y girando la butaca hasta tenerlo de frente.

Intenté no fijarme demasiado en él, ya que siempre conseguía desconcentrarme de alguna u otra manera. Esa mañana era su porte excesivamente masculino, apoyado con insolencia en el marco de la puerta.

—Que me des una oportunidad —pronunció con voz clara.

Aquello me sorprendió, y mi rostro fue muestra de ello.

—La oportunidad la perdiste aquel año. —Fue a hablar y lo interrumpí con rapidez—: Me has acusado de que no te pregunté ni exigí explicación alguna,

pero, ¿sabes una cosa, Matthew? Tú tampoco lo hiciste. Tuviste un año entero para buscarme, para intentar localizarme, para enviarme un correo electrónico..., y no lo hiciste —remarqué.

—En cuanto supe que habías vuelto a Madrid, volé con tu hermano allí. Fue imposible localizarte, y cuando supimos que te habías ido a Rusia a mí me reclamaron en el club.

—Muy oportuno —mascullé.

—¿Te das cuenta de lo egoísta que eres?

Aquello me dolió más que ninguna otra cosa antes. El peligro de que una pareja se conozca demasiado bien es que cada uno de los dos sabe qué comentario puede dañar más al otro.

—No fui egoísta. ¿Crees que fue un año de placer y viajes locos? No fue nada de eso. Estaba destrozada y volví destrozada. He estado sobreviviendo sin llegar a vivir estos nueve años, mientras tú triunfabas en la vida, te casabas con artistas y te codeabas con modelos.

Se acercó a mí peligrosamente y de forma inconsciente me erguí en el sillón para enfrentarme a él. No obstante, lo único que hizo fue lanzar un fajo de cartas unido por una cuerda sobre la mesa.

—Si crees que no pensé cada día en ti, que no te esperé, que no te amé, ahí tienes la respuesta. Si no eres cobarde, las leerás. Pero, la verdad, empiezo a dudar de que sigas siendo aquella joven cuya valentía resultaba admirable.

A continuación, se volvió y abandonó el despacho en silencio. Al poco rato oí un sonoro portazo y, al mirar por la ventana, lo vi subirse a un taxi que esperaba frente a ella.

Cogí las cartas en una mano. Pesaban. Algunas eran postales; otras, cartas envueltas en sobres de papel manila amarillento; varias llevaban el distintivo intercontinental y la mayoría eran sobres cerrados. Todas con sello. Todas sin enviar. Las aparté y las guardé en un cajón. Puede que fuera cobarde, aunque también seguía desconfiando y había sufrido demasiado por él como para creerme ahora que su amor era cierto. Acababa de ver la joya y su declaración a Mia. Quizá él no reconociera a la joven de la que se había enamorado. Quizá yo sí tenía la certeza de que el joven del que me había enamorado no era el hombre con el que me había casado.

Tomé una decisión urgente, aunque, antes de llevarla a cabo, le debía una explicación a mi hermano. Le envié un mensaje rápido en el que lo instaba a que se conectara a Skype. Me contestó de forma inmediata y, cuando lo tuve frente a mí, no pude evitar las lágrimas.

—Roberto.

—¡Álex! ¿Estás bien?

—Creo, creo que... he hecho... Tengo que pedirte...

—¡Hostia puta! —soltó de improviso, y se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso—. ¿En qué lío te has metido ahora?

—¡En ninguno! —respondí recuperando la compostura—. ¡Sólo quería pedirte disculpas, cafre!

—¿Pedirme disculpas a mí? ¿Por qué? —repuso él con toda la atención sobre mí.

—Anoche supe que no habías apostado con Matthew para que se acostara conmigo.

—¡¡¡¿Cómo?!!! ¿Cuándo cojones hice yo eso que no hice?

—¿Recuerdas la noche que me fui de Menorca sin dar ninguna explicación?

—¡Como para olvidarla!

Después de eso le relaté la entrevista de Matthew y cómo había sabido que la apuesta no era sobre mí, y también cómo acudí aquella madrugada a interrogarlo, algo que él afirmó no recordar. Cuando terminé, recibí su perdón y también su comprensión.

—Está bien, enana —dijo con cierto pesar.

—Roberto, es que no sé hacer nada bien —me justifiqué rodeada de pañuelos empapados en lágrimas, con los ojos rojos y el rostro desencajado.

—Es parte de tu encanto. No te preocupes más y empieza a recuperar lo que has perdido en estos nueve años —me aconsejó.

Lloré todavía con más desconsuelo y él se pasó la mano por el pelo y luego la alargó como si pudiese tocarme. La dejó caer sobre la mesa de su despacho y sonrió.

—Álex, inténtalo —me pidió.

—No lo entiendes. Ahora más que nunca tengo que poner fin a esto. Lo que

he descubierto esta mañana me ha abierto los ojos definitivamente —afirmé.

—¿Qué has descubierto? —preguntó intrigado.

—Te lo contaré cuando cierre este capítulo de mi vida —aseguré, y me despedí dejándolo con la palabra en la boca. Sin embargo, sentí que por primera vez desde que me había casado con Matthew estaba haciendo las cosas bien.

Apagué el ordenador, me levanté y me dirigí a mi habitación. Allí, preparé una pequeña maleta y llamé a mi prima.

—Ana, ¿puedes tomarte un par de días libres? —inquirí en cuanto ella contestó al segundo tono.

—Tengo un hijo, esas cosas para mí son un poco difíciles.

—Me lo debes. Incluso podemos llevarnos a Gonzalo.

—Y ¿adónde se supone que nos vamos?

—A París, la ciudad del amor.

—Vamos, *Happy, happy!* ¿Qué narices ha pasado esta vez?

—Lo he descubierto todo, Ana. Quién es Mia, el negocio que tienen juntos y lo que siente Matthew por ella.

—¿Estás loca?

—No, ahora estoy más cuerda que nunca. Acabo de ver la luz en forma de un anillo de diamantes. Sé que lo va a utilizar para conquistarla de nuevo. El golpe final lo dio en la entrevista de anoche.

—¿Estás loca? —repitió.

—¡Que te he dicho que no! Él mismo acaba de decirme que se marcha en un viaje a Francia que no puede posponer. Lo voy a descubrir con las manos en la masa...

—Será con las manos en Mia.

—¡Lo que sea! Aunque esta vez, Ana, esta vez no tendrá otra opción más que concederme el divorcio y seré libre.

—Y ¿tú quieres ser libre, Alex?

Su tono suave y tamizado de dulzura se me clavó como una astilla en el dedo.

—¡Es lo que más deseo en este mundo! —afirmé de forma convincente, al menos para mí misma.

—Ya... Intentaré dejar a Gonzalo con Marco. No creo que haya problemas.
¿Y bien?, ¿tienes algo planeado?

—Todo.

—Eso me da bastante miedo.

—Pues más miedo te va a dar saber que no tengo nada previsto, así que improvisaré sobre la marcha...

—¡Joder, Alex!

—Te recojo dentro de una hora, estate lista.

Colgué el teléfono e hice una nueva llamada.

—¿Alex?

—Hola, Rubén. ¿Puedes hacerme un pequeño favor?

—Lo que quieras, ¿te reservo otra noche en el hotel?

—No, gracias... Oye, ¿a ti te gustan los perros?

Capítulo 16

Burdeos no es sólo un color...

Llegamos a París al anochecer. Nuestra conversación se resumía en monosílabos y miradas de desconfianza. No obstante, Ana no hizo ninguna afirmación más acerca de mi locura transitoria, a lo que habría tenido derecho y, ciertamente, se lo agradecí.

En el mismo Aeropuerto Charles de Gaulle, alquilamos un coche, un Peugeot 206 color burdeos..., ¿coincidencia? No lo creí, pensé que por fin era una llamada del destino para recuperar mi vida perdida hacía varias semanas. Programamos el GPS y, serpenteando entre el tumultuoso tráfico de París, aparcamos en una calle adyacente al hotel que había reservado, *in extremis*, antes de partir. Estábamos en el *IXe arrondissement*, Desde la avenida principal teníamos unas vistas espectaculares del Arco del Triunfo, y alrededor había varios restaurantes. Sin embargo, decidimos comprar algo de comida para llevar y registrarnos sin más dilación. Pagué con mi tarjeta de crédito; no podía arriesgarme a que la que me había proporcionado Matthew tuviera algún tipo de aviso bancario de cargo en cuenta que nos descubriera.

La habitación era pequeña y funcional. Cenamos sentadas en la cama de matrimonio y, después, nos duchamos por turnos. Para cuando yo terminé, Ana ya estaba dormida. Dejé el teléfono cargando porque con él esperaba conseguir las fotos que me proporcionaran el divorcio y cerré los ojos,

reservando toda mi energía para el siguiente día.

A ambas nos despertó el golpeteo de la lluvia en el tejado de la casa vecina. El día era frío y desapacible. Nos vestimos en silencio y, abrigadas con gruesos chaquetones de plumas, bajamos a desayunar. Paseamos por las calles que se despertaban sin decidirnos por un lugar en concreto, hasta que vi en una cercana plaza un pequeño mercado de frutas y flores frescas. Pedí dos cafés en un puesto callejero situado en la esquina de la acera y caminamos hasta allí, donde compré dos tarrinas, una de moras y otra de frambuesas silvestres. Mientras examinábamos los diferentes y pintorescos puestos, en los que resaltaban las famosas ostras normandas, Ana habló:

—Álex, ¿estás segura de lo que estás haciendo?

—Sí. Descubrí algo que contradice todo lo que ha intentado demostrar Matthew.

—¿El qué?

Ella se detuvo en mitad de la acera, con el aire cargado de humedad rodeándonos.

—Una joya con una nota dirigida a Mia. Decía que era el momento. ¿Lo entiendes? El momento. —Se formaron volutas de vaho al pronunciar aquellas palabras.

—Oh, el momento... El momento, ¿de qué? —En su tono había una burla explícita.

—Su momento. Cuando cené con él por primera vez me dijo que tenía la intención de recuperar a una persona y que yo era el camino. Está claro que está utilizándome para ese fin.

—Pero mira que eres idiota a veces. Bueno, siempre. ¿No puedes pensar que esa nota sea de cuando estuvieron juntos? De eso hace más de cuatro años. La miré fijamente, sin vacilar.

—Si sigue guardándola, quiere decir que todavía no lo ha olvidado — afirmé con rotundidad.

—Álex, reflexiona por lo menos una vez en toda tu vida. Estás desbarrando y, cuándo lo haces, nada resulta como se espera.

—Ana, no intentes disuadirme. Estoy segura de que es lo que tengo que hacer. Creo que esto ya se está convirtiendo en un absurdo y tengo que

terminar con ello —determiné.

—Si sale mal...

—Está bien, Ana, ya somos mayorcitas, no te voy a echar la culpa. Yo te he arrastrado a todo este entuerto.

—Es que creo que no entiendes nada...

—¿Que no entiendo nada?! Bueno, quizá tenga derecho a estar un poco confusa. En menos de dos meses me he casado con un hombre al que creía odiar, mi novio me ha dejado por ti, tengo un sobrino-primo nuevo y mis padres se van a divorciar.

—¿Ves? A eso me refiero. En vez de buscar una quimera, deberías regresar a casa y hablar con Matt.

—¿Buscar una quimera? Yo ya no tengo tiempo para eso. —La miré con demasiada tristeza—. Cuando te dicen que tienes...

Me callé a tiempo.

—¿Qué es lo que tienes? —Había conseguido toda su atención.

—Nada, ya no me queda nada. Y no quiero hablar con Matthew, sólo quiero recuperar mi vida tal y como era.

Ella me sostuvo la mirada con desconfianza.

—¿Nadie te lo ha dicho todavía?

Sonrió de forma sesgada y yo entorné los ojos con suspicacia.

—¿El qué?

—Tu vida, Álex, era una mierda.

—¡Oye, guapa! A ver si voy a utilizar el comodín del «De Mazo a Mazo, guantazo».

—En serio, Álex. ¿Quieres regresar a Madrid con todo lo que has conseguido en Londres? Piénsalo.

—De acuerdo, lo pensaré. Vamos —la insté, sin tener ninguna intención de pensar en ello y tirando los recipientes ya vacíos a un cubo de basura—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Una vez en el coche, yo programé de nuevo el GPS y ella condujo. No quería pensarlo. No quería pensar que había perdido nueve años de mi vida por una solemne estupidez. Únicamente quería terminar con todo ello. ¿Si Matthew decía amarme, por qué tenía ese anillo con el mensaje tan explícito a

Mia? Tal vez no estuviera equivocada desde el principio y él no fuera el hombre que decía ser. De repente me di cuenta de que estaba tan excitada por el encuentro que me esperaba que hasta había olvidado lo incómoda que me sentía dentro de un automóvil. Sonreí maquinando mi venganza. Porque lo mejor de una venganza no es cumplirla, sino imaginarla...

Pese a ello, el trayecto fue largo y tedioso. Durante más de cinco horas rumbo al sur de Francia tuvimos que parar varias veces, ya que nos perdimos. No conseguíamos localizar ninguna emisora que durara más de unos minutos en antena, excepto una que emitía sin descanso todo el repertorio de Édith Piaf. A las cuatro de la tarde llegamos a Saint-Émilion, un precioso y pintoresco pueblo medieval donde decidimos detenernos para comer algo. Después de preguntar a los lugareños, logramos descubrir que apenas distábamos quince kilómetros de la finca de Mia. No obstante, una vez nos internamos en el campo, nos perdimos de nuevo. Estaba empezando a anochecer cuando creí reconocer la estructura típica de los palacetes renacentistas en que se basaba el diseño de la casa de Mia. Estaba situada al fondo de un camino sin asfaltar.

—Creo que es aquélla —dije, todavía dudando.

—Es exactamente igual que las cinco anteriores que has mencionado.

—No, mira —insistí al acercarnos un poco más, y le enseñé un papel doblado de la foto que aparecía en la página web de la empresa de Mia y Matthew—. Tiene que ser ésa. Reconozco las columnas emparradas.

—Está bien, aparcaré debajo de aquel grupo de árboles y seguiremos caminando.

—Perfecto.

Ya había anochecido, pero varias farolas iluminaban con timidez la niebla que se había cernido de improviso sobre la comarca. Era un paisaje de ensueño, cubierto por extensiones infinitas de viñas que asomaban gallardas entre el reflejo iridiscente de la luz mortecina. Nos acercamos a la valla de hierro forjado rematada en puntiagudas lanzas medievales sin saber qué hacer.

—¿Llamamos? —propuso Ana.

—Creo que no hay nadie —rebatí yo.

—¿Esperamos en el coche? —añadió ella.

—No. Lo mejor será colarnos.

—¡¡¡¿Qué?!!! ¿Te has creído que somos Beckett y Castle?

—No, pero no estoy dispuesta a que cuando lleguen me vean esperando en la puerta. Necesito adelantarme a ellos y conseguir pruebas.

—¡Joder! ¡Que es allanamiento de morada!

—Y ¿cuándo eso ha supuesto un freno para nosotras?

—Desde que soy madre, que ahora tengo que ser responsable.

—Ya lo eres, señora becada que trabaja en el Museo Británico.

Me miró entornando los ojos como los filos de una navaja y me acusó con el dedo en alto.

—Te juro, te juro que...

—¿Qué?

—Me las pagarás.

—Espero sacar una buena indemnización del contrato. Por cierto, ¿lo has leído ya? —inquirí perdiendo la concentración un instante.

—No, estoy en ello.

—Bueno, no importa. La infidelidad es una causa taxativa de divorcio, así que, aquí estamos, a sólo un paso de nuestra libertad.

—¿Nuestra?

—¿No te he dicho que pienso dejar a Matthew sin una libra?

—Bien. —Ana resopló—. Y ¿cómo lo hacemos?

—Saltando.

—¿Saltando la valla? ¿Y si está electrificada o tiene sensores como los de la película *La trampa*? Alex, que yo no soy lo que se dice precisamente elástica.

Me reí de puro nerviosismo y crucé los dedos a la espalda.

—Mira que dices tonterías. ¡Cómo va a estar electrificada! Anda, que te ayudo.

La empujé hasta que estuvo situada sobre la verja, entre dos lanzas. Allí, me esperó para tirar de mí. Llegué junto a ella y sonreí.

—¿Ves? Nada de nada. ¡Saltemos!

Y las dos lo hicimos a la vez, sobre la grava del camino que conducía a la entrada de la casa de tres plantas que se vislumbraba al fondo del sendero.

Yo caí de rodillas y ella estuvo a punto de romperse todos los dientes. Nos sacudimos el polvo riéndonos y, de improviso, nos quedamos heladas al oír un gruñido. Miramos al frente y los vimos. Dos dóberman negros, con las orejas puntiagudas, percibiendo nuestro miedo, idénticos, como gemelos endemoniados.

Ana reaccionó con más rapidez que yo:

—¡Corre!

Lo hicimos en direcciones opuestas. Ella hacia la izquierda, hacia un álamo por el que escaló y se posicionó, sujetándose a una gruesa rama, a suficiente altura para que su captor no pudiera atraparla. Yo, hacia la casa, donde subí los cinco escalones del porche resollando, trepé sobre una silla, de ahí pasé a la mesa de mimbre que adornaba el conjunto, tiré un jarrón de flores por el camino y, como vi que no era suficiente, me impulsé, saltando con una acrobacia bastante torpe, hasta alcanzar el enrejado que cubría una de las ventanas del primer piso, en la cual encajé la puntera de mis botas y mis manos, aferrándome a ella con desesperación.

Y ahí me quedé. Tan pancha, cual *King Kong* agarrado a la antena del Empire State.

Miré al suelo y vi al animal con las fauces abiertas, desprendiendo baba y odio a partes iguales, y temblé, temblé de miedo y temblé al comprobar que mi peso había desconchado en parte el yeso de la sujeción de las rejas metálicas.

—¿Estás bien? —grité haciéndome oír entre la cacofonía de ladridos.

—¡Y una mierda! ¿Cómo quieres que esté? —me respondió Ana.

En ese momento comenzó a llover y la oí lanzar una maldición.

—Si ya sabía yo que por lo menos tendríamos que haber hecho una parada en Notre Dame para poner una vela o algo.

—¡Como si las velas nos fueran a salvar!

—¡Te juro que, si salimos vivas de ésta, te mato y luego digo que te has muerto! —aulló—. ¿Tú crees que nos dará tiempo a correr de nuevo hacia la verja de entrada?

—Lo dudo, más que nada porque necesitamos la ayuda de la otra para escalar.

—¡Eso es fácil! Tú me ayudas, yo escapo, y vuelvo mañana a recoger tus

restos.

—¡Ana!

—¡Álex!

—A ver —suspiré con cansancio—, lo primero que hay que hacer es tranquilizarse.

—Y ¿cómo quieres que me tranquilice si tengo a un monstruo negro que quiere devorarme esperando a que caiga como una fruta madura?

—Los perros huelen el miedo —aseguré.

—¡Pues entonces nosotras somos como un algodón de azúcar para un niño en una feria! ¡Puedo ver su anhelo brillando en esos ojos del demonio!

—¡Ana!

—¡Que sólo nos falta una canción de Camela para adornar el conjunto, coño!

—¡Ana!

—¡Álex!

—¡Ana!

—¡¿Qué?!

—¡Cállate, que creo que viene un coche! —dije sujetándome con más fuerza y sintiendo que se me estaban formando verdugones en los brazos.

Surtió efecto y no me equivoqué. La verja de la entrada se abrió silenciosamente y un BMW color burdeos, ¿coincidencia?, entró con lentitud y aparcó a un lado de la casa. Saqué mi móvil con una sola mano y le escribí un mensaje a Ana:

¿Puedes verlos?

No.

¿Seguro?

Sí.

¡¿Puedes verlos o no?!

¡Deja de gritar, que pueden oírnos!

La miré con alto grado de confusión y sólo pude apreciar un bulto encogido sobre una rama, como una gárgola temblorosa y empapada.

Una risa femenina me distrajo y fue acompañada por una voz grave que llamaba a los perros de forma imperativa en francés. De reojo, me asomé y vi la silueta de un hombre alto y de pelo negro, vestido con un traje a medida que pasaba la mano por los hombros de su acompañante, la cual dejó caer la cabeza sobre el hueco que éstos formaban. Él le dio un suave beso en la coronilla morena y yo asumí que Ana no tendría que matarme, que ya lo estaba haciendo Matthew sin ni siquiera tocarme. Era un gesto tan íntimo, un gesto que mostraba tal confianza entre los amantes, que me rompí en mil pedazos y a punto estuve de abrir las manos.

Apoyé la frente en el frío hierro y gemí de forma entrecortada. Los perros parecían estar calmados, pero una vez ellos entraron en la casa por la puerta posterior, volvieron a sus puestos de vigilancia. Casi pude oír la maldición en arameo que pronunció Ana.

De improviso, una pequeña luz ambiental se encendió en la habitación de mi ventana. Las cortinas eran de gasa blanca, con pequeñas flores de lis bordadas, y lo veía todo a través de una nebulosa regia, así que pude apreciar lo que estaba sucediendo frente a mí. Más risas, ropas que volaron hacia todos lados, un sujetador, que me atrevería a asegurar que era de Agent Provocateur, golpeó contra el cristal, nuevas risas, el colchón que crujió y gemidos. Agaché la cabeza totalmente cohibida, ya no me quedaban apenas fuerzas, y sentía un fuerte tirón en la pierna izquierda, la más herida en el accidente, que me impedía moverme. Entonces Mia comenzó a gritar algo que no entendí, porque tampoco hablaba francés, aunque pareció animar mucho a Matthew, ya que, además de los crujidos del colchón, se sumaron los golpes del cabecero de la cama contra la pared.

Hasta los perros habían dejado de ladrar y, simplemente, esperaban. Siempre habían sabido que éramos una presa fácil.

Transcurrió una eternidad, aunque era probable que sólo fueran diez minutos. Ya casi había dejado de oírlos. Habían llegado a la fase de cariño poscoital. Susurros, alguna risa contenida, y conseguí ver al trasluz la figura

de él levantándose de la cama. Me aparté todo lo que pude para que no me descubrieran, pero, antes de que pudiera quedarme colgando sólo de un brazo, las cortinas se descorrieron y me encontré con el cañón de una escopeta apuntándome al rostro.

Lancé un grito de terror y me solté, todo al mismo tiempo. El golpe fue brutal, aunque quedó algo amortiguado por la mesa de mimbre. Me quedé sin respiración y oí el aullido de Ana al fondo. Lo último que vi fueron los ojos negros y brillantes de la fiera que esperaba su premio.

* * *

—¡Te juro que ahora mismo te estrangularía! ¿Es que no tienes ni un ápice de cordura en esa cabeza, Álex?

Ana lo interrumpió cuando entró en el salón de la pequeña mansión colonial junto con Mia, que se había puesto una bata de seda color burdeos, ¿coincidencia?, atada a la cintura. Cimbreó su cuerpo al tenderme un vaso de agua y un paracetamol.

—¡Eres una kamikaze emocional! ¡Nunca piensas en las consecuencias que tus actos pueden acarrear!

Mia le acarició el brazo, ya cubierto por una camisa, y le sonrió con benevolencia.

—No seas tan dura con ella, cariño.

—Mírala qué mona, ¡si hasta habla castellano! —exclamó Ana, y después se dirigió a mí—: ¿Has podido sacar las fotos? —preguntó metiéndose en la boca una de las pastas de té que traía consigo en un plato.

—¿Fotos? ¡¿Encima has tenido la osadía de sacarme fotos?! ¡Dame tu móvil ahora mismo!

Me encogí un poco más en el sofá, producto de su arranque de furia contra mí y de las carcajadas de Ana.

—Mejor dámelo a mí, que las cuelgo en Instagram —aseguró mi prima.

—No he hecho fotos, se me ha olvidado en cuanto..., yo... —me defendí.

—¡Te juro que, si no te quisiera tanto, te mataría!

—*Mon cher*, no hace falta ser tan gráfico —lo interrumpió Mia.

—Si además es ella la que te defiende —añadió Ana—. Debiste de nacer con una flor en el culo.

—Más bien con un cardo —mascullé.

—Álex. —Él se agachó hasta que su rostro estuvo justo frente al mío—. ¿Y si llego a disparar? —Su tono se había suavizado, y se pasó la mano por el pelo moreno con considerable frustración—. ¿Cómo podría explicar que he matado a mi propia hermana?

—Creí... creí que eras Matthew —musité.

Mia se echó a reír de forma contenida, a la francesa, como si cualquier cosa extraña que le sucediera ya tuviera que conocerla de antemano.

—¿Cómo puedes pensar que Matthew...?

Lo interrumpí levantando una mano acompañada de un gemido doloroso.

—Es su exmujer.

—Tú lo has dicho: su *exmujer* —zanjó la cuestión.

Conocía a mi hermano lo suficiente como para saber que no habría más explicación por su parte. Empecé a sentirme terriblemente cansada y con unos enormes deseos de salir de allí como alma que lleva el diablo. También sabía que debía darle un tiempo prudencial para que se calmara y llegara a contarme cómo había acabado teniendo una relación con Mia, porque lo que percibía entre ellos dos no lo había visto con ninguna de sus parejas anteriores. Avergonzada, me levanté con un quejido y caminé cojeando hacia la puerta.

—¿Es que nos vamos? —preguntó Ana, que se había arrellanado en uno de los sofás junto a la chimenea—. Ni lo sueñes —siseó con rapidez—, he visto que tiene el baño lleno de productos de Lancôme e Yves Saint Laurent.

—Yo sí —dije, ignorándola.

—Será lo mejor —aseveró Roberto.

Mia se acercó a mí y me apretó la mano con fuerza.

—Tú eres lo que necesita Matthew, ahora lo entiendo todo.

—Pero si acabo de allanar tu casa y casi provocho que mi hermano me mate.

—Por eso mismo. Matthew tiene la suficiente templanza para controlar el fuego que llevas en tu interior, Álex. Él te eligió antes de que te dieras cuenta de ello.

—Vale, vale —exclamó Ana refunfuñando, viendo que yo estaba a punto de derrumbarme de nuevo—. Me hago cargo y la llevaré de vuelta a París.

—Roberto... —Me volví hacia él en la puerta, donde estaba observándome todavía enfadado y con los brazos cruzados como si con eso quisiera evitar abofetearme.

—Lo sé, enana, lo sé —masculló, y se volvió para darme la espalda.

* * *

Tuve que correr para alcanzar a una furiosa Ana cuando salimos de la casa. Se introdujo en el coche con brusquedad y arrancó antes de que yo pudiera cerrar la puerta del acompañante. Condujo en silencio durante varios minutos, ensimismada, o más bien enfurruñada. Decidí que lo mejor era suavizar la situación.

—¿Cómo han podido acabar juntos? Ya sabes, me refiero a Roberto y a Mia.

—¡Me importa una mierda!

—Uhhh, ya veo que estás enfadada.

Ana frenó de repente y se inclinó sobre mí para abrir la puerta.

—¡Fuera! —gritó.

—¡Ni de coña!

—¡Bájate ahora mismo!

—Ana —suavicé el tono para continuar—: estamos en medio de la nada, son las tres de la madrugada y es diciembre.

Lo siguiente que sentí fue un empujón que me arrojó a la vereda del camino y el crujido del cambio de marchas cuando arrancó a gran velocidad. Me quedé sentada sobre el húmedo suelo sin entenderla y, reaccionando de forma tardía, me levanté de un salto y la amenacé con los puños en alto. Ella frenó en seco varios metros más adelante y salió del coche. Llegué hasta ella resollando por la carrera y la encaré.

—Pero ¿en qué estás pensando? —exclamé, todavía más sorprendida que fastidiada.

—Eso me pregunto yo de ti —barbotó frunciendo la boca.

Nos iluminaban los faros del automóvil, pero la bruma lo cubría todo como un manto espectral y el único sonido que se oía era el del motor ronroneando junto con nuestras pesadas respiraciones.

—Eres completamente idiota —masculló.

—¡Gracias!

—Lo digo en serio, Álex. Lo que has hecho estos días, lo que llevas haciendo estas últimas semanas ha sobrepasado cualquier locura que hayas cometido antes. —Abrí la boca para contestar, pero ella me detuvo sin parar de hablar y gesticular a la vez—. Te culpas de lo único que no tuviste culpa, que fue el accidente, y te olvidas de todo lo que has hecho antes y después. La forma de desconfiar de nosotros, de huir aquel año en el que apenas supimos nada de ti, tu continua manera de enfrentarte a la muerte como si estuvieras haciendo una apuesta con ella... Todo.

—No tienes ni idea de lo que dices —murmuré.

—Si fueras una niña, te prometo que te cruzaría la cara —espetó ella con ira.

—¡Atrévete!

¿En qué preciso momento decidí mostrar mi bravuconería con esa palabra? Me cruzó la cara de lado a lado. Después se apartó y lanzó un gemido que quedó cubierto por el tenso silencio que se instauró entre nosotras. Me llevé con lentitud una mano a mi mejilla ardiente y cerré los ojos, de los que amenazaban brotar lágrimas de rabia, impotencia y dolor.

—Lo siento —musitó.

La miré fijamente, con los ojos vidriosos, sin pronunciar palabra.

—Es que, Álex..., ¡joder! ¡Nos podría haber pasado cualquier cosa! Y yo ahora no estoy sola, hay una persona que depende de mí.

Se quedó esperando, pero yo no hablé.

—Matt es tu patata frita y eres incapaz de verlo.

Eso me hizo reaccionar.

—¿Mi «patata frita»? —pregunté con voz ronca.

—Sí, yo adoro las patatas fritas, incluso las del McDonald's, es mi sabor.

—Matthew no es mi patata frita —dije finalmente, entendiendo el extraño silogismo.

—No lo es porque todavía no sabes cuál es tu sabor.

—Sí, lo sé.

—No, no tienes ni idea. Sólo hay que retrotraerse a tus relaciones pasadas. ¿Un profesor de taichí que te sacaba diez años? Hay que ser idiota para no darse cuenta de que era gay.

—No era gay, te lo puedo asegurar —me defendí.

—Tu radar encuentra-gais está averiado desde que naciste, Álex. Era gay, lo descubrí un día en las duchas del gimnasio jugando a tirar el jabón al suelo. Arrugué la nariz y la observé con detenimiento.

—Y ¿tú qué hacías en las duchas masculinas del gimnasio?

—No preguntes —masculló enrojeciendo, y después desvió el tema—. Luego tu colega roquero colgado, que te ponía unos cuernos que se veían desde la Puerta de Alcalá. Hasta podrían haberte incluido en la canción.

—¿Cómo? —inquirí con indignación.

—Ah, ¿no lo sabías?

—No.

—Bueno, la novia es siempre la última que se entera.

—Eso no lo dudes, traidora.

—No estamos hablando de mí.

—Ya.

—Y luego el friki que quería llevarte a ver una aurora boreal... ¡Por Dios, Álex! Toda tu vida has ido dando bandazos intentando evitar a la única persona que de verdad te importa. Y, ahora que la tienes, haces lo posible por perderla.

—Matthew no es mi patata frita —afirmé de nuevo.

—Tal vez tengas razón —dijo rascándose la barbilla—, estoy segura de que es un egocéntrico insufrible.

—¡Te equivocas por completo! Es el hombre más tímido que conozco.

—Seguro que se detiene frente a cada espejo para comprobar que su pelo no haya perdido tersura.

—¡No tienes ni idea! Ni siquiera se peina si no es para salir, siempre va con el pelo adorablemente revuelto.

—Y, además, será un pijo de esos que sólo comen gourmet y siempre

encargado. No sabrá ni hacerse un té.

—¡Cocina a la perfección! De hecho, mucho mejor que yo...

—Su conversación debe de ser superficial y carente de interés, ya sabes..., tanto glamur le habrá ablandado las neuronas.

—¡Nunca he conocido a un hombre tan inteligente como él! Con sólo veintiún años, creó su propia empresa y se lo rifan. Pasa horas enteras trabajando, dividiéndose en un millar de viajes, atendiendo a la prensa y sus compromisos con el club.

—Hasta se depilará y utilizará más cremas que nosotras.

—No se depila, y en su baño no hay nada más que gel, champú y gomina.

—Pero tiene un gusto deplorable con la ropa.

—¿Cómo dices eso? Es inglés, pero siempre sabe cómo vestir, parece que cada prenda que se pone sea creada única y exclusivamente para él.

—Tendrá un carácter endemoniado e infantil.

—¡No! —Y ahí me mostré por completo indignada—. Es un hombre maduro, divertido, siempre tiene la respuesta adecuada para cada momento, es amable con todo el mundo, educado, incapaz de guardar rencor...

—Entonces, es obvio que es un fiasco en la cama.

—¡Ja! Eso te gustaría a ti. Es lo mejor que yo...

Me quedé en silencio y ella sonrió con amplitud.

—Matt es tu patata frita —afirmó. Estuve a punto de replicar, pero ella se acercó a mí y posó su mano en mi vientre. Lo contraí de la impresión—. Lo que notas aquí, Álex, es la tensión sexual sin resolver más larga de la historia. Eres la única que no ve lo que él te ama y, lo que es peor, lo que lo amas tú a él. Estás intentando huir de él de nuevo porque no tienes valor para decirle lo que realmente sientes. Cobarde —siseó.

—No —balbuceé, y ella se alejó para cruzarse de brazos y observar mi rostro descompuesto.

—Sí, Álex. Sé que ha sido duro, que has pasado por mucho, que estás descubriendo muchas cosas que deberían haber sido contadas hace tiempo, pero no las utilices para escaparte de nuevo, porque llegará un día, cariño, en que te des la vuelta... y él ya no estará ahí.

Los ojos me ardían como si pudiera expulsar fuego. No conseguía contener

las lágrimas que empezaron a derramarse como un torrente sin fin.

—Álex —susurró con extrema calidez—. No puedes estar escapando de la felicidad eternamente, en ocasiones debemos aceptarla y disfrutarla. Hacerla nuestra porque nos pertenece. Pero también es mucho más difícil decir sí que negar de forma sistemática.

—¿Podemos regresar? —murmuré.

—Vamos, que ya es hora de que dejes de velar por los demás y empieces a velar por ti misma. Salta al ruedo, Álex —me instó sentándose junto a mí en el coche.

—No me gustan los toros —musité perdida en mis pensamientos.

—¡Qué poco San Isidra eres!

—Ya sabes que yo de santos, nada de nada.

—Anda, ve y reencuétrate con tu querido y amante esposo.

No contesté, aunque comprobé de reojo que ella meneaba la cabeza y sonreía. Después, aceleró y nos alejamos en dirección a París.

—¿Sabes? —me dijo al cabo de un rato—. Tu mejilla ahora luce con un bonito color burdeos... ¿Será coincidencia?

Capítulo 17

Decir sí... sí es sencillo

Miré la noche oscura a través de la ventanilla del avión que nos llevaba de regreso a Londres y suspiré con cansancio. Ana dormía a mi lado, pero yo era incapaz de cerrar los ojos y dejar que mi mente se abandonara al sueño. Llevaba demasiado tiempo huyendo de la felicidad, como bien me había hecho ver ella. En el momento en que veía que todo se hacía realidad a mi alrededor, escogía el camino más fácil y también el que me llevaba a destruirme un poco más cada vez. Quizá mi hermano tenía razón y en realidad era una kamikaze emocional, pues no sabía vivir sin enfrentarme una y otra vez a la debacle existencial. Me revolví en el asiento inquieta, buscando una posición más cómoda, y cerré los ojos con fuerza, resignada a unas horas de insomnio.

Cuando llegué a casa de Matthew a media mañana, no me encontré «precisamente» a mi querido y amante esposo. Entré a la cocina a prepararme un café bien cargado, y estaba tan preocupada por cómo encarar la conversación que teníamos pendiente que no reparé en que *Bruno* me recibía con ladridos de alegría. Levanté la vista y su figura apolínea, apoyada de forma indolente en la pared posterior, hizo que pegara un respingo involuntario. Sus ojos grises me taladraron y me examinaron de arriba abajo, como si quiera descubrir con quién demonios se había casado.

—Lo sabes, ¿verdad? —pregunté rompiendo el tenso silencio.

—¿El qué? ¿Que te fuiste a Burdeos creyendo que tenía una aventura con mi exmujer? ¿Que Rob y Mia están juntos? ¿Que has dejado a *Bruno* con un completo extraño?

—Rubén no es un extraño —me defendí previendo un enfrentamiento.

—Es obvio que no, creo que ya me estoy acostumbrando a que mi esposa tenga mucha más confianza con otros hombres que apenas conoce que conmigo.

—¡Eso no es cierto! —contesté indignada.

Meneó la cabeza con disgusto y suspiró con resignación.

—No quiero discutir, Álex, ahora no.

—¿Ahora eres tú el que no quiere discutir? —Lo miré burlona.

Se aproximó a mí a grandes zancadas y habló justo a unos centímetros de mi rostro. El olor de su perfume me provocó un pequeño mareo.

—No. No quiero. De hecho, creo que me he cansado de ello. Eres libre, Álex.

—¿Libre? —pregunté con un hilo de voz, porque esa palabra tan ansiada ahora me producía un intenso temor.

—Sí.

—¿Te rindes tan fácilmente?

—No me he rendido, sólo he desistido de una empresa imposible. Te cedo el puesto en el pódium.

—¿Es en serio? —inquirí deseando que su respuesta fuera negativa.

—Desde luego. Lo único que quiero en la vida es que tú seas feliz, y es obvio que conmigo nunca vas a conseguirlo. Por tanto, eres libre —repitió.

—Te lo agradezco. —Mastiqué cada sílaba con dureza—. ¿Cuándo puedo irme?

—Mañana —pronunció con lentitud, y su mirada siguió traspasándome el corazón como lo hacía siempre.

—Puedo hacerlo hoy y así no te molestaré más.

—Te necesito esta tarde.

—¿Para qué?

—Estoy invitado a una entrega de premios y ya se ha anunciado en la prensa que acudiré con mi esposa, a la cual todos quieren conocer y

fotografiar.

—Oh, vaya, querido, ¿me vas a llevar a Almack's y me vas a dar una cartilla de baile?

Ni siquiera sonrió como solía ser habitual en él. Su gesto serio me atemorizó más que sus palabras.

—Encima de tu mesilla he dejado la invitación con el *dress code*. Si no tienes nada adecuado, puedes llamar a mi agente, él se encargará de buscarte algo. También te he reservado hora en la peluquería.

—¡Cuánta amabilidad por tu parte!

Su gesto pétreo no se modificó con las siguientes palabras:

—Verás también un sobre. Es el pasaje para tu regreso a Madrid mañana al mediodía. Creo que tendrás tiempo de prepararlo todo.

Aspiré profundamente, aunque mis pulmones habían vuelto a cerrarse.

—¿Y el dinero?

—Por fin te has descubierto, Álex. Si es eso lo que te preocupa, deja de preocuparte. No modificaré el contrato que me une a la empresa familiar. Lo tendréis todo en las fechas estipuladas.

Abrí la boca para replicar, pero él ya había abandonado la cocina en dirección a su cueva. Enfadada, olvidé el café y subí a intentar dormir al menos unas horas. Exactamente tres, hasta que sonó la alarma del móvil. La apagué con un gruñido y me levanté. Tenía el tiempo justo para prepararme, así que cogí el bolso y salí a la carrera para meterme en el coche que me esperaba en la puerta. Cuando regresé de una tarde en la que me hicieron un exclusivo tratamiento de belleza, oí a Matthew en la ducha. Me encerré en la habitación y procedí a vestirme. Al terminar de calzarme, unos pequeños toques en la puerta me sorprendieron.

—Pasa —dije apartándome un rizo del rostro para guiarlo a su sitio.

Matthew abrió la puerta y suspiró. Entornó los ojos y se apoyó en el marco con su sonrisa «desarmavoluntades». Llevaba un esmoquin negro que oscurecía su mirada, y su pelo, descuidadamente peinado, acompañado de una barba de apenas tres días. Nunca lo había visto tan atractivo, y me temí que mi rostro delatara mis pensamientos.

—Estás increíble, Álex —murmuró acercándose tanto a mí que pude

respirar a través de sus labios.

—Gracias...Tú... llevas una pajarita muy bonita —dije.

Me cogió suavemente de los hombros acompañando el movimiento con una sonrisa y me giró con lentitud.

—Es tuyo, ¿verdad? —preguntó delineando con un dedo la delicada tela de encaje que cubría parte de mi pecho y espalda.

Se detuvo justo en la cintura, donde la gasa era más transparente, lanzando una pincelada de sensualidad en el vestido, el cual tenía cuerpo de sirena y una pequeña cola que se extendía desde media pierna.

Asentí con la cabeza.

—Son capullos de amapola bordados en negro que se abren al llegar al suelo. Es un vestido atrevido y a la vez elegante. Serás la sensación de la noche —afirmó.

—Es probable que me enrede en la pequeña cola y acabe en el suelo, así que seguro que lo seré —musité con el corazón latiendo de forma violenta en mi pecho, reaccionando al contacto de su piel.

—Eso es imposible, siempre has tenido la capacidad de mimetizarte en cada situación, de ponerte a la altura de la reina y del mendigo.

—Gracias —contesté bajando la voz sin saber cómo contestar a sus halagos.

Me apartó un rizo rebelde, que seguía desligándose del conjunto, y suspiró contra mi boca.

—Quiero quitártelo y ver qué esconde debajo —susurró con voz ronca, y una mano acarició mi pecho—, lo que creo que es bastante poco —añadió al descuido.

Proferí un leve gemido que fue bastante explícito.

—Joder, Álex, no puedo resistirme a ti. Cuando te tengo delante vuelvo a ser el mismo gilipollas que era a los veintiún años. Dame una tregua, por favor —suplicó apoyando la frente en mi hombro desnudo.

—No lo estropearé —dije al cabo de unos minutos, soportando un dolor sordo en mi interior—. Es lo menos que puedo hacer por ti.

—Gracias. No sobreviviré si sigo torturándome con más recuerdos —musitó con voz entrecortada, y oí su respiración junto a mi cuello, atrapando

ese momento en uno de esos recuerdos.

—Entonces vayámonos ya o llegaremos irremediablemente tarde —expuse con la voz firme. Lo único que todavía no se me había roto en todo el cuerpo.

Matthew se irguió con lentitud y me mostró un rostro demudado. Evité mirarlo y que mis ojos se llenaran de lágrimas. Se recompuso y me ofreció su brazo doblado, introduje el mío y cogí con la otra mano el pequeño *clutch* de carey. Al poco rato, estábamos ya saliendo del denso tráfico de Londres en dirección a una finca campestre de las afueras.

Por lo que me explicó, era una entrega de premios organizada por una prestigiosa revista inglesa. Él estaba nominado al mejor deportista del año, pero también había categorías variadas, la del mejor empresario, el político más popular, el cantante más influyente o el actor revelación. Comencé a ponerme nerviosa a medida que se acercaba la hora. Él soltó una mano del volante y la posó sobre las mías, cerradas en un puño.

—Tranquila, Álex, todo saldrá bien.

—No te preocupes —dije con una sonrisa trémula—, si te lo dan, te aplaudiré como la que más.

—¿Y si no me lo dan?

—Abucharé al ganador, le silbaré y, si estoy a una distancia considerable, puede que le lance algo. —Me miró con estupor y yo me carcajeé con un pequeño deje histérico—. Ya sabes, soy española, en perder tenemos bastante experiencia...

A los pocos minutos, llegamos. Ya había periodistas esperando en la puerta de lo que parecía ser un castillo de estilo medieval, remodelado recientemente. Matthew detuvo el coche y salió, saludando y sonriendo, para rodear el automóvil y abrirme la puerta. Me cogió de la mano y recibí los primeros flashes de la noche, cegándome. Apenas podía mantener los ojos abiertos y, cada vez que parpadeaba, luminosas estrellas de colores hacían aparición en mis párpados. Me dirigió hacia el interior con una mano posada en la parte baja de la espalda.

Era una amplia sala, en la que se habían congregado invitados y periodistas. Al fondo, un *photocall* al que fuimos llamados nada más conocerse nuestra llegada. Posamos de nuevo juntos, con su mano rodeando mi

cintura. Y él, en un momento íntimo, pero a la vez populista, me besó en la sien, con lo que consiguió el mayor número de fotografías de la noche. Sin más demora, alguien de la organización nos indicó que pasáramos al centro de la convención.

Nos guio hasta nuestra mesa, que compartíamos con otros ocho comensales. El conjunto estaba diseñado como si fuera una cena multitudinaria, con un pequeño escenario en la parte frontal. Las paredes de piedra vista y los numerosos cuadros campestres me recordaron al restaurante de nuestra boda.

Aunque Matthew procuró durante toda la noche no dejarme al margen de las conversaciones que surgieron, fue una pérdida de tiempo. Resultó bastante complicado que no me despistara con personas que no hablaban mi idioma y con las que yo no compartía el suyo. Lo tranquilicé varias veces con un cálido apretón de manos bajo la mesa y me centré en saborear la exquisita cena.

A los postres anunciaron a varios de los nominados y fueron surgiendo los primeros premios. Casi al final de la gala llegó el momento de Matthew. Lo sentí ligeramente nervioso, pero sólo yo pude percibirlo porque lo conocía demasiado bien. El resto de los invitados apenas notaron su sonrisa complacida y su gesto de agradecimiento por el simple hecho de ser nominado.

Pronunciaron su nombre y yo sonreí. Me quedé sorprendida y sin poder reaccionar cuando lo primero que hizo él fue besarme en los labios. Aplaudieron y se levantó para recoger el premio. No entendí lo que dijo, aunque sí que mencionó mi nombre y todas las miradas se volvieron hacia mí. Enrojecí avergonzada y él sonrió con mayor amplitud. Cuando regresó, con una especie de escultura cubista en metacrilato, se sentó satisfecho y el camarero se acercó a servirle un licor.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó en un susurro después de recibir apretones de manos y besos en la mejilla felicitándolo.

—Que el otro deportista nominado es mucho más guapo. ¿Me lo puedes presentar?

Me propinó un pequeño pellizco en el muslo y yo le devolví un pisotón con el tacón de aguja que lo hizo mascullar en silencio.

Después de aquello, los invitados fueron disolviéndose para mezclarse unos con otros. Observé preocupada cuántos brindis bebía Matthew, y, cada vez que apuraba la copa, un camarero, decididamente demasiado servicial, le entregaba una nueva.

Pasada la medianoche apenas podía sostenerme sobre los tacones. Me sujeté, ya sin disimulo alguno, a su brazo doblado y suspiré hondo.

—¿Cansada? —me preguntó.

—Estoy agotada —musité. Y volví a sonreírle a alguien que me felicitó a mí como si fuera yo la ganadora del premio de la noche.

—No tenemos por qué quedarnos más, ¿nos vamos?

Lo miré para agradecerse y vi sus ojos enrojecidos y el vaso nuevamente vacío en la mano. Mi preocupación fue en aumento. Pasaron unos diez minutos en los que se despidió de la gente y llegamos junto al Mercedes, ya aparcado en la puerta por el joven encargado de ello.

Matthew trastabilló y se le cayeron las llaves al césped. Soltó una brusca carcajada y se pasó la mano por el pelo. Yo cargaba con el pesado premio y me dieron ganas de estampárselo en la cabeza. El aparcacoches me miró con la misma preocupación que debía de mostrar yo.

—Matthew, creo que será mejor pedir un taxi —sugerí.

—¿Un taxi? —inquirió elevando una ceja de forma exagerada—. ¿Por qué? Estoy perfectamente para conducir, ¿acaso piensas que estoy borracho?

—Tú lo has dicho.

—No lo estoy, vamos, que te abro la puerta —afirmó, y tiró de ella con fuerza para acabar riéndose al darse cuenta de que no había activado el mando a distancia.

—Matthew —exclamé, y le arrebaté las llaves de la mano—. No vas a conducir esta noche.

Se irguió algo inestable y me escrutó con la mirada.

—Pues lo harás tú.

Di dos pasos hacia atrás y negué con la cabeza sintiendo que me ahogaba.

—Vamos, Álex, no me dirás que tienes miedo de un simple coche...

—Matthew, no puedes pedirme eso.

—Que yo recuerde, siempre eras la más valiente, nunca podíamos dejarte

atrás.

—Eso quedó en el pasado, y lo sabes.

—No, no es lo que veo, lo que veo es una mujer reprimida y con miedo. Y no me gusta.

—¡Es en lo que me convertí! —Levanté la voz más por terror que por enfado.

—Cobarde —siseó.

Balanceé el premio con intención de golpearlo, pero el orgullo se impuso al pavor. Rodeé el coche y me senté en el lado del conductor. Respiré hondo y ajusté el asiento a mi medida. Arranqué el motor y acaricié con reverencia el volante de piel. Cerré los ojos un instante para escuchar el sonido del suave ronroneo que me indicaba cómo conducirlo. No lo pensé más, y de reojo vi que Matthew había dejado caer la cabeza sobre su pecho y parecía haberse quedado dormido en el instante mismo en que se acomodó en el asiento. Aceleré, calculando la fuerza de mi pisada, y giré para salir a la carretera. Ni siquiera quise poner música para no distraerme. Tenía todos los sentidos alertas, como si mi cuerpo fuera una cuerda tensa y preparada. Cuando aparqué en el sótano de la casa y apagué el motor, me sentí triunfadora. Lo había conseguido, dos años después había vencido el temor y podía volver a ser un poco más yo misma.

Entonces me acordé de mi acompañante dormido y lo miré fijamente. Estaba observándome en silencio, con su sonrisa de *enfant terrible* adornándole la cara. Sus ojos relucían abiertos y atentos.

—No estás borracho —aseveré.

—No.

—Ni tampoco te has quedado dormido.

—No.

Me volví y salí del coche, subiendo la escalera hasta la puerta de acceso al *hall* de la casa. La cerré con un portazo en sus narices. Estaba ya dirigiéndome hacia la habitación cuando sentí su mano cercandome mi muñeca y obligándome a volverme.

—¡Eres un capullo! —grité.

—No lo soy —respondió con suficiencia, y me adelantó para situarse unos

escalones sobre mí.

—Incluso has elegido el Mercedes de importación que tiene el asiento de conductor a la izquierda para que me fuera más sencillo.

—Así es —afirmó.

Me quedé en silencio, rumiando la rabia que sentía en ese momento, mezclada con la euforia que había sentido hacía sólo unos minutos y, sobre todo, con la tremenda atracción que la cercanía de su cuerpo me suponía. Recordé la conversación con Ana de la noche anterior y resoplé con indignación. Pasé por su lado rezumando furia y me encerré en mi habitación. Lo oí llegar a la suya y, después, el silencio ocultó mi nerviosa respiración. Paseé siguiendo un camino incierto, pensando en lo ocurrido. Quería darme un último regalo sin que yo llegara a saberlo. Deseé besarlo y deseé golpearlo por engañarme de nuevo.

Las ganas de besarlo ganaron la partida. Salí de la habitación y me planté en la puerta de la suya. Alcé la mano y dudé de nuevo. ¿Qué estaba haciendo? Aquél podía ser nuestro final definitivo, aunque también podía ser el inicio de algo que nunca debería haber sido interrumpido.

Golpeé con fuerza la madera.

—Pasa. —Oí su voz amortiguada desde el interior.

Una vez dentro, miré alrededor sin localizarlo.

—Estoy en el vestidor —me informó.

Me asomé desde la puerta y lo observé con interés. Se había deshecho de la americana y estaba quitándose la pajarita frente a un espejo. Su apostura indolente hizo que yo frunciera la boca.

—Tú dirás —me animó.

—Yo..., bueno..., quería despedirme por si no te veo mañana.

Él se volvió hacia mí y comenzó a desabotonarse el chaleco con lentitud. Seguí sus movimientos hipnotizada.

—Me verás mañana, si quieres puedo acompañarte hasta el aeropuerto —dijo, y se volvió para dejar colgado en una percha el chaleco y comenzar a quitarse la camisa blanca almidonada.

—Entonces, buenas noches —mascullé.

—Buenas noches a ti también, Álex. Que descanses —contestó sin

dirigirme ni una sola mirada.

Giré sobre mis tacones y abandoné la habitación. Una vez estuve en el descansillo, esperé que él apareciera. Al cabo de unos minutos comprendí que no lo iba a hacer. Llamé otra vez y, antes de que contestara, entré.

Pareció sorprendido al verme de nuevo. Esta vez ya habían desaparecido sus calcetines y sus zapatos. Sólo llevaba el pantalón de vestir.

—¿Sucede algo? —me preguntó apoyándose con desidia en el marco de la puerta de su vestidor.

—Veinticuatro besos.

—¿Cómo?

—Antes de dormirme, aquella noche, me diste veinticuatro besos. Yo te pregunté el porqué de ese número en concreto, y tú me respondiste que uno por cada hora del día. Que sería así el resto de nuestras vidas. Que, cuando no pudieras darme los veinticuatro, los acumularías. Cuarenta y ocho. Setenta y dos. Noventa y seis.

—Lo recuerdo. Recuerdo cada palabra de aquella noche.

—Matthew, me debes muchos besos.

—Lo sé.

—Exijo cobrármelos.

Suspiré hondo. Estaba jugando una carta arriesgada.

Él se mantuvo en completo silencio, observándome. No supe descifrar lo que transmitía su mirada.

—Me lo vas a poner difícil, ¿verdad? —me atreví a decir al cabo de unos minutos, creyendo que había vuelto a perder la oportunidad.

Él se acercó entonces despacio y me cogió la mano. De improviso, tiró de mí con fuerza y choqué con su pecho. Levanté el rostro y aguanté la respiración. Me besó con furia, con el deseo acumulado demasiado tiempo, con tanto amor que estuve a punto de desintegrarme entre sus brazos.

—Tenemos una cuenta que saldar —expresó roncamente sin separarse apenas de mis labios—. Pero antes necesito que me contestes a una pregunta.

—¿Cuál? —murmuré jadeando.

—¿Quieres volver a Madrid?

—No.

—¿Mañana no escaparás de nuevo?

—No.

—¿Por qué?

Esta vez me aparté y lo miré entornando los ojos. Su sonrisa esperanzada me desarmó.

—¡Porque te quiero, maldita sea! —exclamé.

—¿«Te quiero, maldita sea»? ¿Es eso una declaración de amor o una declaración de intenciones?

—Ambas cosas.

Nos sostuvimos la mirada un instante eterno. Por nuestro rostro pasaron centenares de imágenes recogidas en los recuerdos, la felicidad, la dicha, el temor, el anhelo, la desilusión y el deseo.

—Has tardado nueve años, Álex. Pero la espera ha merecido la pena —pronunció con su voz ronca, e inclinó la cabeza para continuar besándome.

Su lengua se entrelazó con la mía con ferocidad, deseando adentrarse en mi alma y no sólo en mi boca. Alcé las manos y me sujeté a su nuca, enredando los dedos en su pelo, como tantas veces había soñado. Trastabillamos hasta el centro de la habitación sin despegar nuestros labios. De improviso, me aparté de él con el corazón martilleándome en el pecho.

—¿Estás... estás seguro de que quieres estar aquí conmigo? —pregunté sintiéndome de repente demasiado vulnerable.

—No hay ningún sitio en el mundo en el que desee estar más que aquí, en este preciso momento y sólo contigo —afirmó con rotundidad, y se acercó a mi cuerpo.

No me tocó, aunque su cercanía provocó que mi sangre se acelerara y que mi corazón se desbocara en el pecho. Se inclinó sobre mí con lentitud, acariciando el instante compartido, y me besó de nuevo. Aspiré su esencia a través de aquel beso. Sus manos no se detuvieron y deslizaron el vestido por mis brazos extendidos a ambos lados del torso, que cayó en un susurro alrededor de mis tobillos.

Me deshice de mis tacones y él me imitó haciendo lo mismo con sus pantalones, entre risas sofocadas por caricias furtivas y besos robados al pasado. Alcancé la cintura de su bóxer e introduje valientemente la mano

disfrutando del contacto con su piel suave y el escaso vello que formaba el dibujo de una lanza en el centro de su abdomen. Él me detuvo poniendo una de sus enormes manos cubriendo la mía.

—Álex, en esta ocasión pretendo durar algo más que en nuestra primera vez.

Sonreí con lascivia y me apreté contra su pecho desnudo. Mis pezones se endurecieron al contacto, y él gimió.

—Creo que has tenido mucho tiempo para practicar —murmuré en su oído.

—Sí, pero ninguna eras tú —musitó acariciando mi columna vertebral hasta que sentí un escalofrío.

Entonces me besó en ese lugar, el lugar exacto de mi cuerpo que sólo él había descubierto nueve años antes, justo sobre la clavícula, bajo el lóbulo de la oreja. Me estremecí y supe que estaba perdida. Gemí de forma entrecortada y lo ayudé a deshacerse del bóxer. Me cogió en brazos y me depositó con cuidado sobre la cama. Acarició mis labios con los suyos y profundizó en el beso. Le respondí abarcando su amplia espalda impidiéndole que se alejara de mí y lo empujé para situarlo bajo mi cuerpo. Se quedó sorprendido y expectante.

—Yo también llevo esperando demasiado tiempo, Matthew —murmuré, y me incliné para delinear con mi lengua su cuello y su pecho.

Luego bajé serpenteando hasta localizar el bulto que se erguía frente a mí y lo introduje en mi boca. Matthew dejó escapar un gruñido y sujetó con fuerza el nórdico arrugándolo entre los dedos.

—Álex, me vuelves loco —musitó.

Antes de que pudiera disfrutar de su placer, me levantó y me giró para dominar la situación. Colocó su cuerpo sobre mí, cubriéndome, y se deleitó saboreando toda mi piel expuesta. La barrera de mi ropa interior desapareció con rapidez, y la calidez y la firmeza de su miembro me acarició, tanteándome. Me arqueé y él se introdujo en mí con extremada lentitud. Cuando lo sentí llenándome, giró las caderas y provocó una descarga eléctrica en mi interior.

—Matthew, ¿cómo sabes...?

—El hijo pródigo siempre sabe que va a ser bien recibido en su hogar.

Eso provocó que yo riera e intentara enfocar su rostro perlado de sudor

frente a mí.

—Sobre todo, si ha aprendido ciertas habilidades en el camino —
murmuré.

Él me acalló besándome y haciendo que retomara el momento exacto de
excitación que me había provocado, engrandeciéndolo hasta tal punto que mi
orgasmo llegó de una forma brutal e imprevista. Jadeé mordiendo su hombro y
él sonrió con suficiencia.

—¿Cansada, Álex?

Asentí con la cabeza y me aparté el pelo húmedo del rostro.

—Sólo acabo de empezar —aseguró.

Y en eso, ni exageró, ni mintió.

* * *

Desperté con la agradable sensación de calidez a mi espalda y, la
incómoda pero a la vez placentera punzada en mi vientre, donde reposaba su
mano abierta. Su voz acarició mis sentidos y penetró en mi interior borrando
nuestro pasado.

—Te amo, Álex.

—No —murmuré con los ojos cerrados.

—¿No? —inquirió él sin moverse.

—No quiero despertar de este sueño.

—No es un sueño, Álex. Por fin es nuestra realidad —afirmó, y me giró
para que me tendiera mirándolo a él.

En sus ojos grises pude ver nuestra vida pasar, el amor loco de deseo de
los primeros años, el amor compartido durante un brevísimo instante de
nuestra existencia, el odio producto de la furia posterior y la desidia solitaria
y demente que lo siguió. Y, cuando todo aquello dejó de cubrir su insondable
mirada, sólo quedó el amor. Nuestro amor.

Lo abracé con fuerza y enterré el rostro en su pecho, bañándolo con
lágrimas de felicidad. Él me retuvo con la misma fortaleza que mostraba yo y
me consoló, perdonándome todos los actos pasados con ese simple acto.

—Siempre lo supe —murmuró—, siempre quise creer que seguías

amándome. Me aferré a esa idea como la única que me permitió sobrevivir estos años.

Levanté la vista y lo encaré.

—Te casaste con otra.

—Culpable. —Se rascó la barba distraído—. Tuve que emborracharme hasta casi perder el sentido para acostarme con otra mujer. Lo hice porque me recordaba a ti. Continué en esa tónica decenas de veces, buscándote en otras sin llegar a encontrarte.

Sentí el zarpazo de los celos abriéndome el vientre y me contraje, pero él no pareció darse cuenta.

—Conocí a Mia al poco tiempo de mudarme a Londres, y ella fue el hombro en el que llorar demasiadas veces, o, más bien, la cama a la que acudir cuando estaba tan borracho y desesperado que su simple abrazo me consolaba. Sin embargo, nunca conseguí conectar con ella ni con ninguna como lo hice contigo. Esa punzada en lo hondo de tu pecho que hace que quieras ahogarte en ella una y mil veces. Nos separamos a los cinco meses de casarnos. Ella sabía que yo no la amaba, sólo la quería, y me preguntaba si alguna vez conseguiría aquello que tú sí que habías conseguido.

Lo miré sorprendida y negué con la cabeza.

—Sí, espíe tu vida a través de tu hermano y de las redes sociales.

—Tenía contraseña y *firewall*. Eso es imposible.

—No para un informático. ¡Joder, Álex! No sabes lo que llegó a dolerme verte en aquellas fotografías. Esquiando, de vacaciones en Italia, en Berlín, en Tailandia..., en todos los sitios a los que yo quería llevarte.

Suspiré con consternación.

—Y entonces, recaía de nuevo. Sobre todo, cuando tu hermano me informaba de lo feliz que eras con alguna de tus parejas. Perdía la confianza y me decía que uno no puede sostener el amor de dos personas porque acabaría destruyéndose a sí mismo.

—En realidad, no fui feliz —asumí sorprendiéndome a mí misma, volviendo a apoyar la mejilla en su pecho, que se levantaba debido a su cada vez más rápida respiración.

—Yo tampoco —me confirmó poco después.

Con lentitud, caí en un sopor idílico, valorando su confesión, con su mano acariciando sin descanso mi pelo, hasta que desperté con un sobresalto y levanté la cabeza. Me miró inquisitivo, arqueando las cejas negras.

—¡No hemos utilizado protección!

—No —confirmó sin un ápice de arrepentimiento.

Me incorporé y me senté en la cama, mirándolo con furia, sintiéndome estúpida.

—Yo no tomo ningún anticonceptivo.

El médico me los había prohibido por el riesgo que suponía para mi aneurisma.

Él se agachó y posó la cabeza sobre mi vientre. Lo tensé y respiré hondo.

—Una vez te dije que algún día me apoyaría aquí para oír el latido del corazón de nuestros hijos. Sigo pensando lo mismo. ¿Tú no?

—No. Eras tú quien lo pensaba, no yo.

Lo aparté con firmeza y me levanté algo tambaleante. Los sueños nunca se hacían realidad, siempre había algo que los destruía. Los finales felices no existían.

—¿Que era yo? Creí que tú estabas de acuerdo. —Parecía bastante enfadado.

—Si me hubieras dicho que caminara sobre ascuas ardiendo, lo habría hecho. ¡Tenía dieciocho años, joder! ¿Un niño? ¿Ahora? No.

—Álex, contigo lo quiero todo. El pack completo: matrimonio, casa, niños y perro.

—Deberás conformarte con *Bruno*, porque discrepo.

—¿Quieres explicarme por qué? —Su voz enronquecida me avisó de lo dolido y cabreado que estaba.

—Porque la primera vez fue demasiado pronto y ahora ya es demasiado tarde —musité poniéndome lo primero que tuve a la vista, que fue una camiseta suya.

Me senté dejando colgar las piernas por el borde de la cama, sintiéndome algo mareada. La cabeza comenzó a palpitarme de forma dolorosa. No quería discutir con él. No podía hacerlo sin contarle lo que escondía. Él se levantó de un salto y se situó frente a mí.

—Es lo mismo que dijiste la noche de la entrevista. ¿Qué demonios sucede, Álex? ¿Qué estás ocultando? ¿Por qué es demasiado tarde?

—Matthew, por favor —supliqué a punto de echarme a llorar como una niña.

Se acuclilló para tenerme a la altura de su rostro y me cogió la barbilla, lo que me hizo sentirme todavía más vulnerable. Sus ojos me expresaron un rechazo que no se esperaba y me dolió a mí más que a él. Desvié la vista.

—Álex, mírame. ¿Qué tienes que confesar esta vez? —insistió.

Apreté fuertemente la mano contra la frente. La sentía caliente, ardiendo bajo el contacto con mi piel.

—No puedo decírtelo. Esto no —balbuceé.

—Necesito saberlo. Estoy harto de tanta mentira.

Me aparté con un movimiento brusco que hizo que perdiera el equilibrio. Sujetándome al borde de la cama, apreté los dientes hasta que me dolieron. No podía decirle que nuestra historia tenía fecha de caducidad, que todo había sido un espejismo, que yo ya no tenía futuro.

—No es ninguna mentira —me defendí sin saber cómo desviar el tema.

—¡Mírame, Álex! —exigió de nuevo—. Si te arrepientes de lo que ha sucedido, quiero que me lo digas mirándome a los ojos.

Levanté la cabeza con lentitud. Sentía los párpados pesados, como si me fuera imposible enfocarlos. Abrí los labios para decirle que de lo único que no me arrepentía en toda mi vida era de estar con él..., pero no llegué a pronunciar palabra alguna. El latigazo que sentí atravesándome el cráneo me paralizó. Gemí con fuerza y percibí que me fallaban las fuerzas. Alargué las manos buscando su contacto. Fue cuando me di cuenta de que todo a mi alrededor se había cubierto de oscuridad y de que no era capaz de verlo. Proferí un grito y manoteé en el aire, completamente aterrada.

—¡Matt..., Matth...! —No conseguí llegar a pronunciar su nombre completo. Mi boca ya no era mía, mi lengua estaba inerte en la cueva que hasta ahora la protegía.

—Estoy aquí. ¡Álex! ¿Qué te sucede? —Su voz me llegó algo amortiguada por el dolor que nublaba mi conocimiento.

—¡No, no pu... pued...! —tartamudeé sin llegar a conectar el pensamiento

con la palabra.

—¡Álex! ¡Álex, no...!

Después de perder la vista, perdí también la conciencia.

Capítulo 18

Respirar a través de ti

(Matthew)

Londres, ocho años antes

Tenía veintitrés años y vivía en un apartamento compartido con dos compañeros en Camden Town. Acabábamos de inaugurar nuestra pequeña empresa de seguridad informática, cuya primera sede había sido un garaje cutre en los bajos del edificio donde residía. Mis padres celebraban sus bodas de plata, y yo conseguí regalarles, gastándome el primer sueldo que obtuve cuando me traspasaron al Middlesex, dos entradas para la Royal Opera House. En el último momento, mi padre enfermó y mi madre me pidió que la acompañara. Ni siquiera tenía un traje decente para la ocasión, tuvo que prestármelo Jeff. Me sentí incómodo, como si limitara mis movimientos, no obstante, sonreí cuando mi madre apareció en el *hall* del hotel con un vestido de noche negro y una estola de piel rodeándola. Pensé que aquélla iba a ser una de las noches más largas de mi vida y, en parte, no me equivoqué.

Cuando comenzó a sonar la *Suite* para violonchelo n.º 1 en sol mayor de Bach, quedé preso de la música, de la elegante escenografía por su sencillez, un único foco iluminando a la figura de la chelista, y creí que me ahogaba. Ella era así. Álex era aquella música, transmitía tanta pasión como dramatismo, se contenía para explotar en un grave sonido que rasgaba mi piel como si

fueran sus manos las que me acariciaran. Me transportó hasta lugares inimaginables en mi mundo interior, donde sólo ella y yo podíamos habitar, donde sólo ella y yo podíamos construir y derribar, legislar y derrocar, donde sólo podíamos respirar el mismo aire.

Cerré los ojos con fuerza temiendo que las lágrimas fueran a delatar mi dolor. Apreté los puños y mi corazón estalló como si hubiera estado esperando el momento exacto para hacerme saber que existía. Me levanté bruscamente y tuve que salir a la carrera. Me detuve en la escalera de la entrada, resollando, sin que hubiese suficiente aire en la atmósfera para aplacarme. Doblándome sobre mí mismo, estuve a punto de vomitar. Ella estaba dentro de mí, siempre había estado ahí. Y no sabía cómo deshacerme de su influencia. No quería hacerlo. Habría dado lo que me quedaba de vida por volver a ver sus ojos verdes brillando por el deseo que mis besos le provocaban, por tocar una vez más su piel suave y olerla, oler su fragancia estival a libertad. Pero no necesitaba hacerlo, porque ella vivía en mi interior.

Mi madre me sorprendió rodeándome con su delgado brazo los hombros. Me erguí en toda mi estatura y parpadeé saliendo de mi ensueño.

—¿Estás bien, Matt?

Su tono traslucía la intransigente preocupación maternal y me esforcé por sonreír, aunque apenas pude componer una mueca.

—Caminemos, nos vendrá bien a los dos. Dentro hacía demasiado calor —propuso con voz dulce.

Metí las manos en los bolsillos del pantalón y me encorvé ligeramente. Ella me dio un pequeño empujón en la base de la espalda para que me irguiera, y lo hice de forma mecánica. Al poco rato, rodeados por la extraña soledad de una noche en el centro de Londres, donde todos tienen un lugar definido, volvió a hablar.

—¿Es por esa chica? Álex, ¿no?

—Ni siquiera sé dónde está en este momento —murmuré, más para mí mismo que para nadie más.

Nadie tenía derecho a conocer nuestra historia, nuestras palabras...; nuestro amor no debía ser juzgado por nadie más que por nosotros mismos.

—Está en Laos.

La miré con alto grado de sorpresa.

—Yo también hablo a veces con su madre. Dice que está bien, que allí llueve mucho y hace calor. Les envié una foto, si quieres puedo mostrártela.

—No, no quiero —respondí en un acto de rebeldía.

—Ella tampoco parece muy feliz.

—Debería serlo, eligió esa vida cuando podía elegirme a mí.

—¿Qué sucedió, Matt?

—No lo sé, si lo supiera...

No quería hablar de ella, no quería que conversaciones posteriores la desmitificaran para mí. Ella lo era todo, no deseaba que fuera nada para nadie más.

—Acabaréis juntos —predijo.

—¿En serio?

La miré con palpable incredulidad.

—Sí, se alejó por un motivo concreto que desconozco si ella misma sabe y, cuando se dé cuenta de su error, regresará a ti. Pero no intentes ir a buscarla, eso hará que se revuelva y escape de nuevo.

Apreté los puños con furia y caminé en silencio hasta llegar a su hotel, donde la dejé con la promesa de que la próxima vez que me visitaran no me comportaría como un niño.

—No eres un niño. —Ella me acarició el rostro—. Eres un hombre enamorado, aunque, a veces, ambos conceptos tienden a confundirse.

Ésa fue su despedida. Cogí el metro hasta Camden y me metí en el primer pub que vi abierto. Bebí hasta casi la inconsciencia y me llevé a casa a una mujer de ojos verdes. Le hice el amor con ferocidad, buscando a una persona que no encontré. Ella me respondió en forma de arañazos en la espalda que descubrí a la mañana siguiente, cuando desperté y comprobé que tenía una nota bajo mi teléfono móvil en la que aseguraba que me había dejado su número memorizado y me daba las gracias porque nunca la habían follado así. Me levanté trastabillando hasta el baño y vomité.

En mi cerebro seguía sonando la *Suite* para violonchelo n.º 1 en sol mayor de Bach.

* * *

Londres, en la actualidad

Le cogí la mano fría y delgada entre las mías, intentando darle un calor que parecía evaporarse de su cuerpo. Tenía una palidez espectral y respiraba jadeando, aun teniendo la mascarilla de oxígeno sobre su boca. Sujeté la camilla con fuerza en una curva pronunciada y maldije en silencio. Presentí que los dos éramos objeto de algún sacrificio o ritual orquestado para evitar que pudiéramos estar juntos.

Había malvivido lejos de ella nueve años.

Si ahora la perdía, simplemente no soportaría estar vivo.

Capítulo 19

La verdad

Desperté sintiendo un profundo malestar, estaba mareada y mi cuerpo parecía no pertenecerme. Notaba una gran presión en la cabeza y el cuello inmovilizado. Un movimiento brusco provocó un zarandeo cruel, que fue detenido por alguien que presentí que estaba junto a mí. Seguía sin poder ver y enfocar, y las cuencas de mis ojos se habían convertido en un pozo negro del que no lograba salir. Él fue mi primer pensamiento consciente.

—¡Matthew! —grité, aunque apenas fue un balbuceo.

Sentí tal terror que era incapaz de focalizar el dolor, evitando con ello la certeza de que estaba completamente inmóvil.

—Estoy aquí, Álex. Quédate quieta. Tranquila, estoy aquí —pronunció con voz profunda.

Sus palabras me serenaron, arrastrándome hacia un lugar vacío de temor y carente de sufrimiento. Me apretó la mano con fuerza y, en un reflejo involuntario, quise levantar la otra para tocarlo. No lo logré, y eso hizo que saliera a gran velocidad de la apacible estancia mental en la que me encontraba. Oí voces en inglés y, de forma absurda, eso fue lo que más me aterró.

—No entiendo nada, Matthew, no los entiendo...

No era mi voz, mi voz ya no tenía sonido. Únicamente logré pensarlo sin

que pudiera conferirles valor a las frases.

—Álex —su voz era ahora un susurro lejano que se filtró en mi oído, calmándome—, no te dejaré sola...

* * *

Levanté los párpados con lentitud. El contorno se mostró borroso frente a mí, hasta que fueron diluyéndose las sombras para comprobar que estaba en una habitación de hospital, y lo único que mis ojos percibían era el techo parcialmente iluminado. No podía saber el tiempo que había transcurrido, ni las secuelas a las que me iba a enfrentar. El pánico me paralizó y el corazón disparó una alarma al resto de mis extremidades. Exactamente la misma sensación que tuve cuando desperté del coma tras el accidente. Cerré los ojos y concentré toda aquella fuerza en un único movimiento. Mi mano se levantó apenas unos centímetros sobre el colchón y una lágrima de mudo agradecimiento se deslizó de mi ojo hasta perderse en la maraña de mis cabellos enredados. Después, intenté girar un pie y también lo conseguí. Abrí los ojos despacio, acostumbRANDOME a la levedad de mi cuerpo, y lo sentí a mi lado antes de verlo. Los sonidos alrededor se acrecentaron, como si despertara de un largo aletargamiento. El oxígeno y el marcado ritmo de la máquina que indicaba las constantes vitales. Y algo discordante, externo, una melodía suave que me reconfortaba. Surgía de unos auriculares abandonados sobre la cama.

—Estás aquí —pronuncié con dificultad.

Una silla crujió y su rostro preocupado se inclinó sobre mí.

—Siempre lo estaré —murmuró con la voz rota.

Dejé que las lágrimas fluyeran sin freno, mirándolo con fijeza, intentando vanamente memorizar para la eternidad su imagen. Su aliento cálido se cernió sobre mi mejilla y sus labios besaron mi piel absorbiendo mi dolor salado.

—Voy a avisar al médico —dijo recuperando la compostura.

—No —musité, y el movimiento de su mano hacia el timbre se detuvo—, espera sólo un momento.

Matthew me miró extrañado, pero respetó mi deseo.

—La *Suite* para violonchelo n.º 1 en sol mayor de Bach. —Sonreí levemente al decirlo, y él abrió los ojos sorprendido—. Cuando estuve en Laos, enfermé y tuve que pasar dos semanas en un hospital. Había un médico alemán que tenía un viejo tocadiscos. Aterraba a las enfermeras y a las voluntarias, pero siempre se mostró amable con los enfermos. Todas las tardes, después de la cena, nos ponía la misma música. Yo cerraba los ojos y te recordaba. Esa melodía eras tú, oscura y a la vez profunda, tímida y, sin embargo, luminosa. Un tapiz de claros y oscuros que tamizaban la fiebre. Eras mío, te respiraba, te sentía, te tocaba a través del chelo. Cuando me dormía, te amaba, y al despertar me esforzaba por odiarte. Pero todo lo hice por sobrevivir, porque supe que, si tú no me amabas, mi vida ya no tendría sentido.

Terminé de hablar con la voz ronca, sintiendo que la garganta había soportado un esfuerzo sobrehumano.

—Álex. —Su voz se quebró y lo miré interrogante—. Álex —repitió forzando las palabras—. Siempre te amé, siempre te respiré, siempre te toqué, siempre viviste dentro de mí.

Me besó con suavidad en los labios y suspiró conteniéndose.

—¿Por qué no dijiste nada? —inquirió con tristeza.

—Quería ganar la apuesta del año.

Él meneó la cabeza, totalmente consternado.

—Ahora daría lo que fuera por perderla —afirmé, y yo misma apreté el botón del timbre para avisar al control de enfermería.

* * *

Matthew ejerció de traductor del pequeño discurso del médico. Por lo que me explicó, había sido un aviso contundente, el temblor previo al verdadero terremoto. Me iban a tener en observación unos días hasta que bajara la inflamación y, después, podría irme a casa con indicaciones precisas de tomármelo todo más en serio de lo que lo había hecho. No fue necesario, pensaba hacerlo, sabía que estaba apurando mi tiempo y no quería desperdiciarlo.

Cuando salió el médico, entró mi hermano. Miré a Matthew enfadado y él se encogió de hombros.

—Tiene derecho a saberlo —se justificó.

Roberto se quedó parado de pie junto a la puerta, con miedo a acercarse. Me pareció que sus ojos oscuros brillaban de una forma especial, como si contuviera las lágrimas, sin embargo, al hablar, su voz denotaba firmeza.

—Cuando te vi hace dos años envuelta en vendas en la UCI del hospital, te dije una cosa.

—Obviamente, no lo recuerdo —contesté quitándole importancia.

—Ahora ya no podría decirlo, Álex, y eso es lo que me da miedo —continuó él.

Cerré los ojos y me mordí el labio, entendiendo el significado de aquella frase. Moví la mano y lo llamé. Él se movió con lentitud y arrastró una silla para situarse al otro lado de la cama. Cogió con extremo cuidado mi mano vendada con la vía y la besó.

—No me hagas esto, enana, no podría soportarlo.

—Siempre me has dicho que he sido para ti como un grano en el culo —repliqué con una media sonrisa.

—Pero eres mi grano en el culo. No lo olvides —señaló.

Capítulo 20

Ni tú, Alex, sabes lo que has supuesto para mí

(Ana)

—Está bien, lo entiendo. No diré nada a nadie —murmuré con el estómago contraído igual que cuando recibí la noticia de su accidente hacía más de dos años.

—Estoy seguro de que Matt hará lo imposible por encontrar un médico que pueda operarla y, esta vez, ella se dejará guiar —declaró Roberto en un intento de consolarme, aunque nada en ese momento podía aplacar mi malestar.

—Sí, comparto esa idea —afirmé, y colgué el teléfono antes de que apreciara que me estaba rompiendo por dentro.

Me senté en la única silla que contenía mi habitación y observé a Gonzalo durmiendo en su pequeña cama. Lloré en silencio durante unos minutos y, después, fruto de la furia posterior, rebusqué entre las cajas que había traído de España años antes. Saqué un viejo álbum de fotos y repasé las instantáneas sin ser bastante consuelo. Una en especial llamó mi atención y abrió el arcón de los recuerdos. Había vivido lo suficiente como para mirar al pasado con indiferencia y no asustarme por airear los esqueletos escondidos en los armarios cada primavera. En aquella foto estábamos las tres, Alex, Almu y yo, en el borde de la piscina del edificio de apartamentos una tarde cualquiera de un verano en Menorca. No pude evitar acariciar el papel satinado y llorar

cuando volví a oír su voz dentro de mí.

—¿Se puede saber por qué estáis discutiendo?

Mi hermana y yo nos giramos para observar cómo se incorporaba Álex, vestida únicamente con un bikini rojo y unas gafas de sol que utilizó de diadema para poder enfocarnos con sus ojos verdes.

—*Me toca a mí disfrutar de la hamaca, ella lleva media mañana usándola —le expliqué—. No queda ninguna libre.*

—*Yo puedo dejaros la mía —aseguró haciendo un amago de levantarse.*

—*No te sacrifiques, es la de tu madre. Es ella la que tiene que cederme su puesto —mascullé con considerable sarcasmo, demasiado enfadada con mi hermana.*

—*¿Sacrificarme? Ni que me hubiera ofrecido para algún ritual. No seas tonta. No me importa tumbarme en el suelo —dijo ella encogiéndose de hombros y obviando mi sarcasmo.*

Se levantó y extendió la toalla en el duro cemento para, posteriormente, tenderse sobre ella.

Tomé posesión de la hamaca de Álex, todavía refunfuñando, e intenté tomar el sol a la vez que lanzaba miradas furibundas a mi hermana. Álex se cansó pronto, cambiando de posición para situarse sentada con las piernas cruzadas, y empezó a leer. Unos niños le salpicaron con agua al saltar a la piscina y ella intentó proteger el libro, cayéndose hacia atrás. Se rio de su propia torpeza y, al poco rato, se excusó y subió a su apartamento. Minutos más tarde, la seguí y la encontré en el baño, intentando curarse una herida producida por el áspero cemento que tenía en el codo. Me mordí el labio con reparo.

—*¿Me puedes ayudar? No lo veo bien —dijo tendiéndome el yodo y una gasa.*

—*Claro —murmuré lamentando la escena que había tenido lugar en la piscina.*

—*¡Eh! ¿Qué te sucede? Es sólo piel, volverá a crecer o a regenerarse. No tengo ni idea, ya sabes que soy de letras puras.*

Ella rio al ver mi reflejo compungido en el espejo.

La curé en silencio y, algo avergonzada, la dejé para ir a comer.

Arrugué la foto en mi pecho. ¿Cómo había olvidado quién era realmente? No era sólo Álex, era más que una hermana, generosa y también terca. Divertida y a la vez loca. Sentimental y profunda. Era una de esas personas que siempre quieres que permanezcan a tu lado, aunque la mayoría de las veces deseas que no sea así. Así era Álex, una eterna contradicción en sí misma. Tomé una decisión que debería haber sido tomada hacía muchos meses. Llamé a Martín, que lo cogió al primer tono.

—Hola, cielo, ¿cómo estáis?

—Martín, esto se tiene que acabar.

—¿Qué? ¿Es por Álex? ¿No me dijiste que lo tenías todo solucionado?

—Sí, es por Álex, aunque no por lo que tú crees.

—Y ¿por qué entonces?

—Porque una vez ella se sentó en el suelo por mí.

No sé si lo entendió, pero colgué el teléfono con un bronco sollozo. Después dejé pasar unos minutos e hice la llamada definitiva. Esta vez, fue a mi hermana.

—Almu, tengo que hablar contigo.

—¿Qué sucede, Ana? ¿Problemas en el paraíso londinense? —inquirió ella algo suspicaz.

—Ha llegado el momento de que se lo cuentes.

—¿De verdad lo crees? —preguntó con la voz algo temblorosa.

—Sí, ella se merece saber lo que realmente sucedió —afirmé intentando que mi voz sonara firme.

—Está bien, lo haré —asintió Almu con un murmullo, y cortó la comunicación.

Me acerqué a la cama de Gonzalo y acaricié su pequeña mejilla algo enrojecida por el sueño. Una lágrima solitaria cayó sobre ella y él se removió inquieto sin despertarse, ofreciéndome una sonrisa que iluminó mi alma maltrecha.

El juego debía acabar, se nos estaba yendo de las manos.

Capítulo 21

Nuestro pequeño lugar escondido en Londres

La repentina rueda de prensa que ofreció Matthew para anunciar que se retiraba del deporte apaciguó a los paparazis apostados en la puerta del hospital esperando una exclusiva. En la prensa amarilla se dijo de todo. Nada cierto. La teoría más popular fue la de un embarazo, y también la que dio pie a las conjeturas de tertulianos que aventuraban que ésa había sido la principal razón por la que Matthew había abandonado una carrera fulgurante.

Me encontraba mirando por la ventana cuando él entró en la habitación. Ya había recogido lo poco que tenía conmigo y la bolsa descansaba en el suelo, junto a mí. Me volví con una sonrisa algo triste, entregándole el periódico de la mañana.

—No tenías que dejarlo por mí.

Él se aproximó lentamente y apoyó ambas manos en mis hombros con deliberada ternura. Me miró con intensidad y no pude evitar el hechizo de sus ojos grises, cuyos secretos ya empezaba a conocer.

—No lo hago por ti, Álex. Lo hago por nosotros. Tengo que admitir que han sido unos años fabulosos, pero incompletos. No quiero perderme ni un instante de la vida junto a ti a partir de este momento. Quiero que seamos una pareja corriente, que dentro de cinco años estemos celebrando nuestro aniversario rodeados de nuestra familia, incluidos nuestros hijos.

Hice una mueca que no le pasó desapercibida y la congoja se apropió impunemente de mi garganta una vez más.

—Menos mal, ya sabes que no habría quedado muy bien en el grupo de las *WAG*, me habrían llamado *la Conguito*.

—No eres un conguito. —Una sonrisa iluminó su rostro—. Envidiarían tu figura de mujer y no de maniquí. Además, ya sabes lo que me gusta a mí una buena conducción con curvas a treinta kilómetros, de esas en las que disfrutas de la desaceleración y el control del volante. Las carreteras planas no son ningún aliciente.

—Anda, vamos —lo insté—. No vaya a ser que derrapes.

Ya no tenía miedo de ir sentada en el lado de la ventanilla del amplio taxi que nos transportaba a casa desde el hospital. De hecho, estaba disfrutando de la maravillosa decoración navideña de Londres, iluminado como un cuento al anochecer.

—¿Estás bien? —me preguntó Matthew apretando mi mano.

—Igual de bien que las últimas veinte veces que has preguntado —le respondí cuando pasábamos por Regent Street.

Él masculló algo como respuesta, pero no lo entendí.

—Matthew, ¿tienes árbol de Navidad?

—No, me mudé a principios de año, no he tenido tiempo, ni tampoco ganas de comprar nada.

—¿Te gustaría hacerlo conmigo? —propuse.

—¿No estás demasiado cansada?

—¿Para ir de compras? Eso no deberías preguntárselo nunca a una mujer —aseveré con una sonrisa para intentar borrar su gesto preocupado.

Detuvo el taxi, me ayudó a salir, y por fin respiré con ansiedad el aire cargado de humedad y polución que nos rodeaba.

Su mano me rodeó la cintura temiendo que fuera a desplomarme en el suelo, pero, aparte del habitual cansancio tras una estancia en el hospital, volvía a sentirme como siempre. Sin embargo, algo había cambiado. Mi secreto ya no era un secreto, era una realidad también para mí, y en el tiempo que había tenido en el hospital para pensarlo había llegado a una triste pero resolutiva solución: iba a aprovechar lo que me quedaba con la gente que

quería y no languideciendo como una flor a la que esconden del sol. No quería tristeza a mi alrededor, no quería provocar eso en los que amaba, quería que disfrutaran y recordaran esos últimos meses con alegría y no con pesar. Era mi último regalo, un regalo que ellos me daban y que yo me esforzaría por devolver.

Caminamos entre la multitud que apuraba el cierre de los comercios hasta llegar al impresionante edificio de Harrods, adornado con un millar de pequeñas luces iridiscentes. La gente se arremolinaba frente a sus escaparates, admirando la decoración. Nosotros nos dirigimos a una entrada lateral, dejándome guiar por Matthew hasta la planta correspondiente. Me detuve en medio de la amplia estancia sin decidirme por nada en concreto, todo me parecía exclusivo y excesivamente caro.

—¿Quieres que solicitemos la ayuda de un decorador? Ellos pueden elegir por nosotros y mañana nos lo entregarán y lo colocarán.

—¿Quieres perderte toda la diversión de decorar tu propia casa para Navidad? No —negué, y empecé a elegir adornos.

Después de pasar más de una hora allí, nos lo empaquetaron y nos aseguraron que esa misma noche lo tendríamos en casa.

—¿Estás bien?

Matthew retomó su preocupación en cuanto nos subimos a un taxi, y yo resoplé.

—Sigo estando bien. ¿Por qué?

—Me gustaría enseñarte mi lugar favorito de todo Londres.

—¿No estará ya cerrado?

—No. —Y sonrió de esa forma especial que tenía al decirlo.

Sin que me diera tiempo a averiguar nada más, dio orden al taxista de que se detuviera. Reconocí el entorno y supe que estábamos cerca de su casa. Cuando bajé, me quedé mirando la fachada en madera tintada de granate de un pub sin diferencia de cualquier otro que hubiera visto con anterioridad. El nombre sí resultaba curioso, aunque suponía que era por el frecuente enfrentamiento entre el Tottenham y el Fulham: The Battlefield.[16]

—Vaya, es bastante lógico que un pub sea el sitio favorito de un inglés, hasta creo que es acorde con tus genes españoles.

Él cabeceó conteniendo una sonrisa.

—Vamos —dijo cogiendo mi mano—, nunca te fíes de la primera impresión.

Una vez que entramos, me detuve junto a la barra. Matthew comentó algo con el camarero, cuyo cuerpo era un muestrario de los más variados tatuajes, y de nuevo me vi arrastrada hacia una puerta al fondo del amplio establecimiento. La empujó y atravesamos una pequeña cocina. Salimos al exterior y miré alrededor desconcertada. Oí un tenue zumbido y, de improviso, miles de pequeñas bombillas se encendieron para mostrarme un majestuoso jardín. Suspiré embelesada y lo observé con atención. El rumor del agua hizo que mis ojos se dirigieran a un estanque decorado con varios nenúfares en una esquina. A su alrededor confluían diminutos macizos de plantas aromáticas. Algunos surgían de ánforas semienterradas. Su fragancia nos envolvió como un manto invisible.

—Romero, azahar y lavanda —susurró él.

El jardín estaba protegido por amplios arbustos de jazmín y acebo, decorados con bombillas diminutas, que se escondían tímidas entre las hojas, luciérnagas a punto de emprender un vuelo torpe. En un lateral pude ver un banco de forja con espacio para tres personas. Matthew me hizo caminar hasta él. Me senté sin dejar de mirar fascinada a mi alrededor.

—Éste es el lugar donde me escondo para pensar. ¿Tienes tú uno? —preguntó con interés.

—Bueno, suelo quedarme ensimismada en cualquier sitio, no creo que fuera de mucha utilidad —le expliqué.

Él sonrió como si recordara algo que le produjera placer y dolor al mismo tiempo.

—Lo descubrí hace varios años y empecé a venir con regularidad cuando el mundo se convirtió en un lugar demasiado bullicioso para mí.

Hizo una pequeña pausa y suspiró. Esperé en silencio a que continuara.

—Toda la gente que me rodeaba me exigía algo. Intenté mostrarme tal y como era, pero pronto me superó la situación. Indagaban en mi vida y adivinaban, la mayoría de las veces de forma errónea, quién era yo o cómo me sentía. Pasé de ser nadie a que todos me consideraran «alguien». Nunca tuve

demasiado, aunque eso era suficiente para mí. ¿Sabes que tu padre me pagó la carrera?

Me mostré sorprendida y no lo oculté.

—No, no lo sabía.

—Mi padre enfermó cuando yo tenía diecisiete años. Finalmente se recuperó, pero no pudo volver al trabajo. Nunca podría haber estudiado donde lo hice sin ayuda externa. —Sus ojos, por lo normal brillantes, se oscurecieron con algo muy parecido a la melancolía—. Creo que conocer a tu familia fue proverbial en mi vida. Aunque mi madre nació en Mahón, no solíamos viajar allí mucho. Ella sí hacía un viaje al año para visitar a mi abuela. De hecho, todavía conserva el viejo piso que le dejó. Si no te hubiera conocido tan pronto, y a tu hermano, es probable que no hubiera visitado Menorca con tanta asiduidad. Todo lo que ganaba trabajando en un taller mecánico en Birchington durante el invierno lo invertía en mis vacaciones.

Tragué saliva, entendiendo muchas cosas de su pasado y del mío que no había querido entender hasta ese momento.

—Y ¿en qué pensabas cuando venías aquí? —inquirí con voz trémula.

Matthew me miró con atención.

—En ti. Básicamente en ti, una y otra vez. Me preguntaba qué había hecho mal para que tú huyeras. Me preguntaba si me habías visto en alguna fotografía, si me habías reconocido en algún partido. Me preguntaba también por qué, si lo habías hecho, no te ponías en contacto conmigo de alguna forma, con una llamada, con un mensaje a través de tu hermano. Mi fantasía más recurrente era verte aparecer por sorpresa en algún acto al que me hubieran invitado... —Suspiró agachando la cabeza—. Debo de parecerme un idiota.

—No. Creo que la idiota soy yo —afirmé cogiéndole la mano.

—Me decía una y otra vez que todo lo que estaba haciendo tenía que tener una recompensa. Que, si a otras les parecía atractivo, ¿por qué demonios a ti no? Siempre te consideré inalcanzable para un hombre como yo. —Enarqué las cejas y a punto estuve de carcajearme—. No me mires así —me recriminó él con una sonrisa triste—. Eras perfecta. Adoraba tu sonrisa, tu espontaneidad, tu forma de ver la vida desde el prisma más optimista. Eras la chica que lo tenía todo, y yo el tipo gris, el tonto inglés con un acento extraño

que no tenía nada.

—Adoraba tu acento. —Fue su turno de sorprenderse—. Lo sigo adorando. Hablas un español perfecto; sin embargo, cuando lo haces en inglés cambia completamente tu entonación y me quedo embobada. No eras una persona gris, eras lo que imprimía estabilidad y sensatez a mi vida. Eras la persona que siempre había deseado tener a mi lado para apoyarme en ella. Envidiaba tu seguridad, la forma en que resolvías los problemas más complicados con extrema facilidad. Eres todo lo que yo no soy.

—Álex, joder, ¿qué hemos estado haciendo durante nueve años?

Sonrió con timidez, y yo hice una mueca.

—Matthew, si me amabas tanto, ¿por qué te casaste con Mia? Ya sé que me has dicho que erais buenos amigos y que era la única que te comprendía. Pero de ahí a casarte... —esgrimí con algo de resquemor.

—Si Martín te lo hubiese pedido, ¿le habrías dicho que no?

Negué con la cabeza y me mordí el labio.

—Ahí tienes la respuesta. A veces, hay que engañar a tu propio corazón para que éste siga latiendo.

Carraspeé con un nudo en la garganta y lo miré de forma directa, sin ambages.

—¿Qué pretendías trayéndome aquí? Siempre que haces algo conmigo es por un propósito concreto.

—Quiero que pienses.

—Ya lo hago, Matthew, sin descanso. Está siendo todo demasiado intenso, demasiadas cosas nuevas que asimilar, demasiadas noticias inesperadas, demasiados desengaños, demasiadas ilusiones... Es...

—Sí, lo sé. Puede que hayas pensado, pero no has llegado a reflexionar de verdad. Ahora es tu momento —finalizó, y se levantó—. Estaré esperándote en el pub, tómate el tiempo que necesites.

Lo vi alejarse y cerrar la puerta. El silencio me envolvió de nuevo y me encogí sobre el banco, convirtiéndome en algo ínfimo respecto a la belleza que me rodeaba. Entendía por qué Matthew había elegido ese lugar, había cierta magia rondando sinuosa, flotando en el ambiente. Y, a la vez, la soledad era apabullante. Crucé los pies y los descrucé. No conseguía concentrarme.

Cerré los ojos y aspiré el olor a lavanda. Empecé recordándolo a él de joven, girando el caleidoscopio mental hasta encontrar el color exacto que le correspondía. Fui haciendo un recorrido por mi vida como si yo fuera la espectadora de la misma, hasta darme cuenta de cómo había cambiado mi forma de ser después de aquella noche, agrandándose tras el accidente. Ya no conseguía reconocermé en la persona que había descrito, como si alguien superior hubiera borrado una partitura de música y hubiera creado otra melodía diferente. Ambas se mezclaban, pero no llegaban a ser coherentes. Se solapaban ocultando la personalidad de la misma. Me pregunté cómo no había sido capaz de ver que el matrimonio de mis padres naufragaba frente a mis ojos, que el hombre que yo creía amar amaba en realidad a otra persona, que mi prima no era quien decía ser. Que ni yo misma era la que decía ser.

Mi existencia se tambaleó en ese instante y agaché la cabeza escondiéndola entre las piernas, intentando respirar con serenidad para evitar perder el conocimiento. Entonces comprendí que lucharía lo que fuera por mantener lo que la vida me había regalado en una última ofrenda. Me incorporé y miré con decisión al frente, al pequeño lago cuyas aguas en calma me proporcionaron la paz que necesitaba. Nunca había dudado en enfrentar un desafío, no lo haría esta vez tampoco.

Aquel lugar me proporcionó la paz que ansiaba y me otorgó la sensación de liberación que llevaba dos años buscando. Y, de nuevo, era Matthew quien lo había orquestado. Me levanté secándome las lágrimas y entré al pub a buscarlo. Estaba al comienzo de la barra, acodado sobre ella, mirando con interés el partido que emitían en la televisión. Se volvió antes de que llegara a su lado y me observó con preocupación.

—Que sepas que ésta no te la perdono —le dije entre hipidos.

Me atrajo hacia sí y me besó la coronilla, pasando con lentitud las manos a lo largo de mi espalda.

—De nada, Álex —susurró en mi oído.

* * *

Al llegar a casa descubrimos que las cajas de Harrods habían sido

recogidas por su asistenta. Sonreí sintiendo la emoción de cuando era niña y desembalaba unas cajas parecidas para adornar el árbol. Me quedé mirando con gesto pensativo el salón, decidiendo dónde colocaría cada cosa, haciendo un decorativo mapa mental.

—¿Qué sucede? —inquirió Matthew algo preocupado.

Di un respingo, totalmente perdida en mis pensamientos, y lo enfoqué con una sonrisa resplandeciente.

—Sé que soy difícil de entender, aunque quiero que comprendas que a partir de ahora voy a intentar devolverte lo que te he robado estos nueve años, cada instante, cada momento, cada sentimiento. Trataré de darte toda la felicidad que te quité —comenté acercándome a él.

Él me acogió entre sus fuertes brazos y aspiré su aroma tan familiar. Me apoyé en su pecho, cubierto por un abrigo de paño gris hasta la rodilla, y suspiré.

—Hay gente que vive toda una vida sin vivir, yo viviré cada segundo para hacerte feliz, ésa ya es suficiente recompensa —aseveró, y me apretó más contra su cuerpo.

Se alejó hacia la cocina para preparar la cena después de darme un beso que hizo subir la temperatura de la casa un par de grados, y yo me senté en el suelo a desempaquetar. Cuando lo tuve todo dispuesto y ordenado, me llamó para que tomara la medicación y lo acompañara a la mesa. Al terminar la cena, lo atraje al salón con el fin de que montara el árbol y me ayudara a decorarlo. Lo hizo demostrando un entusiasmo incansable y reímos a menudo, compartiendo secretos, confesiones y anécdotas. Apuramos las horas de la noche tumbados sobre unos cojines en la alfombra, cerca del árbol y de la chimenea encendida.

—Ha quedado precioso, ¿no crees? —dije admirando mi pequeña obra de arte, que había costado tanto como un cuadro expuesto en el MoMA de Nueva York.

—Sí —sonrió atrayéndome hacia él.

Me quedé de espaldas al techo y observé la cadencia de las luces del árbol encendiéndose y apagándose cada pocos segundos, hasta que un adorno en especial llamó mi atención.

Incorporándome, lo cogí con cuidado. Era una bola de cristal tallado, dentro estaba Santa Claus con su trineo y, sobre éste, un anillo que me resultó familiar. Dejé colgar la bola de uno de mis dedos por el cordón dorado y lo encaré mordiéndome el labio.

—¿Y esto?

—Esto —dijo él irguiéndose para estar a la altura de mi rostro— es la sorpresa que tenía preparada para cuando consiguiera recuperar a la mujer que amo. ¿Cómo no pudiste saberlo antes, Álex? —Él meneó la cabeza como si yo no tuviera remedio.

—Bueno, te odiaba y creía que tú también. ¡Hasta pensé que me llevabas a Egipto para deshacerte de mí! Le di vueltas y más vueltas. A veces eras enternecedor, después te volvías esquivo. Me declarabas tu amor, pero no parecía importarte traer mujeres a casa. No te molestaba que yo mostrara interés por otros y, además, estaba lo de la nota que descubrí dirigida a Mia.

—Pero ¿adónde estabas mirando todas estas semanas? No había una forma más clara de decírtelo. Tuve que recurrir a Mia para que me ayudara, ella también es diseñadora de joyas. Quería algo especial. Fíjate, ¿a qué te recuerda el anillo?

Lo miré con atención y, por fin, una gran sonrisa de felicidad iluminó mi rostro.

—Es una amapola.

Matthew me quitó la bola y la estrelló contra la esquina de la chimenea, donde arrojó los cristales. Sopló sobre el anillo para limpiarlo y me lo introdujo en el anular de la mano izquierda. Los rubíes centellearon a la luz del fuego y el diamante brilló en todo su esplendor.

—Con un «te quiero» habría sido suficiente —murmuré perdiéndome en el profundo gris de sus ojos.

—Contigo nunca fueron suficientes las palabras, porque no te lo habrías creído. Tenías que comprobarlo por ti misma, tenías que descubrirlo, sentirlo, asumirlo y, por fin, aceptarlo.

—¿Y para ti «te quiero» es suficiente?

—Para mí, tú lo eres todo y más. Simplemente eso, Álex —musitó, y sus labios alcanzaron los míos con inusitada ternura.

Hicimos el amor con calma, con la serenidad que produce el conocimiento de que compartíamos algo más que la atracción mutua, un sentimiento que nos unía más allá de la vida terrenal. Cuando estuvo dentro de mí lo acaricié con ternura, deteniéndome en cada recoveco de su piel, deseando recordarlo para siempre, deseando memorizar las luces y las sombras que dibujaba el fuego sobre su epidermis perfecta. ¿Se puede amar cuando sientes que ya no puedes amar más? Sí, se puede. Aquella noche encontré por fin la respuesta.

* * *

Al amanecer desperté con el olor de café rondándome y los ladridos de *Bruno* dándome los buenos días. Matthew acababa de depositar una bandeja en la mesilla con el desayuno: huevos revueltos, beicon, tostadas francesas y café. Sonreí entre las sábanas y me incorporé hasta quedarme sentada apoyada sobre los almohadones.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —me preguntó sentándose en el borde de la cama, sólo con el pantalón del pijama azul oscuro cubriéndolo.

Lo observé con deseo mientras sorbía el café.

—¿Qué te parece si invitamos a todos esta tarde? Algo no muy complicado, canapés y cervezas. Queda apenas una semana para Nochebuena y me gustaría estar con ellos antes de que vayan desapareciendo para ir a sus hogares.

—¿No quieres que visitemos Londres? ¿Que hagamos algún pequeño viaje antes de Navidad? —sugirió.

—No, sólo quiero estar con todos vosotros —afirmé.

—¿No estarás intentando despedirte? —inquirió con gesto preocupado.

Negué con la cabeza, de nuevo inmersa en aquello que me quitaba el sueño.

—El único monumento de Londres que tengo interés en conocer en profundidad eres tú. ¿Vuelves a la cama?

Hice un mohín y él se acercó mostrándome una sonrisa lobuna.

—No sé por qué, pero creo que me estás manipulando —añadió quitándome la taza de café y besándome.

—¿Quién? ¿Yo? —murmuré riéndome contra su boca.

—Aunque, la verdad, no me importa ser manipulado —afirmó.

—Jamás podría conseguirlo, ni drogándote como hace mi madre...

Bruno ladró con energía; supe que estaba dándome la razón.

* * *

Alrededor de las seis de la tarde fueron llegando los invitados. Me apresuré a arreglarme en la habitación. Me había decidido por un discreto vestido color ciruela por encima de la rodilla, con escote barco y manga francesa, medias negras y *stiletos*. Bajé la escalera para recibir a mi hermano, acompañado por Mia. Todavía miraba de forma recelosa a esta última y espiaba el intercambio de palabras y acciones entre ella y Matthew, pero únicamente tenía ojos para Roberto. Después llegó Jeff, algo compungido por la noticia, mostrándose bastante más efusivo después de beberse tres copas de vino, y se convirtió en el alma de la pequeña reunión como sólo un abogado sabía hacerlo: hablando mucho sin decir nada. Más tarde apareció Rubén, y entonces fue el turno de Matthew de comportarse como el defensor de mi virginidad perdida. No se despegó de mi lado ni cuando él me entregó un pequeño regalo.

—¿*101 cosas que hacer antes de morir?* —pregunté examinando el libro con más curiosidad que reparo—. No creo que me dé tiempo a hacerlas todas.

—Bah —dijo él acompañándolo con un gesto de la mano—, estoy seguro de que ya has hecho muchas y otras apenas tienen sentido.

Sonreí y se lo agradecí con un beso en la mejilla. Le di paso al salón y en un segundo ya se había enzarzado en una conversación con Jeff.

—¿Lo sabía? —me preguntó Matthew al oído.

—Sí, se lo conté hace un tiempo.

—Prefiero no saber en qué circunstancias.

—¿En serio? Fueron ardientes: te aseguro que el capuchino con canela del Starbucks abrasaba —contesté sonriendo.

La última en llegar fue Ana, que había dejado a Gonzalo con Marco y se había traído a un desconocido acompañante. Un desconocido y extraño

acompañante. Era un joven delgado, quizá demasiado delgado y larguirucho, vestido con una camisa cerrada hasta el último botón y pantalones tobilleros estrechos por los que se adivinaban unos calcetines de rayas negras y blancas. Su calzado eran unas Vans con una línea plateada, y llevaba media cabeza rapada, dándole protagonismo al flequillo liso que le caía cubriéndole las gafas de pasta negras. Una barba poblada ocultaba parte de su rostro.

—¿Ésta es la fiesta previa a mi cumpleaños? —inquirió Ana con una sonrisilla sarcástica.

—Tu cumpleaños es en agosto, que yo recuerde, dos días antes que el mío —respondí algo confusa.

—Noooo, si sólo lo digo porque como no creo que llegues...

Me quedé muda, y ella empalideció.

—Humor negro —musitó contrita, y yo no pude por menos que estallar en carcajadas.

Su acompañante, que nos abandonó después de las presentaciones pertinentes, pegó un gritito histérico en cuanto vio a Matthew, acompañándolo de pequeños saltos, haciendo que ambas lo miráramos con idénticos gesto de extrañeza.

—*Matt Cock! I don't believe it!*[17] —exclamó.

Ana intentó traducírmelo, pero le hice un gesto con la mano. Lo había entendido.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté pasándole una cerveza en botellín.

—Es un amigo de Marco. También es un *it boy*.

—Y ¿eso qué es?

—Pues lo mismo que una *it girl*, pero en masculino.

—Vaya —musité viendo cómo corría para lanzarse hacia Matthew, que tuvo que pararlo como si recibiera un placaje de rugby.

—No tienes ni idea de lo que es una *it girl*, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—¿Alexa Chung? ¿Olivia Palermo?

Negué de nuevo.

—Y ¿tú te dedicas a la moda?

—Infantil y juvenil —expliqué.

—Es un bloguero muy influyente en Londres, todo lo que se pone se convierte en tendencia.

Lo examiné detenidamente. Ahora estaba haciéndose un selfi con la lámpara de pie.

—¿En serio es tendencia? ¿Quieres decir que puedo informar a mi padre de que las camisas de cuadros han vuelto a ponerse de moda? ¿Que puedo rescatar del desván la toquilla de la abuela Jacinta?

—Ésa no, que me la traje a Londres. —Carraspeó y enrojeció a la vez.

—¿Acaso esa lámpara es arte? —continué sin entender para nada el comportamiento excéntrico de aquel... sujeto.

—Hummm..., no lo sé, tendría que examinarla para decírtelo con seguridad.

—Sí, *art déco*, como él —añadí.

—No, él es *indie*.

—¿Indio?

—¡Joder, Alex! Pero ¿en qué siglo vives?

—Ahora mismo, no tengo ni idea —musité viendo cómo se ponía al lado del árbol y se sacaba un nuevo selfi.

—Un *indie* es un independiente, es un movimiento cultural que surge del término «*do it yourself*».

—Vamos, lo que venía a ser la generación X. Todo está inventado.

Ella me miró balanceando la cabeza sin saber si negarlo o afirmarlo. Roberto se acercó a nosotras y se cruzó de brazos.

—Pues yo creo que es más bien un hípster —añadió.

—Y ¿eso qué es? —pregunté de nuevo.

Ahora fueron dos los que me miraron con incredulidad.

—Un hípster es un *indie* pijo —aclaró mi hermano.

—¡Ah, los de los moños! Como la generación de jóvenes, aunque suficientemente preparados, que sustituyó a la generación X, ¿no? Si ya os lo decía yo, que está todo inventado.

Rubén se nos unió huyendo de un desesperado *it boy* que intentaba fotografiarlo diciéndole que representaba la cultura suburbana de la

inmigración latina.

—Pues yo creo que es un *nerd* —determinó.

Antes de que abriera la boca para preguntar, Rubén me contestó.

—Un *nerd* es un *indie* con un cociente intelectual más alto que la media.

—Ah... —dije yo, y lo vi sacándose una foto a sus propias zapatillas—. ¿Estás seguro de eso? —inquirí con bastante escepticismo.

—Sí, ahora mismo lo estará tuiteando y se convertirá en *trending topic* antes de medianoche —aseveró.

Matthew se acercó huyendo de las insistentes atenciones del susodicho y yo lo cogí del brazo para auparme y susurrarle al oído:

—¿Tú qué crees que es?

Él no se amilanó, ni quiso disimular. Mirándonos al pequeño grupo reunido en la puerta del salón, afirmó con rotundidad:

—Un tío raro.

Acompañado de un coro de carcajadas, se dirigió a la cocina a coger más cervezas.

* * *

La pequeña reunión iba tomando forma como si tuviera vida propia. Los grupos hablaban, bebían y comían de los canapés estratégicamente colocados en los estantes para no interrumpir la conversación. Una suave música que brotaba de unos altavoces disimulados por un panel de madera abierto acunaba la estancia. Reconocí a Roberta Flack con su *Killing Me Softly* y sonreí, sabiendo el gusto por lo clásico que acompañaba a Matthew.

Me senté en una esquina del sofá junto a Ana. Parecía estar ausente y triste. Le cogí la mano con cariño.

—¿Qué crees que desayunará Mia? No he visto a esa mujer con un pelo fuera de lugar nunca, hasta su piel refleja la luz —murmuró.

—No quieras saberlo, ni probarlo. —Me incliné para susurrarle al oído—: Estoy convencida de que es mi hermano.

—Arggg —masculló ella dando un largo trago a la cerveza.

La observé un momento, sabiendo que me ocultaba algo importarte. Estaba

decidida a impedir que un nuevo secreto empañara nuestra relación.

—¿Me puedes explicar que haces con esa especie de friki, que seguro que tiene enterrada en el sótano de su casa a la última banda de rock alternativo porque no quiere que nadie más conozca cuál es su último éxito? —inquirí dándole un tono de broma para que ella se destensara.

—Estoy abriendo horizontes —afirmó con poca seguridad.

El *it boy* acababa de sacarse un nuevo selfi con su imagen reflejada en la pantalla de la televisión, ahora apagada. Meneé la cabeza con consternación.

—¿Qué ha sucedido con Martín? —Lo intenté de nuevo.

—Nada. Hemos decidido darnos un tiempo.

—¿Hasta que yo muera? —musité con tristeza.

Ella se atragantó con la cerveza y me miró por primera vez a los ojos en toda la noche.

—No tienes por qué morirme, Álex. Has desafiado al monstruo de la hoz toda tu vida y has salido vencedora. No te dejaremos morir. ¿Lo has entendido?

—Es eso, ¿verdad? —la interrumpí ignorándola—. Crees que me haces daño y no quieres hacérmelo. No me lo haces, Ana, lo único que deseo es irme dejando a mi familia y a mis amigos felices.

—Nunca podremos ser felices si tú mueres.

—Lo seréis por mí, eso me lo debes.

Se quedó en silencio y la miré con intensidad. Sus ojos comenzaron a brillar y sus labios a temblar. Dejé la cerveza en la mesa de centro y la abracé con fuerza.

—No lo pierdas, Ana. Él ha sido siempre más tuyo que mío —susurré sólo a sus oídos.

Mia se acercó, interrumpiéndonos de forma elegante con una pequeña tosecilla, y me acarició un pendiente.

—Es realmente precioso y también diferente dentro del género. ¿Dónde lo has conseguido? —inquirió.

Me levanté con rapidez y le cedí el sitio.

—Habla con ella. —Le señalé a Ana—. Es la artista y creadora. Un verdadero genio, no deberías dejarla escapar.

Me aparté, viendo que comenzaban a hablar, y me escabullí hasta el jardín trasero. Hacía muchísimo frío, aunque, al menos, no llovía. Saqué mi teléfono del pequeño bolso y busqué un contacto que había estado a punto de borrar semanas antes.

—Álex. —Su voz sonó titubeante.

—Soy yo, Martín, ¿cómo estás?

—Bien, la empresa empieza a recuperarse. La inyección de efectivo proveniente del holding chino ha tenido una gran respuesta, junto con tus nuevos diseños, que ya estamos preparando.

—No te pregunto por la empresa, Martín, sino por ti.

—Yo...

—Martín, sé que nos debemos una larga conversación, pero ya no tengo tiempo para ello. Sólo déjame darte un consejo por los años que hemos estado juntos: no pierdas a Ana y a tu hijo. Si lo haces, jamás podrás perdonártelo. Ella te ama, tú la amas. No hay nada más importante que eso en la vida, si todavía no lo sabes, ya lo comprenderás.

—Ella no quiere estar conmigo.

—Ella cree que no debe estar contigo, que es diferente. Pero tú inténtalo. Vente a Londres cuando tengas un hueco y hazle comprender lo que la amas.

—Álex...

—¿Sí?

—Siempre supe que eras más que lo que los demás te hacían creer.

—Gracias —musité—. Supongo... —añadí con una sonrisa.

Colgué el teléfono y lo sostuve en la mano un instante, pensando en lo que había cambiado mi vida desde septiembre. Pensando si podría hacer algo para volver a cambiarla. Entonces, el timbre del móvil me sorprendió.

—¿Has olvidado algo? —inquirí sin comprobar quién llamaba.

Hubo un extraño silencio al otro lado y aparté el teléfono para ver que esta vez no era Martín, sino Almu. Llevábamos sin hablarnos más de dos años, y un nudo estranguló mi estómago y trajo todos los recuerdos amargos del accidente.

—Sí, Álex, tienes que saber algo, pero no es un olvido o un descuido, es algo que te oculté deliberadamente —pronunció al fin con voz grave.

—Tú dirás —musité.

—¿Recuerdas aquella mañana antes de salir para Baqueira? Sé que no recuerdas el accidente, aunque no sé dónde perdiste la memoria.

—La recuerdo —contesté con la voz tan fría como la noche que me rodeaba.

—No sólo me retrasé cinco minutos, fue casi media hora. Siempre pensé que, si no lo hubiera hecho, la historia ahora sería diferente.

Sentí que unas lágrimas ardientes mojaban mis mejillas, ya de por sí doloridas.

—Yo también lo creí en su momento, pero, al fin y al cabo, todos tenemos nuestro destino escrito de antemano. Nada podía cambiar lo que sucedió.

—Yo sí podría haberlo hecho —aseveró, y su voz se quebró y oí sus sollozos.

—Almu, ¿qué sucede?

—Iba a dejarlo, a Lucas, y me entretuve haciendo las maletas. Ya tenía a alguien que iba a recogérmelas antes de volver de aquel fin de semana. Creí que lo quería, pero sólo quería la vida que teníamos y, con el paso de los días, de las semanas, empecé a sentir que estaba en una cárcel. Todo de él me molestaba, hasta su sola presencia.

—Almu, ¿por qué me cuentas esto ahora? —la interrumpí.

—Porque él no habría muerto de no ser por mí.

—No te entiendo.

—Estaba molesta, enfadada incluso por aquella estúpida excursión. No por ti, sino por la ilusión que él manifestaba. A medio camino, quise dormir y olvidarme un rato de lo que tenía pensado hacer a nuestro regreso a Madrid. No encontraba la postura y desperté a Lucas, que dormía en el otro lado, para que se colocara junto a mí y poder utilizar su hombro como apoyo. Recuerdo que maniobró para ponerse el cinturón central trasero, pero yo le di un manotazo y le dije que no fuera tan exigente, que sólo quedaban un par de horas.

Se quedó en silencio y las imágenes del horror volvieron a asaltarme como si acabara de suceder. Tuve que sentarme en el bordillo de piedra y agachar la cabeza para no marearme. Nunca llegué a entender por qué no funcionó su

cinturón, por qué fue el único en salir despedido del coche. Pensé que era un fallo técnico, y me culpé por no haberlo comprobado antes de salir.

—Me alegré de lo que sucedió, Álex. Sé que suena horrible, pero me sentí liberada y casi te lo agradecí. Creo que he estado pagándolo todos estos meses y me amparaba en culparte a ti para desquitar mi furia. ¿Me perdonas? —Su voz surgió del teléfono envuelta en la bruma del pasado.

—¿Me perdonas tú a mí? —musité con un nudo en la garganta.

—No tengo que hacerlo. Tú fuiste la peor parada. Nadie te lo dijo, ¿verdad? En vez de dirigir el coche hacia el lado contrario, lo hiciste hacia tu propio lado y te llevaste el grueso del golpe. Hasta los peritos se extrañaron de esa acción, dicen que es inherente al ser humano evitar el peligro cuando lo ve. Tú no hiciste eso. Puede que Lucas muriera, pero nos salvaste la vida a los demás.

—Lo siento —murmuré dejando que las lágrimas fluyeran libremente.

No, nadie me había comentado ese hecho. Quizá en su momento hubiera amortiguado el daño, pero ya no era ningún consuelo.

—Más lo siento yo, Álex. Espero... —Su voz se quebró de nuevo—. Espero que algún día podamos volver a ser las que éramos.

—Sí, algún día... —susurré, y colgué el teléfono.

* * *

Una media hora después, mi hermano me puso una manta sobre los hombros y me abrazó. Sólo hizo falta eso. Me acurruqué contra su hombro como solía hacer cuando era una niña y suspiré, secándome las lágrimas.

—Matt está muy preocupado, no deja de espiarte desde la ventana, pero le he dicho que necesitabas estar sola.

—¿Tú lo sabías? ¿Sabías lo de Almu y Lucas? —Levanté la vista hacia él.

—Sí. Todos lo sabíamos, aunque te lo ocultamos porque afirmaste no recordar nada del accidente y nos esforzamos por no hacerte sentir culpable. Aquel coche os arrolló, tú no hiciste nada mal, no pudiste evitarlo, ni pudiste evitar una situación que desconocías.

—Odio que me oculten cosas, me hace sentir una niña, y ahora un adulto en

el que la gente no confía.

—Matt fue el único que se opuso a ello.

Me aparté de él y lo miré con furia.

—¿Matthew también lo sabía?

—Matt estuvo cada día en el hospital hasta que despertaste. ¿Sabes que fue su nombre la primera palabra que pronunciaste? Estando en coma, sólo él te mantenía con vida.

—No lo recuerdo —murmuré—. ¿Estuvo allí?

—Sí, cada noche. No era un familiar directo, pero el médico nos dijo que te haría bien. Solía ponerte música, clásica, creo recordar, y algunas canciones que decía que habíais compartido. Te hablaba durante horas. Yo, a veces, lo observaba a través de la pequeña ventana. Te cogía la mano y empezaba su larga letanía. Al amanecer, desaparecía de nuevo hasta la siguiente noche.

—¿Por qué no se quedó cuando desperté?

—¿Habrías querido que estuviera? Álex —se pasó la mano por el pelo oscuro, desordenándose—, lo odiabas, no parabas de decirlo. Cada vez que yo sacaba la conversación sobre él durante estos años, tú te ibas y torcías el gesto.

Comencé a llorar de nuevo por todo lo que había perdido.

—Rob, tengo la sensación de que he llegado tarde en mi vida a todo. Es como si me hubiera estado equivocando una y otra vez, y cuando por fin me decido a tomar el camino correcto, éste ya está lleno de zarzas y socavones.

—Hay una posibilidad, Álex. No te dejaremos caer, Matt el que menos. Sé que ya está investigando sobre una posible operación.

—Roberto, no me negaré, aunque creo que ya es demasiado tarde.

Suspiré con cansancio.

—Eso nunca se sabe.

Volví a recostarme sobre él.

—¿Qué hay de ti y de Mia? ¿Me lo vas a contar?

—¿Qué quieres saber? ¿Que me enamoré de ella el mismo día en que la conocí? ¿Que maldije que fuera mi mejor amigo quien se casara con ella? ¿Que tuve que esperar tres años hasta que por fin me decidí a plantarle cara e ir a buscarla a Francia?

—Pero ¿y Rosa, tu secretaria?

Lanzó una carcajada.

—Lo de Rosa y yo es una broma que te gastamos cada vez que llamas. Nos divierte ver lo incómoda que te sientes. Ella está al tanto de todo y me ha salvado de muchas preguntas indiscretas de papá, que se extrañaba porque viajara tanto a Francia. Según él, allí ya no hay nada nuevo que construir, y hasta un día intentó sonsacarle a Rosa si yo estaba involucrado en algún movimiento fascista que quemara los invernaderos del país para que no nos arrojaran las fresas en la frontera.

—¿Te has dado cuenta de la familia que tenemos? —inquirí con una sonrisa triste.

—Bueno, las hay peores. Eso solía decir la tía abuela Angustias.

—Sí, la que intentó suicidarse con una botella de lejía y después acusó a su marido de asesinato en el cuartel de la Guardia Civil.

—La misma. —Se rio a carcajadas.

—Sí, y en su lecho de muerte me atrajo contra su voluminoso pecho, me aplastó y me amenazó con que no dejara a Martín y que, sobre todo, vigilara que los productos de limpieza no estuvieran al alcance de su mano.

Roberto seguía riendo a carcajadas.

—¿Eso hizo?

—Sí, no pude dormir en semanas, imaginándomela merodeando por casa con su sempiterno vestido y su pañoleta negra, husmeando en mis armarios.

—Creo que deberíamos venir con prescripción médica. Ya sabes: «No lo consume sin consultar antes a su farmacéutico».

—¡Pobre Mia! —Miré al cielo opaco—. ¡No sabe dónde se ha metido! —Arrugué la nariz—. Aunque a Matthew deberíamos decirle lo mismo.

—No. —Roberto negó categóricamente con la cabeza—. Te aseguro que él sabe a la perfección dónde está y con quién quiere estar.

* * *

Casi a medianoche, los invitados fueron abandonando la casa. Me quedé recogiendo mientras Matthew los despedía en la puerta. Cuando la cerró, entró

de nuevo en el salón y me sujetó las muñecas, obligándome a dejar las bandejas que portaba sobre la mesa.

—Ya lo recogerá mañana Maggie. Ahora es nuestro momento —dijo, y manipuló la cadena de música para elegir una canción.

Sonreí al reconocerla: *The First Time Ever I Saw Your Face*, de Roberta Flack.

Me cogió por la cintura y puse los brazos sobre sus hombros. Nos mecimos al compás de la melodía que brotaba con la voz ronca de la cantante a través de los altavoces.

—¿La recuerdas? —me preguntó mirándome de forma intensa con sus ojos grises.

—Sí, era el dieciocho cumpleaños de mi hermano. Había alquilado un local para celebrarlo y yo me sentía bastante fuera de lugar, entonces tú me cogiste cuando empezó a sonar esta canción para sacarme a la pista y me hiciste sentir especial. Aunque sólo fueran cuatro minutos, creí tocar el cielo entre tus brazos. Matthew, ¿cuándo supiste que estabas enamorado de mí? —inquirí perdiéndome en la oscuridad de su mirada.

—La primera vez que te besé —contestó con seguridad.

—¿La noche que nos acostamos?

—No, fue varios años antes. ¿No lo recuerdas?

—¿Cómo voy a olvidar la primera vez que me besaste? —respondí indignada, y él se mordió el labio conteniendo la risa.

—Lo has olvidado.

—Déjame un minuto para resetear mi cerebro —murmuré con los ojos entornados, pero el esfuerzo resultó baldío.

—No me besaste antes de ese día. —Lancé un órdago.

—Sí lo hice.

—No, es imposible que no lo recuerde.

—¿Estamos discutiendo sobre nuestro primer beso?

—Nosotros nunca discutimos —afirmé.

—Si tú lo dices, cariño...

Le pegué un pequeño pellizco en el brazo y él se rio. Me atrapó la mano y atacó mis labios con pasión, haciéndome olvidar qué es lo que intentaba

recordar. Cuando se separó, hizo una promesa.

—Si no lo recuerdas para Año Nuevo, te lo diré.

Y aquella promesa resultó profética, aunque ninguno lo supiéramos en ese momento.

* * *

Varias horas después, estaba dibujando círculos concéntricos sobre su pecho desnudo en nuestra cama mientras observaba con una sonrisa sus esfuerzos por no quedarse dormido.

—¿No estás cansada? —murmuró con voz ronca y sensual.

—Creo que no me has cansado lo suficiente —aseveré.

Abrió un ojo y enarcó una ceja.

—Si me das unos minutos...

—Eso es lo que piensa tu cerebro, pero no tu...

Me acalló con un rápido movimiento en el que me posicionó sobre él para atrapar mi boca. Se deleitó saboreándome y yo gemí de forma entrecortada al sentir su dureza contra mi estómago. Me separé para seguir explorando con la lengua su cuerpo y reparé en su tatuaje, dibujado en diagonal, sobre su cadera. Lo miré extrañada, no lo recordaba exactamente así.

—¿Qué sucede?

Matthew levantó la cabeza y frunció el ceño.

—Esto no son letras chinas.

—No, es lenguaje rúnico.

—¿Qué pone? —inquirí con curiosidad.

—Adivínalo.

Lo examiné con los ojos entornados y me fijé con atención en las pequeñas runas, apenas unas líneas rectas que se solapaban unas sobre otras y que finalizaban con un extraño símbolo. Suspiré y sonreí al mismo tiempo.

—No tengo ni la más remota idea.

Matthew dejó caer la cabeza y sentí su pecho vibrar por la risa. Apoyé la barbilla sobre su abdomen tenso.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirí sintiéndome insultada.

—Que todas las mujeres con las que he estado le han mostrado una inusitada atención y tú, que eres la destinataria del mensaje, lo has ignorado siempre.

—¿Mensaje? ¿Qué mensaje? —La curiosidad me pudo.

—Viene a decir que yo soy tuyo, y el símbolo es una especie de escudo de protección.

—Y la dirección apunta a tu entrepierna. ¿Es acaso un intento de que no se me olvide dónde reside todo tu atractivo? —Enarqué una ceja con diversión —. Algo más sofisticado que las miguitas de pan que dejó Pulgarcito.

Él soltó una brusca y ronca carcajada.

—¿Sólo eso te gusta de mí?

—Principalmente, ahora sí —contesté acariciándolo.

Él gimió y me giró para situarme debajo de él.

—¿Sabes lo que dice el de mi hermano? —pregunté rodeándolo con las piernas.

Se irguió un momento y arrugó la nariz, recordando.

—Él dice que es «fuerza», aunque lo consulté con un tatuador y me dijo que era «aguas fecales». No se lo digas, no creo que le guste saberlo.

Reí hasta que se me saltaron las lágrimas. Matthew las secó con pequeños besos que acabaron en la punta de mi nariz.

—No puedo entender que recuerdes aquella estúpida noche en la que nos hicimos los tatuajes y seas incapaz de recordar cuál fue nuestro primer beso.

—¿Todavía estás dándole vueltas a eso?

—No —musitó besando mi clavícula descubierta—, ahora cualquier pensamiento razonable ya ha volado de mi cerebro.

—Yo haré que te concentres. —Dejé escapar un leve suspiro.

—¿Ah, sí? —murmuró entrando en mí de forma repentina.

Di un pequeño respingo y me arqueé involuntariamente. Mi piel ardió y todos mis sentidos se concentraron en una sola cosa, en una sola persona, que en ese momento me observaba con los ojos entornados y los labios entreabiertos. Lo besé y sólo me importó respirarlo. Comenzó a moverse con una cadencia lenta y sensual, como si aspirara a retener el instante suspendido en el tiempo. Arañé su espalda desnuda y suave. Alcancé sus nalgas y clavé

las uñas en ellas cuando sentí la profundidad de su estocada. Gemí echando la cabeza atrás y sentí el estallido en mi corazón, las murallas cayeron y la puerta se abrió para recibirlo con honores. Cuando Matthew me besaba, no era sólo un beso; cuando me hacía el amor, sí era exactamente eso.

* * *

—¿Qué estás mirando? —refunfuñé por la mañana, entreabriendo un solo ojo en su dirección.

Él se recostó sobre la almohada y me sonrió como únicamente él podía hacerlo, con una sonrisa decadente, sensual y a la vez, de eterna gratitud. Una sonrisa plena de amor.

—A ti —murmuró, y alzó una mano para recoger un rizo de mi pelo entre los dedos como si hubiera una fuerza invisible que lo obligara a hacerlo cada vez que estábamos a menos de un metro—. Estaría toda mi vida viéndote dormir. —Su mano abandonó mi cabello y su dedo índice señaló una línea recta en el centro de mi frente—. Cuando te relajas, la arruga de preocupación desaparece, tus mejillas se sonrojan y tus labios son una muestra de lo que me gusta besarlos. —Me dio un suave beso—. Están cálidos e hinchados, abres los ojos de forma perezosa y sonríes, siempre sonríes al despertar, ésa es tu forma de darme los buenos días, aunque sé que tu mente ni siquiera está todavía aquí, sigue volando dondequiera que te haya llevado en sueños. Y me siento afortunado, de hecho, me siento el hombre más afortunado del mundo porque sé que tu mirada es sólo para mí.

—Matthew... —susurré ya completamente despierta.

—Shhh... —Me hizo callar poniéndome un dedo sobre los labios—. No soy un hombre romántico, nunca he tenido la facilidad de palabra de otros para declararme ni he sabido elegir los regalos adecuados en el momento correcto, pero quiero que sepas una cosa. Álex, si tú no estás, no puedo respirar. Estás tan dentro de mí que jamás habrá nada que pueda sacarte de ahí.

Sonreí con ternura y posé una mano en su mejilla áspera, sintiendo su calor y dejándome absorber por la intensidad de su mirada clara.

—Matthew LongCock, déjame decirte una cosa: eres el hombre más

romántico que conozco. Me escribiste trescientas sesenta y cinco cartas, me llevaste hasta el altar y tu promesa fue mucho más sentida y profunda que la mía, has puesto el mundo a mis pies y yo lo he pisoteado sin saber qué estabas haciendo. Puede que con tus anteriores relaciones no lo fueras, pero conmigo sí lo has sido.

Me miró con un claro gesto de sorpresa y de incredulidad, como si justo en ese momento se diera cuenta de la verdad de mis palabras. Se pasó una mano por el pelo y, después, entornó los ojos.

—Te amo —pronunció finalmente.

Sonreí de nuevo.

—¿Ves? No es tan difícil.

Lo atraje hacia mi boca y lo besé. Nunca me cansaba de besarlo, era como descubrir la emoción de algo nuevo cada vez. Me separé unos minutos después, acalorada y mucho más sonriente.

—Helado de menta con trocitos de chocolate —dije.

—¿Cómo?

—Cubierto por una suave capa de caramelo crujiente y decorado con nueces de macadamia —continué.

—Álex, ¿estás bien? —inquirió algo preocupado.

—Matthew, tú eres mi patata frita —resumí.

Él levantó las manos en un gesto de clara rendición y después suspiró hondo.

—Está bien, lo admito. Yo soy el romántico de la pareja.

Proferí una carcajada y me recosté sobre su pecho, todavía temblando.

* * *

Una hora después, una vez nos hubimos duchado juntos dejando un rastro imborrable de lo que había sucedido en la bañera, bajamos a desayunar. Cocinó él y yo me centré en la metódica, y también mucho más sencilla, labor de poner manteles y cubiertos sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —inquirió dando un sorbo a su taza de té.

—En realidad, nada.

—¿Conoces Londres?

—He estado en todos los sitios importantes —expliqué—. Viajé un par de veces aquí cuando estaba todavía en el instituto.

—Eso no es conocer Londres, eso es conocer el Londres de los turistas.

—Estoy segura de que tú tienes un montón de rincones que te gustaría enseñarme, aunque la verdad es que lo único que me apetece es salir a dar un paseo con *Bruno* y, después, tumbarme en el sofá a ver películas antiguas o leer algún libro.

—Está bien, tus deseos son órdenes para mí —afirmó haciendo una pequeña reverencia.

Lancé una carcajada..., el que no era romántico.

* * *

Llegamos caminando en pocos minutos al parque Bishop, donde dejamos a *Bruno* corretear con libertad. Nos sentamos en un banco mientras Matthew le lanzaba un palo y yo simplemente observaba, sintiendo una paz interior que jamás había sentido, hasta que oí el clic de un flash y la luz lo inundó todo. Miré de forma iracunda a la joven, que ya se alejaba con su trofeo en las manos.

—¿Nos acaba de sacar una foto? —le pregunté a Matthew.

—Sí, es bastante habitual. Me imagino que pronto dejaré de ser noticia. ¿Te ha molestado? Puedo intentar detenerla.

—No, sólo me resulta extraño. ¿Para qué la quiere?

—Bueno, ahora mismo estará ya en Twitter, Pinterest, Instagram y Facebook.

—¡Joder!

—¿Qué?

—¿Y si mis padres lo ven? Ellos no creo, pero alguna amiga podría reconocerme y decírselo.

—Álex, más pronto que tarde se lo vas a tener que decir.

—¿O más tarde que pronto? Ya sabes cómo son, y no quiero ni imaginarme cómo serán ahora que se han divorciado.

Me pasé la mano por la frente queriendo deshacerme de ese pensamiento desagradable.

—Pero son tus padres.

—Desgraciadamente, lo son, sí.

—Álex, me gustaría que se lo dijeras. No quiero ocultar esto por más tiempo, no me siento cómodo. Es como si estuviera haciendo algo delictivo, y no es así. De hecho, deberíamos hacerlo formal.

Se levantó del banco para arrodillarse frente a mí.

No pude contener la risa. Los pocos viandantes que había nos miraban con curiosidad.

—Álex Torres, déjame mudarme a tu corazón —pronunció con voz grave y semblante serio.

Reí y lo atraje hacia mí. Después de besarlo, me incliné sobre su oído.

—Matthew LongCock, has vivido toda tu vida en mi corazón sin saberlo. Sólo espero que ahora no te dé por reformarlo... Conozco tu casa, y eso me da bastante miedo.

Volvió a sentarse a mi lado con la sonrisa de *enfant terrible* que lo caracterizaba. Con la sonrisa de un hombre satisfecho y, también, enamorado.

—Tus padres, ¿lo saben? —le pregunté.

—Sí, están al tanto de todo. Mi madre siempre creyó que tú acabarías conmigo.

—¿También saben lo de mi problema?

Me miró con intensidad y suspiró.

—No, Álex, pero creo que no debería ser un secreto. Verás —comenzó, y buscó valor en mi mano, que apretó con fuerza—, he encontrado un neurocirujano de prestigio, le envié tu historial médico y quiere concertar una cita. Dice que es posible que pueda operarte. Se llama Adam Slevin y trabaja en Glasgow.

—Matthew, todavía no. Déjame disfrutar de las Navidades, por favor. Siempre han sido una fecha especial para mí. Después iré.

—Me dijo que el tiempo corría en nuestra contra.

—Intenta entenderme, Matthew. —Lo miré con dureza—. No es la muerte lo que me asusta. Lo que me asusta es que no salga bien, que me quede

convertida en un vegetal o que pierda parte de mis facultades y sea una carga para ti, para todos. No quiero eso, y necesito estar segura para enfrentarme a la operación.

Él soportó mi diatriba en silencio y finalmente claudicó, a su estilo.

—Te doy hasta el 1 de enero, ni un día más.

—Gracias —musité.

—Por cierto, no me has dicho qué quieres que hagamos en Navidades. ¿Te apetece pasarlas en España?

Abrí los ojos con mudo espanto.

—¡No, por Dios! ¿Te imaginas lo incómodo que podría llegar a ser? ¿Tú habías pensado algo?

—Siempre las paso con mis padres en Birchington, aprovechando que Rob está aquí, podría venir también.

—¿Crees que les importaría que fuera Ana? Desde que tiene a Gonzalo no ha podido pasar las Navidades en su casa y no quiero que esté sola.

—Sería perfecto. Pero ¿por qué no han venido tus tíos en dos años?

—Ufff..., eso es lo que nos salva. Tienen miedo al avión, más bien, pánico. De hecho, a mis padres les sucede lo mismo.

—Sois dos pérfidas manipuladoras —murmuró con una sonrisa traviesa.

—Somos dos supervivientes —afirmé, y me levanté para regresar a la comodidad de nuestro hogar.

* * *

Después de un refrigerio, me dirigí al salón para elegir una película que ver, acompañada por el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Maggie lo había recogido todo durante nuestro paseo y había dejado el libro que me regaló Rubén sobre la mesa, el cual me llamó la atención. Me senté, me arrojé con una manta y me puse a ojearlo con curiosidad. Matthew entró varios minutos después y depositó una bandeja donde antes había estado el libro. No pude por menos que sonreír.

—Helado de menta con trocitos de chocolate y caramelo crujiente adornado con nueces de macadamia. También he traído patatas fritas de

diferentes sabores y una taza de chocolate. ¿He acertado? —me preguntó con un gesto infantil que hacía que desearas abrazarlo y mantenerlo junto a tu pecho el resto de tu vida.

—Sí, has acertado —murmuré, y tiré de su jersey negro para sentarlo a mi lado—. Pero prefiero saborear el original —asumí besándolo.

—¿Qué es esto? —masculló cuando intentó coger la postura para tumbarme sobre él.

—El libro de las *101 cosas que hacer antes de morir*. ¿Sabes que viene con unas hojas anexas para ir tachándolas?

—¿Es lo que estás haciendo? —inquirió sentándose y provocando que yo doblara las rodillas y me inclinara sobre su pecho.

Él rodeó mis hombros con un brazo y me dio un beso en la coronilla.

—Sí.

Me las arrebató de las manos.

—Veamos... Beber cerveza en un pub de Dublín.

—Conseguido, de hecho, fueron muchas cervezas..., ¿crees que cuenta como más de un punto?

—Lo dudo. —Sonrió al decirlo y pasó al siguiente—. ¿Volar en gravedad cero?

—La verdad es que ni me interesa, todo el mundo me dice que me he pasado media vida en las nubes, ya sé lo que se siente —determiné.

—Actuar como extra en una película.

—No. ¿Tú podrías colarme en alguna?

—Hummm..., veré qué se puede hacer. Siguiente: escribir un libro.

—¡Puf! No creo que ni pueda intentarlo siquiera, paso palabra.

—Lanzarse en paracaídas.

—Hecho.

—Me imagino que *puenting* y parapente también, ¿no?

—*Sip*.

—Hacer un trío.

—¿Eso pone?

Intenté arrebatarle las hojas, pero él las levantó sobre su cabeza y me lo impidió con una sonrisa lobuna.

—Contesta, Álex.

—No. —Lo miré de reojo—. ¿Tú sí?

—Ejem..

—¡Por favor, no me digas que fue con mi hermano!

Se aclaró la garganta y después se quedó mudo.

—¡Arggg!

—Tú... ¿querrías hacerlo? —me preguntó tornándose serio.

—Nunca me lo he planteado —contesté con sinceridad.

—Pues no te lo plantees, soy bastante territorial con mis posesiones.

—¿Así que ahora soy una posesión? —inquirí totalmente indignada.

—La más valiosa. —Sonrió desarmándose, y me dio un casto beso en los labios—. Continuemos: conocer a una persona con tu mismo nombre y apellidos.

—¿En serio? Otra Álex Torres Mazo. ¡No! Pobrecilla.

—Podría ser Cecilia, imagínate que hay una Cecilia Torres Mazo por ahí perdida.

—Aun así, no querría conocerla, sentiría unos irrefrenables deseos de robarle su vida, y me he propuesto no cometer ninguna locura.

—Ligarte a una estrella del rock. Bueno, ésta la pasamos...

—¡Hecho!

—¿Cómo?... Bueno, mejor digo: ¿quién?

—Jamás lo confesaré.

Me miró taladrándome con su mirada gris, pero yo no claudiqué.

—Tú has hecho tríos, yo me he ligado a una estrella del rock.

Gruñó y devolvió la vista a los papeles.

—Hacerte un tatuaje. Ésta la tacho, he visto tu amapola.

—¿La has visto? Pero si está en un sitio que... —Enrojecí quedándome sin palabras.

—Álex, te juro que conozco cada curva y cada pliegue de tu cuerpo. ¿Crees que no iba a descubrir la pequeña amapola? —Enarcó las cejas para dar fuerza a su pregunta.

Torcí los labios y él se carcajeó.

—Practicar nudismo en una playa —continuó.

—Conseguido. —Compuse una sonrisa de satisfacción al decirlo.

—¿Cómo? Por eso mismo te enfadaste y me rompiste la nariz.

—No fue exactamente por eso, aunque tenía once años y a los veinte ves la vida de diferente forma —le expliqué sin perder la sonrisa.

Matthew cerró el libro de un golpe seco y lo dejó sobre la mesa.

—Creo que prefiero seguir en la ignorancia —declaró.

* * *

Dos días después llegó la Nochebuena. Miré a Matthew organizando las pequeñas maletas que llevaríamos para pasarla en casa de sus padres y, de nuevo, me sorprendí al verme sonreír. Deseaba que hubiera muchas escenas cotidianas como aquélla durante toda mi vida. No necesitaba nada más, sólo a él junto a mí. Se incorporó cuando oyó el timbre de la puerta.

—Ya abro yo —dije—, serán Ana y Gonzalo.

Pero cuando abrí, me quedé bastante sorprendida: frente a mí estaba Ana con una sonrisa temerosa, portando en sus brazos a Gonzalo, y a su lado, Martín.

—Pasad —pronunció con voz grave Matthew a mi espalda, sacándome del apuro.

Martín cogió en brazos a su hijo y siguió a Matthew a la cocina.

—¿Te importa que venga él? —me preguntó Ana visiblemente nerviosa.

—No, no. Sólo estoy sorprendida.

—Apareció esta mañana en casa diciéndome que había perdido ya muchas oportunidades y que no iba a dejar pasar ésta. Me ha contado que tiene planes de trasladarse aquí conmigo, que esperará a que tu padre encuentre otro director financiero y que será el momento de confesarlo todo.

—No quiero perderme ese momento —afirmé, y me rasqué la cabeza donde reposaba en calma mi aneurisma. Crucé los dedos para poder llegar a tiempo de ver la reacción de mis tíos.

—Sé lo que estás pensando. —Ana entornó los ojos con suspicacia.

—Ana, será memorable ver sus caras. En especial, la de tu madre. Lo siento —dije al ver el terror reflejado en sus ojos—. Pero imagínatelo como si

fuera yo.

—Sí, a mí también me gustaría estar cuando les cuentas a mis tíos a qué te has dedicado estos meses.

—Bruja —mascullé.

—Pero sin escoba. —Rio a carcajadas—. Y sin verrugas —añadió.

Le di un pequeño empujón y ambas entramos a la cocina, donde Matthew jugaba con Gonzalo y *Bruno* en el suelo. Martín se tomaba una cerveza con cara de circunstancias, que relajó al ver que entre nosotras no había corrido la sangre.

—Es adorable, ¿no crees? —inquirió Ana viendo la tierna escena que transcurría en el suelo.

—Sí, Gonzalo es precioso —corroboré.

—Boba. —Me dio un codazo en las costillas—. Me refiero a Matt, será un padre estupendo.

—Ah..., eh... —balbuceé.

Matthew se levantó de un salto y nos sonrió a las dos.

—Sí, seré un padre estupendo —aseguró.

Acto seguido, cogió una cerveza ya abierta que estaba sobre la mesa y brindó con Martín, guiñándole un ojo en un gesto que sólo ellos comprendieron.

—Esto es muy raro —musité sintiendo que me había perdido algo importante.

En ese momento, mi teléfono vibró en el bolsillo trasero del pantalón vaquero. Lo saqué para comprobar si era algún mensaje de felicitación navideña y descubrí que provenía de mi padre.

—¡Anda, si mi padre ha aprendido a mandar fotos! —exclamé esperando a que se cargara la imagen.

Después me quedé muda y empalidecí. Tuve que sujetarme al borde de la mesa para no caer.

—¿Álex?

Matthew estuvo a mi lado al cabo de un segundo y me sujetó con fuerza por la cintura.

—¿Qué es lo que te ha enviado el tío? —preguntó Ana sin advertir el

peligro.

Tragué saliva y volteé el teléfono para que lo viera ella también.

—Desde luego, tu padre ha inventado un nuevo concepto de plano contrapicado —comentó examinando la fotografía desde varios ángulos.

—Ana, que no es el contexto, es el contenido —urgí con nerviosismo.

—¿El panel de salidas de un aeropuerto? No lo entiendo.

—Lee lo que pone —dije con un nudo en la garganta.

Hola, hija, ¿pensabas que te íbamos a dejar pasar sola las Navidades? ¡Sorpresa! Vamos con tus tíos a Londres, así las pasamos en familia, como siempre. Dentro de tres horas estaremos allí. ¡Llevamos polvorones y turrón!

Los cuatro nos miramos como si no supiéramos reaccionar.

—Hostia —soltó Ana, sin ánimo para decirlo a gritos.

—Estamos jodidas —corroboré yo.

—Avisaré a mi madre para que no se asuste cuando llegemos —afirmó Matthew sacando su propio teléfono.

—Por lo menos, traen polvorones y turrón —dijo Martín.

—*¡Tostia!* —corroboró Gonzalo aplaudiendo su nueva palabra, y Matthew le tapó la boca, recibiendo un bonito mordisco como recuerdo.

Capítulo 22

¡Peligro: Navidad!

Cambié mi peso de un tacón a otro de los botines negros y finalmente exhalé con fuerza. Sentí la mano de Matthew presionar mis dedos entre los suyos y observarme con preocupación. Apenas le hice caso, pendiente como estaba de examinar la marea de recién llegados del vuelo de Madrid en el aeropuerto de Heathrow.

—Tranquila —susurró.

—No estoy nerviosa —mentí—, estoy... preocupada. —También fue una mentira.

En realidad, estaba a punto de salir corriendo mientras agitaba las manos y gritaba: «¡El Apocalipsis se cierne sobre Londres, la familia Torres Mazo está a punto de aterrizar! ¡*Vade retro*, Satanás!».

—Sí lo estás, siento cómo se está acelerando tu ritmo cardíaco —musitó como si pudiera oír el tamborilear de mi corazón.

—Matthew, que tú no conoces a mi familia en Navidad, que es como celebrar el bautizo de un Gremlin..., que tiene toda la pinta de acabar en una tragedia griega. Lo de Nerón quemando Roma quedará en una mera anécdota cuando ellos se enteren de todo lo que les ocultamos.

Se rio y me cogió la mano con fuerza.

—No será para tanto. De todas formas, deberías tranquilizarte —insistió

acariciándome la parte interna de la muñeca con el pulgar.

—Creo que hay otra que está peor que yo —afirmé viendo acercarse a Ana con un pañuelo sobre la boca, esquivando a la gente—. ¿Has vuelto a vomitar? —le pregunté cuando estuvo a nuestro lado. Ella asintió y pude ver brillar el sudor en su frente—. ¿Cuántas veces van ya? —inquirí con suavidad.

Levantó tres dedos de la mano derecha y después la dejó caer con cansancio.

Me solté de la sujeción de Matthew y acaricié su espalda notando su crispación.

—¿Has hablado con Martín? —continué intentando distraerla.

—Sí —murmuró ella, y se aclaró la voz—. Ya están de camino a Birchington con tu hermano y con Mia. Tuvieron que hacer una parada en un centro comercial para comprar una silla de bebé homologada y eso los ha retrasado un poco.

—¿Habría sitio en tu casa para cuatro más? —le pregunté a Matthew, dándome cuenta del problema de logística que teníamos encima.

—Es una casa grande. Habrá que compartir habitación, pero no hay más dificultad que ésa.

—¿Dificultad? —exclamé con voz aguda—. Y ¿cómo quieres que repartamos a la gente en las habitaciones? Yo no estoy dispuesta a compartir con Ana y Martín. Ya me entiendes —comenté mirando a Ana, y ella levantó la mano dando su consentimiento—, ni con mi hermano y Mia por razones obvias que...

—Sí, ya te entiendo —dijo Matthew esbozando una sonrisa torcida.

—¡Joder! —grité provocando que un par de personas me miraran con curiosidad. Bajé la voz para dirigirme a Matthew—: No será con ellos *dos* con los que hiciste un trío...

—No —masculló él, y Ana sonrió entre dientes, olvidándose por un instante de sus propias tribulaciones.

—Menos mal —resoplé—. Y tampoco quiero compartir habitación con mis padres, ¿os imagináis lo violento que puede ser? —proseguí como si no fuera capaz de dejar de hablar—. Además, que Martín y Ana tampoco deberían hacerlo con mis tíos porque...

—Ya están aquí —anunció Matthew con un fuerte suspiro, poniendo fin a mis disertaciones.

Me volví a tiempo de ver aparecer a mi padre sujetando a mi tío por el codo, el cual parecía estar ebrio o bastante mareado. Mi madre correteaba detrás de ellos arrastrando una pequeña maleta y conversando con un hombre bajito y moreno. Mi tía sujetaba con decisión su bolso de viaje bajo el brazo, como si temiera que se lo fueran a robar, y se encaminaba cual general al mando directamente hacia nosotros. Una cabeza adornada con un gorro de piel se vislumbraba a su espalda. Abrí los ojos con espanto reconociendo a la portadora de aquella especie de oso de las cavernas en su cráneo.

—¿Cómo ha sido capaz de traerse a su amante?! —estallé en un bramido apretando los puños.

—Creo que tendré que llamar a mi madre de nuevo —masculló entre dientes Matthew forzando una sonrisa—. Me temo que hay que sumar dos personas a la cena.

—¿Dos? —pregunté sin poder despegar la vista del animal que portaba Piruca—. ¿A quién te refieres?

Sin darme tiempo a reaccionar, el abrazo de mi tío me dejó sin respiración.

—¡Hija mía! ¡Cuánto has crecido en todo este tiempo! —balbució separándose para cogerme por los hombros y agitarme como una coctelera.

—Papá, ella es Álex —dijo Ana atrayendo hacia sí a su padre, que se quedó con la mirada perdida como si acabara de despertar.

—Pues no es tan raro Londres, la verdad es que se parece bastante a Madrid —respondió él observando a su alrededor, ahora con excesiva curiosidad.

Resoplé con fuerza y encaré a mi madre.

—¿Se puede saber qué le has dado?

—¿Por qué piensas que he sido yo? —exclamó ella llevándose la mano al pecho fingiéndose ofendida.

—Eres la única traficante de drogas que conozco —resumí.

—Bueno, un par o tres orfidales, nada más que eso para tranquilizarlo, ya sabes que tiene miedo a volar. Aunque parece que le han hecho reacción...

La observé detenidamente con los ojos entornados mientras mi padre saludaba a Matthew profiriéndole varios golpes en el hombro. Después, miré a su extraño acompañante, que de cerca parecía una momia egipcia, como si su piel hubiera sido preservada al calor y a la luz de una lámpara de rayos UVA.

—Os presento —dijo mi madre con una sonrisa resplandeciente—. Lorenzo, ella es mi hija Álex.

—*Enchanté* —pronunció con voz aguda aquel hombre, y me cogió la mano para besármela como si fuera un galán de los años cuarenta, con veinte más añadidos—. Parecéis hermanas, caramelito.

Sentí una profunda repulsión y, de forma instintiva, me limpié el dorso de la mano en el pantalón vaquero. No sabía qué me daba más asco, si el olor a gomina apelmazada de su pelo, su expresión al llamar *caramelito* a mi madre o sus labios babosos.

Ana lanzó una carcajada y eso hizo que reaccionara propinándole un fuerte codazo en las costillas. Mi tía me acercó a su cuerpo con objeto de besarme, aunque su propósito real fue aleccionarme.

—Es inconcebible. Ya puedes hablar con ellos cuanto antes o nos veremos obligados a intervenir —masculló en mi oído.

Asentí con la cabeza frunciendo los labios y sentí la mirada preocupada de Matthew sobre mí. Mi padre sonrió satisfecho, ajeno al intercambio de opiniones silenciosas, y animó a Piruca a acercarse.

—Tú debes de ser el amigo de Roberto, Matthew, ¿no? —dijo ella levantando sus labios de forma lasciva y examinando a Matthew de arriba abajo haciéndole un escáner.

—Lo soy, y usted es...

—Puedes llamarme Piruca, ahora que voy a ser familia de Álex —afirmó poniendo una mano sobre su mejilla, marcándolo.

Noté el respingo de Matthew y yo me atraganté con mi propia saliva.

—*Pleased to meet you*[18] —musitó él, y ahí pude comprobar el grado de nerviosismo que sufría. Recordé de improviso que sólo bajo tensión hablaba en inglés con alguien que no conociera el idioma.

—Esa zorra... —oí murmurar a mi madre, y me volví hacia ella como un resorte.

—¿No erais amigas? —inquirí.

—Tú lo has dicho: éramos —asintió.

Me volví hacia mi padre buscando una explicación, pero la recibí de la propia Piruca.

—¿No te lo han contado? Alfonso y yo nos vamos a casar. —Hizo una pausa para darme la oportunidad de cerrar la boca, cosa que no hice—. He traído un regalo de bienvenida y agradecimiento a tus padres —añadió sin querer apercibirse de mi sorpresa.

Le entregó una planta extraña a Matthew, que la cogió por inercia.

—Es ruda, conocida principalmente por su protección contra los malos espíritus.

Todos miramos la planta con algo de reparo.

—A mí me parece una de esas plantas de lentejas que nos obligaban a mantener vivas durante el colegio. Ya sabéis, de esas que plantábamos en los botes vacíos de yogur entre dos algodones —interrumpió Ana sin dejar de observarla.

Piruca se mostró ofendida y lanzó una especie de bufido, aunque pronto se olvidó para centrarse sólo en mí.

—Por cierto, querida, tu aura sigue siendo bastante oscura, hasta creo ver una tormenta que se cierne sobre tu espíritu —explicó entornando los párpados como si entrara en trance.

—No te jode, una tormenta dice..., ¿ésta no sabe que estamos en Londres? Ni que pensara que va a pasar un fin de semana en Cancún —murmuró Ana cabeceando.

Iba a protestar cuando la voz de Matthew me interrumpió.

—El aura de Álex es brillante y límpida —determinó con frialdad—. Es de una estupidez insultante que sugiera que se cierne una tormenta sobre su espíritu, a no ser que pretenda ser usted la instigadora de la misma. Cosa que, por otro lado, no le aconsejo por su bien que intente.

—¡Ay, mierda! —mascullé cada vez más nerviosa—. Que ni hemos salido del aeropuerto y ya se ha armado...

Miré a Matthew y le apreté la mano con disimulo, instándolo a que guardara silencio, ya que por su gesto parecía tener intención de acabar con

toda aquella farsa de inmediato. Ni siquiera con ese espantajo de planta bajo el brazo, había perdido un ápice de la seguridad y la atracción que lo caracterizaba.

Carraspeé incómoda, intentando romper el tenso silencio que sobrevino tras el último comentario de Matthew, como si fuera el prelude de la tormenta que predecía mi futura madrastra. Varios pares de ojos se posaron en nosotros, algunos con sorpresa, otros con incredulidad, y los de mi tía y mi madre entornados, ya que fueron las únicas que se dieron cuenta de la personal intensidad que Matthew había puesto en sus palabras.

—Creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Mis padres no toleran la impuntualidad —continuó Matthew con firmeza—. Ustedes —se dirigió a mis padres y a mis tíos— irán con Álex, y ustedes —prosiguió señalando a Lorenzo y a Piruca— lo harán con Ana y conmigo.

—Pero yo quiero ir con Alfonso —protestó Piruca recobrando la voz, que era lo único que había perdido, porque el descaro lo seguía manteniendo.

—Es mi coche, mi casa, y decido yo. ¿Le ha quedado suficientemente claro? —apostilló Matthew con fiereza; después se pasó una mano por el pelo con gesto cansado y esbozó una sonrisa a mis tíos—. Ya tendrán tiempo de hablar con su hija cuando lleguemos a nuestro destino.

—Claro, hijo —balbució mi tío dándole un golpe en el brazo, y después se inclinó sobre Ana—. Me gusta tu novio, se lo ve buen chaval y con carácter —exclamó en un intento frustrado de ser un murmullo, ya que todos lo oímos.

—¡Papá!, que él no es mi...

Pero no la dejé acabar, la sujeté del codo y, juntas, nos encaminamos hacia el aparcamiento.

—¿Quién dijo que la Navidad era una época de paz y amor? —mascullé sintiendo el mordisco del frío aire de Inglaterra en el rostro.

* * *

Me concentré en seguir los focos traseros del Aston Martin de Matthew, sujetando con fuerza el volante e intentando aplacar la furia que sentía brotar en cada poro de mi piel. Había recibido instrucciones precisas de Matthew

cuando me había dejado las llaves de su Mercedes, tales como ir despacio y no perderlo de vista. Se aseguró de que llevara el móvil programado en manos libres por si lo necesitaba en algún momento. Además, el GPS me mostraba en todo momento el camino que debía seguir. No obstante, apenas salimos del aparcamiento y nos encontramos con el tumultuoso tráfico de los alrededores de Londres, fui incapaz de mantener los labios sellados.

—¡Pero ¿se puede saber cómo os habéis atrevido a traer a vuestros amantes?!

Mi tío, que una vez se había subido al coche se había quedado irremediabilmente dormido, dio un pequeño respingo sin llegar a despertarse, para después dejar caer la cabeza sobre la ventanilla y seguir golpeteando el cristal de forma rítmica. Aparte de aquel molesto ruido, no hubo contestación alguna.

—¿Podéis ponerle algo al tío para que llegue con la cabeza intacta? —inquirí suavizando el tono.

Mi tía se quitó la gruesa chaqueta de punto y la dobló para posicionarla bajo el rostro de su marido. Por un instante sentí que las lágrimas se iban a derramar dejando descubrir mi vulnerabilidad al ver ese gesto de ternura entre ellos. Había vivido situaciones parecidas protagonizadas por mis padres durante toda mi infancia y mi juventud.

—¿Nadie va a contestar a mi pregunta? —exclamé minutos más tarde.

—Ya lo he hecho, Álex. Tu tío no sufrirá daño alguno —murmuró mi tía, y después me dio un cálido apretón en el hombro—. Me alegro, cariño, de que vuelvas a conducir.

—Gracias, tía, aunque no me refería a esa pregunta.

—Lorenzo es mi pareja y ya va siendo hora de que te acostumbres, Álex, que no eres una niña —murmuró mi madre torciendo los labios.

—Y Piruca mi prometida, lo que sube un grado, así que no hay motivo para...

—¿Qué es esto? —estallé—. ¿Una guerra para ver quién puede más?

Mis padres fruncieron el ceño y cada uno miró por su lado de la ventanilla. Resoplé frustrada y conecté la radio para que el silencio no se volviera otro personaje maldito de la pesadilla de Navidad.

—¿Y el abuelo? ¿Se puede saber dónde lo habéis dejado?

—Huy, el abuelo está encantado de haberse quedado con su cuadrilla del mus. Dice que quiere que lo llames mañana para darle novedades —expuso mi padre.

Y, aunque supuse que había sido cosa de Piruca quitarlo de en medio, no repliqué.

—Almu te manda recuerdos —susurró mi tía—, le habría gustado venir, pero tenía que trabajar.

La observé por el espejo retrovisor con curiosidad.

—No sabía que los colegios hicieran guardia en Nochebuena.

—Ya no trabaja en el colegio. Montó una empresa de catering hace unas semanas. Tu amiga Diana la está ayudando, tiene muchos contactos. La verdad es que le va muy bien —explicó con no poca sorpresa.

—Nadie me lo había dicho —mascullé. «Como tantas otras cosas», pensé para mí.

—He traído vino. Reserva de Marqués de Cáceres —me explicó mi padre, que iba sentado junto a mí, sacando de una bolsa una caja de madera envuelta en papel de regalo.

No le dije que estaba segura de que el vino era lo único que sabía que iba a haber de sobra en casa de los padres de Matthew.

—Lo he comprado en el *tutti frutti*, porque el que llevaba me lo han confiscado al pasar el control policial —continuó al ver que yo no contestaba.

—*Duty free*, idiota —musitó mi madre desde el asiento trasero.

La fulminé con la mirada echando un vistazo rápido atrás, pero ella sólo se encogió de hombros. ¿En qué momento habían llegado a esa guerra abierta?

—Y ¿cómo es posible que Piruca haya conseguido pasar una planta de ruda sin que se la retuvieran? —inquirí concentrándome en la carretera.

Descubrí por el espejo retrovisor varias miradas de incompreensión.

—Habrà hecho algùn hechizo de invisibilidad, como es bruja... —canturreó mi madre, y mi tía le dio un pequeño pescozón.

Resoplé y decidí guardar silencio.

—¿Podemos desviarnos para ver el cambio de guardia del palacio de Buckingham? —preguntó mi madre mirando hacia la lejanía, donde se veían

las luces de la inmensa urbe que circundábamos.

—¿Estás loca, mamá?

Aferré el volante con más fuerza dejando escapar parte de la tensión en ese gesto.

—Sólo era una idea..., quizá la próxima vez —se disculpó, y yo me arrepentí de mi salida de tono.

—Matt es muy amable al aceptarnos en Nochebuena —comentó mi tía.

—Sí, lo es.

Sonreí por primera vez.

—Es una suerte que Ana haya encontrado a un chico así aquí. Siempre pensé que su trabajo en el Museo Británico la absorbía tanto que al final me iba a quedar sin ser abuela. ¿Sabes si a Matt le gustan los niños? —prosiguió.

Tosí para disimular y di un pequeño acelerón involuntario. Matthew pareció notarlo y redujo la velocidad.

—Tía, verás... —comencé.

—No necesito explicaciones, Álex. Lo he visto en el aeropuerto, ya sé que odiabas a ese chico con toda tu alma, aunque ahora parece que te tiene mucho aprecio. No sé lo que has hecho para encandilarlo, pero ni Ana ni Martín se merecen una traición de ese calibre, así que te advierto que, como madre que soy, mi deber es avisar a mi hija de que se ande con cuidado.

—¡Por Dios! —exclamé, viendo que mi madre y mi tía se enzarzaban en una discusión sobre mi traición o no traición a Ana, y que todavía no había un peso definitivo en la balanza que lo definiera.

Bajé el volumen de la radio y grité:

—¡Basta ya! Lo que se tenga que hablar se discutirá en casa y no en un coche.

Ambas se quedaron mudas y se cruzaron de brazos con gesto de enfado. Mi padre, en un intento baldío de destensar la tensión, dio un golpe al salpicadero y sonrió.

—Buen coche, por cierto. ¿Te lo ha cedido la empresa?

—¿Qué empresa? —pregunté desconcertada.

—Pues los chinos, hija, ¿quiénes iban a ser?

—Señor, dame paciencia..., porque si me das fuerza... —mascullé.

* * *

Casi tres horas después, llegamos a las afueras del pequeño pueblo de Birchington. Apenas había tráfico, y las casas decoradas con luces navideñas contribuyeron a suavizar mi genio. Nos desviamos de la calle principal hacia la salida sur, donde parecían confluír varias edificaciones de tres plantas con un amplio jardín. El coche de Matthew se detuvo en la última y yo aparqué detrás. Respiré con alivio; después de un trayecto tan largo me sentía entumecida y a la vez tremendamente nerviosa, una mezcla difícil de sobrellevar. Antes de que pudiera abrir la puerta, Matthew me esperaba junto a ella. Sonreí al verlo y me preguntó con una mirada si estaba bien. Asentí con disimulo y él se dirigió al maletero a descargar las bolsas de viaje.

Aspiré con fruición el aire límpido que provenía de la cercana costa y oí a lo lejos el graznido de las gaviotas. Miré la casa y la admiré también. Era robusta y a la vez elegante. El jardín principal estaba cubierto de arbustos de peonías, boj y varios árboles, entre los que destacaban un tilo y un sauce llorón. Una enredadera tapaba parte de la fachada principal y las buganvillas se asomaban resplandecientes bajo los ventanales. La luz de la entrada se encendió y la puerta de madera lacada en negro, contrastando con la piedra blanquecina propia de aquella parte de Inglaterra, se abrió dándonos la bienvenida en la figura de la madre de Matthew. Apenas la había visto tres o cuatro veces en mi vida. Y lo que recordaba de la boda era una nebulosa sin sentido. Seguía siendo morena, con el pelo que le llegaba a la altura de los hombros, y su hijo había heredado sus ojos grises. Abrió los brazos y sonrió. Anduve hasta ella devolviéndole la sonrisa y dejé que me abrazara.

—¡Gracias a Dios! —exclamó llevándose la mano a una imagen de la Virgen que adornaba su cuello—. No sabes lo que he rezado por poder ver esta escena algún día.

—Roser, igual no tendrías que haber rezado tanto... —Dejé la frase en suspenso y ambas nos volvimos hacia el grupo, que había comenzado a discutir antes de ser siquiera presentado.

—Tranquila, Álex. Matt me lo ha contado todo. Estamos aquí para

apoyarte, no lo dudes —afirmó, y saludó con la mano a mi madre.

Pasé dentro y me encontré con Martín, Mia y mi hermano en el *hall*. Sin tener tiempo para explicaciones, la marabunta abordó el pequeño recibidor decorado con espejos que reflejaban la luz de las lámparas. Me acerqué a Martín y le susurré:

—¿Dónde está el bebé?

—Durmiendo.

Respiré hondo y, después de abrazos, saludos, besos y la entrega de presentes, que los padres de Matthew agradecieron de forma comedida y cordial, llegaron las incómodas preguntas.

—Anda, si también está Martín. —Mi tía se aproximó a nosotros y nos sonrió con suspicacia—. ¡Esto sí que es una sorpresa!

—¡No sabes cuánto, Juani! —exclamó Martín, y yo lo miré iracunda.

—¡Hija! —Mi padre me llamó y me disculpé para entrar en el círculo formado por mi hermano, Mia y él.

—Acabo de conocer a tu jefa —me informó con una sonrisa de satisfacción—. Aunque no sabía que la costumbre era invitar a los jefes a las celebraciones navideñas. ¿Es una costumbre china o inglesa?

—Ninguna de las dos, papá. Ella es...

—Soy francesa, Alfonso —pronunció Mia con esa cadencia musical tan adorable—, de ascendencia japonesa, aunque pasé parte de mi juventud en España, concretamente en Barcelona.

—Pero ¿no trabajas para los chinos? ¿Ahora son japoneses? No es lo mismo, ¿no?

—Papá —interrumpió Roberto—. Mia no es su jefa.

—¿Ah, no? Y ¿quién es?

—Mi exmujer —afirmó Matthew justo detrás de mí.

Mi padre se volvió con gesto sorprendido y, por primera vez, se quedó sin palabras, aunque reaccionó con prontitud, propinándole varios golpes en la espalda.

—Reconciliándoos, ¿eh? ¡Qué mejor época que la Navidad!

—Aquí se masca la tragedia. —El comentario fue vertido en mi oído por Ana, que intentaba disimular lo mejor posible con Martín y sus padres.

—Papá —intervino Roberto pasando una mano por la cintura de Mia y gesto serio—. Ella es mi pareja.

—Tu... ¿qué?

Le di un pellizco en el brazo a mi hermano, pero ni se inmutó.

—Podrías haber esperado a que por lo menos dejaran las maletas, ¿no?

Mi padre seguía sin entender nada y nos miraba a uno y a otro esperando una explicación lógica. Ana volvió a interrumpir:

—Esto es como hacerte la cera, rápido y con un fuerte tirón.

La madre de Matthew dio un par de palmadas en alto y atrajo nuestra atención hacia ella.

—Matt, tú ve subiendo las maletas a cada habitación. Álex me ayudará a terminar de acomodarlas y los demás acompañarán a John al salón, donde pueden descansar un poco y tomar una copa antes de la cena.

—Sí, sí —balbució mi padre—, creo que una copa me vendrá muy bien —afirmó antes de desaparecer por las puertas acristaladas que daban al amplio salón.

Yo me apresuré a seguir a Roser escaleras arriba, claramente huyendo, mientras Matt intentaba recoger las maletas para transportarlas. La decoración era austera, pero cálida y acogedora. La barandilla de madera pulida y los peldaños cubiertos por una gruesa moqueta color ciruela daban paso al descansillo del primer piso, en el que destacaban las alfombras persas en tonos oscuros y diseños geométricos. Pude ver varios cuadros de bodegones y escenas campestres, así como diversas fotografías familiares colgando de las paredes. Roser fue abriendo cada puerta para explicarme y mostrarme su hogar. La última fue su habitación, decorada en tonos blancos y suaves crema, donde había una gran cama de matrimonio y un armario a la izquierda con ribetes dorados. Las mesillas altas y las lámparas de forja daban fuerza a la estancia.

—Ésta será vuestra habitación. Nosotros dormiremos en una salita en la planta baja que solemos utilizar cuando estamos solos para ver la televisión y leer, allí hay un sofá cama.

—No puedo permitirlo. Nosotros dormiremos allí —afirmé.

—Álex, cuando vaya a vuestra casa, decides tú. Aquí decido yo. —Pese a

la firmeza de la frase, estaba sonriendo.

—De acuerdo. —Me rendí.

—El resto de las habitaciones ya están distribuidas, así nadie tendrá que compartir, ya que también hemos habilitado el ático, que John suele utilizar para montar sus maquetas. Es bastante espacioso, y creo que, allí, Ana, Martín y el bebé estarán cómodos.

—Gracias —musité sintiendo un profundo alivio.

Ella se volvió hacia mí y sonrió ampliamente.

—Sé que debe de ser muy difícil para ti, con toda esta gente que comparte, digamos, «un pasado común» entre sí y del que tú eres partícipe y pieza principal, pero haremos que éstas sean unas Navidades inolvidables. Al fin y al cabo, estamos deseando inaugurar una tradición familiar contigo, y también con tu familia.

—Roser, no sé cómo agradecértelo —expresé al borde de las lágrimas.

—Ya lo has hecho. Estás con Matt, eso era lo único que queríamos. Ya era hora de que fuerais felices. A Matt siempre lo tratasteis como a uno más cuando iba a España. ¿Crees que nosotros vamos a hacer alguna diferencia?

La abracé porque no supe cómo contestar a eso, y ella me acunó en sus brazos.

—Ahora te dejo descansar, que el viaje habrá sido complicado, ¿no? —Asentí con la cabeza—. Matt vendrá cuando repartamos al resto de la gente. La cena se sirve dentro de una hora.

—¿Necesitas ayuda?

—No, ya está todo preparado. Únicamente quedan los últimos toques.

—Gracias —repetí, y ella cerró la puerta dejándome sola en la habitación.

Fui directamente al baño, necesitada de una ducha caliente que destensara mis músculos y disipara el nerviosismo, siempre atenta a cualquier ruido extraño que pudiera oír, ya que me temía que fuera a estallar una batalla campal en el piso inferior. Matthew me sorprendió cuando salía de la bañera, cogiéndome por la cintura con posesión. Me estremecí ante su contacto, como siempre, y él me dio un beso en la nariz y esperó mi reacción, que fue arrugarla y sonreír. Enarcó una ceja divertido y se mantuvo en silencio.

—¿Cómo está todo en la línea de fuego? —inquirí secándome el pelo con

la toalla, mientras no dejaba de observar su cuerpo desprendiéndose de la ropa para entrar en la ducha.

—Bastante bien. Martín y Ana se han escabullido hacia el ático con disimulo, y mi padre está ejerciendo de perfecto anfitrión inglés con los demás —resumió ya desnudo.

Algo despistada, y provocando una sonrisa sardónica por su parte, insistí:

—¿Quieres decir que les está contando historias del Imperio británico al amor de la lumbre?

—No. Quiero decir que los está emborrachando con su mejor reserva de whisky escocés —contestó, ya riéndose abiertamente dentro de la ducha.

—Debería decirle que me guardara un poco —murmuré saliendo a la habitación para vestirme.

—¡Te he oído! —Matthew elevó la voz para amonestarme—. Ni una gota, y lo sabes.

Levanté las manos en un gesto de rendición y empecé a vestirme después de abrir la pequeña maleta. Saqué un vestido y lo extendí sobre la cama. Cuando apareció de nuevo Matthew, con un bóxer negro de Dolce & Gabbana, tuve que hacer un esfuerzo enorme por concentrarme en que la costura de mis medias no se torciera.

—¿Te vas a poner ese vestido?

Matthew lo sostenía con una sola mano, acariciando la tela con un dedo.

—Sí, ¿te parece poco adecuado? —inquirí algo preocupada.

—Es el vestido que llevo semanas deseando arrancarte con los dientes —declaró devolviéndolo a su sitio. Las cuentas de cristales de Swarovski tintinearón—. Lo que quiere decir... —me examinó detenidamente con la mirada, trazando una línea invisible en mi piel— que finalmente aquella noche decidiste ponerte el rojo.

Mis mejillas se tornaron del color del vestido elegido aquella vez y me mordí el labio.

—¿Cómo puedes acordarte de todo?

—Y tú, ¿cómo puedes no recordar nuestro primer beso? —preguntó besándome en la punta de la nariz.

Lo miré con gesto interrogante, pero él se volvió para ponerse el traje.

Mientras tanto, me introduje en el vestido y me encaminé con el neceser en la mano al baño para maquillarme. Casi había terminado cuando él se posicionó a mi lado y procedió a hacerse un perfecto nudo Windsor en la corbata. Nuestras miradas se cruzaron a través del espejo y mi corazón se llenó de dicha de forma repentina.

—Te quiero —murmuré.

Matthew suspiró y sus manos se quedaron quietas un instante para observarme con detenimiento.

—Gracias —contestó.

—¿Gracias? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —exclamé indignada.

Me giró para ponerme frente a él y sus manos ciñeron mi cintura.

—Álex, es la primera vez que me lo dices con total sinceridad. Me prometí ser paciente, algo que no llevo muy bien, y hasta creí que jamás te atreverías a pronunciarlo. Me has dicho que me amabas, que sufriste por mí, aunque nunca nada ha sido tan transparente como esas dos palabras que sé que han brotado directamente de tu corazón. «Gracias» es mi forma de decirte que por fin me has aceptado en tu vida tal y como soy.

—Siempre te he aceptado, pero ¿aceptarás tú a mi familia?

—Por supuesto, aunque te aseguro que Piruca, si la vista no me falla, tiene el aura negra como el carbón. Quizá debería ir a que le limpiaran los chacras con disolvente.

Lancé una carcajada.

—Tu viaje tampoco ha sido fácil, ¿verdad?

—Digamos que ha sido... diferente. Esa mujer intentó sonsacarme información sobre nosotros durante todo el trayecto.

—Nunca me ha gustado Piruca, y creo que yo tampoco le he gustado nunca a ella.

—Tienes razón, Álex. A los enemigos no hay que subestimarlos, recuérdalo.

Asentí con la cabeza preguntándome qué debía de saber él que yo desconocía.

—¿Estás lista? —preguntó varios minutos después.

—Lo estoy —dije calzándome unos *stiletos* negros que me alzaban hasta

su hombro.

—Muy bien, bajemos —asintió y, cogiendo mi mano, descendimos la escalera mientras él declamaba a *Enrique V* de Shakespeare como si fuera el comandante C. K. *Banger King* en el desembarco de Normandía arengando a sus soldados—: «Los caballeros que ahora estén en Inglaterra se creerán malditos por no estar ahora aquí».

Me reí y nos separamos para entrar en el salón profusamente iluminado con dos lámparas de cristal de *strass*. Al fondo, junto a la chimenea encendida, había un inmenso árbol de Navidad que desprendía un suave olor a pino y a frescura. Los amplios ventanales que daban al jardín estaban cubiertos con cortinas de pesado brocado color crema, y mis tacones repiquetearon en la tarima pulida de madera que conformaba el suelo. En el centro del mismo estaba situada una mesa de caoba con capacidad para veinte comensales, rodeada por sillas altas de estilo isabelino. Un mantel rojo y blanco con diminutos bordados en forma de muérdago adornaba la misma, ya cubierta por un servicio de porcelana completo. La madre de Matthew había dispuesto, dispersas sobre la mesa, varias velas adornadas con motivos navideños, y los candelabros de plata se habían retirado para adornar la repisa de la chimenea. El gusto de Matthew por lo clásico, sin perder el empuje de lo moderno, se respiraba en cada rincón de aquella casa.

Nosotros fuimos los últimos en llegar, así que los demás comenzaron a tomar asiento en cuanto entramos. Mis tíos, mis padres y Piruca se situaron frente a nosotros. Lorenzo, viéndose privado del lugar que creía que le correspondía, corrió un par de veces alrededor de la mesa de forma ridícula como si estuviese jugando al juego de las sillas, hasta que mi hermano se movió, sosteniendo a Gonzalo, que ya había cenado pero que parecía no tener ganas de perderse la función que representábamos, y le dejó un sitio a mi izquierda. Mi madre miró extrañada el intercambio de parejas que parecíamos haber sufrido Ana y yo, aunque se mantuvo en silencio. Mi tía hizo lo mismo, sólo que su mirada de furia me llegó con total claridad a través del reflejo de las velas en las copas de cristal de Bohemia. Los padres de Matthew, imprimiendo algo de serenidad al ambiente, seguían conservando la costumbre navideña española y, como tal, se suponía una cena opípara.

En un tenso silencio se abrieron las botellas de vino y se fueron sirviendo. Todos a una, tomamos las copas para dejarlas vacías en un instante. Recibí un pequeño pellizco de Matthew en la rodilla y le respondí con un pisotón. Después, nos instaron a que abriéramos unos regalos que estaban situados sobre los platos, una especie de cilindros envueltos en papel satinado.

—¿Qué es esto? —pregunté cogiéndolo para examinarlo con extrañeza.

—Un *cracker* —me informó Ana desde el otro extremo—, es típico en Nochebuena. Se coge por cada extremo con tu compañero de la derecha y el que gane se queda con la sorpresa que esconde.

—Vaya —musité.

Tiré con fuerza de mi lado, y Matthew suavizó su empuje para que ganara. Todos estallaron como petardos y provocaron risas y algún grito de alegría. Cogí mi sorpresa, que era una corona plateada, y Matthew hizo los honores de ponérmela. Los hombres ganadores rehusaron, cediéndosela a sus parejas, excepto a Piruca, que, con su nuevo peinado acabado en punta como si fueran los catorce ochomiles, fue imposible que sostuviera el artilugio.

La madre de Matthew se levantó y, destapando la fuente que destacaba en el centro de la mesa, nos instó a que fuéramos pasándole platos. Resultó ser una crema de boniatos, dulce y consistente. Realmente deliciosa. El vino distendió el ambiente y, con él, comenzaron a llegar las preguntas que ninguno deseaba contestar.

—Es un niño precioso, Matt. Roberto no nos había informado de que habías tenido un hijo —comenzó mi padre, ya que parecía el más desinhibido, fruto del zumo de uva fermentado y del whisky ingerido con anterioridad.

—No es mío —contestó de forma escueta Matthew.

—Entonces... —mi madre frunció el ceño y miró fijamente a Roberto—, ¿eso quiere decir que nos acabamos de convertir en abuelos putativos, Alfonso!

Mi tía ocultó la risa detrás de la servilleta de hilo y mi padre estuvo a punto de sufrir un colapso.

—¿Abuelos? Ah, claro, que la joven china y Roberto...

—Ana —siseé, pero ella, blanca como el papel, se levantó disculpándose y se dirigió a la cocina con una excusa que balbució y nadie entendió.

—Martín —siseé de nuevo, y él enarcó una ceja en señal de complicidad con su compañera huida, haciendo ver que lo dirían los dos juntos.

Suspiré y Matthew me apretó la mano con fuerza. Mis padres se miraban el uno al otro intentando asimilar la noticia.

—¡Qué niño tan mono! —exclamó con voz aguda Piruca, sobresaltándonos a todos.

Gonzalo la miró con unos ojos como platos, escupió el chupete y alzó un dedito pringoso.

—¡Ésa no *usta*!

Varios de nosotros tuvimos que agachar la cabeza, compartiendo la total sinceridad del pequeño.

—Estos jóvenes tan modernos... —comentó mi padre, desviando la atención hacia él con su habitual sutileza—. En nuestros tiempos suponía todo un escándalo casarte con una madre soltera.

Se oyó un resoplido al unísono, pero Mia, con su buen carácter y su humor, se rio placenteramente, sin confirmar ni desmentir su súbita maternidad. Seguro que era la que más estaba disfrutando de todo, ya me la imaginaba creando un guion para una película *indie*.

Ana regresó a tiempo de oír el último comentario, se sirvió otra copa y se la bebió de un solo trago.

—Roser, déjame que te ayude con el segundo plato —afirmó mi madre, todavía algo descompuesta, y escapó con ella a la cocina.

En ese interludio sentí que una mano caliente se posaba sobre mi rodilla y miré a Matthew en un mudo gesto de interrogación, al que él respondió enarcando una ceja. Me volví como un resorte hacia la izquierda y me topé con la sonrisa blanqueada de aquel engendro humano adicto al sol y a la gomina. Apreté las rodillas con fuerza y él retiró la mano con un quejido cuando le aplasté los dedos. Nadie pareció apreciar el golpe bajo la mesa que siguió a su exclamación.

Mi madre y Roser entraron entonces portando la bandeja con el pavo acompañado de *pigs in blankets* y varias fuentes más con salsa de arándanos, coles de Bruselas y *roast potatos*. Mientras se acomodaban de nuevo, le pidieron a Matthew que trinchara el pavo, entregándole los cubiertos.

Él cogió el tenedor, se puso de pie y lo enarboló con decisión delante del rostro de Lorenzo, amenazándolo.

—La próxima vez que pongas tus sucias manos sobre mi mujer, te juro que te saco los ojos. ¿Ha quedado claro?

Las palabras de Matthew, pronunciadas con total frialdad, estallaron como una granada sobre la mesa. Se oyeron varias exclamaciones de sorpresa y algún gritito agudo proveniente de mi madre, Piruca y mi tía.

—¿Tu mujer?! —aulló mi madre con los ojos fuera de las órbitas.

El nuevo golpe, después de creerse abuela, la dejó totalmente noqueada.

—¡Lo sabía! —anunció mi tía mirando a Ana—. Cielo, ¿cómo ha sido posible? ¡Y delante de tus propias narices!

—Yo fui testigo de su boda, mamá —contestó ésta, empalideciendo aún más y recurriendo a la copa de vino, nuevamente llena.

—Pero, pero...

Mi tía se quedó sin palabras y miró a mi tío, que seguía sin entender apenas nada, además de atontado por los tranquilizantes, con una dosis bastante fuerte en su cuerpo de alcohol.

—¡Te lo dije, Alfonso! —gritó mi madre bastante enardecida—. Que decirle a Álex que nos divorciábamos le iba a traer un trauma con consecuencias nefastas para nosotros. Ya sabes cómo es tu hija, no tengo que decírtelo. Vive en las nubes y nunca se entera de nada, parece que todo a su alrededor es un arcoíris de colorines y purpurina. Nunca ha sabido aceptar la realidad. Qué forma más ruin de vengarte de tus propios padres...

Dejó escapar un gemido hondo y meneó la cabeza con decepción.

Me quedé blanca de furia y me levanté con lentitud, sujetando un cuchillo de plata en la mano derecha. Los señalé a ambos con dureza.

—¿Por qué siempre tenéis que escudaros en mí por vuestros actos? ¿Es que no veis lo que estáis haciendo con vuestras propias vidas? —Cogí aire con fuerza y mi mano tembló—. Mamá, ¡por Dios! Pero ¿se puede saber de dónde has sacado a esto? —Me volví hacia Lorenzo.

—Éste —me corrigió de forma automática Ana, y la fulminé con la mirada.

—*Esto* —repetí.

—Es mi profesor de pádel —contestó mi madre haciendo un gesto de

indiferencia.

—¡Qué típico! —mascullé con desprecio—. Y tú, papá, ¿de verdad crees que Piruca está enamorada de ti?

—Pues, pues..., claro. ¿No es así, Piru? —Se volvió hacia ella con gesto interrogante.

—Por supuesto —afirmó ésta frunciendo los labios y haciendo que brotaran un millar de arrugas alrededor de ellos, como las raíces de un árbol viejo.

—Estás totalmente equivocado. Sólo quiere tu dinero —afirmé con calma.

—No es cierto, yo tengo mucho dinero —contraatacó Piruca con voz no muy firme.

—No lo tienes. Llevas el mismo traje horroroso que te pusiste el día de mi comunión, ¿crees que no lo iba a recordar? —La miré conociendo que tenía la mano ganadora, y ella me desafió torciendo su boca en un rictus amargo—. Sabiendo cómo eres y adónde venías, te habrías comprado media planta de moda del Corte Inglés sin decidirte por una marca en concreto. Tus uñas muestran que hace mucho tiempo que no reciben una manicura decente. Por no hablar del caniche que te has plantado en la cabeza, ofreciendo una muestra de la ostentación y la vulgaridad que te caracteriza, ocultando con ello que tu pelo necesita con urgencia un tinte nuevo. No te fuiste de la empresa porque necesitabas encontrarte ni expiar tus pecados de alta ejecutiva. Te despidieron y ya te has gastado la indemnización intentando vivir por encima de tus posibilidades. Nunca te ha importado nada ni nadie, y viste en mi padre la presa perfecta para vivir tus últimos años en una comodidad a la que ya estabas acostumbrada.

Ella se llevó la mano al pecho ofendida y Matthew me sonrió de medio lado. También percibí la sorpresa de Ana y el asentimiento silencioso de Martín y Roberto.

—Pues déjame darte una noticia: mis padres están arruinados. No sacarás ni un euro con ese matrimonio —continué con voz pausada.

—¿Cómo?! ¿Es eso cierto, Alfonso?

De forma curiosa, la mención monetaria fue lo que la hizo reaccionar.

—Verás, Piru, últimamente la empresa no está pasando por su mejor

momento y hemos tenido que recurrir a un préstamo que...

Mi madre aplaudió con entusiasmo.

—¡Sabía que había gato encerrado! —exclamó lanzando un brazo al aire como si hubiera ganado una maratón.

—Lo que no sabías, Manoli, es que tu hija no es tan infantil como nos habéis hecho creer siempre —apostilló mi tía.

—¿Infantil, yo?

Me sentí como si me hubiesen golpeado con una sartén dejándome atontada.

—Hija..., si ya sabes qué vida has llevado y cómo has sido. ¿Qué voy a explicar yo ahora?

—Pues, por ejemplo —pronuncié retomando mi fuerza—, ¿qué haces con un hombre que está intentando meter mano a tu hija por debajo de la mesa?

—Caramelito, no es lo que parece... —se disculpó Lorenzo.

Empuñé mi cuchillo hacia él y lo encaré:

—Si te vuelvo a oír llamar «caramelito» a mi madre, te corto los huevos y después me hago unas bolas antiestrés. ¿Entendido?

—¡Toma ya! —exclamó Ana, volviendo a coger la copa de vino.

—Matt, deberías controlar el carácter de tu mujer —replicó Lorenzo con una sonrisa falsa que atrajo las luces de toda la estancia.

—Lo que todavía no has entendido, imbécil, es que si estás aquí sentado es por el respeto que le guardo a la familia de mi esposa. Dejaré que ella cumpla su amenaza si lo cree necesario y, además, disfrutaré mucho viéndolo —apostilló Matthew con otra sonrisa, esta vez de completa satisfacción.

Lorenzo pareció recular y se removió incómodo en la silla.

—Lo mío con tu madre no es una cuestión de dinero —intentó explicarse la momia con dientes de porcelana.

—No, es cuestión de sexo. No necesito saber más. Hasta que te canses y otra mujer que busca algo diferente fuera de su matrimonio te encuentre. Porque tú eres de los que esperan agazapados, mientras se broncean, a que alguna de sus alumnas tenga problemas con su pareja para acercar posiciones.

—Yo no... —replicó.

Me aproximé a él tanto que nuestros alientos se entremezclaron y puse el

cuchillo sobre su pecho.

—De puta a puta, ¡taconazo! —siseé haciendo que retrocediera en la silla hasta casi caer de espaldas.

—¡Bravo!

Miré estupefacta a la madre de Matthew, que me sonrió ofreciéndome su apoyo.

Mia se rio suavemente y puso una mano sobre el brazo de mi hermano.

—¡Qué cena más divertida! Me encanta tu familia, Robbie.

—¿Ves, Álex? ¿No decías que no tenía ningún defecto? Pues ahí lo tienes..., anda que decir que le gusta nuestra familia... —intervino Ana.

—No niego nada de lo que has dicho, Álex. Es más, lo comparto. —Mi tía habló con bastante serenidad—. Pero eso no justifica que le hayas robado el novio a tu prima y hayas traicionado también a Martín. Creo que todo se hereda —añadió con un rictus malévolos.

—Yo, por mi parte, sólo puedo decir que les deseo toda la felicidad del mundo —pronunció Martín, elevando su copa como si brindara con el aire.

—Martín, tú lo que no tienes es sangre en las venas. ¡Habrás visto qué disparate! —replicó mi tía.

—Hija. —La voz de mi madre, quebrada y temblorosa, me hizo enfocarla con atención—. ¿Cómo has podido? ¿Así te he educado yo? ¿Para que intentes robarle el novio a tu madre?

La miré, estupefacta y dolida a partes iguales. Sentí que las lágrimas sin derramar escocían. Mucho.

—Manuela —susurró Matthew con un gesto tenso que me dio una idea clara de que se le estaba acabando la paciencia—, os he querido a los dos como si fuerais mis padres adoptivos, pero no voy a consentir ni una sola falta de respeto más hacia Álex. Espero haberme explicado con la suficiente claridad.

—Lo que no ha quedado claro, Matt, es lo de vuestra repentina boda —insistió mi tía ante el súbito silencio de mi madre.

Antes de que Matthew interviniera, lo hice yo.

—¿Queréis saber la verdad? —Miré a cada uno de los comensales a los ojos—. Me casé con Matthew por su dinero. —Hice una pausa en la que se

oyeron nuevas exclamaciones y susurros ahogados—. Lo del holding chino no salió bien, y él me ofreció la oportunidad de salvar la empresa a cambio de un año de mi vida. Acepté.

—Ésa no es toda la verdad —interrumpió Matthew provocando que yo me sentara, sintiendo que ya apenas me sostenían las piernas—. La verdad es que, cuando me tropecé con Álex en el aeropuerto y me contó los problemas financieros que tenía la empresa familiar, no dudé en ofrecer mi ayuda, pero sé lo cabezota que puede llegar a ser, así que tuve que ingeniármelas para convencerla de que, a cambio, me diera algo que yo llevaba deseando toda mi vida. A ella.

Lo miré con dulzura y él cogió mi mano con fuerza.

—Nos queremos, de hecho, siempre nos hemos querido y nada va a poder cambiar eso nunca —profetizó.

Se hizo un pequeño silencio en la mesa que prontamente fue roto de nuevo por mi tía:

—Ana, Martín..., ¿se puede saber qué os pasa a los dos? Es que no lo entiendo, no lo entiendo..., que una cosa es ser abiertos y otra ponerles hasta la cama...

—Tu turno —dije dirigiéndole una sonrisa a mi prima, instándola a que hablara.

Ana cogió de nuevo su copa y se la bebió de un trago.

—Papá, mamá. —Se levantó algo tambaleante y Roberto le entregó a Gonzalo. Martín se situó a su lado—. El bebé es nuestro. Sois abuelos. Nunca me becaron para trabajar en el Museo Británico, de hecho, he sobrevivido porque tengo un puesto de artesanía en el mercado de Covent Garden.

Mi tía se llevó la mano al cuello como si estuviera sufriendo un estrangulamiento invisible y abrió la boca sin pronunciar palabra. Mi tío parpadeó confundido.

—¿Mamá, estás bien? —La voz de Ana temblaba, y su hijo lo notó y se abrazó a ella con desesperación.

—¿No vives en Chelsea ni trabajas para el Museo Británico? —pronunció finalmente mi tía.

—¿Chelsea?! —exclamé yo atragantándome con el vino.

Matthew me dio unas suaves palmadas en la espalda y yo elevé la vista al techo, admirando y temiendo la terrible imaginación de Ana.

—No. ¿Habéis escuchado algo de lo que he dicho? Sois abuelos y Martín es el padre —continuó Ana visiblemente nerviosa.

—En un mercadillo, dice que trabaja de tendera en un mercadillo... —murmuró mi tía, y de improviso puso los ojos en blanco y cayó desplomada sobre el plato.

Nos levantamos todos a una, pero Ana, más rápida, dejó a su hijo en brazos de Martín y corrió en ayuda de su madre. Mientras la mía intentaba reanimar a mi tía con una servilleta empapada en agua fría, mi tío escuchó las explicaciones vacilantes y algo confusas de su historia sin parpadear, como si sólo eso hubiera logrado despertarlo del todo.

—Bueno, el pavo ya se habrá quedado frío —intervino John al cabo de unos minutos con la flema inglesa que lo caracterizaba—, cariño, será mejor ir sacando el *Christmas pudding*, ¿no crees?

—Estoy completamente de acuerdo, cielo. Mientras, tú deberías traer el jerez para acompañarlo —contestó Roser dirigiéndose a la cocina—. ¡Y yo que pensaba que lo más emocionante de las Navidades era el especial de *Downton Abbey* que emite la ITV!

* * *

Una hora después ya habíamos regresado a nuestra habitación. Mi tía se había recuperado del desmayo, aunque le estaba costando bastante asimilar los cambios en la vida de su hija. Mi madre y mi padre llevaban esa hora encerrados en habitaciones separadas discutiendo con sus respectivas parejas. Mia y mi hermano se habían escabullido con demasiada rapidez, evitando contar algo que quizá nos incomodara a nosotros. Los padres de Matthew, después de despedirse, se habían retirado a descansar en silencio, dejando el alborotado salón para el bullicio español.

—¿Cómo estás? —me preguntó Matthew atrayéndome hacia su firme cuerpo cuando cerró la puerta tras de sí.

—No lo sé —murmuré contra su pecho—, sigo nerviosa y preocupada. No

he podido resistirlo y he estallado. Ahora estoy también avergonzada.

—No deberías avergonzarte de nada de lo que has dicho. Todo era verdad. Creo que les has dado una buena lección a tus padres demostrándoles que siempre han estado equivocados respecto a ti.

—¿Y si no lo están? ¿Y si es cierto lo que han dicho, que he intentado vivir una vida de mentira siempre, escudándome en mi propia fantasía?

—Yo no te he visto nunca así y te conozco desde que eras una niña. Creo que ellos ya se forjaron una idea equivocada hace mucho tiempo y les ha sido más cómodo seguir amparándose en ella.

—Lo que más odio en el mundo es que me engañen, que no confíen en mí. No soporto a la gente que no es franca, que anda con subterfugios, que esconde la verdad detrás de mentiras piadosas. Eso es algo que jamás he podido perdonar.

Me abrazó con fuerza y suspiró hondamente.

—Álex, no siempre todo es lo que parece a primera vista.

—Eso ya te lo he oído otras veces. ¿Estás intentando decirme algo, Matthew? —Levanté la cabeza para observarlo—. ¿Alguna otra esposa escondida en un armario o algo parecido?

Rio con suavidad, pero no había alegría en sus ojos, que se habían oscurecido de repente.

—Lo único cierto y en lo único que puedes confiar es en que te quiero más que a mi propia vida. Nunca lo olvides. ¿Me lo prometes?

—Un intento de seducción muy profundo —sonreí—, aunque no necesitas tanto si quieres mi permiso para arrancarme el vestido con los dientes.

—¿Me lo prometes? —insistió.

Miré algo preocupada su gesto tenso y asentí con la cabeza.

—Te lo prometo.

—Bien. —Suspiró y su sonrisa se hizo más amplia y sincera—. Ahora déjame ver qué tal se me da quitarte el vestido con la boca.

Con Matthew nunca tenía que fingir o indicarle con palabras qué me gustaba o qué me molestaba. Él me conocía y conocía la respuesta de mi cuerpo incluso mejor que yo misma. Sus dientes atraparon el tirante y lo dejaron caer por mi brazo. Su mano me apretó contra su cuerpo fijándose en la

parte baja de mi espalda. Fuimos desnudándonos con rapidez, acompañados de nuestra respiración agitada y mis gemidos apenas reprimidos. Cada centímetro de mi piel hormigueaba gritando por ser acariciado. Eché la cabeza hacia atrás y cerré los ojos al sentir millares de estrellas nublándome la vista. Nuestros jadeos se mezclaron al fin en una sola voz.

Separándonos a regañadientes, caí exhausta sobre la cama. Me volví de forma perezosa y lo atraje hacia mí. Su pelo me hizo cosquillas cuando me llenó el vientre de un reguero de besos. Escaló hasta mi boca y me miró fijamente. Enterré los dedos en su gruesa cabellera y lo observé con la misma intensidad.

—Cada segundo, cada minuto, cada hora de mi existencia la he vivido pensando en ti. Por favor, nunca lo olvides —pronunció de forma solemne.

Arrugué el entrecejo con preocupación. Seguía habiendo algo oculto que no lograba averiguar qué era.

—Parece que te estés despidiendo —dije con un nudo de temor en el estómago.

—Jamás podré decirte adiós, Alex. Ni siquiera cuando tenga que despedirme de ti —musitó.

—Matthew, ¿qué sucede? —Le cogí el rostro con ambas manos—. Me estás asustando. ¿Sabes algo del médico que me va a operar?

—No sucede nada, sólo recuerda siempre que todo lo que hice fue por amor a ti.

—¿Crees que podría repetir el mismo error dos veces? —inquirí sintiendo un hilo de desconfianza estrangularme con astillas de hielo.

—¿Me amas? —preguntó con los ojos brillantes.

Acaricié su rostro deleitándome en cada curva.

—Siempre te he amado —respondí, y lo obligué a que reposara sobre mi pecho.

Estaba tardando en dormirse. No habló más; sin embargo, notaba la tensión de su cuerpo y su abrazo como si no pudiera despegarse de mi piel. Pero, finalmente, lo hizo. Su temperatura subió y su respiración se volvió profunda. Esa noche había elegido una de sus extrañas posiciones envolviéndome a mí en ella. Con excesivo cuidado de no despertarlo, me moví con lentitud y

conseguí salir de la cama. Me vestí deprisa, con los vaqueros y el jersey de punto negro que había llevado para el viaje, revolví en la maleta, amparándome en la semipenumbra de la habitación, que dejaba caer a través de los resquicios de las cortinas los haces lumínicos de la luna creciente. Cogí los regalos que había comprado y cerré la puerta con cuidado, encaminándome al salón. Mientras bajaba la escalera me tropecé con Ana, que subía cargada con varios paquetes envueltos en papeles satinados de brillantes colores.

—¿Le estás robando los regalos a Papá Noel? —susurré.

Ella asomó la cabeza por encima del montón de cajas y suspiró aliviada al reconocermme.

—¡Qué más quisiera ese gordo mentiroso vestido de rojo que siempre me trae extraños artilugios eléctricos para quitarme la celulitis! Si se le ocurre ahora bajar por la chimenea, se va a dar de bruces con una imagen que no podrá olvidar en las mil vidas que le quedan —refunfuñó.

—¿Al final ha habido sangre? —la interrogué con algo de miedo.

—No. Los novios..., perdón, el novio y prometida de tu padre se han marchado poco después de que tú desaparecieras con Matthew. John los ha llevado al único hotel que hay en el pueblo. Dijeron que se negaban a estar en esta casa, en la que, según ellos, «se respiraba el odio hacia sus personas». Mañana cogerán el tren a Londres y regresarán a Madrid, o se tirarán por un puente, la verdad es que me da lo mismo...

—¿Tu madre...?

—Mi madre ha recurrido a la reserva de psicotrópicos de emergencia que lleva la tuya en el bolso y ahora está roncando plácidamente. Espero que duerma hasta Año Nuevo por lo menos...

—Entonces ¿qué sucede? —continué intentando esquivarla para asomarme al salón.

—Yo que tú no lo haría —siseó moviéndose para que no pudiera pasar—. O te encontrarás con la visión que todo hijo evita durante toda su vida.

—¿De qué estás hablando?

—Ya sabes..., nuestros padres son seres angelicales que sólo comparten cama porque en invierno hace mucho frío para dormir separados.

Enarqué las cejas y estuve a punto de reír. La tensión acumulada en la

espalda desde que había visto que venían acompañados desapareció junto con el peso de mi corazón.

—¿En serio? —Mi voz sonó extrañamente aguda, y por un momento me vi reflejada en sus ojos oscuros como si ambas tuviéramos siete años.

—Por desgracia, yo sí lo he visto. Y te aseguro que me costará mucho olvidarlo —afirmó—. Vamos, aquí no hacemos nada. Creo que saliendo al jardín se puede acceder a la cocina por la puerta trasera, esperaremos allí a que aplaquen su... —se quedó en silencio—, ¡joder! ni sé cómo llamarlo.

—Amor, llámalo amor —repuse yo siguiéndola.

—¡Pero mira que eres moñas!

Se volvió hacia mí y me dio un pequeño empujón.

Ana tenía razón, en la cocina había una puerta trasera que estaba abierta y daba al jardín de atrás. Entramos escapando del frío de la noche y depositamos los regalos sobre la mesa central de madera. No encendimos ninguna luz, ya que los ventanales de la misma nos iluminaban lo suficiente. Era una cocina amplia, decorada con muebles rústicos y vidrieras de colores. Todavía se percibía el suave aroma a comida recién hecha, y Ana rebuscó en los armarios hasta encontrar una caja metálica de galletas de mantequilla.

—Podríamos preparar un café —propuso.

—Mejor esto.

Le mostré la botella de jerez que no había sido consumida durante la cena.

—Tienes razón —afirmó repartiendo las copas.

En ese momento, una corriente de aire frío se filtró en la estancia y vino acompañada por mi hermano, vestido con un pijama de franela azul marino y varios paquetes más. Traía el rostro descompuesto y pálido.

—¡Hostia! ¡No sabéis lo que acabo de ver! —fue su saludo.

Ambas nos miramos y comenzamos a reír como chiquillas.

—Yo sí lo he visto —dijo Ana.

—Yo no, a mí me lo han contado —lo informé.

Roberto cogió una copa y, llenándosela, se la bebió de un trago antes de contestar:

—Menos mal, enana. A saber qué nuevo trauma te habría supuesto, conociéndote...

Le pegué una patada en la espinilla y él se puso a maldecir saltando a la pata coja.

Finalmente, los tres nos sentamos a la mesa en silencio.

—Tienes cara de bien follada —comentó Ana mirándome con los ojos entornados.

Enarqué una ceja y comprobé que las tres las copas de jerez que se había tomado ya le habían hecho efecto.

—¡Eh, que es mi hermana pequeña! No necesito saber esas cosas — interrumpió mi hermano.

—Tú, cállate —Ana lo miró—, que también traes cara de bien follado. Y que conste que habla la envidia.

Me reí a carcajadas y ella puso un mohín infantil.

—¿Ha sido dura la noche? —le pregunté.

—¿Te puedes creer que mi madre no paraba de preguntarme si era de esas que venden bragas a un euro? ¿Sabes lo difícil que es que te concedan un puesto de venta en Covent Garden?

—Bueno, viviendo en Chelsea, seguro que entre tus amistades contabas con gente bastante influyente... —repuse con una media sonrisa.

Roberto lanzó una carcajada y Ana le propinó un pellizco en el brazo.

—¡Joder, con las dos! Que luego Mía se mosquea porque ve marcas en mi cuerpo que no son tuyas.

—Así que le gusta jugar duro a la francesita, ¿eh? —preguntó Ana.

Levanté la mano pidiendo tiempo.

—Soy su hermana pequeña y mujer del exmarido de su novia. No quiero ni necesito saberlo —exclamé.

—Y a ti —mi hermano se dirigió a Ana—, ¿cómo se te ocurre contarles que vivías en Chelsea? Un poco más y les dices que la reina te ha cedido Balmoral como segunda residencia.

Ana enrojeció y bebió de su copa hasta atragantarse.

—¿Qué? —pregunté yo.

—Bueno..., una vez les dije que me habían invitado a una fiesta y que había conocido al príncipe Harry, un joven muy simpático...

Mi hermano y yo comenzamos a reír a carcajadas.

—Es que empiezas a contar una mentira y ésta crece y crece como una bola... y es imposible pararla —se justificó Ana.

—Por cierto, Roberto, podrías haberme echado un cable en la cena, ¿no? Que para eso soy tu hermana.

—Si lo hubieras necesitado, lo habría hecho, pero te defendiste a la perfección tú solita.

Me sonrió sardónicamente y me dieron ganas de marcar su bonita cara con un bofetón.

—Si al final es el que ha salido mejor parado —terció Ana.

Miré a mi hermano con detenimiento y meneé la cabeza.

—No, pero ha merecido la pena tanto esfuerzo, ¿verdad? Recuerdo que hace varios años hiciste un máster en Barcelona, allí encontraste a Mia. Tú la conociste antes que Matthew.

—Sí, y después le presenté a mi mejor amigo. Fin de la historia —dijo él con pesar.

—¿No creéis que el destino tiene mucho que ver en todo esto? Me refiero a que todos estábamos con parejas que no nos pertenecían, que no nos hacían felices, hasta que algo mágico ha hecho que eso cambie —musitó Ana.

—¿Cuánto has bebido? —la interrogué.

—Demasiado —contestó ella.

—Y yo que pensaba que íbamos a tener que llamar a las fuerzas armadas durante la cena en plan: «Suelten los cubiertos, apártense de la mesa y dispérsense» —añadió mi hermano.

—Bueno, somos una extraña familia, aunque bastante civilizada —apostillé yo.

—Sí, tenemos de todo —corroboró Ana—: traficantes de drogas, primas que les roban los novios a otras, mujeres que se casan por dinero, hasta una bruja..., bueno, ésa ya no.

—Pero ya no hay secretos —aclaré—. Y no sabéis lo feliz que me hace eso.

—¡Ejem! Sigue habiendo uno bastante importante. —Fue Roberto quien habló, aunque los dos me miraron con intensidad.

—No es un secreto, es algo que prefiero mantener en la intimidad hasta la

consulta que tenemos Matthew y yo el día 3 de enero en Glasgow con un prestigioso neurocirujano.

—Deberíamos brindar por ello —propuso Roberto, y levantó la copa para hacerla chocar con las nuestras—. ¡Por los finales felices!

—¡Por muchas Navidades más con vosotros! —añadió Ana.

—¡Por la verdad! —concluí yo, y ambos se miraron antes de beber, lo que me hizo tener la misma sensación que una caída vertical por un precipicio, un aviso invisible de algo que no llegaba a comprender.

Y, como suele suceder siempre, en ese momento, aunque los tres confiábamos en nuestra felicidad futura, las cosas comenzaron a torcerse para todos. Lo que no sabíamos era que la tormenta de emociones sufrida en Nochebuena era el preludio de la verdadera tempestad.

Capítulo 23

De cómo sentirte idiota y, además, serlo

—¿No puedes retrasarlo hasta que acaben las fiestas? —le pregunté a Matthew rodeándolo con los brazos junto a la puerta de nuestro hogar en Londres.

—Sólo serán unas horas, para la cena estaré aquí. —Me dio un beso en la nariz y yo lo miré extrañada—. Procura no quemar la cocina con alguno de tus experimentos culinarios —añadió.

—Muy gracioso —respondí—. ¿Qué tienes que hacer esta vez? ¿Algún desnudo artístico que adorne las paredes del metro y me produzca ansias de retorcerte el pescuezo?

Rio con suavidad y se dejó acunar por mis brazos unos instantes más. Adoraba estar en esa posición, con el rostro apoyado sobre su pecho, oyendo su corazón latir.

—Es una reunión de trabajo. Por lo visto, algún desafortunado empleado ha aprovechado los días festivos para robar información privilegiada a una empresa que es clienta nuestra. Será tenso y desagradable, pero no puedo descuidarlo ahora que parte de mis ingresos van a desaparecer —explicó.

Levanté la cabeza para mirarlo, aunque en su rostro no había pena, ni siquiera algo de resquemor al decirlo.

—También trabajo yo —lo informé.

—Bueno..., contando que teóricamente soy tu jefe, eso no supone un dinero extra —murmuró junto a mis labios, y noté la excitación bajo sus pantalones del traje golpeando mi estómago.

—No pienso hacerte el numerito de la secretaria, ¡que conste!

—¿Y el de la creativa despistada?

—Hummm..., ése lo pensaré..., si llegas a tiempo esta noche.

—Lo haré —prometió. Se separó con un suspiro hondo y se acomodó el pantalón ante mi mirada divertida—. Creo que me va a resultar muy difícil concentrarme en la reunión —masculló hablando para sí.

Sonreí triunfante y le entregué el maletín.

—Pórtate bien —me instó saliendo hacia el jardín.

—¿Yo? Siempre lo hago —me mostré falsamente indignada.

—No, nunca lo haces. Y eso me da bastante miedo.

Se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso y se volvió para entrar en el coche que lo esperaba aparcado en la acera.

Cerré la puerta manteniendo la sonrisa. Una sonrisa de plena felicidad. ¿Se podía ser más feliz? No. En ese momento, no. Mis padres estaban intentando limar sus diferencias. Mi hermano y Mía planeaban un futuro juntos. La empresa de mi padre parecía estar remontando la crisis, y hasta Ana había encontrado un trabajo que a ojos de su madre no la hacía parecer una harapienta: iba a comenzar en enero a trabajar en el taller que Mía tenía en Londres diseñando joyas. Martín pronto se mudaría con ella. Todo parecía haber encajado a la perfección. Incluso tenía una sensación premonitrice de que la visita al neurocirujano resolvería mi problema. Sí, desde luego, nunca había sido más feliz.

Hasta que llamaron a la puerta.

—¡Jeff! —exclamé sorprendida—. Matthew no está, tenía una reunión en la City con una empresa que...

—*I known it*[19] —dijo con el semblante serio.

Comprendí al instante que algo no iba bien y le indiqué que pasara. Sin embargo, permaneció inmóvil en el umbral, casi con un pie fuera, como si deseara irse cuanto antes.

—Para ti —pronunció entregándome un paquete envuelto.

Era una caja rectangular, y algún tipo de objeto tintineó en su interior al moverla.

—¿Es un regalo? Lo siento, yo no he comprado nada para ti —me disculpé.

—No, no ser regalo. Es... —vaciló un instante eterno—, *the truth*.

—¿La verdad? ¿La verdad de qué?

—Lo que tú tienes derecho conocer.

—¿Cómo?

Lo miré con desconfianza y él palideció aún más, confiriéndole el aspecto de estar a punto de desplomarse en el suelo.

—No lo entiendo —insistí.

Aunque no dijo una palabra más. De repente, movió la mano y la posó sobre mi mejilla. Me estremecí sintiendo un escalofrío.

—No quiero..., yo no... —Vaciló de nuevo y tomó aire—. No, tú no sufrir.

—¿Que no quieres hacerme daño? —tradujo un tanto confusa.

Asintió con la cabeza y su mano abandonó mi rostro. Me miró un segundo más y bajó deprisa los escalones de la entrada para atravesar el estrecho espacio que lo separaba de su coche.

Me quedé un momento viendo cómo desaparecía conduciendo calle abajo y me volví para encaminarme al salón. Sentándome en el sofá, dejé el paquete sobre la mesa frente a mí. No quería abrirlo. No tenía idea de qué era, pero presentía que iba a hacerme daño. Ahogué un gemido involuntario. Y ¿si era un compendio de las relaciones de Matthew en esos nueve años? Muchas debían de estar documentadas en la red, pero otras no, teniendo su mejor amigo acceso directo a ellas. Sin más dilación, rasgué el papel que cubría la caja.

Todavía permanecía serena, ajena a lo que me esperaba. Dudé antes de levantar la tapa, pues una alarma furtiva se disparó en mi interior, impeliéndome a que no lo hiciera. Aun así, no pude resistirlo y acabé abriéndola. Cogí lo que contenía, todavía más extrañada que asustada. Sólo eran varios fajos de papeles y, cuidadosamente ordenadas, una fila de cintas de audio en un lateral. La vacié y de ella cayó al suelo un cuaderno que quedó abierto por una página que mostraba un diseño nupcial. Me arrodillé sin poder creer lo que veían mis ojos. Era el vestido de mi boda, un rebufo de sedas,

lazos y purpurina pegada al papel. Sobre él, mi letra infantil. Y entonces reconocí aquel diario que había empezado a escribir sin haber llegado a la adolescencia. Pasé las hojas con dedos temblorosos. Había varios dibujos más, de las pirámides de Egipto, del Big Ben, incluso de una bandeja de sushi con anotaciones al dorso: «luna de miel», «ciudad favorita», «¡adoro la comida japonesa!». Un esbozo de Matthew a carboncillo, difícil de reconocer. Sólo una palabra: «Él». Cerré el cuaderno con un golpe y el corazón martilleándome en el pecho para revolver entre la documentación que había desperdigada sobre la mesa. Cogí el primer fajo de papeles y comencé a leer con rapidez.

Roberto:

Sé que te parecerá extraño o tal vez inapropiado que me dirija a ti a través de un correo electrónico, aunque debes entender que desde el accidente he procurado mantenerme alejada de todos vosotros. Ahora creo que es el momento de reaccionar, de dar un paso adelante. Y quiero hacerlo pidiéndote ayuda, pidiendo tu ayuda para que la ayudes a ella, a Álex. Sé que es posible que no quieras leerme o que nunca me contestes, pero inténtalo, por ella. La he visto hoy, de lejos, paseaba en un parque cercano al apartamento de Martín. Parecía estar perdida, confundida. No sé, su imagen me ha impactado tanto que nada más llegar a casa he decidido que tengo que hacer algo. Que tenemos que hacer algo.

Ella no se merece lo que le está sucediendo. ¿En qué momento de su vida emprendió el camino equivocado? Lo desconozco, y lo único que para mí es cierto es que ella sola no va a poder recuperarse. Por lo que me dicen mis padres, la realidad en vuestra casa es una mentira. Y no me gusta, Roberto. Sé que yo fui la primera que actuó mal cuando me alejé, culpándola con mi silencio de un accidente que no fue culpa suya. Y sé que tengo que enfrentarme a su rostro, decirle todo lo que me está quemando por dentro. Lo haré cuando empecemos a arreglar su vida.

Tenemos que ayudarla a recuperar lo que perdió, a reconducir su vida para que deje de ser una sombra asustadiza y vuelva a ser ella. Nuestra Álex.

Por favor, piénsalo,

Almu

Tuve que dejar de leer y apartar la carta como si fuera tóxica. Las manos me temblaban, y tenía un agudo dolor en la boca del estómago. Sentí el mismo pánico que cuando recordaba el momento previo al accidente. No tenía sentido, nada tenía sentido. ¿Qué habían hecho?

Con ahínco desesperado, revolví entre el resto de los papeles. Parecían ser un resumen de conversaciones traducidas del inglés. Jeff había sido escrupulosamente metódico. En cada página constaba el día, la hora y la

duración de las reuniones. Estaba redactado como si fuera un guion. Comenzaban en febrero del año que todavía no había acabado. Al principio, los únicos reunidos eran Roberto y Matthew. Después se les habían sumado Martín y Ana. Entre los cuatro habían conformado un retorcido entramado de escenas que comenzaba con una sospechosa oferta que me requería como diseñadora por una empresa china. A partir del primer encuentro en el aeropuerto con Matthew, todo estaba diseñado al milímetro. El vestido, la luna de miel, cuándo tenía que entrar en escena Jeff y cuándo Nicoletta. Había habido reuniones urgentes al cambiar los planes porque yo misma los desbarataba, o bien mis padres, inmiscuyéndose.

Solté las hojas, ya arrugadas, y me llevé la mano a la frente. Sentía un amargor en la boca que me llevaba a la náusea. Descubrí con asombro que había fotografías mías. Habían contratado a un detective para que me vigilara, documentando mis encuentros con Rubén. Temblé. Temblé tanto que no podía controlar el castañear de mis dientes.

A veces es peor el golpe de recibir una mala noticia que la noticia en sí. Al juntarse ambos, todo en lo que crees, todo lo que te sostiene, se tambalea hasta romperse. Me sentía indefensa, y nada de lo que podía hacer o decir me habría devuelto lo que había perdido. A mi alrededor, los colores cambiaron y la luz ya nunca fue la misma, como si la Tierra, al girar, hubiera sufrido un traspie que desviara su eje. Tú sigues ahí, pero es como si nunca hubieras estado.

Estaba tan dolida que no encontraba las palabras para expulsar el daño, los adjetivos carecían de suficiente significado. ¿Cómo explicar que deseas arrancarte el corazón, aunque sepas a ciencia cierta que éste seguirá latiendo pese a estar fuera de tu pecho?

Y, cuando ya no quedó nada dentro de mí, cuando ya estaba vacía por completo, cuando ya no sentía ni el soplo de mi alma en mi interior, los temblores me acometieron con tal crudeza que habría sido mejor que me rompieran todos los huesos. Habían jugado con mi vida como si yo fuese una marioneta. Y lo más dantesco de aquella destrucción era que creían que lo hacían por mi bien.

Para salvarme de mí misma.

No me gustaba prejuzgar a la gente. Yo misma me había convertido en una mentirosa a lo largo de los años. ¿Quién no miente alguna vez? ¿Quién no vierte un comentario cuidadosamente seleccionado para provocar una reacción en una tercera persona? ¿Quién no alaba a una amiga cuando piensa que lo necesita, aunque crea lo contrario de lo que dice? Yo lo había hecho, al igual que millones de personas. Pero nunca me habría atrevido a llevarlo a tales extremos de crueldad. Había sido analizada, espiada, examinada y manipulada, había sido un experimento humano para que luego ellos, cuales dioses, decidieran por mí. No habían tenido piedad. De mi boca brotó una carcajada amarga, tan amarga como la traición que acababa de ver con mis propios ojos.

Pero en todo plan siempre hay elementos que no se pueden controlar, y ahí entraba yo. Mi aneurisma cerebral y yo. Algo que había truncado su maléfico ardid.

Y en ese instante deseé morir por primera vez en mi vida.

Deseé hacerlo porque era lo único que no podían decidir por mí.

Cogí el teléfono con manos temblorosas y busqué un contacto que no estuviera contaminado por la información encontrada. Llamé a Rubén.

—Hola, Alex, ¿qué tal la Navidad?

—Rubén. —Ni me molesté en contestar—. ¿Puedes venir a casa?

—¿Qué sucede?

—¿Puedes venir, por favor?

—Antes de una hora estaré allí.

Utilicé ese tiempo en hacer una pequeña maleta. Cogí mi bolso, la documentación, y bajé a esperarlo al salón. Apareció en la puerta antes de lo convenido. Nada más abrísela, al ver mi rostro desencajado, me abrazó con fuerza sin mediar palabra.

Sólo entonces, las lágrimas brotaron de mis ojos enrojecidos y cansados. Lloré como una niña con sueños rotos. Me aferré a su cuerpo para controlar el temblor del mío, viendo en él mi única salvación. Sollocé en su hombro con violentas convulsiones, deshaciéndome sin poder remediarlo. Y también sentí su consuelo a través de sus firmes manos recorriendo mi espalda. Su callada respuesta me reconfortó levemente, y al cabo de un rato nos separamos. Le

cogí la mano para llevarlo al salón. Ambos nos sentamos en el sofá y, de forma atropellada e inconclusa, le expliqué lo que había descubierto. Él se mantuvo en silencio hasta que terminé y me dejé caer agotada hacia delante, sujetándome la cabeza con las manos.

—¿Es real? Parece imposible. Quiero decir, ¿cómo pudieron crear un escenario tan complejo para que tú... —Rubén se quedó mudo.

En ese momento sólo vi a un joven que dudaba, que creía que aquello era una especie de broma macabra.

—Tan real como la vida misma. O tan falsa como la vida misma. Ya no lo sé. No sé lo que fue cierto y lo que fue mentira.

Los ojos me escocían de contener las lágrimas.

—Pero tus padres..., ¿ellos lo saben?

—Lo dudo. Mi madre es incapaz de guardar un secreto, y mi padre ni siquiera sabe lo que es un secreto, como para intentar esconderlo...

—¿Qué vas a hacer?

—Irme. Cuanto antes. No quiero volver a verlos en lo que me quede de vida, que, por otro lado, ni siquiera sé si es mucho..., aunque puede que sea un consuelo.

Me cogió por los hombros con fuerza, obligándome a mirarlo entre las lágrimas.

—Nunca bromees con eso, por favor.

Pero yo ya no bromeaba. Había vuelto a enamorarme de Matthew como si fuera aquella niña feliz y sin preocupaciones. Él me había salvado de muchas maneras. Y ahora dudaba de cada palabra que había pronunciado, de cada caricia, de cada beso. La ira y la furia crecieron en mi interior, emponzoñando cualquier buen recuerdo que quedara de mi estancia en Londres.

Y Rubén, sin saberlo, al mencionar a mis padres me había ofrecido una salida algo digna. Como todo ser humano, nuestro instinto primario cuando nos vemos envueltos en problemas es acudir a nuestra madre. Mi madre nunca había sido convencional, aunque sí había sido una buena madre. Intenté solapar el dolor con su recuerdo siendo yo niña, leyéndome un cuento antes de acostarme, poniéndome una compresa fría sobre la frente si tenía fiebre, llevándome a ver mi primera exposición. Sí, tenía que huir cuanto antes.

—¿Qué necesitas? —preguntó Rubén observando los cambios en mi rostro mientras yo meditaba.

—Salir del país.

—Buscaré el primer vuelo.

—No, tengo que hacerlo en coche. Matthew podría localizarme de otra forma e intentar evitarlo. También tengo que dejar mi teléfono aquí, estoy segura de que lleva instalado un sistema de seguimiento.

—Compraré un teléfono para ti y alquilaré un coche. Pero ¿serás capaz de hacer un viaje tan largo tú sola?

—Te aseguro que con la furia que siento ahora sería capaz hasta de propulsarme hasta la luna.

Él sonrió y me acarició la mano.

—¿No deberías reunirlos primero y pedirles explicaciones? Sería lo más lógico. Escuchar lo que tengan que decir.

—Lo que tienen que decir ya lo han dejado claro en más de doscientas páginas. En realidad —hice una pausa cogiendo fuerza para confesar lo que más daño me había hecho—, no lo hicieron por mí: lo hicieron por ellos. Con mi confesión en Navidad, la historia de mi hermano y Mía pasaba desapercibida, así como que Martín estuviera en realidad enamorado de Ana y no de mí. Dicen que intentaron salvarme, pero lo único que hicieron fue utilizarme para salvarse ellos.

—Lo siento, Álex. No creo que te lo merezcas. No creo que nadie lo merezca —determinó con gravedad.

—Gracias, Rubén, aunque yo ya no sé lo que me merezco o lo que no. Sólo sé que tengo que poner tierra de por medio, cuanta más, mejor.

—Está bien. Espera aquí, dentro de una hora más o menos tendré lo que necesitas —afirmó levantándose.

—De acuerdo —contesté de forma mecánica.

Al oír la puerta cerrarse me doblé sobre mí misma.

—¡Joder! —mascullé—. ¡Duele! ¡Duele tanto!

* * *

Aferré con demasiada fuerza el volante del Vauxhall plateado que había alquilado Rubén. En el asiento del acompañante estaba depositado mi bolso y un nuevo teléfono con su número memorizado. Con un suspiro trémulo, bajé la ventanilla y miré por última vez al que había sido mi único amigo en Londres. Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

—No me digas adiós —pronunció con seriedad.

Negué con la cabeza, de nuevo al borde de las lágrimas.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame. Recuerda descansar y no desviarte de la ruta. Lo mejor es que pases el Eurotúnel antes del anochecer y que pares en Francia.

—Está bien —murmuré sin fuerza, y cerré un instante los ojos antes de arrancar.

La última visión que tuve de él fue a través del espejo retrovisor. Creí ver que se secaba una lágrima con el puño en un gesto de furia, pero puede que fuese sólo el viento jugando con su pelo castaño.

Tenía por delante más de veinte horas de trayecto. Cogí la M20 en dirección sureste y dejé en blanco la mente para obligarme a sostenerme hasta llegar a Francia. Al aproximarme a Dover, hice una pequeña parada. Compré el *ticket* del túnel por veintitrés libras y, al cabo de poco más de una hora y media, ya había pasado a Francia. Allí aparqué el coche en un restaurante de carretera, cené algo y dormí un par de horas llenas de sueños turbulentos. Desperté al filo de la medianoche y decidí continuar mi viaje por la route Des Estuaires. Cuando amaneció, me encontraba a las afueras de Rouen. Mi mente seguía vacía de cualquier contenido que no fuera llegar cuanto antes a casa. La tristeza había dado paso a una férrea determinación. Al anochecer, pasé la frontera en Irún. A las cuatro de la madrugada, la A1 se convirtió en la M30 y por fin reconocí el entorno como mío. La carretera estaba casi vacía de tráfico y me fue muy sencillo desviarme hasta el centro de Madrid.

Consideré la hora que era y decidí que lo mejor sería acercarme al apartamento de Diana y, de allí, una vez que descansara y me duchara, conducir hasta casa de mis padres para explicarles todo lo sucedido. Me interné en el barrio de Malasaña tratando de no perderme. La escarcha cubría los pocos vehículos estacionados en la calle donde tenía su vivienda Diana y,

al no ver ningún hueco libre, acabé aparcando el coche sobre la acera, en la puerta de un amplio *sex-shop* que ocupaba toda una esquina. Llamé con insistencia al timbre del portal.

—¡¡¡Tu puta madre!!!

—¿Diana?

—¿Quién eres y qué coño quieres a estas horas de la noche? Aparte de un jarro de agua fría que pienso lanzarte por la ventana. Y te advierto que tengo una puntería excelente.

—Soy Álex.

—¿Álex? ¡Joder! ¡Haberlo dicho antes! Sube, que hace un frío de mil demonios —afirmó cortando la comunicación.

Me arrastré, más que subir, los tres pisos hasta llegar a la puerta sin aliento. Estaba completamente agotada y me costaba enfocar los objetos, como si mis ojos se mantuvieran abiertos sólo porque me era imposible cerrarlos y que la imagen de Matthew no apareciera en ellos.

—¿De dónde vienes? Tienes un aspecto horrible.

Meneó la cabeza con consternación y me dejó pasar al interior del apartamento.

Tirité y me estremecí como si tuviera fiebre.

—¿Me ofreces un café y así te lo cuento? —murmuré comenzando a temblar.

—Ve al sofá, allí hay mantas suficientes. Conectaré la calefacción de nuevo.

—Gracias —susurré, y avancé un par de pasos para dejarme caer sobre el sofá de terciopelo azul marino y arroparme con varias mantas con el fin de entrar en calor.

Cuando regresó de la minúscula cocina, me entregó una taza de humeante café y se sentó sobre un puf de piel marrón frente a mí con gesto interrogante. Me froté los ojos, notándolos enrojecidos, ásperos, llenos de arena. Con un suspiro, me armé de valor y conté la historia a grandes rasgos. Su reacción no fue de sorpresa, aunque chasqueaba la lengua y agitaba la melena con reprobación en cada pausa.

—Bueno, ahora ya estás aquí. Lo mejor será que duermas un poco y

después veremos qué puedes hacer —murmuró viendo que se me cerraban los párpados de forma involuntaria.

Me recosté en el sofá y me obligué a descansar al menos unas horas. Pero no pude llegar a esa fase en la que dejamos de pensar para empezar a olvidar. Oí su voz amortiguada, parecía estar hablando por teléfono con alguien. Aunque al principio pensé que estaba imaginándomelo, me levanté en silencio al oír mi nombre de nuevo.

—Sí, te digo que está aquí. ¡Joder, Ana, es verdad! La tengo en el sofá durmiendo, ha llegado en unas condiciones deplorables. Apenas podía tenerse en pie.

Silencio.

—No, no creo que sea buena idea que la despierte para avisarla. En serio, nunca la había visto así, ni siquiera después del accidente.

Silencio.

—Está... está derrotada. Os dije que esto no traería nada bueno, que Álex odia las mentiras, que todo os iba a estallar como una granada de mano.

Silencio.

—De acuerdo. Esperaré a que lleguéis, aunque dudo mucho que quiera veros. De hecho, si pudiera borraros de sus recuerdos, eso es lo que creo que haría.

Silencio.

—No, no os odia. Es algo peor, más fuerte, es el dolor de perder a un ser querido y saber que éste te ha traicionado. Ya te digo que nunca la había visto así. Todavía no puedo creer que hiciera todo ese viaje ella sola y sin apenas dormir. Creo que lo único que la sostiene es la ira.

Silencio.

Me volví para recoger mis botines de piel y calzármelos. Cerré la puerta de la entrada con cuidado de no hacer ruido y bajé la escalera corriendo. Cuando me metí en el coche pude ver el rostro enrojecido de Diana, gritándome algo a través de la ventana.

Aceleré.

Me detuve casi una hora después. Solté el volante y sentí las manos tensas y agarrotadas. Apenas podía mover los dedos. ¿Ella también lo sabía? ¿A

cuánta gente habían involucrado? ¿A todos los que me conocían? ¿Todos pensaban que mi vida necesitaba ser cambiada? ¿Todos creían que era una fracasada? ¿Todos asumían que era incapaz de tomar mis propias decisiones? Mi cabeza era un torbellino de preguntas sin respuesta.

Miré a la derecha, había conducido sin saberlo hasta la empresa de mi abuelo. Salí del coche con calma y me senté en el bordillo. Las primeras luces del alba se adivinaban ya en el este. Prometía ser un día soleado de invierno, en el que el cielo luce ese azul pálido que no llega a calentar la piel y el viento te araña el rostro.

El polígono estaba aparentemente vacío, todavía no habían llegado los primeros trabajadores. Eché un vistazo al reloj. Al menos no llegarían hasta pasada una hora. Suspiré hondo y unas volutas de aire caliente se mezclaron con el aire helado, creando una pequeña nube que se disipó en instantes frente a mi rostro. Observé el relieve de una amapola en flor que ocupaba el lugar de la «o» en «Poppy». Era realmente bella. Confería un aire divertido y atrayente a un edificio que pasaba desapercibido en aquella zona industrial repleta de almacenes grises. Recordé el día que la había dibujado y cómo mi hermano le dio forma y la encargó a una empresa de metalistería para que la forjara en hierro y la pintara de rojo sangre. Mi flor preferida, mi hogar y mi refugio durante los últimos cinco años de mi vida.

Y en ese instante, lo noté. Comencé a ver borroso y a sentir un ligero adormecimiento de las extremidades y del lado izquierdo de la cara. Me fui inclinando hasta quedar tumbada en la acera sin darme cuenta. Cerré los ojos mientras sentía el fluir de la sangre por las venas, mientras las oía susurrándome un cántico ancestral. El latigazo estalló de improviso, detrás de los ojos, y deseé poder manejar las manos para sujetarme la cabeza. Los oídos me dolían como si me hubieran arrojado ácido sobre ellos, y los huesos del cráneo hicieron un considerable esfuerzo por no resquebrajarse. Era un dolor inhumano y, al mismo tiempo, lo más real que había sufrido nunca. Deseé respirar, pero ese simple esfuerzo fue en vano. Exhalé con dificultad y el frío abrasó mis pulmones.

Dicen que, cuando te llega la muerte, nadie está deseando recibirla. Que, por mucho que la esperes, maldigas, afirmes que no te importa..., llegado el

verdadero instante en el que sabes con certeza que ya no volverás a vivir, te revuelves y luchas desafiando a la parca.

Yo no luché.

Porque aquel que ya lo ha perdido todo nada tiene que perder.

De nuevo, los agujones como astillas en mi cabeza.

Creí sonreír cuando por fin dejé de sentir dolor.

—Bienvenida —susurré entre sueños—, has tardado mucho.

Y Matthew apareció en mis recuerdos para que yo pudiera despedirme de él.

—Álex, ten cuidado, te vas a caer —exclamó sin levantar mucho la voz.

Lo miré riéndome desde lo alto de la roca a la que había escalado. Sus modales británicos contrastaban demasiado con nuestro carácter abierto y bullicioso. Aun así, cada vez que oía sus palabras pronunciadas en un perfecto castellano con su leve acento inglés, sentía que mi estómago se encogía y que mi corazón latía desbocado. Nunca había sentido nada parecido a aquello con anterioridad. Era como vivir una y otra vez el descenso de la montaña rusa más alta del mundo. Era delicioso y a la vez aterrador.

—¡No lo haré! —le grité—. Soy mucho más ágil que tú.

Él aceptó el reto y escaló con más rapidez de lo que lo había hecho yo. Llegó a mi lado y se tambaleó sobre la escasa superficie de piedra. Lo sujeté por inercia de un brazo y sentí que nuestra piel en contacto ardía. Me sonrojé y lo solté.

—¿Qué se supone que pretendes conseguir? —preguntó él quitándose las gafas de sol para dejarlas colgando del cuello de su camiseta blanca.

Miré sus ojos acariciados por los últimos rayos de sol del atardecer y pensé que nunca había visto una mirada tan hermosa y brillante, como si tuviera luz propia. Y esa luz estaba dirigida a mí, al menos, en ese instante.

—Quiero coger un ramillete de amapolas. La gente que pasea por este

camino suele arrancar las de la vereda, pero se olvidan de éstas.

Señalé con el dedo un pequeño prado donde unas valientes amapolas surgían de improviso, coronándolo todo de un intenso color rojo.

—Déjame hacerlo por ti —me pidió bajando de un salto al otro lado.

Se inclinó para coger varias y volvió a subir a la roca para entregármelas.

Las sujeté como si me diera una joya de incalculable valor. Mi vista quedó prendada de aquellas flores.

—¿Por qué te gustan tanto? —inquirió él con curiosidad.

—Porque no le gustan a nadie. Ni siquiera tienen la categoría de flores, para la mayoría son hierbajos de colores. Para mí son las flores más hermosas, porque rezuman gallardía y libertad. Crecen donde ninguna otra podría hacerlo y no se dejan encerrar.

Él me escuchaba con atención, totalmente concentrado, y yo sonreí.

—¿Ves? —Le mostré una abierta—. Tiene apenas cuatro o cinco pétalos, son tan frágiles que parecen un papiro antiguo, pero su color es especial. No hay otro color como el rojo amapola. Pueden parecer feas, su tallo es larguirucho y se dobla con facilidad, es áspero, y los capullos me recuerdan a las crisálidas de las mariposas antes de eclosionar, ¿no crees? —Lo miré un instante antes de continuar—. Si los abres puedes ir descubriendo cuál es el secreto que esconden en sus pétalos arrugados como bebés recién nacidos. Sin embargo, sólo necesitan una gota de agua y sol para brotar con total belleza.

—Álex —musitó él.

—¿Qué? —Levanté la cabeza y su gesto con el entrecejo fruncido me preocupó—. Te parezco una tonta, ¿no? —murmuré.

—No, me pareces la niña más adorable del mundo. Me pareces la joven que se va a convertir en una mujer increíble. Nunca dejes que nadie te cambie, mi pequeña Álex. Nunca lo permitas. Crece y sé libre como esas amapolas, porque la vida te está esperando.

—Hummm..., eso... parece muy profundo.

Lo miré sin entender del todo lo que estaba intentando decirme.

—Esto es lo único que puedo decir por el momento, aunque me

gustaría que no lo olvidaras nunca.

—No lo olvidaré —le prometí.

—Como tampoco esto —dijo roncamente, y me cogió el rostro entre sus manos cálidas, lo observó un momento con intensidad y después depositó un suave beso sobre mi nariz.

—Esto —afirmé deseando que permaneciera así mucho más tiempo— tampoco lo olvidaré nunca.

Capítulo 24

El día que comprendí que no existían los finales felices

(Matthew)

Cerré la cremallera de la maleta con rapidez y me levanté para ponerme la chaqueta de cuero y salir de inmediato en dirección al aeropuerto. Álex estaba en Madrid, y esta vez no iba a permitir que se escapara de nuevo. Tendría que enfrentarse a mí, escucharía mis explicaciones, mis razonamientos, mi lógica la haría reaccionar y darse cuenta de que todo lo había hecho por ella.

Estaba cansado de esperar que algún día se despertase con la sensación de que había dejado atrás al único hombre que había amado. Lo sabía porque la llevaba tan dentro de mí que era imposible que ella no sintiera lo mismo.

Acabaría entendiéndolo. Puede que se enfadara y me gritara al principio, pero nuestro amor prevalecería por encima de cualquier otra cosa. No podía ser de otra forma. Había sido así desde el principio y sería así hasta el final de nuestros días, porque ambos estábamos marcados por las huellas del otro.

La puerta de nuestra habitación se abrió silenciosamente y me volví para comprobar que era Ana. Su gesto descompuesto y sus manos entrelazadas se retorcían con nerviosismo. En ese instante, lo supe. No necesité palabra alguna. El sonido del violonchelo se acalló en mi interior. El diapasón que había marcado el ritmo de nuestra propia melodía se quedó en silencio. El

vacío se apoderó de mi cuerpo y donde antes estaba ella sólo quedo un agujero de profundo dolor.

—Matt... —murmuró Ana, y vi las lágrimas derramarse por su rostro, tan parecido al de la mujer que había absorbido mi vida.

—Es demasiado tarde, ¿verdad?

—Yo...

—¿Es demasiado tarde para poder cambiar mi vida por la suya? Se la entregaría a Dios o al mismísimo diablo si ella pudiera volver. Pero ya... es tarde.

Me acerqué a ella y apreté los puños con fuerza.

—Yo la he matado, si yo...

—Si ninguno... —susurró Ana, dejando caer la cabeza como si ya no fuese capaz de mirar de frente.

La ira me invadió de forma repentina. Ella ya me lo había dicho. Me había dicho que sería la ganadora. No me habría importado ser el perdedor, habría esperado siempre por ella, aun sabiendo que viviría lejos de mí, que tendría otro marido, que se entregaría a otra familia.

La pared estaba delante de mí, a sólo un paso de distancia. Una pared decorada con pequeñas amapolas entrelazadas que había elegido pensando en si ella se daría cuenta de ese detalle. Alcé el puño y la golpeé con fuerza, abriendo un considerable boquete. Lancé una maldición y me dejé caer en el suelo de rodillas. Me miré los nudillos sangrantes y un sonido ronco brotó de mis labios. Jamás había llorado. Ni siquiera recordaba qué sensación de desconsuelo producía, pero en ese instante las lágrimas brotaron de mis ojos sin que yo pudiera contenerlas.

Si ella ya no estaba, nada volvería a tener sentido. Sólo conseguía pensar eso en bucle. En mi interior, donde ella vivía, ahora sólo había demonios.

—¡Roberto, sube! —gritó Ana arrodillándose junto a mí.

—¡Déjame! —Mi voz sonó hueca, un lamento.

Roberto apareció al cabo de un minuto y se quedó de pie observando el agujero en la pared y a mí en el suelo. Apartó a Ana con suavidad y se situó en la misma posición que yo, frente a mí. Me sujetó por los hombros y me obligó a mirarlo.

—No hay mucho tiempo. Debemos irnos —pronunció con gravedad, sosteniendo la situación como sólo él sabía hacerlo.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué? Ni siquiera pude despedirme —mascullé. Ana también lo miraba con considerable extrañeza.

—Acaba de llamar el abuelo. Van camino del hospital. Cuando se la encontró tirada en la acera pensó que ya no respiraba, pero todavía queda esperanza. ¿Lo has oído? Ella sigue respirando...

Capítulo 25

Trescientas sesenta y cinco formas de decirte «te quiero»

La misma mancha de humedad en la esquina con aspecto amorfo. La misma lámpara de tulipa rosada y el cristal opaco. El mismo techo que llevaba observando siete meses. Me giré sobre mí misma y enterré la cabeza en la almohada deseando desahogar mi furia con lágrimas o con gritos. Pero ya nada de eso quedaba dentro de mí. Me había vaciado de cualquier sentimiento humano.

Sufrir un aneurisma cerebral no es duro, no es duro comparado con lo que sobreviene después. Por fortuna, me trasladaron de inmediato a la unidad de Neurología del Ramón y Cajal. Fueron horas confusas, como si mi cuerpo lo viera y lo entendiera todo desde una lejana perspectiva. Me aplicaron el tratamiento trombolítico, y mi boca y mis extremidades comenzaron a despertarse de un paréntesis de inmovilidad. Al primer familiar que dejaron pasar fue a Matthew. Observé su rostro intentando descubrir la crueldad en él, aunque sólo vi una intensa desesperación. No obstante, la ira seguía estando en posesión de mi capacidad cognitiva. Balbuceé una única palabra:

—Vete.

No fue el sonido lo que lo hizo reaccionar, fue el tono que se deslizó en ella como si fuera la continuación de la expresión de mi mirada de profundo

rencor.

Los siguientes días resultaron bastante confusos, y mi cerebro, ocupado en recordar, tuvo que luchar por encontrar las conexiones perdidas. Me costaba acertar el nombre de cualquier persona y mi mente volaba cuando intentaba fijar la atención en algo concreto. Sufrí lo indecible para conseguir levantarme por mi propio pie, ya que parte de mi cuerpo se negaba a obedecer las órdenes que yo no lograba transmitir con la debida coherencia. La pierna que me había roto por dos sitios en el accidente fue un lastre en mi recuperación. Sin embargo, lo que más deseaba olvidar siempre lo recordé.

Comencé una terapia de rehabilitación agresiva que me dejaba tan agotada que el dormir se convirtió en un consuelo. Era consciente de que jamás volvería a ser la misma, aunque me esforcé de forma indescriptible por llegar a ser algo parecido. Me uní a un grupo de ayuda y asistí sólo a una reunión, sintiéndome intimidada por hombres y mujeres, a veces tan jóvenes como yo, que eran incapaces de atarse los cordones de los zapatos o afeitarse la mitad de la cara porque sencillamente no la veían. Culpabilidad del superviviente. Ya lo había sufrido con anterioridad y aquello era una losa en mi corazón. Alejé a mi familia porque no quería compartir mi sufrimiento con ellos, no quería arrastrarlos a la oscuridad en la que mi alma se movía con tanta soltura.

Cuando regresé a casa, ya podía caminar sin la ayuda de una muleta, y mi conversación volvía a ser más o menos fluida, aunque permanecía callada la mayor parte del tiempo. Al principio, recibí innumerables visitas de parientes, amigos y amigos de mis padres. Nunca permití que ellos, aquellos que habían jugado a dirigir mi vida, volvieran a acercarse a mí. Lo dejé claro y lo establecí como una norma que mis padres intentaron cambiar, recibiendo mi terco silencio en respuesta. Con el tiempo dejé de ser una novedad y las visitas se espaciaron hasta desaparecer. No las echaba de menos. Ansiaba la soledad de forma angustiosa porque sabía que así iba a ser el resto de mi vida.

Solicité el divorcio a través de un abogado que le envió toda la documentación a Matthew. Como contestación, recibí un sobre cerrado sin remitente. Sólo contenía una fotografía de nuestra boda, con la palabra «NO» escrita en el dorso. La rompí en mil pedazos y la arrojé a la basura. Matthew, ese mismo día, transfirió todo el dinero que restaba a la cuenta de la empresa.

Si la vida te golpea, te levantas. Ése siempre había sido mi lema, incluso después del accidente de coche. Ahora ya no tenía fuerzas, ni ánimo. Todo me era indiferente y quería que siguiera siendo así. Nada tenía sentido sin él y no quería estar sin él. Una cruel paradoja del destino.

Llamaron a la puerta de mi habitación y mi madre entró con una sonrisa vacilante.

—Tienes una visita —me anunció.

Me levanté con desgana de la cama y me miré al espejo de la cómoda para comprobar mi aspecto. «¿Quién eres tú?», quise gritarle a la imagen que me devolvió. Ya ni siquiera me reconocía. Mi rostro seguía siendo el mismo, aunque nada era igual. El peso y el cansancio de todo lo vivido se acumulaban en mi mirada, como si pudiera transmitir una tragedia con sólo un vistazo.

—¿Son los tíos? —le pregunté.

—No, es un chico.

Me volví hacia ella con gesto interrogante.

—Es muy educado.

—Oh, bien, un chico educado. Y ¿quién es?

—Dice que se llama Rubén.

Sonreí con gran esfuerzo. No recordaba que sonreír requiriera el movimiento de todos los músculos del rostro, ni supusiera tanto dolor.

—Bajaré contigo —dije.

Mi madre me devolvió la sonrisa y sentí un pinchazo en el corazón. Estaban sufriendo tanto por mí como yo por ellos.

Rubén me esperaba al pie de la escalera. Su aspecto era el de siempre, quizá llevaba el pelo más corto y ropa más formal, pero seguía siendo él, y su sonrisa franca acompañaba a esos ojos despiertos que tenían la especial característica de querer conservar todo lo observado para analizarlo después. Mi madre se disculpó con la excusa de que tenía que hacer la cena y nos dejó solos.

—Rubén.

—Álex.

Me abrazó. Me abrazó con tanta fuerza que pensé que me rompería si apretaba un poco más. Recordé que nunca valoramos el poder curativo de un

simple abrazo. Sólo él consiguió que mis ojos secos volvieran a humedecerse y que, por fin, dejara fluir el dolor para compartirlo con alguien. Me acarició la espalda hasta que dejé de temblar y le indiqué el salón, donde se sentó en el sofá. Tomé asiento junto a él y sonreí entre lágrimas.

—Tienes muy buen aspecto —me dijo.

—Eres un gran mentiroso —contesté.

—Veo que no has perdido ni un ápice de tu amabilidad.

—Hierba mala nunca muere.

Ambos nos miramos y comenzamos a reír.

Mi madre apareció de improviso, alertada por el extraño sonido de mi risa.

—Venía a ver si Rubén se quedaba a cenar —se disculpó.

—Lo siento, me esperan en casa. Sólo he venido para un par de días —le explicó él.

—¿Cómo te va todo en Londres? —le pregunté cuando mi madre desapareció de nuevo en la cocina.

—Igual que siempre. Sigo en el hotel. Si algún día vienes...

—No creo que vuelva a Londres —lo interrumpí.

—Álex, deberías hablar con él, con todos —me reprendió.

—Rubén, tú fuiste el único que me ayudó y el único en el que confié. Ahora mismo eres el único también que tiene mi número de teléfono. Lo demás no importa. Es pasado.

—No, no lo es. Si fuera pasado, estarías avanzando, y casi no te reconozco. ¿Dónde está tu energía? ¿Dónde está tu ilusión por la vida? ¿Dónde está la Álex que conocí en Londres?

—Esa Álex ha dejado de existir..., digamos que estoy intentando construir otra. Estoy siendo lo que todos querían que fuera, alguien maduro y capaz de tomar sus propias decisiones.

—¿Eso quiere decir que ya sabes lo que vas a hacer, pero todavía no quieres decirlo? —preguntó él.

—Sí. Pero no dudes que serás el primero en enterarte.

—Antes de que hagas otra locura, me gustaría dejarte algo.

Lo miré con gesto interrogante y él me entregó una bolsa de Harrods.

—¡Oh! ¿Un osito de peluche vestido de escocés?

—¿De verdad me crees capaz de regalar algo así?

Su sonrisa contradecía el reproche de la pregunta.

Me asomé a la bolsa y torcí el gesto. Con decisión, cogí el fajo de cartas que había dejado en mi habitación, a propósito, antes de salir de Londres.

—¿Te las ha dado él? —inquirí casi con furia, sin poder controlar otro acceso de ira.

—No —respondió con tranquilidad—, las cogí ese mismo día y las he guardado. Creo que deberías leerlas.

—No quiero saber lo que dicen —mascullé lanzándolas a la esquina del sofá.

—Pues deberías, o tomarás de nuevo una decisión precipitada por los últimos acontecimientos y no por el pasado en común.

No contesté. Ya no tenía nada más qué decir. Rubén se levantó con gesto cansado y lo acompañé a la puerta. Antes de que se fuera, lo sujeté de la manga del abrigo. Él se volvió con gesto sorprendido.

—De la única cosa que no me arrepiento de todo lo que sucedió en Londres fue de haber acudido a tu hotel.

Sonrió y lo observé mientras se alejaba por la acera tristemente vacía de gente.

* * *

Me llevó dos meses más ultimar lo que había decidido hacer con mi vida. Preparé de forma concienzuda a mi sustituta en la empresa y lo mantuve en secreto hasta que quedaron tan pocos días que ello fue un beneficio a la hora de enfrentarme a un nuevo enfado de mis padres.

Sin embargo, nunca nada sucede como lo esperas. Justo antes de Navidad, me dieron el alta médica definitiva y aquella tarde recibí una nueva visita inesperada. Estaba sola en casa y pensé que sería alguna vecina de mi madre, así que abrí la puerta sin haber preparado mi defensa. Ana, Almu y Diana me esperaban al otro lado. Mi primera reacción fue cerrar la puerta en sus narices, pero eran tres contra una y, antes de que pudiera reaccionar, ya se

habían colado en el salón.

Me quedé de pie con los brazos cruzados esperando una explicación, pero ellas, en silencio y con una sincronización envidiable, se colocaron frente a mí y extendieron una pancarta de tela blanca donde se leía: «*INTERVENTION*».

Mascullé un insulto y me senté con cansancio sobre el sofá.

—Significa «intervención» —me tradujo Ana asomándose por un extremo.

—Lo sé, he aprendido el suficiente inglés este año como para poder manejarme con fluidez —barboté con furia—. También sé que es una completa estupidez. ¿Creéis que estáis en una serie americana?

—A los de *Cómo conocí a vuestra madre* les funcionaba. Es lo mejor que se nos ha ocurrido —apostilló Almu asomándose por el otro extremo.

—No quiero ser descortés, pero tengo muchas cosas que hacer —dije levantándome, con intención de que cogieran la indirecta y se fueran por donde habían venido.

Ellas dejaron caer la pancarta al suelo y se quedaron mirándome.

—¿El qué? ¿Tumbarte en la cama para regodearte en tu propio sufrimiento? —inquirió Diana.

—Por ejemplo —mascullé.

—Pues no te vamos a dejar. Tenemos que decirte un par de cosas que creemos que te harán cambiar de parecer —explicó Ana.

La miré desafiante y, por un momento, en mis ojos brilló el odio. Aunque ella no se amilanó.

—Estoy embarazada —soltó de improviso.

—Enhorabuena. Supongo que conozco al afortunado.

Sonreí de forma forzada y claramente falsa.

—Sí, eh..., bueno..., continúa tú, Almu.

—Yo me voy a casar —dijo ésta.

Casi me atraganté con mi propia saliva y enarqué una ceja con curiosidad.

—Supongo que esta vez no conozco al afortunado, o tal vez sí, en nuestra familia tenemos tendencia a la endogamia novial —musité con la misma desgana que había manifestado con Ana.

—En realidad, es *afortunada*.

Almu esbozó una sonrisa de triunfo porque sabía que con eso me había

atrapado.

—¿Afortunada? —inquirí ya con más interés.

—Sí, y la conoces. De hecho, la tienes delante de tus narices —contestó ella.

Miré a Diana y abrí la boca. Después miré a Almu y la cerré.

—¡Joder! ¿Desde cuándo eres lesbiana?

—Creo que lo he sido siempre. Sabía que algo no funcionaba con Lucas, hasta que me di cuenta de que no me atraía. Por fin he decidido ser sincera conmigo misma. Diana me ha ayudado bastante en eso.

—¿Lo saben tus padres? —pregunté.

—No. Estamos esperando a darles la noticia a la vez que la del nuevo embarazo de Ana, así amortiguamos el golpe —respondió ella.

—¿Nunca os cansáis de manipular a la gente? —exclamé.

—No es eso, es...

—¡Sí lo es! Jugasteis con mi vida como si fuera un mero personaje, maquillasteis la verdad, me utilizasteis hasta tal punto que ya no sabía lo que era cierto o no. Dirigisteis mi vida como si os creyeráis con derecho a ello.

—Álex, no hace falta que te alteres así.

—¿Que no hace falta? Poneos en mi lugar, ¿os gustaría que os hicieran lo mismo? ¿Que la gente a la que más queréis os traicionara en beneficio propio para decidir por vosotras mismas? Y encima tuvisteis el valor de afirmar que «todo era por mi bien», como si ello os justificara. Fuisteis unas cobardes, vosotras y ellos. Todos.

—Creímos que funcionaría, no pensamos que se alargaría tanto en el tiempo. La luna de miel debería haber resultado fantástica y en ella tendrías que haberte dado cuenta de que amabas a Matthew —dijo Ana.

—¿Te estás oyendo? Planeasteis mi boda, mi luna de miel, me empujasteis a dejarlo todo haciéndome creer que la solución a los problemas económicos de la empresa dependía únicamente de mí. Eso sólo tiene un nombre, y es *crueldad*. No quiero volver a veros nunca. Marchaos, por favor.

—Álex, no seas tan radical —comenzó Almu, ya que Ana parecía bastante afectada por mi último discurso.

—No lo soy. —Me crucé de brazos con obstinación.

—Álex, de verdad, estamos muy preocupadas por ti, y ellos también, ¡joder! Matthew está destrozado, y tu hermano ya no parece el mismo — insistió Ana recuperándose.

—¿En serio? ¿Os parezco yo la misma?

—Por eso estamos aquí, para sacarte de tu ostracismo y hacer que vuelvas a la vida. Queremos que los escuches y así sabrás toda la verdad —adujo Diana.

—Ya sé toda la verdad y no quiero oír una palabra más. Y no tenéis ni idea de lo que yo quiero hacer con mi vida, porque eso ya está decidido.

—¿Ah, sí? No creo que te guste vivir siempre en casa de tus padres, escondiéndote en tu habitación. Tienes casi treinta años, deberías madurar.

Las palabras que brotaron de boca de Ana me provocaron unas intensas ganas de abofetearla.

—Dentro de una semana me voy a Costa Rica a trabajar en una escuela financiada por una ONG española. Enseñaré a los niños con problemas de adaptación el beneficio de la pintura. Como puedes ver, no tengo intención de que me mantengan mis padres ni de quedarme encerrada en una habitación toda mi vida.

Mi confesión las dejó mudas. Se miraron entre sí como si realmente no entendieran lo que había dicho, pero lo que realmente no entendieron fue que creían venir de nuevo a salvarme y yo ya no necesitaba ser salvada.

—Y ¿cuánto tiempo te vas a quedar allí? —inquirió Almu con voz trémula.

—El que me dé la real gana. Y ahora, si no os importa, tengo mucho que preparar todavía.

Caminaron en silencio, arrastrando la pancarta hasta la puerta. Una vez allí, trataron de hablar de nuevo, pero levanté la mano y ese gesto las hizo callar.

—Ya está todo dicho. Espero que seáis felices y que vuestras conciencias os dejen descansar. Adiós —dije con voz átona, y cerré la puerta.

Subí con lentitud a mi habitación y me dejé caer sobre la cama, abrazando la almohada como mi única compañía. Sí, tenía muchas cosas que preparar todavía, pero en ese momento sólo deseaba dormir. Dormir y no pensar en nada más.

No obstante, el timbre de la puerta no me lo permitió. Me levanté con brusquedad, esperando un nuevo enfrentamiento con las que ya consideraba arpías de mi familia, así que mi sobresalto fue mayúsculo cuando vi a Roberto en la entrada.

—¿Qué haces aquí? Dejé claro hace meses que no quería volver a verte — espeté con extrema frialdad.

—Ésa es tu especialidad: tú decides, los demás tenemos que acatar tu decisión. ¿Quién coño te has creído que eres? —contestó él con la misma frialdad, colándose dentro de casa.

—¿Ah, sí? Pues yo pensaba que era la tuya. Has estado dirigiendo mi vida durante meses, jugando como un gato hace con un ratón, manipulándome hasta hacerme dudar de todo cuanto me rodeaba y...

—¡Cállate!

Pegué un respingo, que no le pasó desapercibido a mi hermano, y reculé un paso. Él se pasó la mano por el pelo con gesto cansado y resopló, mirándome con una inmensa tristeza.

—¿Es que acaso te puse una pistola en la sien y te obligué a casarte con Matthew? No. Y no porque no lo merecieras, sino porque nadie ha podido dominarte nunca. Sería igual que intentar atrapar a un delfín.

Lo miré con desconfiado interés al reconocer el símil de Matthew después de más de nueve años.

—Lo hiciste porque en el fondo era lo que verdaderamente deseabas. ¿Piensas que los demás somos tan ilusos para creer que tú no veías que tu relación con Martín estaba rota? ¿Que no te diste cuenta de que podía existir algo más entre Ana y él? No eres tan estúpida, Álex.

Seguí en silencio, con los ojos entornados, valorando sus comentarios y guardándome los míos para contraatacar.

—Buscabas de forma desesperada una salida y nosotros te la proporcionamos. Es de lo único de lo que somos culpables. No conozco a nadie tan egoísta como tú... —tragué saliva ante su afirmación, reconociendo el tan familiar nudo en la garganta, y él suavizó las siguientes palabras—, ni tan generoso y tan sensible. Pero tienes que entender que ya te hemos consentido demasiado en la vida. Lo que hiciste con dieciocho años

largándote un año fuera no solucionó nada, tampoco lo va a hacer irte ahora a Costa Rica. ¿Es que acaso no te das cuenta de que eres incapaz de enfrentarte a un problema de cara? Lo único que haces es huir porque es la solución más fácil. Y no te importa cuántos cadáveres dejas en el camino.

—No huyo —mascullé—, estoy intentando reconstruir mi vida.

—Lejos de todos los que te quieren y a los que tú quieres. Allí no tendrás vida, tendrás una casa construida con escombros del pasado que jamás te abandonarán. Y, cuando quieras darte cuenta de lo que has hecho, ya será demasiado tarde.

—No me des lecciones de cómo tengo que vivir. Ya soy mayorcita.

—Pero sigues comportándote como una niña consentida. Y se acabaron los privilegios.

—¿Vienes para disuadirme del viaje?

—En absoluto. Si quieres romperte la cabeza, hazlo tú solita. Aunque esta vez quiero que sepas que no podrás culpar a nadie más de tu comportamiento.

—Muy bien, Roberto. Lo he entendido a la perfección —dije volviéndome para subir la escalera.

—Espero que allí encuentres lo que buscas, porque, si te arrepientes, ya no habrá más oportunidades. Adiós, Alex —musitó él a mi espalda, y lo siguiente que oí fue el golpe de la puerta al cerrarse.

Subí a la habitación despacio, sintiendo que portaba una armadura de hierro sin poder soportar su peso. Cuando llegué a ella, me arrojé sobre la cama y miré al techo. Tenía los ojos secos, aunque escocían de lágrimas sin derramar. Al volver el rostro vi las cartas que había traído Rubén y las cogí con furia, deseando pulverizarlas.

Entonces, empecé a leer.

Cada una de ellas.

Por orden cronológico.

Las más antiguas expresaban la preocupación de Matthew y la incompreensión por mi huida. En las siguientes se culpaba a sí mismo y me preguntaba qué había hecho. Un poco más adelante en el tiempo, el tono varió. Eran más contenidas, más serenas. Me trasladaba sus inquietudes con respecto a la empresa que acababa de fundar con dos compañeros y lo exigente que era

su entrenador. Temía no alcanzar el nivel exigido. A través de aquellas cartas pude ser testigo del año que nos debíamos. La última era una revelación. Se despedía, me deseaba lo mejor y se lamentaba por no haber sido él quien me hubiera dado lo que yo quería. Una frase me llegó al corazón, de tal forma que sentí que sus propias manos y su voz me estaban acariciando: «Te he escrito trescientas sesenta y cinco cartas. En cada una de ellas te he dicho lo enamorado que estoy de ti, pero todavía no he encontrado la forma de expresarte cuánto te quiero. Sé feliz, Álex, sé feliz por mí. Por nosotros».

Los ojos dejaron de escocerme y se anegaron de las lágrimas contenidas durante meses.

Y así permanecieron durante varias horas.

* * *

Al día siguiente, reuní a mis padres y al abuelo después de la comida en su pequeña pero inviolable hora del café y las conversaciones inacabadas. Pese a que había tenido mucho tiempo para reflexionar en la larga noche en vela, no había cambiado de opinión. Seguir amando a Matthew no me llevaría a ningún sitio porque había perdido, de nuevo, lo más importante para mí: la confianza. Saber que la persona que está a tu lado jamás te fallará pase lo que pase. Me había sentido profundamente engañada, y las letras en unas cartas olvidadas no habían curado la herida abierta.

—Mamá, papá, abuelo, tengo que decirles una cosa importante —pronuncié con suavidad.

Mis padres se miraron y creí percibir algo de miedo en sus ojos. El abuelo entornó los párpados y gruñó de forma disimulada. Esta vez no titubearía, sería fuerte, tal y como ellos habían intentado que lo fuera a lo largo de toda mi vida.

—Dentro de dos días me voy a Costa Rica a trabajar.

—¿A Costa Rica?! ¿Qué se te ha perdido a ti allí? —estalló mi padre.

—Por lo menos, no hace frío —musitó mi madre con tristeza.

—Voy a ayudar, o al menos a intentarlo, en una escuela a través del arte. Es un proyecto nuevo e innovador. Creo que puede ser enriquecedor para

todos.

—Sobre todo para ti, hija, que vuelves a huir de los problemas. —Mi madre recobró su ánimo habitual en dicha afirmación.

—No es *huir* lo que estoy haciendo —me defendí. Acabaría detestando aquella palabra.

—Sí, eso es exactamente lo que haces, una y otra vez. En vez de enfrentarte al verdadero problema, huyes de él creyendo que, cuando tú regreses de purgar tu alma, estaremos todos aquí esperándote como si nada hubiese sucedido. —El abuelo cogió aire con fuerza—. Déjame decirte una cosa, nenuca, llegará un día en que nadie estará ahí cuando tú vuelvas la cabeza. Porque eso es lo que has conseguido.

Las palabras me golpearon en forma de pequeños puñetazos dirigidos certeramente a mi conciencia.

—Hija. —Mi madre me cogió ambas manos por encima de la mesa y las acarició con ternura—. No dejes que la ira vuelva a cegarte de nuevo. No te das cuenta, pero eres tú la que más sufre con ello. El amor, *Álex*, es la emoción más intensa que podemos manifestar en la vida. —Al decir eso miró a mi padre como si sólo ellos comprendieran el lenguaje—. Y también la más peligrosa.

Sus ojos oscuros taladraron mi rostro.

—Ya no hay amor en mi vida, mamá. Matthew es el pasado y, como tal, debe ser enterrado allí —mascullé con frialdad.

—¡*Álex*! —Mi madre se indignó de improviso—. ¡No sabes nada del amor! Cada persona es un hotel con muchas habitaciones. A veces tenemos un huésped que se queda durante mucho tiempo, otras aparece un huésped misterioso que únicamente descansa allí una noche. En nuestras manos está el ir abriendo y cerrando las habitaciones de nuestro hotel. Cerrando las que ya no deben ser abiertas y abriendo las que merecen ser ocupadas de nuevo.

—¿Crees que soy el Sheraton, mamá? —pregunté con considerable sarcasmo.

—Más bien eres una casa rural con encanto, cariño. Pero tus cimientos son fuertes y tu carácter lo es más incluso. Has superado pruebas que habrían destrozado a otros y has salido victoriosa de ellas. No desaproveches lo que

te queda.

—Lo siento —murmuré levantándome con dificultad de la silla debido al conflicto por decir lo que pensaba contra el actuar como debía—, pero mi hotel ha cerrado ya todas las puertas.

Capítulo 26

Dime algo, lo que sea, pero dímelo

Dos días después de la última conversación, mi padre estaba ayudando al taxista a cargar mi voluminosa maleta en el coche mientras mi madre y yo lo observábamos en silencio. El abuelo, enfadado, no quiso despedirse. Con una palmada en la espalda al taxista le indicó que esperara un minuto y se acercó a nosotras pasándose la mano por el pelo. No pude fijar la vista en ellos, así que la dirigí al cielo, como aquella madrugada de hacía un año. Iba a ser de nuevo un día claro y luminoso de invierno. Increíblemente frío, pero aun así no había nada comparado con el hielo que no conseguía derretir en mi corazón. Cerré los ojos y los enfrenté.

—Os llamaré cuando llegue —dije.

—Hija, no te vayas —pronunció mi madre con voz trémula.

—Mamá, no me lo pongas más difícil, por favor —supliqué.

—Tu madre tiene razón; aunque sea por una vez en la vida, la tiene —afirmó mi padre.

—Papá... —Mi voz se rompió y tragué saliva para recuperarla—. Es lo mejor para todos. Así podréis volver a ver a Roberto, y yo... yo podré comenzar de nuevo.

—No finjas, Álex, sabes que tanto tu hermano como Matt han estado en Madrid varias veces. Tú eres la única que has querido ignorar que seguimos

estando en contacto con ellos —me comunicó mi madre.

Me mordí el labio, sabiendo que esa información era cierta y que yo la había negado durante meses. El taxista me hizo una señal y yo la aproveché para alejarme.

—Os quiero —musité, y los abracé con fuerza, pillándolos de improviso.

Mi madre lloró sobre mi hombro y mi padre me sujetó con ímpetu, intentando que ese gesto hiciera retroceder mi tozudez.

Separándome de ellos con dolor y gran dificultad, me metí en el automóvil sin mirar atrás. Cuando estábamos a punto de llegar a la esquina, volví la cabeza y los vi abrazados. Cerré los ojos evitando las lágrimas y apreté los puños con fuerza. Me dije a mí misma que en otro país, en otro continente, junto a otras personas, quizá lo viera todo distinto. Quizá el negro se convirtiera poco a poco en un gris oscuro y éste en un gris claro hasta alcanzar un bello color. Sí, durante todo el trayecto intenté convencerme de ello.

Una vez facturada la maleta grande y habiendo atravesado ya el control policial y todos los *stands* del *duty free*, me dejé caer en uno de los incómodos asientos metálicos a esperar la llamada de mi vuelo. Sí, puede que con el tiempo la oscuridad desapareciera para dar entrada a la luz. Puede, quizá, tal vez...

Al situarse la auxiliar de vuelo tras el mostrador, se formaron dos filas: los que tenían billete de embarque preferente y todos los demás. Me quedé sentada un rato, dejando que fueran entrando, sintiendo que algo me retenía en Madrid, negándome a irme de allí. Pero nada me retenía ya. Levantándome despacio, saqué mi billete y mi pasaporte. Anduve cada paso como si una fuerza extraña me impidiera mover las piernas con facilidad, hasta que me situé detrás de los pocos pasajeros que quedaban por embarcar.

—¡Álex! —El grito a mi espalda me tensó todos los músculos hasta convertirlos en acero.

Me volví con lentitud y su visión me impactó exactamente igual que lo había hecho en ocasiones anteriores. Su presencia tenía en mí el mismo efecto que una onda expansiva de luz y calor. En segundos lo tuve frente a mí. Venía corriendo y soltó una pequeña bolsa de deporte negra a sus pies. Sus manos intentaron alcanzarme y yo di un paso atrás. Él las dejó caer a ambos lados de

su cuerpo. Estaba más delgado y llevaba el pelo más corto, domando sus rizos. Las ojeras de un tono violáceo y la barba incipiente que asomaba en su mandíbula le conferían el aspecto de un hombre que lo ha perdido todo. Se metió las manos en los bolsillos del vaquero azul oscuro con gesto resignado, abriéndose su chaqueta de cuero negro, dejando ver una camiseta del mismo color.

No quería mirarlo, pero no podía apartar la vista de él. No quería escucharlo, pero no podía dejar de esperar que hablara. No quería amarlo, pero... No, no quería amarlo.

—Álex, déjame explicarte por qué hice aquello. Te he amado desde que ambos éramos unos niños, sólo con ver tu sonrisa y tus ojos brillando conseguías que olvidara todo lo que me preocupaba. Incluso después de que me abandonaras seguiste sosteniéndome porque siempre viviste dentro de mí. Esto —dijo sacando una mano del bolsillo para posarla donde estaba su corazón— dejó de latir hace un año cuando creí que te había perdido para siempre. Estaba desesperado, Álex, tienes que entenderlo, no vivía, no amaba a ninguna otra mujer que no fueras tú. En todo lo que me rodeaba encontraba algo para recordarte y, al saber que la empresa familiar necesitaba mi ayuda e investigar y comprobar cómo el hombre que tú creías amar te había traicionado, sentí que por fin el destino había decidido que era nuestro momento. —Se quedó un instante callado esperando una respuesta por mi parte que no llegó—. Álex, nunca quise hacerte daño, deseé decirte la verdad desde el primer momento, pero tú seguías viviendo una vida de mentira sin darte cuenta de que lo real era yo. Nuestro amor es inmenso, como pueden serlo muchos amores a lo largo de la historia, aunque éste es nuestro y, por tanto, es el único que me importa. Intenté demostrártelo, intenté darte indicios de lo que realmente sucedía, intenté mostrarte mi amor de mil maneras, pero tú no quisiste verme hasta que el odio que sentías por mí desapareció. Ámame, Álex, por favor, porque sin ti yo estoy muerto.

Apreté los labios conteniendo el dolor de mi propio corazón, viéndolo romperse frente a mí. No fui incapaz de reaccionar. No pude decir palabra alguna porque todas habían desaparecido antes de ser pronunciadas.

—Di algo, Álex, lo que sea. Di que me odias, di que soy un estúpido.

Dime que nuestra historia no fue verdad, que sólo la imaginé. Dime que cuando oyes mi voz no sientes lo mismo que yo al pronunciar tu nombre. Dime que, aunque no esté a tu lado, sigues sintiéndome como te siento yo. Dime que sin mí tu vida tiene tan poco sentido como la mía. Dime que mentías cuando tus ojos brillaban de deseo bajo mi cuerpo. Dime que tus caricias fueron una trampa. Dime algo, aunque sea que ya no me amas. Dime algo, aunque sólo sea para romper tu silencio —pronunció con voz ronca.

Examiné la amplia sala, ahora ya vacía. La asistente de vuelo carraspeó a mi espalda y eso me hizo reaccionar. Me volví y anduve los tres pasos que me separaban del mostrador. Le entregué el pasaporte junto con el billete y ella me lo devolvió tras pasarlo por el escáner. Di un paso más y oí de nuevo su voz grave con ese acento peculiar que había llegado a adorar.

—Álex, no te vayas, *please* —suplicó.

Me detuve a punto de traspasar la barrera acristalada y respiré hondo.

—Álex, dime algo —exclamó él con más fuerza.

Me volví y lo miré una última vez, absorbiendo su calor, perdiéndome en su mirada gris turbulenta como las aguas de un océano.

—Hasta siempre —murmuré, y las puertas se cerraron tras de mí.

Tuve que disimular las lágrimas una vez dentro de la pasarela, al ver que todavía quedaban pasajeros por embarcar. Me quedé apartada, sujetando mi pequeña maleta con fuerza, tambaleándome como si no pudiera mantenerme en pie. El dolor fue tan intenso que creí que iba a desmayarme. Las voces se opacaron y el frío llegó de improviso. Miré al suelo cubierto por goma negra y sollocé ya sin importarme quién me oyera y me viera. Recordé cada una de las cartas que me había escrito. Su furia contenida, su incertidumbre, su deseo, su incalculable anhelo. Sus «te quiero» escritos de mil formas diferentes, su sutileza y su brutal sinceridad. Él no era mi obstáculo, yo era mi propio obstáculo. Tenía que sobrevivirme, aceptarme y avanzar sin miedo. Suspiré y saqué fuerza de mi interior para hacer lo que debía hacer.

—¡Abra! ¡Abra! ¡Por favor! —le grité a la asistente, golpeando con ambas manos el cristal de la puerta.

Ella me hizo un gesto de negación y yo amenacé con arrojar la maleta contra la barrera que me impedía el paso, pero se volvió ignorándome. Lo

pensé un segundo, y pensar un segundo las cosas nunca supone un buen resultado. Una vez que me había decidido, nada me retendría. Arrodillándome, saqué el neceser y cogí el bote transparente que contenía el aceite de argán que utilizaba para suavizar las puntas de mi cabello. Golpeé con los puños la cristalera de nuevo y conseguí su atención. Con una sonrisa malévola, enarbolé el bote en mi mano.

—¡Trabajo en una farmacéutica y acabo de robar un virus letal! ¡Cómo no abra las puertas no dudaré en hacer uso de él! —grité.

Ella retrocedió un paso, situándose al otro lado del mostrador. Pareció llamar a alguien, aunque no abrió. Así pues, lancé mi maleta contra el cristal, que se agrietó de lado a lado, pero siguió cerrado. Sí se abrió cuando llegaron dos guardias civiles corriendo. Salí trastabillando, con el bote en alto.

—¡Quieta! ¡Arrodíllese y suelte el arma! —exclamó el que parecía más veterano.

La asistente huía gateando y yo la miré con extrañeza.

—Y ¿ésta qué se piensa?, ¿que está haciendo el vía crucis?

Llegaron dos guardias más y uno se quedó acordonando la pequeña sala de embarque.

—Señora, suelte el arma y arrodíllese —repitió el policía, esta vez más calmado.

—Pero ¿¿qué arma?! ¿Ésta? —pregunté agitando el bote.

En dos segundos los tenía sobre mí. A uno le di una patada en la espinilla y me zafé rodando por el suelo.

—¡Proporcionalidad! ¡Ante todo proporcionalidad! ¡Estoy indefensa! —aullé al borde la histeria viendo que el que permanecía en pie sacaba una pistola para apuntarme con ella.

—¡Oigan, oigan! ¡Que es sólo aceite de argán!

Y, seguidamente, hice algo todavía más estúpido que todo lo anterior. Abrí el bote y le pegué un sorbo. No llegué a tragarlo. Lo escupí a la camisa del que se abalanzó de nuevo sobre mí.

—¡Arggg, qué asco! —mascullé—. Con lo bien que huele y lo mal que sabe.

En ese momento oí a Matthew gritar mi nombre. Y decidí que «Álex» no

estaba nada mal comparado con «Cecilia», porque sonó como el canto de un ángel. Llegó corriendo hasta mí, saltándose el precario control. No alcanzó ni a tocarme. Lo placaron y lo dejaron tirado en el suelo.

—¡Ay, que me lo matan!

Me levanté con la furia que da ver cómo hieren a lo que más se quiere y me arrojé sobre uno de los guardias, colgándome de su espalda. Él giró varias veces conmigo fuertemente agarrada a su cuello, rodeándole la cintura con las piernas, como si fuéramos una peonza humana, y acabó cayendo hacia atrás sobre el encerado mármol, encima de mí. Me quedé sin respiración y, también, sin margen de maniobra. En un minuto estábamos esposados y éramos conducidos a través del aeropuerto con el correspondiente bochorno que acompaña estos casos. Nos sacaron fotos y nos grabaron con el móvil. Sin cesar. ¡Qué morbosa y malsana curiosidad tiene la gente con las desgracias ajenas! Pero yo sólo tenía una idea en mente, y era acercarme a Matthew, al que llevaban sujeto por los codos y medio aturdido entre dos guardias. Conseguí deshacerme de la sujeción de uno de los míos y me volví todo lo que pude.

—¡Matthew! ¡Sí digo algo! Y aunque haya trescientas sesenta y cinco formas de decir «te quiero», la única que existe para mí es ésta... —farfullé con voz ronca intentando saltar para llamar su atención.

Recibí un empujón del guardia, aunque conseguí que Matthew levantara la cabeza con expresión confusa.

—¡Te quieeeeerooooo! —aullé.

Ya más tranquila, porque lo había dicho y porque pude ver su sonrisa de refilón antes de que entrara en una de las salas de detención, me volví hacia el guardia de mi derecha, que me observaba con estupor.

—¿Qué? Aunque lo parezca, no estoy loca...

* * *

Quince minutos después, había cambiado de opinión. Me encontraba sentada frente a una mesa metálica en una sala de detención con paredes de azulejos blancos. La luz del techo emitía un constante zumbido y parpadeaba.

El silencio era sobrecogedor, y más cuando había otra persona en la habitación, uno de los guardias que me había detenido, concretamente al que le había escupido el aceite. Pensé que era un sistema de tortura psicológica muy elaborado. Algo aprendido de algún curso con el CSI, el FBI, el IPC, o similar. Porque los españoles no tenemos esa capacidad tan absolutamente aterradora de concentración. ¿Cómo era posible que pudiera estar tanto tiempo en la misma posición de firmes mirando a un punto indefinido de la pared y sin mover un solo músculo? Sí que tenían que estar bien entrenados, sí. A mí ya me habría dolido la cadera, los talones y hasta la punta del pelo. Carraspeé para llamar su atención mientras retorcí las manos sobre la mesa.

—Vaya lío que se ha montado, ¿no?

Nada. Ni un pestañeo. Desde luego podría convertirse en un muñeco de cera si quisiera. O un mimo de esos que adornan El Retiro.

—Yo que usted no intentaría lavar la camisa, mejor que la lleve a una tintorería, porque esa mancha no creo que salga con detergente.

Nada. Ni siquiera el músculo de su mandíbula tensándose.

—Pero, vamos, que mancha creo que le quedará, pero suavcita también, porque no sabe lo bueno que es el aceite de argán para todo. A mí me deja un pelo..., y mire que es difícil domar mi pelo. Pues hasta eso lo consigue. Aparte de sus propiedades sobre la piel, que si yo le contara...

Nada. Ni una mueca. Me pregunté si se habría abstraído hasta otro plano astral.

—A mí una vez se me cayó una gota en una blusa de seda y la tuve que tirar. ¡Qué desperdicio! ¡Con lo que me había costado encontrarla en las rebajas de Custo!

Nada. Ni un asomo de interés.

—Además, era una mancha que no pasaba desapercibida. Me cayó aquí.

Señalé con un dedo mi pecho izquierdo.

Algo.

Su mirada se desvió al sitio donde un día había estado la mancha y se quedó fija durante más tiempo del necesario, hasta que me revolví molesta.

—¡Eh! Vuelve a mirar a la pared, que aquí ya no hay nada interesante —mascullé.

Él apretó los labios y obedeció. ¡Qué fuerza de voluntad tenían esos picoletos! ¡Y qué desdoblamiento de personalidad también!

De improviso, se abrió la puerta y entró lo que parecía un oficial, ya que el guardia que me custodiaba se cuadró en su presencia. Se detuvo frente a la mesa y levantó la vista de la carpeta que llevaba en las manos.

—Alexandra Torres Mazo. No podía ser otra, no.

—¡Coño, Fran! Mi hermano no me había dicho que te habías hecho *benemérito*. Además, debería llamarme Cecilia, no Álex. Ufff..., una larga historia —dije esbozando una sonrisa de alivio.

Fran se quitó la gorra y la dejó sobre la mesa, aunque no se sentó. Se limitó a observarme en silencio. Bien, comenzábamos una nueva tortura, la de la intimidación.

—En menudo follón me han metido tus compañeros... —balbuceé con mi sonrisa de conquistadora que había perdido ya demasiadas batallas.

—Alexandra, ¿puedes explicarme qué ha pasado? Porque no llego a entenderlo —inquirió él con voz grave.

—Claro, es normal que no lo entiendas, mi hermano siempre te ayudaba con las matemáticas y las ciencias. Los deportes se te daban bien, pero cuando juntabas más de un número o aparecía una fórmula no había milagro que te salvara el examen... Imagino que por eso habrás acabado de guardia. —Me interrumpí al ver cómo cambiaba el gesto—. Que no lo digo por nada, ¿eh?, que todas las profesiones son honradas y honrosas. Por cierto, el uniforme es un insulto en sí mismo. No puede ser más feo. Pero qué verde más verde, verde. Y ¿esa tela del pantalón tan áspera no os raspa en...?

—¡Alexandra!

—¡Los bajos! ¡Quería decir en los bajos!

Frunció el ceño y me taladró con la mirada. Su subordinado se mordió el labio y yo deseé haberme mordido la lengua y haberme atragantado con ella.

—¡Los bajos del pantalón! Me refería a los bajos del pantalón —añadí suavizando el tono.

—¡Alexandra!

Pegué un respingo ante su energía.

—¿Qué?! Que sólo lo digo por ayudar, que soy diseñadora. Que podría

poneros unos bordaditos en las mangas, así, discretos. ¿Cuál es vuestra mascota? —Ambos guardias me miraron con total incredulidad—. ¿No lo sabéis? Bueno, no importa, le ponemos algún eslogan en plan «Detente o disparo».

—¡Alexandra!

—Vale, vale..., si yo sólo lo digo por colaborar.

Me retorcí las manos de nuevo y ordené mentalmente a mi boca que se callara. Pero yo no tenía la fuerza de voluntad del agente que me custodiaba.

—¿Has tomado algún tipo de droga?

—¡No! —Vacilé un instante—. Creo que no, al menos, no de forma consciente. Es que mi madre, ya la conoces, pues es muy dada a drogar a la gente. Si vieras el laboratorio que tiene en la cocina...

Me interrumpí porque estaba hablando de más y Fran había comenzado a escribir con fruición en un papel. Mi pie inició en el suelo un baile frenético y empecé a sentir muchísimo calor. ¿Otra nueva forma de tortura? Miré alrededor buscando las salidas de aire, comprobando si las habían bloqueado.

—Alexandra, ¿qué estás mirando?

Me erguí como si hubiera recibido un latigazo y me concentré en su rostro serio y circunspecto.

—Eh..., la decoración tan austera de la sala, que un cuadro o dos no le vendrían nada mal, ¿no crees?

—Prosigamos. —De nuevo ese tono frío y letal, o eso me parecía a mí—. Me decías que tu madre os suministra drogas.

—Pero nada serio, no vayas a pensarte que es tipo *Breaking Bad*. Tranquilizantes y esas cosas...

—¿«Esas cosas»?

—¿No me estabas preguntando qué había pasado?

—Eso intento...

—Todo empezó cuando se me murió un hombre el año pasado en un avión que...

—¿Se te murió? —me interrumpió sin dejar de escribir.

—¡Eh! ¡Que no fue culpa mía!, y tampoco lo fue el intento de asesinato de Nicoletta...

—¿Nicoletta? —me interrumpió de nuevo.

—La de las tetas.

El guardia que estaba junto a la puerta soltó una carcajada y la disimuló tosiendo.

—Agente Gómez, compórtese —exigió Fran.

—Sí, mi capitán.

—¡Anda, pero si eres capitán!

—Lo soy.

Me miró con el rostro pétreo y yo enmudecí y comencé a refrotar las manos nuevamente. Les estaba sacando hasta brillo...

—Continúa —exigió.

¡Pero qué técnica más retorcida tenía para interrogarme! ¡Ni Torquemada en sus mejores tiempos!

—Que no la maté.

—¿A Nicoletta?

—Sí, la de las... Quiero decir que fue una reacción alérgica. Pero nada más que eso, que yo recuerde, aparte de un matrimonio de conveniencia.

—¿Matrimonio de conveniencia? —Su tono se volvió suspicaz y terriblemente inquisidor.

Me levanté y me sequé las manos cubiertas de sudor en los vaqueros. Ambos me miraron con bastante desconcierto.

—Mejor será que me vaya, si en realidad ha sido todo un malentendido tonto. Nada serio. Lo dejamos en una multita, que eso sí que se os da bien y, hala, a detener a los que roban el cable de cobre.

—¡Alexandra, siéntate!

Retrocedí y me senté con tanto ímpetu que casi me caigo de espaldas. Me recobré pronto y lo miré. Él esperaba una respuesta. Y se la di, aunque debería haberme callado.

—Sí, me casé por dinero. Aunque lo quiero, no vayas a pensar otra cosa. Y le salí bastante cara, no creas.

—Eso es un delito, ¿lo sabes?

Fingí una sonrisa, que más bien fue un tic en el rostro que acompañé con pequeños golpes de la uña sobre el metal de la mesa.

—Tú también te casaste, ¿no? Roberto me dijo que tenías tres hijos.

—Alexandra, estamos hablando de lo que ha sucedido, no de mi vida privada.

—Hombre, si estuviéramos hablando de tu vida privada tendría que decirte que ya sé que te pajeas en la ducha pensando en mí —barboté.

Fran enrojeció y la carcajada del otro guardia ya no se pudo disimular.

Agaché la cabeza, totalmente avergonzada.

—Creo que me lo comentó Roberto una vez así, como de pasada...

—Alexandra, se me está acabando la paciencia. Estoy dudando en acusarte por más de tres delitos, entre ellos, terrorismo, alteración del orden público y resistencia a la autoridad. No es una broma, son muy serios.

Comenzaron a temblarme los labios y lo miré con ojos llorosos.

—¡Confieso! ¡Confieso! —gimoteé—. Pero, por favor, ¡no me torturéis más!

—¿Torturarte? —exclamó el otro guardia, y miró a Fran como disculpándose por algo inexistente.

Fran lo ignoró y se concentró en mí.

—Muy bien, ¿qué confiesas exactamente?

—¡Que todo lo he hecho por amor! —grité perdiendo los pocos nervios que me quedaban.

Fran se volvió hacia el otro guardia, que ya era incapaz de guardar la compostura.

—Gómez, traiga al hombre retenido, Mr. LongBloom.

Meneé la cabeza con consternación.

—Fran, ¿también se te da mal el inglés? Que no me he casado con ningún «matamoscas», me he casado con un «polla larga».

El capitán me fulminó con una sola mirada y yo agaché de nuevo la cabeza.

—Que no es que me importe, si a mí también se me da fatal la lengua de Shakespeare...

—Voy a llamar a tu hermano —determinó.

Entonces levanté la cabeza y lo miré con ojos desorbitados.

—¡A él no! ¡A él no! Confesaré lo que sea. ¡Llévame a la cárcel! ¡Ahí, con los presos comunes! ¡Que me conviertan en un alfiletero! ¡Si siempre he sido

carne de cañón!

—Alexandra, sé que estos últimos meses han sido duros. —Su tono fue suave, como el de aquel que piensa que está hablando con un desequilibrado —. Creo que debería examinarte un médico.

Antes de que pudiera hablar de nuevo, otorgándole una nueva baza para ingresarme en un psiquiátrico de por vida, la puerta se abrió y entró Matthew. Lo miré con arrobó y sonreí. Me levanté para acercarme a él.

—Matthew, a éstos no intentes sobornarlos como a los del ejército egipcio, que no creo que cuele —le susurré no lo suficientemente bajo.

—¿Soborno? ¿Has dicho soborno? —El rostro de Fran estaba colorado y contraído por la furia.

—Pero lo he dicho con buena intención, y porque una vez funcionara no quiere decir que funcione otra vez, ¿no?

Parpadeé de forma inocente, o eso creí yo, porque lo que me transmitió Fran fue que estaba a punto de sufrir un ataque cardíaco.

—Mr. LongClock, ¿puede hacerse cargo de ella antes de que *ella* misma me obligue a presentar cargos contra ambos?

—¡Anda! Ya te ha vuelto a cambiar el nombre... ¡Joder, con la Benemérita, si es que ya entra cualquiera...!

—Álex —dijo Matthew acercándose a él.

—¿Qué? —pregunté mirándolo y comprobando al mismo tiempo cómo desaparecía el mundo a mi alrededor con la simple visión de sus penetrantes ojos grises.

—¿No crees que ya has hablado demasiado? —me preguntó con suavidad.

—Pero si ni siquiera le he dicho que cuando venía a estudiar a casa utilizaba un programa remoto para meterme en su ordenador y ver las cochinadas que hacían con las chicas con las que chateaban activando la webcam.

Fran, que ya estaba saliendo de la sala, se volvió como un resorte.

—¿Qué?!

—Nada, nada. Ni una palabrita más que voy a decir.

—¿Todavía guardas los archivos?

—Qué vaaaa...

Y en ese momento, que no era un momento muy romántico, la verdad, Matthew me cogió el rostro entre las manos y me besó como sólo él sabía hacerlo.

—¿Qué estás haciendo? —murmuré contra sus labios.

—Lo único que se me ocurre para que te calles de una vez por todas — contestó reanudando su ataque.

Y funcionó, ya que contra sus labios no tenía margen de maniobra.

Capítulo 27

«*Oh, Cecilia, you are breaking my heart*»

Birchington, Inglaterra, seis meses después

Frente a mí se extendía en plena ebullición primaveral la majestuosa campiña inglesa. El aire cargado de humedad proveniente de la costa cercana hacía volar mis cabellos. Caminé junto a Matthew hasta el pequeño grupo de personas que conformaba mi familia, sentados en sillas de mimbre bajo una carpa de brillante blanco nuclear. Matthew había sido convocado para un partido benéfico y estaba exultante por volver a jugar. No se arrepentía de haber dejado la competición, pero lo echaba de menos y yo lo sabía, más que nada, porque estudiaba cada partido como estudiaba la pantalla del ordenador cuando trabajaba, o me estudiaba a mí cuando..., bueno, me estudiaba con mucha concentración. Le di un suave beso en los labios y lo despedí para sentarme entre Ana y mi padre.

—¿Cuánto dices que dura un partido de críquet? —le pregunté a mi prima cuando Matthew ya estaba a una distancia prudencial.

—Puede durar varios días —contestó acariciando su prominente barriga.

—¿Varios días? —exclamó mi padre bastante escandalizado—. Y ¿cómo se supone que lo hacen cuando llega la noche? ¿Con guardias, como en la mili?

Mi hermano llegó en ese momento acompañado de Mia. Me fijé en que él tenía el rostro ceniciento y parecía nervioso. Ella, en cambio, estaba radiante, como siempre.

—Papá, lo suspenden y continúa al día siguiente —aclaró Roberto, que lo primero que hizo fue pedir al camarero un whisky doble.

Lo miré con extrañeza, pero mi madre y mi tía desviaron por completo mi atención.

—¡Por el amor de *Dior*! ¿Se creen que están en Ascot?

Almu volvió la cabeza y comenzó a reír. Diana, más rápida, sacó la cámara de fotos y lanzó una ráfaga antes de que las pamelas les volaran de la cabeza.

—Ni que esto fuera The Ashes —masculló Ana.

—¿«Cenizas»? —pregunté desconcertada.

—Sí, es una tradición.

—Y ¿cuál es el premio? ¿Una urna con las cenizas de los caídos en acto de servicio? —Mi padre cada vez estaba más perdido.

—Nooo... —Ana resopló—. Creo que viene porque en el siglo XIX Inglaterra perdió contra Australia y un periódico publicó que debían entregarle en la copa las cenizas, ya que el críquet estaba muerto para los ingleses.

—Ah..., ya..., ¡qué raros son por aquí, ¿no?! —Mi padre cabeceó sin haber entendido nada.

Ana y yo intercambiamos una mirada divertida.

—Cielo, ¿qué tal estás?

Mi tía se inclinó sobre mi prima y le dio un pequeño beso en la coronilla.

—Pues a punto de reventar, ¿no me ves? —contestó ella malhumorada.

—Y preciosa. Nunca te he visto tan resplandeciente —añadió Martín atrapando a Gonzalo, que parecía ser el único interesado en lo que sucedía en el campo de juego.

—Igual de resplandeciente que vas a estar tú cuando te hagas la vasectomía. No veas cómo vas a brillar —masculló Ana, arrancando nuevas carcajadas al grupo.

Excepto a Roberto, que pidió otro whisky doble.

—¡Huy! —interrumpió mi madre, desviando el tema—. ¿Has visto, Alex,

lo guapo que está Matt todo de blanco? Parece un marine estadounidense.

—O un marinerito en su comunión... —murmuré yo, aunque no pude evitar que mis ojos lo siguieran durante un buen rato.

—¿Por qué lleva esas protecciones en las piernas? No sabía que jugaba de portero —añadió mi madre.

—Manoli, que en el críquet no hay porterías. ¿No dices que ves el Discovery Channel? —determinó mi padre, pero dirigió la mirada a Roberto para corroborarlo.

Se quedó tranquilo cuando éste asintió levemente con la cabeza entre sorbo y sorbo, ausente y sin atender a lo que estaban hablando.

—Pues claro que lo veo. ¡Lo que no veo es el Eurosport! Alfonso, qué cosas tienes —replicó mi madre con su típica muletilla—. Además, con lo útiles que le habrían sido a Casillas esos refuerzos, igual así no tendría que haberse ido a Portugal...

Ana meneó la cabeza y Almu reprimió la risa, al igual que yo.

—De hecho, la portería son aquellas tres estacas que veis al fondo —murmuró Ana, aunque nadie la escuchaba ya.

Oí a Roser y a John acercarse comentando algo y les hicimos sitio. Ella depositó una pequeña bandeja con canapés en una mesa circular y sonrió.

—Los he robado de la recepción.

—Es lo que tiene formar parte de esta familia, que al final todos se vuelven delincuentes —determinó Ana, cambiando de postura en la silla.

—¡Eh!, que lo del aeropuerto fue un hecho aislado, al final quedó en nada —protesté.

—Sí, en una nada de seis mil euros de multa —continuó mi prima con una sonrisita sardónica.

—Pero mira que eres cabrona.

—No sabes tú cuánto.

—Ya te reirás, ya, que mucho te has quejado de que en el parto de Gonzalo estuviste sola, y ahora vas a tenernos a todos intentando colarnos en el quirófano.

—¡No irán a...!

Ni siquiera pudo terminar la frase.

Sonreí de forma maquiavélica.

—Yo soy la encargada de immortalizar el momento. Diana dice que le da repelús.

—¡Pero qué vengativa eres!

—He tenido la mejor maestra.

—Chicas, que haya paz —interrumpió mi tía, que parecía haberse aclimatado a la nueva situación de sus hijas con bastante normalidad o bastantes tranquilizantes de mi madre. La verdad es que no lo sabía.

—Y ¿qué tal lo está haciendo Matt? —preguntó John, sentándose en el fondo norte con la facción masculina del grupo.

—¡Muy bien! —comentó entusiasmado mi tío—. Ya ha metido varios goles.

—¿Goles? —inquirió extrañado John.

—¿No habíais dicho que no jugaba de portero? Pues será delantero, digo yo... —dijo mi tío no muy convencido.

—En realidad, lateral derecho —aseveró Roberto cogiendo otro vaso de whisky.

—Es que así, de lejos, es difícil distinguir algo, la verdad, y con esa pelota tan pequeñita... —musitó mi tío algo contrito, y recibió un par de palmadas en la espalda en señal de conmiseración masculina.

Seguí observando a Roberto tres minutos más. Exactamente los que tardó en terminarse la bebida. No pude reprimirme.

—Y a ti, ¿se puede saber qué te pasa?

—Na... nada —balbució.

Mia le sujetó la mano y le susurró algo al oído. Y no había nada que excitara más a mi familia que un nuevo secreto. Era como si tuvieran una antena supersónica que alcanzaba a captar los sonidos vedados a los humanos.

—Venga, cuéntalo —lo animó Ana.

—Sí, Roberto —lo instó Almu—. Que ya sabes que somos de confianza.

—No.

—*Come on, sweetie* —dijo Mia poniendo una mano delicada y pálida sobre su brazo.

Yo me reí en voz baja. Con lo poco que le gustaba a mi hermano que

utilizaran palabras cariñosas con él, en Mia yo había encontrado mi venganza por tantos años de apodos. En su variado vocabulario nunca había un «Roberto», pero sí estaba lleno de «Titos», «Robertitos», «Robbies», «*sweeties*» y otras en japonés que no tenía ni idea de lo que significaban.

—Mejor será esperar un poco, ¿no crees?

Todos los sensores antisecretos de mi familia se alertaron a una.

—Vamos, Roberto —intervino Ana—, que ya no nos sorprende nada. Además, no puede ser otra cosa más que te casas, te vas a hacer monje tibetano, estás embarazado, te has apuntado a *Gran Hermano* o acabas de ganar una competición televisiva al mejor chef, digo yo...

—Pues eso —terció mi hermano.

—¿Eso? ¿Quieres decir que te has apuntado a *Gran Hermano*? ¿Puedo ir como tertuliana? ¡Nadie mejor que tu propia madre para defenderte!

Mi madre estaba tan excitada que ni siquiera notó que un golpe de aire le robaba la pámela.

—Yo apuesto a que es lo tercero —aseveré, y Mia me sonrió.

Vi a mi padre y a mi tío contando con los dedos, y Ana resopló sin poder contener más la impaciencia.

—¡Suéltalo de una vez!

—No, si quien tiene que soltarlo soy yo.

Mia sonrió abiertamente y después se sonrojó, habiéndose dado cuenta de lo impropio de su comentario.

—Pues, hala, ya lo sabéis. Que para fin de año voy a ser padre —declaró Roberto con voz ronca, como si estuviera comunicando una condena penal.

—No pareces muy contento —musité viendo que todos se iban levantando para felicitarlo.

—Es que son dos. ¡Dos!

Eso los dejó clavados en el suelo.

—Y dos chicas... Que si casi no sobreviví siendo hermano y primo de vosotras, imagínate cómo lo voy a hacer siendo padre...

Aparte de las carcajadas, volaron los golpes en la espalda, los abrazos a Mia, los besos y los vítores.

—¡Manoli! —Mi padre parecía el más emocionado—. ¿Has oído? Vamos

a ser abuelos. Y de unas chinas, nada menos, con lo listas que son las *jodías*, y trabajadoras. Si ya me veo enseñándoles el oficio. Bueno, eso, si entienden mi idioma. Porque —se volvió hacia Roberto— aprenderán español también, ¿no?

—Claro, papá.

—¡Alfonso! ¡Pero qué bruto llegas a ser a veces! —exclamó mi madre, secándose una lágrima disimulada con un pañuelo de encaje—. ¡Que Mia es japonesa, no china!

—Pues mejor me lo pones, que éstos son pocos, pero mira cómo dominan las Bolsas bursátiles. ¡Qué orgulloso estoy! ¡Qué orgulloso! —continuó mi padre, sacando un puro del bolsillo interior para encendérselo.

Uno de los camareros le llamó la atención y él se volvió hacia mí.

—Papá, que aquí no se puede fumar.

—Dile que estamos de celebración.

—Eso, eso, dejad que hable Álex con su inglés académico, que seguro que acabamos todos en comisaría esta noche —dijo Ana desde el otro extremo.

—Si no me extraña que tu hijo no quiera nacer, con la mala leche que se gasta la madre...

—Pero ¡cuánto rencor! —murmuró ella poniéndose ambas manos a los laterales de su barriga—. Tú no escuches a tu prima, que es una arpía de cuidado.

Estábamos en ésas cuando se acercó Matthew algo acalorado.

—¿Un descanso? —pregunté levantándome.

—No, ya hemos terminado. ¿Es que no habéis visto nada?

—Hombre, lo que se dice nada, nada...

—¡Matt! —lo llamó su madre—. Que ya nos han dicho la buena nueva.

—¿En serio? —Matthew me miró fijamente y me sostuvo por la cintura—. Pues eso hay que celebrarlo, ¿no?

Olvidando a los que me rodeaban, me concentré en sentir los labios suaves de Matthew posados sobre los míos. Le correspondí con demasiado entusiasmo. ¡Sus besos...! Nos separamos ante el silencio que se cernió sobre nosotros.

—Hombre, hijo, que digo yo que a quien tendrás que felicitar será a Mia,

pero te aconsejo que no lo hagas con el mismo ímpetu, no vaya a ser que mi hija te suelte un guantazo que te lesione para cinco años —masculló mi padre.

Sonreí con benevolencia.

—Vamos a ser tíos, y de dos sobrinas, además —le expliqué a Matthew, que parecía algo desconcertado—. Que mira que al principio Mia no me cayó muy bien, pero ahora le tengo un cariño...

Y el abuelo, que hasta ese momento había estado callado, observándonos a todos, soltó una ronca carcajada.

—Si ya lo sabía yo, nenuca. Si ya lo sabía yo, que me lo susurró la abuela Jacinta, que te cuida desde el cielo. Y me ha dicho que dejes de darle tantos sustos, que no da abasto.

El silencio antecedió a un cacareo sin precedentes.

—¡Ay, el abuelo, que nos chochea, y con lo caras que están las residencias...! —estalló mi madre.

—Padre, por Dios, no diga esas cosas, que a ver qué van a pensar los padres de Matt —apuntó mi padre algo preocupado.

—Que ya os decía yo que el viaje en avión, con la presurización esa, es muy peligroso para los ancianos —se lamentó mi tía.

—¿No le habrás dado alguna de tus pastillas, mamá? —preguntó un recuperado Roberto.

—Abuelo, que se ha confundido, que es Mia la que está de enhorabuena —le dijo despacio y marcando cada letra mi madre para que el abuelo, que la ignoraba y sólo me miraba a mí, lo entendiese.

Ana me guiñó un ojo con sorna.

—Chivata —le siseé.

—¿No crees que es un buen momento para contar lo nuestro? —me susurró Matthew al oído.

—No —le contesté, y descubrí los ojos inquisitivos de Ana mirándome con suspicacia.

Los míos respondieron: «Déjame al menos unos días para burlarme a gusto de mi hermano». Ella sonrió y cabeceó, ofreciéndome su complicidad. Porque era cierto que tenía un secreto. Un secreto que guardaba en mi interior escuchando el latido de mi corazón. Un secreto que se llamaría Cecilia.

Epílogo

Menorca, bastantes años antes

Tres niñas que acababan de cumplir once años se asomaron entre las hierbas que cubrían las dunas y otearon hasta que vieron a sus presas.

—¿Por qué se han escondido detrás de esas rocas? —preguntó la que se llamaba Almudena.

—Seguro que por algo malo —contestó su hermana Ana.

La más pequeña y bajita, Álex, permaneció en silencio, maquinando un plan.

—Es porque no quieren que sepamos que han venido a la playa de los desnudos —determinó al fin.

—¡Hala! —Almudena se tapó la boca con la mano—. El abuelo dice que aquí son todos unos *vergonzosos*.

—Desvergonzados —la corrigió Ana de forma automática.

—¡Pues yo aquí no me quedo, que luego me echan la bronca! Me voy —dijo alejándose hasta llegar al camino de tierra que bordeaba la cala.

—¿Tú crees que mantendrá la boca cerrada? —preguntó Álex.

—Ni lo sueñes, ya estará corriendo para decírselo a todos.

Ambas suspiraron, pero el temor a una represalia paterna era ínfimo en comparación con el hecho de descubrir a su hermano y primo mayor acompañado de su amigo inglés con las manos en la masa.

Se fijaron en que del lugar donde estaban escondidos los adolescentes

brotaban dos delgadas columnas de humo.

—¡Están fumando! —se escandalizó Ana.

—Serán cigarros de la risa..., se lo oí decir anoche a Roberto —puntualizó Álex.

—Y ¿qué te hacen? ¿Cosquillas? —inquirió Ana confundida.

—No sé, pero se están riendo, así que parece que se lo están pasando bien —contestó Álex, desconociendo el poder de esos misteriosos cigarros.

—¿Vamos a pillarlos? Si los sobornamos podemos conseguir que nos compren todos los días que queden de vacaciones un helado —sugirió Ana.

—No, nuestro silencio vale más que eso. ¿Qué podemos pedirles?

Ambas lo meditaron unos segundos, hasta que Álex volvió a hablar:

—¿Y si cada vez que queramos algo se lo pedimos con la amenaza de que se lo vamos a contar a sus padres? Podemos sacarles mucho más que un simple helado.

—Vale, venga, vamos —la instó Ana.

Y las dos niñas se arrastraron por la arena hasta escalar la roca. Una vez sobre ellos, asomaron sus cabezas y les sacaron la lengua.

—¡Joder! —soltaron ambos jóvenes a la vez, tapándose con la toalla.

Las niñas saltaron y se los quedaron mirando con los brazos cruzados.

—¿Por qué te tapas, Matthew? ¿Qué escondes debajo de la toalla? ¿Estáis desnudos? —barbotó Álex como una ametralladora.

—Enana, no puedes estar aquí —la regañó su hermano, disimulando y enterrando los restos del cigarro de la risa en la arena.

—Tú tampoco —le contestó ella sin amilanarse.

—Se lo diremos a los papás —determinó Ana.

—No estamos haciendo nada malo —se defendió Matthew, bastante colorado.

Álex lo miró con suspicacia y después echó un vistazo alrededor.

—¿Habíais quedado con alguna chica aquí?

—Hummm...

—Eso no es una respuesta —replicó ella, sintiendo que le dolía más de lo que quería aparentar.

—Sólo son unas amigas que hemos conocido esta tarde —le explicó

Roberto.

Pero Álex únicamente tenía ojos para Matthew, y éste, avergonzado, agachó la cabeza.

—Los hemos pillado en la playa de los nudistas fumando y han quedado con unas chicas. ¡Anda, Álex, que les vamos a poder sacar todo lo que queramos! —exclamó Ana con el entusiasmo de un extorsionador profesional.

—De eso nada, ¿es que acaso pensáis chantajearnos? —interrogó Roberto comenzando a enfadarse.

—Por supuesto —le contestó su hermana.

En ese momento se acercaron dos chicas vestidas con unos diminutos bikinis. Una de ellas no llevaba puesta la parte superior y parecían mayores que Roberto y Matthew. A Ana le entró la risa al verlas, y Álex sintió un enfado que no sabía de dónde provenía ni cómo enfrentarlo.

—Vaya, vaya, chicos, no nos habíais dicho que estabais de niñeras —comentó una de ellas.

—No lo estamos —replicó Roberto.

Ana y Álex se sintieron indignadas y no dudaron en demostrarlo.

—Ya somos mayorcitas para tener niñera —protestaron.

—Pues yo no pienso cargar toda la tarde con dos pequeñajas —adujo la otra.

—¿Me estás llamando pequeñaja? —estalló Álex enfrentándose a ella.

—¿Acaso no lo eres? ¿Qué tienes? ¿Ocho, nueve años?

—Tiene once —contestó Matthew en su lugar.

—¿Es tu hermana? —La chica se volvió hacia él.

—Por desgracia, es la mía —masculló Roberto.

—Venga, nenas, a casita a cenar, luego os ponéis el chupete y a dormir, que se os está haciendo tarde —se burló la que parecía más mayor, empujando a Álex con decisión.

Ella se revolvió y le dio un puntapié.

—¡A mí no me empujes!

—¡Y a mí no me pegues, niñata!

Matthew se metió entre las dos para mediar en la pelea que se avecinaba.

—¿Me has llamado niñata?

—Sí, eres una cría.

—¡No lo soy!

—Eh, tranquila, que es mi hermana pequeña. No la toques —terció Roberto apretando un puño.

—Pues que se larguen o nos largamos nosotras. Vosotros decidís —determinó la joven.

—Se largan ellas. Venga, renacuajas —las instó Roberto.

Matthew resopló.

—Eso, renacuajas, dejad que los mayores se diviertan —apostilló la otra.

—Podemos acompañarlas a casa y luego volvemos —sugirió Matthew, y las chicas lo miraron con desprecio.

—Vámonos, Vanesa, que éstos son unos pringados —dijo la mayor.

—Eh —intentó retenerlas Roberto.

—Tú, idiota, no llamas a mi hermano y a su amigo pringados —los defendió Álex.

—Y ¿qué piensas hacer? —la interrogó la joven mirando hacia abajo.

Sólo una de las cinco personas supo ver el brillo en la mirada de la pequeña Álex, la decisión que mostraba su gesto y cómo apretó su pequeña mano.

Matthew se puso delante de ella para evitar el golpe y acabó recibéndolo él.

Aulló y se tapó la nariz con las manos.

—¡Joder! Creo que me la ha roto.

Aunque Álex no reuló, reconoció al fin que lo que sentía eran celos, unos celos hasta el momento desconocidos para ella pero que resultaban amargos al paladar, y todavía se irguió más en su escasa estatura.

—Te lo merecías.

—¿Por qué? —acertó a decir Matthew.

—Por quedar con ellas, por estar con mi hermano, por excluirme de todo, por no hacerme caso. ¡Por ser tú! ¡Te odio! ¡Te odio y te odiaré siempre! —barbotó respirando de forma agitada.

Por un instante, Matthew se apartó las manos del rostro y la miró entre confundido y estupefacto. Álex lo desafió con los ojos húmedos, habiéndose

arrepentido ya de su arranque. Ana acudió en su ayuda y, cogiéndola de la mano, se la llevó a rastras.

—¿Sabes? —le dijo cuando ambas iban cabizbajas camino del apartamento—. Creo que nos hemos quedado sin helado y sin todo. Ahora hasta son ellos los que pueden chantajearnos.

—Es que cuando estoy con Matthew no puedo pensar con claridad, es tan..., él es...

—¿Te gusta?

Ana sonrió entre dientes.

—¿Gustarme? ¿A mí? ¿No has oído lo que le he dicho? Lo odiaré toda mi vida.

—Sí, si lo he oído, aunque no me lo creo.

—¡Pues créetelo! —Álex se volvió con enfado hacia su prima—. Siempre lo odiaré. Siempre. No lo olvides.

Pero, mientras se alejaban, se volvió con disimulo para ver una vez más a Matthew, que la estaba mirando con el mismo brillo de determinación que mostraban sus ojos. Y su corazón se fue acostumbrando a aquel sentimiento extraño que parecía revolverle el estómago, y en su interior, aunque no lo confesó nunca, supo que su boca mentía. Supo que odiar *para siempre* era demasiado tiempo.

Nota de la autora

El mundo no está para bromas, pero siempre he considerado que el humor tenía cabida hasta en los momentos más inoportunos. Por ello mismo quise dotar a la protagonista, Álex, de un espíritu rompedor, caótico y rebelde. Encontrando su contrapunto en la brutal sinceridad —a veces— de su prima Ana, y su familia, un tanto especial, pero, en ocasiones, hasta adorable.

Nunca me he limitado a la hora de escribir, pese a que he intentado hacerlo desde el respeto, porque las escritoras no somos los personajes, somos las que transcribimos la historia al papel. Y en esta novela, al igual que la anterior, *Espérame en Nueva York*, también trato ciertos temas delicados. Escribí el desarrollo de esta novela cuando cada día me asomaba a las portadas de los periódicos con espanto. Borré por temor a herir ciertas sensibilidades y después reescribí porque solo es una novela. Una novela de amor con un contexto muy real.

Respecto al accidente de coche y las posteriores secuelas médicas, tuve que hacer un ejercicio de fortaleza mental para narrarlos, puesto que, aun después de conocer a gente que ha sufrido lo mismo, gente que me ayudó muchísimo a comprender cómo podía sentirse una persona con ese problema y seguir manteniendo el buen humor, fue realmente duro. Sí se puede salir de ello, me quedé con ese mensaje y ese es el que he transmitido.

Agradecimientos

Enfrentarte a los agradecimientos siempre es difícil, ya que es la única página del libro que está escrita en nombre propio.

Quisiera agradecer al puñado de personas que han permanecido a mi lado en este difícil último año todos los mensajes, los «aquí estamos», las charlas frente a una cerveza o las llamadas de teléfono imprevistas. Gracias por recordarme lo maravilloso que es para el espíritu ajustar cuentas con el mundo a través de las palabras, aunque, como siempre digo, leáis la versión edulcorada. En especial, a tres extraordinarias mujeres con las que comparto profesión, pasión, risas y también algunas lágrimas.

A aquella que me acompañó en mis aventuras en Londres, respetando mi silencio cuando veía que mi mente se ausentaba para crear escenas que después he escrito en esta novela.

A mis padres, por estar siempre ahí cuando los necesito. A mi marido, por insistir en que él no quiere que le dedique nada, puesto que ya le dedico mi vida. A mis hijos por darme los momentos más dulces del día, repletos de besos, muchos más que veinticuatro. A mi madrina por apoyarme en la distancia.

A mi editora, Esther, por seguir confiando en mi trabajo como escritora una vez más.

Y a vosotros, lectores, porque Caroline March no existiría si no estuvierais ahí, al pie del cañón, una vez más. Un millón de gracias.

Referencias a las canciones

- *I'm Too Sexy*, Twist & Shout Music, interpretada por Right Said Fred.
- *These Arms of Mine*, Atco Records, interpretada por Otis Redding.
- *I Still Haven't Found What I'm Looking For*, Island, interpretada por U2.
- *Dream a Little Dream of Me*, Go Entertain Ltd., interpretada por Louis Armstrong y Ella Fitzgerald.
- *Possibility*, WM Spain, interpretada por Lykke Li.
- *Impossible*, Simco Limited, interpretada por James Arthur.
- *Hello*, Universal, interpretada por Martin Solveig & Dragonette.
- *I Bet My Life*, KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.
- *Killing Me Softly with His Song*, Atlantic Records, interpretada por Roberta Flack.
- *The First Time Ever I Saw Your Face*, Atlantic Records, interpretada por Roberta Flack.

Biografía

Caroline March se define como «contadora de historias», ya que desde la primera vez que tuvo un libro entre las manos, quiso poder llegar a saber expresar sus sentimientos con palabras. Las lectoras la ven como una «hacedora de sueños», algo que se ha visto reflejado en cada una de sus novelas.

La primera de ellas, *Búscame en tus sueños*, publicada en enero de 2014, fue la primera finalista, por fallo unánime del jurado, del premio Vergara-Rincón de la Novela Romántica, mientras que la segunda, *Mi alma gemela (Mo anam cara)* ganó el Certamen Internacional HQÑ 2014. Desde entonces ha continuado publicando obras del género romántico.

En 2014 Caroline March ganó el premio Autora Revelación otorgado por la web Rincón de la Novela Romántica.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/caroline.march.37?fref=ts>> y [@carolinemarch13](#).

Notas

[1]. «Amapola» en inglés.

[2]. «Si es gratis, es para mí.»

[3]. «Increíble», «divertido» y «asombroso», respectivamente.

[4]. «Sorprendente.»

[5]. «Espantoso.»

[6]. «¿Qué están cantando?»

[7]. «Diciendo.»

[8]. «¡Abra la puerta!»

[9]. «¿Ahora?»

[10]. «Perfecto.»

[11]. «Suficiente. Por ahora.»

[12]. «¡*Bruno*, siéntate! ¡Ahora!»

[13]. «¡Cállate!»

[14]. «¡Mueve tu cuerpo!»

[15]. «Sí. Está aquí.»

[16]. «Campo de batalla.»

[17]. «¡No puedo creerlo!»

[18]. «Encantado de conocerla.»

[19]. «Lo sé.»

24 besos

Caroline March

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: © Margostock, © Vega, © Matt Gibson, Shutterstock

© de la fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Caroline March, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2018

ISBN: 978-84-08-19103-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

